MOSCÚ X

DAVID McCLOSKEY

salamandra

David McCloskey

MOSCÚ X

Traducción del inglés de
Jofre Homedes Beutnagel

salamandra

Para Abby, cómplice y musa una vez más

Adora la sangre,
esta tierra rusa.

ANNA AJMÁTOVA,
Anno Domini MCMXXI

PRIMERA PARTE

Zágovor («Complot»)

1

Dusambé, Tayikistán

En el presente

Ese día, Artemis Aphrodite Procter acabó en el banquillo.

Se despertó en la oscuridad respirando un aire con un extraño olor a almizcle y los dientes castañeteándole como a un juguete de cuerda. Sentía los párpados pesados, como si no quisieran abrirse.

Percibió en la piel un frío de madera dura y, al parpadear, vio entre la trama de sus rizos negros el suelo de una habitación desconocida.

Luego oyó pasos, y una mano de nudillos vellosos le apartó suavemente el pelo de la cara. Un hombre de rodillas la saludó agitando la mano delante de sus ojos.

—Buenos días, Artemis —dijo el desconocido alegremente en ruso.

La mente de Procter era como un cenagal donde se hundían las ideas.

Contempló la sala. Una mesa, dos sillas junto a una ventana. Sus bragas, con dibujos de piñas, arrugadas por el suelo. Una botella de vodka volcada con restos de un pintalabios violeta que no era precisamente el suyo.

Apoyó la espalda en un sofá. Estaba desnuda y tenía frío. El ruso se sentó en un sillón al lado de la ventana y encendió un cigarrillo. Ella apretó las rodillas contra el pecho y cerró los ojos para que la habitación dejara de dar vueltas.

—Qué nochecita —dijo el ruso—. Me he quedado sorprendido. —Chasqueó la lengua—. Menudo monstruo estás hecha.

—¿Quién eres? —respondió ella también en ruso.

No quería abrir los ojos. Con luz, todo se desequilibraba.

—Antón —contestó él.

Al cabo de un rato, ella se levantó y miró por todas partes buscando su ropa. Aparte de las bragas, lo único que vio fueron su chupa de cuero y sus Reebok, sucias de barro. Se dio cuenta de que tenía un hueco en la memoria, un vacío absoluto desde la noche anterior, justo después de haber pedido unas copas. Había estado hablando con un posible activo ruso, un fiestero moscovita con contactos de primera en el Kremlin y los servicios de seguridad. O estaba muerto o formaba parte del montaje. Probablemente las dos cosas.

Cuando su vista se estabilizó, pudo distinguir por la ventana el ajetreo matinal de Rudaki. En el cristal caían gotitas de lluvia. En la mesa de delante de Antón había bandejas de comida, tazas y vasos para los cien gramos matinales (los *sto gramm*) de vodka.

Le costó ponerse las Reebok y las bragas. Estuvo a punto de perder el equilibrio un par de veces. Hizo una pausa para respirar antes de pasar a la chaqueta. Al palparla, descubrió los bolsillos vacíos, sin su móvil, sus llaves ni su navaja. Se dejó caer en la silla de delante del ruso.

Antón se rió entre dientes.

—Artemis Aphrodite Procter, jefa de estación de la CIA, funcionaria mal pagada y, según mis fuentes, descartada por enésima vez para su promoción al Cuerpo Superior de Inteligencia, el órgano directivo de la Agencia. Pasar de Amán a un villorrio como Dusambé, Tayikistán, es lo que yo llamo ir a menos, y todo por atribuirse facultades que nadie le había dado, ni negado, explícitamente.

—Nadie ha cuestionado jamás mis facultades —repuso ella.

Antón hizo chocar sus dos manos peludas y soltó una carcajada sin dejar de apretar el cigarrillo entre los labios.

—La buena de Procter, sí, con su ansia sexual de cosas nuevas; una pervertida con gustos... —la miró con gravedad— raros.

—Y las manos manchadas de sangre rusa —dijo ella.

A Antón se le ensombreció la mirada. Después de apagar el cigarrillo en un cenicero de latón, atacó su plato de *seliodka*: arenque en escabeche con patatas y cebolla.

Había una botella de un litro de leche de yegua fermentada con el cristal empañado por el frío. Los rusos se habían informado bien. Era una exquisitez kazaja o kirguiza, más que tayika, pero, aun así, ella nunca desaprovechaba las escasas ocasiones en que tenía el privilegio de tomarla... lo cual no le impidió vaciar en el suelo el vaso que le había pasado Antón.

Entre risas, y esquivando el sinuoso reguero blanco, el ruso se acercó para coger una carpeta beis que estaba en el sofá y la puso en manos de Procter antes de seguir comiendo.

—No hace falta que te diga que tenemos más fotos. Ése es sólo un pequeño adelanto. Había unas cuantas donde salías boca abajo, por ejemplo, aunque no creo que estén allí. La verdad, lo que me ha llamado más la atención son los tatuajes. ¿Por qué tienes nueve? Seguro que es una historia apasionante, pero, en fin... vamos, echa un vistazo.

Se llevó a la boca un trozo de arenque.

Eran fotos de ella desnuda y drogada. Las había bastante imaginativas, artísticas incluso. Dos o tres eran casi perfectas, con una luz, una perspectiva y una fuerza que captaban lo que ella misma consideraba la dimensión animal de su sexualidad inconsciente. Otras, en cambio, eran tan banales y cutres que no habrían tenido salida ni en los círculos más sórdidos del mercado del porno. Eso sí: ninguna le daba vergüenza, una emoción que desconocía. Sus tetas quedaban siempre bien, pensó.

Tiró la carpeta al charco de leche de yegua.

—Que te den.

Antón encendió otro cigarrillo.

—Artemis, por Dios... En fin, si no colaboras, estas fotos circularán por internet y haremos que te echen de la CIA.

—Eso, Antón, lo haréis de todas formas, ¿no? Bueno, a ver, ¿dónde carajo están mis pantalones?

Ya no le daba todo vueltas. Se levantó despacio y empezó a pasearse por la habitación.

—Te mandarán de regreso a tu país: otra mancha negra en tu expediente.

—Joder, ¡pero qué mal lo vendes! ¿De eso va todo, de mandarme a mi país? ¿Vais a por mí y queréis que me vaya porque me gusta camelarme a los rusos? Para empezar, os convendría cambiar de fotógrafo, porque algunas de estas fotos son malísimas. —Clavó un dedo en la carpeta reblandecida por la leche—. Aquí tienes mi respuesta: a tomar por culo. Bueno, me voy, que tengo que informar de esto a Langley y al embajador. O mejor: ¿y si en vez de escribir un cable que te haga quedar como un imbécil espías para mí? ¿Qué te parece la idea?

Antón echó el humo sobre la comida.

—No me vengas con hostias, Artemis.

Procter sonreía.

—Supongo que nos entendemos. ¿Dónde están mis pantalones?

Tiró al suelo algunos cojines del sofá, pero los vaqueros seguían sin aparecer. La ponía muy nerviosa no saber dónde estaban. Le parecía poco reglamentario y poco profesional. Pésimo. Siguió buscando varios minutos por todos los rincones mientras Antón fumaba. ¿Se los habían tirado, en serio?

—Venga, Antón, que hace frío y soy una mujer decente. ¡No querrás que salga con bragas de piñas y chaqueta de cuero!

Se le plantó delante en jarras mientras él se acababa el cigarrillo. Su risita al oírla decir la palabra «decente» había activado en ella un carrusel de oscuras fantasías...

—Piensa en tu estación, Artemis —dijo Antón—. Si te vas del país se quedarán sin jefa, y me he enterado de que hace poco un colega tuyo tuvo que

irse por problemas de salud. Qué mala suerte...

Dos meses antes, el subjefe de la Estación y su familia se habían despertado en su casa con vértigo y dolor de cabeza. Su mujer incluso había perdido la vista de un ojo. Probablemente se había tratado de un ataque ruso con energía dirigida: esas microondas que te dejan frito el cerebro.

Antón le estaba mirando las piernas desnudas con una sonrisa.

Procter, en cambio, le miraba los pantalones con mala cara. Se le había disparado una sirena en la cabeza.

Cogió la botella de vodka vacía y la rompió contra la mesa para quedarse con un trozo bien afilado. Luego, antes de que Antón pudiera agacharse, le hizo un tajo en la mejilla y finalmente se la clavó en el hombro izquierdo. La boca quedó apuntando hacia el techo, aún manchada de pintalabios.

Antón soltó un alarido mientras intentaba levantarse y sacarse el cristal, pero ella lo devolvió a la silla con una patada en el pecho. Un reguero de sangre le bajaba por la mejilla. Le dio tres puñetazos seguidos en la nariz hasta que oyó un bonito crujido húmedo y un gemido entrecortado. Entonces, cogió de la mesa la botella de leche fermentada y se la partió en el cráneo. La sangre mezclada con leche empezó a caer desde la cabeza del ruso como si de repente le hubiesen crecido unas trenzas de color rosa.

Tumbó la mesa y la golpeó contra la pared hasta conseguir arrancarle una pata con la que redujo a puré la rótula izquierda del ruso. En ese momento, empezó a filtrarse algo de luz en su cólera ciega. Tiró la pata al suelo y le dio una bofetada en la mejilla a Antón, que estaba inconsciente.

—Antón, despiértate. Se me ha ido un pelín la olla. ¿Me oyes, Antón? —Chasqueó varias veces los dedos delante de su cara—. ¿Antón?

Le puso dos dedos en el cuello. Tenía pulso.

Nunca se le había pasado por la cabeza que se alegraría de que un agente ruso hubiese sobrevivido, pero... ¡menos mal!

Echó un vistazo a los destrozos. Luego miró por la ventana, preguntándose si Antón trabajaría en equipo o si habría alguien mirando por las cámaras.

Le quitó los pantalones y se los puso.

—Merecido te lo tienes por tirar mis vaqueros —le dijo, aunque el otro seguía inconsciente.

Como Antón era mucho más alto y robusto que ella, tuvo que arremangarse las perneras unos treinta centímetros y apretarse el cinturón hasta que no dio más de sí. Se guardó la carpeta con los desnudos en la chaqueta, pero enseguida volvió a sacarla y buscó entre las fotos hasta que encontró la que buscaba, una que resaltaba su flexibilidad y su mezcla de feminidad y rudeza. Su fuerza secreta, qué coño. La hizo una bola y la metió en los calzoncillos de Antón. Después salió.

El día fue siguiendo su curso, cada vez peor. Primero, tuvo que vérselas en la embajada con el imbécil del embajador. Luego mandó un cable explicándoles el mal trago al director y a los mandamases de Langley, y éstos le contestaron en términos nada agradables. Finalmente Bradley, el subdirector, habló con ella, y tanto por su tono como por el contenido de su mensaje la hizo sentir más o menos como un perro querido al que fueran a hacerle la eutanasia.

A la hora de cenar, las fotos ya estaban en varias webs efímeras y los bots rusos habían difundido los enlaces en las redes sociales sin olvidarse de revelar la identidad de Procter en tanto jefa de la Estación de la CIA en Dusambé.

Esa misma noche llegó el cable en que se la llamaba oficialmente a Langley. Final de la misión. A coger el primer avión de la mañana. El personal de apoyo cerraría su piso y se encargaría de enviar sus pertenencias a Virginia. La agresión había infringido muchas leyes tayikas, pero lo peor era que había despertado el fantasma de posibles —y nada virtuales— represalias rusas por la hospitalización de quien, según las averiguaciones posteriores de la CIA, era nada menos que un agente de alto rango llegado de Moscú. Según un informe de un enlace tayiko que hacía confidencias a la CIA a cambio de dinero, la previsión de

los médicos era que el ruso se restablecería, pero no sin secuelas; concretamente, todo un mosaico de cicatrices, una cojera permanente por lo que le había hecho Procter en la rodilla y el omnipresente fantasma de la disminución mental por culpa de una botella de leche de yegua fermentada. Algunos trabajadores intrépidos de la Estación le organizaron una despedida apresurada en la que no faltó el pastel con el correspondiente error ortográfico: «La hecharemos de menos, jefa.»

De noche, cuando ya no quedaba nadie, apagó su ordenador y metió el disco duro en la caja fuerte. No tenía gran cosa que llevarse. En su aséptico despacho no había fotos de familia, ni «pared personal» llena de fotos y *souvenirs*, ni obras de arte. La decoración brillaba por su rigurosa ausencia. El único capricho era un bate de béisbol firmado en 1997 por toda la plantilla de los Cleveland Indians: su receta secreta para aumentar la productividad de la Estación. En su despacho de Damasco había tenido siempre una escopeta, pero luego, en Amán, las quejas la habían llevado a cambiarla por el bate, que llevaba consigo a todas partes. En las reuniones matinales lo miraba de reojo, como con anhelo, y en las videoconferencias con la central lo dejaba apoyado en un rincón, a la vista de todos.

Hizo como si batease, dibujando lentamente un arco por el aire reciclado del despacho. Era consciente de que en Dusambé no se podía quedar, pero la colmena de la central, llena de sabandijas con más hambre de dónuts que de réditos del espionaje, sólo le merecía desprecio. Qué asco de día.

Descargó el bate en la mesa de conglomerado, que se agrietó. Consiguió partirla al siguiente golpe, pero insistió hasta dejarla reducida a astillas. Entonces, sudorosa y satisfecha, apagó las luces de su despacho y, con el bate al hombro, empezó a cerrar la estación puerta a puerta

La central... ¡por amor de Dios! Pero claro, ¿qué otra cosa se podía hacer con alguien como ella, mezcla de réproba impulsiva y de jefa y agente respetada con años de experiencia en diversos países?

La habían mandado al banquillo. Dos años en la central, sometida a un estricto

control, y, en caso de superarlos adecuadamente, la posibilidad futura de volver a dirigir una estación. Como era competente, y no una inútil incapaz de gestionar operaciones, Bradley, el subdirector, le había insinuado que le buscaría algo importante. Tras comprobar que no quedara ni un solo papel encima de las mesas y que todas las cajas fuertes estuvieran bien cerradas, giró por última vez la cerradura de la gruesa puerta de metal de la Estación de Dusambé.

2

Langley

Por la mañana Procter se sentó en uno de los sofás de enfrente del despacho de Ed Bradley, subdirector de la CIA, a esperar la hora de su reunión. Llevaba menos de un día en Estados Unidos, así que tenía *jet lag* y los oídos le zumbaban a causa del cansancio.

Para decorar aquella sala de espera habían tirado de catálogo oficial, lo que implicaba que los muebles fueran todos de la misma (y falsa) madera oscura algo descascarillada, rayada o partida. Sobre la mesa de centro (con algunas manchas) había varias revistas tan obsoletas como el mobiliario, cosa que, por otro lado, no podía sorprender a nadie.

Cuando la hicieron pasar se encontró a Bradley en su escritorio, inclinado hacia el MLP, un teléfono seguro del tamaño de una impresora que usaban los catorce principales responsables de la seguridad nacional para comunicarse entre ellos: un botón para el director, otro para el asesor de seguridad del presidente, otro para el secretario de Estado, otro para el de Defensa, etcétera. Por los grandes ventanales del despacho podían verse las arboladas orillas del Potomac, que en esa época del año eran una sinfonía de dorados, rojos y naranjas. Bradley, de metro ochenta y cinco de estatura, ex jugador de fútbol americano en la Universidad de Texas, era una auténtica leyenda. Tras su etapa como jefe de la División de Oriente Medio se había jubilado, pero el nuevo director le había pedido que volviera y fuera su segundo. Ella lo conocía desde hacía décadas.

Su «pared personal» estaba tal como ella la recordaba: casi vacía; no así el archivador, con fotos de su mujer y sus hijas, además de unos cuantos regalos de amigos especiales. Reconoció un trozo de metal retorcido de cuando, hacía una eternidad, ella misma lo había ayudado a volar la puerta de un Mitsubishi Pajero en el centro de Damasco, y también sus dos *souvenirs* favoritos: un sistema de misiles neutralizado que le habían regalado por dirigir el Programa Stinger contra los soviéticos en Afganistán y un sistema de misiles antitanque portátil Javelin destinado a acciones encubiertas en Ucrania, ya no contra los soviéticos sino contra los rusos; o sea, más reciente.

Ella se acercó a una silla que quedaba a tiro de los lanzadores mientras Bradley consultaba el tarjetón de tres por cinco pulgadas donde figuraba su agenda del día, miraba el MLP con cara de fastidio, como si le repugnase lo siguiente que tenía que hacer, se guardaba el tarjetón en el bolsillo y, levantando la vista por fin, la miraba y esbozaba una sonrisa.

—Un nuevo siglo —dijo ella con melancolía mirando hacia los sistemas de misiles—, un nuevo balón de oxígeno a los productores rusos de ataúdes de zinc. «Lo que fue será», amén.

—Amén —repitió él antes de darle un efusivo abrazo—. ¿Cómo te va la vida, Artemis?

—De miedo, Ed.

Bradley hizo una mueca.

—Lo siento. Malditos rusos...

—Eso deberíamos estamparlo en camisetas y luego repartirlas por aquí.

—¿Tienes cubiertas todas tus necesidades? Según los médicos y los psicólogos...

Ella levantó una mano para hacerlo callar.

—Oye, que ya sé que estoy en el banquillo, pero aún no me saques de la concentración. Estoy bien. Lo único que necesito es un trabajo, algo que me tenga ocupada.

—Lo que deberías hacer es descansar.

—¿Ah, sí? ¿Y además?

—Pues también comprobar que estás bien de verdad y aclararte las ideas.

—Venga, Ed, que nos conocemos desde hace más de veinte años. Esto ya no tiene remedio.

—Me preocupas, Artemis.

La estoica fachada de Bradley dejó entrever cierta tristeza que se borró cuando ella simuló un sollozo.

—La edad te está ablandando, Ed. ¡Pero hombre, por Dios, que ya te he dicho que estoy bien! Si no quieres que lo esté, dame cuatro meses de baja administrativa y me emborracharé hasta matarme en Reston Town Center. ¿Eso es lo que quieres, que la poli te llame a casa porque me he puesto hasta el culo de tequila y estoy gritando cosas sobre la CIA en el aparcamiento?

—El director quería echarte. Según él, en una organización normal ya lo habría hecho.

—En una organización normal nunca me habrían cogido. Por cierto, ¿ya ha habido protestas formales de los rusos?

—De momento no han dicho ni pío.

—¿Y nosotros, cómo llevamos el tema de las represalias?

Bradley apartó la vista mientras apretaba un puño.

—¿En serio, Ed? ¿Nada de nada? Teniendo en cuenta que los rusos me drogaron, me hicieron fotos en pelotas y casi se cargan a mi segundo con un ataque de energía dirigida...

—La investigación aún no está cerrada, Artemis.

—Lo analizamos y se demostró que tres días antes habían llegado equipos especializados a Dusambé.

—Si no es que esté en desacuerdo con el análisis. Sólo puedo decirte que la investigación no está cerrada, aunque la Casa Blanca ha sido reacia a respaldar cualquier iniciativa de desquite más o menos agresiva.

Ella soltó un gruñido.

—Si no hacemos nada, los rusos seguirán jorobando. Son unos bárbaros sin límites ni moral. Así funcionan. El asunto no soy yo: Putin lleva diez años jodiendo a la CIA y a Estados Unidos con total impunidad y lo único que hemos hecho hasta ahora es quedarnos mirando. ¿Que se pasa de la raya? No hacemos nada. ¿Que invade Georgia? Tampoco. Le va quitando trocitos a Ucrania, instiga una insurgencia de bajo nivel y finalmente invade el país y se pega un panzón de crímenes de guerra. Corta el suministro de energía, se infiltra en nuestras redes eléctricas vete a saber con qué planes, etcétera...

Bradley hizo ademán de querer intervenir, pero ella se saltó el gesto a la torera.

—El tío no se cansa de echarnos encima sus ciberataques y su *ransomware*, exigiendo dinerales para devolvernos los datos de nuestros sistemas informáticos capturados. Sus esbirros han envenenado y asesinado a gente en todo el mundo: en el Reino Unido, en Bulgaria... ¡hasta en Washington, joder! Incluso intentaron orquestar un golpe de Estado en Montenegro. ¡En Montenegro, Ed! ¡Hay que joderse! Y en Moscú se han dedicado a atacar físicamente a los nuestros. ¡A uno, el puto director del FSB le dio un golpe en la cabeza estando detenido! ¡En la cabeza, Ed! Sus milicias abatieron un avión de pasajeros que sobrevolaba Ucrania. Pagaban recompensas a los talibanes por matar a soldados estadounidenses. Nos han estado mareando en nuestras propias redes sociales y se han dedicado a freírles los sesos a decenas de nuestros agentes con armas de energía dirigida. A mí misma me han drogado y me han hecho fotos en tetas. Y como respuesta... —Carraspeó— lo máximo que hemos hecho ha sido regañarlos. ¡Tenemos que empezar a poner límites claros que esa puta cucaracha del Kremlin no se atreva a cruzar!

—Coincido contigo al cien por cien, Artemis —dijo Bradley—. Estamos en el mismo barco.

—Yo lo que quiero es estar en el meollo —dijo Procter—, y me he enterado de que hay una vacante: la del nuevo chiringuito que dirigirá en la sombra las operaciones más peliagudas en Rusia. Moscú X.

—¿La plaza para Moscú X? Es que ahora mismo el director no es muy fan tuyo, Artemis. Entre que...

—Sí, vale, los disgustos de Amán y ahora lo de Dusambé.

—Exacto. Son disgustos que no puntúan mucho a tu favor.

—Pues entonces ¿dónde quieres colocarme?

Bradley levantó la vista hacia los lanzadores.

—En Rusia.

—Pues nada, vételo currando.

Procter cruzó el aparcamiento de la central antigua en medio de un calor y una humedad insólitos para una mañana de otoño. El personal con horario fijo, el que tenía que fichar, fluía a su alrededor como el agua. ¿Dos años de condena en semejante campo de prisioneros? No quería ni pensarlo. Lo bueno era que, si Bradley lograba convencer al director de que le asignara a ella lo de Moscú X, sería más fácil incordiar a los rusos desde Langley que desde casi cualquier otro sitio del mundo. Le sobraban ideas fabulosas para joderlos. Salió del recinto al volante de su Prius para ir al Vienna Inn, el garito de infinitas *happy hours* donde tantas operaciones y ascensos se habían celebrado, e incluso algún que otro velatorio irlandés por camaradas de la CIA. Su plan era pegarse dos o tres días de farra.

Cruzó a toda pastilla el norte de Virginia estimulada por sórdidas imágenes mentales de caos en Moscú bajo los suntuosos acordes de *El lago de los cisnes*. De haber sido religiosa, quizá habría pensado que era Dios mismo el que se las había puesto ahí: pese a no tener las ideas muy claras sobre la existencia del Todopoderoso, le parecía que a esas alturas cualquier deidad mínimamente

razonable tendría cuentas que saldar con el Kremlin. Con la que los rusos habían armado, no iba a ser Dios quien le impediría que les metiera caña de la buena.

3

San Petersburgo

En las primeras horas de una noche lluviosa en San Petersburgo, un hombre de traje impecable se apeó de un Mercedes negro del gobierno y entró en el vestíbulo de un banco. Iba a robar, pero sin cuchillo ni pistola: su arma era un fajo de documentos oficiales con los que podría sacar de las reservas del banco una gran cantidad de lingotes de oro guardados en una cámara acorazada cuatro plantas por debajo de esa misma calle, donde, en ese mismo instante, los custodiaban un grupo de vigilantes bien armados y varios empleados, muy pocos de los cuales se habían quedado dormidos.

Los papeles autorizaban al hombre del traje, el teniente coronel Konstantín Konstantínovich Chernov, del Federálnaya Sluzhba Bezopásnosti (Servicio Federal de Seguridad o FSB), a trasladar doscientos veintiún lingotes desde el banco hasta una reserva estratégica en el este.

Los Ferragamo negros de Chernov hacían un ruido seco al chocar con el mármol del vestíbulo. Tras sus tacones impolutos, un nutrido grupo de policías empujaba o arrastraba cajas y carretillas: muy a su pesar, habían sido reclutados por el FSB para aportar su fuerza bruta en el transcurso de la noche, porque los lingotes pesaban algo más de doce kilos cada uno. El director de seguridad del Bank Rossiya salió a recibir a Chernov. Como antiguo coronel de infantería, sabía a qué atenerse. El FSB tenía decenas de espías en el banco. El Servicio ponía las normas y, por lo tanto, Chernov haría lo que le viniese en gana.

Se saludaron con frialdad, pero la firmeza de Chernov no estaba reñida con la educación, ni lo insulso de los documentos con su validez; por eso, pese a la tensión del ambiente, no hubo discrepancias ni una palabra más alta que la otra. Chernov, además de militar, había sido sacerdote, de modo que sabía que no había más ley que la de Dios, y que Él hablaba únicamente a través de Rusia. En muchos otros lugares, las órdenes que había recibido esa noche se habrían considerado arbitrarias, incluso ilegales, pero para él era como si las hubiera pronunciado el Altísimo y, en ese sentido, no se diferenciaban en nada de un decreto del Kremlin ni de las Sagradas Escrituras.

El único rasgo físico notable de Chernov era su considerable estatura. Por lo demás, era un hombre común y corriente; pálido, calvo y de mofletes sonrosados, con unos ojos quietos y contemplativos. Su traje negro era de Savile Row, transportado por valija diplomática, y se ajustaba bien a su fornido cuerpo. A menudo, los signos de que estaba a punto de salirse de sus casillas brotaban de su boca, pero esa noche, de momento, no la había abierto apenas.

Siguió al director de seguridad desde el vestíbulo hasta un amplio despacho con vistas a la plaza, donde capearon la primera protesta de la noche: ¿no habría que llamar ya mismo a Andréi Agápov, el principal accionista del banco, para informarle de que el Estado se disponía a requisar lingotes de oro por valor de casi doscientos millones de dólares?

—Lo mínimo es que sepa lo que pasa —le dijo a Chernov el director de seguridad, apretando entre sus manos blancas el teléfono fijo del despacho.

Estaba a punto de marcar, pero esperó a que le dieran permiso. Chernov asintió.

El director de seguridad habló unos minutos con Agápov y, después de leerle los puntos esenciales de la documentación y de facilitarle el nombre, el rango y el área de adscripción de Chernov, solicitó instrucciones. Finalmente colgó.

—¿Le ha dicho que se niegue? —preguntó Chernov con un brillo de curiosidad en los ojos.

—No —dijo el jefe de seguridad—, pero sí que le ponga trabas.

—¿Y le parece sensato?

Estuvieron de acuerdo en que no lo era, y en que el director de seguridad no haría absolutamente nada por retrasar o complicar la transferencia, aunque Chernov, si se lo preguntaban, aseguraría que la resistencia había sido irritante, por no decir contumaz. Acto seguido bajaron a la cámara y Chernov recorrió los pasillos deslizando los dedos por las jaulas que contenían los lingotes mientras el policía que iba detrás de él comparaba los números de serie con los papeles que llevaban para conferir legalidad al robo. Cuando Chernov se dio por satisfecho, sus hombres empezaron a cargar el oro.

Primero cubrían de lingotes el fondo de cada caja y, después de taparlos con un grueso paño, añadían dos capas más, momento en que, temiendo que la caja se desfondara, fijaban la tapa con tornillos y pegaban etiquetas preparadas de antemano para que constara qué series numéricas había en cada una. Los vigilantes del banco no desenfundaron sus armas y nadie echó mano de radios o teléfonos. Todos estaban mudos y en posición de firmes. ¿Qué se puede hacer cuando es la policía quien te roba?

El director de seguridad veía pasar las cajas con la desolación de quien ve desvalijar su propia casa.

Por último no pudo más y murmuró algo sobre que Chernov estaba robando el oro de Andréi Agápov.

Chernov se volvió hacia él.

—¿Ha dicho que este oro es de Agápov? —Lo dijo sin levantar la voz, pero sentía como si, en vez de sangre, fuera mercurio lo que corría por sus venas. Notaba en la boca un sabor salado y metálico.

El jefe de seguridad se había quedado mirando la punta de sus zapatos con los brazos en jarras (un gesto de rabia), pero no respondió.

—Le he preguntado si cree que este oro le pertenece a Andréi Agápov —insistió él.

El otro levantó la cabeza, pero evitó mirarlo a los ojos.

—Sus propios documentos lo reconocen —dijo.

—¿Y a quién le pertenece Andréi Agápov?

El director de seguridad se tocó la corbata y tragó saliva ruidosamente.

Chernov suspiró. ¡Cuán pocos lo entendían!

—El poder irrestricto de Rusia redime a Dios —dijo—. Y por esa labor redentora, un Dios fracasado se hace uno con Rusia, de modo que, en última instancia, el dueño de este oro es Dios. ¿Se da usted cuenta?

A su interlocutor le costaba cada vez más tragar saliva. Se toqueteó el nudo de la corbata sin contestarle a Chernov ni mirarlo a la cara.

Siguieron llevándose cajas.

Chernov cogió al tipo de un hombro y lo llevó hacia una caja que aún estaba vacía. Un policía estaba grapando la etiqueta en la madera, pero él le pidió que los dejase un momento a solas y el otro obedeció. El sabor a hierro y a sal era cada vez más intenso. «¿No me habré mordido la lengua?», pensó, pero se pasó un dedo por la boca y vio que no tenía sangre.

—Las ideas son las únicas armas capaces de obliterar la historia, los hechos y la verdad —afirmó—. Y usted y yo, como rusos, entendemos su poder: en los últimos cien años, millones de compatriotas sufrieron noblemente por ideas a las que, en su momento, nadie hacía caso. Rezo porque, en el próximo siglo, muchos los imiten.

Sin soltar el hombro del director de seguridad, señaló la caja vacía.

—Entre.

—¿Qué?

Le apretó el hombro con los ojos fijos en el fondo de la caja, pero contemplando el sombrío agujero, en una zona rural de Siria, donde lo habían tenido recluido varios meses. Sabía que el director de seguridad debía de estar sintiendo en ese momento como si una zarza negra le hubiera crecido de pronto por dentro: eso mismo había sentido él en Siria.

Pero volvió al presente y vio cómo arrastraban otra caja hacia los montacargas.

—Entre —repitió.

Al director de seguridad, una fila de gotas le asomaba en el nacimiento del pelo. La enorme mano de Chernov le rozó una oreja antes de deslizarse por su cuello.

—Por favor —rogó el hombre—, por favor...

—Entre.

El pulgar de Chernov se encajó en su oído. Estuvieron mirándose un momento.

El hombre entró en la caja.

—Siéntese.

Dobló las temblorosas piernas y se sentó.

Chernov se agachó hacia él.

—Yo veo Rusia como un cuerpo, un cuerpo perfecto y virginal nacido de Dios, aunque hecho de células, igual que el nuestro. Cada una de esas células tiene su papel, a cada una le corresponde una función, y si no funciona, es preciso separarla del cuerpo.

—No, por favor —dijo el hombre.

—Échese y acurrúquese en el fondo —dijo Chernov.

El hombre obedeció y cerró los ojos.

Chernov cogió la tapa y, al ponerse delante de la caja, la cubrió con su sombra. Se mordió el interior de la mejilla hasta que por fin brotó sangre.

—Tengo un mensaje para Agápov de parte de mi jefe: tememos que, en tanto célula, esté dejando de funcionar y que busque una libertad pecaminosa. Que el obstinado ex general del KGB, el industrial con recursos, el orgulloso terrateniente, se haya convencido de que su persona, su familia y su dinero pueden separarse del Estado ruso. Que Agápov, como «persona con derechos... protegida por la ley»... en fin, que se le haya metido en la cabeza que puede hacer lo que quiera, el muy tonto. Perder tanto oro esta noche debería dejarle bien claro que la ley es un mero ritual: un glorioso gesto de sometimiento a nuestro líder. Y que, si insiste en anteponer sus intereses a los de Rusia, obtendrá

violencia, porque la violencia y el poder priman por encima de la ley. El mal empieza donde empieza lo personal. No existe nada más que la nación rusa. Las personas no existen. Agápov no existe.

Puso la tapa en su sitio, cogió un taladro, que ajustó a su máxima potencia, e introdujo el primer tornillo en la madera.

—¡Dios mío! —chilló el hombre—. ¡Dios mío!

4

RusFarm, en las afueras de San Petersburgo

Anna Andréyevna Agápova oyó chirriar los frenos y vio la mansión a través de la ventanilla. Parecía como si fuese a caérsele encima. Como de costumbre, casi todas las habitaciones estaban a oscuras, pero cuatro criados empezaron a bajar cautelosamente por la escalinata de mármol mojada bajo las farolas y las brutales gárgolas equinas. Siempre la divertía ver las consecuencias del nulo talento de su padre para elegir materiales, pero esta vez, por desgracia, nadie resbaló en la piedra húmeda. Una mujer baja y robusta le abrió la portezuela y ella apoyó en la grava una bota Louboutin de un rojo sangre y después caminó con las manos en los bolsillos.

Miró otra vez la casa, pero esta vez su aspecto la malhumoró, y prefirió volverse hacia las luces que iluminaban la pista de los caballos y los tejados de la cuadra, al fondo. ¿Cuántos caballos habría? Probablemente más de cien. El viento era cada vez más fuerte y los copos de nieve empezaban a cuajar, pese a que apenas era octubre. ¡Cómo aborrecía los inviernos en San Petersburgo («Píter», para ella y para todo el mundo): lluviosos, gélidos, grises; fuente de inspiración para toda una corriente de literatura rusa suicida.

—¿Dónde está? —le preguntó a la mujer sin apartar la vista de las caballerizas.

—En el despacho, pero...

—¡Cariño! —le gritó su padre.

Ella se volvió y vio salir del vestíbulo a Andréi Agápov, cuya aparición dejó al personal mudo y quieto. Llevaba el pelo cano perfectamente peinado y se había puesto un elegante conjunto de pantalones estrechos de sport y jersey de cachemir. No obstante, sus ojos delataban un enorme cansancio y estaba pálido como un cenicero. Ella no conocía los detalles, pero la urgencia de la reunión y el hecho de que su padre su hubiese trasladado a RusFarm apuntaban a algún tipo de conspiración contra él.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—Bien, tranquilo —repuso ella, y se detuvo en lo alto de la escalera, justo delante de la puerta.

Su padre les hacía gestos a los empleados para que llevaran a la casa el equipaje de su hija.

—Quiero hablar contigo —dijo volviéndose hacia ella.

La mujer robusta abrió el maletero y se lo quedó mirando. No había nada dentro.

—No me quedaré a dormir —anunció ella.

Su padre frunció el ceño y la invitó a entrar, pero ella negó con la cabeza.

Andréi Agápov miró un instante al cielo.

—Dame un momento —dijo—. Entramos, cojo mi abrigo y luego hablamos aquí fuera, bajo la nieve. —Señaló con el mentón los copos que empezaban a caer—. Aunque, en una de ésas, acabamos barriéndola interminablemente en Siberia —añadió volviendo a señalar la puerta con un ademán que parecía decir: «Entra en casa, niña.»

La referencia eufemística a la cárcel hizo sonreír a Anna, que lanzó un suspiro en el aire gélido.

—Ve a buscar el abrigo, que te espero —dijo moviendo la cabeza en dirección opuesta a la de la casa—. ¿Te parece si hablamos en la pista o en las caballerizas?

De pronto, oyó un vago zumbido que aumentó de volumen al tiempo que ella ladeaba la cabeza para oír mejor. Reconoció las aspas cortando el aire.

—¿La CIA? —preguntó.

Su padre se rió y entró a coger su abrigo sin dejar de negar con la cabeza.

El helicóptero favorito de su padre había sido propiedad de la CIA. Era un Mil Mi-17 bimotor de fabricación soviética que Langley había usado en 2001, al principio de la guerra contra los talibanes. Los mulás se habían apoderado de él al recuperar Kabul y lo habían mandado como regalo a Moscú. Su padre aseguraba que se lo había ganado al Ministerio de Defensa en una apuesta, pero ella nunca le había preguntado en qué había consistido esa apuesta.

Una vez en la cabina del aparato, compartieron una petaca del coñac preferido de su padre, importado de Daguestán. Había varios estuches y fundas de armas, algunos bastante grandes, así como una especie de lanzagranadas tirado por el suelo y una caja llena de munición, sin contar a los dos pilotos silenciosos y a los dos Agápov, padre e hija.

Alzaron el vuelo en dirección al campo de tiro situado en el límite sur de RusFarm. Entre las nubes asomaban jirones de luna. Los rotores hacían tanto ruido que ni siquiera se esforzaron en hablar. Tras detenerse un momento en el aire, el helicóptero inició el descenso. Anna se aferró a uno de los asideros del techo.

Bajaron a tierra protegiéndose del viento de las palas y avanzaron hacia el campo de tiro por un camino de grava. Los pilotos descargaron el armamento. El padre de Anna los miraba entre sorbos de coñac. Ya caían auténticos copos de nieve.

—Llevamos mucho tiempo sin hacer prácticas de tiro juntos, Ania —le dijo a su hija poniéndole una mano en el hombro—. Me ha parecido buena idea.

Pulsó el interruptor de los focos, que bañaron todo el campo. Tras dejar las armas encima de una mesa de madera, detrás de la línea de tiro, los pilotos fueron a resguardarse del frío en el helicóptero.

Anna inspeccionó el arsenal. Había una pistola semiautomática MP-443, más conocida como PYa, o *pistolet yarygina*, el arma de mano habitual del ejército ruso: un arma demasiado aburrida para la colección de su padre (¿qué pintaba ahí?). También vio una ametralladora RPK-74 con su bípode y un lanzagranadas Kaláshnikov. ¿Y su arma favorita, dónde estaba? ¿Se le habría olvidado a su padre?, pensó. Reconoció un rifle de asalto anfibio ADS y también un vetusto AK-47 fabricado en 1947 para los primeros juicios militares soviéticos que aún funcionaba.

Por fin, encontró el estuche negro y aterciopelado de la longitud de un bolígrafo. Lo abrió con un clic y sonrió al ver el tubo: una pistola pintalabios, el Beso de la Muerte. El diseño original se remontaba a la época del KGB: una sola bala de 4,5 milímetros, muy baja precisión. Jamás llegó a utilizarse. La de su padre la habían actualizado unos técnicos en los años noventa sin otro propósito que servir de diversión. El sistema de tiro estaba diseñado para que se pudiera poner pintalabios de verdad en la parte superior, por debajo del tapón, camuflando aún mejor el arma, aunque la de su padre ya hacía tiempo que había perdido ese sombrerito rosa.

—Tú siempre con este trasto —dijo él viendo cómo le daba vueltas en la mano.

Anna le puso el tapón y volvió a dejarla en el estuche.

Su padre eligió el AK-47. Las dianas, que eran de acero, estaban al fondo del campo de tiro, delante de un montículo de tierra de la altura de un edificio de dos pisos. Agápov fue ajustando la puntería hasta que se oyó el satisfactorio impacto de varios proyectiles en el acero seguidos por el clic de un cargador vacío.

—¿Por qué has venido a la granja? —le preguntó Anna.

—Están revisando a fondo la casa de Répino —respondió él—. Tengo miedo de que esté llena de escuchas. Mientras tanto, necesitaba poder trabajar en algún sitio. Toma.

Le pasó el AK-47.

Anna puso un nuevo cargador y quitó el seguro. Se apoyó la culata en el hombro mientras sostenía el arma por debajo con la mano izquierda, los dedos extendidos para no rascarse los nudillos en el retroceso. Deslizó rápidamente el cargador de munición con el pulgar y, ya con las dianas a la vista, flexionó las rodillas, enderezó los hombros y se inclinó un poco hacia delante. Luego arrimó el hombro a la culata para encajarla bien en la clavícula, sujetó con fuerza el cargador, fijó la vista en la mira apuntando a la diana de acero y apretó el gatillo. Su menudo cuerpo absorbió toda la fuerza del retroceso. ¡Cling!, hizo la bala al dar en la diana.

Veinte balas más y dieciocho clings. No estaba mal, aunque su padre no le dedicara el menor elogio. Lo de disparar juntos lo disfrutaban cuando se llevaban bien, y de eso hacía tiempo. Puso el seguro y dejó el arma en el suelo. Se sentaron a la mesa y él le pasó la petaca. Luego sacó una carpeta del bolsillo de su abrigo de borrego y la depositó en su regazo.

—Veo que tienes todo tu despacho de Répino en el abrigo —dijo ella entre sorbo y sorbo—. ¿Qué es esto?

—Algo que no debería tener; por eso, primero te explicaré por qué lo tengo —repuso su padre, y cogió el coñac—. Ayer por la noche llegó al banco un funcionario del FSB, un tal Chernov, teniente coronel, con documentos que lo autorizaban a trasladar mi oro a una supuesta reserva estratégica, un búnker militar en el este del país. Mentiras, claro: fue un robo puro y duro. Se marcharon con más de doscientos lingotes, metieron al director de seguridad en una caja y me lo mandaron con un mensaje digno de un psicópata sugiriendo que me arrodillara, los muy hijos de puta. El tío estuvo tanto tiempo arañando las paredes de la caja que tenía los dedos en carne viva. Pobre desgraciado. Tardó casi tres horas en recuperarse y poder decirme nada.

La mirada de Agápov era feroz y apretaba tanto los puños que, cuando abrió las manos, ella notó que se había hecho sangre con las uñas.

Mientras él se chupaba las heridas, ella dio un par de sorbitos de coñac.

—El tal Chernov —continuó su padre medio en susurros— trabaja para el Ganso, Ania. El mensaje es del Ganso.

Al oír ese apodo, ella sintió como si todo el invierno de Píter se le hubiese metido en el abrigo. Vasili Platónovich Gúsev, *el Ganso*, ex director del KGB y, como Secretario del Consejo de Seguridad, uno de los principales asesores de Putin. A lo largo de tres décadas, él y su padre habían librado una de esas luchas de poder tan típicamente rusas, con mucha sangre y pocas victorias, pero los generales seguían en pie, lanzándose miradas de recelo desde ambos lados del campo de batalla.

—Habían dicho que lo de quitarme los astilleros sería lo último —siguió explicando su padre—, ¿y ahora atracan mi banco? Cada vez hay menos de todo, pero ésta es la manera que tienen de cobrarnos impuestos. ¿Qué quieren, otra guerra?

—¿Y no podrías hablar con el *joziáin*? —preguntó Anna refiriéndose al «dueño»: el presidente Putin.

—Cuando me extorsionaron con los astilleros, el *joziáin* no movió un dedo. Volveré a probar, pero he preferido buscar pistas por mi cuenta. De momento, tenemos una. —Dio una palmada a la carpeta—. Les plantaremos cara.

Anna la abrió y miró las primeras páginas en busca de sellos oficiales o de las franjas azules propias de los informes operativos, pero no encontró nada de eso. La cerró.

—¿De dónde has sacado estos documentos? —preguntó.

—Tú lee —repuso su padre antes de darle otro trago a la petaca—. Son *neofitsialnie meri*. Tenemos a alguien escuchando, y ha oído algo bastante interesante.

Neofitsialnie meri: «Medidas no oficiales», escuchas sin orden judicial que, muy probablemente, provenían exclusivamente de su padre; es decir, de un territorio que no amparaban ni siquiera las peculiares leyes de

telecomunicaciones del putinismo, pensadas para que determinadas autoridades pudieran intervenir comunicaciones a discreción.

Hacía más de un año que ella no ponía un pie en RusFarm, y en ese momento lo que más le convenía era levantarse e irse de allí, pero lo cierto era que su padre jamás la había convocado de ese modo («Ania, ven ahora mismo a la granja, por favor»). Además, el documento había despertado su curiosidad. Se sentía como una niña con una caja envuelta en papel de regalo sobre el regazo: ¿qué habría dentro?

Abrió la carpeta y hojeó su contenido: transcripciones, un buen fajo.

—Te resumo lo más importante —le ofreció su padre—. Hemos centrado nuestra atención en los operadores que el Ganso tiene en Londres, Atenas, Zúrich, etcétera, y el caso es que una de las transcripciones de Londres contiene un desliz que es una joya. Dos de ellos hablan de las acciones que han comprado y de cómo deben proceder los abogados para que «todo el mundo» quede conforme. Entonces, empiezan a mencionar los nombres de siempre, pero en un momento dado sueltan que «el *joziáin* no participa en esta ocasión»: que se trata de un fondo aparte, estratégico.

—Mierda —murmuró Anna.

Su padre le puso una mano en el hombro.

—El Ganso me ha robado y le está escondiendo mi dinero al presidente.

Anna cogió la petaca y la miró con curiosidad, como si aquellos dedos no fueran suyos. Ató cabos mientras oía los latidos de su corazón. Quizá fueran invenciones de su padre. Lo comentó en voz alta.

—¿Lo dices en serio, Ania? ¡Por el amor de Dios! —contestó él riéndose.

—¿Tienes el audio?

—Sí.

Ella le tendió la mano.

—No lo llevo encima.

Un copo de nieve cayó flotando hasta posarse en la palma, que seguía extendida.

El padre puso los ojos en blanco, se sacó del bolsillo una memoria USB y se la dio.

—No lo enchufes a ningún ordenador que esté conectado a internet.

Ella se guardó la memoria en el bolsillo del abrigo y se levantó y fue a buscar la caja de la pistola pintalabios. Sonrió al abrirla. Luego, introdujo una bala en el tubo y, cuidándose mucho de no apuntarse a sí misma, se encaminó hacia las dianas. Como necesitaba pensar, siguió caminando hasta quedar a un par de metros de uno de los blancos de contrachapado: la precisión de esas pistolas (si es que tenían alguna), no daba para más.

Le pareció que aún estaba lejos, así que dio otro paso largo y, apuntando al blanco, giró el tubo hasta oír un clic y un disparo. Había fallado. Menuda porquería. Regresó a la mesa de madera y dejó el tubo en el estuche.

—¿Qué sensaciones tiene Vadim de cara a la carrera de Dubái? —preguntó—. ¿El caballo está preparado?

—Pregúntaselo tú. ¿No es tu marido?

—¿Qué caballo va a llevar?

—*Judo Master*.

Ella hizo una mueca.

—Nada que hacer.

—Quizá —repuso su padre mientras limpiaba la barbilla de coñac con el dorso de la mano—, pero tendríamos que estar hablando del informe bomba que acabo de darte, no del negocio de los caballos, que abandonaste con muy poco tacto, ni de ninguna otra distracción.

Ella le dio la espalda, escarmentada: nada le apetecía tan poco como ser convocada a esa horrorosa granja.

Su padre suavizó el tono:

—Ania, ¿eres consciente de lo que podría hacernos el Ganso?

Algo podía imaginarse: había asistido desde su más tierna infancia a peleas entre hombres poderosos. Siendo ella niña, Píter había sido escenario de

sangrientos rifirrafes ante el desplome de la Unión Soviética. De hecho, había sido entonces cuando su padre se las había llevado a su madre y a ella a esa granja, una cooperativa soviética venida a menos. Aún la rondaba la imagen de los hombres al mando de su padre inspeccionando los coches con espejos atados a largos palos, por si había bombas debajo.

Más tarde, durante su adolescencia, su padre había dejado el Servicio para ir medrando entre los antiguos agentes de seguridad que rescataron a Rusia del caos. En esos años era el presidente de Rossiya Industrial, un grupo de empresas que se nutría de algunos de los recursos estratégicos del país: la fabricación y exportación de armamento, una de las grandes petroleras, el segundo fondo de pensiones ruso y, por peregrino que pudiera parecer, una cadena de panaderías.

Ese vertiginoso ascenso, sin embargo, no había salido gratis; muy al contrario: su padre había comprado lealtades mediante una alianza con la familia Kovalchuk, banqueros que gestionaban gran parte del dinero de Putin... y el precio de esa alianza había sido precisamente ella, Anna.

Se tocó el dedo donde antes llevaba el anillo.

—Sé perfectamente lo que podría hacernos el Ganso, papá —aseguró.

—En primer lugar, nos apretará para obligarnos a vender más activos —señaló Agápov—, y luego puede que intente mandarnos al exilio, tras los pasos de todos esos malditos profesores, artistas y bailarinas que hicieron las maletas cuando la guerra se puso fea. Qué sé yo... igual coge unos cuantos de nuestros caballos y los hace picadillo.

—Has dicho «mandarnos al exilio», pero su enemigo eres tú, no yo —lo corrigió Anna.

—Aquí no vale «yo» o «nosotros», Ania —repuso él—. Si no te das cuenta, pues... que Dios nos ayude.

Un escalofrío hizo que Anna se ciñese el abrigo. Quizá su padre tuviera razón, quizá no.

—¿Qué quieres que haga, papá?

—Para acudir al *joziáin* hacen falta más pruebas. Necesito que averigües

dónde narices tienen escondido el dinero. Aquí dentro hay pistas. —Volvió a darle unos golpecitos a la carpeta—. Un despacho de abogados de Londres, Hynes Dawson, está implicado; yo empezaría por ahí. Deben de ser ellos quienes abren las cuentas, así que tendrán clara toda la estructura. Y probablemente les hayan firmado poderes, de modo que podrían ayudarnos a recuperar nuestro dinero, aunque fuera robándolo de vuelta. Haz tus indagaciones y presenta una propuesta operativa: va siendo hora de pasar al contraataque. ¡Que ese maldito Ganso se dé cuenta de que no pensamos arrastrarnos a sus pies, joder!

—Ya —repuso Anna con una sonrisa sardónica.

El padre enrojeció.

—¿De qué te ríes?

—Llevas seis años quejándote de que trabaje en el SVR e insistiéndome en que lo deje para tener hijos.

—¿Y?

—Y ahora me pides ayuda. Sonrío por eso, papá.

—Pues no sonrías.

—Ahora mismo tengo otros casos entre manos; uno en Ginebra, por ejemplo. ¿Qué hago con ellos?

Él se hizo el sordo.

—¿Piensas ayudarme o te quedarás al margen?

Ella le dio una patadita por debajo de la mesa y él le pasó la petaca. Bebió un trago.

—¿Tienes a alguien que pueda ayudar con recursos?

—Puedes hablar con Maxímov, en Moscú.

Un lejano ruido de palas empezó a resonar en el silencio del bosque de abedules.

Ella levantó la vista.

—¿Es el helicóptero de Vadim?

Su padre asintió con la cabeza.

—Me imagino que tu marido querrá hablar con los adiestradores del caballo antes de subirlo en el avión rumbo a Dubái.

Ella se levantó y le comunicó que volvería esa misma noche a Moscú.

—¿Por qué no te quedas hasta mañana, Ania? —le preguntó su padre, que seguía sentado—. Sal a primera hora. Te tendré preparado otro helicóptero.

El ruido de palas se hizo más fuerte. Ella levantó la vista y sintió aguanieve cayéndole en la cara. El helicóptero de Vadim pasó por encima de ellos de camino al helipuerto contiguo a la mansión. Ella señaló con la cabeza el claro donde estaba el aparato de su padre.

—Voy a hacer que me lleven ahora mismo a Moscú. ¿Es un problema?

—Quédate sólo hasta mañana, Ania.

—¿Quieres que te ayude o no?

Agápov sonrió, lanzó un suspiro y le hizo un gesto: podía marcharse.

5

Londres

La primera vez que Sia Fox oyó hablar del oro del Ganso fue en boca de un borracho de acento irresistible, como suelen oírse las mejores historias. El borracho se llamaba Mickey Liádov, y su acento era una encantadora mezcla de inglés de Eton y ruso de planta de hormigón siberiana. El escenario era el privado del Berkeley, entre cuyas paredes forradas de madera el despacho de abogados de Sia, Hynes Dawson, agasajaba a su élite de rusos. Mickey, que ya llevaba varias copas de champán encima, se interesó por el acento de ella.

—Venga, maja, dime de dónde es. Llevo queriendo preguntártelo desde que empezamos a colaborar. ¡Qué manera de hacer vibrar las erres! Fabulosa, una delicia, y perdón por el piropo.

—Es Afrikáans —contestó ella—, de Ciudad del Cabo.

—Perfecto —opinó él—. Mejor imposible.

La velada estaba llegando a su fin, y Sia había cerrado el grifo del champán hacía un buen rato, pero fingía beber con Mickey por si se enteraba de algo acerca de una gran suma que Mickey tenía entre manos. Durante la cena formal, que había sido agotadora, ella y los demás socios del bufete habían escuchado el típico rollo de que los clientes de Mickey habían decidido repentinamente (cómo no) traspasar esa suma enorme (y de origen desconocido) a una nueva estructura de cuentas, en plan muñeca rusa, controlada por empresas fantasma insertadas

dentro de otras empresas fantasma en las Islas Vírgenes Británicas, Nevis, Suiza, la Isla de Man, etcétera: sitios con fama de reservados y discretos.

A Sia le constaba que Mickey movía dinero para el Ganso. Todos los socios sénior lo sabían, aunque nadie lo dijera en voz alta. Lo que quería averiguar era la procedencia de ese dinero en concreto, y tenía la impresión de que a Mickey le apetecía contárselo. Allí había una historia y, a juzgar por la mirada de Mickey, era de las buenas. Le rellenó la copa de champán.

—Ciento cincuenta millones de dólares a tan corto plazo es mucho, Micks —dijo—. Incluso para ti y para clientes como los que acostumbras a tener. ¿Hay algún cotilleo que se pueda contar o es todo muy secreto y muy ruso?

—Bueno... puedo decirte que es un asunto muy importante para mis clientes. *Zayebis.* —Se rió de cómo arrugaba Sia la frente—. Lo siento, he dicho que para ellos es importante del carajo, tanto que, como la cague, se me follan.

Se rió otra vez, bebió más champán, le hizo a Sia señas de que se acercase y fue entonces cuando, llevado por el entusiasmo o por el alcohol, le reveló que aquel dinero había sido oro en su origen.

—¿Oro? —dijo ella animándose—. Caramba, Micks, qué alucinante... ¿Sabes qué te digo? Que mientes más que hablas.

Después de soltar otra risita, Mickey se puso serio.

—Que no, que te lo juro —dijo—. Oro de un banco ruso.

Contó que había oído rumores de que era robado, al menos en parte; pero eso sonaba demasiado emocionante para ser verdad (puso cara de tristeza). Lo más seguro era que sus clientes simplemente necesitaran sacar de contrabando su oro para que algunos distribuidores suizos amigos lo convirtieran en dinero limpio dispersándolo por toda Europa de modo que, más tarde, Hynes Dawson y los bancos pudieran poner el dinero resultante a buen recaudo en algún archipiélago. Lo de siempre, vaya: monedas fuertes y toda la pesca.

Se tomó un buen trago de champán.

—Pero al principio —insistió con la mano en el corazón—, era oro de la cámara acorazada de un banco de San Petersburgo.

—A ver, Micks, ¿y cómo narices sacaron tantos lingotes? —preguntó Sia.

Susurraban como conspiradores, inclinados sobre la larga mesa.

—Pues he oído que los metieron en cajas del Hermitage y los mandaron a Florencia —contestó él guiñando un ojo—. Como un «préstamo entre museos», vaya. Y de ahí me imagino que los llevarían en camión a Suiza, vete tú a saber... Pero bueno —añadió volviendo a poner cara de decepción—, supongo que con lo bien que suena tampoco será verdad.

Sia tuvo ganas de preguntarle qué carajo pensaba hacer el Ganso con tanto dinero, pero Micks no lo sabría y simplemente se pondría a divagar con su acento de pijo.

—Cambiando de tema —dijo en cambio, inclinándose algo más sobre la mesa —, me he enterado de que tus amigos en Rusia tienen problemas con uno de los empresarios... ¿Es correcto decir «oligarcas»?... Uno que, por lo que me han dicho, no tiene clubs de fútbol ni yates, pero al que le sale el dinero por las orejas. ¿Cómo se llamaba...? Ago algo...

—Agápov —repuso Mickey—, el general Andréi Borísovich Agápov. General retirado, para ser exactos. —Mientras hablaba trazaba círculos sobre la mesa con la copa de champán cogida del tallo—. Hace poco vendió su astillero a precio de risa —añadió—, y ahora lo del banco...

Asintió con la cabeza y volvió a beber champán.

—¿El banco también es de él? —preguntó Sia.

—Es el principal accionista —respondió Mickey—. Y tiene enemigos, como te podrás imaginar, y no precisamente de los tontos, sino de los que extienden sus tentáculos hasta las profundidades del Kremlin.

Volvió a hacer girar la copa vacía con una sonrisa burlona. Ya se habían acabado la botella (mejor dicho, se la había acabado él solo). Sia cogió una de brandy del carrito para que Mickey tuviera algo en la copa.

—¿Y no me lo sirves en copa de brandy? Pero qué bárbara, Sia, por Dios... —dijo él—. Servir brandy en una flauta de champán es de visigodos, cariño; de visigodos y de vándalos.

—Así somos, Micks: siempre adelante, hasta las puertas de Roma. —Llenó su propia flauta y se tomó un buen trago. Justo entonces entró en el reservado un camarero, pero le hizo señas de que se marchara, puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia Mickey para susurrarle—: Me estabas hablando de los enemigos de Andréi Agápov, Micks.

—Ah, sí, es verdad —contestó él—. Bueno, ¿quién no tiene enemigos? Para muestra, un botón: yo mismo, pobre de mí. Medio borracho con una visigoda. Totalmente rodeado.

Se rió entre dientes y miró su reloj como si tuviera que ir a alguna parte.

Sia pensó que necesitaba algo de ayuda: un empujoncito.

—A mí sólo me llegan los rumores que consiguen viajar desde Moscú hasta esta ciudad tan sosa —dijo—, pero he oído que el Ganso le está dando caña a Agápov. En los buenos malos tiempos, el Ganso era el jefazo del FSB, y ahora tiene un despacho al lado del de Putin. ¡Coño, si hasta leí un artículo donde ponía que era el que había extorsionado a Agápov para que vendiera el astillero! ¿Qué pasa? ¿Alguna sabandija se está deslizando por debajo de las sábanas del Kremlin?

Mickey hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera y tirar una llave imaginaria en su coñac, que apuró de un solo trago.

Sia le rellenó la copa.

—Mira, Micks, la llave está en tu copa: igual si te la bebes podemos abrirte los labios.

Él se encogió de hombros y, tras un sorbo largo y lento, sonrió apenas y tamborileó en el mantel. Acto seguido recurrió a lo que se había convertido en su manera preferida de contar secretos: hablar en voz pasiva midiendo mucho sus palabras. De otro modo, habría tenido que responsabilizar al Ganso de cosas que no le convenía atribuirle.

—Creo que el oro fue «sustraído» de las arcas de Agápov por razones estratégicas que, naturalmente, se le escapan a tu humilde amigo Micks; ahora,

lo que está claro es que se lo robaron, como el astillero, y unos pajaritos que conozco en la Ródina me han dicho que el bueno de Andréi está siendo castigado por no atenerse a las reglas. En vez de pagar su tributo, como se debe, el muy jodido se está emperrando en poner las cosas difíciles. Has sido tú quien ha mencionado al Ganso, y no voy a hacer comentarios sobre ese artículo que leíste: ya sabes que la prensa de aquí se pasa el día calumniando a los rusos patriotas. Lo que puedo confirmarte, porque mis pajaritos me lo han dicho, es que el Ganso y Agápov se odian. Ambos proceden del KGB de Leningrado, y el origen de su odio es algo tan atemporal como una mujer. ¿Qué otra cosa iba a ser? Cierta Galina de San Petersburgo, que, Dios la tenga en su gloria, era algo así como Helena de Troya. Antes de casarse con Agápov había estado con el Ganso y, ahora que está en pleno ascenso, tiene que pensar en sus gansitos, ¿no? De modo que está haciendo lo que haría cualquier padre sensato. ¿O no, Sia?

—¿El qué, Micks, dejar sin blanca a un antiguo rival?

Mickey negó con la cabeza.

—No sólo eso. Agápov estableció una poderosa alianza con la familia Kovalchuk. Eran uña y carne, hasta el punto de que, cuando el viejo Kovalchuk murió, sus acciones y el control del banco fueron a parar a manos de Agápov. ¡Incluso casó a su hija Anna con Vadim Kovalchuk, el hijo del viejo! Eso hace pensar que el juego que se trae el Ganso es una mezcla de venganza y política: te cargas a un antiguo rival y de paso destruyes una alianza política muy poderosa. Dos pájaros de un tiro, como suele decirse.

—Fascinante, Micks —dijo Sia—. Tu clientela es como la quintaesencia de las intrigas estalinistas.

—Tienen las manos manchadas de sangre —contestó él con una gran sonrisa y haciendo el gesto de limpiárselas—. Igual que vosotros.

Sia le dio dos besitos a Micks, uno en cada mejilla, y, tras un corto paseo a la luz de la luna por Mayfair, volvió a las oficinas de Hynes Dawson, llenas de abogados macilentos que entraban en la decimoséptima hora de su jornada de trabajo. Tras hacer crujir con paso firme la escalera de caracol que conducía a su despacho, cerró la puerta y se plantó ante la ventana, mirando por el cristal sucio los arbustos descuidados que bordeaban el patio de grava.

La fuente estaba seca. Nunca la había visto funcionar. La ecléctica combinación de suelo urbano prohibitivo y decrepitud arquitectónica respondía a los deseos de Benny Hynes, único superviviente de los fundadores del despacho, del que era director emérito. Muchos de los grandes despachos de la City, en compensación por el esclavismo laboral de su plantilla, lucían instalaciones ultramodernas y dotadas de todos los servicios. Hynes Dawson no. Su palacete de Mayfair podría haber sido la morada de una familia excéntrica. En los pasillos y despachos se sucedían las estanterías llenas de libros, y las paredes estaban adornadas con óleos sin relación alguna con el bufete, sus clientes o el ejercicio de la abogacía: la batalla de Trafalgar, una escena pastoril en Cornualles, un pato pintado por el propio Benny Hynes... El espacio era tan escaso que el despacho de Sia ocupaba el antiguo dormitorio de uno de los niños.

El magnetismo del bufete se basaba en algo muy simple: cinco veces más compensaciones que en cualquier otro de Londres; hasta siete, en los años buenos. Los beneficios pecuniarios compensaban de sobra el caótico espacio de trabajo. Aunque también eran la manera (o pretendían serlo) de resarcir a los trabajadores porque el perfil de los clientes iba desde los tintes turbios hasta la corrupción más contumaz. Todos tenían las manos en la masa del dinero sucio, pero, además, había unos cuantos que también las tenían manchadas de sangre: Al-Assad, Putin, Al Saúd, Jamenei... Aunque sus nombres no figurasen en los documentos, los principales socios del despacho, todos salidos de Oxford y de Cambridge, tenían muy claro que, a través de sus representantes, constituían los clientes más valiosos de Hynes Dawson.

Se oyeron golpes en la puerta.

—Adelante —dijo ella.

Era Benny Hynes. A sus setenta y cuatro años, un hombre enjuto y de abundante pelo gris, enfundado en un terno gris marengo. Su reloj de bolsillo alguna vez había pertenecido a Churchill. Era la una y tres minutos de la madrugada, y él estaba aún despierto y trabajando. Una vez sentados en el sofá de cuero verde, Sia y él se quedaron mirando a alguien que pasaba por la calle.

—¿Has estado con Mickey Liádov? —le preguntó él sin apartar la vista de la ventana.

—Le gusta hablar.

—¿Cotilleos del Kremlin?

—Como siempre, ¿no? El dinero era de Andréi Agápov. El Ganso se lo quitó. En Moscú se está armando la gorda. Hay facciones enfrentadas; lo típico de Rusia, vamos.

Benny gruñó mientras se toqueteaba el nudo de la corbata.

—Ahora entiendo las chorradas que nos han largado durante la cena. ¿Qué opina Mickey? ¿Será peligroso que los ayudemos a blanquearlo? ¿No nos meteremos en medio del fuego cruzado?

—No más que de costumbre.

—¿Y se puede saber en qué piensan gastárselo?

—De eso Mickey no tiene ni idea.

—Nunca sabe lo importante.

—Es un simple intermediario.

Benny se levantó y se desperezó.

—Acaban de mandar el contrato para que nos pongamos a trabajar. Prepáraselo, ¿vale? Di que sí a todo, que será lo habitual: capas y más capas hasta que ya no se distinga nada. Ayudaremos al Ganso a esconder su dinero a menos que veamos algún riesgo de que Agápov o algún otro mal bicho del Kremlin nos queme el despacho. Total, ¿qué más da? Es a lo que nos dedicamos. Para eso existimos, qué coño.

Le dio una amable palmada en la rodilla y, tras levantarse, se encaminó hacia

la puerta.

«Y para eso me uní yo a esta pandilla de mercenarios», se abstuvo ella de decir, adelantándose a su jefe para abrirle la puerta y darle a su vez una palmada en el hombro acompañada por la solemne promesa de que, en un pispás, tendría formado un equipo de primera y, a la hora de comer o a lo sumo la del té, ya habría guardado parte del dinero de Agápov en alguna cuenta inocua del Caribe.

Mickey había acertado en casi todo. Las cajas habían llegado a Florencia en la bodega de un avión militar ruso prestado al Ministerio de Cultura (la guerra no había interrumpido los intercambios museísticos). Chernov, descrito en su documentación como un conservador adscrito al museo Hermitage de San Petersburgo, viajó con una parte de las cajas, y los auténticos conservadores (cuyo cometido era supervisar un préstamo de cuadros y esculturas que en su día pertenecieron a Catalina la Grande) tuvieron la prudencia de mantener las distancias.

Esas cajas, de color azul Francia, sólo llevaban impreso, en amarillo, un número de serie y el aviso ESTE LADO ARRIBA repetido en italiano, ruso e inglés. Al supervisar su descarga en el aeropuerto de Florencia, Chernov saludó a un hombre cuyo poco imaginativo apodo, *Miguel Ángel*, recordaba del FSB. Era el dueño y director de una empresa especializada en el transporte de cuadros, esculturas y otros objetos de valor por toda Europa, así como el padre de dos hijas que habían estudiado Economía en Londres gracias a los pagos del Servicio de Seguridad ruso.

Desde Florencia, los camiones de Miguel Ángel llevaron las cajas hasta una refinería de oro de Dresde, donde las refundirían poniéndoles nuevos distintivos que ocultasen su procedencia. El sector del refinado del oro es muy laxo en la aplicación de las leyes antiblanqueo, sobre todo cuando el dueño de la refinería y su director general cobran del FSB.

A partir ahí, el oro se repartió entre dos mayoristas alemanes, ambos con sendas sedes en Suiza y directivos a sueldo de la Lubianka. Sin duda, la codicia fue uno de los acicates para que los conspiradores pasaran por alto el velo de misterio que rodeaba el origen del metal, pero si a alguien le quedaban dudas, o temía represalias (legales o de cualquier otro tipo), se podía consolar pensando que el Bank Rossiya no había denunciado el robo por el simple motivo de que no era tal, puesto que, como había señalado Chernov, aquel oro le pertenecía a Rusia, y, por lo tanto, a Dios, que era el dueño de todo. De cara a cualquier organización internacional o gobierno interesados, los lingotes seguían a buen recaudo dentro de las fronteras de la Ródina.

Una vez vendidos por partes en los mercados de divisas, los financieros del Ganso, con Mijaíl Liádov al frente, tenían que encargarse de encauzar los ingresos hacia una estructura convenientemente bizantina de cuentas en paraísos fiscales pertenecientes a empresas fantasma con nombres convenientemente incomprensibles como como Sandalwood Ltd., Brockton Development, QRE Solutions, etcétera, que, como buenas empresas fantasma, sólo existían sobre el papel.

Y la encargada de crear esa estructura de *holdings* financieros, de diseñarla y construirla bien lejos de las fronteras de la Ródina, sería nada menos que la abogada Sia Fox, con base en Londres. A gran parte de quienes observaran su creación, les parecería gris, tediosa y enrevesada pero, desde el ángulo correcto y con la luz adecuada, unos pocos serían capaces de elucidar su forma verdadera: la del arrasado campo de batalla de una cruenta lucha rusa por el poder, y también, posiblemente, la del mayor robo de lingotes de oro desde el saqueo de Europa por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Sia sabía, incluso, que algunas de esas cuentas podían y debían estar tras las fronteras de Rusia, en territorio del Ganso, aunque su nombre no apareciera en ninguna de ellas. Y sabía cómo conseguirlo, puesto que, en el Kremlin, había

quien confiaba en Hynes Dawson y por extensión en ella, aunque ni siquiera supieran su nombre.

«Craso error», pensó.

6

Moscú

Anna abandonó la circunvalación MKAD por una salida situada en el distrito de Yásenevo y prohibida por un letrero en cirílico e inglés. Condujo su Range Rover por una carretera estrecha y, tras dejar atrás otra señal que ponía CENTRO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, se internó en el bosque hasta llegar a una discreta garita bañada en luz de sodio. Como no llevaba la insignia marrón, el solitario vigilante se la quedó mirando. Debía de pensar que esa rubia menudita se había equivocado de salida. Caminó hacia ella mirando de reojo los bolardos y las placas de metal que asomaban a ras de suelo y que podía hacer subir si algún vehículo intentaba saltarse el control.

A Anna le habían contado que, en cierta ocasión, un borracho había lanzado su Lada hacia la verja y había terminado estrellándose contra una barrera de acero surgida de golpe del pavimento. Sonriendo afablemente, mostró su carné de conducir y, tras advertir al vigilante de que no encontraría su nombre en la lista, le pidió que llamara a la oficina del subdirector tercero.

Aparcó a un lado y se quedó esperando. A los pocos minutos, el vigilante salió de la garita y se apresuró a devolverle la identificación y a levantar la barrera. Los neumáticos del Land Rover produjeron un ruido metálico cuando pasó sobre las placas del suelo en dirección al interior del recinto.

Ya en el amplio aparcamiento, Anna desconectó el móvil y lo metió en la guantera. Pese a que era temprano, vio luz en muchos despachos, incluidos los

de la segunda planta que alguna vez habían sido los dominios de su padre. Detrás del edificio de siete pisos que ocupaba la dirección, asomaba otro de veintidós, que era la colmena donde trabajaban las abejas obreras. Allí, el aparcamiento se notaba mucho más lleno.

Al fondo de todo, hacia el oeste, estaba un inmenso edificio que albergaba unos grandes almacenes con buenos descuentos, dos saunas, una piscina olímpica, tres gimnasios y varias pistas de tenis, mientras que hacia el este, internándose en el bosque, se hallaban una serie de dachas privadas que en su día habían pertenecido a altos cargos de la Primera Dirección General del KGB, dedicada al espionaje en el extranjero.

Tras la caída del régimen soviético, esa Primera Dirección General había cambiado de nombre para pasar a llamarse Sluzhba Vneshnéi Razvedki (SVR), el Servicio de Inteligencia Exterior; pero el cambio había significado tan poco para quienes trabajaban ahí (incluido el padre de Anna) que ni siquiera se habían avenido a utilizar el nuevo nombre. (Ella cerró los ojos y oyó el zumbido de la subestación eléctrica y el rumor de los pinos encrespados por el frío viento matinal.) Para todos ellos, el cuartel general del SVR era sencillamente «el Bosque».

Maxímov, el subdirector tercero, disfrutaba de un amplio despacho en la planta de la dirección (la segunda, precisamente), con grandes ventanales por los que asomaban las puntas de los árboles como fantasmas en la bruma matinal. Detrás de su escritorio no faltaba el típico mural de fotos ni la vitrina llena de recuerdos: un bate de béisbol firmado por Fidel Castro, una foto donde se lo veía dándole la mano a un Kim Philby ya con un pie en la tumba, un AK-47 conmemorativo que le había regalado el ministro de Defensa sirio...

Rodeado de papeles, invitó a Anna a sentarse al otro lado de la mesa lacada que se extendía casi de punta a punta del despacho. Estaba hecha con la plancha

de un barco de la flota encargada por Pedro el Grande durante las guerras contra Suecia. Al fondo había otra mesa que a duras penas soportaba el peso de un opulento samovar de plata procedente del palacio de Terem, de donde había salido durante los saqueos de la Revolución. Incluso soñolienta como estaba, Anna distinguió desde el extremo contrario de la sala los borrosos contornos de la doble águila imperial de los Románov.

Maxímov era un hombre robusto con abundante pelo blanco alrededor de la cabeza, pero ni uno solo en la parte superior. Era propenso a levantar la voz (un problema de volumen que sólo había salido a relucir recientemente, a finales de la década de los 2000, en una evaluación del personal a su cargo), pero sus desplantes no impedían que se lo considerara cauteloso y conservador desde un punto de vista operativo. Ese apego al *statu quo* sin duda lo hacía ver con recelo la estrategia del padre de Anna, según la cual ella, su hija, y él... o más bien el SVR como tal, debían actuar como piezas de ajedrez en su partida contra el Ganso, encargándose, en primer lugar, de localizar el oro que le habían robado.

Por suerte, a Maxímov, al contrario que a la gran mayoría de los ocupantes de la segunda planta, le daban igual las dimensiones del inexistente miembro viril de Anna. La saludó con dos besos y se sentó frente a ella.

—En uno de los anexos tengo un despacho que puedo prestarte unos días —empezó a decir—, y también puedo asignarte a unos cuantos técnicos de soporte operativo sin necesidad de papeleo ni seguimiento puntual de los gastos. Confío en tu buen criterio.

—Descuida.

—Eso sí: si localizas a alguno de tus objetivos, prefiero no enterarme. Ya lo hablarás con tu padre, yo no quiero tener nada que ver.

—De acuerdo.

—Y, por favor, no menciones este asunto en particular con nadie más del SVR. Si tienes que tratar sobre otras cosas, allá tú, pero ni una palabra sobre esto.

Anna se lo quedó mirando como si pensara: «Pues claro, estúpido.»

—Lo he dicho para tranquilizar mi conciencia —gruñó él.

—Claro, claro. —Anna se encogió de hombros y miró por encima de las puntas de los árboles—. Puede que necesite recursos de vigilancia.

—A su debido tiempo.

Ya estaban en la puerta cuando Maxímov se acercó para susurrarle algo al oído.

—Tu padre estaría orgulloso, Ania. Debe de estarlo ya.

Ella se dio cuenta de que el agente operativo que Maxímov aún llevaba dentro se estaba camelando a la «pequeña Anna»; que sus elogios buscaban que se metiera de lleno en aquel asunto sórdido y que siguiera adelante incluso cuando las cosas se pusieran difíciles, como se pondrían sin duda, teniendo en cuenta que el enemigo era el Ganso, nada menos.

—Ésa es una mentira piadosa —dijo.

Maxímov sonrió, abrió la puerta y se despidió de ella con un beso en la mejilla.

Ella (sobreviviendo gracias a un goteo interminable de té) y el equipo de técnicos elegidos por Maxímov se encerraron durante tres días en una sala de reuniones medio abandonada cuyas ventanas (sucias) parecían internarse en el bosque. Desde allí, procuraron orientarse entre la bruma que envolvía Hynes Dawson.

El primer día, buscando en el registro mercantil británico, encontraron la dirección de una mansión en Mayfair, en una calle tranquila cerca del famoso Hyde Park londinense. Google Street View la mostraba en un estado lamentable, con la verja oxidada, la pintura desconchada y la piedra cubierta de manchas minerales: parecía cualquier cosa menos una empresa dedicada a esconder el dinero de los ricos. Quizá de eso se trataba.

Accediendo sin permiso a bases de datos aduaneras y fiscales del Reino Unido, lograron confeccionar una lista de los empleados. A Anna, desde luego,

no le interesaba el personal de bajo nivel, sin acceso directo a la información, ni tampoco los socios sénior, que sin duda estarían bajo la mirada atenta de la gente del Ganso y, por tanto, difícilmente compartirían lo que sabían, ni siquiera a cambio de lisonjas económicas, sino algún empleado del centro de la pirámide, saturado de trabajo y con acceso a la información, pero muy lejos del radar del Ganso. Además, le convenía que sus relaciones con esa persona pudieran encajar con la tapadera comercial que le proporcionaba el SVR, como banquera rusa.

Fue entonces cuando su equipo dio con una abogada de Hynes Dawson, una tal Hortensia Rose Fox que, en un artículo del *Guardian* sobre la incidencia de las sanciones a Rusia en la City y en la crema y nata de Londres, aparecía descrita como «una abogada especializada en Rusia y Europa del Este».

La investigaron más a fondo. Anna fue quien encontró la foto más reciente, de hacía dieciocho meses. Mostraba a una mujer alta y de pelo negro con ojos de un gris difuso y nariz aguileña.

Sabían que tenía la doble nacionalidad sudafricana y británica, y que en sus redes sociales (que empleaba muy rara vez desde su ingreso en Hynes Dawson) utilizaba el nombre de Sia.

«Lógico», había pensado Anna, y se había vuelto hacia uno de los técnicos, de nombre Grigori, para decirle: «Hortensia. Qué horror de nombre, ¿no? Afrikáans seguro que no es.» El tal Grigori se había limitado a encogerse de hombros, pero lo cierto era que nadie en el equipo había conocido jamás a alguien llamada Hortensia.

Elaboraron una mínima biografía con los pocos datos con los que contaban: infancia en Ciudad del Cabo, estudios de Derecho en Cambridge; después, un cambio insólito de rumbo: empleo en una empresa tecnológica llamada Lyric con sede en San Francisco, California. (Encontraron fotos de ella con el fundador y director de Lyric, Harry Hamilton; muchas fotos, llenas de sonrisas, carcajadas y abrazos.) Finalmente, cinco años atrás, se había ido de Lyric para entrar en Hynes Dawson. (Anna tomó nota de lo de Lyric: si alguno de los otros

mandamases del SVR le preguntaba por lo que estaban haciendo, podía hablarle del interés estratégico de esa gran tecnológica estadounidense con miles de millones de dólares en contratas de defensa.)

Encontraron su número de teléfono en su expediente fiscal, al que también accedieron de manera ilícita. Luego, recurrieron a una tapadera del SRV, una empresa de contabilidad con sede en Turquía y sucursal en Ginebra, para comprar un montón de información de acceso público a compañías que juntaban y vendían datos obtenidos de aplicaciones de móvil. Así, averiguaron cómo se desplazaba al trabajo, a qué médicos iba y dónde hacía la compra.

Un experto en manejo de datos confeccionó un mapa de calor que recogía los movimientos de Sia por Londres y la campiña inglesa.

Mientras miraban los mapas, Anna le preguntó a Grigori qué opinaba de Sia y él fue siguiendo con un dedo el breve recorrido a pie entre su piso, también en Mayfair, y las oficinas de Hynes Dawson, y le contestó que era «una abogada bastante sosa».

—Trabaja entre quince y dieciséis horas al día —añadió—. Sólo sale a comer o cenar con clientes, el resto de los días compra comida precocinada. Los fines de semana solamente pisa la calle para ir a correr.

Subrayó estas últimas frases con un bostezo.

La noche del tercer día, Anna se sentó en la sala de reuniones a cavilar sobre las posibles formas de abordar el asunto. Empezó, como siempre, por las más duras, que eran sus favoritas. Podía hacer que Sia recibiera llamadas amenazadoras y luego presentarse ella misma como la manera de acabar con ellas. O podía hacer que mataran a su mascota... aunque no parecía que tuviera ninguna (según los datos de geolocalización, no daba paseos nocturnos ni iba a tiendas de comida para animales). Se dio cuenta de que cualquier decisión era prematura porque, en realidad, aún no sabía como presionarla. Desconocía sus debilidades, sus posibles adicciones... y encima no era rusa, ni estaba en Rusia... al menos no todavía.

Pasó los dedos por el borde de su vaso de poliestireno mientras reflexionaba sobre el problema de llegar hasta ella. Podía interesarla con algún tipo de cebo. ¿Un cliente lucrativo? Un ruso rico y dúctil cuya fortuna pudiera resultar tentadora. No era una mala manera de empezar y, en caso de que el Ganso levantara las cejas, resultaría fácil de justificar: «¡Pues estamos intentando esconder dinero, igual que tú!»

Se puso el abrigo y los guantes y salió al aparcamiento. Una vez en su Range Rover, sacó el móvil de la guantera, llamó a su padre y le explicó lo que necesitaba.

Él, por su parte, le dijo lo que quería que ella hiciese.

—Por Dios, papá. No puedo —repuso—. Hay otras maneras.

—Puede ser, Ania, pero tu marido ya está al corriente: se lo he contado todo. O sea que ve a hablar con él, a ver si se os ocurre algo entre los dos.

Anna apoyó la frente en el volante. Su marido. *Bliad!* «¡Mierda!».

Por la noche, descorchó una botella de vino georgiano que ni fu ni fa y la acompañó con un par de coñacs mientras veía distraída el programa de debate de canal 1, *El tiempo dirá,* en la penumbra de su piso de la calle Ostozhenka (una de las más caras de Moscú), comprado durante los primeros e infelices años de su matrimonio: otro lugar que no le gustaba. Cada vez que sus pensamientos derivaban hacia la conversación con su padre, bebía otro trago de coñac. Se quedó frita en pleno apogeo de un debate televisivo acerca de los cruentos métodos a los que podrían recurrir los estadounidenses para resolver la «cuestión rusa» y la correspondiente necesidad de autopurificación nacional.

Se despertó por la mañana con la bata medio enroscada al cuerpo y las sábanas revueltas. No recordaba haberse ido al dormitorio. Se quedó en la cama, a merced de la migraña, casi sin poder abrir los párpados y menos aún hilvanar sus pensamientos. Bajó a nadar al club de abajo. Dos piscinas lentas y ya no podía más. Fue a la sauna a sudar el alcohol. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero tenía la barriga lisa y las piernas musculadas por herencia materna. Se entristeció al pensarlo. En el vestuario se duchó, se rizó un poco el

pelo rubio y se maquilló. Ignorando las ojeras, juntó los labios rojos y sonrió para comprobar que no se hubiera manchado de pintalabios los dientes.

Había llegado el momento.

Llevaba cuatro semanas sin hablar con Vadim y seis sin verlo. Sólo de mirar su nombre en la lista de contactos ya le chirriaban los dientes. Abrió la mandíbula hasta oírla crujir, intentando capear el revoltijo de emociones que le despertaba siempre su marido. Apretó las manos contra la encimera de mármol negro y, al quitarlas, se quedó mirando cómo se evaporaba lentamente el húmedo contorno de sus dedos. Finalmente marcó el número.

—Hola —contestó él justo antes de que se activara el buzón de voz.

Anna sabía que, a veces, Vadim también se quedaba mirando el teléfono sin saber si ponerse. Le dijo que necesitaba verlo. ¿Estaba en Píter, podían quedar?

—Estoy en Píter, sí —le dijo él con tristeza—. ¿Cenamos juntos?

—Sí: tenemos que hablar de varios temas.

Anna se lo imaginó frunciendo el ceño.

—Le diré a mi asistente que reserve mesa. ¿Qué noche te va mejor?

—¿Qué tal hoy mismo?

—Perfecto. ¿Y te quedarás en el piso?

—¿Y dónde si no?

Él tosió.

—¿Dónde voy a quedarme si no? —repitió ella.

—Con tu padre.

—Vadim, no soy una niña. ¿Hay alguien viviendo contigo?

—Ania, por favor... Aquí no hay nadie. Puedes quedarte aquí, por supuesto. No hay ningún problema. Lo preguntaba por preguntar.

«Pero ¡¿por qué lo preguntas?!», gritó ella en su interior. «¡¿Por qué lo preguntas, Vadim?!» Siguieron en silencio oyéndose respirar. Anna apretó los dientes.

—Bueno, nos vemos esta noche —dijo finalmente.
Él colgó primero, como siempre.

7

San Petersburgo

Situado en uno de los pocos edificios residenciales del muelle Kutúzov, a orillas del Nevá, el piso donde Anna había vivido con Vadim ocupaba tres plantas de una mansión que en otro tiempo, cuando Píter era la capital imperial de los Románov, había albergado la embajada francesa. Acababa de llegar de Moscú tras cuatro horas de cómodo viaje en el tren de alta velocidad Sapsan y estaba contemplando las molduras de piedra del edificio, rosadas a la luz menguante de una tarde ya en declive, mientras una multitud de turistas chinos miraban boquiabiertos al lado contrario, a la fortaleza de San Pedro y San Pablo, en la orilla opuesta.

Píter había merecido bellos poemas y largas reflexiones históricas (al fin y al cabo, se trataba de una capital imperial, con incrustaciones de Fabergé, que había surgido repentina y violentamente en unas marismas fronterizas), pero, para Anna, su esencia se reducía a una serie de verdades tan sencillas como intraducibles al lenguaje poético: era la ciudad donde había nacido y pasado su infancia, donde se había enamorado y la habían vendido (técnicamente, dado en matrimonio), donde la habían ignorado y donde debía resistir. Bajó la cabeza y entró en el palacete.

En cuanto abrió la puerta del apartamento la asaltó un olor a desinfectante y lejía. Yendo hacia el dormitorio, vio moqueta a la que se había pasado cuidadosamente la aspiradora, mesas de cristal relucientes y camas recién hechas

con sus sábanas horteras de estampado de cebra perfectamente remetidas y plegadas y sus almohadas ahuecadas. No obstante, lo que una esposa feliz habría interpretado como un gesto de delicadeza se convirtió para ella en una prueba de que Vadim había contratado a toda prisa a una brigada de limpieza para borrar las huellas de una interminable sucesión de polvos.

Sacó de su equipaje un vestido de raso rojo con cinturón y unos Louboutin con tacones de diez centímetros. Después de ponérselos, rebuscó entre sus joyas hasta decidirse por un collar de perlas de Tiffany's y unos pendientes a juego. Se miró en el espejo alisándose el vestido mientras pensaba en las «conquistas» de Vadim, seguramente mujeres que no se lavaban nunca, y decidió que llamaría a su médico de Moscú para programar unos análisis y a su farmacia para que no se olvidaran de enviarle anticonceptivos.

Durante los años de la Unión Soviética, «contracepción» quería decir casi siempre «aborto». La píldora era imposible de conseguir y los condones, espolvoreados con talco y gruesos como botas de lluvia, se fabricaban en la misma planta de Bakovsky donde se producían las máscaras antigás. Desde entonces muchas cosas habían cambiado, claro. La píldora se conseguía en cualquier farmacia, pero los maridos seguían queriendo tener hijos, de manera que ella misma, para no ir más lejos, tenía que esconder su medicación en un frasco de aspirinas cuando Vadim andaba cerca. Se tomó la píldora de esa noche y fue al mueble bar del salón a buscar uno de los coñacs caros de su marido. De su marido y de ella, en realidad.

Se sirvió y bebió un buen trago. Aún era temprano; más le habría valido rebajar el alcohol con algo de comer, pero la tarde sería una prueba de resistencia, así que no dudó en servirse otra. Justo entonces oyó que Vadim abría la puerta y sonrió a la fuerza al ver entrar a su marido con el teléfono pegado a la oreja. Tras un gesto de disculpa por estar hablando, él se metió en el dormitorio. Caía la noche sobre el Nevá y ella se había quedado a solas con sus pensamientos y su copa.

El chófer los llevó al Palkin (así se llamaba el restaurante) en el Maybach blindado. Se sentaron primero en el bar, de luz dorada y sillones de cuero rojo oscuro, y pidieron unos martinis para animarse a conversar de algo, lo que fuera. Vadim le preguntó por su trabajo, a lo que ella respondió someramente antes de hacer lo propio. Él era guapo, alto y de hombros anchos, con unos ojos suavemente marrones que durante un tiempo, cuando aún eran jóvenes, ella encontraba bonitos. En una de las múltiples pausas de la conversación, se sorprendió pensando que ojalá el extraño espacio de su matrimonio concertado le resultara al menos tolerable. Por suerte, vivían casi siempre separados, eso facilitaba las cosas. Como no se le ocurría otra cosa que decir, le preguntó por los preparativos de cara a Dubái.

—Los malditos adiestradores no saben ni hacer la «o» con un canuto —repuso Vadim poniéndose muy serio mientras se pasaba la lengua por los dientes.

Ella arqueó las cejas. Fin. Sabrosa charla.

Les habían asignado una mesa tranquila en un rincón con vistas a la bulliciosa avenida Nevski, cuyas farolas (que asomaban entre las cortinas de seda verde) se reflejaban en la cubertería y las copas. Él pidió por señas otro martini mientras se dirigían hacia allí. Una morena esbelta que ofrecía su escote desde uno de los taburetes se lo quedó mirando y Anna se toqueteó las perlas. Sus Louboutin repiqueteaban agradablemente sobre el bruñido parqué del comedor *art déco*.

Píter era la segunda ciudad del nuevo *ruski mir*, un mundo ruso cerrado a cal y canto ante un Occidente hostil y degenerado, y la «defensa» de ese mundo había llevado a la operación militar especial en Ucrania. Pero esa noche, para Anna, las trincheras, la sangre, las sirenas antiaéreas; todo eso eran vagas nubes de tormenta en un horizonte lejano. Puede que la guerra se hubiera clavado en lo más hondo del alma rusa, pero apenas había logrado desfigurar su cuerpo. Ya no había tiendas de Nike ni de Apple; McDonald’s había pasado a llamarse Tasty and That’s It; las piezas de repuesto para coches de fabricación occidental tenían que comprarse por internet; de vez en cuando (muy de vez en cuando) faltaba algo en los supermercados y los grandes almacenes... y no obstante, como ella

misma había oído murmurar durante su infancia, entre las ruinas de la URSS, en los salvajes noventa, la capacidad de sufrir de los rusos era ilimitada, insondable, y el presente no era más que un leve rasguño en un cuerpo recorrido por hondas cicatrices. Esa noche cenarían bien y pagarían lo que hubiese que pagar. Seguirían adelante, como siempre. Ella también pidió por señas un martini.

Vadim pidió caviar de beluga para ambos sin molestarse en preguntarle a ella qué quería. Lo echaron a cucharadas sobre huevos de codorniz cubiertos de crema agria y luego, tras brindar sin mirarse, bebieron en silencio mientras él consultaba su móvil.

—Bueno —dijo dejando al fin el aparato en la mesa—, tu padre me ha hablado del... tema.

La conversación quedó en suspenso por la aparición del camarero. Vadim eligió un Petrus del año en que había nacido Anna (y que un ruso promedio sólo hubiera podido pagar ahorrando su sueldo íntegro durante seis meses). Luego pidió un filete de Wagyu para él y un stroganoff para ella: algo sencillo para un templo de la ostentación como el Palkin.

—Ya tengo la víctima, pero nos falta el cebo —dijo cuando se marchó el camarero—. Tiene que ser algo que de verdad la tiente.

Iba a decir algo más, pero ya llegaba el camarero con el vino. Dejó que fuese Anna quien lo probara y, tras recibir su aprobación, le pidió al camarero que los dejara a solas.

Justo entonces, en el campo visual de Anna apareció nada menos que el Ganso, dejando atrás a un *maître* que le pedía tiempo para acabar de preparar la mesa. Su escolta privada se desplegó por la sala.

A ella se le escapó una palabrota en voz baja, se inclinó sobre la mesa y le susurró algo a Vadim.

Un paso por detrás del Ganso, con la actitud de una hija a la que su padre hubiese invitado a una cena especial, iba una joven rubia que, desde luego, no era su hija.

De camino a su mesa, el Ganso los reconoció. Esta vez fue Vadim quien emitió una palabrota entre dientes.

—Lo siento, Ania, pero no hay más remedio que saludar —susurró mientras se levantaba.

Ambos esbozaron una sonrisa falsa.

El Ganso le dio la mano y les presentó a Irina. Tenía ojos de cervatillo. Anna se acordó de que la segunda esposa del enemigo de su padre también se llamaba Irina. Le estrechó la mano a la chica y, acostumbrada como estaba a que la emparejasen con esposas, novias, amantes y prostitutas para dejar que los hombres hablasen entre ellos, hizo algo tan sencillo como volverse de nuevo hacia Vadim y el Ganso.

Este último la miró levantando una ceja.

—Ya tenemos ganas de ver cómo va lo de Dubái —le dijo a Vadim—. ¡Con lo que hemos gastado en esa granja! ¿Cuándo tienes previsto empezar a ganar carreras?

Vadim volvió a pasarse la lengua por los dientes antes de embarcarse en una explicación sobre lo largos que eran esos procesos. Pero el Ganso no lo miraba a él, sino a ella. Siempre que habían coincidido, y ya llevaban unas cuantas veces, había notado que su presencia lo ponía nervioso. Era un recordatorio ambulante de que no había tenido hijos con Galina, mientras que Andréi, su enemigo, la había tenido a ella. Le sonrió mientras Vadim seguía hablando. «Será un placer acabar contigo, una gozada», pensó.

Los dos hombres se enzarzaron en una discusión absurda. Vadim parecía a punto de perder los estribos, mientras que el Ganso sonreía de satisfacción al comprobar lo fácil que era sacarlo de quicio. Ella dejó de escuchar y, tras echar un vistazo a las facciones perfectas de Irina, procuró sonreír y pensar en otra cosa mientras terminaban de hablar. Se entretuvo mirando una planta.

Finalmente el Ganso se despidió de ella e Irina le dedicó una sonrisa gélida. Continuaron hacia su mesa.

—Por eso no me gusta el Palkin —dijo ella arreglándose la servilleta en el

regazo. Ya les habían llevado los platos—. Es como un escenario.

Vadim se acabó su copa de vino y se la quedó mirando.

—La vida es esto, Ania —dijo—: una sucesión de peleas.

«La mía no», pensó ella, pero se quedó callada. Estar físicamente separados le ahorraba tener que ir cogida de su brazo a clubs y restaurantes de Píter y Moscú y atestiguar esa pelea continua. Lo habían intentado durante una temporada.

—Yo creo que tú deberías ser el anzuelo —dijo.

Vadim, que técnicamente era el vicepresidente del Bank Rossiya, se encargaba del área de asesoría financiera. Su difunto padre había resucitado el banco de sus cenizas en los años noventa, y luego, ya en época de Putin, lo había convertido en uno de los más grandes de Rusia, el corazón de todo un conglomerado apoyado por el gobierno y dirigido al alimón por los aliados Kovalchuk y Agápov.

Por lo general, a Vadim el alcohol le daba sueño, pero de vez en cuando hacía aflorar su ira, y la idea de ser el protagonista de la operación prendió una chispa en su mirada: odiaba el trabajo de Anna en el SVR y su independencia. «Mientras tú juegas a los espías, yo cuento el dinero», le había espetado más de una vez en los peores tiempos, antes de que ella se fuera a vivir a Moscú.

Hizo un gesto de rabia con la mano, como diciendo «continúa».

—El perfil no tiene misterio. —Anna levantó tres dedos—. Leal a nosotros, rico y con disponibilidad para acompañarme unos días de viaje. Y ya está. Te va como un guante.

Él miró con el ceño fruncido en dirección al Ganso. El local empezaba a vaciarse, pero el personal no parecía aliviado por tener menos trabajo. Estaban obligados a esperar a que acabaran el Ganso e Irina.

—Muy bien, muy bien —dijo Vadim—, pero sólo si me dejas hacerte una pregunta.

Anna miró su stroganoff, temiendo lo que pudiera preguntarle.

—No faltaría más.

Con una señal brusca al camarero, él pidió helado con coñac y se lo fue comiendo mientras Anna veía derretirse el suyo entre sorbos del chocolate caliente con que lo servían. Vadim pidió más coñac y, al irse el camarero, levantó la copa para brindar primero por el Ganso e Irina, sarcásticamente, y después por ella.

Al notar que se había quedado mirando su vestido rojo, ella reconoció en sus ojos, tan bonitos por lo demás, el destello de siempre, la lucecita de rabia que se le encendía cuando se embarcaban en el cruel ritual de ir dando vueltas el uno alrededor del otro. A veces le habría gustado saber si a ella también se le crispaba así la cara, y si existía una correspondencia entre los sentimientos de Vadim y los suyos. Nunca había llegado a hacerle la pregunta.

Vadim se apoyó en el respaldo y miró su reloj Breguet de oro rosa, regalo de boda del padre de Anna. Estaba borracho, tenía preguntas a las que ella no estaba dispuesta a contestar y, por motivos que Anna habría preferido no entender, esa noche estaba interesado en su esposa. Ella no quería volver con él al piso.

—¿Cuánto dinero tendremos que jugarnos? —dijo él finalmente, apartando el helado.

—Es posible que tengamos que invertir un poco en la operación, pero nada importante. No creo que suponga un riesgo.

Vadim volvía a limpiarse los dientes con la lengua.

—Vale, pues ya me dirás qué necesitas.

—Gracias, Vadim. ¿Y tu pregunta?

En vez de contestar, él tiró la servilleta a la mesa y se levantó, borracho. Anna fue tras él. Pasaron justo al lado de la mesa del Ganso, pero nadie dijo nada.

De camino al piso en el Maybach, se quedaron callados viendo pasar las calles de Píter por sus respectivas ventanillas. Una vez en el edificio, Vadim entró tambaleándose en el ascensor, revestido de madera de cerezo. Luego, ya en el piso, Anna alegó fatiga, dijo que no estaba de humor y cometió la tontería de

darle un beso en el cuello y prometerle que la noche siguiente no estaría tan cansada. A él no le gustó. La agarró por la muñeca y la arrastró al dormitorio, donde se cayó en la cama y empezó a quitarse los pantalones. Los calzoncillos se le resistían, pero acabó tirándolos al suelo y se quedó en calcetines. Mientras se desabrochaba la camisa, miró a Anna, que estaba a su lado, iluminada por la luna, con toda la ropa en su sitio y la íntima esperanza de que él se quedara traspuesto. La pausa se alargó.

—No te he hecho mi pregunta —dijo él con voz pastosa.

—Pues házmela.

—Esta noche no. Más adelante.

Se levantó y la tumbó en la cama. Anna se planteó resistirse: lo había hecho un par de veces y a la mañana siguiente él no se acordaba. En su fuero interno, sin embargo, una voz (sin duda deseosa de que el matrimonio se fuera apagando por sí solo, en vez de consumirlos en un fuego abrasador) la instó a ser buena esposa. Había otras voces que pedían pelea, pero la buena esposa sofocó su clamor. Ya amanecería. Por eso no le partió a Vadim la nariz con la frente cuando él la agarró por el pelo, ni le rompió la rodilla cuando la puso boca abajo contra la sábana; por eso mintió cuando él quiso saber si aún tomaba la píldora, diciendo que no para que, Dios mediante, acabara deprisa.

Al terminar, Vadim se quedó dormido entre las sábanas, roncando contra una almohada embadurnada por el pintalabios de ella. Tenía un pendiente junto al cuello. Anna se tocó la oreja. Aún llevaba el otro. Fue a la cocina y buscó en los cajones hasta descubrir dónde guardaban las criadas las bolsas de basura. Cogió una y, tras pasar descalza junto a su marido, que seguía durmiendo, recogió los Louboutin del suelo. En el cuarto de baño, se apartó del espejo mirando la ventana y se quitó el vestido, el pendiente de Tiffany’s que le quedaba y el collar. Acto seguido se desabrochó el sujetador, lo puso todo en la bolsa de basura y la metió bien en su maleta para que Vadim no se diera cuenta. Por la mañana, cuando él se hubiera ido a trabajar, lo tiraría todo.

Se duchó y, mientras el agua corría por su pelo, su espalda y sus párpados

cerrados, se imaginó a pleno galope con el sol en la cara y la dorada melena al viento. Su caballo iba muy deprisa. Azuzándolo, le prometió que, mientras no parasen, todo iría bien.

8

Répino; San Petersburgo; Londres

Al llegar a la alta verja de hierro de la villa de su padre, Anna frenó y tocó la bocina (porque el vigilante a veces se quedaba dormido). Aunque su padre la llamara la dacha (es decir, «la casa de campo»), aquella propiedad escondida en las afueras de la localidad costera de Répino era una mansión hecha y derecha que superaba los mil metros de superficie. El vigilante apretó un botón desde su garita, y las dos puertas se abrieron lentamente hacia dentro. Anna recorrió el largo camino de entrada, bordeado de abedules y, después de aparcar cogió su bolso, donde llevaba la documentación. Caminó hasta la puerta y, tras quedarse un momento con la mano en el pomo escuchando el borboteo de la fuente, respiró hondo y entró.

Encontró a su padre en el salón, viendo un partido de la Premier League reclinado en un sillón de ante como un leopardo, y tosió para anunciar su presencia. La antigua casa (ésa sí una dacha) habría cabido sin problemas dentro de ese salón tan alto como un edificio de dos pisos. La enorme estancia abovedada la hizo sentirse como una peregrina en una catedral cuya amplitud era un recordatorio al visitante de su condición de simple mota de polvo ante un Dios inmenso y todopoderoso. El eco de su tos fue rebotando en las paredes y los suelos de piedra.

—Papá —dijo mientras su padre se acercaba.

Se dieron un abrazo y ella lo siguió por la escalera flotante de piedra hasta el despacho de la planta superior. Su padre se sentó detrás de un gran escritorio de caoba, frente a dos ventanas trapeizodales que, al juntarse, formaban un remate triangular. Al fondo había un balcón que se proyectaba hacia los abedules y los pinos.

—¿Cómo está Vadim? —le preguntó formando un arco con las manos.

Ella cruzó las piernas y se sacudió el polvo de un costado de la bota de piel negra. Su mandíbula hizo clic.

—Está bien —contestó.

Su padre lanzó un gruñido: se alegraba.

Ella sacó un estuche cerrado con llave que llevaba en el bolso y, tras abrirlo, puso una carpeta en la mesa.

—Ya tenemos objetivo —afirmó.

Le habló de Hynes Dawson y de Sia Fox.

Su padre iba asintiendo: le gustaba oír hablar de operaciones. De vez en cuando se levantaba para mirar por la ventana. A los diez minutos, la cortó.

—Me has convencido —aseguró—. Explícame cómo lo harás.

—Está todo allí, por escrito —repuso ella señalando la carpeta.

—Sí, Ania, eso ya lo sé —gruñó él—. Resúmeme lo principal.

Anna se lo resumió hasta que su padre volvió a gruñir e hizo un gesto de aquiescencia con la mano.

—¿Y si es verdad que los hombres del Ganso la vigilan o controlan sus comunicaciones? Y si... ¿qué sé yo? ¿Y si se lo cuenta todo a uno de los gusanos del Ganso, cuál será la tapadera?

—¿Y por qué iba a hacerme falta una tapadera, papá?

Él se apoyó en el respaldo y sonrió.

—Si ellos están usando Hynes Dawson para esconder dinero —siguió explicando Anna—, nosotros igual. Si se meten con alguien será con la abogada, por su escaso juicio al aceptar a más clientes rusos.

Se encogió de hombros y bajó una mano para quitar restos de barro seco de la

otra bota. Había elegido una laca de uñas rojo oscuro, a juego con la gafas de Chanel a las que había estado dando vueltas con las manos. No estaban graduadas, pero se las ponía de vez en cuando para dar una imagen más seria a hombres de la vieja escuela, como su padre.

Mientras él hojeaba el resto de la carpeta, ella se alisó la falda y volvió a ponerse las gafas.

—Muy bien —le dijo su padre—. ¿Cuándo harás la llamada?

—Mañana.

Asintió: aprobado. Anna guardó la carpeta en el estuche, lo cerró con llave y lo metió en el bolso. Al llegar a su casa lo pasaría todo por el destructor de papel. Su padre se levantó, pero ella se quedó sentada y le hizo un gesto de que volviera a la silla. Él vaciló un instante, pero al final le hizo caso y se sentó de nuevo.

—¿Has conseguido que te reciba el *joziáin*? —preguntó.

—Estoy en ello. —La referencia a Putin hizo que su padre se pusiera a tamborilear sobre la mesa—. El acceso lo controla el Ganso: tiene controlados a los guardias.

—Claro, papá. ¿Crees que se me iba a olvidar? —dijo ella con una sonrisa maliciosa que dejó sus dientes a la vista.

Él se mordió el labio y ella siguió hablando, consciente de que su padre habría preferido que se callara.

—Es indispensable que te reciba, papá. Cuando tengamos en el saco a la abogada, necesitaremos enseñarle las pruebas al presidente. ¿Cómo hacemos para saltarnos al Ganso y...?

—¡Basta! —gritó él dando un puñetazo en el tablero de caoba—. Estoy en ello. ¡Qué pesada eres a veces, Ania! Tú cumple con tu parte y yo cumpliré con la mía.

Señaló la puerta.

Malditos viejos... ¡Qué manía de no explicarle nada y al mismo tiempo exigirle cosas! En fin, mejor no meterse en guerras perdidas de antemano. Se

puso las gafas en la cabeza y se colgó el bolso del hombro.

—En cuanto vuelva de Londres te daré el parte —prometió, y cruzó la puerta esbozando apenas una sonrisa.

Dada su condición de *Apparat Prikomandirovannyh Sotrudnikov*, o APS (es decir, de integrante del grupo de «empleados comisionados» del SVR dentro del banco), Anna contaba con despacho propio en la sede del Bank Rossiya, en la plaza Rastrelli. La mayoría de los empleados del área de asesoría financiera estaban al corriente de que trabajaba para el SVR, aunque fuera un secreto de Estado, y la dejaban en paz por miedo, un miedo del que ella disfrutaba y que cultivaba. Abrió la puerta de su despacho y encendió la luz.

Miró a su alrededor y se detuvo en la placa que ponía A. KOVALCHUK, DIRECTORA EJECUTIVA. *Bliad!* Ése no era su apellido. El despacho, al igual que la planta entera, estaba amueblado en un estilo supuestamente barroco bastante hortera. Todos los muebles eran nuevos. Se dejó caer en un sillón con las patas de bronce dorado y pasó los dedos por la bacanal tallada en los reposabrazos. A la vista estaba que Vadim, el vicepresidente de la sección, había hecho reformas. Tenía un gusto peculiar. Del asiento del sillón colgaban borlas doradas. Mientras las toqueteaba, oyó un ruido de tazas en el pasillo.

Su secretaria, Katerina, una chica flaca y virginal con un tartamudeo imprevisible, dejó sobre la mesa una bandeja.

—¿Desde cuándo está esto así? —preguntó trazando un círculo con el dedo; luego sopló en el té.

—Desde hace d-d-dos semanas.

—¿Y viene de mi marido?

La otra asintió con la cabeza.

Ella dejó la taza sobre una mesilla y se levantó.

—Ahora bajo a recibir a un invitado con el que tengo una reunión. Al volver, quiero toda esta porquería en el pasillo. ¿Lo has entendido?

—S-s-sí.

Tres rebotes de cabeza.

Al salir, arrancó la placa de la puerta y la metió hasta el fondo de la papelera.

—Haz que la corrijan —le dijo a Katherina.

Veinte minutos más tarde, Anna reapareció en la entrada del despacho con Grigori, el técnico de SO. En el pasillo había mesas y sillas apiladas y una brigada de operarios estaba llevándose los muebles hacia el ascensor de servicio. La pesadilla gitana rococó había dejado su lugar a una endeble mesa de madera y dos sillas plegables. Grigori y sus técnicos comprobaron que no hubiera escuchas antes de enchufar el teléfono para grabar la conversación. Anna se acabó el té frío resistiéndose a una oleada de cansancio.

—¿Qué opinas de ella, Grigori?

—¿De quién?

Estaba enchufando el cable del teléfono a su ordenador.

—De Sia.

—Es una abogada bastante sosa —repuso.

Anna miró una de las fotos del expediente. Probablemente Grigori tuviera razón.

—¿Te parece atractiva? —preguntó.

—Sí.

—Aunque quizá un poco alta para ti.

En los vídeos que se habían agenciado sin permiso, sacados de las grabaciones de circuito cerrado de la ciudad de Londres, había notado que los gestos y andares de Sia carecían de afectación, cosa que tenía su interés.

—¿Y qué me dices de cómo camina? —preguntó—. Un poco raro, ¿no?

Grigori se sentó enfrente de ella.

—Creció en una granja en las afueras de Ciudad del Cabo.

—¿Y?

—Pues que ha pasado de ser una niña de campo a una abogada pija en Londres. Se viste como una mujer acostumbrada a las altas esferas, pero su manera de andar es propia de alguien que está en su salsa en el extremo más violento del escalafón, el segmento que mantiene a la élite en cualquier sociedad occidental.

Anna se rió.

—Tú estás mal de la cabeza, Grigori.

Él se encogió de hombros.

Anna repasó el guión entre sorbos de té. Ella era Anna Agápova, directiva del Bank Rossiya, y estaba estudiando si Hynes Dawson podía proporcionarles a su marido y ella, ricos y por lo tanto vulnerables, los servicios que tan desesperadamente necesitaban. Toqueteó la correa de cuero rojo de su Piaget. En Londres eran casi las cuatro de la tarde, seguro que los abogados de Hynes Dawson estaban trabajando a tope. Miró a Grigori, que asintió con la cabeza.

—Listo.

Marcó el número del despacho de Sia. Encima de la mesa había varias páginas de respuestas a su disposición, por si acaso. Gracias a que su padre había pasado una temporada en Londres, ella hablaba inglés con soltura, pero le faltaba algo de práctica, así que se había pasado la noche practicando lo que tenía que decir. Se puso delante los papeles mientras esperaba a que contestaran al otro lado de la línea.

[Inicio de la grabación, 19.00 h, hora de Moscú.]

Hortensia Fox: *¿Diga?*

Anna Andréyevna Agápova: *Hola, ¿hablo con Hortensia Fox, de Hynes Dawson?*

H. F.: *Sí, soy yo. Pero llámeme Sia, por favor. ¿Con quién hablo?*

A. A. A.: *Por supuesto, Sia. Me llamo Anna Agápova. Soy la directora del área de asesoría financiera del Bank Rossiya y llamo de parte de unos clientes.*

H. F.: *Ah.* [Pausa de tres segundos.] *¿Le importaría decirme cómo nos ha encontrado? Por lo general trabajamos por recomendación.*

A. A. A.: [Leyendo de sus notas.] *Represento a varios clientes en Rusia, aunque preferiría no decir sus nombres por teléfono. El caso es que hace poco, en una reunión con ellos, surgió el nombre de Hynes Dawson y en concreto el suyo, Sia. La verdad es que fue una reseña espectacular de su trabajo.* [Risas.]

H. F.: [También se ríe.] *Siempre me alegra recibir comentarios positivos.*

A. A. A.: *Bueno, el caso es que llamo porque la semana que viene pasaré por Londres con mi marido, que también trabaja en el Rossiya, y quería proponerle que cenáramos juntos. Tenemos muchas ganas de conocer mejor Hynes Dawson y saber si podría serles de utilidad a algunos de nuestros clientes.*

H. F.: [Golpecitos. Comentario del técnico: seguramente un teclado.] *Bueno... la verdad es que siempre es mejor poder ponerle cara y cuerpo al otro. Al menos a mí, las videollamadas me parecen horriblemente impersonales.*

A. A. A.: *Yo pienso lo mismo, Sia. ¿Qué te parece si cenamos juntas el miércoles o el jueves, por ejemplo?*

H. F.: [Una pausa. Comentario del técnico: seguramente una consulta a la agenda.] *Ah, pues por mí perfecto. ¿Y si lo coordinan nuestros asistentes? Mi dirección de correo electrónico es <hfox@hynesdawson.com.* [La deletrea.]

A. A. A.: *Fantástico, Sia. Pues nos vemos muy pronto.*

H. F.: *Un placer, Anna. Adiós.*

A. A. A.: *Adiós.*

[Hortensia Fox cuelga. Fin de la grabación, 19.04 h, hora de Moscú.]

Sia estaba pletórica. Sentía como si unas ondas de energía recorrieran su cuerpo desde su acelerado corazón hasta la punta de sus dedos. «Soy la encargada de ocultar el dinero que el Ganso le robó a Agápov», pensó. «¡Y ahora esta tal Anna Agápova me llama desde su banco para hacer negocios! Se ve que he sabido ocultarme.» Aquella sensación era como una droga; de hecho, se había convertido en el cimiento mismo de su vida. No podía concentrarse en nada más... ni podía estarse quieta.

Se apretó el cinturón del abrigo de cachemir y bajó la escalera de caracol haciendo crujir los escalones. Una vez fuera (era una tarde gris de otoño), eligió una ruta llena de rodeos hasta su casa para tener tiempo de pensar. El sol se filtraba apenas por las nubes. Caminando entre fachadas llenas de adornos, relucientes joyerías y una galería en cuyo escaparate podía verse una acuarela de Balmoral pintada por el rey, se dio el lujo de ignorar tres llamadas de sus estresados compañeros del despacho. La acuarela le llamó la atención, pero sólo hasta que salió una vendedora con un código de barras tatuado en la muñeca y tuvo que decirle que no estaba interesada. Antes de llegar a casa se compró la cena en una charcutería de gama alta de Belgravia: un plato preparado de pollo.

Abrió una botella de vino blanco y comió sola en el sofá, como casi siempre. Después se rellenó la copa y fue descalza al sillón de cuero del rincón del dormitorio, bañado por el resplandor de la lámpara de lectura. Ese sillón había aparecido, a saber cómo, en el contenedor que había trasladado sus pertenencias desde San Francisco.

Levantó el cojín y pasó el pulgar por el marco hasta encontrar el punto que buscaba. Lo apretó. Después, buscó otro punto debajo del apoyabrazos y lo rodeó con el pulgar derecho hasta oír el suave clic con que se abría el compartimento secreto, el CS, oculto bajo el asiento. Dentro guardaba el equivalente a cuarenta y cinco mil dólares en efectivo divididos a partes iguales entre dólares, euros y libras, además de tres pasaportes limpios con distintos seudónimos, prótesis de nariz y de mandíbula, unas gafas de pega, una pistola

del calibre 38 Special con su caja de municiones, para las que no tenía permiso, y un ordenador portátil.

Sacó el portátil. Se lo habían dado en Hynes Dawson, pero luego, durante uno de sus primeros viajes de negocios a Estados Unidos, un equipo técnico se lo había «pedido prestado» unos días. Tecleó una larga secuencia de caracteres (números, letras, símbolos y teclas pulsadas simultáneamente) hasta que un parpadeo azul de la pantalla le indicó que había accedido a una partición oculta del disco duro preconfigurada para acceder a una serie de recursos seguros almacenados en la nube.

Después de un buen trago de vino, inició sesión en el software de redacción y envío de cables. Para los NOC, los agentes sin cobertura oficial, como ella, era una lata ponerse en contacto con Langley. Le gustaba actuar sola, pero no ese aislamiento en términos de comunicaciones que implicaba dejar un mensaje como quien deja un objeto olvidado y luego esperar pacientemente a que alguien la contactase de vuelta. Era el cuento de nunca acabar.

Se rellenó la copa y, con sólo pensar en el caso, sintió un subidón de adrenalina. Estaba nadando en un estanque lleno de tiburones rusos, todos de interés patente e inmediato para Moscú X. Ricos, corruptos y bien relacionados, eran el tipo de trofeo que podría facilitar su ascenso a GS-14, dejando atrás de una vez por todas parte de las deslucidas valoraciones de su anterior responsable, que la había acusado (con justicia, todo había que decirlo) de eliminar de sus cables información que podría haber hecho a Langley dudar de que fuera conveniente dar luz verde a sus operaciones.

Después de transcribir la llamada de Agápova, pidió que se pusiera en marcha un seguimiento. Dejó constancia de que, al tratarse de grupos rivales de rusos con dinero hasta las cejas, pisaba suelo poco firme, pero lo presentó como lo que era: una oportunidad.

Tecleó la misma secuencia que antes e hizo aparecer la pantalla normal de su portátil. La otra partición sin embargo, seguiría mandando clandestinamente

blobs encriptados a Langley a través del wifi. Se pulió el resto del vino y, placenteramente borracha, guardó el portátil en el CS, se desplomó en la cama y, unos segundos después, ya se había quedado dormida. Lo último que pensó fue que debería haberse quitado la blusa o, como mínimo, haberse metido bajo las sábanas.

9

San Cristóbal, México

Maximiliano Castillo podía sentir la tormenta bajar desde las montañas: el cambio de presión hacía que un dolor sordo le retumbara en la cabeza. Desde luego, la lluvia que se avecinaba no aconsejaba salir a montar, mucho menos si uno era un miembro de la realeza de los Emiratos Árabes, aunque fuese uno un príncipe de tres al cuarto como Saíd bin Maktum bin Hasher al Maktum, primo tercero, y díscolo, del jeque de Dubái. Pero bueno: si el tipo quería salir a montar, que saliera. Él tenía ganas de bajarle los humos y, para ese fin, la lluvia podía venirle de maravilla.

El bueno del príncipe llevaba (o decía llevar) toda la vida entre caballos. Lo habían mandado a San Cristóbal precisamente como inspector equino, pero Max dudaba que supiese mucho de caballos, y de lluvia probablemente menos. Estaba harto: después de dos días con el dichoso príncipe, le costaba mantener la sonrisa y ya se le había acabado el repertorio de chistes. Era como clavarle las espuelas a una yegua que ya no tiene fuerzas para galopar. Pinche árabe...

Se levantó de la cama para mirar por la ventana una parte de la hacienda.

Ese dormitorio había sido el de sus padres y, antes, de los padres de su padre. Bajando por las ramas del árbol genealógico, en cinco generaciones se llegaba a una casa en las afueras de Toledo que él mismo había visitado con su progenitor a los diez años. Ahí estaban los orígenes de los Castillo, cuyo único descendiente vivo estaba viendo corretear por sus pastos a una yegua ruana. *Valeria*, se

llamaba: una yegua de cría de cuatro años, hija de *Rex*, el mejor de sus sementales, y de *La Bella Elena*. El aire se estaba cargando de humedad. Si los caballos percibían la tormenta, él también. Lo que le apetecía era recorrer los cobertizos a solas, jugar al billar, tomarse unas copas y hablar de caballos con Roberto. Si no fuera por el príncipe de los mil demonios...

Evitó mirar la antigua capilla estucada donde su padre se había enterrado vivo desde hacía un tiempo. Miró hacia el horizonte. El sol se iba metiendo lentamente.

Se puso los pantalones y la camisa blanca que tenía colgados en el baño, aún con restos de calor de la plancha de Martina, y se sirvió mezcal en un vaso. Después de acabárselo de un trago, cogió unas botas oscuras de piel de caimán, regalo de Alejandra Garza Sada en la última noche que pasaron juntos antes de que ella se casara, y se sentó en la cama para calzárselas. Luego, con medio pie derecho dentro de la bota correspondiente, se quedó pensativo. Aún no se podía creer que Alejandra se hubiera casado. Él había tenido que ir a la boda, por supuesto: era inconcebible que un Castillo no asistiera al enlace de una Garza Sada, aunque el Castillo en cuestión hubiera estado enamorado de la novia gran parte de su vida adulta, a menudo en secreto. Las sábanas revueltas de su siesta a solas le trajeron recuerdos agridulces de Alejandra, de modo que movió la mandíbula hasta hacerla crujir, volvió a guardar las botas dentro del armario y se quedó mirando sus tierras desde la ventana. Los bordes, de un gris verdoso, de la cúpula abierta del cielo no presagiaban nada bueno, y el viento que precedía a la borrasca ya agitaba las hierbas altas, los enebros, pinos y magueyes. Pero sólo quien conocía esos cielos era capaz de anticiparlo; para el resto, probablemente parecía un crepúsculo cualquiera, que anunciaba una noche despejada.

Se enfundó las botas de piel de oso hormiguero y el cinturón a juego que habían sido de su abuelo. Se puso la cadena de oro con la cruz llevada en 1782 desde Toledo, al otro lado del Atlántico, pasando por Sevilla, Veracruz y Monterrey. Antes de su abuelo, ninguno de los portadores de la cadena había superado los cincuenta años; ninguno había muerto de viejo, sino a causa de un

accidente o de forma violenta. Volvió a mirar por la ventana la antigua capilla reformada y se dijo que quizá la edad fuera también una asesina, en cierto modo. Habría preferido que su padre muriera de un navajazo en una cantina, en vez de estar sufriendo así.

Bajó y se sentó con Roberto en el salón mientras el reloj del pasillo hacía tictac y su tatarabuelo lo observaba desde un cuadro colgado en la pared. Había una botella de champán empañada y sin descorchar en un cubo de hielo picado. En la intimidad de San Cristóbal, el príncipe se dedicaba a beber sin límite, como un cura en un prostíbulo. Tic, tac, tic, tac. Miró a Roberto.

—Después de negociar saldremos a montar por la barranca.

—Pero, patrón, va a estar muy mojado y se nos va a hacer de noche...

—El príncipe ha dicho que quería una experiencia y ya se está tardando.

Chasqueó los dedos y uno de los hombres de Roberto fue a hablar con el asistente del príncipe.

—Dice que el príncipe se disculpa: necesita un cuarto de hora más.

—¿Se ha disculpado? ¿De verdad? —preguntó Max.

El hombre de Roberto arrugó la nariz, tosió y negó despacio con la cabeza, y él le entregó, sin decirle nada, un puro que debía llevar de vuelta a la cava. Lo había cogido para dárselo al emiratí, pero en fin. Salió al porche a tomarse otro mezcal y fumarse su puro. Luego sacó el móvil y escribió un mensaje corto a un número raro sintiendo la presencia de Roberto a sus espaldas.

—Desde junio hay pumas en la barranca —oyó que le decía—, y ese emiratí es...

—Procura que no nos falten chamarras —dijo Max.

—La lluvia será un engorro, patrón. No creo que el príncipe esté acostumbrado.

—No, es un hombre del desierto, pero qué culpa tenemos nosotros del tiempo, ¿eh?

Max se instaló en el escritorio de la biblioteca como un señor feudal para hacer anotaciones en el libro de sementales y repasar los documentos de los doce caballos elegidos por los asesores y el adiestrador del emiratí. Se sabía de memoria la genealogía de cada animal hasta cuatro o más generaciones atrás y no le gustaba separarse de ellos, pero vender caballos era su negocio y la operación con el emiratí era sólida. De hecho, el príncipe dandi, como tal, tenía un papel muy secundario: era un simple emisario al que se había encargado una operación fácil de llevar a cabo simplemente para que tuviese algo que hacer en vez de meterse en problemas.

Había hecho registrar su habitación (cómo no) y sabía que tomaba pastillas para concentrarse y para reavivar una libido en picada. Y además estaba el material recogido por las cámaras que había instalado, precisamente, por si necesitaba desatascar alguna negociación complicada (muy pocos se iban de San Cristóbal sin algún animal). Pero no iba a necesitarlo esta vez: sabía cuánto valían sus caballos y por cuánto podía vendérselos a un hombre que tenía con qué pagarlos y que no podía volver a su país con las manos vacías.

Sacó de un cajón del escritorio de nogal una gruesa tarjeta de visita con el logotipo de su hacienda en relieve dorado y un código QR y se la metió en el bolsillo de la americana.

Luego le escribió a mano a Roberto unas instrucciones para la reforma del establo de reproducción y lo informó de la llegada de una yegua de Brasil con contrato de cría con *Smoky Joe*, un semental de primera clase recién apartado de las carreras. Entonces oyó el tictac del reloj del despacho. Él sin duda prefería ese trabajo a estar con su invitado, pero ya había pasado una hora y le pareció que ese retraso debía de formar parte de la estrategia de negociación del emiratí. Después de dar varios golpecitos con el bolígrafo en la funda de piel del libro de sementales, llamó a Roberto.

—¿Sí, patrón? —le contestó éste.

—Pon las carreras.

Se echó la americana por encima de los hombros y se dirigió al estudio haciendo sonar las baldosas rojas y descoloridas bajo los tacones de sus botas.

El estudio había sido una capilla privada hasta 1949 y olía a humedad y a encierro. Una lámpara de hierro con varios brazos colgaba del techo y en las paredes podían verse aún unos frescos medio difuminados de tema religioso, pero los antiguos bancos habían dado paso a aparadores que corrían a lo largo de las paredes y que, cuando había carreras, se llenaban de comida y bebida.

—Patrón, ¿le digo a Manuela que saque un par de cosas? —preguntó Roberto mirando la sala vacía.

Max asintió y se sentó en uno de los sofás, frente al televisor.

—Dile al príncipe que baje cuando quiera, que estaré aquí.

Mientras el televisor mostraba la previa de la transmisión de la carrera, fue a buscar otro puro a la cava y, al volver, se encontró al príncipe en el sofá, mirando su móvil.

—Alteza... —dijo echando el humo del puro hacia arriba, y se sentó a su lado.

Manuela entró con un carrito de botellas, bebidas para mezclar y vasos. Les dejó una bandeja con frutos secos, palomitas, nachos y salsas sobre la mesa baja y se fue.

—¿Cosas que resolver en su país? —preguntó Max.

El emiratí le lanzó una mirada ávida al puro esperando un ofrecimiento que no llegó.

—Sí, cuestiones urgentes —repuso.

—Espero que haya podido zanjarlas porque va siendo hora de que nos ocupemos de lo nuestro. Su oferta no me convence; es demasiado baja.

Dejó el puro al borde de un cenicero de latón en forma de corcel al galope y se levantó para servirse una copa.

El príncipe carraspeó.

—¿Qué le apetece? —le preguntó Max girando botellas y enseñándole

etiquetas.

—Un Johnnie Walker etiqueta azul. Solo.

Max le sirvió tres buenos dedos antes de ponerse un mezcal ahumado. Al volver al sofá, le dio una chupada al puro, se sacó del bolsillo la tarjeta con el código QR y la depositó en la rodilla del príncipe apretándola con un dedo mucho más de lo necesario, hasta el punto de fruncir la tela. El príncipe endureció la mirada, pero había sido una infracción demasiado vaga y anecdótica para justificar una protesta, así que se quedó callado mirando la tarjeta.

—Ahí encontrará el inventario completo de caballos de San Cristóbal y las últimas comparativas de ventas —explicó Max—. Échele un vistazo y verá que su oferta se queda corta, alteza.

La familia extensa del príncipe gobernaba Dubái, y seguro que alguien le había explicado que lo que se estaba planteando en ese momento era una locura, pero su alteza era sólo un humilde emisario en aquellas tierras bárbaras, nervioso por la calculada falta de respeto, y propenso a la insensatez. Por todo ello, se sacó el iPhone del bolsillo, enfocó la tarjeta y pulsó el botoncito amarillo que parpadeaba en la pantalla. Max contó en silencio hasta cinco. El príncipe se puso a consultar un informe sobre doce caballos, pero en lo más profundo de su teléfono estaba introduciéndose, sin que ni él ni nadie pudiese notarlo, un regalo de las amistades menos convencionales de Max, quien lo miraba sintiendo un hormigueo familiar y eléctrico en los testículos.

En el televisor apareció un jinete con traje de montar blanco, azul y rojo, llevando un potro al trote hacia el cajón de salida.

—¿RusFarm? —preguntó Max señalando la pantalla con el puro.

El príncipe levantó la vista de su móvil.

—A mi primo le pareció que había que invitar a los rusos. ¿Qué tienen que ver los caballos con los rifirrafes internacionales? Además, RusFarm es una cuadra privada. La visité una vez —aseguró con su acento británico—. Es todo muy sombrío, con árboles por todas partes, pero las instalaciones son de primera, y el talento que han comprado también. Desde el punto de vista del pedigrí, iban por

buen camino, aunque quién sabe ahora que no pueden comprar en Estados Unidos ni en Gran Bretaña. —Arrugó la nariz—. Malditas sanciones...

—Me han dicho que el verdadero dueño es Putin —soltó Max.

—Bueno, bueno, eso son rumores malintencionados. Además, ¿a quién narices le importa de quién sea? Lo importante son los caballos.

Max levantó su vaso. Brindaron.

El cajón de salida se abrió y Max vio salir a *Judo Master*, el caballo de RusFarm, que chocó con el metal y enseguida se quedó rezagado. Iba en novena posición y galopaba lejos de la valla, con pasos que, por lo que Max notó enseguida, eran demasiado cortos para su estatura. Todavía aturdido por el choque, en la primera curva ya había caído a la decimosegunda, a quince cuerpos del primero, un caballo de la cuadra del jeque Mohammed bin Rashid Al Maktum, gobernante de Dubái, anfitrión de la carrera y, como el príncipe no dejó de recordarle, su primo tercero.

Max procuró ver en el televisor los ojos del caballo. El corazón de un caballo asoma por sus ojos, y a él le había entrado curiosidad por saber cómo era el de *Judo Master*. Su físico era imponente (buenos músculos y buena alzada, piernas largas y buena estructura), pero las carreras se ganan con el corazón y, a la segunda vuelta, Max ya vio que el de *Judo Master* no daba la talla. Cuando el primer caballo ya iba por la mitad de la recta opuesta, *Judo Master* había bajado a la decimotercera posición y el jinete trataba de evitarse la vergüenza de quedar el último mediante un uso estéril de la fusta. Sin haberse puesto a contar los latigazos, Max estaba casi seguro de que al llegar a la curva del fondo el jinete ya había alcanzado o incluso superado el límite de doce que se impone a los jinetes en Dubái.

Con el caballo de Putin ya muy rezagado, a veinte cuerpos del primero, Max volcó su atención en el duelo entre el del jeque Mohammed y el de un multimillonario japonés. A falta de cincuenta metros, el del jeque sacó fuerzas de flaqueza y empezó a poner tierra de por medio hasta cruzar la meta con tres

cuerpos de ventaja. Momentos después, casi treinta largos detrás y en indiscutible último lugar, la cruzó por fin *Judo Master*.

—Nueve millones por el lote de doce —dijo el príncipe—, ni un dólar más.

Su voz traslucía ciertas dudas y, además, gracias a las escuchas Max sabía que ésa no era su mejor oferta, que podía ofrecer más.

Apagó su puro en el cenicero y se acabó el mezcal de un trago.

—Después de ver una carrera siempre me entran ganas de montar. ¿Qué le parece si seguimos la conversación al aire libre? Hay un camino que sale de los pastos y se interna en las montañas, donde el paisaje es francamente bonito. Estaríamos de vuelta al anochecer.

—Se lo agradezco mucho, pero no tengo tiempo. Tendrá que quedar para otra visita. Acabo de presentarle mi última oferta, Castillo. Ya están poniéndole combustible al avión y mañana me esperan en Dubái. —El príncipe se levantó, desperezándose, y después de simular un bostezo miró a Max a los ojos, pero no logró aguantar su mirada—. ¿Tiene algo que decir? —añadió en un tono que denotaba tensión.

Otro quizá hubiera cedido, preguntándose si no estaba estirando demasiado la cuerda al tratarse de uno de los criaderos de purasangres más importantes del mundo. Pero ese otro probablemente no habría tenido acceso a las comunicaciones del príncipe, que revelaban el farol. Ciertamente lo esperaban al día siguiente en Dubái, pero con los caballos.

—No, supongo que no —contestó.

Max estaba en la pista, apoyado en la capota de la furgoneta mientras los hombres de Roberto subían bolsas al G800 del emiratí. Después de despedirse, el príncipe se había metido en la cabina. Las azafatas, dos rubias eslavas con tacones demasiado altos y uniformes demasiado apretados, charlaban entre ellas sin disimular el interés con que le daban un repaso a Max. Él las miró a los ojos

sonriendo. Tras corresponder a su sonrisa, las dos jóvenes le dieron la espalda y se pusieron a hablar en secreto entre risitas agudas. Alguien las llamó desde el interior del avión y ellas subieron por la escalerilla y desaparecieron por la puerta del aparato tras despedirse agitando las manos con coquetería. La puerta se cerró y, mientras se ponían en marcha los motores, las luces empezaron a parpadear. Max escupió en el suelo. El avión avanzó muy lentamente hasta detenerse. Al cabo de un momento la puerta se entreabrió. Volvieron a instalar la escalerilla y el asistente del príncipe bajó medio corriendo al encuentro de Max.

Por la noche, mientras el príncipe volaba hacia el Golfo, Max desensilló su yegua favorita, *Penelope*, la cepilló y le dio de comer. Luego, tras una larga ducha, sacó un iPad de la caja fuerte de su armario y fue a sentarse con un vaso de mezcal en la silla del dormitorio donde le leían de niño. Ya convertido en un hombre, estaba solo.

En vez de introducir la contraseña habitual de seis dígitos, o de identificarse con su huella dactilar, introdujo una secuencia alfanumérica de veintiséis caracteres para desbloquear una partición oculta en el disco del iPad y, en una aplicación externamente idéntica a Notes, encontró un breve mensaje en el que Artemis le confirmaba que habían logrado acceder al teléfono del príncipe y lo avisaba de que procederían a abonarle el correspondiente plus a través del laberinto de siempre (que iba a dar a una cuenta a nombre de una empresa fantasma propiedad de una filial de San Cristóbal). El padre de Max le había explicado cómo funcionaba todo el asunto, pero esos pagos eran tan insignificantes que él llevaba bastante más de dos años sin consultar el saldo. Los Castillo llevaban compartiendo esa clase de información desde principios de los años sesenta, mucho antes de que él naciera, y jamás lo habían hecho por dinero. Entendía la necesidad de los pagos para que todo el mundo se quedara tranquilo, pero no le gustaba ni siquiera pensar en eso. Borró el mensaje.

Tecleó un breve resumen de la visita del príncipe y, después de otro vaso de

mezcal que le raspó placenteramente la garganta, mantuvo apretada una combinación de teclas específica hasta que el mensaje desapareció. Entonces bloqueó el iPad e introdujo su contraseña habitual de seis dígitos para comprobar que todo estuviera en orden.

Encontró a Roberto en el porche, comiéndose un bistec en medio del agudo concierto de los grillos y el exiguo gorgoteo de las fuentes de la piscina. Se sentó y Manuela le llevó una arrachera (un corte de costilla) muy hecha fileteada sobre un lecho de chile poblano asado y cebolla, además de un molcajete de piedra volcánica con salsa roja y un plato con tortillas de maíz envueltas en un trapo. Manuela incluso se tomó la molestia de exprimir media lima sobre la carne y abrirle una lata de cerveza Tecate. Él le dio un beso en la mejilla mientras estrechaba su mano pálida y venosa.

Después de unos bocados, Roberto empujó un sobre por la mesa. Max conocía la letra del emiratí de algunas de las muchas grabaciones que había visto de su habitación. En cuanto a la ligera mueca de los labios de Roberto, le era familiar desde los lejanos días en que, siendo todavía un niño, éste le había enseñado a domar caballos.

10

Langley

Una vez Artemis Procter había participado involuntariamente en un grupo de trabajo sobre la «modernización» de la CIA. Para explicarle la perspectiva desde la que se proponían abordar la «reorganización general de la Agencia» el especialista le pegó un rollo salpicado de expresiones como «salud organizacional», «mejora de los procesos empresariales» y «agilidad de la empresa», sin dejar de insistir en «la necesidad de ser más abiertos y compartir la información», lo que, a sus oídos, sonaba como una invitación a relajarse y dejar que a sus agentes los matasen y los arrastrasen por las calles después de cortarles las orejas o alguna otra parte del cuerpo. La experiencia del grupo de trabajo le pareció comparable a una episiotomía por placer y así lo expresó, literalmente, al rellenar el formulario de valoración.

Había decidido que los avances de la modernización se detendrían a las puertas de Moscú X. Su reinado como jefa se caracterizaría por unas normas rotundamente preilustradas. El primer día fijó la puerta de su despacho un cartel que decía REGRESO A LA EDAD MEDIA, Ilustrado con un dibujo de la cabeza de Putin clavada en una pica. A la modernización que le dieran por el saco.

Una de las condiciones del trato con Bradley era que Moscú X no tuviera que ubicarse en las oficinas centrales de la Casa Rusia, que a ella le parecían demasiado desordenadas para poder concentrarse, con tal saturación de muebles viejos, carteles, banderas y estanterías que era como estar trabajando en un

almacén de bricolaje después de un bombardeo. Prefirió la antigua sede de una entidad que había dejado de existir: el Grupo de Apoyo de la Casa Rusia a los Agentes sin Cobertura Oficial, o GACR-ASCO. Como Langley era campo abonado para turistas no autorizados y gente ajena a la organización, la placa de la puerta rezaba tan sólo GRUPO DE APOYO, prescindiendo del CASA RUSIA y del ASCO. A los «asquerosos», que fue el nombre que se les quedó, los evitaba casi todo el mundo. Por ella, perfecto.

Como casi todas las subdivisiones de Langley, Moscú X ocupaba una insulsa colmena de minidespachos, aunque con el indudable lujo de dos ventanas con vistas a la azotea de grava del edificio antiguo. Casi todos los complejos de cubículos lucían banderas, recuerdos y fotos. Sin ir más lejos, al otro lado del pasillo, cerca de la puerta de la Casa Rusia propiamente dicha, había un busto de Gorbachev (cuya marca de nacimiento, parecida a una mancha de vino derramado, solían tocar quienes pasaban a su lado), y dentro, banderas de la URSS que el aire reciclado hacía ondear y toda clase de fotos frikis de Putin colgadas en las paredes: cayéndose durante un partido de hockey, sonriéndole a una manifestante en topless, dándole un beso en la barriga a un niño o apuntando a una ballena gris con una ballesta. En Moscú X, por el contrario, no había nada parecido. Procter no veía con buenos ojos tan alegres y sentimentales efusiones.

Por otra parte, y aun siendo Moscú X una de las subdivisiones más aisladas y herméticas de la CIA, entre sus muros corrían como el agua los rumores y los cotilleos, y no hizo falta mucho tiempo para que incluso en los peldaños más bajos del escalafón se hablara en voz baja de las sórdidas circunstancias en que la nueva jefa había salido de Dusambé. Lo de clavarle una botella rota en el hombro a un agente enemigo agrandó la leyenda de Procter, pero la circulación de cientos de desnudos alimentó durante algunos días un pulso o dilema entre la curiosidad y el temor al castigo a los culpables o sospechosos de haberse expuesto a su contemplación.

Pero, a la semana de que Procter se pusiera al mando, un analista del GS-9 se refirió a las fotos en un chat de mensajería instantánea y el día siguiente desapareció de Moscú X, donde sólo reapareció varios días después con un brazo en cabestrillo, una leve cojera y una nueva posición en la oficina de impresiones y fotocopias de Langley. «Me caí por la escalera», le aseguró, tartamudeando un poco, a un compañero que se lo encontró comiendo en el bar, medio derrumbado en una oscura mesa sobre la que flotaba el olor de pan químico del Subway de al lado. «Torpe que es uno.» Así, al final, la balanza se decantó por el miedo al castigo y de las fotos ya no se habló más, lo que no significaba que hubiesen caído en el olvido.

El nuevo despacho de Procter estaba en uno de los extremos. Sobre su mesa había una lámpara, y delante una silla de metal destinada sin duda a las visitas, aunque pocas habría. En la pared había un televisor donde, en esos momentos, la teletienda publicitaba a todo volumen unos pantalones piratas. Bajo la reconfortante luz de la pantalla, Procter abrió una bolsa de regaliz y empezó a mirar mensajes y fotos enviados por la «cuadra» de NOC de Moscú X.

En un momento dado le llegó el turno al cable de Sia Fox y, al llegar al final, Procter ya no tenía la tira de regaliz en la boca: se le había caído sobre el teclado.

Además de estar muy bien relacionada en Rusia, Anna Agápova estaba casada con Vadim Kovalchuk, uno de los que le gestionaban el dinero a Putin.

—Esto es un regalo de los dioses del espionaje —masculló para sus adentros.

La Navidad había llegado a la CIA con antelación. El potencial era enorme.

Tenía a su disposición a un analista, para encargos puntuales: el gordinflón de Debman. Abrió la puerta del despacho y le gritó que acudiera pitando. Luego, haciendo gala del don de mando que algunos empleados, en las evaluaciones anuales de los mandos, habían comparado con la actitud agresiva de un ciempiés gigante del desierto, le comunicó que no saldría del edificio hasta que hubiera acabado el informe.

Debman se fue a investigar a su cubículo y, ya de noche, volvió al despacho de la jefa, le dejó los resultados en la mesa como una de esas ofrendas quemadas de los hebreos veterotestamentarios y se tomó la exorbitante libertad de sentarse en la silla de los invitados mientras ella leía. Procter, por su parte, volvió a abrir la bolsa de regaliz y se concentró en el documento.

1. LAS BÚSQUEDAS SOBRE ANNA ANDRÉYEVNA AGÁPOVA INDICAN QUE SE TRATA DE UNA CIUDADANA RUSA DE 36 AÑOS, ACTUALMENTE DIRECTIVA DEL BANK ROSSIYA. NACIÓ EN LENINGRADO/PETERSBURGO EN 1987. ES HIJA DEL MAYOR GENERAL DEL KGB/SVR ANDRÉI AGÁPOV, ACTUALMENTE RETIRADO Y PRESIDENTE DE ROSSIYA INDUSTRIAL, Y DE GALINA TIMOFÁYEVNA PETROVA, FALLECIDA EN 1998.
2. SE GRADUÓ EN 2009 EN LA UNIVERSIDAD ESTATAL LOMONÓSOV DE MOSCÚ Y, SEGÚN LA FUENTE A, ENTRE 2010 Y 2014 TRABAJÓ EN LA SUCURSAL DE GINEBRA DEL BANK ROSSIYA ANTES DE VOLVER A RUSIA.
3. EN 2011 CONTRAJO MATRIMONIO CIVIL EN SAN PETERSBURGO CON VADIM YÚRIVICH KOVALCHUK, HIJO DE YURI KOVALCHUK (FALLECIDO EN 2017), ANTIGUO PRESIDENTE Y CEO DEL BANK ROSSIYA.
4. VADIM KOVALCHUK ES EL PRINCIPAL PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR DE RUSFARM, UNA CUADRA DE PURASANGRES. LA FUENTE B INDICA QUE DICHA CUADRA TIENE EL RESPALDO DE UN CONSORCIO DEL QUE FORMAN PARTE ANDRÉI AGÁPOV Y EL PRESIDENTE RUSO.

Al apoyarse en el respaldo de su silla, Procter se dio cuenta de que aún tenía a Debman delante.

—¡Joder, pero qué susto me has dado! —exclamó casi sin aliento.

Después de echarlo del despacho, se comió unas cuantas tiras de regaliz y a continuación apagó la única lámpara del escritorio.

Luego se tumbó en el suelo.

A cualquier observador le habría parecido que la jefa había ingresado en una especie de limbo en el que su cuerpo permanecía postrado en el suelo del

despacho, pero su mente se había evaporado. Con los ojos cerrados y las palmas orientadas hacia el techo, su pecho subía y bajaba lentamente como si estuviera en coma. Los ejercicios de muslos que había hecho por la tarde en el gimnasio le habían dejado los abductores hechos polvo.

Pasó una hora antes de que la idea asomara a su mente por primera vez. Transcurridas otras dos, le pareció que ya tenía bastante para poner manos a la obra.

Se incorporó limpiándose las comisuras de la boca (en algún momento se había quedado dormida). Comió un poco más de regaliz mientras se preguntaba si era necesario implicar a Bradley. «No», se dijo. «Aún estamos hasta las cejas en la sopa operativa. Mejor no preocupar al jefazo.»

Abrió una base de datos e introdujo un criptónimo en el motor de búsqueda: TX/MANCUB.

Muy pocos activos de la CIA son estadounidenses, y el dígrafo TX señalaba que MANCUB (que era el alias de Harry Hamilton) tenía esa peculiaridad. Fundador y CEO de la empresa tecnológica Lyric, dejaba que la CIA usara su empresa como tapadera para algunos de sus NOC, y solía estar bien predispuesto a que ella le pidiera ayuda.

Quizá esta vez no lo estaría tanto, pensó. Navegó por una base de datos con precios de purasangres de carreras sacados a subasta y se rió sola en su despacho: a Harry no le interesaban nada los caballos; por no gustarle, no le gustaba ni ir al hipódromo. Era muy posible que nunca hubiera montado. En suma, que no se pondría muy contento.

11

Palo Alto

Max caminó por la pista hasta llegar a la escalera del Gulfstream G550, pasando al lado del jefe de carga de la división aérea de la CIA. La abundancia de madera falsa en el interior del aparato, y la moqueta de un color como regurgitado, indicaban que no se trataba del avión de un famoso ni de un millonario, ni siquiera de la hacienda San Cristóbal, sino de una burocracia gubernamental cuyo sistema de adquisiciones, pese a las posibles ventajas de actuar mediante una empresa interpuesta, no había sabido actualizar la tapicería a algo más contemporáneo que el estilo «aguacate hawaiano». Vio su avión al otro lado de la pista, el G650ER de la hacienda. Deducía de los cables de Procter que ésta tenía una propuesta que hacerle, y que en ella se le reservaba algún papel a una abogada NOC de nombre Hortensia Fox. Deducía también que no sería una petición convencional: ésa era la única manera de explicar lo parca en detalles que había sido Artemis Procter en su mensaje.

Avanzó por la moqueta sucia hasta llegar a donde estaba Procter, que se levantó para darle la mano. La siguiente en entrar en el avión fue Hortensia Fox. Lo hizo con paso seguro, incluso agresivo, dejando una estela de aromas florales y cítricos que trasladó a Max a los jardines de San Cristóbal. La aspereza de sus manos lo sorprendió y agradó a la vez.

—Max Castillo —se presentó—. Un placer, Hortensia.

—Sia Fox —dijo ella retirando la mano—. Hortensia no, Hortensia nunca.

Procter iba en plan mafiosa, con un chándal de terciopelo rojo y deportivas azules. En la mesa había seis latas de Coors Light en una cubitera y una botella de mezcal. Sia se sentó enfrente de Max y al lado de Procter, que abrió una cerveza. Tras examinar el mezcal, Max decidió jugársela a pesar de que no reconocía la etiqueta: la experiencia le había enseñado que las de Procter nunca eran identificables.

—¿Un poco de mezcal? —le preguntó a Sia levantando la botella—. Aunque no puedo responder de su calidad.

Ella negó con la cabeza casi con mala educación y sacó una botella de agua de su bolso.

Max se volvió hacia Procter.

—Me alegro de verte, Artemis —dijo—. Te veo bien.

A decir verdad se la veía mayor y más curtida. Lo que no cambiaba, tal como tenía el pelo negro, era la impresión de que había metido los dedos en un enchufe. Se habían visto una sola vez, pocos años antes, cuando él había ayudado a la CIA a acceder al ordenador de un empresario jordano. Por aquel entonces, Procter trabajaba en la Estación de Amán, aunque él no sabía en qué cargo. Esa información sólo la daban preguntando, y él nunca preguntaba.

—Muy amable —dijo Procter—. A ti tampoco te veo mal. Está claro que te sientan de maravilla los caballos.

—Los caballos siempre sientan bien.

—Por cierto, enhorabuena por la operación contra el emiratí. A los analistas que trabajan en las sanciones a Rusia la inteligencia les ha sido muy útil para reventar redes en el Golfo.

Procter brindó con su cerveza antes de tomarse un buen trago, al que Max correspondió con un sorbito de mezcal.

—Tú también estás estupenda, Sia —dijo Procter—. Me alegro de verte, corazón. Gracias por cruzar el charco.

—No faltaría más, Artemis. Me muero de ganas de saber qué tramas.

Max miró a Sia de reojo: pelo largo y oscuro, ojos de un gris como el de la bruma y piel bronceada. Su acento tenía un deje afrikáans que le parecía interesante. Era alta, casi tanto como él, e iba de lo más elegante, con traje y zapatos de tacón hechos a medida seguramente en Londres o Milán. Había visto pasar por San Cristóbal a más de una mujer así, habitualmente del brazo de un hombre rico y mayor que ella. La mayoría parecían accesibles, incluso demasiado; tan abiertas, coquetas e informales que sabías que no pondrían mayores obstáculos, y que el esfuerzo que no requerían de ti tampoco se lo habrían pedido a otros. Ésta, sin embargo, tenía la espalda siempre recta, y era evidente que su motor interno era de los no se apagaban nunca, ni siquiera cuando convenía o cuando era seguro. Acababa de fijar en él una mirada penetrante, atenta a posibles peligros, amenazas y debilidades. A él solía gustarle esa clase de miradas, pero nunca antes se había topado en una operación con alguien que lo mirara así.

Bebió un poco de mezcal: era mediocre. No sabía muy bien qué pensar de la tal Hortensia Fox.

—Me disculpo por la inconcreción de mis cables —dijo Procter—. Es que me pone muy nerviosa transmitir tan buenas ideas por los canales formales. —Sacó varias fotos de una carpeta que llevaba en el bolso y las repartió por la mesa—. Vadim Kovalchuk —explicó— es hijo del difunto Yuri Kovalchuk, uno de los amigos de infancia de Putin, y según hemos averiguado administra, desde la sucursal del Bank Rossiya en San Petersburgo, al menos una parte de los intereses privados de éste, aunque ya sabréis lo difícil que resulta diferenciar las finanzas privadas de Putin y las del Estado. El caso es que este tal Vadim sabe dónde tiene Putin repartida la pasta. Es un objetivo de alta prioridad, y da la casualidad de que también lleva la principal cuadra rusa de purasangres, algo así como una versión rusa y en pequeño de la hacienda San Cristóbal en la que también está metido Putin. ¿Has oído hablar de ella, Max? ¿Nos cuentas un poco?

—Claro. Acaban de hacer el ridículo en Dubái, pero llevan un tiempo muy

activos, haciendo inversiones sin precedentes en las mejores estirpes del Golfo y, si los rumores son ciertos, incluso de Estados Unidos y Gran Bretaña, lo que implica esquivar las sanciones. También se dice que dopan a los caballos, pero yo no lo creo. En todo caso, jamás he estado en sus instalaciones ni he tenido contacto personal con Kovalchuk.

—Perdona, pero ¿tú qué eres, NOC o FNO? —le preguntó Sia.

Los NOC eran ciudadanos estadounidenses, a veces con pasaporte de otro país, mientras que los FNO (Agentes de Nacionalidad Extranjera) eran no estadounidenses de confianza que colaboraban con la Agencia en operaciones delicadas. Mientras que los NOC tenían que ceñirse a la burocracia (sus honorarios se ajustaban a una escala salarial, debían justificar sus gastos e informar de cada uno de sus movimientos; ni siquiera podían rascarse sin pedir permiso por escrito), los FNO Iban por la libre; eso explicaba el deje de resentimiento en la voz de Sia, por más que su pregunta estuviese justificada.

—El trato de mi familia con la CIA se remonta a los años sesenta —repuso Max enigmáticamente.

La verdad era que no se reconocía como un FNO. ¡Que la CIA lo clasificara en sus bases de datos como le diera la gana, pero para él esas siglas carecían de cualquier valor!

Sia apretó los dientes, pero Procter no pareció notarlo. Siguió con lo suyo.

—Ahora viene lo bueno —dijo—. Hemos tenido la suerte de que nuestro amiguito Vadim esté casado con una posible clienta de Sia, Anna Andréyevna Agápova.

Max cogió la foto, que parecía sacada de la web del Bank Rossiya. La tal Anna tenía el pelo rubio, los ojos fríamente azules, los pómulos marcados y miraba a la cámara como mandándola a la mierda. Le cayó bien a simple vista.

Orientó la foto hacia Procter.

—¿Apellidos distintos?

Procter dejó escapar un gruñido.

—Igual es que están separados. A saber.

—Tengo cita con Anna la semana que viene en Londres —dijo Sia mirando la foto—. Irá con Vadim.

—Total —intervino Procter—, que me he puesto a dar vueltas a la mejor manera de pillar al bueno de Vadim Kovalchuk y he pensado lo siguiente: Tú, Sia tienes acceso a la parejita rusa a través de tu despacho de abogados; tú, Max, tienes la cuadra, lo que nos permitiría usar los caballos como anzuelo. Vadim y Anna, Max y Sia —enumeró hasta desplegar cuatro dedos—. El problema es que, en este simpático cuarteto, falta un eslabón: el que os vincule a vosotros dos.

Max notó que las pantorrillas de Sia no paraban de saltar y luego buscó sus ojos: estaba que echaba chispas.

—Harry y yo nunca estuvimos liados, Artemis —la oyó decir.

—*Mea culpa* —contestó Procter, y después de tachar «ex amante» de sus notas se hizo una coleta con una goma elástica—. En fin, imaginaos lo siguiente: resulta que a un tal Harry Hamilton, de repente, por esos caprichos de los millonarios, se le ha puesto dura por el mundo equino y ha invitado a Maximiliano a venir aquí, a Palo Alto, para intercambiar impresiones con él. Pero también se le ha ocurrido invitar a su amiga Sia, antigua empleada de Lyric. Esa reunión de los tres amigos, que yo os había insinuado ya en el cable... aunque reconozco que quizá fui muy escueta... esa reunión, digo, tendrá lugar en... —miró su reloj— en tres horas. Hablaréis alegremente de caballos y los tres os caeréis de maravilla, hasta el punto de que, al final, Maximiliano, terminarás invitándolos a visitar el San Cristóbal y a daros un garbeo a lo grande por tierras mexicanas: vino, tequila, tacos, montar a pelo... lo que haga falta. Sia dudará porque tiene un compromiso con un par de rusos millonarios, pero entonces tendrá una idea genial: ¿qué tal si, en vez de ir a Londres, Anna y su marido se plantan en México? Al cabo, les sale el dinero por las orejas, y tampoco es tan difícil coger un avión, ir a la hacienda San Cristóbal y quedarse allí unos días. Tal como están las cosas, además, seguro que les cuesta menos conseguir

papeles para viajar a México que al Reino Unido. ¡Que les hacemos un favor, coño! Otro plus es que no tendré que informar a los ingleses, como es mi deber con todos los movimientos de Sia en Londres. —Abrió otra cerveza y continuó —: Vosotros dos os lo montáis en plan Romeo y Julieta y nosotros usamos la tecnología de siempre para conocer un poquillo a Vadim, nos enteramos de qué lo pone cachondo y, ¡qué carajo!, incluso valoramos si hay alguna posibilidad de reclutarlo. —Hizo una pausa para beberse media lata de un trago mientras observaba su reacción—. Bueno, y antes de que alguno de los dos me eche la caballería encima por los posibles riesgos, y que si esto y lo otro, vamos a aclarar un par de cosas. Para empezar, lo de vuestra supuesta relación será temporal. Pero además, jugaremos en campo propio: estaremos en México, no en las estepas rusas, aquí el hacendado es un amigo y las reglas las fijaremos nosotros. No vamos a poner en peligro vuestras identidades por hacerles cosquillitas a los rusos en la barriga y ver cómo les sienta, pero lo cierto es que, entre lo de Ucrania y toda la pesca, ahora mismo tampoco es que nos pasemos el día hablando con rusos, de modo que hay que sacarles todo el jugo posible a las pocas ocasiones que se nos presenten. Además, acceder al dinero de Putin nos daría una oportunidad genial para montar un pollo y joderlos un poco. Bueno, ya me callo. ¿Qué opinas, Max? ¿Podemos contar contigo?

Se acabó la cerveza y, al abrir otra, se llenó los dedos de espuma que corrió por la lata sin que ella pareciera darse cuenta.

Max se quedó mirando a Sia y, al ver que había empezado a subir y bajar los talones, que se tocaba mucho el pelo y evitaba sus ojos, se dio cuenta de que le había sentado mal que Procter los hubiera citado a la vez sin pedirle primero su opinión; que, en resumidas cuentas, le estuviera haciendo a él una petición mientras que a ella le daba una orden.

—Sia, ¿cuánto tiempo llevas trabajándote a Anna? —le preguntó.

—El encuentro de la semana que viene será el primero —contestó ella.

—¿Aún no os habéis conocido?

—No.

—¿Y fue ella la que se puso en contacto contigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque mi bufete, que es mi plataforma NOC, se dedica a esconder y blanquear dinero sucio desde Londres, y a ella, según me dijo, le interesaría contratar nuestros servicios para algunos de sus clientes y probablemente también para Vadim.

—Pero ¿por qué precisamente contigo?

—A lo mejor porque mi especialidad es justo el dinero sucio ruso.

Su tono se iba endureciendo.

—¿Y cómo pensabas enfocarlo? ¿Te ibas a centrar en Anna o en Vadim?

Esta vez, su única respuesta fue una mirada fulminante.

Max levantó una mano como pidiendo perdón y tomó un poco de mezcal.

—Da igual, ya habrá tiempo de hablarlo —dijo.

A Sia se le escapó un bufido de rabia. Se apartó un mechón de pelo oscuro de la cara y se volvió hacia la ventana cruzando la pierna izquierda sobre la derecha. Max, sin embargo, se quedó pensando que, lejos de sentirse incómoda con esa clase de enfrentamientos, quizá incluso los disfrutaba. También le pareció que él le había caído mal de inmediato y por principio, aunque quizá también por detalles concretos, a saber cuáles.

En todo caso, veía por dónde iban los tiros: el camino más directo de Sia al reconocimiento —y por tanto a los ascensos, a los aumentos de sueldo y al acrecentamiento de su prestigio— era la captación de activos y, cuando todavía ni empezaba a trabajarse a Anna, Procter le ofrecía un papel secundario dentro de un plan para que fuera él, y no ella, quien captase a Vadim... y le robara su presa.

—Y entonces ¿qué, Maximiliano? —preguntó Procter—. ¿Te animas a hacer un viajecito de preparación con Harry y Sia, y luego a que vengan los rusos para el pack de dos días?

Aunque la falda de Sia no era particularmente corta, él había deducido de la manera en que pegaba y despegaba los talones del suelo, y de su estatura y porte, que tenía unas piernas atléticas y musculadas, además de bastante largas. Y si tenía las piernas tan bronceadas como la cara...

Se volvió hacia Procter.

—Yo encantado de ayudar. Me parece un buen plan.

Sia dejó escapar otro bufido perfectamente audible.

—Artemis —dijo—, si Anna está tan bien relacionada como sospechamos, ¿por qué leches la vemos como una manera de llegar a Vadim? Es un objetivo valioso por sí mismo, y la mejor situada para trabajársela soy yo...

Procter arrancó la anilla de la lata de cerveza y después levantó la vista y miró a Sia, que se había quedado callada.

—Di todo lo que piensas, cariño. Ya sabes que yo no me ofendo.

—Yo creo esto es un error. A Anna puedo captarla yo sola, sin necesidad de... —miró a Max con mala cara— de llevármela a un oscuro rancho en la otra punta del mundo. Me la puedo trabajar en el Reino Unido, sin salir de Europa. ¡Qué coño! ¡Si hace falta hasta en Rusia!

—Estoy de acuerdo en que es un objetivo de primera —repuso Procter—, pero que sepamos no administra el dinero de Putin, y yo lo que quiero es eso. Quien supervisa los movimientos de un buen pellizco de la pasta del presi es Vadim Kovalchuk.

—Vale, pero déjame probar antes con Anna, a ver qué sale —insistió Sia.

Procter negó con la cabeza.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Mi plan es más directo; si quieres te hago un esquema, cariño. Además, nada te impide camelarte a Anna. Ése sería un plus, y tendrías a alguien cubriéndote las espaldas. No os estoy pidiendo que folléis ni nada, con que os deis algún que otro besito en la mejilla y hagáis manitas cuando estéis con ellos me conformo.

Sia, que estaba visiblemente nerviosa, se sirvió un par de dedos de mezcal y se apoyó en el respaldo para dar unos sorbos mientras le pegaba un repaso a Max.

—Además, me consta que a ti los caballos te encantan —añadió Procter—. Eres de campo, ¿no es así?

Ella le lanzó una mirada asesina.

—Sí, Artemis. Sabes perfectamente que me crié rodeada de caballos y que me encantan. —Se volvió hacia Max y le preguntó—: ¿Hay alguien más que esté al corriente de que colaboras con la CIA?

—Sólo mi padre, que probablemente tenga Alzheimer. Vive en la hacienda, pero en una casa aparte, lejos de las visitas. Habrá que ser discretos con el personal.

Se hizo un silencio incómodo.

La mirada de Procter iba y venía entre los dos.

—Entonces ¿os va bien el plan de reuniros con Harry y pasar los siguientes días como he dicho?

—Por mí perfecto —dijo Max.

Sia dio su aquiescencia con un gruñido.

Max se levantó, le dio la mano a Procter y, a continuación, se la tendió a Sia, que se la estrechó con firmeza poniendo cara de franca antipatía.

—*Vayan con Dios* —dijo Procter en su pésimo español de gringa mientras uno de los asistentes de vuelo cerraba la puerta del avión.

Max y Sia se separaron al pie de la escalera sin cruzar palabra, pero él se fijó en su curiosa manera de andar y en que no se volvía ni una sola vez para mirarlo. Luego, ambos se dirigieron, cada uno por su cuenta, a las oficinas de Harry Hamilton.

En los veintisiete años que llevaba como sufrida asistente de Hamilton, Maggie Geller había concertado un montón de citas raras para su jefe. Tres buenos ejemplos serían la reunión a tres bandas con el rey de Jordania y un ranchero tejano, la que sostuvo con Bono y un vagabundo de Berkeley o aquel fin de

semana largo en Jackson Hole (donde Harry tenía casa) con dos empresarios rusos que morirían poco después, uno estrangulado en el cuarto de baño de su propia casa y otro arrojado por el balcón de un hotel. Sin ser tan estrambóticas, las dos personas, mujer y hombre, a las que hizo entrar en el despacho le llamaron la atención porque habían esperado durante veinte minutos en perfecto silencio, como si se estuvieran armando de valor para una emboscada o para una tensa sesión de terapia de pareja.

Conocía a la mujer: era Hortensia Fox, una antigua empleada de Lyric que, tras una larga temporada como pupila de Hamilton, se había marchado a Londres para cobrar un sueldo aún más alto. Como al jefe le gustaban las mujeres más jóvenes que él, en su momento había corrido el malévolo rumor de que estaban liados, pero ella no había hecho caso. Sólo había empezado a replantearse su postura últimamente, a la vista de que Hamilton la había invitado a cruzar medio mundo en avión para sumarse a uno de sus impulsivos viajes. Le costaba entender esa invitación, pero mucho más que el viaje fuese a México, y motivado por una naciente afición a los caballos de carreras que ella, que lo sabía casi todo del jefe, no había visto venir. Quizá fuera la salva inicial de su tercera o cuarta crisis de la madurez.

—¿Caballos de carreras, señor Hamilton? —le había preguntado (se negaba a llamarlo Harry).

El tono era de incredulidad, pero sin caer en la mala educación. Él se había acomodado en la silla y, rehuyendo su mirada, le había contestado que sí: estaba forrado de millones y no le daba la gana aburrirse, así que le habían empezado a interesar los caballos.

—Pero, señor Hamilton —había protestado ella, preocupada por su integridad física y mental—, ¿usted ha montado alguna vez?

Él se había reído.

—¡No, qué va! Si es lo bueno: que los dueños de cuadras nunca montan. Se limitan a acariciar a sus animales cuando ganan una carrera. Encajaré perfectamente y todo el asunto va a ser la rehostia.

Los caballos, precisamente, explicaban la presencia del tipo: un hombre guapo que respondía al nombre de Maximiliano Castillo y que tenía un criadero cerca de la ciudad mexicana de Monterrey. Hamilton le había pedido que lo invitase a Palo Alto para hablar porque le habían llamado la atención algunos de sus animales.

Tras los apretones de manos de rigor, Hortensia, Maximiliano y Hamilton se sentaron y ella se apresuró a cerrar la puerta dando gracias a Dios —como siempre— por ahorrarle el suplicio de participar en una reunión cuyos preparativos no le habían resultado agradables en absoluto.

SEGUNDA PARTE

Razrabotka («Planificación»)

12

San Cristóbal

El piloto dio un par de vueltas sobre San Cristóbal para que Sia pudiera ver bien toda la hacienda. Los ranchos del Big Bend, en Texas, donde ella había vivido de niña eran grandes, pero con tendencia a lo dejado y lo cutre. En más de un caso, la vivienda principal era una especie de chabola de una sola planta y dos habitaciones con el techo de chapa y la pintura desconchada. Lo que veía al otro lado de las finas nubes era todo lo contrario: una enorme mansión en forma de «u» con una reluciente piscina y varias edificaciones auxiliares de tejados rojos, cuatro o cinco establos que debían de dar cabida a más de un centenar de purasangres... Sin embargo, el detalle definitivo apareció al iniciar el descenso el G800: cercas blancas que delimitaban la propiedad y servían de divisoria entre pastos, prados y establos. Mantener varios kilómetros de cerca es un quebradero de cabeza para cualquier ranchero. Ella misma había perdido muchas horas de su juventud reparando cercados con su hermana en el rancho familiar, pero si encima había que pintarlos... eso en el Big Bend ya era inconcebible. En el asiento de delante, Harry dejó de mirar una revista para echar un vistazo por la ventanilla.

—¡Caramba! —exclamó.

Los recuerdos de infancia se disiparon al posarse el avión en la pista, donde los esperaba un chófer que los trasladó a la casa principal. Max se uniría a ellos durante la cena. La comitiva rodeó un establo antes de avanzar en paralelo a

varios kilómetros de cerca blanca bajo la mirada de yeguas y después de potros. Los prados estaban completamente cubiertos de una tupida hierba de color marrón. No había una sola mancha en la pintura del cercado, y la casa a la que se acercaban, construida en una loma, era un hermoso laberinto de pasillos con columnas, terrazas ajardinadas y palmeras altísimas distribuido en tres plantas de piedra. Fincas grandes había muchas, pero palacios así no tantos. Era un alarde de lujo y de belleza, y la experiencia le decía a Sia que los dueños de sitios tan lujosos y bellos solían ser unos imbéciles.

Como era de prever, llegó el momento en que los empleados los llevaron a ella y Harry al mismo dormitorio. Él se rió y, como de costumbre, entró sin hacerles ver la equivocación. La primera vez que les había pasado, años atrás, cuando ella llevaba poco tiempo trabajando en Lyric, se había ruborizado de pies a cabeza y había esperado para soltarle a su entonces jefe cuatro frescas por no aclarar el error. Esta vez, ella misma explicó el malentendido y el empleado, avergonzado, la llevó a un suntuoso dormitorio de techo abovedado, vigas de roble visto y una chimenea del tamaño de un coche. Entró en el baño: mármol, baldosas con adornos en la ducha de vapor y un botón para controlar la calefacción del suelo. Sonrió al coger una toalla: cuando era niña, a su padre le encantaba bromear con ella diciéndole que, si algún día se alojaban en un lugar bonito, lo primero que él haría sería robarse una toalla. Lo recordaba cada vez que hacía el papel de rica en una isla griega, en una mansión de Knightsbridge o en esa especie de castillo feudal del norte de México. Había llegado a un sitio de los de robar las toallas. Metió una en su maleta.

Cuando Harry llegó a la biblioteca, Max le puso un vaso de whisky en la mano y, siguiendo instrucciones de Procter, dedicó la siguiente media hora a explicarle las estirpes de su yeguada, sus éxitos en los hipódromos y su filosofía de cría, por si a su regreso le hacían preguntas sobre la visita. Después, sacó un grueso libro con encuadernación de piel y el escudo de la hacienda para mostrarle los

árboles genealógicos de los potros que, con tanta generosidad, estaba ofreciéndole en vez de sacarlos a subasta en Keeneland y Saratoga. Harry intentó decirle un par de veces que no hacía falta.

—Ya sé que Artemis te lo pidió, y te agradezco el esfuerzo —lo interrumpió finalmente—, pero este sitio es la repera y tengo un hambre que me comería un elefante, o sea que véndeme los caballos que tengas pensados y listo —protestó.

Sia se hartó de ese circo y les arrebató el libro de las manos.

—Ya lo miro yo —dijo con un deje seductor sin que pudieran protestar, y luego agregó dirigiéndose específicamente a Max—: De todas formas, en la vida real Harry no perdería el tiempo leyendo nada parecido. ¿Verdad, Harry?

El otro se rió mientras miraba por uno de los ventanales de la biblioteca. Al otro lado, la colina bajaba con suavidad hasta un establo de doma con tejas rojas.

—¿Y se puede saber qué haré con los caballos después de comprarlos?

Sia contestó sin levantar la mirada del libro.

—Algo se te ocurrirá, Harry. Por eso te queremos.

Tal como Sia había previsto, la mascarada acabó en poco tiempo con las escasas reservas de paciencia de su amigo. Visitaron el establo de doma, el cobertizo de apareamiento («esa porquería a mí no me la enseñes», rezongó Harry; por suerte no se estaba usando) y uno de los prados para potros. Cuando los mozos les mostraron los tres potros machos que estaba comprando involuntariamente, ni siquiera apartó la vista del móvil y luego, cuando el criador se ofreció a responder cualquier pregunta se limitó a soltar una risita sardónica. Sólo se animó un poco hacia el final, cuando vio un caballo ejercitándose en una cinta de correr equina sumergida en agua y a otro al que estaban dando un baño de agua salada.

—¡Pero si a estos putos caballos los cuidan más que a mí! —exclamó bromeando.

Al atardecer, brindaron con champán bajo el emparrado de un porche con

arcos de piedra desde donde se dominaban unos prados ondulantes. El aire, más cálido de lo normal para esas fechas, llevaba hasta la nariz de Sia aromas de agave y pino. Harry estaba de espaldas, pero ella pudo oír cómo gorgoteaba al vaciar su copa de champán y cómo la dejaba luego sobre la mesa de piedra al tiempo que se le escapaba un hipo.

—Te agradezco mucho tu hospitalidad, Max —dijo—, pero estoy de puta pena. Me voy a la cama. Tú quédate, Sia —agregó—. Diviértete.

Le dio la mano a Max y se marchó.

Max, por su parte, le susurró algo al *maître*, que se retiró a la cocina y volvió poco después al frente de varios camareros que les llevaron cabrito al pastor, cuencos con cebolla y cilantro picados y limas, y ensalada verde. El *maître* metió otra botella de champán en la cubitera y descorchó una botella de tinto que dejó sobre la mesa después de que Max lo aprobase.

Max le dio las gracias y los camareros se marcharon. Él y Sia estaban solos. En diez minutos el sol se habría ocultado. Su última luz teñía de rosa el adobe blanco. De pronto, Sia hizo un clic mental y expulsó de su cabeza el pintoresco entorno, el colorido de los platos y el desprecio a Max que llevaba alimentando todo el día: tocaba ponerse a trabajar.

—Explícame cómo le entrarás a Vadim —dijo con tono militar.

—Tengo un semental, *Smokey Joe*, que es medio hermano de *Rex*, el principal de la yeguada... —Subrayaba sus palabras clavándole el tenedor al cabrito.

—¿Y?

—Pues que *Smokey Joe* tiene una muy buena trayectoria en las carreras. Hace pocos meses, en su campaña de tres años, ganó el Travers. Lo que ocurre es que tiene un problema médico. Te ahorro los detalles para no aburrirte, pero ya no correrá.

A Sia le importaba un bledo que corriera o no, pero se lo calló.

—Total —continuó Max—, que lo destinaremos a la cría. Un caballo así, con su pedigrí, su constitución y su trayectoria en las carreras, resultará muy interesante para cualquiera que ande en busca de sementales y, hasta donde sé,

ése es el caso de Vadim, a quien, además, se le complica mucho hacer negocios en Kentucky y en Gran Bretaña por el pedigrí ruso de sus caballos. En otro tiempo nadie se creería que yo no prefiriera sacar a subasta un animal así, o mandarlo a Kentucky y ofrecerlo como semental allí, pero ahora mismo las ventas privadas son el pan de cada día, así que...

Comieron en un silencio incómodo, interrumpido tan sólo por el ruido de los cubiertos. Sia se iba poniendo cada vez más nerviosa: sentía que estaba perdiendo la oportunidad de preparar una buena estrategia. El plan operativo requería que ella memorizara datos básicos y anécdotas antes de que llegaran los rusos. No hacía falta que fueran muchos, sólo los justos para que se viera que llevaban unas cuantas semanas intimando.

—Menudo montaje tenéis aquí —dijo al fin adoptando su tono de abogada—. ¿Dices que tu familia se ha dedicado a los caballos desde los años sesenta?

—Mi abuelo empezó con el negocio de los caballos en 1963 —contestó él—. Antes, esto era más bien una hacienda ganadera.

Ella intentó imaginar cómo se sentiría si fuese otra persona: el vino, los farolillos, las estrellas en el cielo, los tejados y los muros de adobe bañados por la luz de la luna, el relincho esporádico de algún caballo... Se fijó en Max: un hombre guapo, con los ojos marrón oscuro y el pelo negrísimo; en el corte impecable de sus pantalones y la calidad de sus botas (de avestruz, ¿no?); en su camisa, con los dos primeros botones desabrochados, y en su pecho, que asomaba apenas. ¿Participaría personalmente en las labores del campo? No parecía probable —¿con todo ese personal?—, pero igualmente proyectaba una imagen de fuerza y de vitalidad propia de un hombre que sabe valerse por sí mismo y trabajar con sus manos. Cuando tenía la boca cerrada, las comisuras de sus labios apuntaban ligeramente hacia arriba, como si estuviese siempre a punto de reír. Era extraño que no tuviera novia.

En una servilleta —que luego Sia tiraría al váter de su habitación, tal como le habían enseñado— hicieron una lista de los temas de los que suele hablarse en

una primera cita y después fueron tachándolos como si estuviesen en una reunión de negocios.

Sia empezó por su familia. Su madre, que era sudafricana, provenía de una familia dedicada al vino en las afueras de Ciudad del Cabo. Su padre era británico. Se habían conocido en Austin, donde eran estudiantes de intercambio, y después de casarse se habían establecido en la región del Big Bend, en el oeste de Texas. Sia, sin embargo, había nacido durante una estancia en Ciudad del Cabo («Los veranos eran un infierno en Texas», explicó ella, «así que mis padres escapaban a Sudáfrica, donde era invierno»), de ahí la nacionalidad sudafricana que, más tarde, la volvería tan interesante para los reclutadores del programa NOC de la CIA, quienes de hecho se habían asegurado de borrar cualquier traza de su pasado estadounidense y cualquier documento que la vinculase a Texas.

—Mamá quiso que Daisy y yo aprendiéramos afrikáans —dijo sin querer, traicionando su intención inicial de no dar más detalles.

—¿Daisy? —dijo Max con una sonrisa burlona, levantando la vista del plato.

Ella notó que se ruborizaba y le dieron ganas de mandarlo a la mierda, pero era su culpa por abrir la boca.

—Lo de los nombres de flores fue idea de mi padre —aseguró con una mueca —. Aún no entiendo cómo mi madre estuvo de acuerdo. El caso es que durante esos viajes sólo hablábamos en afrikáans, y de algún modo se me quedó el acento. Más tarde, cuando llegó el momento de ir a la universidad, mi abuelo me ofreció que, si estudiaba Derecho en Cambridge, como él, se ocuparía de los gastos, y a mí no se me ocurrió nada mejor, así que acepté.

De nuevo en terreno seguro, explicó con aplomo su relación con Harry y con Lyric, su traslado a Londres y su trabajo en Hynes Dawson. Aparte del pequeño lapsus, había mantenido el tono de una exposición oficial.

Max le preguntó si quería más vino y ella negó con la cabeza, orientó su silla hacia los prados, señaló la lista con un gesto del mentón y dijo:

—Te toca.

La familia Castillo se había unido a la CIA décadas antes de que Max naciera. Arturo, su abuelo, estudiaba en la Universidad de California en Los Ángeles a finales de los años cincuenta cuando conoció a un tal Hoyt, cazatalentos al servicio de la Agencia. No aceptó de inmediato sumarse, pero la situación en México a principios de los sesenta lo hizo decidirse en ese sentido. Por entonces, México estaba inmerso en la Guerra Sucia. Después de que muchos campesinos empezaran a unirse a grupos guerrilleros de inspiración principalmente marxista, el gobierno había respondido con una feroz represión. San Cristóbal no iba nada bien y Arturo temía por su ganadería, amenazada por el caos social y la bancarrota, así que accedió a ayudar a la CIA a hacer un seguimiento de las incursiones de aquellos grupos comunistas en Coahuila a cambio de armas y dinero. Se imaginaba que la colaboración no duraría mucho, pero el futuro demostró que los Castillo y la CIA estaban hechos tal para cual.

Y esa relación había estado siempre vinculada con San Cristóbal.

Las nueve mil trescientas hectáreas que componían la hacienda en los sesenta eran tan sólo una parte de la inmensa propiedad que el rey Carlos III había otorgado a los Castillo en 1781 y que se extendía, por montañas, prados y altiplanos desérticos, casi doscientos kilómetros de norte a sur. Ciertamente, no albergaba riquezas minerales, y la aridez del suelo hacía que se necesitasen enormes extensiones de tierra para el sustento de los animales («Igual que en el Big Bend», comentó Max), pero con ese tamaño prácticamente no había manera de que no resultase lucrativa. No obstante, las sucesivas guerras que asolaron México en el siglo XIX —empezando por la de la Independencia—, hicieron mella en su superficie y, de hecho, fue casi un milagro que la reforma agraria promulgada después de la Revolución de 1910 no acabara con ella por completo.

Sia lo cortó con una sonrisa sardónica.

—¿Y esto es lo que sueles contar en las primeras citas?

—Pocas veces —repuso encogiéndose de hombros, como si no hubiese captado la ironía—, porque he salido sobre todo con regiomontanas, que ya

conocen parte de esta historia. Pero bueno, si prefieres que...

—No, no, sigue. Al menos así no me faltarán antecedentes.

Las personas a quienes no les interesaba la hacienda solían perder todo interés para Max; además, aquella sonrisita le había parecido odiosa, pero no tenía otra más que continuar. Se sirvió más vino y dio un buen trago.

La afición de Arturo Castillo por las carreras de caballos no bastó para que adquiriera ni siquiera una cuadra de purasangres propiamente dicha, pero sí para inculcar ese interés en su hijo Ángel, el padre de Max. Para principios de los años ochenta, el mundo de la cría de caballos de carreras se había convertido en una especie de club cosmopolita y ostentoso para multimillonarios de todo el mundo, lo que lo hacía interesante para la CIA. Para entonces, Ángel ya había sido captado, y su buena disposición —aunada a la enorme hacienda de su padre — motivó a la Agencia a proponerle que montara una yeguada. Dado que era la CIA quien proveería los fondos, si el negocio salía mal (como la mayoría de los criaderos de purasangres), los Castillo no saldrían perjudicados, y si, por el contrario, prosperaba, Langley podría beneficiarse de una agenda de contactos a nivel mundial. Era 1982, dos años antes de que Max naciera.

La iniciativa tuvo éxito por dos razones: el dinero y la suerte. Gracias a los fondos aportados por la CIA, los Castillo pudieron comprar caballos con pedigrís de primera en las grandes subastas estadounidenses y montaron una caballeriza de estirpes de la mayor calidad. La suerte quiso que, en un momento dado, sus animales empezaran a ganar carreras, de manera que el siguiente paso lógico fue vender los derechos de cría de sus sementales. Todo esto, desde luego, sin que padre e hijo dejaran de colaborar con la CIA.

—Cuando vivías en Texas ¿trabajabas tú misma la tierra? —preguntó Max mirando de reojo la mano con que Sia sujetaba la copa de vino.

—Como comprenderás, en el rancho había peones, pero mi hermana y yo hacíamos de todo —contestó ella—: desde vallar los terrenos (con alambradas y

madera basta de cedro, nada que ver con lo de aquí) hasta cazar coyotes, serpientes y puercoespines y limpiar los graneros.

Sus manos, en efecto, parecían las de alguien que había trabajado con ellas, pero no dejaba de ser una abogada con base en Londres y acento afrikáans, así que Max se preguntó si no le estaría vendiendo la moto.

—Yo igual —dijo—. Me levantaba cuando aún era de noche para trabajar en los pastos y los establos, les daba de comer a los caballos y arreglaba y pintaba kilómetros y kilómetros de cercas rotas. Muchas veces me he pelado de frío esperando a que pariera una yegua. De hecho, mis primeros recuerdos son de correr por los establos y ver a los caballos en la pista de adiestramiento. Luego, mi madre me enseñó a montar. En este negocio hay propietarios que se mantienen a distancia de los animales, pero no es el caso de los Castillo: nosotros somos rancheros y jinetes.

Después de echar una mirada a la piscina iluminada, Sia volvió a esbozar la misma sonrisita de antes.

—Rancheros y jinetes, ¿eh?

—Soy un hombre sencillo, Hortensia.

—Ya te he dicho que no me llames así.

Max hizo el gesto de rendirse.

—Es verdad, es verdad, perdona.

Fue siguiendo la mirada de Sia, que se deslizó por el porche, la piscina y la casa.

—Me cuesta entender qué puede tener que ver un lugar como éste con la CIA.

—Pues para mí esa relación es obvia: sin la Agencia, nada de esto existiría. Las tierras se habrían vendido por partes y esta casa, que en parte data de finales del siglo XVIII, sería un hotel para extranjeros y mexicanos ricos que quisieran venir a pasar algún fin de semana en el campo. Por eso, cuando Langley me pide ayuda procuro dársela. Como te he dicho: soy un hombre sencillo.

—A mi padre, el rancho casi lo mató —explicó ella—. Decía que para él era como una cárcel.

Esta vez, Max no tuvo la impresión de que estuviera vendiéndole ninguna moto.

—Eso es porque la tierra está viva, y los seres vivos tienen sus exigencias, ¿no? De joven, yo tenía la sensación de que estas tierras acabarían engulléndome. Quería ir a estudiar a la UCLA, como mi abuelo, y luego quizá instalarme en Nueva York. Pero ya ves: las cosas no han ido por ahí.

—¿Y cuándo te hablaron por primera vez de sus vínculos con la Agencia? —preguntó Sia—. Ya sé que el tema no es muy propio de una cita romántica, lo pregunto por pura curiosidad. Me imagino que aquella conversación no sería nada sencilla.

Max bebió más vino.

—¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, claro.

Una noche, cuando tenía dieciséis años, Max les dijo a sus padres que quería irse a Los Ángeles y, para su sorpresa, no hubo discusión ni resistencia. Su padre apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Al día siguiente lo despertó antes del amanecer y se fueron juntos a montar a caballo. Max no preguntó nada: su padre no era, en general, un hombre que diera muchas respuestas.

Se detuvieron en un arroyo para que los caballos bebieran.

—Dentro de unos días, tu abuelo, tú y yo nos iremos a Washington —le dijo de pronto su padre.

—¿A Washington? ¿Por qué?

—Ya lo verás.

En Washington, alquilaron un coche y su padre condujo por la autopista George Washington. En un momento dado, cogió una salida y él quiso advertirlo de que se había equivocado: había visto un letrero que indicaba que esa salida se dirigía al cuartel general de la CIA. Insistió, pero su abuelo, que iba en el asiento

trasero, le puso una mano en el hombro y, cuando él se volvió, asintió con la cabeza, como para tranquilizarlo.

Fue la primera y única vez que Max entró en Langley. Se celebraba una ceremonia privada con el mismísimo director de la Agencia. Hoyt, el cazatalentos, también estaba presente, con la placa verde que (como Max averiguaría más tarde) lo identificaba como colaborador externo. El director les entregó a su padre y su abuelo sendas copias enmarcadas de la evaluación que Hoyt había hecho en su día de ellos, y que decidió su ingreso en la Agencia en 1963 y 1978 respectivamente. El nombre en clave de su abuelo era JY/COWBOY, el de su padre, JY/MUSTANG. Los reconocimientos no podían salir de las oficinas, pero se había reservado la sala de actos para una celebración. Al principio, Max tuvo la sensación de que estaba viendo una película: su abuelo no era su abuelo, su padre no era su padre, pero en un momento dado el estupor se convirtió en rabia: se sentía traicionado, sobre todo por su padre.

Hoyt se sentó a su lado a la mesa del banquete. Más tarde entendería que fue a propósito: era el emisario perfecto de un mensaje procedente de dos generaciones de la familia Castillo... y de la CIA. Él al principio lo ignoró sin ambages y se dedicó a comer mientras miraba las copas de los árboles por la ventana. La carne estaba muy hecha.

—¿Qué, te sientes cabreado? —le dijo Hoyt en perfecto español—. Es lo normal, yo también lo estaría. Crees que tu padre y tu abuelo te han engañado desde que naciste y que han tomado decisiones con las que ahora tú tienes que apechugar sin comerla ni beberla.

Max siguió masticando en silencio un trozo de filete correoso.

—A mí me parece que tienes dos opciones —continuó Hoyt—: o huir o asumir esas decisiones.

—Yo ya les he dicho que primero estudiaré en la UCLA, como el abuelo —repuso Max—, y que luego me iré a Nueva York. No pienso morirme en el rancho.

—Ni vivir tampoco, ¿no? —contestó Hoyt—. Pues nada, parece que optas por huir.

—Tampoco es huir.

—Y entonces, ¿qué nombre le pondrías?

—Marcharme.

—Ya. Técnicamente supongo que tienes razón, pero sabes tan bien como yo que no es lo mismo marcharse porque algo te atrae poderosamente que hacerlo porque donde estás no hay nada que te guste.

—Bueno, pues lo segundo: donde estoy no hay nada que me guste.

Hoyt cogió un trozo de filete con el tenedor y después, con una mueca, dejó un trozo de nervio en el borde del plato. Continuó tras tomar un poco de agua para pasar el bocado.

—Mira, Max, yo a tu abuelo lo conozco desde 1959; la primera vez que vi a tu padre tenía tres días de nacido, y tú, ocho. Conozco San Cristóbal como la palma de mi mano y he sufrido los platos de tu madre, aunque los nuestros tampoco es que sean mucho mejores. —Señaló el filete con la barbilla haciendo sonreír a Max—. Permite a este viejo que te diga algo que no debería decirte, algo que ésos... —señaló al director, esta vez con el codo— algo que ésos han cortado del discurso tan bien escrito que he leído hace un rato sobre tu padre y tu abuelo, así te harás una idea del peso que han tenido San Cristóbal y la familia Castillo en la historia: diez mil personas, como mínimo...

—Diez mil personas ¿qué?

—Pues que calculo que hay como mínimo diez mil personas vivas que estarían muertas si tu familia no trabajara para la CIA.

El primer impulso de Max fue decirle que eso eran chorradas, pero Hoyt empezaba a caerle bien y prefirió seguir escuchándolo.

—Desde los años ochenta ha habido varios grupos terroristas de Oriente Medio aficionados a sembrar el caos con bombas y secuestros. Los que ponen las bombas, los que matan, suelen tener poco que ver con el mundo de los

caballos, pero muchos de los que lo financian, gente de Arabia Saudí, de los Emiratos, de Egipto, sí que tienen vínculos con la cría y las carreras. Como te imaginarás, enterarse de cómo funcionan esas tramas clandestinas de financiación no es tarea fácil, así que la CIA ha tenido que echar mano de creatividad. ¿Verdad que has visto a muchos árabes ricos por San Cristóbal?

Max asintió con la cabeza.

—Pues déjame darte un ejemplo de cómo funciona el asunto. Si sospechamos de un millonario saudí, por decir algo, y éste, como muchos millonarios de hoy en día, tiene interés por los caballos, quizá consigamos que tu padre lo conozca en Kentucky y lo invite a pasar un par de días en la hacienda. Y al irse de allí, quizá se olvide el teléfono. En ese caso, nosotros podríamos averiguar un par de cosas sobre aquel señor... ¿Ves por dónde voy?

Max asintió.

—Pero volvamos a tu disyuntiva, Max. A mi entender, si te vas es para hacer algo para ti mismo y si te quedas es para formar parte de algo que va más allá de ti mismo.

Después de la comida conocieron a algunos de los agentes que habían usado la inteligencia proporcionada por el padre y el abuelo de Max. Luego, en el pasillo, Max se acercó a Hoyt.

—¿Mi padre y mi abuelo han espiado a México? —preguntó.

Hoyt negó con la cabeza.

—Es verdad que, al principio, le pedimos a tu abuelo que nos informara sobre algunos grupos hostiles al gobierno mexicano, pero desde principios de los setenta, es decir, desde hace casi treinta años, nuestro acuerdo es no pedirles ni a tu abuelo ni a tu padre que aporten inteligencia sobre México.

—Pero ¿qué pasaría si el gobierno mexicano se enterase de que trabajan para la CIA?

—Que no le gustaría.

—Porque son unos traidores.

Hoyt le puso una mano en el hombro y él se volvió hacia su padre y lo sorprendió observándolos, aunque apartó rápidamente la mirada.

—Diez mil vidas —repitió Hoyt—, no se te olvide. Pero hay algo más. No me digas que no te has preguntado por qué tu abuelo y tu padre han querido que vengas hoy. Pues ya te lo digo yo: lo han hecho porque quieren darte una oportunidad de que tomes una decisión que te cuadre aquí... —le tocó la frente— y aquí. —Le puso un dedo en el pecho, a la altura del corazón.

—¿Quieren que yo me haga agente de la CIA? ¿Y si no quiero, qué, lo dejo sin más?

—Primero que nada, debes entender que tu abuelo y tu padre no son «agentes». Las palabras siempre importan, y este caso no es la excepción. Tu padre y tu abuelo son colaboradores externos, pero ellos y yo hemos pensado que tú sí podrías convertirte en un agente propiamente dicho. Que podrías venir aquí y formarte como es debido.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—Nada, tan amigos: te vas a la UCLA y luego a Nueva York y haces tu vida.

—¿Y si digo que sí?

—Entonces lo ponemos todo en marcha de inmediato.

Sia se acabó su copa de vino.

—Si Procter no respondiera por ti —dijo—, pensaría que acabas de contarme una trola como una catedral.

—No te creas: a veces me gustaría que todo esto fuese una trola —repuso Max. Se levantó y le tendió la mano a Sia, invitándola a que entraran en la casa. Sia no había bajado la guardia ni un momento en toda la noche; estaba en modo trabajo, concentrada y tensa, pero igualmente lo siguió.

—Entiendo que sigue gustándote montar. Al menos eso es lo que me dicho Procter —comentó Max.

El comentario no era inocente: a todas las mujeres con las que había tenido un vínculo amoroso les encantaban San Cristóbal y los caballos.

—Sí, aunque llevo bastante sin hacerlo.

—Si quieres, mañana nos levantamos temprano y salimos a dar un paseo a caballo antes de la hora de tu avión. Estaría bien que vieras un poco más el rancho antes de traer a Anna.

—Vale.

Él le dio las buenas noches en la puerta de la habitación y se retiró, pero apenas había dado unos pasos por el corredor cuando la oyó decir:

—Ah, Max, casi se me olvida. Como estamos empezando a salir, doy por supuesto que no tienes novia. Yo, por mi parte, estoy soltera.

—No, no tengo novia —contestó él—. Si tuviera pareja no habría accedido a hacer esto.

Le pareció oír a Alejandra diciéndole que esta vez era distinta, que estaba harta de ese ir y venir, que iba a casarse y que se olvidara de ella.

—¿Algo más que podría haber surgido en nuestras primeras citas? —preguntó Sia—. ¿Matrimonios anteriores?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—¿Compromisos rotos?

Alejandra caminó de la cama al baño. Recordaba el sonido de sus pasos. Cerró la puerta y se cambió. Al salir ya no era suya.

—No, nada de eso —repuso Max antes de volver a darle las buenas noches y alejarse.

Al salir el sol, ya estaban en uno de los establos. Max le había llevado un café que ella bebía lentamente mientras veía a dos mozos ensillar dos yeguas.

—La tuya se llama *Rosa*; la mía, *Penelope* —dijo Max.

Sia puso una mano en el morro de *Rosa* y le susurró algo. Notaba que Max estaba atento a la reacción de la yegua. Le pareció buena idea: ella también pensaba los animales son como altavoces de nuestro estado de ánimo. Que detectan la incomodidad, el miedo... Pero *Rosa* no percibía nada de eso en ella. Le entregó la taza vacía al mozo y montó con gesto seguro.

Cabalgaron hasta un lugar donde la senda se dividía en distintos caminos bifurcados a su vez, como venas. La energía de *Rosa* se volvió palpable: tenía ganas de correr. Sia la guió hasta donde estaba Max. Él era buen jinete, relajado y seguro. Al parecer, la noche anterior le había dicho la verdad, al menos sobre eso.

La hierba brillaba, cubierta de rocío. Olía a tierra mojada. Ella pensó en lo rutinaria que era su vida. Se dio cuenta de que llevaba tiempo echando de menos el paisaje, el cielo abierto.

Le pareció interesante que Max, tan charlatán durante la noche anterior, no pronunciara palabra: era como si dejara hablar a la tierra.

Un par de veces notó que la estaba mirando. Estaba acostumbrada a que los hombres volvieran la vista a su paso, pero no era eso lo que hacía Max; más bien parecía estudiar cómo interactuaba con el caballo, cómo apretaba los flancos de la yegua con las piernas, por ejemplo. ¿Realmente sabía montar? ¿Hasta qué punto? Ella se notó cohibida, pero enseguida se rebeló contra esa sensación: ¿qué le importaba lo que pensara Max de su modo de montar? Él se dio cuenta de su incomodidad.

—O no te está gustando el paseo o no te gusta el plan de Procter —dijo—. Para mí que es lo segundo, porque el paseo está siendo muy bonito.

—¿Es una pregunta?

—No.

Sia hizo avanzar su yegua cuesta arriba. Esa parte del camino era ancha, con rocas a ambos lados. Aprovechando el espacio, Max se puso junto a ella.

—Entiendo cómo te sientes —aseguró—: no quieres que te robe tu presa. Pero te aseguro que yo no tengo ni pizca de hambre. La pieza no me interesa, sólo la

caza, y no me molesta que cacemos juntos. Hasta puede que lo disfrute.

—«Ni pizca de hambre» —repitió ella apretando las rodillas—. Me lo imagino. Si accedemos al ordenador de Vadim, o lo captamos para nuestro bando, a ti te dan un plus y un apretón de manos y listo, pero yo vivo en otro mundo: quiero un ascenso. Hay una ficha con mi nombre en Langley. Me exigen informes de gastos y tengo que devolverle al Tesoro de Estados Unidos la diferencia entre lo que cobro en el despacho de abogados y mi sueldo como GS-13, ¡y eso viviendo en el centro de Londres! Tú de esas cosas no tienes que preocuparte. Si le hubieras dicho que no a Procter, ella no habría podido hacer nada. Yo, en cambio, no puedo darme el lujo de decir que no. Si tengo hambre es porque sólo como lo que cazo...

Justo entonces se oyó una especie de siseo y una serpiente asomó la cabeza entre las piedras del otro lado del camino. Sobresaltada, la yegua de Sia estiró el bocado. La conexión entre ella y su montura se había roto. Sin embargo, no era la primera vez que se encontraba a lomos de un caballo asustado. Con la experiencia que le daba haberse roto más de un hueso, dio un tirón a la rienda para obligar a la yegua a no girar tan deprisa y, cuando volvió a tenerla controlada, estiró con más fuerza mientras brotaban de sus labios un par de maldiciones en afrikáans. Siguió tirando hasta tener la rienda casi a la altura de la rodilla. El movimiento giratorio de la yegua era ya bastante más lento. Por suerte, no se había puesto a corcovear. Relinchó y lanzó un bufido. Sia acercó la cara para hablarle y le acarició la cabeza. Al levantar la vista, vio que Max, cuya yegua también debía de haberse asustado, la miraba con aprobación desde su montura perfectamente controlada, como si hubiera superado algún examen tácito.

—Maldita sea —dijo ella acercándose al trote.

—Pinche víbora —dijo él, y escupió al suelo.

13

Moscú

Chernov se levantó de su mesa para guardar los documentos en la caja fuerte: carpetas amarillentas con el sello de cera roja sin abrir desde los tiempos de Brézhnev, libretas encuadernadas de los años de Yeltsin, documentos mecanografiados en época de Putin... Había estado leyendo desde mucho antes del amanecer, estudiando con detalle los archivos de Agápov, memorizando nombres y fechas. Los documentos se remontaban a la época en que Agápov estudiaba en la Escuela Secundaria 211 de Leningrado. También había leído las evaluaciones de sus profesores en la Escuela Superior del KGB en Moscú y los informes que el propio Agápov había presentado en su época de *rezident* en Londres. Había mirado un montón de fotos: de su difunta esposa Galina, de su hija Anna, de su yerno Vadim... Qué raro que no tuviera nietos...

La ventana del despacho asomaba a la Lubianka, con la estatua de Félix Dzerzhinski restituida al centro de la plaza desde el frondoso parque al que la habían relegado tras la caída de la Unión Soviética. La sangre derramada en Ucrania había llevado de vuelta algunos recuerdos de los viejos tiempos, y Félix de Hierro, por fortuna, era uno de ellos. Una fina capa de nieve cubría al profesional de la Revolución, fundador de la Cheka, en torno al cual varios niños arrastraban sus trineos seguidos por sus padres. En eso, sin embargo, Chernov no se fijaba. Tras girar el disco para cerrar la caja fuerte, cogió su abrigo y se

preparó mentalmente para la batalla contra Agápov que tendría que librar esa misma tarde tras las murallas del Kremlin.

En Moscú hay dos redes de metro. Una, la oficial, con su frenético ir y venir, luce enormes estaciones con arcos, frisos patrióticos, vidrieras, lámparas de araña, estatuas y mármol, cada una de las cuales es un homenaje a la Unión Soviética, un palacio del pueblo de ambiente denso y cálido. La otra, extraoficial y mucho más tranquila, es la D6, que sólo puede jactarse de su secretismo y su acceso restringido. Sus cinco líneas, que circulan a una profundidad de siete pisos por debajo de Moscú, paralelas a veces a las oficiales, o bien por túneles que se remontan a los tiempos de Iván el Terrible, conectan las instalaciones más sensibles de la capital: aeródromos, búnkeres vip y toda una ciudad subterránea donde tienen su sede los servicios militares y de seguridad rusos. Después de varias décadas en desuso, la guerra de Ucrania ha insuflado nueva vida a este mundo impenetrable de la D6, una de cuyas líneas cubre el corto trayecto entre el cuartel general del FSB y el Kremlin.

El ascensor dejó a Chernov en la amplia estación situada bajo la Lubianka y él echó a andar sobre un mosaico con seis personajes cuyos uniformes y miradas inflexibles celebraban la gloriosa evolución de los servicios rusos de seguridad: la Cheka leninista, la NKVD, la OGPU y la MGB estalinistas, el KGB brezhneviano y el FSB putinista. Faltaban algunas variantes, pero el espacio no daba para tanto. Subió a uno de los trenes, silenciosos y con asientos de cuero rojo.

En menos de cinco minutos llegó a una estación situada en el noreste del edificio del Kremlin, cerca de Stáraya Plóshchad, la Plaza Vieja. Tras subir rápidamente por escaleras manuales y mecánicas, dejó el móvil en una taquilla y luego se saltó los detectores de metal. Eso sí: tuvo que mostrarles su acreditación a tres vigilantes, todas cuarentonas o cincuentonas de cuerpo fornido y rostro serio —la base de la burocracia rusa en cualquiera de sus encarnaciones— que cotejaron su nombre concienzudamente con sus respectivas listas. Subió a la segunda planta y se internó en el laberinto de despachos que constituía la

Administración Presidencial. El poder ruso se extendía en anillos, al modo de una corte imperial, y en su centro estaba el despacho de Putin en el Kremlin, aunque el presidente, ya en el ocaso de su reinado, solía preferir su finca de Idokopás, a orillas del mar Negro. Quien no se ausentaba casi nunca era el Ganso: él era eterno.

El Ganso había convocado a Chernov a su despacho, una sala de techo abovedado, suntuosas yeserías y gruesos paneles de madera. En el centro había una larga mesa lacada con sillas tapizadas en oro y, al fondo, entre dos banderas rusas, el macizo escritorio desde donde el secretario del Consejo de Seguridad de Rusia ejercía oficialmente su mandato. Un ayudante que estaba regando las plantas se excusó y salió de la sala y Chernov se sentó a esperar en una de las sillas doradas. El Ganso se quitó las gafas de leer y enrolló un informe. Tenía facciones toscas y unos dedos huesudos con los que enrollaba y desenrollaba los papeles sin salir de sus cavilaciones.

El ayudante de antes volvió con dos tazas de té y una fuente de *priániki*, una especie de galletas de miel y especias glaseadas. Dejó la bandeja en la mesa y se marchó. El Ganso cogió varios a la vez y, mientras se los comía, fue dando golpecitos con el pie en la gruesa alfombra azul. Se chupó un dedo, lo pasó por el plato para recoger las migas y se metió otro *priánik* en la boca.

—Explícame cómo prevés que se lo tomará Agápov —dijo finalmente.

—Se negará —contestó Chernov.

—Por supuesto. ¿Y luego?

—Luego pagará.

—Claro. ¿Y después?

—Depende de cómo pague.

—No quiero sangre.

—Pues entonces creo que tendremos que negociar con la hija: Agápov se fía de ella y, si logramos apartarlo, será ella quien se encargue de sus negocios.

—Muy bien —dijo el Ganso—. Menudo imbécil. ¿Cuánto tiempo hace que espera? —Señaló la puerta con la barbilla.

Chernov miró los relojes instalados en la pared de detrás de la mesa, uno para cada huso horario de Rusia y otros para Washington, Londres, Berlín, Damasco y Pekín.

—Tres horas —contestó.

El Ganso bajó la cabeza y volvió a mirar sus papeles.

—Pues que espere una más.

Chernov estuvo haciendo llamadas y fumando cigarrillos en un despacho adyacente y, al cumplirse la hora, regresó al principal, donde el Ganso seguía enfrascado en la lectura. Acercó una sola silla al escritorio: la que usaban para las visitas, de patas cortas y gruesas.

El Ganso descolgó el teléfono marrón a prueba de escuchas y dio orden de que entrase Agápov.

Chernov fue a sentarse a la mesa larga, el Ganso permaneció detrás de su escritorio, Agápov empujó la puerta y se acercó. Miró la silla y se quedó de pie. Estaba tenso, se clavaba las uñas en las palmas de la mano, tenía la mandíbula crispada y una vena azul asomaba por su cuello cubierto de manchas.

—¿Qué, Ganso, haciéndome esperar durante horas? Serás desgraciado... Una cosa es odiarse y otra que no puedan respetarse ciertos límites. Estamos todos muy ocupados.

El Ganso juntó las manos delante de su boca y habló con la mirada fija en las plantas del fondo del despacho.

—¿Para qué quieres ver al presidente, Andréi?

—Eso es cosa mía.

—¿En serio? —preguntó con sincera incredulidad—. Madre de Dios... ¿por qué no te sientas? ¿Quieres té?

Agápov dio unos golpecitos en el respaldo de la silla y miró sonriendo al Ganso, que también sonrió, aunque de medio lado. Chernov también esbozó una sonrisa.

—Pues yo voy a tomarme uno —dijo el Ganso.

Pidió que les llevaran té mientras Agápov seguía de pie, esperando. No se sentó mientras el Ganso infusionaba el té, ni mientras le echaba azúcar, dejaba la cuchara y se limpiaba las manos con una servilleta. Tampoco mientras lo probaba dando un par de sorbitos.

Seguía de pie cuando se volvió hacia Chernov.

—Usted es Konstantín Konstantínovich Chernov, ¿verdad? El que robó mi banco.

—Sí —contestó Chernov— y, como le dije entonces a su empleado, no era un robo. Todos somos propiedad de Rusia, Andréi Borísovich. El oro es de Rusia, que lo usará como convenga.

Agápov negó con la cabeza mientras emitía una risita triste. Chernov también rió antes de alisarse la corbata y esperar la intervención de su superior. Agápov no le daba rabia, sino pena. Estaba ciego. Pronto se vería separado del cuerpo ruso, y no había peor suerte que ésa.

—¿Para qué quieres ver a nuestro presidente, Andréi? —repitió el Ganso.

—Vamos al grano —dijo Agápov—. Acabo de pasar cuatro horas de humillación en tu puta sala de espera y tengo cosas que hacer, así que dime qué quieres. ¿Cuáles son las condiciones de tu próxima extorsión?

El Ganso descargó el puño en la mesa provocando un derrame de té que humedeció papeles y corrió por un lado de la mesa. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, como si estuviera a punto de reír.

—¿Extorsión? —dijo con un dedo en alto—. No, no, no. Lo que estamos haciendo es pedirles a todos los rusos patriotas que contribuyan al esfuerzo de guerra. Lo que me indigna, amigo mío, es que sabes perfectamente cómo funciona, lo sabes de sobra. ¡Pero si hace veinte años tú y yo pusimos nuestro grano de arena para doblegar a los antiguos oligarcas! Y ahora eres tú, Andréi Borísovich, el que hace como ellos, negándole dinero y recursos al Estado. ¡Coño, Andréi, que es una llamada de capital y tú te haces el sordo!

—¿Y quién la hace, Ganso? El Estado no. ¡Tú! Decías que necesitabas mi

astillero y te lo vendí por el diez por ciento de su valor...

—¡Mentira! —bramó el Ganso—. Era pura chatarra: no valía ni la mitad de lo que pagué.

—Dirás lo que pagó tu hijo, ¿no? Tú estás mal de la cabeza, Ganso. Lo hicimos valorar por banqueros y asesores, y me diste el diez por ciento de esa tasación.

—Banqueros —dijo el Ganso con desprecio—. ¿Qué pasa, que tengo que fiarme del precio que me ponga una pandilla de banqueros europeos?

Agápov soltó la silla baja y juntó las manos como si tuviera miedo de usarlas para romper algo.

—Te quedaste con el astillero y luego mandaste a éste —señaló a Chernov— a que me robara el oro.

El Ganso se levantó.

—Ese oro, Andréi Borísovich, se sacó de tu banco por precaución, como medida de seguridad, y está en nuestros búnkeres del este junto con el resto de los fondos estratégicos.

Agápov volvió a reír.

—O sea que aún está en Rusia, ¿no? No lo han escondido los corruptos de tus banqueros y tus abogados en cuentas anónimas del Caribe. ¿Me estás diciendo que el dinero está en la Ródina y que la operación contaba con el visto bueno del *joziáin*?

—Ni más ni menos, amigo mío —repuso el Ganso.

Se miraron fijamente mientras Agápov dudaba si protestar o no contra esa mentira.

El Ganso apoyó las manos en la mesa y miró hacia abajo con una expresión fría y distante en los ojos.

—Voy a explicarte lo que haremos, Andréi Borísovich: vamos a poner a trabajar a tus banqueros y valuadores y luego nos vas a vender Rossiya Industrial por el ocho por ciento de lo que digan que vale, junto con tus acciones del Bank Rossiya y tus fincas de Moscú, Píter y Sochi, incluido el criadero de caballos. Y

todo esto con el visto bueno de tu yerno, a quien te encargarás de convencer de que ambos deben comportarse como niños buenos. La oferta es ésa. No hay más que decir.

Agápov dio un paso hacia el escritorio y se puso a gritar:

—¡¿Y al *joziáin* qué le parece, Ganso? Si da su visto bueno, ¿por qué me mantenéis al margen?! ¡Podría plantarme esta misma noche en Idokopás y oírlo de su propia boca!

El Ganso dio otro puñetazo en la mesa.

—Me han encargado que recaude entre nuestros boyardos, Andréi Borísovich. ¡Y tú eres uno! ¡Pagarás tu parte!

Dio un último golpe con su mano huesuda.

—Lo que me llama la atención —dijo Agápov mesurando el tono de su voz— es que nadie más esté recibiendo un castigo parecido. ¿Me estás haciendo pagar por haberte quitado a Galina y haberla hecho feliz, en vez de dejarla contigo para que se pasara la vida en tu cocina, de zurra en zurra?

El Ganso forzó una sonrisa y señaló a Agápov con la cucharilla del azúcar.

—Amigo mío, eres un tonto. —Dejó caer la cucharilla sobre la bandeja de plata—. Ha sido una conversación muy agradable, pero se ha acabado. ¿Qué contestas? Ya sabes lo que pasará si dices que no; de modo que di que sí, por Dios. Dilo y terminemos de una vez.

Agápov se abotonó la americana, se alisó la corbata y se pasó los dedos por el pelo blanco.

—Galina diría que no, Ganso, así que yo haré lo mismo. Mi respuesta es no.

El Ganso miró hacia abajo y habló como si se dirigiera a sus zapatos.

—Pero será tozudo, el tonto este... Galina está muerta, y si no lo estuviera no te dejaría suicidarte así. Ella sería sensata, entraría en razón.

—¿Como cuando le dabas bofetadas? —preguntó Agápov.

Se miraron con un chisporroteo de energía y violencia en los ojos hasta que el Ganso le indicó que se fuera y se puso las gafas de lectura para enfrascarse nuevamente en sus papeles. Agápov ya había dado media vuelta y se dirigía a la

puerta dando grandes zancadas. Antes de salir, miró el retrato de Putin que estaba colgado en la pared y agachó la cabeza casi imperceptiblemente; luego, salió dando un portazo que lo dejó algo torcido.

14

Moscú

Anna Andréyevna Agápova: *Hola, Sia, ¿cómo estás? Acabo de ver las notas que mis asistentes se enviaron entre ellos y me ha parecido mejor llamarte directamente. Lo de México sería posible, sí, aunque tendría que confirmar las fechas con mi marido.*

Hortensia Fox: *Genial. Sé que es un poco precipitado, pero cuando me enteré de la relación de tu marido con RusFarm me pareció que era una oportunidad demasiado perfecta para desaprovecharla.*

A. A. A.: *Claro, claro. La hacienda de la que hablabas en tu email, San Cristóbal, es de tu novio Max, ¿verdad?*

H. F.: *Sí, de Maximiliano Castillo. Precisamente nos conocimos a través de un amigo que me convenció de ir a México con él y ayudarle a elegir caballos.*

A. A. A.: *El lugar se ve impresionante en las fotos.*

H. F.: *Y lo es. Además, yo me paso la vida en oficinas deprimentes y en restaurantes anticuados, y respirar aire fresco es una gozada. Y esa zona de México tiene mucho mejor clima que Londres en esta época.*

A. A. A.: *¡Y que Moscú y Petersburgo, sin duda!*

[Se ríen las dos.]

H. F.: *¡Ni que lo digas! Entonces ¿qué? ¿Te apuntas a un fin de semana montando a caballo en México?*

A. A. A.: *Siempre cuesta cuadrar los horarios, pero te digo algo.*

H. F.: *A ver si hay suerte. ¡Hasta pronto!*

[Anna Andréyevna Agápova finaliza la llamada a las 19.46 h, hora de Moscú.]

Anna se hundió más en la bañera de su piso de Ostozhenka, lujoso e impersonal, y, tras apartarse las burbujas de la nariz, miró la moldura de corona en lo alto de la pared: escenas pastoriles de árboles, ciervos y un zorro. El hecho de que la tal Fox le hubiera ganado la mano con su invitación a México la irritaba e intrigaba a partes iguales. La irritaba porque suponía retrasar su propia invitación a la Ródina, donde estaría en condiciones de apretarla un poco, y la intrigaba porque el mejor sitio para dicho apretón podía ser, a fin de cuentas, RusFarm, y no las oficinas de Píter. Añadió agua caliente mientras ensayaba su interpretación (la bañera empezaba a enfriarse), y no paró hasta que le pareció que podría defenderla ante su padre.

Se quitó el jabón con una ducha de agua fría y, mientras se secaba, se preguntó si podría mantener al margen a Vadim. Lo dudaba mucho: su padre insistiría en que participara.

Para lo siguiente necesitaba un armagnac. Se sirvió una copa de Laubade y hojeó distraídamente una revista simplemente para hacer tiempo. Era triste desaprovechar de esa manera un armagnac tan bueno, pero fue lo que hizo: se lo bebió sin más sentada en el borde de la cama hasta que reconoció la sensación de ligereza y desapego que buscaba. Se había planteado hablar cara a cara con Vadim, pero estaba impaciente. Además, en la línea abierta no estaría tan esquivo ni tan desagradable, ni le haría tantas preguntas.

Marcó el número y oyó saltar el buzón de voz. Casi nunca le dejaba mensajes, pero esta vez sí: le dijo que era urgente y que por favor le devolviera la llamada. A los diez minutos, sonó el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Vadim.

—Yo también me alegro de oírte —dijo ella.

Un suspiro.

—¿Qué pasa?

—Nos han invitado a pasar el fin de semana en México.

El otro soltó una risa sincera.

—No, en serio —dijo ella—: a la famosa hacienda San Cristóbal. Se ve que el dueño es del novio de la abogada. El plan encaja bastante bien con lo que tenemos entre manos, cariño.

—Hará cosa de un año alguien de San Cristóbal quiso reunirse conmigo —repuso él—, pero al final quedó en nada. La verdad, sus caballos tienen mucha fama. Me encantaría conocer aquello.

—¿Podrías pasar el fin de semana fuera de Píter?

—Lo miraré.

Ella había salido del dormitorio. Se sirvió un vaso de agua para tomarse la píldora anticonceptiva.

—No creo que a la chica que le pusiste un apartamento en Kámenni le moleste quedarse sola un fin de semana. ¿Cómo se llamaba? La del bulldog francés...

—Aliona es relaciones públicas en el banco —contestó Vadim—. Trabaja para mí.

—Y entonces, ¿cómo puede pagarse un apartamento en ese lugar tan lujoso?

Él se hizo el sordo.

—¿Sería este fin de semana?

—Sí. Quedamos en Píter y salimos de ahí el viernes por la mañana.

—¿Algo más? —preguntó él.

—No, ya está.

Anna tenía dos propiedades en Moscú. La primera, en lo alto de una mole de cristal en Ostozhenka, era adonde llegaba el correo y donde, muy de vez en cuando, recibía a su padre o (Dios no lo quisiera) a Vadim. El interior de ese piso

monstruoso era ultramoderno: blanco y de líneas rectas («como un hospital psiquiátrico», pensaba ella). En el recibidor había un retrato del presidente.

Preparó una mochila con una muda de ropa y se puso unos vaqueros, un jersey blanco y unas Nike gastadas. Luego se caló un gorro de lana, se enroscó una bufanda en el cuello y miró el Moscova, que corría bajo las ventanas. Sacó de la caja fuerte el móvil que ni su padre ni Vadim sabían que tenía y marcó un número. Él se puso enseguida, cosa que a ella le encantaba.

—Anoche te echamos de menos.

—¿Quiénes?

—Yo.

—¿Nos vemos en el Jean Martel a las diez?

—Tengo que trabajar por la mañana.

—Yo también. No te haré trasnochar demasiado.

—Lástima.

—¿Llevarás el tablero? —preguntó.

—Por supuesto. —Hizo una pausa—. Tengo la corazonada de que esta noche ganaré. Te lo digo para que lo sepas: lo he soñado.

—No ganarás, pero gracias por avisar.

Anna colgó y pensó un momento en cuánto se enfadaría su padre al darse cuenta de que no lo había llamado para darle el parte. Pero no veía otra manera de que las cosas salieran bien.

Entró en su otra propiedad, una casa de ladrillo de dos plantas ligeramente inclinada sobre el edificio de al lado, con suelos de madera, luces tenues y un fresco desconchado con unos ángeles encima de la puerta. Antes de la Revolución había sido la residencia de una familia moscovita caída en desgracia. Su construcción se remontaba a la época en que Píter era la capital del imperio, y Moscú una tranquila urbe de provincias habitada por familias de abolengo, y la verdad es que no les había traído suerte a sus dueños: los habitantes originales

habían sido fusilados inmediatamente después de la Revolución y los siguientes en tiempos del Terror Rojo.

Anna sacó la ropa de la mochila y subió la calefacción, pero era inútil: ni siquiera la enorme chimenea de piedra podía contra el frío que se colaba por las viejas ventanas. Se puso un forro polar debajo del jersey, volvió a pintarse los labios y se miró en el espejo. Tenía la impresión de que en esa casa se le suavizaba la mirada. Se metió un paquete de Dunhill en el bolso y salió.

Se encendió un cigarrillo y fue fumando mientras caminaba tomándose su tiempo, aunque casi podía sentir cómo crujían algunos mechones de pelo que se había secado mal y cómo sus dedos se helaban incluso dentro de las manoplas. Cruzando arcos y patios llegó a la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya (de Todos los Santos) que recorrió en medio de una nube de humo y aliento congelado. Era un Moscú entre las costuras de los rascacielos, de las colosales avenidas estalinistas y del brutal hormigón de Brézhnev; un Moscú de farolas y rincones, un remanente ecléctico del mundo ruso que los promotores no habían demolido para sustituirlo por un luminoso vacío. Al fondo de uno de los patios interiores del barrio había un bar de techo bajo: el Jean Martel.

Era un sitio donde se sentía nueva y limpia, a sabiendas de que no era realmente así. Cuando, con nueve años, les había preguntado a sus padres cómo era la vida en los tiempos de la URSS, su padre le había soltado algún lugar común sin sentido, pero su madre le había dicho la verdad: que la vida entonces era un juego de mentiras.

—Fingíamos amar el Estado, y el Estado fingía cuidarnos. Estábamos todos embarcados en el magno proyecto de destruirnos los unos a los otros y, como era un juego consistente en engañar, no había otra que jugar cada uno según su conveniencia.

—Pero algo tenía que ser verdad, mamá —había insistido ella, pero su madre se había limitado a sonreír con tristeza.

Una vez dentro del Jean Martel, resguardada del frío, vio a Luka sentado donde siempre. En la mesa había una botella de brandy armenio y un limón con un cuchillo clavado. Estaba colocando las fichas en el tablero de ajedrez. El dueño había intentado recrear el ambiente de un bar de rusos blancos en el París de la edad de oro del jazz: espejos de bronce dorados, murales edulcorados con escenas invernales del Píter imperial y apliques florales que podrían haber sido arrancados de muros palaciegos antes de huir de los bolcheviques. Pero había polvo en las mesas, los espejos estaban opacos y estrellados y los murales descoloridos. No había más clientes que un viejo borracho y una pareja joven en la barra.

Dejó el abrigo en una silla y se sentó. Luka se apresuró a servirle un brandy con un poco de limón exprimido y le tendió el vaso. Anna sonrió y lo miró un momento a los ojos antes de cogerlo.

—¿Blancas o negras? —preguntó él.

—Negras.

Él le dio la vuelta al tablero.

—Pues eso, que he soñado que ganaba. Igual era profético. A saber...

—Ah, pero ¿en tus sueños jugamos al ajedrez?

Anna le dio una patadita por debajo de la mesa. Él sonrió rascándose la cabeza.

—Tengo pensamientos puros, Ania.

En otra vida, diluida por el tiempo, Anna, al igual que Luka, había practicado el ajedrez de competición. De hecho, se habían conocido mirando tableros en unos grandes almacenes. A ella le habían gustado sus ojos azules, su pelo rubio despeinado y su ropa informal, tan distinta a la de los empleados del Bank Rossiya o del SVR. No tenía los ojos marrones de Vadim, ni su pelo castaño; era una persona segura de sí misma, pero sin el aire amenazador de los hombres que

la rodeaban. En la cola de la caja, él le preguntó si no le apetecería jugar una partida alguna vez. Desde entonces habían sido centenares, con un claro margen de victorias a favor de ella.

Luka movió el primer peón y Anna respondió con el mismo movimiento. Él colocó otro al lado del primero.

Ella chasqueó la lengua.

—Qué previsible eres.

Desplazó, a su vez, otro peón en medio del tablero, junto al de antes, ganando terreno. Se perfilaba un contraataque agresivo.

—No como tú, Ania —dijo él.

Se defendió bien. Intercambiaron reinas. Luka jugó a la perfección con los caballos. Ella se sirvió otro vaso de brandy y lo vio escapar del jaque varias veces antes de caer derrotada.

Luka sonrió de oreja a oreja.

—Era un sueño premonitorio.

Se dieron la mano y él besó la de ella.

—Tanto teatro me empalaga —dijo Anna cogiendo su bufanda—. Salgamos a fumar un pitillo.

Se abrigaron y se sentaron a fumar fuera del bar, en un banco a punto de romperse.

—He visto una noticia sobre el banco —dijo Luka.

Anna frunció el ceño y le echó el humo a la cara.

—Eso está prohibido por las reglas, Luka.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo él apartando la nube de humo con la mano—; sólo quería decirte que me sabría mal que te vieses arrastrada en ese vendaval.

Anna se levantó y apagó el Dunhill en un montón de nieve ennegrecida.

—¿Otra partida?

Jugaron en silencio un par de partidas más, que ella ganó fácilmente. Luego, Luka cogió la botella y salieron al frío de la noche para dar un paseo por la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya bajo la media luz de las farolas y el humo que salía

silbando de las tuberías. Se cruzaron con una joven que pasó a su lado dando grandes zancadas sin levantar la mirada del suelo. De haberlo hecho, pensó Anna, habría visto a un hombre guapo con el flequillo asomando bajo la gorra y una botella de brandy en el bolsillo del abrigo caminando de la mano con una rubia que llevaba un tablero de ajedrez bajo el brazo. Se reían, parecían felices, como dos personas sin secretos. ¿Era un secreto algo que el otro no quería averiguar?

Ella metió la llave en la cerradura mientras Luka la besaba en el cuello. Ella se volvió para darle un beso en los labios, diciéndole que más valía encender la chimenea porque dentro haría un frío de narices. La puerta se abrió chirriando.

Luka abrió el gas y ella prendió el fuego. Entraron en el dormitorio y ella se apresuró a buscar mantas en el armario. Él volvió a besarla en el cuello y ella, sintiéndolo detrás, le acarició el pelo y deslizó sus labios por una de sus mejillas, pero terminó apartándolo.

—Céntrate, Luka, que necesitamos mantas —dijo—. Me sale vaho de la boca.

Se puso de puntillas para registrar las baldas de arriba mientras las manos de él se deslizaban por sus nalgas y entre sus piernas. Quiso bajarle los tejanos, pero ella se lo impidió sonriendo.

—Podrías intentar llegar tú, ¿no? Sería más fácil.

La esquina de una manta asomaba en el último estante. Ella se estiró para alcanzarla, pero en ese momento sintió los tejanos bajando por las piernas y unos besos suaves por debajo de la cintura.

—Es más fuerte que yo —dijo él—. No puedo concentrarme.

Ella se echó la manta sobre los hombros y lo llevó de la mano a la sala de estar. Él apagó la luz, se desnudaron y fueron al sofá, al calor de la chimenea. Anna volvió a taparse con la manta, ajustándosela en la cintura, por encima de las piernas desnudas.

Había sido casi toda la vida una estoica practicante del sexo mecánico y, con

el tiempo, se había convencido de que esa parte de su ser se había esfumado en algún trecho del camino que iba desde su novio de la universidad, probablemente gay, a la atención errática de Vadim, con sus bruscos vaivenes entre el desinterés y un deseo ardiente y desatado con toques de violencia. Con Luka, sin embargo, nada era mecánico, sino divertido y fácil; incluso la primera vez, cuando había descubierto que no sólo despertaba en Luka unas ansias voraces, sino también una gran curiosidad por averiguar qué le gustaba a ella, y que sus ritmos podían ajustarse.

Luka esparcía besos por su cuerpo. Ella lo cogió suavemente del pelo e hizo que levantara la vista.

—Ven —dijo.

La respuesta fue una sonrisa burlona.

—Aún no.

Luka siguió con sus besos hasta que ella volvió a estirarle el pelo. Entonces se incorporó y, apoyando su frente en la de ella, fue haciendo amagos pícaros hasta que ella, con una sonrisa maliciosa, le agarró la cintura para hacerlo entrar. Le miró un momento a los ojos antes de besarlo. Él se rió.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—Haber ganado —contestó él—. No me lo puedo creer.

—Una de tres —le recordó ella—, y por los pelos.

Luka maniobró en busca de un buen ángulo y, cuando lo encontró, Anna lo agarró por los hombros para pegarse más a él.

Había dejado pasar demasiado tiempo desde la última vez. Había permitido que la tensión la abrumara. Descansó la cabeza en el apoyabrazos mientras veía las sombras de las llamas bailando en el techo y se olvidaba de la operación, del mundo y de su familia, y sentía que su cuerpo se iba derritiendo.

Al final, se quedaron desnudos encima de la manta para bajar un poco la temperatura y miraron el fuego.

—Quédate a dormir —propuso ella finalmente.

Él apagó el fuego y echó la manta por encima de ambos. Estaban pegajosos,

pero Anna no tenía fuerzas para levantarse; además, Luka olía a su sexo, y eso le gustaba. Lo último que pensó antes de dormirse fue que Luka le había ganado al ajedrez. Ella había perdido y luego se lo había llevado a su piso y había hecho el amor con él como si no importase, como si Luka no supusiera ningún peligro.

15

San Cristóbal

En el juego de la inteligencia, el factor campo tiene su importancia. Jugando en el propio, las agencias de espionaje pueden poner micrófonos y cámaras en la habitación de hotel del espiado, colarse para registrar sus pertenencias, apoderarse de su móvil o su portátil —tal vez incluso sin romper ninguna ley— y dedicar ingentes recursos de vigilancia y apoyo a seguir cada uno de sus movimientos. Por eso, Procter lanzó un grito que se oyó hasta el último rincón de su feudo en Moscú X cuando llegó a su mesa un mensaje de clancom —es decir, una comunicación clandestina— donde Sia Fox informaba de que Anna Agápova y Vadim Kovalchuk habían accedido a visitar la hacienda San Cristóbal. Dos días con uno de los banqueros de Putin era algo que a lo sumo pasaba una vez en toda una vida profesional. No iban a reparar en medios.

—Necesito que apruebes el envío, en avión, de un equipo de acceso —le pidió a Bradley por la línea verde de teléfono—. En la hacienda todo está pinchado, como te podrás imaginar, pero estamos hablando de rusos, y para mí que estarán mucho más alertas que los últimos huéspedes, que eran emiratíes.

Los expertos en acceso eran los que preparaban las habitaciones para las operaciones de allanamiento. Desde luego, no necesitaban a nadie que supiera abrir cerraduras: para algo era la casa de Max.

Los empleados de la hacienda, en general, hicieron caso omiso del trajín que precedió a la llegada de «unos millonarios rusos». El chef preparó los menús y

mandó a comprar comidas y bebidas. Max convocó a la biblioteca al administrador, el veterinario, el entrenador y el director de cría para hablarles del interés de Vadim por *Smokey Joe*, que le había comunicado un equipo de agentes y abogados de RusFarm. Por suerte, el semental era objeto de unas atenciones que pocos seres humanos recibían, así que no hubo que cambiar nada en sus cuidados, crianza, dieta o pautas de ejercicio.

Sólo el agobiado informático de la hacienda se dio cuenta, en medio de todo aquel ajetreo, de que Max se reunía con un experto estadounidense en tecnología audiovisual. Fingió que aquel desaire no le importaba, aunque en el fondo le dolió que lo dejaran al margen.

Dos días antes de los rusos, llegó Sia, la nueva novia del patrón. Al verla entrar en el dormitorio de Maximiliano con su maleta de ruedas, una de las amas de llaves pensó que, de continuar con vida el patriarca de los Castillo, le habrá dado un bofetón a su hijo y habría echado de la hacienda a aquella fresca.

Sia observó el avión ruso aproximarse por el cielo azul hasta tocar la pista. El primero en salir fue Vadim, que saludó agitando la mano y sonriendo. Max y Sia hicieron lo propio. Luego apareció Anna, seguida por un hombre a quien Sia no reconoció, tal vez uno de los asesores equinos.

Se intercambiaron apretones de manos y besos en las mejillas. Sia había visto fotos de Vadim y había leído el escueto perfil biográfico elaborado por la CIA, pero estar delante de él, sentir su mano, su mirada, verlo interpretar su personaje: locuaz, casi autoritario, durante unos segundos le dijo más de lo que habría podido decirle cualquier investigación elaborada desde un despacho. Kovalchuk le recordaba a más de uno de sus clientes ricos, un perfil que había bautizado como «el capitán del equipo de instituto»: guapo, seguro de sí mismo, patriótico, lleno de autoridad, capaz de establecer relaciones políticas para medrar,

triunfador en los negocios... Anna, en cambio, le pareció más fría y distante; impenetrable.

Los empleados entraron corriendo en el avión para sacar el equipaje.

—Anna, ¿te vienes conmigo? Así les damos tiempo a los chicos de que se conozcan —propuso Sia.

—Claro que sí —repuso Anna.

Max y Vadim subieron a un G Wagen, al volante de Max, que enfiló hacia la casa. Sia le hizo señas a Anna de que subiera a otro coche, conducido por un chófer, y se fueron tras ellos.

—Vamos a pasarlo genial —dijo—. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Como una seda. Estoy muy contenta de haber podido venir. —Miraba la hacienda—. Esto es precioso —murmuró.

Siguieron por la pista de grava hasta llegar a una bifurcación, momento en que Max torció a la izquierda, hacia los establos, en vez de hacerlo hacia la casa, donde cenarían.

—Ah, vale... —dijo Sia en voz baja.

El chófer también viró hacia la izquierda.

—Vadim está impaciente por conocer al semental —comentó Anna al entender lo que sucedía—. Se le ha metido entre ceja y ceja, y seguro que ya se lo ha hecho ver a tu novio.

Los G Wagen aparcaron en la entrada del establo de doma, una nave larga con dos hileras de compartimentos y un camino que los rodeaba. La visita no estaba planeada, así que ni el entrenador, ni el veterinario ni los mozos estaban allí, pero Max hizo de guía recitando pedigrís de memoria, señalando los lugares concretos de la hacienda donde había nacido tal o cual ejemplar y presumiendo de estadísticas en las carreras, sobre todo de las de *Smokey Joe*.

Justo cuando llegaban a ese compartimento entró un mozo muerto de nervios. El caballo asomó la cabeza por la abertura de la puerta. Era de color gris humo, como daba a entender su nombre, pero con una mancha blanca que bajaba por su hocico y que Max acarició. Sia se fijó en que Vadim no había hecho ningún

ademán de tocar el caballo. Ni siquiera había esbozado una sonrisa. El mozo sacó a *Smokey Joe* para que lo vieran mejor.

Los purasangres están hechos para dos cosas: la velocidad y la resistencia, y en ambos aspectos *Smokey Joe* era imbatible.

Según el adiestrador, que acababa de llegar, tenía una altura de 17,1 manos y era puro poderío: hombros musculosos, muslos largos, caderas generosas, largo cuello. Tenía una zancada de veinticinco pies (sólo uno menos que *American Pharaoh*), así que podía recorrer más de cincuenta pies en un segundo. A Sia le pareció que le costaba quedarse quieto.

El adiestrador le aseguró a Vadim que *Smokey Joe* había ganado dos carreras menores antes de hacerse con el Travers, el derby que se corría a mediados de verano en Saratoga, pero que se había hecho un leve desgarro en el ligamento suspensorio de la pata trasera derecha y que no habían conseguido que se le curase. Ya no correría más: había llegado el momento de reconvertirlo en semental.

Vadim miró un momento el caballo y escupió en la arena. Luego se dirigió a Max.

—Me he leído toda la documentación que me mandó tu gente. Te doy dos millones.

Sia pilló a Anna apretando los dientes ante la poca educación de su marido.

Max sonrió de oreja a oreja.

—Por favor, Vadim —dijo—, no aburramos a los otros con detalles. Vamos a cenar y luego hablaremos de negocios, ¿vale?

Vadim se lo quedó mirando mientras sus engranajes mentales procesaban la posibilidad de un enfrentamiento, pero al final sonrió mientras levantaba las manos como quien se rinde.

—Claro, claro, por mí perfecto —dijo con los ojos brillantes, y no precisamente de alegría—, pero antes de cenar podríamos echar un ojo a alguno de los *paddocks*.

Fueron al más cercano y se detuvieron ante la cerca. Varias yeguas se habían

juntado para mirar los coches. La hierba tenía un resplandor anaranjado.

Una de las yeguas de cría irguió las orejas mientras se acercaban y se abrió paso entre las otras hasta quedar justo delante de Anna.

Sia notó que la yegua y la rusa se miraban. Anna se acercó pasito a pasito y la yegua asomó la cabeza por encima de la cerca. Entonces, ella le tocó suavemente el hocico. Sia oía los murmullos de Max y Vadim a su espalda y, al volverse, advirtió que el veterinario y uno de los adiestradores también hablaban en voz baja sin apartar la vista de Anna.

Al momento siguiente, la rusa saltó la cerca y Sia la vio susurrarle algo a la yegua, cuyas orejas se agitaron. ¿No era la misma yegua que montaba Max cuando apareció la serpiente?, se preguntó.

—¿Tiene una navaja? —le preguntó Anna al veterinario, que asintió, perplejo, y le pasó una pequeña y plegable a través de la cerca.

Ella se puso de rodillas en la hierba. La yegua bajó la cabeza.

Sia miró hacia atrás y vio a Max tenso, con una mezcla de fascinación y alarma, aunque sin decir nada. Se volvió de nuevo para mirar a la rusa levantar la pata del animal sin que éste se alterara. De hecho, parecía estar de acuerdo. Anna le limpió el casco con la navaja y volvió a ponérsela en el suelo. Después le palpó el lomo y las caderas y pasó a una de las patas traseras. Se estaba poniendo en peligro. «Sólo falta que una yegua le dé una coz a la esposa de uno de los banqueros de Putin en una hacienda mexicana vinculada a la CIA», pensó Sia. Dejó de pensarlo porque Anna se había puesto prácticamente debajo del caballo mientras le examinaba la pata. Unos tensos momentos después se puso en pie y le pasó las manos a la yegua por el muslo, la grupa, el lomo y la crin hasta colocarse delante y mirarla a los ojos.

Entonces dio un paso atrás, un paso muy largo para una mujer de su estatura, y se quedó muy quieta. Se oyó el ladrido de un perro en la casa, el ruido de un motor detrás de los establos, los murmullos de Vadim. Dio la impresión de que

pasaban varios minutos sin que ni Anna ni la yegua se movieran, aunque seguro que habían sido unos segundos.

Anna dio otro paso hacia atrás.

El caballo dio un paso hacia ella.

Anna repitió la operación hasta que ella y la yegua empezaron a andar a la vez.

Sia podía oír los susurros, pero no entendía las palabras. Se había hecho de noche, pero notó que Anna acariciaba el hocico del animal, que juntaba su frente con la de éste. Eran dos siluetas en la penumbra, la de una mujer y la de una yegua, pendientes una de la otra.

16

San Cristóbal

Por la mañana, sentado al volante de una camioneta que iba dando tumbos, Max le mandó un mensaje de texto a un contacto, un tal Charles: «Carta blanca para audio y vídeo durante las próximas cuatro horas.» Luego les escribió al jefe de seguridad de la hacienda, al mayordomo y al jefe de personal avisándolos de que dos personas irían a echar un ojo para mejorar el sistema de sonido inteligente. Dejó el móvil en el portavasos y le sonrió al zarandeado copiloto, Vadim.

En realidad, «Charles» era Artemis Procter, quien enseguida llamó a uno de sus agentes, Patrick, que estaba con su compañero, el corpulento Pete, en un restaurante cercano a la hacienda. Ambos pertenecían a Accesos, una subdivisión con equipos enfocados en cerraduras automáticas, en cerraduras mecánicas, en eléctricas, en sistemas de seguridad. Su cuartel general era una nave secreta de las afueras de Washington donde Max había estado una vez antes de que Procter lo enviara a Dubái para una operación. Según recordaba, toda una pared del edificio estaba cubierta de llaves maestras que se habían sometido a un proceso de ingeniería inversa probándolas en infinitas cerraduras. También se acordaba de que uno de los técnicos le había enseñado a forzar una caja fuerte como las que hay en las habitaciones de hotel simplemente introduciendo un clip

entre el tres y el cuatro del teclado y luego apretando el ocho: el equivalente mecánico de la piratería informática.

Patrick pagó la cuenta, se montaron en la furgoneta y enfilaron hacia San Cristóbal. Ya en la verja, Patrick dio el nombre de la empresa de audio y vídeo que usaban como tapadera. Sería un trabajo fácil: hacer fotos de la sala y escanear algún material sin presencias hostiles. Pan comido.

Por cierto, qué pasada de sitio... Patrick había entrado en muchas mansiones, pero aquella hacienda era de otro nivel. Se colgó una mochila del hombro y saludó al mayordomo, que le indicó que había que empezar por el ala de invitados. Fue tras él mientras se entregaba al placer inconfesable de ir eligiendo cosas que habría sido interesante robar (y que nunca robaría, palabra de scout). Escogió un retrato al óleo que mostraba a una mexicana rica, un caballo de mármol que vio en una mesa y unas cuantas cajas de puros de la cava.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Pete, pero sin obtener respuesta. Ya estaba acostumbrado.

Buscaron contramedidas primero en la puerta y luego dentro de la habitación: cinta adhesiva de doble cara, pelos... cualquier cosa que los rusos hubieran podido colocar para delatar el paso de posibles intrusos. Patrick hizo una inspección por radiofrecuencia para ver si Vadim o Anna habían escondido una cámara o un micrófono que mantuviera controlada la habitación en su ausencia, pero no encontró nada.

Pete sacó de su mochila un trípode extensible y montó la cámara. Luego pulsó un botón del mando a distancia y ésta empezó a girar haciendo fotos de la habitación. Vieron un ordenador portátil sobre el escritorio; Patrick sacó de su mochila el disco duro de escaneado y lo enchufó. En sólo dos minutos, la luz verde empezó a parpadear. Abrió un bolso y fotografió el contenido. Había un iPad. Lo extrajo con cuidado, sacó otro disco duro y lo enchufó también. El portátil de Anna estaba en su maleta, pero no encontraron ningún móvil. No los sorprendió: la gente suele llevarlos encima. Hicieron fotos de cada medicamento,

documento y nota que encontraron, y finalmente repasaron las fotos para asegurarse de que todo quedaba en su sitio.

Pete se llevó los discos duros a la furgoneta mientras Patrick se dirigía con su falso maletín de técnico al receptor situado en uno de los salones. En una sala de estar, le llamó la atención la estatuilla de un caballo cubierta con falso pan de oro. Tras cerciorarse de que estaba solo, abrió la cremallera de la mochila y metió la estatuilla. La miró un momento. Luego, volvió a depositar sobre los pastos de caoba de la mesa el dorado animal y se dirigió a la puerta.

Mientras Patrick, en su fantasía, despojaba a San Cristóbal de sus tesoros —y en la realidad les robaba datos a los rusos—, Max y Vadim estaban ocultos tras un arbusto con sendas escopetas Benelli del calibre 20. Los cañones aún estaban calientes, pero la cacería de palomas había terminado. Uno de los labradores de Max recogía las últimas presas entre palomas que no se habían dado por enteradas del peligro que habían corrido momentos antes.

—Hablemos del semental —dijo Vadim mirando al perro, que se acercaba con una paloma en la boca.

—¡Eso! —le dijo Max al animal acariciándole la cabeza, y se colgó el ave en su cinturón de cazador—. Me ha ofrecido usted dos millones de dólares. —Miró al perro, que salió disparado—. Es muy poco, amigo mío. Con un pedigrí y un historial como el suyo podría pedir un mínimo de veinticinco mil dólares y, por lo que sé, hasta cuarenta mil dólares por cada monta. Pero imagino que usted ya ha hecho esos cálculos, así que...

Se sacó del bolsillo la tarjeta con el código QR y se la tendió. El ruso la miró del derecho y del revés frunciendo el ceño.

—Muy elegante. ¿Qué es?

—Es un informe que le será muy útil: nuestra oferta de sementales con sus precios. Me considero una persona honesta y de ningún modo quiero engañarlo.

Por dos millones encontrará allí algunos purasangres estupendos, pero *Smokey Joe* no está en esa horquilla de precios.

Percibió un destello de agresividad en los ojos de Vadim y sintió un subidón de adrenalina, pero se acordó de que la escopeta del ruso estaba descargada. Lo observó guardarse la tarjeta con un gruñido de aquiescencia y recargar su escopeta mientras pensaba: «Éste no es como el emiratí.»

El perro se acercó de nuevo y le entregó otra paloma, que aleteó y estuvo a punto de escapársele de las manos, pero él le partió el cuello y se la metió en el zurrón.

Entonces, por encima de los árboles del fondo del campo apareció un grupo de cinco o seis pichones y Vadim apuntó y disparó dos veces, pero los pájaros siguieron volando ilesos.

—Me cago en la leche... —dijo el ruso apoyándose la escopeta en el hombro mientras obsequiaba a Max con una sonrisa que era todo dientes.

»¿Cómo se llamaba el caballo al que se acercó mi mujer ayer por la noche, en el campo, antes de cenar?

Max contemplaba al perro corretear por el campo.

—*Penelope*.

—¿Y encontraré sus datos aquí? —preguntó tocándose el bolsillo donde había guardado la tarjeta.

—No, sólo están los de los caballos en venta —repuso Max.

—Si incluye a *Penelope*, le doy cuatro millones por *Smokey Joe*.

Varias hileras de pájaros sobrevolaron los árboles y Vadim le hizo una señal con la cabeza a Max: «Le toca.» Él metió dos cartuchos en la Benelli, apuntó mal aposta y apretó el gatillo. Llevaba una ventaja de veintiuno a seis (suponiendo que alguien hiciera el recuento) y empezaba a sospechar que al ruso le fastidiaba tanta diferencia. Cuatro millones ya era una cantidad más próxima al valor de mercado de *Smokey Joe* y, a diferencia de Sia, Max no tenía que hacer cuentas con el fisco del Tío Sam.

—Cuatro sigue siendo demasiado poco. Además, *Penelope* no está en venta.

—Venga, hombre, que todo tiene un precio.

—El caballo de mi madre no.

—Ah, ya... ¿y no podría hablar con ella?

—Me temo que es imposible. Pero si estuviera viva, de todas formas *Penelope* seguiría sin estar en venta.

Vadim apartó la vista.

—Siento lo de su madre. Es de bien nacido respetar a los muertos —chasqueó la lengua—, aunque a veces los deseos de los padres envenenan a sus hijos. —Se quedó callado, y al cabo de un momento miró de nuevo a Max—. Cuatro y medio por *Smokey Joe* y *Penelope*.

«Cabrón», pensó Max. Cargó la Benelli y derribó dos pichones uno detrás de otro. Luego silbó, haciendo que el perro saliera disparado.

—*Penelope* no está en venta —repitió.

Vadim había empezado a sacar una botella de agua de la nevera portátil.

—¿Dónde están las chicas?

—Montando a caballo.

—Me refiero al entretenimiento.

Max sostuvo su mirada. Lo decía en serio, el tío.

—Esta vez no hay —contestó.

A diferencia de los rusos, la CIA —en líneas generales— prefería no recurrir a prostitutas durante el tira y afloja del reclutamiento, aunque en ocasiones como ésa sin duda habrían acelerado el proceso.

Vadim lo miró como si estuviera mal de la cabeza y luego se rió.

—Con lo de ir los dos a cazar creía que se refería a escaquearnos un par de horas y pasar un buen rato. Se le podría echar un vistazo a la potrilla que nos trajo la botella de mezcal ayer por la noche, por ejemplo. En Rusia no crecen así las tetas. Supongo que hace demasiado frío. Es una puta pena.

La chica en cuestión era Antonia, quien, si Max no se equivocaba, cumpliría dieciséis años en tres semanas. Era hija de Martina, una de las amas de llaves, y

nieta de un mozo que había empezado a trabajar en la hacienda en 1972.

Entretenimiento sería bajarle los humos a ese payaso con un buen paseo a caballo en plena tormenta. Max miró hacia el oriente. Despejado, barómetro estable y sol. «Pinche sol.» Escupió.

—A mí normalmente me gustan las mujeres, no las niñas —dijo.

—¡Pues qué ciego está, amigo mío! —dijo Vadim con un toque de crispación —. Ésa de niña no tiene nada. El día que venga usted a RusFarm le enseñaré lo que es la diversión. —Miró hacia el campo en un silencio hostil—. La verdad es que disfruto bastante siendo dueño de una finca —continuó finalmente—. Pasé la infancia en San Petersburgo. Mi familia tenía una dacha en el campo, pero sin animales. Jamás imaginé que me gustaría negociar con caballos, pero me lo estoy pasando en grande.

El perro acababa de volver, cumplida su misión. A Max le pareció que Vadim esperaba que le preguntara por qué le gustaba vivir en el campo, pero se limitó a rascarle las orejas al perro.

Vadim tosió y siguió hablando.

—Me he dado cuenta de que los caballos nos muestran cómo somos realmente.

—¿En qué sentido?

—Usted, que se dedica a esto, debería entenderme mejor que nadie.

—Sobre los caballos hay muchas opiniones.

—Pues voy a explicarle la mía. Nuestro semental más importante es *Petersburg Knight*. Lo tenemos reservado a tope, con trescientas yeguas por temporada. Le da cinco veces al día y, ¿sabe qué le digo?, que me parece que le encanta su trabajo: siempre que se marcha al trote le brillan los ojos.

Max silbó.

—¿Trescientas yeguas? Son demasiadas. Coménteselo a nuestro encargado de montas. ¿Y cinco veces al día? Demasiadas, también, hasta para un semental fértil. Es mejor dos veces, o tres a lo sumo. Es lo sostenible.

Vadim hizo como si no lo hubiera oído.

—*Petersburg Knight* es fuerte, de modo que folla. Es así de simple.

—¿Es lo único que le ha enseñado un animal tan noble como el caballo? —preguntó Max dándole una palmada en el hombro.

El ruso hizo una mueca de rabia, pero la sonrisa de Max era sincera, incluso amistosa y, como suele ocurrir con gente como Vadim, ese contraste desorientador bastó para obtener de él una sonrisa que era una mezcla de recelo y sumisión.

Max fue a la furgoneta y volvió con una caja de cartuchos que le entregó. El ruso metió dos en la Benelli y escrutó el cielo vacío. Para seguir disparando lo mejor era cambiar de ubicación, pero Max quería cambiar de tema y sacarle más conversación.

—¿Cómo se conocieron Anna y usted? —preguntó.

—Íbamos juntos al colegio —repuso Vadim—. En secundaria.

Dio un largo trago de agua.

—Eran unos chiquillos —opinó Max.

Vadim se rió entre dientes, aunque se había puesto serio.

—Max, ¿cuánto sabe usted de Rusia?

—Lo que leo en la prensa.

—Pues la prensa miente de cojones. Después de la caída de la Unión Soviética, Rusia sufrió un saqueo, y desde entonces nos hemos dedicado a reconstruirla. Yo colaboro en la gestión de un banco que permite que las empresas rusas compitan y operen en el mundo entero. A la mierda las sanciones yanquis. Mi padre ya murió, pero el banco fue obra suya. Fue una de las personas que en los años noventa entendieron que sólo podíamos superar nuestros problemas con un liderazgo fuerte. Tenía un conocido de su infancia en Píter, un tal Vladímir Putin.

—Siento lo de su padre.

Vadim disparó contra un pichón que volaba en solitario, fallando estrepitosamente.

—Gracias. Ya lo he superado.

—Y... ¿«Píter», dice?

—San Petersburgo. Lo siguiente supongo que, como mexicano, lo entenderá: en los años noventa, Rusia era un caos. Ustedes aquí tenían sus cárteles y nosotros a nuestros oligarcas de la mafia, que eran los que mandaban. En un ambiente así, mi padre, que era un banquero honrado, lo pasó fatal.

—Mi abuelo también tuvo que defender nuestras tierras y negocios durante la Guerra Sucia —explicó Max—, y mi padre tuvo que negociar la paz con los cárteles. La falta de seguridad jurídica es el gran enemigo de los empresarios.

Vadim le dio una palmada en el hombro.

—Exacto, pero en Rusia el resultado fue que mi padre, como empresario, tuvo que establecer alianzas con la gente de seguridad, los del antiguo KGB. Fue entonces cuando conoció a Andréi Agápov o, mejor dicho, el general Andréi Agápov, quien tenía una hija, Ania. Desde entonces, mi padre me dejó bien claro lo que esperaba de mí.

—¿Fue un matrimonio concertado? —preguntó Max.

—No oficialmente. Al menos, nadie lo expresó nunca de ese modo. Pero mi padre se ocupó de hacerme ver poco a poco que mi lugar en el banco dependía de que me casase con Ania.

Vadim se encogió de hombros.

Se había levantado viento y los pichones se habían resguardado en los matorrales.

—¿Y a Anna qué le parecía? —preguntó Max rascándole otra vez las orejas al perro.

—¿El qué?

—La boda.

La respuesta del ruso fue pegarle a Max un buen repaso, como en busca de oportunidades de violencia, pero de pronto puso mejor cara: unos cuantos pichones habían echado a volar. Abatió dos y el perro fue en su busca. Vadim se

guardó el primero en el morral del cinturón, el segundo se cayó al suelo desde la boca del perro.

—Al igual que usted —explicó—, Anna procura ser siempre respetuosa con su padre, incluso cuando no está de acuerdo con él.

El pichón agitó en vano el ala atravesada por la bala e intentó caminar. Vadim se quedó mirando el ave herida con una mueca.

—Cinco por *Smokey Joe* y *Penelope* —dijo.

Metió un cartucho en la escopeta y apuntó hacia el pájaro, que seguía aleteando.

Max lo detuvo con un gesto de la mano.

—Si dispara no quedará nada.

Vadim bajó la escopeta.

Max lo miró y dio un paso invadiendo su espacio.

—Es usted mi invitado, y ya le he dicho que yo a mis invitados y a mis clientes no les tomo el pelo. Sin embargo, usted parece pensar que sí; de otro modo, no seguiría haciéndome ofertas por la yegua. ¿Quiere hacer otra?

En la boca de Vadim apareció una sonrisa artera.

—Me encantaría, Max, pero *Penelope* no está en venta.

Se miraron durante un momento incómodo en el que Max volvió a pensar algo desconcertante: que seguro que al ruso le divertiría pegarle un tiro. Y esta vez tenía la escopeta cargada.

—Pero ¿por qué tiene tanto interés en una yegua de quince años y con un pedigrí que no es nada del otro mundo? —preguntó para quitarle hierro a la conversación.

Empezaron a ir hacia el pichón.

—Porque la quiere mi mujer —contestó Vadim.

—¿Sería un regalo? —preguntó Max.

—Sí —dijo Vadim—: un regalo para mí.

Max hizo una mueca antes de agacharse para recoger el pichón y arrancarle la cabeza.

17

San Cristóbal

Al otro lado de la hacienda, Anna hizo que *Penélope* galopara suavemente colina abajo mientras los pastos iban dando paso a una llanura de tierra y césped ralo. No le había hecho falta pedir prestada a la yegua: al llegar al establo tras el encuentro en el prado, había visto que un mozo ya estaba preparando a *Penelope* para que pudiera montarla.

Cerró los ojos sintiendo cómo el viento le agitaba el pelo y se echó un poco hacia atrás para establecer con *Penelope* la misma comunicación que con su antiguo caballo. La yegua redujo el paso y Sia se puso a su lado. Caía un sol suave y no había un solo obstáculo a la redonda. Durante la mañana habían recorrido gran parte de la hacienda; cuidándose mucho, eso sí, de evitar la zona donde Max y Vadim estaban cazando.

Llegaron a un arroyo donde hicieron un alto para abrevar a los caballos. Sia llevaba una petaca de whisky en las alforjas. Sirvió un poco en un vaso telescópico de acero inoxidable y se lo tendió a Anna. Luego se sentaron en el suelo, a la sombra de un nogal. A Anna le gustaba esa faceta campechana de Sia: vasos de acampada, whisky y caballos, todo lo contrario de eso en lo que RusFarm se había convertido.

—¿Podrías explicarme algo más de tus clientes? —preguntó Sia.

—Sí, pero sólo en líneas generales. Al menos de dos de ellos tengo prohibido dar detalles —contestó Anna.

—Claro, claro.

—Se dedican a recursos naturales, uno al potasio y el otro a la madera. En cuanto al tercero... porque son tres... puedo decirte algo más porque se trata de Vadim, de Vadim y de mí.

Sia dio un sorbito de whisky.

—Ya.

—Calculo que, entre los tres, buscaríamos sacar de Rusia unos cien millones, pero cada cual tiene sus objetivos. Al magnate de la madera, por ejemplo, le encantaría abrirse a los mercados inmobiliarios europeos y norteamericanos; con testaferros de por medio, claro.

—¿Y estáis preparados para poner en marcha el proceso? —preguntó Sia—. Porque necesitaría una serie de cosas...

Anna negó con la cabeza.

—Como te imaginarás, ahora mismo es delicado sacar dinero de Rusia. Te juegas la reputación. Me han pedido que primero os tantee a ti y a Hynes Dawson y luego, cuando estemos todos conformes, se podrá poner todo en marcha. Llegados a ese punto, que puede tardar unas semanas, ¿te plantearías viajar a Rusia para discutirlo más a fondo?

Anna creyó advertir un brillo en los ojos de Sia.

—Por supuesto. Dime qué quieres saber.

—Entendemos que Hynes Dawson tiene experiencia en estructurar las finanzas de sus clientes maximizando la flexibilidad, la seguridad y la secrecía. Es...

Sia la interrumpió.

—Pues mira, Anna, ahora que lo dices, hay algo relacionado con la secrecía que sigue desconcertándome. No entiendo cómo nos habéis encontrado, porque no hacemos ningún tipo de publicidad, ni tenemos página web ni nada parecido. Hynes Dawson funciona por el boca a boca. ¿De boca de quién lo habéis sabido vosotros? —preguntó sonriendo por encima del vaso, y luego dio otro sorbo.

Se hizo el silencio. La brisa olía a polvo, paja y almizcle de caballo.

Anna se tomó un buen trago de whisky.

—Lo supimos por Vasili Platónovich Gúsev —dijo mientras dejaba el vaso en la hierba, entre sus pies.

«¿Vas a llamarme mentirosa o pesará más tu codicia, Sia?»

—Vasili Gúsev —murmuró Sia—, ajá. Lo llaman *el Ganso*, ¿verdad? Es un pez gordo del Kremlin.

Anna se levantó para estirar las piernas.

—Voy a hablar sin rodeos... siempre desde la premisa de que no puedes romper el secreto profesional. Seguro que has visto noticias en los medios británicos sobre una enemistad entre mi padre y el Ganso. Pues te diré una cosa: exageran, y encima parecen ignorar que en Moscú es muy difícil mantener los asuntos de dinero en secreto. Los componedores y mediadores hablan entre ellos, así que supimos de Hynes Dawson por algunos de los hombres del Ganso en Moscú. Ahí está el origen de las reseñas que os ponen por las nubes a ti y a tu despacho.

«Es todo un poco vago», pensaba Sia. «Además, ¿a qué viene la referencia a los medios británicos? ¿Y la falsa pausa teatral antes de pronunciar el nombre del Ganso, mentirosilla rusa?» Eran muchas preguntas, pero aun así no abrió la boca: se limitó a arrancar briznas de hierba. Supuso que habían estado vigilando a Mickey Liádov en Londres. Anna andaba en busca del oro perdido de su papi.

—Sobre si el Ganso o alguno de sus socios son clientes de Hynes Dawson no puedo decir nada, como comprenderás.

—Ya, ya, tampoco te lo pregunto, pero ten en cuenta que mis clientes, y mi propia familia, por supuesto, damos mucha importancia a vuestra discreción y a vuestra capacidad de adelantaros a las necesitades de los rusos. En Rusia ahora mismo hay una situación complicada y gente con ganas de hacerse con nuestro dinero o dar a conocer que intentamos sacarlo del país.

—No te preocupes —dijo Sia señalando los caballos, el arroyo y el campo—,

estamos solas. Podemos hablar con sinceridad.

—Quiero que me garantices que tienes experiencia personal en tratar con clientes rusos, Sia —dijo Anna—. Que en tu currículum consta que has tratado antes con gente como el Ganso, con poca paciencia e imperios económicos complejos de proteger.

—El hombre del Ganso te habrá dado referencias mías, ¿no? —preguntó Sia, y sonrió levantando una ceja.

—Sí, claro —repuso Anna sin apartar la vista—, pero no me bastan. Antes de hacer cualquier negocio, prefiero mirar a los ojos a la persona con la que voy a trabajar. Ya te he dicho que mi padre y el Ganso no están tan peleados como asegura la prensa, pero amigos no son. Que un intermediario del Ganso responda por ti puede significar que eres la mejor, pero no que yo pueda fiarme de ti.

—Tengo una larga experiencia en ofrecerles a clientes rusos los servicios que estáis solicitando —repuso Sia—. Sé lo que hago. No suelto prenda ni pregunto de más. Lo que hago es trabajar, que es como se crea la confianza.

—Está bien, pero hay una cosa más que a mis clientes les interesa saber: si fuiste tú personalmente quien montó la estructura del Ganso. Tenemos claro que fue alguien de Hynes Dawson porque nos lo dijo el mismo tipo que nos habló de ti, pero necesitamos esa seguridad.

Ambas se miraron a los ojos. Los de Anna eran duros y distantes.

Después sonrieron, aunque con una sonrisa hostil.

Sia asintió, se sirvió más whisky y levantó el vaso. Anna hizo lo mismo. Bebieron y, a continuación, montaron y abandonaron la sombra de los arbustos para alejarse por el prado.

«Es de la inteligencia rusa», pensó Sia de camino a la casa principal. «Intenta captarme, pero la tengo calada. Es ella quien está siguiendo mi juego.»

Después de comer se sentaron en la biblioteca, acompañando con mezcal una conversación forzada a la que Max puso fin con la propuesta de que Vadim y él

fueran a visitar la cava de puros. Una vez allí, cogieron una caja de Gurkha impregnados con coñac y se la llevaron a la piscina. No hablaron hasta haberse acabado la mitad. Vadim, de vez en cuando, tiraba ceniza al agua. Tras embarcarse por su cuenta en un monólogo sobre el estilo de liderazgo de su presidente, lo enlazó con otro sobre el acierto de las cruentas aventuras de Moscú en el extranjero. Su mirada, mientras tanto, no se despegaba de la joven Antonia, que pasó por el porche llevando un montón de toallas a las habitaciones de los invitados.

Sia y Anna salieron de la biblioteca para unirse a ellos. Suerte que por fin había alguien más para hablar con el ruso, pensó Max. Como si le adivinara el pensamiento, Sia le hizo un comentario sobre el clima de México. Él, por su parte, se levantó para asomarse al emparrado. La presión atmosférica aumentaba: empezaba a dolerle la cabeza. Aunque era una tarde soleada, reconoció un aura brumosa de nubes detrás de las montañas. Arriba, el cielo era un lienzo azul claro por el que corrían una o dos nubes finas, pero había perturbaciones al acecho. Lanzó un chorro de humo hacia el arco y se dio cuenta de que tenía detrás a Vadim.

—Ha dicho que *Smokey Joe* tenía un nuevo encargo —dijo el ruso—, algo de una yegua que han mandado de Brasil, ¿no?

—Sí, llegó la semana pasada y el contrato me obliga a mandarla de vuelta cuando se haya quedado preñada.

—¿Y cuándo es la próxima actuación de *Smokey*? —dijo Vadim con el puro apretado entre los dientes.

Max miró su reloj.

—Ya ha cumplido con creces, Vadim.

El ruso le dio una palmada en el hombro que lo hizo soltar el puro, que rebotó entre chispas en el suelo de piedra. Él lo recogió y, al levantarse, vio que Vadim estaba sonriendo.

—Ya, querido Max, pero antes de comprar un caballo me gusta ver cómo folla.

Hubo un corto debate sobre si Anna y Sia irían con ellos. Anna regañó a Vadim por insistir en que fueran los cuatro y en que se lo pasarían en grande, pero él no le hizo caso. Sia levantó la mano y dijo educadamente que observaría con gusto el cortejo. Max se apartó para llamar a Roberto por teléfono.

—Sí, patrón.

—¿Dónde estás?

—En un prado, arreglando una cerca.

—Pues prepara a *Penelope* y a *Rosa* para dentro de media hora. Pon sólo chaquetas, armas no.

Se imaginó al viejo mirando las montañas.

—¿Van a ir por el paso, patrón?

—Sí: hace sol —dijo Max.

Roberto se rió entre dientes.

Max los llevó al cobertizo. La yegua brasileña se llamaba *Midnight* y era una baya de dos años. Los mozos de cuadra le abrieron paso al pobre semental de preparación, que, tras olisquearle a *Midnight* los cuartos traseros para despertar su interés, ya no era necesario. A los potrillos suele enseñárseles a responder a los silbidos. Los mozos de San Cristóbal —con chalecos y cascos en previsión de las posibles coces de la yegua— silbaron para llamar a *Midnight* y la condujeron al estrecho compartimento, acolchado en tres de los lados. Ya llevaba puestas unas botas de fieltro en las patas traseras para su protección y la del semental; en ese momento, le pusieron un bozal de sujeción para que uno de los mozos pudiera controlarla. Otro la lubricó, le ató la cola hacia arriba y le levantó la pata delantera derecha para que no diera coces. Entonces, *Smokey Joe* entró al trote en el establo.

—He observado —le susurró Vadim a Max— que entre los sementales, igual

que entre los hombres, hay algunos más salvajes y agresivos que otros. Montan a las yeguas mordiendo y todo.

—Sólo si los dejas —repuso él—. Mis mozos están muy atentos a esas cosas: no las toleramos. Además, *Smokey Joe* es un caballero.

Mientras uno de los mozos llevaba a su sitio a *Smokey Joe*, otros dos movieron a los animales para que la cópula se produjera en un espacio despejado, sin lanzar a ningún otro caballo contra las paredes del establo. Tanto el veterinario como Max observaban a *Smokey Joe*. El semental cubrió a la yegua poniéndole las patas delanteras en el lomo. Un mozo lo guió con la concentración de un astronauta que tuviese que encajar los módulos de un cohete. A los pocos segundos, *Smokey Joe* se quedó muy quieto, levantó el hocico y arrugó los labios. La embestida final hizo agitarse su cola por los aires. Ya estaba. Vadim aplaudió y Max notó que Anna y Sia estaban ocupadas conversando. Quizá no habían ni mirado. *Smokey Joe* se quedó pegado a *Midnight* durante un breve paréntesis de relajación al que los mozos pusieron fin sacándolo sin ceremonias del establo.

—Cinco millones doscientos por *Smokey Joe* —dijo Vadim.

—Sigue siendo poco.

—¡Pero, hombre, Max, por Dios, que ni siquiera ha mordido!

Max miró de reojo a Sia y Anna. Sonreían, con un lenguaje corporal que transmitía cordialidad. Max y Vadim salieron del establo, seguidos por las dos mujeres, que estaban disfrutando de su conversación, fuera cual fuese el tema. Max miró el cielo, escupió y se volvió hacia Vadim.

—¿Y si damos usted y yo un paseo?

Rompió a llover cuando ya habían llegado al camino de subida a las montañas, dejando atrás los pastos y los bordes de la salina. Antes, cuando sólo llevaban trescientos metros de subida, la acumulación de nubes despertó de su letargo el

sentido común de Vadim, haciendo que le preguntase por el tiempo a Max, que negó con la cabeza.

—Antes de medianoche casi seguro que no —fue su respuesta.

Vadim no era bajo, y su yegua no alcanzaba las quince manos de altura, pero aun así, al montar lo había hecho sin ninguna consideración y le había dado una patada en las costillas. Pero lo peor era que montaba con miedo, con la actitud de quien nunca se había fiado de un caballo («Ni de ninguna persona», pensó Max). Iba sentado en la silla de un modo vacilante, sin conexión alguna con el animal, y llevaba las riendas o demasiado sueltas o demasiado apretadas.

Luego, llegó la tormenta. Se pusieron las chaquetas que llevaban en las alforjas, pero llovía a cántaros, un agua fría que se filtraba por cualquier sitio, incluidas las botas. También se había escurrido la negociación, de la que nadie se acordaba.

Subieron en zigzag por la antigua senda comanche convertida en el lecho de un torrente que corría por las raíces desnudas de pinos retorcidos y atrofiados.

—¡Max, joder! —exclamó Vadim algunos cuerpos por detrás—, ¿podremos volver esta noche?

—Se está inundando el camino —contestó Max haciéndose oír entre la lluvia —. Sería peligroso para los caballos. A diez minutos de subida hay un mirador con rocas. Lo usaremos de refugio y esperaremos a que amaine.

El agua de montaña que bajaba a chorro por debajo de *Penelope* era marrón y roja. Max se acercó al animal para darle las gracias por una excursión tan húmeda y desagradable. Llegados al mirador, pusieron los caballos contra un muro de piedra que al menos les protegía los lomos de la lluvia. Les dejaron puestas las bridas y, al no haber donde atarlos, se quedaron las riendas en las manos. Vadim se sacó el móvil del bolsillo y lo miró con una mueca.

—Lo siento, pero aquí arriba nunca hay cobertura —dijo Max.

—¿Podemos bajar?

—El camino es un río, Vadim.

Estuvieron varias horas en silencio, sin soltar las riendas, alternando entre

ratos montados en las sillas y otros de pie al lado de los caballos. Antes de que se hiciera de noche cambió el viento, arrojando la lluvia contra la pared de roca. Vadim miraba su móvil cada pocos minutos, siempre en vano. Ya de noche dejó de llover, y Max empezó a silbar una vieja canción sobre caballos. Al final de la tormenta el cielo estaba despejado, sembrado de estrellas y con una luna incandescente. Max oía tiritar a Vadim por dentro del abrigo. Se quedó dormido en la silla, sin soltar las riendas.

Se despertó oyendo un aleteo de palomas y viendo asomarse el sol por el este de la hacienda. Vadim estaba sentado en la silla con los ojos cerrados. Se les habían cubierto los abrigos de rocío. Max tocó en el hombro al ruso, que abrió unos ojos donde por primera vez Max no vio el menor indicio de belicosidad. Estuvieron varios minutos en silencio.

—Seis doscientos —dijo Max—. De ahí no bajo. No puedo negociar por debajo de los precios de mercado. Tiene que entenderlo. El precio es ése para los Kovalchuk, para los Maktoum y para los de Kentucky. Para todos. Es un precio justo, basado en los que ganará con su constitución, su pedigrí y su historial de competición. Ya lo sabe, o lo sabe su gente. Espero que podamos hacer negocios, pero en caso contrario nos despediremos sin rencores. Esta noche, con la lluvia y todo, se las he hecho pasar canutas. Espero que sepa perdonarme. En estas montañas hace un tiempo de locos, que no siempre se puede prever.

Se volvió para escupir.

Vadim tendió lentamente la mano mientras bajaba un poco la cabeza en señal de asentimiento.

—Seis doscientos.

Max lo ayudó a levantarse y se dieron la mano.

—Pues venga, vámonos a casa —dijo—, que esto hay que celebrarlo.

Montado en *Penelope*, Max sentía circular y bombear la sangre por las venas y arterias del lomo de la yegua, cuyo aliento salía disparado por sus fosas nasales

mientras torcía la cabeza sin cesar hacia ambos lados debido a las ganas de correr. El último trecho de hierba del pasto oeste lo cubrieron a todo galope, siempre con la precaución, por parte de Max, de dejar a Vadim algunos cuerpos por detrás. Hizo correr a *Penelope* como cuando la montaba su madre, echando su cuerpo hacia delante encima de la silla y golpeando con gran suavidad la caja torácica del animal.

Llegaron a la hacienda a la hora de comer.

Anna y Sia estaban leyendo junto a la piscina. Max y Vadim llevaban consigo olor de barro, sudor y caballos, cuando no de algo peor. Durante el camino de vuelta habían tenido que parar para que Vadim hiciera caca. Tenía los ojos rojos, y el pelo revuelto y grasiento. Había estado tiritando sin parar sobre un caballo hasta quedarse dormido. Lo había pagado de sobra, el semental de las narices.

Sia cerró su libro y se levantó para recibir a Max con un beso en la mejilla. Sus labios eran suaves y cálidos.

En los ojos de Anna había un brillo como de diversión. Ella no se levantó para saludar a su marido. Pasó de página con gesto teatral y siguió concentrada en el libro.

—¿Qué ha pasado, cariño? —dijo—. No tienes buena cara.

Justo cuando Vadim abría la boca para replicar, Max vio a su padre saliendo al patio por la puerta abierta del salón. Llevaba unos pantalones de chándal grises, una camiseta azul demasiado grande, sandalias y calcetines. Vadim puso cara de extrañeza.

—¿Papá? —dijo Max en español—. ¿Estás bien?

El viejo miró a Vadim y le preguntó:

—¿Eres mi nuevo coordinador? No te conozco, y no tienes pinta de ser de la CIA.

18

San Cristóbal

Sia entendió muy poco de la frase en español, pero estaba segura de haber oído «CIA».

El padre de Max, aquejado de demencia senil, acababa de salir de la casa de invitados y estaba confundiendo al objetivo ruso con un nuevo coordinador. Miró a los dos rusos para intentar averiguar si lo habían entendido.

—¡¿Dónde está Hoyt?! —gritó el padre, de nuevo en español, en esta ocasión dirigiéndose a Max—. Quiero hablar con Hoyt.

Él ya estaba a su lado tratando de empujarlo hacia la sala de estar. El anciano le hizo un gesto a Vadim con el dedo mientras su hijo le susurraba algo.

Finalmente Max logró meter a su padre en la casa, donde no lo viera nadie. Sia oyó más gritos y portazos. Anna estaba boquiabierta. Por todos los santos... ¿lo había entendido?

De vuelta en el patio, Max fue al bar y se sirvió un buen vaso de mezcal.

Nadie dijo nada durante un largo rato. Sia miraba atentamente a Anna y Vadim. Si habían entendido el español, ¿dirían algo? Max rompió el silencio.

—Mi padre tiene Alzheimer. Vive en una casa de la finca y se ha escapado.

Se bebió el mezcal de un solo trago.

«Mierda», pensó Sia. ¿Se les había ido al traste la operación por culpa de un loco?

Vadim se acercó al mueble bar, cogió un vaso y lo puso en la barra de piedra. Luego le dio a Max una palmada en el hombro y sonrió mientras se servía, aunque de un modo desagradable. No era por lo que había dicho el padre de Max: no creía que lo hubieran entendido, sino por otra causa. No era una mirada cómplice, sino de rabia. ¿Qué había pasado durante la excursión?

—Estamos aquí para beber contigo, Max —dijo Vadim, vaso en alto—. Brindo por tu padre y por esta hacienda.

Los demás hicieron lo propio. Por la tarde descansaron y luego se bebieron dos botellas de vino durante la cena, rematada con mezcal en el establo de los sementales, de donde Anna y Sia salieron a fumar medio borrachas.

Al volver se encontraron a Max y Vadim apoyados en silencio en el compartimento de *Smokey Joe*. Max parecía aliviado por ver a Sia. Mientras salían todos juntos, Vadim, ya con la mano en la puerta, se paró para volverse hacia el caballo.

—¡Bueno, Max Castillo —dijo a pleno pulmón, balanceándose un poco—, ya tenemos un trato por *Smokey Joe* y sólo por *Smokey Joe*, pero con una condición: que vengáis a visitar RusFarm! Pasaremos un fin de semana los cuatro juntos. Venid a vernos a Píter, y que sea pronto.

Tendió una mano poco firme.

Max se acercó y, tras quedársela mirando unas décimas de segundo, la estrechó.

Descorcharon una botella de champán para celebrarlo y estuvieron charlando junto a la piscina mientras brotaba música de baile por los altavoces escondidos en los arcos de piedra. Max y Sia se despidieron de los rusos, que saldrían a primera hora.

—Nos vemos en San Petersburgo —dijo Sia volviéndose un momento antes de que Max y ella se dirigieran hacia su habitación.

Ya había empezado a redactar mentalmente los cables pensando en cómo incrementar las probabilidades de que Langley diera luz verde a la visita. Max había cerrado la venta del caballo durante su excursión con Vadim y los aparatos

de los rusos habían dado buenos réditos, pero, a juzgar por la mirada de odio de Vadim Kovalchuk durante el brindis, las posibilidades de captación, en su caso, eran muy bajas. En el de Anna, en cambio, no estaba todo perdido. Eso sí, la inclusión de Max en la invitación de Vadim complicaba un poco las cosas: una visita en solitario habría sido más sencilla y más limpia, pero bueno, algo se podría hacer: había camino por delante, lo cual, después de dos días con unos rusos así de encumbrados ya era un milagro.

Al llegar al dormitorio bajó la guardia y se dejó caer sin fuerzas en la cama, pero justo cuando se dormía oyó a Max susurrando.

—Levántate, Sia... venga...

Tenía el portátil abierto.

Pese a estar medio dormida y con la cabeza embotada por el alcohol, el tono de urgencia la despejó de golpe. Vio la suite para invitados en la pantalla del ordenador: el cuarto de baño y la ducha, los vestidores, la sala de estar y varias perspectivas de la cama y del escritorio empotrado. Anna y Vadim estaban de pie, cada uno a un lado de la cama, hablando en ruso en voz baja. El programa de vigilancia generaba una traducción rudimentaria en tiempo real:

Anna: *¿Qué quieres decir?*

Vadim: *Que tienen algo raro. ¿Son pareja? Pues no he visto mucha intimidad. La impresión que he tenido es de que trabajan juntos.*

A.: *¿Estás enfadado con él por el precio?*

V.: *¡No, qué va, si es calderilla! ¿A quién le importa?*

A.: *¡A ti, Vadim!*

[Cinco segundos de silencio.]

V.: *Lo que me importa es haberme congelado los huevos durante todo ese rato en las montañas.*

A.: *¿Estará con él por dinero?*

V.: *En ese caso, lo normal sería que él se la estuviera tirando todo el santo día. ¿A ti te parece que es lo que hacen? Ayer, cuando salimos a cazar, no había chicas, y en estos viajes siempre hay chicas, siempre. Luego, cuando hice una broma sobre la criada (una broma, Ania), se lo tomó mal y hasta me regañó, el muy hijo de puta.*

A.: *¡Venga ya!*

V.: *Lo digo en serio. Pero, en fin, qué sabrás tú de eso... no entiendes nada sobre los sentimientos.*

A.: *Ah, claro, es verdad; se me había olvidado que tú eres un experto en asuntos sentimentales. Y ya no digamos sexuales. No por nada eres un amante de diez.*

V.: *Vete a la mierda, Ania.*

Anna entró en el baño y Max amplió dos de las tomas. En la primera salía Anna, en ropa interior, en la taza del váter. Se levantó, sacó una pastilla de su neceser y se la tomó. La otra toma era de Vadim sentado al borde de la cama. Parecían estar muy pendientes uno del otro. Al cabo de unos minutos, él entró en el baño, la apartó y se puso a hurgar en su neceser. Luego le enseñó un frasco y le gritó algo mientras ella negaba con la cabeza. Hablaba demasiado deprisa para que el programa pudiera traducirlo. Se puso a tirar pastillas en el lavamanos. Anna se le echó encima, pero él la apartó otra vez. Ella apoyó la espalda en la pared y se lo quedó mirando con los brazos cruzados. Vadim tiró el neceser a la ducha y más pastillas; un cepillo de dientes y varios estuches y pinceles de maquillaje se dispersaron por el suelo de mármol.

Max lo observaba todo negando con la cabeza.

Empujó el portátil hacia Sia y empezó a dar vueltas por la habitación.

Ella volvió a mirar la pantalla. Anna asistía inexpresivamente a las invectivas de Vadim. Se miraron un rato en silencio, con odio, hasta que el ruso dijo unas cuantas palabras que escaparon al programa de traducción. Estaba señalándola. Le hizo el gesto de que diera media vuelta y ella respondió algo, pero demasiado

bajo para que el traductor funcionara. Ni siquiera se oía por los altavoces. Parecía que estuviera hablando sola.

Acto seguido se bajó las bragas y se colocó de cara a la pared.

Sia cerró el portátil y se reunió con Max en la ventana.

—¿Qué le hiciste en la excursión? —susurró.

—Nada que no se mereciera.

Max cogió un candelabro y lo estampó una, dos, tres veces en una mesa.

—¡Pinche ruso!

Luego, volvió a ponerlo derecho, aunque abollado, y finalmente se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas soltando tacos en español en voz baja.

—Esta noche te toca a ti la cama —propuso Sia—. Necesitas descansar.

Max dejó las botas en el suelo y empezó a desabrocharse la camisa.

—Sólo si la compartimos. El sofá es incómodo, y no descansarás. La cama es grande y yo tengo el sueño tranquilo.

«Y te duermes enseguida», pensó Sia al volver del baño y oír la respiración acompasada del mexicano, que a duras penas acababa de taparse con la sábana. Ella también se acostó, pero se le resistía el sueño. No hacía más que pensar, cada vez con más rabia, en lo que estaba sucediendo en el dormitorio de los rusos. Sólo se distrajo al volverse hacia Max y mirarlo. No había mentido: tenía el sueño tranquilo. Estaba de lado, quieto como un tronco. Le molestó fijarse, y hasta pensar en él; le molestaba incluso pensar en las penurias de Anna, porque eran señal de algo más que apatía y, hasta entonces, la apatía había sido una amiga buena y fiel para ella.

19

San Cristóbal; Langley

Al despertarse por la mañana, Sia vio el avión de los rusos levantar el vuelo y perderse entre las nubes. Max seguía durmiendo en la cama. Tras pasar por la cocina, de donde salió con una taza de café, fue al patio a esperar a que se le pasara la resaca. La mañana era fría y húmeda. Se apretó la bata. Un ama de llaves ya mayor puso mala cara al verla. Un poco más tarde, Max salió también y estuvieron un rato sentados en silencio. En lo alto de la cordillera se arremolinaban nubes de color gris pizarra.

—Vamos a dar un paseo —propuso Max finalmente.

Un camino húmedo los llevó desde la casa hasta uno de los prados del oeste de la finca, bordeando un trecho del arroyo donde Sia y Anna habían abrevado sus caballos.

—Ya tenemos un punto de partida —dijo Sia cuando hicieron un alto para observar a unos cuantos jabalíes que hozaban entre las yucas de una ladera—. Anna no es de las que sufren en silencio. Esconde algo. Es tozuda, y no le dan miedo los riesgos. A saber qué haría si se le brindase una salida. Al que no hay por dónde entrarle es a Vadim, está clarísimo. ¿Algo que objetar?

—No, nada —dijo Max—. Y la que tiene la mirada puesta en Anna eres tú, Sia. Tienes motivos para hacerle una visita en Rusia. Ha funcionado, aunque no como teníamos previsto.

Observaron un poco más a los jabalíes antes de dar media vuelta. Sia estaba disfrutando de un subidón de adrenalina. La presa que tenían que cazar era Anna, y el principal cazador ya no sería Max, sino ella.

Al volver a la casa empezó a redactar el cable. Estaban en la antigua capilla, en los sofás. Mientras Sia escribía, Max veía carreras de caballos.

Sia resumió lo más importante de los últimos dos días, dejando fuera lo del padre de Max y la excursión de escarmiento a Vadim. Un buen NOC sabía qué omitir. Acababa declarando que eran partidarios de aceptar la invitación de Anna y Vadim en Rusia. Cada palabra, cada frase, estaban pensadas para llevar a esa misma conclusión a Moscú X y los peces gordos de la CIA. Lo que más temía Sia, a pesar de la fama de agresividad operativa del director adjunto, Bradley, era que la inquietud de la Séptima Planta derivase en inacción. Muchas buenas operaciones quedaban en nada por culpa de las pérdidas de tiempo tan típicas de Langley, aunque había que reconocer que ésa, gestionada a través de Moscú X, tenía mejores perspectivas, gracias a la fama de Procter de arrasar con la burocracia.

Terminado, leído y releído el cable, se lo enseñó a Max, que asintió y le dijo que adelante. Mientras él seguía viendo las carreras, Sia procedió al envío. Después sacó su móvil para remediar la saturación de su bandeja de entrada. A fin de cuentas, su auténtico trabajo era la abogacía.

Max había organizado que el avión de San Cristóbal la dejara en Ciudad de México para el vuelo de regreso a Londres. La llevó al aeródromo y aparcó junto a la pista.

—En caso de que recibiéramos la autorización de Langley —preguntó Sia mirando el avión—, ¿te subirías al carro?

—Supongo que depende.

—¿De qué?

—De lo que pida Procter.

—Vale, pero ¿tú qué quieres hacer? Puedes negarte, ¿no? Tienes elección.

Max se encogió de hombros.

—Igual me gustaría ver RusFarm.

Subió el equipaje de Sia por la escalerilla y lo metió en el avión. Se despidieron con un abrazo. Luego él le dio un beso en cada mejilla y empezó a alejarse por el pasillo.

—Oye... —dijo ella.

Max se volvió.

—¿Por qué te gustaría ver RusFarm? —preguntó Sia.

Max sonrió.

—Digamos que por curiosidad profesional.

Dio media vuelta para bajar por la escalerilla, y en ese momento, justo antes de perderlo de vista, Sia sorprendió en él una mirada fugaz pero reveladora. Ocupó su asiento pensando que distaba mucho de haber sido una muestra de curiosidad profesional.

La visión favorable que tenía Procter del secretismo y el engaño hacía que sus subalternos en Moscú X desvirtuasen por sistema cualquier inteligencia procedente de sus NOC. Adulterar o encubrir la verdadera fuente de la inteligencia, hasta para los propios integrantes de la CIA, era una de las cosas que más le gustaban a Procter de su trabajo; de ahí que manipulase los informes de México para que ningún otro miembro de la CIA pudiera seguir su rastro hasta Sia, Max, Vadim o Anna.

Una tarde, dos días después del final de la operación en San Cristóbal, fue a ver a George, uno de sus técnicos más cualificados, un hombre enjuto que le había birlado a la NSA. Estaba sentado en un despacho sin ventanas, dentro de las instalaciones de Moscú X, reflejando en su tez pálida la luz de diez o doce terminales informáticos. De momento no habían llegado noticias prometedoras de la fase técnica.

Procter se sentó a su lado en una silla. George, que estaba mordisqueando un Pop-Tart de frambuesa azul sin tostar, no advirtió su presencia hasta que ella le estrujó el hombro.

—Novedades, Georgie —dijo Procter—, novedades.

—Ninguna buena —contestó el técnico con un leve toque de satisfacción que la irritó.

Se limpió las manos de migas de Pop-Tart.

—Explícate.

—El portátil y la tablet de Vadim son de uso personal. No me cabe la menor duda. No hay emails de trabajo, ni conexiones a la red del Bank Rossiya. Ni siquiera los usa para las gestiones de RusFarm. Nada. Yo creo que los protocolos de seguridad que adopta son los mismos que usamos nosotros en los viajes cortos al extranjero. Durante sus viajes nunca se lleva nada relacionado con trabajo.

—¿Algo de interés en el aspecto personal?

—Sólo fotos suyas y de novias, y mensajes a novias. De eso hay a montones.

—¿Has hecho búsquedas sobre las chicas?

—Las que he podido identificar. De momento no he encontrado a nadie importante dentro de Rusia. Son asistentes, putas, dependientas de grandes almacenes... nadie con un marido enfadado e influyente, si es lo que buscas.

—Es exactamente lo que busco.

—Pues ya ves, está la cosa cruda —dijo George—. No puedo hacer ni reconocimiento básico en la red del Bank Rossiya, y menos acceder a la información financiera sobre Putin que pudiera contener.

—Maldita sea —murmuró Procter—. ¿Y el de Anna? ¿Lo mismo?

—Lo mismo: uso personal. Es el de repuesto. No muchas fotos. Su historial de búsqueda es muy escaso. El modelo del portátil es de hace tres años, pero si me dijeras que lo tiene desde hace una semana me lo creería. Sabes qué dicen de la gente que viaja con tecnología así, ¿verdad?

—No me gustan las adivinanzas, Georgie. Me ponen nerviosa.

—Que son terroristas, delincuentes o agentes secretos.

Procter sacó el segundo Pop-Tart del envoltorio de aluminio y le dio un buen bocado sin pedir permiso a George.

—Espero que Anna sólo sea una de las tres cosas, George, pero yo apostaría por dos.

Tres días después de que los rusos se hubieran ido de San Cristóbal, Moscú X urdió un tapiz de diez cables operativos manipulados que Procter repartió entre nada menos que dos personas en Langley: el director, que probablemente no los leería, y Ed Bradley, que con toda certeza sí lo haría. Procter se fiaba de muy poca gente. Recelaba incluso del propio concepto de confianza, y no le gustaba la palabra, pero al margen de su nombre era lo que existía entre ella y Bradley. Y sería Ed quien decidiese si seguían con la aventura dentro de la fortaleza rusa.

Una hora después de haber mandado los cables fue convocada al despacho de Bradley.

—Tengo cinco minutos, Artemis —le dijo éste a Procter, ya sentada debajo de los lanzadores—. Luego tendré que prepararme para ir a cenar con el presidente del Comité del Senado sobre Inteligencia.

—Guau —dijo Procter.

Los dos pulgares hacia abajo.

Bradley se tocó la nariz.

—A ver si lo he entendido bien, al margen de las tonterías que hayas metido en los informes. Han invitado a nuestros agentes a visitar una yeguada de purasangres en las afueras de San Petersburgo dirigida por uno de los intermediarios de Putin.

—Exacto.

—Y la mujer del individuo en cuestión es banquera. Se puso en contacto con una de nuestras NOC en Londres.

—Sí.

—¿Y no hay discrepancia entre las fuentes?

—No.

—¿Y tu NOC ve posibilidades de captarla?

—Sí. Su marido, el intermediario, es un maltratador. No se caen bien, lo cual no me sorprende. No es mal punto de partida.

—¿Podemos dar largas y sacarlos otra vez de Rusia?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque el maltratador ruso le compró un caballo de seis millones de dólares a uno de mis agentes, y estando borracho insistió en que la siguiente visita tenía que ser en San Petersburgo.

Bradley se rió.

—Pero, Artemis, por Dios...

Procter probó a sonreír. Había estado practicando.

Bradley hojeó los informes.

—El NOC... su verdadero nombre es Hortensia Fox.

Procter lo interrumpió.

—Sia. Se hace llamar Sia, y si usas el nombre completo se cabrea.

—Vale, pues a Sia la llama un miembro del clan Agápov semanas después de haber ayudado al Ganso, su rival, a esconder dinero. ¿Una coincidencia?

—¡Qué va! Estamos siendo absorbidos por el váter de la lucha de facciones en el Kremlin, lo cual es bueno, porque no tenemos ni idea de qué hay atascado en el desagüe, aparte de mierda, claro. Lo que sí creo, en todo caso, es que Anna quiere algo de nuestra NOC. De ahí la invitación.

—¿Quiere información sobre lo que hizo con el dinero del Ganso?

—Probablemente. Cuadra, ¿no? Los rusos cuentan con que Sia estará dispuesta por codicia a cobrar de los dos bandos a la vez.

—Claro. Vaya por Dios... —Bradley juntó las yemas de los dedos sobre la nariz—. Desde el punto de vista de la información ¿qué es lo mejor que puede pasar?

—La mejor perspectiva es que Anna puede ayudarnos a acceder a la tecnología que está usando Vadim para gestionar el dinero de Putin. En ese aspecto, por desgracia, lo de México fue totalmente improductivo. La tecnología que trajeron los rusos estaba limpia. Era todo de usar y tirar, sin nada útil, ni ningún enlace involuntario con redes que pudieran servirnos.

Bradley se puso las manos por detrás de la cabeza e hizo crujir la silla al apoyarse en el respaldo.

—¿Y en el peor de los casos?

—Si la tal Anna es una agente de inteligencia, lo más probable es que quiera a Sia en Rusia para captarla. Siempre pueden salir las cosas mal.

—Y en estas cuestiones a veces a los rusos les falla la paciencia.

—¡Joder, y tanto! Pero Sia sospecha que la rusa, Anna, es diferente. Piensa que quizá intente captarla, que se las da de artista y las típicas chorradas. Yo apuesto por que Anna es del SVR, o trabaja para él, aunque datos objetivos aún no tenemos. De todas formas, su padre formó parte del Primer Alto Directorio del KGB, así que tendría sentido.

—Puestos a leer entre líneas —dijo Bradley—, ¿hago bien en pensar que si los mandas a San Petersburgo harás creer a los rusos que están recabando inteligencia de nuestra abogada NOC?

—Sería la única manera de garantizar su seguridad. Habría que autorizarla a dar información sobre el dinero del Ganso. Seguro que es lo que quiere Anna, y en tal caso se lo daremos. Joder, ¿por qué no?

—Muchos equilibrismos veo aquí, Artemis.

—Ya, tío, es que de eso se trata.

—La conexión profesional con Anna la tiene Sia —dijo Bradley—. ¿Qué sentido tiene mandar a Castillo? No es como solemos usarlo.

—Yo creo que sería útil pedirle a Max que también fuera —dijo Procter—. Así podría entretener a Vadim, para que Sia tuviera más espacio. Vadim y él pueden hacer chorradas de caballos. Yo qué sé... Además, Ed, qué carajo... sabes tan bien como yo que Max puede negarse, y que lo más probable es que lo haga. En el peor de los casos irá Sia sola, y en el mejor con Max, que le servirá de tapadera.

Bajo la cálida sonrisa de Bradley se escondía el escepticismo que palpaba Procter en el ambiente. Seguro que a lo largo de los años había hecho la misma exhibición de dentadura ante cientos de agentes. Era la típica sonrisa operativa inmarcesible que te traías del terreno y usabas con tus amigos y tu familia.

—Dime una cosa, pero sin mentir —dijo el subdirector—: ahora mismo, ¿cómo están las probabilidades de que Sia capte a la rusa? Calcula un porcentaje, venga, para darme el gusto.

—Del siete por ciento. Con los rusos lo normal es menos de uno. En este caso hay más material de base.

La misma sonrisa.

—Muy alto me parece. ¿Sia quiere ir? Será consciente de los riesgos, claro...

—Es una NOC de primera, dura de la hostia, y a la vez con ganas de demostrarlo. Tiene un complejo de adrenalina. ¿Qué si quiere ir? ¡Pues claro que sí, joder! Tiene hambre de un trofeo ruso.

—Y supongo que tú consideras que lo mejor es enviarlos, ¿no? A pesar de los riesgos, y de que las probabilidades de éxito sean del siete por ciento.

Procter se lo pensó, tocándose los dientes.

—Rotundamente sí. Nuestro trabajo es conseguir información, no estar todo el día con el culo en una silla esperando a que venga por sí sola. Ahora mismo no es que tengamos muchos agentes rusos a tiro. Si se nos presenta alguna posibilidad de pillar cacho ruso del bueno, hay que aprovecharla.

Bradley dio unos golpes en la mesa con los nudillos y se levantó para ponerse la chaqueta.

—Dales recuerdos a los agentes. Y mándalos en cuanto puedas a San Petersburgo.

20

RusFarm; Moscú

El mundo de Anna giraba en torno a un hombre, Vladímir Putin, con quien, sin embargo, sólo había coincidido tres veces: dos en fiestas de cumpleaños del padre de Vadim y una en Yásenevo, durante la celebración del Día de los Chekistas. Ninguno de los tres encuentros había durado más de unos segundos.

En la visión que se había formado de Putin se mezclaban varias cosas a la vez: zar omnipotente y lúgubre gestor de un sistema indisciplinado que le iba grande; déspota y emisor de vagas directrices que no siempre se acataban; nuevo ídolo público y motivo de chistes y bromas en la intimidad. A fin de cuentas, había sido del Segundo Directorio del KGB, un matón, no un artista como los expertos en inteligencia extranjera que rodeaban al padre de Anna. Ella se decía que, al igual que el resto del país, Putin era orgulloso e inseguro, agresivo y deleznable, fuerte y débil. Lo era todo y nada, pero a veces era imposible pasar de él, porque era el centro del mundo ruso, el *joziáin*, el amo. Sin él, el mundo no giraba. Su existencia no era buena ni mala. Era y punto.

En ese momento, sin embargo, lo determinante del *joziáin* era su ausencia. El padre de Anna le había contado algunas cosas de su desagradable discusión con el Ganso en el Kremlin, bastantes para que su hija entendiera que, en esa tesitura, el Ganso era libre de machacarlos a conciencia.

Entró con su padre y Vadim en las caballerizas de RusFarm, donde les había parecido poco probable que el Ganso tuviera escuchas. Papá se mesaba el pelo,

se mordía el labio y parpadeaba demasiado, víctima de un frenesí que se les contagiaba a los pobres caballos, provocando un coro de relinchos. Apoyada en la puerta de un compartimento, Anna vio que Vadim se quitaba el estiércol de uno de sus mocasines italianos.

—¿Cuánto falta? —le dijo a Anna su padre, cerrando la puerta del establo.

—Llegarán dentro de cinco días —contestó ella—, o de una semana. Aún estamos en trámites para confirmar la agenda del novio y la entrega del semental.

Su padre gruñó.

—Podríamos probar con el novio mexicano, el criador —dijo Vadim—. Conseguiríamos más influencia.

El padre de Anna se estiró un par de veces los nudillos, deprisa y con agitación.

—La información financiera sobre el Ganso la tiene la abogada. ¿A quién coño le importa el mexicano?

Vadim seguía arrastrando el mocasín por la paja.

—A mí. Quiero su granja. Es todo de primera, las tierras y los sementales. Una inversión segura, y una manera de meter y sacar dinero de Norteamérica.

En eso tenía razón, aunque a Anna le doliera reconocerlo.

—¡Venga ya! —dijo su padre, exasperado, dándole un golpe en el pecho a su yerno—. No te distraigas, hombre. Lo que necesitamos es echarle mierda al Ganso. Cualquier otra cosa es ruido, ¿me entiendes?

Vadim se dedicaba a arrastrar la paja por el suelo, mirándola con mala cara.

—Vadim Yúrivich —prosiguió el padre de Anna—, dime que dejarás que tu mujer lleve la operación. Dime que lo entiendes.

Vadim apartó la vista con la mandíbula apretada.

—Lo entiendo, Andréi Borísovich —susurró.

—Muy bien. Bueno, Anna, ¿cuál es el plan?

Anna se lo explicó.

Al acabar vio que Vadim se iba ofendido del establo con la falsa excusa de

que lo reclamaban asuntos urgentes en Píter.

El padre de Anna se volvió hacia ella.

—Es un buen plan, cariño, un buen plan. —Puso una mano en el hocico de un caballo que había asomado la cabeza por curiosidad—. En tu informe de México había un detalle que me llamó la atención. Escribiste que a la abogada y el mexicano se los veía un poco...

—Robóticos —dijo ella—. Sí, es verdad que lo escribí.

—¿Y a qué lo atribuyes?

—A varias razones. Puede que él sea pudoroso, como buen católico. En México no vi mucho contacto físico. No parecían muy... compenetrados. A menos que se usen mutuamente por sus relaciones.

—¿Es atractivo, el mexicano? —preguntó su padre.

—Sí, es guapo —contestó Anna—. Rico y guapo. La abogada también es atractiva.

—Dos personas atractivas y que llevan poco tiempo juntas lo lógico es que hagan ciertas cosas. —Su padre hizo un gesto obsceno con la mano—. Si se ve algo raro... —Se metió las manos en los bolsillos y, sin acabar la frase, señaló con la barbilla hacia la casa—. En pocos días podrás seguir observándolos.

—Tendremos ojos por toda la granja —dijo Anna—, y sabremos si hacen lo que deberían hacer.

Repitió el gesto obsceno de su padre, que se rió.

La piel de zorro acariciaba suavemente la espalda, las nalgas y las piernas desnudas de Anna, acalorada y sudorosa por la cercanía del fuego, cuyas sombras se movían por el techo desconchado. Luka volvió de la cocina con dos cervezas. Anna le dio un beso al coger la suya. Bebieron mirando las llamas.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó él.

—Muy bien.

—¿Qué hiciste?

—No gran cosa.

Anna apoyó la cabeza en el hombro de Luka y bebió un poco de cerveza. A él le gustaba tomarse una después del sexo, y Anna también se había aficionado.

—Creo que estoy enamorándome de ti, Ania —dijo él.

Ella se incorporó, riéndose, y le empujó el hombro.

—Cállate, Luka.

Un trago de cerveza.

Él también se rió, pero después se puso serio y negó con la cabeza.

—Estoy muy metido.

Lo dijo con pausa y determinación.

—Pero ¿qué dices?

Anna notó que le temblaba la piel alrededor de los ojos.

—No paro de pensar en este sitio. —Luka hizo un gesto a la redonda—. Ni en ti. Me preocupas.

Qué tontería.

—Sé cuidarme.

—Ya lo sé. No lo he dicho en ese sentido.

—Pues ¿en cuál lo has dicho, Luka? —Anna se puso de pie delante de él—. ¿Eh?

—En el de que esta noche he visto hasta el último centímetro de tu precioso cuerpo, y hay morados donde no debería haberlos. Y...

Anna estampó con fuerza la botella en la repisa.

—Para —dijo con voz sibilante—. Tenemos unas reglas, Luka, por si se te ha olvidado. Aquí de estas cosas no se habla. Es un sitio alejado de todo, sagrado. Del asco de vida que pueda tener fuera no se habla, ni de mi mierda de marido tampoco. ¿Se puede saber qué te pasa esta noche?

Siguió mirándolo con los brazos en jarras, mientras él, disgustado, bebía un poco de cerveza, dejaba la botella y también se ponía de pie.

—Sé que tu marido no te gusta, pero yo no quiero compartirte. Me gustaría que no tuviéramos tantos secretos.

—Tiene que haberlos, Luka.

—Mi madre y mi padre decían lo mismo.

Anna le miró los ojos a la luz del fuego: ojos seguros, que no vacilaban, que sabían muy bien lo que querían.

—¿Qué me estás diciendo —preguntó—, que quieres saber mis secretos? ¿Los trapos sucios? ¿Quieres saber más de Vadim? ¿De mi padre? ¿Del dinero, quizá? ¿De la granja de caballos, las casas y los pisos? ¿De la guerra en la que anda metida mi familia, con matones que quieren rebanarnos el pescuezo?

Luka fue hacia la ropa amontonada que se habían quitado deprisa y corriendo nada más entrar. Apartó el sujetador de Anna para coger sus calzoncillos y empezó a ponérselos.

—Eso, vete, que es más fácil —dijo Anna.

Luka parecía triste. Ni enfadado ni violento, sólo triste.

—No iba a marcharme —dijo.

Anna se quedó desnuda mirando cómo se vestía. Luka se metió en el dormitorio, cerrando la puerta. Anna se acabó la cerveza, puso una manta en el sofá y cerró los ojos.

Unas horas después seguía sin dormir.

La chimenea estaba apagada. La sala era como una nevera, sin que la calefacción, que no paraba de zumbar, pudiera hacer nada contra el frío. Fuera, en la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya, hacía una noche de invierno silenciosa y cristalina. Anna no sabía qué hacer con Luka, pero de algo estaba segura: de que sin él la vida habría sido más negra. De momento le bastaba con eso. Fue al dormitorio y se acostó a su lado. Él se volvió, medio dormido, y le dio un beso en los labios.

—Te voy a contar algo —dijo ella.

Seis meses antes de hacerse al fin mujer, Anna Andréyevna Agápova oyó rumores acerca de su boda con Vadim Yúrivich Kovalchuk. Era el año 2002. Tenía quince años, y tardaba en madurar. El viejo piso seguía siendo un triste pozo de sombras, aunque ya hubieran pasado casi quince largos años desde la muerte de su madre. Su padre llevaba poco tiempo jubilado del SVR. En los años noventa, a diferencia de tantos ex miembros del KGB que se habían congregado en torno al nuevo presidente, él no se había pasado del servicio público a los negocios, sino que se había quedado hasta llegar a la segunda planta de Yásenevo, la de los altos cargos. Anna recordaba que se había jubilado en 2000, dos años después de la muerte de su madre.

Gracias a la pensión de su padre, y a los grises quehaceres propios del funcionariado ruso, habían podido vivir cómodamente. Con el dinero acumulado, el padre de Anna había comprado las instalaciones soviéticas de cría de caballos abandonadas, o *konezavod*, que acabarían siendo RusFarm, pero, ávido y sin rumbo tras la muerte de su esposa, durante su jubilación se había lanzado a los negocios. Pese a no ser rico, le sobraban contactos en los ámbitos de la política y la seguridad, y por esa vía se había hecho amigo del padre de Vadim, Yuri, un próspero banquero relacionado con Putin.

Un día llevó a su hija de paseo por el bosque, cerca de la vieja casa de la granja, y quiso saber su opinión sobre Vadim. Anna y él se llevaban tres años, y no eran amigos; debían de haber hablado a lo sumo dos veces, aunque fueran a la misma escuela internacional. Vadim era atractivo, popular y de familia adinerada. Ya entonces, Anna era consciente de que en comparación con los Kovalchuk ellos eran unos simples campesinos. Vadim iba a decimotercer curso, y se estaba preparando para la universidad. Parecía de otro mundo que Anna Andréyevna, alumna prepúber de decimoprimer curso. Las preguntas de su padre fueron todas muy inocentes. ¿Es simpático? ¿Qué fama tiene? ¿Por qué no hablas con él en el colegio? Anna tuvo poco que decir. No conocía al joven.

El mes siguiente acudió de visita la familia Kovalchuk.

Entonces Anna era uno de esos seres horrendos que se conocen como quinceañeros, y los recuerdos que guardaba de la primera parte del fin de semana se caracterizaban por el más absoluto pasotismo. Era una chica callada, tímida e introvertida. Años después, los psicólogos del SVR relacionarían esos rasgos con la muerte de su madre, la única persona a quien había visto enfrentarse a Andréi Agápov. Si Anna salía con su padre y se encontraban con algún compañero del trabajo, la actitud de este último siempre era deferente, al borde de la sumisión, riéndose de chistes que a Anna le constaba que no tenían gracia, porque a su madre no la hacían reír, hasta el punto de que a veces le pedía a su marido que no dijera cosas así en casa. Pero su madre estaba muerta, y Ania era una adolescente arisca que no habría tenido reparos en pasarse el fin de semana rondando con mala cara por la dacha, evitando a los Kovalchuk y a su padre y yéndose a leer al bosque. Vadim no le hacía caso. Por ella perfecto. Le daba igual.

La primera vez que oyó la palabra «boda» fue en boca de la madre de Vadim. Ocurrió por accidente, claro. Estaba en el bosque, tumbada encima de una roca plana y tomando el sol sin camiseta como un lagarto. Se encontraba bastante cerca del camino para que llegaran hasta ella las voces enfadadas, pero bastante protegida por los troncos y las zarzas para no ser vista. Durante los años posteriores a la muerte de su madre se había acostumbrado a las malas palabras, debidas casi siempre, todo fuera dicho, a los efectos potenciadores del brandy en la rabia de su padre, que sólo en la viudez se había dado cuenta de lo mucho que quería a su mujer.

La madre de Vadim, no obstante, lo dijo: Anna oyó «boda» con la claridad de una medianoche de verano en Píter, y se notaba que los Kovalchuk no veían muy claro el enlace. Anna se quedó en la roca sin moverse hasta que pasaron de largo y la conversación se perdió en el luminoso cielo. Hacía calor, pero ella nunca había tenido tanto frío. ¿Casarse? Le resultaba incomprensible que su padre pudiera siquiera plantearlo.

Se lo preguntó directamente, y él no lo negó; se limitó a decir que aún no había nada decidido, y que hablara bajo, por favor, que estaba montando una escena. Los demás estaban todos justo al lado, en la playa de guijarros. Anna exigió hablar con su padre, y él propuso que dieran un paseo. Se le marcaba en el cuello la vena de siempre. Anna le explicó cómo lo había oído, y él dijo algo en voz baja para sus adentros, antes de hacer crujir sus grandes nudillos y pedirle que hablase, que lo sacase todo.

—A mi marido lo elegiré yo —dijo ella.

En vez de replicar, él le preguntó qué quería hacer con su vida. Anna tenía quince años, y era la primera vez que él se lo preguntaba. A pesar de la sorpresa, supo la respuesta.

—Quiero hacer lo mismo que hiciste tú, papá —dijo.

Él se paró al oírlo, negando con la cabeza.

—¿Y por qué ibas a querer hacer eso, Ania?

—He visto cómo te mira la gente. Te respetan, papá, que es lo que quiero yo.

Su padre, sin saber ella por qué, parecía desmoralizado por la respuesta. ¿No debería haberse emocionado al oír que su única hija tenía ganas de seguir su ejemplo?

Él dijo que los Kovalchuk tenían la impresión de que no estaba siendo una chica muy sociable, y le susurró que fuera a hablar con Vadim.

Anna lo encontró solo en la playa y empezó a mirarle el pecho musculoso, bajando por la fina raya de pelo que se le metía por el bañador desde el ombligo hasta que él se dio cuenta y, volviendo hacia ella la mirada, intentó sonreír. Parecía aburrido.

—¿Tú montas? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Quieres que montemos juntos?

Por aquel entonces, los Agápov tenían dos caballos. El de Anna, uno andaluz, blanco, se llamaba *Anastasia*. El otro era *Sophia*, un alazán Budionni que había sido de su madre. Anna se fiaba más de los dos que de la mayoría de la gente, y

le intrigó ver que Vadim los ponía nerviosos. Por otra parte, a pesar de haber dicho que montaba a caballo, Vadim tampoco parecía a gusto. Anna los ensilló a los dos, y vio que a él le costaba subirse a *Sophia*, cuya altura era de casi dieciséis manos. Vadim dijo que no necesitaba el escalón de montar, pero estuvo a punto de caerse dos veces entre palabrotas, hasta que logró encaramarse con torpeza a la silla, clavando el pie izquierdo en el flanco de *Sophia*. Anna sí usó el escalón, porque era baja. Y sensata. Se puso en cabeza por uno de los senderos que se internaban por el bosque.

—¿Has oído de qué hablan? —preguntó Vadim.

—Un poco.

—¿Y qué te parece?

—¿A mí? Una tontería.

Se encogió de hombros.

—Yo creo que sólo quieren ver si nos llevamos bien. El año que viene iré a Oxford. Habrá inglesas.

Se rió.

Se agacharon para esquivar el tronco de un pino caído sobre un nido de ramas.

—¿Tú dónde quieres estudiar? —preguntó Vadim.

—En Lomonósov —dijo ella—, como mis padres.

Él arrugó la nariz.

—¿Y después de la universidad querrás trabajar?

—Entraré en el SVR, como papá.

Se rió, pero no por lo que había dicho Anna, no, sino por algo peor: porque pensaba que era broma. Anna les dio la razón a los caballos: a ella tampoco le caía bien Vadim Kovalchuk. Al ver que no había sido broma, él intentó arreglarlo.

—Creía que no lo decías en serio —dijo.

—¿Por qué no?

—Es que en el SVR no trabajan muchas chicas.

—¿Y?

—¡Eh, que yo no digo nada! Sólo que no hay muchas. Tranquila, que mi intención no es discutir.

—Pues ¿cuál es?

Suspiró.

—Dejémoslo.

Montaron en silencio hasta que el bosque dejó paso a pastos ondulados. Era donde su madre le había enseñado a ir a todo galope. Vadim se colocó a su lado.

—¿Hacemos una carrera hasta la primera colina? —preguntó.

—Mejor que no, que no sabes montar.

Justo entonces, como para refrendarlo, la yegua de Vadim relinchó y empezó a ponerse nerviosa.

—Gana el que llegue primero a la colina —dijo él antes de coger con fuerza las riendas y clavar los talones en los flancos de la yegua.

El único impulso de Anna fue no perder. Se lanzó al galope y empezó a cerrar distancias con Vadim, que sólo le llevaba tres o cuatro cuerpos. Estaba apretando demasiado a *Sophia*, sin las muestras de aliento que se había acostumbrado a esperar la yegua. La madre de Anna había sido dulce y cariñosa. Con ese otro jinete, el animal percibió el olor del miedo. Si *Sophia* no se fiaba de Vadim, no lo daría todo.

La yegua empezó a ir más despacio por rencor cada vez que Vadim castigaba sus flancos. Anna, mientras tanto, se acercaba: tres cuerpos, dos, uno... Pensó que era la primera vez que estaba al mando en todo el fin de semana. Con el cálido viento de verano en el pelo, llegó junto a Vadim, en cuyos ojos había un brillo de rabia impotente. Anna miraba hacia delante, sin fijarse en él. Cuanto más rezagado se quedaba Vadim, más fuertes se hacían sus insultos a la yegua, hasta el punto de que Anna llegó a pensar que era ella la destinataria. Subieron por la colina al galope, Anna con una gran sonrisa que no se le borró al frenar y mirar hacia atrás. Quería ver la derrota en el rostro de Vadim. (Le gustaba ver cómo perdía la gente contra ella.) Cuando él llegó a la colina, sin embargo, su

yegua redujo de golpe la velocidad y corcoveó un poco, pillando desprevenido a su jinete, que salió despedido por encima de su crin y aterrizó de bruces en la hierba. Anna se acercó entre risas al muchacho hasta encontrar un punto en que su rostro triunfante se interponía ante el sol, proyectando su sombra en los ojos de él.

Cuando acabó de contarlo apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Los minutos fueron pasando sin reloj, mientras sólo se oían sus dos respiraciones.

—Ojalá te hubiera conocido entonces —dijo Luka cuando Anna estaba a punto de dormirse.

Ella sonrió con los ojos cerrados.

—Por suerte, de jóvenes nos ahorramos mutuamente.

Se hizo un silencio cómodo.

—¿Qué estás pensando? —dijo él acariciándole la cara.

A Anna se le abrieron los ojos, y sus labios dibujaron una sonrisa pícara.

Él se rió como cuando perdía las partidas de ajedrez, dejando caer de nuevo su cabeza en la almohada.

—Eres dura, Anna Andréyevna.

Ella se le puso encima y empezó a darle besos en los labios, el cuello, la frente y otra vez los labios. Cuando Luka estuvo listo, le hizo entrar para sentir cómo iba subiendo por ella la sensación de tenerlo dentro. El cuerpo de Luka no tenía secretos. Le decía la verdad. Anna lo retuvo un momento sin moverse, en silencio. Cuando él la colocó de espaldas, en la escarcha de la ventana ya se pintaban los primeros indicios del alba. Anna enroscó sus piernas alrededor de él, y el ritmo compartido la hizo entrar pronto en calor, expulsando el frío, y dejándole una fina franja de sudor en el nacimiento del pelo, mientras sus rizos rubios rozaban húmedos la almohada. Luka se movía bien, creando un rápido incremento de placer y una tensión con la que el cuerpo se estaba preparando para las maravillosas oleadas que lo distenderían. La respuesta de Luka era

constante, suave y firme. Cuando Anna hacía algún ruido, él le daba un beso, con labios que sabían a cerveza. No apartaba la vista de sus ojos, atento a su efecto sobre ella. Anna sostuvo su mirada preguntándose qué le decía a Luka el cuerpo de ella, si había secretos, y si le contaba la verdad.

21

St. Ives, Cornualles

Los inquilinos temporales de Beasley Cottage no alternaban mucho con el vecindario. Habían ido para una semana y no hacían más que trajinar en coches de alquiler. Muchos vecinos, que se aburrían a finales de otoño —la temporada baja—, intentaban hacer un seguimiento de lo que presuponían que sería un grupo de londinenses ricos en su última escapada antes del invierno. El dueño de la tienda de vinos, Shelton, observó que el grupo en cuestión parecía girar en torno a Max y Sia, la pareja que de vez en cuando se aprovisionaba en su establecimiento. A la pregunta de qué hacían en St. Ives en temporada baja, Sia le había dicho que era una escapada y, con un vago acento que Shelton no acababa de identificar, le había explicado que trabajaba de abogada en Londres. A Shelton le gustaba de ella que mirara a los ojos, aunque al mismo tiempo tenía un algo inaccesible que también le gustaba, y que explicaba de él que a sus cincuenta y un años, a pesar de una herencia nada desdeñable, y de ser relativamente guapo, aún estuviese soltero.

Al principio había pensado que eran compañeros de trabajo. Chismoso por naturaleza, y orgulloso de serlo, una noche se había estado fijando en los vinos que compraban, y al preguntarle a Sia si trabajaban en la misma empresa le había parecido advertir con claridad un destello de alarma o de preocupación, demasiado fugaz para poder atribuirlo a alguna de ambas cosas. Entonces Max le

había puesto a Sia una mano en el hombro. Eran pareja. Él era mexicano. Se habían conocido a través de un amigo común.

También había otra mujer, que sólo había estado una vez en la tienda. Era baja, con el pelo negro muy rizado y rebelde, y no había contestado al saludo de Shelton. Sólo había comprado chucherías. Incómodo por su energía, Shelton se había vuelto locuaz y, dando por supuesto que las chucherías eran para sus hijos, le había preguntado con cuántos había ido a St. Ives. Ante la falta de respuesta había intentado sonreír, pero en los ojos de ella, verdes y brillantes, sólo había violencia.

—El de la tienda de vinos es un plasta de no te menees —dijo Procter al volver a la casa franca, dejando en la mesa una bolsa a rebosar de chucherías de colores.

Señaló las que se habían caído por la mesa y dijo que eran para todos. Max abrió un paquete por educación.

Procter había llegado desde Langley dando un largo rodeo por cuatro países del espacio Schengen. Sia había cancelado varias cenas con clientes y reuniones de trabajo, así como un viaje a París, y a las preguntas de un Benny Hynes no del todo contento había respondido que tenía que hacer un poco de investigación. Max había ido en avión desde San Cristóbal. Llevaban tres días de paseos por la playa, compras y relajación en St. Ives, todo cronometrado al segundo, y de momento no había indicios de rusos al acecho.

Hay muy pocos países en el mundo donde sea peligroso para un NOC (un agente sin cobertura oficial) viajar con software de comunicación clandestino en el móvil o el ordenador, y uno de ellos es Rusia; por eso se presentó en la casa un técnico que desinstaló todo el software de los teléfonos, ordenadores y tablets. A Rusia irían por su cuenta y riesgo, reduciendo su contacto con la CIA a un solo mensaje diario, para dar señales de vida a lo largo del viaje. Max llamaría a Kentucky, a un número de móvil de Monterrey a nombre de uno de

los agentes de compras de San Cristóbal, adscrito en realidad a Moscú X. Sia lo haría a un asistente de Hynes Dawson, usando una línea controlada por Langley.

Max tenía experiencia en personas y lugares turbios, pero nunca había estado en un sitio como Rusia, donde la vigilancia tendría el carácter asfixiante de una manta. Procter, que había estado destinada en Moscú, le explicó cómo sería. Dijo que habría escuchas en los sitios de siempre: el dormitorio, el baño, los armarios, los pasillos... En los establos quizá también.

—¡Coño, acuérdate de lo que hicimos nosotros en México! Pero en Rusia será mil veces peor. Nunca estarás solo. Además, para sus servicios de vigilancia no se trata de entender e informarse, sino de intimidar. Quieren que te pienses que lo controlan todo, para controlarte a ti. Quieren que te cagues y acabes cometiendo algún error por la calle, o algo por el estilo.

Uno de los técnicos de Procter les hizo una demostración de la tecnología usada por los servicios secretos rusos, como unas cámaras del grosor de una hoja de papel y la circunferencia de una cabeza de alfiler alimentadas con baterías de estroncio cuya vida útil superaba con creces la de cualquier operación de inteligencia. En Moscú las habían pegado en la ropa de agentes de la CIA. No se desprendían al lavar y se comunicaban con el FSB mediante ráfagas esporádicas y difíciles de detectar. Se podían enganchar en las prendas, las alforjas o los propios caballos.

Los rusos (fue soltando a bocajarro Procter) jugarían en casa, no como en México, y podrían reforzar la operación con mucha vigilancia en carne y hueso. Todo el personal de RusFarm estaría compuesto por informadores. También era probable que circulasen alrededor de la finca otros recursos del SVR o el FSB. Si salían a montar, o en coche, los rusos serían todo ojos.

Una noche apareció en la casa de St. Ives un vejestorio de pobladas cejas blancas, hijo, al parecer, de un conde de la corte del último zar, y les impartió un curso acelerado sobre los modales y la etiqueta de la alta sociedad rusa. De su relación con la CIA nadie dijo nada. Casi todo lo que explicó era de sentido

común —mirar a los ojos, cuidar la postura, no meter las manos en los bolsillos, comer más de lo debido—, pero también dio algunos detalles útiles: no enseñar las plantas de los pies, señalar con toda la mano (no con el dedo), extremar la fuerza de los apretones de mano masculinos, no silbar en interiores (daba mala suerte) y dejar un poco de comida en el plato como señal de que se estaba saciado. Al final de la velada, Max tuvo la sospecha de que el personaje en cuestión no tenía nada que ver con la CIA, y llegó a preguntarse si Procter no habría contratado sus servicios por internet.

Max y Sia se pasaron horas mirando imágenes por satélite de RusFarm y los campos de su entorno, y memorizando posibles rutas de escape. Un analista perspicaz descubrió en pleno bosque un pequeño cercado junto a un cobertizo. Perros. Huir a pie no parecía buena idea.

—Llegados a ese punto —le susurró Sia a Max— ya la habremos cagado.

Como hacía años que ninguno de los dos había recibido formación en lucha personal, Procter hizo que un instructor se trasladara en avión para que les diera clases, y Max y Sia estuvieron practicando toda una mañana en el salón para alborozo de su público, compuesto por Procter y los técnicos. Se imaginaron qué objetos y muebles podría haber en las habitaciones de RusFarm, y visualizaron su posible uso como armas. Algunas eran evidentes: cuchillos de cocina, instrumentos de herrar, atizadores... Otras no tanto. El instructor dijo que las asas de los bolsos iban muy bien para estrangular, a lo que Procter asintió de modo cómplice. Las sillas de madera ligeras se podían arrojar contra la pared para desprender una pata y usarla como porra. Igual hasta quedaban las puntas afiladas, dijo la jefa con un gesto inquietante, como de apuñalar.

Max y Sia bajaban cada día a la playa para elaborar un sistema de señales y palabras en clave con el que pudieran comunicarse bajo vigilancia. Casi todo eran avisos de peligro, o activaciones de las vías de escape, o alertas al otro de que siguiera adelante con Anna.

Era la tercera tarde y estaban en la playa, caminando hacia el pueblo. Para ser noviembre hacía calor. Max sentía en su espalda un viento tibio. El agua era brillante, de un azul como de aguamarina. Había unas cuantas familias dispersas por la arena. Dos niños hacían volar una cometa entre gritos de alegría, animados por sus padres, que tomaban vino en sus tumbonas, cogidos de la mano. Indiferente a tanto júbilo, Max concentraba su atención en Sia.

Desde que estaban en St. Ives, Sia sonreía muy poco, y aún se reía menos. Casi nunca surgían destellos de energía entre ella y Max, como en México. Las comidas transcurrían sin pena ni gloria, en una abulia que Max no atribuía a enfado ni apatía, sino al poder absorbente del viaje interior de Sia Fox, cuyo cerebro no pensaba en nada que no fuera la operación, mientras su cuerpo acumulaba fuerzas para lo que estaba por llegar. Por otra parte, aunque las sospechas de Vadim le dieran una excusa operativa inmejorable para proponer que las disipasen en la cama, Max no había hecho la menor insinuación al respecto, entre otras cosas porque Sia se había enfundado la armadura hasta las cejas. También pesaba el orgullo. Flechas para influir en la decisión de Alejandra había tenido muchas, pero no se había sacado ninguna del carcaj para no desequilibrar la disputa por sus favores. De esa disputa, finalmente, limpia, como quería él, había salido perdedor, pero pudiendo mirarse a sí mismo a los ojos. Quería llevarse a Sia Fox a la cama después de un día a caballo por San Cristóbal, no de una clase de espionaje en un ambiente viciado. A menos que lo pidiera ella, claro.

—¿Qué sensaciones tienes? —preguntó.

—De habernos aprendido bien las claves —contestó ella.

—Digo sobre la operación.

Se paró a mirar el agua con las manos en las caderas.

—Mi sensación es que lo de Anna está bien enfocado, y que tenemos posibilidades.

Max ya se esperaba que lo diría así de convencida, pero el tono había sido cortante por otra razón, que creyó adivinar.

—Deberías ir a que te revisaran la cabeza —dijo con una sonrisa burlona, mirando las olas.

—De eso ya se ocupan los psicólogos de Langley —contestó ella esbozando a su vez una vaga sonrisa—, y según ellos estoy bien. Además, también estás tú aquí, ¿no? O sea, que no te pongas en plan clínico, que el que se puede ir a casita, si quiere, eres tú, no la menda. ¿Quieres que ahondemos más en eso? ¿Te apetece explicarme por qué le dijiste a Procter que te quedarías, teniendo tantas y tan buenas excusas para volver al rancho?

—Porque me divierto —dijo Max.

Sia no apartaba la vista de la cometa, con su damero de cuadros amarillos y negros. La brisa movía mechones sueltos de pelo negro por su frente. Los dedos de sus manos, apoyadas en las caderas, iban dando golpecitos en los bolsillos de la chaqueta. Se le había quedado dibujado en los labios un esbozo de sonrisa. Cogió una piedra y la tiró a las olas. Acto seguido, por primera vez en varios días, se rió.

Repasando los principales puntos de la presentación del viejo sobre etiqueta rusa, Procter sacó otra vez el tema del alcohol.

—¿Sois conscientes de las cantidades que os harán tomar? —preguntó—. Al menos en México podíais controlarlo, pero en Rusia... imposible. Os estarán dando todo el día de beber. Tendréis que hacer la operación borrachos o medio borrachos, y necesito pruebas de que rendiréis.

Un técnico se sacó (disfrutando) varias cajas de barritas energéticas Clif de una mochila.

—El nivel de alcohol en la sangre depende de muchas variables —dijo—. Una es la velocidad del vaciamiento gástrico. El estómago tarda bastante en descomponer las proteínas y las grasas, por lo que nos interesa asegurar su presencia en vuestro organismo. —Les acercó la caja a Sia y Max—. Los servicios técnicos han manipulado especialmente estas barritas con una receta

especial. Su contenido en grasa es equivalente al de cuatro Big Macs. Usadlas con prudencia.

También les entregó varios paquetes de un polvo de electrolitos y vitaminas que podía mezclarse con agua.

Procter fue a la cocina y volvió con tres botellas de vodka con las que los instruyó en el ritual de su consumo. Mientras le ponía un vaso a cada uno explicó que no se podía mezclar con nada, y que había que beberlo solo y frío. El técnico, nervioso, empezó a dar golpecitos en el suelo. Procter dijo que les darían *zakuski*, y en ese momento otro técnico reconvertido en camarero les llevó puntualmente un plato de la cocina. Encima había pepinillos, col y setas encurtidas, una ensalada de tomate y pepino y rebanadas de pan negro con arenque curado.

Procter hizo un brindis en ruso que Max no entendió. Todos bebieron y se sirvieron *zakuski*.

—Se considera de mala educación —dijo Procter— no acabarse la botella.

Sirvió otra ronda. Max probó una de las barritas Clif manipuladas, sólo pudo comerse la mitad, aunque al equivaler a dos Big Mac le pareció suficiente. Sia se tomó un solo mordisco.

Después de la segunda ronda, Max cogió un trozo de pan y un pepinillo.

Después de la tercera probó el pescado.

Después de la cuarta repitió pan.

Después de la quinta se acabó la barrita Clif, que se le atragantó.

Después de la sexta probó un poco de ensalada.

Después de la séptima probó las setas y oyó que el técnico vomitaba en el baño.

Después de la octava se sentó y se olvidó de comer.

Después de la novena oyó ronquidos, y se dio cuenta de que Sia se había quedado apoyada en su hombro, inconsciente. En el sofá de enfrente, Procter lo observaba todo mientras bebía vodka de la botella.

De más no se acordaba.

22

St. Ives

Al despertarse, Max oyó el barullo que armaban los técnicos saliendo de la casa. Uno, viendo que reaccionaba, se despidió con la mano. Max miró a su alrededor. Sia dormía derecha, con todo su peso contra él. Los dos estaban vestidos. Procter salió de la cocina con un chándal de terciopelo rojo, una taza grande de café en la mano y el pelo recién lavado. Se la veía muy despierta, pese a haberse bebido una botella de vodka ella sola.

—Sacúdela para que se despierte —dijo.

Max empujó el hombro de Sia, que no reaccionó.

—Hortensia, ¿estás aquí? —dijo Procter haciendo chasquear los dedos—. ¡Yuju, Hortensia, yuju!

Sia bostezó con los ojos cerrados. Max notó que daba un respingo al darse cuenta de que estaba apoyada en él. Al final abrió los ojos, apartándose.

—He mirado como veinte veces las filmaciones de seguridad de México —dijo Procter—: cuando Vadim y Anna discuten, cuando él le tira las píldoras, el sexo a lo bruto... vaya, todo lo que ya sabéis, pero hay un punto del que tenemos que hablar.

Sia se irguió.

Procter sonrió de modo cómplice.

—Ya sabéis a qué me refiero. Sois unos profesionales. No hace falta que diga nada, pero algo diré, porque estamos a punto de mandaros a la guarida del oso.

—Hizo un gesto raro con la mano, como de arañar—. Y si no dijera nada y desaparecieseis lo tendría para siempre sobre mi conciencia, que está como los chorros del oro, por cierto, y no tengo ninguna intención de que me la ensuciéis.

Se bebió un buen sorbo de café.

—Nuestro amigo Vadim tiene sospechas sobre vuestra relación. En México al menos las tenía, y han pasado semanas. A ver... no es que yo quiera saber nada. Y lo que menos quiero es que quede constancia de nada en ningún puto cable, incluida esta conversación. Ni antes ni después de San Petersburgo, ¿me explico?

Max y Sia asintieron.

—Lo que quiero es una solución. Resolved el problema. No podemos permitirnos que los rusos pervertidos que vigilan las cámaras os vean en camas separadas, o cogidos de la mano como si pensarais que el otro tiene un hongo. No digo que tengáis que follar, pero sí hacer como si fuerais dos personas con ganas de follar. Bueno, a ver, ¿qué tenéis pensado?

—Sia podría fingir que tiene la regla —dijo Max.

—Joder, tío, pero qué dices... —dijo Sia.

Procter puso una sonrisa de listilla.

—Di que sí, vaquero. —Luego soltó una pedorreta, señalando hacia abajo con los dos pulgares—. Espera, espera —añadió adoptando un acento ruso horrendo —. Pongamos que me llamo Igor, y que soy el pobre ruso de mierda que no se puede perder ni un minuto de las imágenes de vuestra habitación. Viene Vadim y me pregunta si estáis de tracatrá. El ruso de mierda, o sea, Igor, o sea, yo, le dice que «*niet*, jefe, *niet*, es que es el momento ese del mes», y mueve sus frondosas cejas eslavas para aludir a la menstruación. Entonces Vadim, que, uno... —hizo el gesto de contar con los dedos— parece que no os tiene simpatía, y dos, está convencido de que sois unos troleros del copón... ¿qué hace? Pensar que Sia tiene tampones, o compresas, o lo que sea, ¿no? Y que los habrá tirado. Total, que le encarga que lo compruebe a algún desgraciado que se pone a hurgar por la puta basura buscando los tampones llenos de sangre de Sia como si buscara

trufas. Pero nada, que no aparecen. Vadim piensa que igual es que los tira al váter. La muy desgraciada le está jodiendo el desagüe. Hace que Igor, el ruso de mierda, revise las grabaciones del cuarto de baño. ¿Sale Sia tirando tampones al váter? Si es que no, a Vadim le queda un cabo suelto la mar de interesante. ¿Por qué carajo me han mentido sobre la regla de la tía esta? Y ahí es donde tú, vaquero, o sea, nosotros, quedamos como el culo.

Sia apretó los labios, sonriendo un poco.

—Dos días sin sexo es algo muy normal en las parejas. Dormiremos en la misma cama y actuaremos mejor que la otra vez.

Procter miró a Max, que asintió.

—Lo que ha dicho ella.

—Vale —convino Procter—. Bueno, tengo que coger un avión.

Le dio un abrazo a Sia, y a Max la mano, antes de salir con la maleta de ruedas por la puerta. Sería el último contacto con la CIA antes del viaje. Procter encajó su bolsa en el maletero y se volvió hacia la puerta de la casa, donde estaban Max y Sia.

—Sois la flor y nata de la Agencia —dijo—. Estoy orgullosa de los dos.

Por la noche hubo tormenta en St. Ives. Habían estado separados casi todo el día, corriendo, leyendo o durmiendo la mona. De regreso en el coche de alquiler, a Max, que había ido al pueblo a por pan y vino, lo pilló una lluvia torrencial. Se lanzó corriendo por el camino de entrada con la bolsa en la mano, pero se arrepintió enseguida.

Justo cuando irrumpía por la puerta se rompió la bolsa, demasiado mojada, y Max persiguió la botella de vino por las baldosas de piedra del vestíbulo. Al llegar al salón se encontró a Sia viendo correr los regueros de lluvia en diagonal por los cristales. Llevaba una bata de seda blanca con un jaguar negro. Se volvió hacia él con una copa de vino vacía. Tenía la mirada fría y seria.

—Si se da el caso —dijo—, será importante que funcione, y que trabajemos bien los dos juntos. Que nuestra interpretación despeje enseguida cualquier duda.

Max se agachó a recoger el vino, lo dejó en la mesa de centro y se sentó en el sofá. Sia lo miraba como si fuera transparente.

—Me parece un plan muy sensato —observó él.

Le pidió la copa con un gesto. Después de que Max se la llenara (e hiciera lo propio con la suya), Sia se sentó en el sofá de enfrente con las piernas cruzadas y la bata a medio muslo. Llevaba ropa interior de encaje blanco. El contraste con su piel bronceada era deslumbrante. Max mordió el anzuelo sin reparos, como hipnotizado, porque Sia sabía muy bien lo que se estaba haciendo.

—Te gustan mis piernas.

Su tono seguía siendo neutro, puramente operativo.

—Qué pregunta tan tonta —dijo él.

—No era una pregunta. Bueno, a ver, Maximiliano, dime cómo quieres enfocarlo.

Después de un trago de vino, Max le miró la pierna, lucida de manera supuestamente juguetona, aunque la impresión fuera más bien aséptica.

—Vadim sospechó porque actuábamos —señaló—. Sería más fácil que no actuásemos, que tuviéramos ritmo.

—O que actuásemos, pero con práctica.

—Práctica, ritmo... como quieras llamarlo.

—Desde que estamos en St. Ives no has hecho un solo avance ni has insinuado nada —dijo Sia.

—¿Esta vez sí que es una pregunta? —contestó él.

—Sí, es una pregunta.

—No por falta de interés. Desde que llegamos has estado en otro mundo.

—Somos dos profesionales con una operación por delante.

—Claro, pero debo decir que nuestra profesión no es que tenga unos requisitos muy... normales, ¿verdad? —dijo Max lentamente, sopesando las

palabras—. Nuestro trabajo nos exige cosas raras, aunque a veces se puedan disfrutar.

Sia se levantó y se desató el cinturón, dejando caer la bata. Lo siguiente en caer al suelo fue la ropa interior. Respiraba de forma acompasada, sin ninguna agitación. Pese a haber admirado sus piernas, Max no se había formado una idea exacta de su longitud. Sia le enseñó sus nalgas, señalando el lunar que había en la izquierda por si a Max le pedían alguna demostración de que conocía su cuerpo. Luego se puso de cara con los brazos cruzados en el pecho.

Él se quitó el jersey gris y se bajó los tejanos y los calzoncillos. Tras recorrer su cuerpo con la vista, Sia se acercó y se detuvo a un solo paso, mirándolo a los ojos a la vez que le ponía una mano fresca en el pecho, rozándole la piel con los dedos.

Lo tomó en la mano y lo atrajo hacia ella hasta que la distancia entre sus labios fue sólo de centímetros, mientras seguían mirándose a los ojos. Max sintió en el pecho la presión de sus pezones, tiesos por el frío. Había avidez en los ojos de Sia, y en su mano Max creció rápidamente.

Él le acarició las caderas y los muslos, y en una incursión de su mano comprobó que estaba maravillosamente preparada para acogerlo, pero al besarla se encontró con unos labios inmóviles y desapasionados. La empujó con suavidad hacia el sofá. Ella se resistía, y su mano evitó que se movieran. Finalmente lo besó, un beso abierto, lento y húmedo, pero luego se apartó, y él vio que tenía la sonrisa torcida y se pasaba la lengua por el labio inferior como si su única intención hubiera sido memorizar el sabor para futuros testimonios. Reapareció fugazmente la expresión con que lo había mirado en Palo Alto, en el avión de Procter: una mirada que decía «te voy a domar, y puede que de paso me divierta un poco». Max se había metido en una trampa. Lo peor era que estaba dispuesto a recaer gustosamente, y que ella lo sabía.

Sia miraba sonriendo el resultado de sus palpaciones.

—Dios mío —dijo él en español—, pero qué mala eres.

Ella lo miró a los ojos y le dio una palmada en el hombro, como entre

camaradas.

—Funciona —dijo.

Petrificado, e insatisfecho, Max la vio recoger tan tranquila su bata y su ropa interior. Ya no estaba tan seria. Al atarse la bata canturreaba. Subió descalza, y al llegar al rellano le dio las buenas noches con jovialidad antes de cerrar suavemente la puerta de su habitación.

Por la mañana, al despertarse, Max oyó el mar a lo lejos y volvió a ver por detrás de sus párpados cómo se deslizaba la bata de Sia hasta el suelo. Mientras se duchaba y se afeitaba se dio cuenta de que se le habían quedado grabados algunos fragmentos de esa experiencia como de otro mundo: la mirada invitadora de los ojos grises de ella, sus largas piernas y el olor floral que rodeaba sus labios. Al vestirse se quedó dos veces en suspenso, imaginándose con languidez que la veía quitándose la bata con un encogimiento de hombros.

Dieron su último paseo por la playa antes de irse de St. Ives y, a pesar de que hacía un frío que pelaba, se encontraron con la misma familia de la otra vez: los niños haciendo volar el cometa, y los padres en las tumbonas, con sus abrigos y su vino.

Los niños se alejaron corriendo. Al paso de la cometa apareció una idea.

Aunque el día anterior no se lo hubiera planteado, Max cada vez sentía un mayor compañerismo con esa mujer tan hermética. Quería que ganasen.

—Tengo algo que podría ayudarte a captar a Anna —dijo—, algo que la ablandaría.

—Pues dímelo —contestó Sia.

—*Penelope* —dijo Max—. Nos llevaremos a Rusia el caballo de mi madre.

23

Moscú

Con un parpadeo de luces azules, el Mercedes de Chernov cortaba a gran velocidad las calles de Rubliovka, donde el tráfico se abría a su paso como el agua. El conductor cambiaba sin parar de carril como si fuera a romper el volante por la fuerza con que lo apretaban los tendones palpitantes de sus manos. La sucesión de pueblos que formaba Rubliovka había servido de evasión de la ciudad desde la época de los Románov. Ahí, a diferencia del centro de Moscú, el aire no olía a fuego de turba y bencina, sino a dinero. Había un centro comercial con un concesionario Bentley y una tienda de Prada para entretener a las mujeres recluidas en ese zoo. Las casas, todas con sus verjas y garitas, eran colosales. Pocas se veían desde la calle. Aun así, mirando por las ventanillas del Mercedes Chernov distinguió una de un rosa como de repostería o de casa de muñecas.

Si alguno de los residentes de Rubliovka hubiera sido tan tonto o tan pobre como para caminar con ese frío —descripción a la que no se ajustaba ningún compatriota establecido en el lujoso enclave—, no se habría fijado en el coche oficial que transportaba raudo a Chernov. En la zona vivían muchos altos funcionarios: primeros ministros, el ministro de Defensa, varios magnates del petróleo... Antiguamente, gran parte de los terrenos habían sido del KGB, y muchas de sus parcelas habían pasado a manos de su principal sucesor, el FSB. Era costumbre usar las *migalka*, las luces azules, cuando se circulaba muy deprisa.

La verja de entrada a la dacha del Ganso se deslizó hacia un lado, el chófer de Chernov saludó con la mano y dejó atrás como una exhalación al pequeño destacamento de vigilancia formado por miembros del Servicio Federal de Protección. Al otro lado una estrecha carretera discurría entre altos pinos cubiertos de nieve reciente.

Chernov bajó del coche y, rodeado de aire frío, miró las cúpulas doradas de la capilla caqui que se había construido el Ganso en su finca. No era la primera vez que elegía un traje negro de Zegna para acudir a una reunión con el Ganso. Era un estilo que se había puesto de moda entre los altos cargos del gobierno tras lucirlo el *joziáin* en la Lubianka durante un discurso conmemorativo para el Día de los Chekistas. Fue hacia la iglesia por un camino de grava bordeado de árboles, sin apartarse del centro para no ensuciarse los mocasines con el barro de los bordes.

Al abrir la puerta de la capilla fue recibido por las altas vidrieras que, sobre el altar, representaban escenas de soldados clavando la bandera soviética en los escombros de Stalingrado. Pasó bajo un arco adornado con un mosaico de ciudadanos con una pancarta donde ponía CRIMEA ES NUESTRA. En el siguiente arco deslizó sus dedos por un friso donde varios ángeles protegían celosamente a los soldados rusos mientras imponían la paz en la levantisca Georgia. El Ganso lo esperaba en un banco hecho con el metal fundido de un tanque de la Wehrmacht capturado por el Ejército Rojo al expulsar a los nazis de Leningrado. El jefe estuvo un momento callado, estirándose con gesto ausente la tela de los pantalones y cerrando los ojos a ratos como si rezara, o como si le doliera algo. Chernov esperó a que hablase.

—Ha llegado la hora —dijo finalmente el Ganso—. No nos ha dejado alternativa.

—¿Represalias? —preguntó Chernov con sorpresa.

—No, no, no —respondió el Ganso mirando fijamente la hoz y el martillo de la vidriera—. Nos las tenemos con un único noble inquieto, no hace falta alterar

al resto del rebaño. Y no hay que cargar la mano, ¡que es un antiguo general del KGB, por Dios! Hagamos cumplir la ley, pero sólo hasta un punto en que todos entiendan que tienen que hincar la rodilla.

Desde luego, el Ganso debía hacer toda clase de consideraciones políticas antes de destruir a Agápov, pero desde el punto de vista moral no había fronteras ni límites. ¿Cómo iba a haberlas, si el origen de todo lo divino estaba en Rusia, y él era la espada del Estado?

Hacía falta mucho papeleo para detener a alguien, pero en el caso de Agápov, por suerte, los documentos que daban cuenta de su promiscuidad delictiva eran sencillos de recopilar, ya que en Rusia no se puede vivir sin infringir la ley: es un zarzal impenetrable y lleno de contradicciones que convierte a todo el mundo en delincuente. Se trata tan sólo de encontrar la ley adecuada. Para Chernov, cualquier persona sin antecedentes penales oficiales era un ejemplo preocupante de negligencia y falta de atención por parte del FSB. Le gustaba mucho el proverbio de la NKVD de Stalin: no es mérito tuyo que no tengas antecedentes penales, sino error nuestro.

Abrió el expediente en su ordenador. No era un documento de acceso público. Estaba protegido por un privilegio de secreto de Estado que lo mantenía fuera del alcance del acusado, la Fiscalía General y los tribunales. El FSB lo había ido engrosando a base de informes donde se recogían las diversas infracciones de Agápov. Los hojeó sobre la mesa de su austero despacho con vistas a la Lubianka, una mañana moscovita despejada y glacial en que todo era frío, hasta los rayos del sol. Los informes contenían pruebas de malversación de fondos públicos, operaciones muy complejas de *mirror trade* dentro del brazo financiero del conglomerado y devoluciones de impuestos falsificadas.

Algunas de las conversaciones interceptadas entre los aliados de más alto rango de Agápov contenían alusiones apenas veladas a sobornos de funcionarios

de la autoridad fiscal. Todo entraba en lo normal, en lo ya conocido, pero aun así Chernov necesitaba papeles. Hasta Stalin había insistido en que los hubiera.

Llamó por teléfono a Evguenia Yegórova, la presidenta del tribunal municipal de Moscú.

La conocían como «la Dama de Hierro», pero no había sido siempre así. Una vez, para meter en vereda a la vieja jueza, Chernov había ido a su casa y, como era el cumpleaños de su marido, se lo había llevado a comprar un buen coche. Más tarde, Yegórova dijo que había sido un secuestro, pero su valoración pecaba de un exceso de severidad. Llegados a un concesionario, Chernov le había dicho al marido, que temblaba, que podía elegir cualquier coche. ¡Qué menos, siendo su cumpleaños! Una palmada en la espalda.

—¿Y si no quiero ningún coche? —había balbuceado el marido.

—¿Qué es eso de que no quiere ninguno? Nos sorprendería muchísimo que rechazase un regalo de cumpleaños. ¡Sería un disgusto enorme! —Chernov había pasado la mano por la reluciente carrocería de un Serie 7 azabache—. Éste está muy bien. ¿Verdad que ni se le pasaría por la cabeza rechazar un regalo del Ganso?

A la tercera señal oyó la voz melosa de Yegórova. Le explicó el caso, pero a base de conceptos y de teorías, sin usar aún ningún nombre.

Estuvieron hablando de posibles sentencias: prohibición de hacer negocios en determinados sectores, una multa veinte veces superior a la cuantía de sus sobornos y doce años en un campo de trabajos forzados. Cuando volviera de Siberia (si es que volvía), Agápov podría pagar las costas judiciales trabajando de camarero.

—¿Usted cuál cree que debería ser la sentencia? —preguntó Chernov.

—¿Cuál quiere usted que sea? —respondió la jueza con un tono de hastío absoluto.

24

RusFarm

En la época de la primera visita de Anna a las tierras que acabarían siendo RusFarm, los establos se caían a trozos, y los dormitorios eran meros y vetustos esqueletos. En los días finales del colectivismo se habían llevado cualquier trozo de madera, metal y loza reutilizable.

A Anna le gustaba más entonces. Los antiguos dormitorios, reconvertidos en vivienda, eran pequeños, pero, gracias a los esfuerzos de su madre, acogedores. Los jardines, abiertos a un inmenso bosque de abedules recorrido por arroyos y senderos, estaban salpicados de huertos. Levantaron un establo para sus dos caballos. Anna conservaba recuerdos entrañables de antes de que se marchitase la vida. Entonces aún no lo llamaban por el ridículo nombre de RusFarm, por supuesto.

Fue Vadim quien insistió en derribar la vieja granja. Anna dijo que era lo único que no podía tolerar. Demasiados recuerdos de su madre. Por favor, que no necesitamos ninguna gran mansión, y menos aquí. Vadim replicó que necesitaban un sitio donde recibir al presidente, y que demolerían la casa vieja para construir una grande. «¿Has visto su palacio en Idokopás?», preguntó con la condescendencia de quien sabe cosas secretas. Ella contestó que lo conocía de oídas, y que no quería ver convertida la casa de su madre en un castillo macabro. Sabía que al *joziáin* le gustaban las cosas de los otros en más grande, o en mejor.

¿Tenías una casa grande? La de Putin tenía que serlo más. ¿Tenías caballos? Él quería algunos más, y más valía que fueran más veloces que los tuyos.

Vadim no le hizo caso. Era incapaz. Por aquel entonces siempre estaba mirando su reloj. A las amenazas respondía con muecas, y después de algunos gestos displicentes alegó que tenía que volver a Píter para unas reuniones. Le dijo a Anna que las cosas tenían que ser así, que era lo que quería el presidente y tal y cual.

Según él, era al propio *joziáin* a quien se le había ocurrido el nombre, RusFarm. Decía que le granjearía reconocimiento internacional, porque a los extranjeros les sonaría a ruso, pero sin las complicaciones del idioma. Anna a duras penas podía decirlo en voz alta.

Durante unos días tendría que fingir un profundo amor por esas tierras. Habría público, y no estaría limitado a Sia y Max.

Anna, Vadim y Grigori, el técnico de SO del SVR cedido para la operación, estaban sentados frente a la chimenea encendida de una sala de estar, repasando la cobertura del sistema existente de seguridad y decidiendo dónde colocar las nuevas cámaras. Sobre la chimenea, una cabeza de jabalí disecada presidía la conversación con ojos muertos en los que se adivinaba un punto de vergüenza ajena. Vadim estaba levantando la voz y dando golpes con un pie en el suelo. Le había puesto de mal humor hablar del dormitorio de Max y Sia.

Anna lo señaló en el plano de la casa e interrumpió a Grigori con un gesto de la mano.

—¿Aquí dentro tienes ojos, Vadim?

Vadim apoyó los pies en la mesa de centro y enfocó la vista en su teléfono sin contestar. Anna miró un momento la mesa, con patas en forma de zarpas. Era una pieza cara, consejo de la interiorista italiana contratada por Vadim. Supuso que la había comprado antes de acostarse con ella.

—A ver, cariño —dijo—, ya sé que esto es tu casa de putas, y que lleva siéndolo desde que volví a Moscú y me desentendí de seguir ayudando, pero la

operación la llevo yo, y necesito que me digas si aquí dentro ya tienes una cámara.

Apoyó el dedo en el plano. Él estampó el teléfono en la mesa y se estiró la oreja.

—Sí, ya tengo una.

—¿Dónde?

—En el techo, encima de la cama.

—Perfecto —dijo Anna—. Una menos que instalar para Grigori.

Fueron siguiendo el plano pieza a pieza para decidir dónde necesitaban audio, vídeo o las dos cosas. La vieja granja había acabado por dejar su sitio a esa especie de pabellón de caza sobredimensionado y chabacano donde todo estaba recubierto de oro, mármol, cristal y madera oscura. Las habitaciones —muy numerosas— estaban saturadas de opulento mobiliario barroco. RusFarm era una oscura metáfora de la vida de Anna: lujo en abundancia y ni rastro de alma.

Grigori estaba señalando la parte para mujeres de la casa de baños. Vadim volvía a no poder estarse quieto. Anna puso los ojos en blanco.

—¿En los baños para mujeres ya hay cámaras, Vadim?

Él miró con una sonrisita su reflejo en los zapatos de piel que llevaba. Sonriéndole a Grigori con cordialidad, Anna dio una palmada en el plano.

—¡Pues mira tú qué bien! ¡Ya tenemos hecha la mitad!

Anna descolgó el teléfono de la caja gris de la entrada del depósito de cadáveres de Kírishi. Tras abrirle la puerta con el interfono, el forense salió a recibirla al vestíbulo y la llevó a su despacho, que olía a humedad.

Ahí los esperaba Dasha, que en el año 2012 había estado a punto de formar parte del equipo olímpico ruso y a quien habían reclutado como colaboradora en la operación debido a sus talentos físicos.

El forense dijo que disponían de cinco difuntos: cinco opciones, a menos que hubiera algún plan de incrementar el número. Parecía a punto de sonreír, pero

ella no tenía tan claro que lo hubiera dicho en broma.

—Sólo hay dos que se ajusten —dijo Dasha—, los dos hombres. Sin parientes, que se sepa, y no muy gordos.

Consultaron sus respectivas fotos en el expediente.

—Éste —dijo Anna señalando a Kiril Alexéyevich Bogdánov.

—¿Por qué? —preguntó Dasha—. Pesa un poco más que el otro.

—Es guapo —respondió Anna—, y tú también eres muy bonita. El otro es demasiado feo para ser tu marido.

—Bueno, igual es que era rico —dijo Dasha pensativa—. Era feo, pero con dinero: un Forbes. Me llevaba de compras y me montó un piso.

—¿Le ves pinta de rico? —preguntó Anna.

—Igual poniéndole un traje caro... y un reloj... —intervino el forense—. Y perfume del bueno; así se disimularán los conservantes.

—Es por la cara —dijo Anna—: tiene cara de pobre. Y tampoco es que sea muy guapo.

Fueron a las neveras. Los pasillos olían a formol y a moho y estaban llenos de letreros (NO SACAR NINGUNA PARTE DEL CUERPO SIN FIRMAR, SE RUEGA PONER LOS CADÁVERES EN LAS NEVERAS CON LOS PIES POR DELANTE). El suelo estaba algo inclinado para que los líquidos no se encharcaran. Kiril estaba en una camilla, dentro de una de las neveras. El forense lo sacó y abrió la cremallera. Dasha practicó levantándolo. Era fuerte y corpulenta (había sido levantadora de pesas). Consiguió levantarlo por encima de su cintura y, después, lo puso otra vez en la camilla como quien alisa el mantel sobre la mesa.

—Pobre marido mío —dijo acariciándole la mejilla.

El forense volvió a cerrar la cremallera y volvió a meter a Kiril en la nevera.

—Muerto en la flor de la edad —dijo Dasha.

Anna volvió a la granja para recorrer la mansión y los terrenos con Vadim, mientras Grigori y sus hombres acababan de instalar las cámaras y los micrófonos. En la sala de cine vieron que los técnicos escondían cámaras en la pared. Salieron y dieron un paseo por uno de los jardines. Había dos hombres subidos en escaleras, manipulando focos montados en troncos.

Mientras recorrían la parte nevada de la carretera elegida para el lanzamiento, Anna señaló unos cuantos abedules despoblados.

—Los cámaras más grandes y visibles ponedlas ahí —le dijo a Grigori.

Pasaron al lado de los alsacianos, que no dejaban de ladrar. Anna obedeció al impulso de meter las manos en los bolsillos. Eran animales que no le gustaban, porque a veces mordían al personal, y por culpa de uno el jardinero había vuelto del hospital con dos dedos de menos. La pareja se acercó a la casa, dejando a Grigori con sus quehaceres.

—Necesitaré estar con ella todo el tiempo posible —dijo Anna—. Lo mejor es que a Max lo tengas ocupado tú.

—Se me ocurren algunas ideas —dijo Vadim.

Rodearon la fuente del camino de entrada, enfrente de la casa. Sobre ellos se erguía una estatua de un semental con las patas delanteras en alto y las orejas y la larga crin a la altura del tejado. En verano le salía agua por la boca. Qué lugar tan absurdo... un Versalles de pacotilla en pleno bosque ruso. Al pasar junto a la fuente dormida, Anna escupió en el vaso.

—Vadim —dijo—, es importante que tus ideas no siembren el caos entre los dos. Si ella ve peligrar su relación será más difícil captarla.

Una sonrisa tensa dio firmeza a los labios de Vadim.

—¿Y por qué iba a peligrar la relación por pasar unos días aquí?

Anna se volvió hacia él.

—Nada de putas, ni de... —dibujó unas comillas en el aire— «personal» a vuestro servicio en la casa de baños. Tensando su relación no se consigue nada, ¿me entiendes?

Él se hizo el sordo.

—Siguen sin cuadrarme del todo como pareja, Ania. ¿Qué hace él con ella?

Anna contempló la vigilante fachada de la casa. Era evidente que su marido no podía entender que una pareja se basara en algo más que en dinero, poder o sexo, pero como Anna no podía a arriesgarse a provocar las iras de Vadim, se limitó a regañarlo.

—¿Qué pasa, amor mío; por fin hemos descubierto a una mujer que no te resulta atractiva?

—Atractiva sí lo es —contestó él—, pero juntos... se los ve demasiado educados.

—Los observaremos en el dormitorio para comprobarlo —propuso ella.

No estaba necesariamente en desacuerdo con Vadim: algo raro pasaba, pero su planteamiento de la operación haría que ese algo careciera de importancia.

—Muy bien —repuso él—. Me comportaré y me aseguraré de que Max también se comporte. Iremos a la sauna y puede que a pegar algunos tiros.

—Tú mantenlo ocupado —pidió Anna.

Se oyó el estruendo de una camioneta que llegó a la rotonda y frenó al pie de la escalinata de mármol. La conductora bajó la ventanilla.

—Hola, Dasha —le dijo Anna—. ¿Te ha dado algún problema el granjero?

—No, aunque me ha preguntado por qué quería sólo la sangre.

—¿Y tú qué has dicho?

Dasha se puso dos dedos delante de los dientes de arriba, imitando unos colmillos.

—Vampiro —dijo.

TERCERA PARTE

Zajvat («Captura»)

25

RusFarm

Los sementales purasangre de seis millones de dólares no viajan de México a Rusia en vuelo comercial, ni tampoco directo. El itinerario de *Smokey Joe* y *Penelope* fue como jugar a la rayuela: primero en camión desde San Cristóbal hasta la Ciudad de México, luego en avión a Miami, donde hicieron dos días de cuarentena en un establo en las afueras de Coral Gables, y después un salto transatlántico hasta Londres, para otra estancia en un establo y ser recogidos por Sia Fox antes del tramo final hasta San Petersburgo. El 737 contratado especialmente para la ocasión estaba preparado para traslados equinos por vía aérea: en vez de asientos había compartimentos, en los armarios del equipaje colgaban bocados, bridas y arreos, y aromas a paja y estiércol sustituían el típico olor del aire reciclado.

Daba mala suerte no acompañar a los caballos. Antes de nacer Max, su padre había renunciado a viajar con un semental de primera vendido a una empresa de Lexington, y el animal se había asustado y, como los tranquilizantes no hacían efecto, habían tenido que sacrificarlo mientras sobrevolaban el sur de Texas. Desde entonces los Castillo siempre volaban junto con sus caballos.

El proceso de embarque era invariable: primero hicieron subir a *Penelope*, la yegua, y la pusieron en un compartimento de cola. Luego, un mozo le puso Vicks VapoRub en la nariz a *Smokey Joe* para que no captase el olor de *Penelope*, y lo llevaron a la parte delantera del avión, a un compartimento desde

donde no podía verla. Estaba bien adiestrado, pero no se podían correr riesgos: una tentativa de cópula a treinta y cinco mil pies no sólo pondría en peligro el honor de la querida yegua de la madre de Max, sino también la integridad estructural de la aeronave y las vidas de todos los que iban a bordo. A los caballos se les administró Xylazine, a Max y a los demás mexicanos, mezcal, y a Sia, una pastilla de Ambien (había trasnochado con sus compañeros de Hynes Dawson). Sólo despertó cuando el tren de aterrizaje tocó la pista en el aeropuerto Púlkovo de San Petersburgo.

Se acercaron dos SUV Rolls Royce negros, uno de los cuales llevaba enganchado un remolque para caballos. El casco del avión recibió el impacto de una escalerilla. Max se asomó a mirar con cara tensa qué pasaba fuera.

Abierta la puerta por un auxiliar de vuelo, un hombre asomó la cabeza y miró a todas partes hasta detenerse en Sia y sonreír.

—Bienvenidos a Rusia. Los señores Kovalchuk sienten no haber podido venir a recibirlos.

Se apartó para dejar pasar a un funcionario de aduanas. Revisar la documentación podía ser un proceso muy tenso, pero Vadim había organizado que entraran en Rusia por lo que se conoce en el país como el «pasillo verde»: Max y Sia serían objeto de una revisión muy somera. El funcionario que acababa de subir no les registraría el equipaje, ni pasaría sus dispositivos electrónicos por ningún escáner. Echó un vistazo rápido a sus pasaportes y visados sin mirar siquiera los certificados de vacunación de *Penelope* o de *Smokey Joe* y, con un gesto escueto de la cabeza, regresó al calor de su coche, que salió disparado hacia la terminal.

Salieron del avión, zarandeado por un viento gélido. El cielo era una lámina de un gris carbón que amortiguaba el sol. Los mozos guiaron por la rampa a *Smokey Joe* y *Penelope* y los metieron en el remolque. Sia se subió la capucha forrada de piel y se arrebujó en su abrigo negro.

Sin comunicación con Langley.

Sin inmunidad diplomática.

Sin salvavidas. Estaban solos.

Y en peligro de muerte. No habría querido estar en ningún otro sitio.

Entre su salida de Lyric y su incorporación a Hynes Dawson, en Londres, habían pasado cuatro meses. A sus amigos y parientes, Sia les había contado el cuento de que dedicaría el pequeño paréntesis de libertad laboral a viajar, y no sólo a Ciudad del Cabo, como era evidente, sino también a algunos sitios por placer: primero Roma, y después, quizá, de aventura por Alaska. Alquilaría una caravana y estaría uno o dos meses fuera de circulación.

Mientras su familia la hacía en Alaska, fue al norte de Virginia para un TOTT, siglas de Tier One Target Tradecraft: el programa de formación de élite que recibían los NOC y los agentes desplegados en los destinos más difíciles, como Rusia, China, Irán, Corea del Norte y Bielorrusia. Eran clases pequeñas, en su caso de sólo seis alumnos, y ella entró porque tenían previsto que viajara con frecuencia a Moscú.

El primer día fue en un aula, con un profesor para cada uno de los seis. A ella le tocó un tal Jon, un carcamal que también sería su tutor para el conjunto del curso. Treinta y un años de servicio, casi todos adscrito a la Casa Rusia o similares. Todo el pelo blanco por el baño de luminol que le habían pegado los rusos durante una de sus estancias en Moscú. El aula estaba en una casa colonial de ladrillo rojo de las afueras de Washington. Jon dijo que el sitio en sí no tenía importancia, porque ellos estarían en la calle, no en despachos.

El porcentaje de fracaso en el TOTT era del cincuenta por ciento, les explicó la primera mañana, mirándolos a todos a los ojos. Se lo tomaban muy en serio, porque aprobar a alguien, y que luego ese alguien la cagase, podía comportar la muerte de un agente. El que se equivocase al diseñar su ruta, que se olvidase de que lo apoyaran. El que no detectase las escuchas, tres cuartos de lo mismo. El

que cancelara la operación pensando erróneamente que las tenía en todas partes, igual. Y el que documentase mal algo, lo que fuera... pues lo mismo, en efecto. Lo principal era la seguridad de los activos, que tenían prioridad en todos los casos, y cuando a ellos, los alumnos del TOTT, los dejaran sueltos en terreno inhóspito, por lo que más se velaría sería porque no pusieran en peligro la vida de ningún activo.

El TOTT no era lo que se les impartía a los SEAL. No era el BUD/S, aunque en momentos muy puntuales Jon y otro de los profesores bajaran saltando de una camioneta para ponerle a Sia una bolsa en la cabeza y llevársela a su falsa cárcel, que de hecho era el trullo de verdad del condado de Madison, en Virginia, donde los instructores habían recreado con acierto su visión de un gulag: de las celdas adyacentes salía un coro continuo de gritos, y más adelante Sia se enteró de que el insoportable hedor procedía de cinco kilos de ostras dejados a su suerte detrás de un radiador. Cuando llevaba tres días en la celda llevaron a una vagabunda, una tal Lucy —quizá una profesora, aunque eso Sia no llegó a averiguarlo—, que iba pasadísima e insistió hasta las náuseas en que Sia confesara sus delitos, ahorrándoles la molestia de pegarle un tiro en la cabeza.

Se pasó todo el TOTT con falta de sueño, aunque por la noche su cuerpo reclamara a gritos reponerse del trajín casi constante de los días, que entre otras cosas solían consistir en cuarenta o cincuenta kilómetros a pie o en bicicleta para planificar itinerarios. Tiempo de comer nunca había. Se pasaba los días hambrienta.

De lo que trataba el TOTT era de llevar a su límite absoluto la capacidad de hacer varias cosas a la vez, manipular el entorno físico y crear oportunidades para actos operativos en lugares donde se estaba expuesto a una vigilancia constante. El resultado era que Sia estaba mentalmente tensionada veinte horas al día, toda la semana, preparando y planificando tareas operativas de apariencia sencilla en una zona que abarcaba toda la ciudad y el área metropolitana de Washington. Le alquilaron un piso en Clarendon. Su despacho ficticio estaba en

la propia capital, justo al lado del barrio de Dupont. Los formadores reproducían las herramientas de un servicio de inteligencia hostil en los peores entornos operativos: Pekín, Moscú, La Habana, Minsk y Teherán. Estaba en juego la exhaustiva red de cámaras de vigilancia de Washington. El primer día, Jon le explicó que el servicio tenía escuchas en su piso y le había puesto una baliza en el coche, además de pincharle el teléfono y hacerse con todos sus datos de telecomunicaciones.

En cualquier momento podía producirse un secuestro, una detención o un interrogatorio. Poco a poco se iban enterando de los casos más míticos: agentes convertidos en un mar de lágrimas bajo las luces de la sala de interrogatorios, otros que lograban huir de las brigadas de captura (interpretadas por los del FBI), otros que atacaban a los guardias, los tontos que aceptaban verse con agentes de contrainteligencia hostiles (sus profesores disfrazados) y eran expulsados inmediatamente del curso...

La única certeza era que el TOTT llegaría a su fin al cabo de ocho semanas, y que aprobarían o suspenderían. Sólo había dos notas.

Fue entonces cuando Sia averiguó que el espionaje a la vieja usanza estaba muerto y enterrado.

A la difusa luz de las ventanas sucias, Jon mostró en alto su teléfono. El promedio de aplicaciones, dijo, era de setenta y dos, y todas emitían polvo digital que conectaba con decenas de sensores y torres invisibles. Ya no les hacía falta pillarte durante una ruta de detección de vigilancia. Solamente tenían que juntar todos los datos y pillarte después. Entonces mataban a tu agente.

Se dispersaron después del primer día. En el TOTT se iba solo. Para Sia, mejor: ella se movía bien sola.

Jon iba a su piso con frecuencia semanal para ponerle los deberes: localizar un sitio para un encuentro corto, encontrar un escondite y dejar diez mil dólares para el agente, elegir una ubicación para señales y poner una... Sia hacía planes, los ponía por escrito, se los presentaba a Jon y pasaba a la fase ejecutiva. A veces

Jon la interrumpía, intentando cortarle el ritmo para ver cómo reaccionaba. Un agente cambiaba la hora o el lugar del encuentro, o se la requería urgentemente esa misma noche para un encuentro con un voluntario. Una vez la asaltaron diez minutos antes de que pudiera colocar la señal y le pusieron una almohada en la cabeza. Una instructora muy desagradable la zarandeó de tal manera que le dejó un *collage* de morados en las muñecas y las costillas. Volvieron a arrastrarla a la cárcel del condado de Madison, y esta vez pasó la noche encadenada al radiador del que salía el olor de ostras podridas.

Su último encargo fue encontrar una ubicación para una entrega en movimiento con un agente el 11 de abril a las 22.13 h, y realizarla. No parecía muy difícil.

Sia inspeccionó, planificó y perdió casi tres kilos en una semana porque no comía ni dormía, y aunque diera una impresión de calma, y hasta de serenidad, su corazón latía como un bombo. Nada de sudor, ni de temblores, ni de mirar por encima del hombro, ni de no tener quieta la cabeza. Los abogados normales no practicaban el espionaje callejero. No se paseaban por Moscú hechos polvo. Eran grises, aburridos. Sia daba una imagen aburrida, pero su cerebro era un simulacro de incendio perpetuo.

El día del encuentro se obligó a comer una tostada seca en su piso y luego cogió el metro a Dupont, a su «despacho», un edificio de hormigón propiedad de la Johns Hopkins University. Por dentro su cabeza era un caos. No paraba de catalogarlo todo, ni de tomar apuntes mentalmente sobre el mundo entero. Comió en un mexicano, al este de Kalorama, y se tomó un café en la misma zona: una abogada sosa del montón con una pausa larga para comer.

Pero Sia no era una abogada del montón, ni tampoco una alumna del montón. Los del montón habrían pensado algo así como «si me presento en la ubicación y me están vigilando me expulsan, y no sólo del TOTT; ya me puedo despedir de que me asignen algo; como la cague, adiós a mi carrera». Sia no. Ese día, en lo

único que pensaba era en ganar, en derrotar a Jon y sus vigilantes. No se planteó en ningún momento, ni remotamente, la posibilidad del fracaso.

Volvió a la oficina desde el bar. Jon estaba fuera, en su coche, tecleando en su iPad y hablando en voz baja por un auricular de radiofrecuencia. Normal. Era el director de orquesta de la facción rival, y a Sia le tocaba ignorar su presencia. Estuvo perdiendo el tiempo en el despacho hasta las cinco de la tarde, hora en que volvió a su piso. No había detectado a ningún vigilante callejero de los de Jon. Claro que tenían controlados su teléfono, su coche y su piso. Sabían dónde estaba. Iba siendo hora de cambiarlo.

Al llegar a su casa se puso ropa de deporte, cogió una bolsa —que hizo a oscuras en su armario— y salió hacia el gimnasio. Durante el TOTT había ido cada día al salir de trabajar. La bolsa —en cuyo interior estaba su teléfono— la dejaba en una taquilla. A veces hacía pesas; otras, nadaba, y otras, corría.

Esa noche estuvo haciendo pesas veinte minutos y después salió a correr. Fuera, en el aire primaveral. Sin móvil ni coche. Con ropa de exterior: pantalones de yoga, chaqueta fina y gorra con visera. Durante la primera semana, al hacer prospección de sitios donde dejar señales, se había dado cuenta de que llevaba falda y blusa. A ver, Hortensia (le dijo Jon en la sesión de control), ¿tú crees que por Rock Creek Park, en medio del barro, se puede ir con falda? A cualquier observador le habría parecido que seguía una ruta aleatoria, como si fuera improvisándola sobre la marcha, pero le había costado días planificar hasta el último giro y la última parada para recuperar el aliento. Se conocía al dedillo hasta la última cámara.

Catalogaba a la vez que corría: caras, coches, ropa, cambios minúsculos en el entorno... Una casa de ladrillo blanco tenía las persianas recién pintadas. Fuera de otra había flores plantadas recientemente. Había una puerta de garaje abierta que solía estar cerrada. Algunas partes del itinerario las había recorrido decenas de veces a lo largo del curso, por la noche, por la mañana, con lluvia y con sol.

Tenía que sentir la calle. Cada segmento de la ruta de detección de vigilancia tenía que decirle algo, susurrarle si le estaban dando caza.

A las dos horas llegó a Crystal City y al frondoso barrio donde se efectuaría el intercambio en movimiento, junto al parque. No había experimentado tanta sintonía con el mundo en toda su vida. Todos los colores, sonidos y olores eran absorbidos, procesados y clasificados. Todo fluía. Estaba corriendo bien. Iba a ganar, qué coño. El mundo cantaba, y ella lo veía todo. Había elegido una zona de provocación (una ZP) cerca del parque. Era donde daría ella caza a la vigilancia, no al revés. Una última comprobación previa al encuentro. Esa noche tenía pensado pararse, asomarse a un contenedor de basura y meterse dentro. Parecía bastante para que se delatasen todos los posibles vigilantes.

Salió del barrio cortando por la calle Treinta y tres, entre tiendas y restaurantes. Luego torció a la derecha para volver hacia el parque y, corriendo más deprisa, pasó al lado de una farmacia y un club de estriptis bajo, con pinta de asador, antes de entrar en un aparcamiento al aire libre compartido por una gasolinera y un sitio de kebabs.

Justo en medio de su ZP había dos turismos negros con el motor en marcha. Los matones de mierda de Jon, que le cortaban el ritmo, los muy hijos de puta. Igual que la noche del asalto y la paliza. Esa noche no haría falta meterse en ningún contenedor. La oposición ya había dado señales de vida, desafiándola a que entrase en acción. Vale, pues a jugar.

El juego era el siguiente: despistar a la vigilancia sin que se diera cuenta de que la habías despistado.

Ganar consistía en manipular el entorno para liberar unos segundos en los que ejecutar el intercambio y marcharse.

Fue hacia el parque como si hiciera jogging. Lo había elegido con precisión quirúrgica. El terreno estaba un poco rebajado, una leve hondonada rodeada de pinos y abetos. Desde el aparcamiento se llegaba por dos pasarelas que subían hasta el punto más alto antes de meterse en bajada por el parque. En los otros

lados no había accesos. Cobertura irregular de las farolas y las luces de los campos de fútbol. Si conseguía llegar a lo alto del camino antes de que los hombres de Jon salieran de sus coches dispondría de diez segundos —exactamente diez— para realizar el intercambio. Si el agente —al que esa noche interpretaba Jon— llegaba tarde, Sia cancelaría la operación.

Corrió hasta el fondo del aparcamiento, subió por la pasarela y esquivó a los adolescentes reunidos después de un partido de fútbol. Ya estaba en el punto más alto, debajo de los árboles. Oyó portazos de coche y pensó: «Joder, que ya está, que estoy a punto de ganar.» Al momento siguiente bajaba hacia el parque, contando al revés desde diez. Vio a Jon delante, en el camino, en medio de las sombras.

«Está vivo en las sombras, como yo», pensó.

Justo cuando reducía el paso para recibir una memoria USB y deslizarla suavemente en el bolsillo de su chaqueta, justo cuando pasaba del tres, notó algo que no había notado desde su incorporación a la CIA, algo que la remitía a unos pocos momentos nocturnos de felicidad en su juventud: momentos en que había llegado al borde de sí misma y descubierto que era donde más viva se sentía.

Bajo la asfixiante manta, bajo el ojo de la vigilancia hostil, que todo lo veía, había conquistado un pequeño asidero que los haría perder del todo la batalla. Pensarlo la llevó a una sensación de alegría en estado puro, que luego le describiría a Jon como la de ser un dios: sola, todopoderosa y omnisciente, la guardiana de todos los secretos, la vencedora de todas las batallas por los siglos de los siglos, amén.

26

RusFarm

A las pocas horas de venir Max al mundo, su madre le había enseñado un caballo. Luego, al perderla, Max había pasado sus primeras horas de orfandad montado en uno. A caballo lo habían acompañado amigos y enemigos, amantes y gente de quien ya no se acordaba. Estaba montando con su padre el día en que oyó la primera alusión a sus vínculos con la CIA. Pocas veces, muy pocas, veía una yeguada de purasangres que no le gustase, y lo que no le había pasado nunca era sentir desdén en el momento mismo de cruzar sus límites.

Y sin embargo, nada más penetrar por la brutal verja de hierro de RusFarm lo asaltó una sensación de vacío. Los muros de piedra sucia llevaban grabadas imágenes de sementales con las patas en alto y los ojos llenos de odio. La carretera estaba custodiada por árboles gruesos y desnudos que cerraban el paso a la débil luz del sol. Cuanto más se adentraban en la finca, más oscuro se volvía el camino de acceso, y más retorcidos parecían los árboles, como si se contorsionasen en un paroxismo de dolor. Max no vio nada que le hiciera pensar que había algún lazo entre la granja y lo que se extendía al otro lado de la cerca. Fuera no había movimiento, ruido ni animales. El bosque estaba muerto a excepción del leve tufo de humo y petróleo que flotaba en el aire, como la amenaza de un ejército invisible que se estaba congregando.

El bosque se rindió, y al ver aparecer la casa Max sintió que su vacío dejaba paso al miedo. «Deberíamos irnos», pensó. «Deberíamos salir de aquí.» Y no

porque temiera ser descubierto como espía, sino por algo más, que percibía sin poder nombrarlo: la ausencia del bien, una energía oscura y palpitante que emanaba de la casa.

Rodearon una fuente de caballos casi tan alta como la mansión y se pararon al pie de una escalinata de mármol. Al acercar la mano al tirador de la puerta, Max se dio cuenta de que se le habían enfriado los dedos a pesar de la calefacción.

Vadim y Anna los recibieron besándolos con alegría en un tétrico vestíbulo. «¿No podríamos alojarnos en alguna casa de invitados?», tuvo ganas de preguntar Max. El personal se llevó el equipaje en silencio. Max pensó que Sia parecía muy tranquila, ajena a lo opresivo del paraje.

La expresión de Anna se animó al ver el remolque. Estaban acudiendo varios mozos para recibir a *Smokey Joe*. Pocas veces llegaba un caballo de seis millones de dólares, ni siquiera a unas instalaciones tan absurdamente ricas como RusFarm.

—Qué detalle traerla —dijo Anna dándole otro beso en la mejilla a Max—. Les he pedido que pararan aquí antes de ir a la cuadra. Voy a saludarla.

Bajó por los peldaños de mármol, exponiéndose al frío. El remolque contaba con calefacción para el invierno y compartimentos separados para cada caballo. Anna abrió la puerta del de *Penelope* y subió. Antes de perderla de vista, Max entrevió algo que le hizo preguntarse si a pesar de todo Sia no tendría alguna oportunidad: Anna estaba sonriendo.

Vadim dio una palmada.

—¿Os enseño la casa?

Por la noche, mientras el viento aporreaba las ventanas, llegaron nubes que borraron la luna y las estrellas. Sia vio nevar por la ventana de su dormitorio. El frío se había vuelto tan glacial que durante la visita de la casa, en vez de atravesar la ropa y evaporarse, el sudor se le había congelado, formando una

especie de capa en la piel. A pesar de un baño caliente, seguido por una ducha con agua casi hirviendo, aún se sentía fría, sucia.

Cogió el teléfono de la mesita de noche y dio señales de vida por escrito mediante un mensaje dirigido a un auxiliar de dirección de Hynes Dawson en el que preguntaba por varias transacciones con clientes, entre ellos un magnate griego de la construcción naval. Lo derivarían a Procter, para quien la referencia al griego sería señal de que el plan seguía adelante. El mensaje se envió. Sia dio unos mordiscos a una de las barras Clif manipuladas por la CIA. Max salió del baño vestido para la cena: jersey oscuro de cuello chimenea, pantalones de sport y botas. Ella se había puesto un vestido negro y zapatos de tacón.

Hicieron el esfuerzo de ir en línea recta al comedor, impulsados por la seguridad, tácita pero indudable, de que no era una casa que conviniera explorar. Su distribución desorientaba, con pasillos en zigzag y algunas estancias sin ventanas que se comunicaban con otra habitación.

Max se paró al final del pasillo, llevándose una mano a la boca. No habían cruzado una sola palabra desde su salida del dormitorio.

Al pararse, Sia oyó murmullos detrás de una puerta.

Reconoció a Vadim, levantando la voz, y a Anna contestando a gritos. Se oyó chocar una botella con un vaso. Sin saber por qué, a Sia le dio un vuelco el estómago. Se alisó el vestido y, pasando junto a Max, empujó la puerta, que pesaba mucho. Sobre la chimenea había una cabeza de oso. De pie ante el fuego, copa en mano, estaban Anna y Vadim, enzarzados en una discusión.

—¡Anda! —dijo alegremente Sia—. ¿Habéis empezado la fiesta sin nosotros? Perdonad que entre así. ¡Parece mentira, pero nos hemos perdido!

La velada empezó con la ronda de vodka ritual, tras la que pasaron al comedor. Tres candelabros de hierro que recordaban a instrumentos medievales de tortura se alineaban encima de una mesa que, según los cálculos de Sia, no podía medir menos de tres metros de largo, y que a duras penas podía con el peso de un despliegue de comida que la mareó. Uno de los platos era el pollo a la

Ródina, que antes de la guerra, según las explicaciones en voz baja de Anna a Sia, se conocía por el nombre de pollo a la Kiev. Se sentaron a un extremo de la mesa, cada pareja en un lado. Vadim, borracho como una cuba, incitaba a Max a no quedarse atrás. No paraban de rellenarles las copas de vino y los *stopki* de vodka. A cada ronda los camareros portaban nuevos vasos helados. Sia estuvo segura de que los vacíos se los llevaban para tomar huellas dactilares, y tal vez muestras de ADN.

—Da gusto tener en nuestra mesa a gente de fuera de Rusia —dijo Vadim—. Las mentiras que se cuentan sobre nuestro país hacen que cada vez sean menos las visitas de este tipo. Dios mío, pero cuánta propaganda...

Se tomó un vodka y pidió coñac. Sia vio el cambio de alcohol como un movimiento suicida, señal de que al cabo de media hora Vadim pensaba estar durmiendo o pasándose a la cocaína. No parecía que a Anna le hiciera mucha gracia.

—Por ejemplo —siguió diciendo Vadim—, todo lo de que los rusos envenenan a disidentes en Polonia. Tengo amigos que ya no leen prensa occidental, pero yo sí. Es importante para los negocios. ¿Y sabéis qué vi en el *Financial Times*? Filtraciones de la CIA según las cuales los ataques los había ordenado personalmente nuestro presidente. —Negó con la cabeza y comió un poco—. Los estadounidenses están dispuestos a todo con tal de desacreditarnos. ¿Esto en México cómo se ve, Max?

Max se encogió de hombros. Se sirvió más pollo.

—Los traidores siempre reciben su merecido.

Vadim sonrió de oreja a oreja.

—Por favor, que no somos políticos —le dijo Sia a Anna con una mirada de súplica.

—En Rusia, todo es político —dijo Vadim—, al menos todo lo importante. —Se volvió hacia Sia—. ¿Y tú cómo lo ves?

Sia masticó media tostada de pan de molde fingiendo que se lo pensaba.

—Yo creo que lo más probable es que haya sido Rusia.

La risotada de Vadim hizo temblar la mesa. Anna negó con la cabeza con una sonrisa cariacontecida y chasqueó la lengua.

—¡Madre de Dios! —dijo él—. ¿En serio?

—Sí. ¿Por qué no voy a pensarlo? —contestó Sia. Eran las enseñanzas de Procter sobre el trato con los rusos: plantar cara sin dar muestras de debilidad—. Como dice Max, los traidores se llevan su merecido.

Vadim no tuvo tiempo de contestar porque justo entonces se abrió la puerta y entró toda una comitiva de criados con un gran pastel Napoleón y otra botella de vodka escarchada dentro de una cubitera. Anna explicó que cada porción tenía doce capas e iba acompañada por un caballo de chocolate montado por un emperador Napoleón de cacao en miniatura. La pata delantera izquierda del caballo de chocolate de Sia se partió al deslizarse el plato ante ella. Los criados rellenaron los *stopki*.

Mientras Vadim seguía con su sermón, Sia comió un trozo de pastel pensando en lo que harían por la noche. En el fondo, nunca había visto ese trabajo como tal, sino más bien como una vida y, al ser una vida, pocas veces le parecía rara. Cada cual tenía su vida. Era normal. Esta vez, sin embargo, dedicó un momento a reflexionar sobre lo demencial de la situación que estaba viviendo y el riesgo que corría. Sus pensamientos se vieron rápidamente eclipsados por un subidón de adrenalina. Se concentró otra vez, en previsión de la partida que tenía por delante.

Anna cortó a Vadim diciendo que más valía que se fueran todos a dormir.

—Es bastante más de medianoche. Sus cuerpos ya piensan que es por la mañana.

Empezaron a salir del comedor.

—Un momento —dijo Sia.

Volvió a la mesa con actitud orgullosa, cogió el caballo de chocolate y lo dejó sin cabeza de un mordisco. Notó que Anna esbozaba una sonrisa cómplice, como

si estuviera aceptando algún reto implícito. Se chupó los dedos antes de cogerse del brazo de Max para subir al piso de arriba.

A pesar de todo, entró en el dormitorio sin pensamientos de tipo amoroso, sino —cosa absurda— burocrático: el personal de la CIA estaba obligado a comunicar por cable cualquier relación sexual o solicitar el visto bueno para establecerla con ciudadanos de otros países, y Max, aparte de FNO, era mexicano, situación que la maldita burocracia teñía de ambigüedad.

Interrumpiendo su gimnasia mental burocrática, se fijó en Max, sentado en silencio al borde de la cama, y se sentó a su lado. Hubo un momento embriagador de miradas cruzadas, de señal compartida pero no planeada. En esos momentos no había espionaje ni operación que valiera: eran sólo dos personas que se transmitían sin palabras que iba siendo hora de acabar con las sospechas de los rusos y planchar las últimas arrugas que quedaran en su relación, y que todo debía desarrollarse bajo vigilancia, eternizado en los archivos de los servicios de seguridad.

Había justificaciones de tipo operativo. Lo había dicho hasta Procter. En St. Ives, no obstante, Sia había percibido el deseo de Max. Entre el trabajo y todo lo demás llevaba mucho tiempo sin hacerlo, y se había sentido asfixiada, como si estuviera privándose a conciencia de algo. Y así era: sólo había conseguido interrumpir su sesión práctica con Max por la tensión de prepararse para el viaje. Sus deseos de ganar a Max, de establecer algún tipo de control, habían sido suficientes para contener sus ansias. En esos momentos, sin embargo, estaba delatando el deseo que la recorría. Y ninguna razón para parar se sostenía en términos operativos. Max ya le había bajado las bragas hasta los tobillos. Le estaba besando las piernas. Sia le cogió con fuerza el pelo, guiándolo. Debería haber sido un momento de despegue, de ingravidez.

Su deseo se desvaneció de golpe. Bajó los ojos hacia Max. Luego miró la habitación.

Había cámaras por todas partes. Se notaba el peso de la casa. Estaba con un hombre que en último término era un compañero de profesión. Al día siguiente, para colmo, los observadores se sentarían con ellos a desayunar para que se les pasara la resaca, ufanos de haber visto cómo follaban. Se había apagado un interruptor. Lo que le apetecía era meterse debajo de la manta. Sin embargo, se subió más el vestido y se tumbó de espaldas en la cama.

Tenía la sensación de estar siendo observada por uno de los focos del techo. Pensó que era donde habría puesto ella la cámara. Apartó la vista. No podía evitarlo. Era incapaz de mirar a los observadores. Deseaba a Max, pero en un momento así no podía mirarlo. Cerró los ojos mientras él empezaba. Al principio lo vivió como una vergüenza de proporciones cósmicas, de la que nunca podría librarse.

A pesar de todo, los esfuerzos de Max despertaron de nuevo su apetito. Era un hombre fuerte, que estaba sondeando lo que le gustaba al cuerpo de ella. Sia dejó que se apartase un poco el telón que separaba el teatro de la realidad. Le puso las manos en los hombros y en el pecho. Se besaron, y a ella le gustó el sabor, y que Max oliera a cedro y sal. El ritmo era muy agradable. Le sostenían la espalda y la cabeza brazos firmes, que mantenían unidos sus dos cuerpos y en suave contacto sus dos frentes, mientras los ojos de él la miraban con suma atención. Sia vio que Max estaba muy metido en el momento. Pronto lo estuvo también ella.

Al cabo de un rato apartó a Max y dio una palmada en la cama. Él se tumbó de espaldas. Sia se le puso encima y, echando la cabeza para atrás, se quitó el pelo de los ojos y empezó a moverse. No tardó mucho en sentirse recorrida por una electricidad familiar. Él abrió la boca, pero ella le puso un dedo en los labios.

—No —dijo—, todavía no.

Entre el verde de las seis cámaras de visión nocturna instaladas en la habitación de Sia y Max, Anna y Vadim presenciaron un acto que recordaba el de ir al galope a lomos de un caballo. Hubo muchas palabras malsonantes. Sia se aferró en tres ocasiones a los hombros de Max mientras echaba temblando la cabeza hacia atrás. Anna añoraba a Luka.

—¿Ya te parece una pareja de verdad? —le preguntó a Vadim, que se encogió de hombros.

—La actuación, en todo caso, es convincente.

—Entonces ¿qué, cómo los ves ahora?

Otro encogimiento de hombros.

Los pensamientos de Anna derivaron hacia la cámara puesta en el techo por Vadim. Tenía un comentario insidioso en la punta de la lengua, pero cuando se volvió para decirlo él ya no estaba.

27

RusFarm

Por la mañana, los hombres se fueron a la sauna. Sia y Anna engancharon un remolque de caballos a un SUV Rolls y cargaron a *Penelope* y otra yegua para dar un paseo por el extremo este de la propiedad. Anna explicó que los caminos más cercanos a la casa y la cuadra estaban intransitables por la caída de unos cuantos árboles. Cruzaron a trote lento un prado montañoso, bajo un triste manto de nubes que debilitaba aún más la luz de la mañana.

La conversación tenía que parecer fluida, natural, a pesar de que Sia la había planeado y ensayado en St. Ives palabra por palabra. Montaron un rato en silencio. Fijándose en Anna, Sia vio que Max había estado en lo cierto sobre su relación con *Penelope*. Tanto la mirada como la expresión de la rusa se habían vuelto más suaves que durante el desayuno. Sia pensó que cuanto más se alejaban de la casa más amable parecía el mundo. Miró los arreos y las alforjas, preguntándose dónde habían escondido los micrófonos, pero se lo quitó de la cabeza: de momento, al menos, daba igual.

—Es bonita, la granja —dijo mintiendo.

—Gracias. Sí, sí que lo es —contestó Anna, que le estaba hablando en voz baja a la yegua.

Sia sonrió.

—¿Entiende el ruso?

La risa de Anna la pilló desprevenida. Pocas veces la había visto reír.

—Se lo estoy enseñando.

El desafío lo había planteado sin rodeos Procter en St. Ives: un baile a dos en que las dos mujeres se captaran mutuamente. «A mí me encanta la cocaptación con rusos», había dicho la jefa, «porque si quedan, consuman. Por eso los servicios rusos no se lanzan si saben que la otra persona es de la CIA. En cuanto los suyos salen a cenar con los nuestros tardan muy poco en bajarse los pantalones, metafóricamente hablando. Entonces ¿cómo los traes hasta la mesa? Pues invitándolos, para empezar.»

—Viniendo en el avión me he dado cuenta de que no sé gran cosa de tu familia —dijo Sia—. Me podrías contar un poco de ella, ¿no?

Observó con atención a Anna, que se había quedado pensativa. Pararon en un altozano con vistas imponentes de un valle. Entre los árboles había una franja despejada. Hicieron bajar a los caballos por el otro lado del promontorio, cubierto de nieve. Los cascos hacían crujir la nieve. Sia sosegó su mente, preparándola para transcribir cada palabra, dicha o implícita, y cada pausa.

—La familia... —dijo Anna fijando la vista a media distancia. Le salió una risita suave y triste—. Papá era del KGB, y ahora se dedica a los negocios. Es como te lo puedes imaginar: dominante, inteligente, mentiroso... y muchas veces bueno.

Dio unas palmadas en el anca de *Penelope*.

—Yo aprendí a montar con mi padre —dijo Sia—. ¿A ti también te enseñó el tuyo?

Anna soltó un gruñido.

—A mí mi madre. Murió cuando era yo pequeña. Veo mi vida dividida en dos partes: una con mi madre y otra sin ella. Mi madre me daba ánimos. Me hacía ser más abierta. Era alegre por naturaleza. Muchos rusos sólo lo recuerdan como una época de caos, pero yo también la asocio a la felicidad, a montar con mi madre. No era como mi padre, ni como los Kovalchuk. La verdad es que no se parecía a nadie, ni siquiera a mí. Era distinta.

—¿En qué sentido? —preguntó Sia.

Anna se rió. Fue como si le flotaran palabras en los labios, pero no llegó a pronunciarlas, y durante unos minutos lo único que interrumpió el silencio fue el ruido de los cascos arrastrándose por nieve sin prensar. El aire estaba impregnado del olor de la madera y del almizcle de las yeguas. Sia pensó que todo habría sido precioso de no ser por el hecho incontestable de que las dos estaban en un ruedo de arena, mutuamente al acecho y con cuchillos en las manos.

—¿Qué tenía de distinta tu madre? —preguntó—. No es que quiera meterme donde no me llaman, ¿eh?

Anna tiró de las riendas y miró el cielo como si previera nieve. Estaban rodeadas de árboles.

—¿Tú a veces no tienes la sensación de que eres una ficha en el tablero de otra persona? ¿De que te van moviendo para que gane otro? Pues mi madre no era así. Ella no se prestaba a los juegos de nadie.

—Supongo que esa sensación la tiene todo el mundo alguna vez —dijo Sia pensando fugazmente, sin querer, en la CIA y Procter—. Mi abuelo me dijo que me pagaría la universidad, pero sólo si estudiaba Derecho. Quería que hubiera una abogada en la familia. Mi padre tuvo la pésima idea de ponerles nombres de flores a sus hijas. ¡Hortensia! Ya ves: siempre he estado jugando a los juegos de los otros, desde que nací.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Daisy.

Anna sonrió con malicia.

—¿Con Vadim es así? —preguntó Sia—. ¿Te prestas a su juego?

Se miraron a los ojos, estudiándose. La piel de la cara de Anna estaba tensa. Le latía una vena en el cuello, como si apretara los dientes. La primera en apartar la vista fue ella.

—Después de la muerte de mi madre —dijo— mi padre quería ganar dinero, así que lo ayudé a aliarse con los Kovalchuk casándome con Vadim. No era mi juego, sino el de papá, y como a Vadim las mujeres le gustan con la boca cerrada y las piernas abiertas...

Se quedó callada, mordiéndose el labio inferior.

—Y a ti su juego no se te da muy bien, ¿verdad? —dijo Sia.

Los ojos de Anna se velaron.

—Pero ¿a qué otro juego se puede jugar?

—Al tuyo propio.

Acercó un poco más los dos caballos.

—Eso no existe.

Mentía. Se le notaba en el brillo de los ojos. Al otro lado había otra vida, y era la que llevaba la batuta.

Se adelantó unos cuantos cuerpos. El bosque quedó en silencio. «A veces hay que dejar que reposen las cosas», pensó Sia. «A veces hay que esperar.»

Anna se reprochó haber sido tan abierta y haber hablado por los codos sobre su familia. Nunca lo hacía con nadie, ni siquiera con Luka. En vez de ir penetrando en Sia y descubriendo en su interior ganas de proteger a un ser querido, o ansias de dinero, o de sexo, o de poder, o —lo mejor de todo— alguna adicción extraña e inaceptable, parecía que estuviera hurgando en su propio interior. Estaba harta. Sólo tenía ganas de montar a caballo. Dejó reverberar la frustración por su cerebro hasta que se imaginó deparándole una muerte rodeada de oprobio, una muerte bien rusa, como se merecía: tirarla de un edificio para que se muriera en la calle. Tenía una operación por realizar, una familia a la que proteger, una presa por cazar.

Acarició la crin de *Penelope* para despejarse la cabeza. Se había puesto a nevar. Qué oportuno.

—Deberíamos volver —dijo en voz alta.

Fueron apretando el paso hacia la cuadra, con la cabeza baja y los párpados entrecerrados para protegerse de la nieve. Cuando salieron de los árboles, Anna se puso junto a Sia y se adentraron a medio galope por el prado.

Al cabo de unos minutos, Anna se rezagó un cuerpo.

De pronto Sia oyó un grito.

Al mirar hacia atrás vio a *Penelope* sin jinete, y a Anna inmóvil en la nieve. Paró su caballo y desmontó. Anna había empezado a incorporarse, soltando palabrotas y palpándose la base de la espalda.

—Había un agujero de mierda —dijo.

Nevaba más que antes. Sia se pasó una mano por los ojos, disgustada. Una lesión equivalía a menos tiempo a caballo y menos ocasiones para captar a la rusa.

—¿Puedes montar?

Anna se levantó y dio unos cuantos pasos cojeando y soltando palabrotas como antes, hasta que negó con la cabeza y miró a su alrededor.

—Estamos cerca de la furgoneta y, aunque nieve, no hace tanto frío como ayer. Vamos andando.

Llevaron las yeguas hasta el Rolls. Sia las subió al remolque y las ató. Después de cerrar la puerta, fue a la del copiloto. Anna ya estaba dentro.

—¿Puedes conducir tú? —le preguntó haciendo una mueca—. Tengo espasmos en la espalda.

—Sí, claro.

Sia fue esquivando los baches del camino, que no tardó en desembocar en la carretera principal por donde se volvía a la casa. Con cada salto, Anna gemía y se revolvía en el asiento. Se hurgó los bolsillos, diciendo tacos en ruso.

—Igual es mejor que te estés quieta —dijo Sia, que estaba encorvada hacia el volante, intentando ver algo entre la nieve.

—Mi teléfono —dijo Anna—. Estará en la alforja. ¿Puedes llamar a Max y

pedirle que le diga a Vadim que llame al médico? Necesito que me miren la espalda.

Sia buscó el suyo a tientas en la chaqueta mientras pisaba el acelerador, y cuando lo tuvo en la mano buscó el nombre en los contactos con la mirada fija en la pantalla.

De repente vio algo en medio de la carretera. Anna gritó.

Se oyó un golpe fuerte, sordo.

Algo rebotó en el capó y chocó con el parabrisas. Una mata de pelo negro, un abrigo marrón y las facciones convulsas de un hombre. Al principio Sia se quedó petrificada, sin hacer otra cosa que mirar. El cristal estaba salpicado de sangre. El hombre rebotó por la parte superior del coche. Sia pisó el freno y vio por el retrovisor que el hombre se caía por el lado derecho del vehículo. Los caballos relincharon. El parabrisas estaba empapado de sangre.

Empezó a salir del Rolls, que, sin embargo, aún se deslizaba hacia delante. Volvió a pisar el freno y se acordó de poner el modo aparcamiento. Bajó dando tumbos a la carretera. El hombre estaba inmóvil, boca abajo en un charco de su propia sangre. Una mujer, con su cabeza en el regazo, alternaba momentos de llanto con chillidos en ruso.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —empezó a mascullar Sia.

Anna, que había salido del coche cojeando, murmuró algo en ruso. La mujer cogió su móvil, marcó un número y se puso a gritar nuevamente en su idioma.

—¿Muerto? —dijo Sia—. ¿Está muerto?

Se puso de rodillas en la nieve junto al hombre. La mujer, que aún berreaba por el móvil, la empujó. Sia intentó apartarla, diciéndole que quería tomar el pulso, pero la mujer estaba histérica. Sia hizo dos tentativas más de comprobar si la víctima seguía con vida, rechazadas con sendos empujones. A ratos la mujer vociferaba por teléfono y a ratos le gritaba a Anna. Sia se dejó caer en la nieve junto al Rolls, mientras las dos rusas hablaban entre ellas.

Del techo del Rolls bajaba un reguero de sangre que acababa goteando en un neumático: plip, plip, plip... Había mucha, como si se hubiera reventado el

cuerpo a causa del impacto. La sangre caliente siseaba y desprendía vapor al entrar en contacto con la nieve. Plip, plip, plip...

Las sirenas despertaron el instinto de apartarse, de salir huyendo. Una ambulancia. ¿Cómo había llegado tan deprisa? Enseguida bajaron dos sanitarios que le tomaron el pulso a la víctima. Sia vio que negaban gravemente con la cabeza. La mujer se había puesto a dar vueltas mientras murmuraba y señalaba a Sia y Anna, soltando tacos en voz baja. Uno de los sanitarios tapó el cuerpo con una manta. Lo pusieron en una camilla. Luego llegó un coche patrulla. Anna se acercó con las manos en la cabeza.

Sia pasó un dedo por la sangre de la carretera. Parecía de verdad. Habría querido levantarse, pero no le respondían las piernas.

En pocos minutos llegó otro coche patrulla. Anna y el policía recién llegado hablaron muy deprisa en ruso mientras ella hacía gestos hacia Sia y la víctima. Después los policías se apartaron para hablar, y Anna se sentó al lado de Sia.

—El primero es de tráfico —dijo—, y el segundo de la policía criminal. Es el que nos llevará a la comisaría, que está en el pueblo que hay justo al lado de la granja.

—¿Podrías hablar con ellos? —le pidió Sia—. Diles que ha sido un accidente.

Anna asintió.

—Es lo que he hecho. —Miró el cuerpo tapado con la manta—. A esta pareja la conozco. Viven al lado mismo de la finca y siempre están entrando sin permiso.

Sia estaba como flotando. Su reacción al ver al muerto había sido de pánico y de náuseas, pero lo que la corroía, en ese instante, era otra cosa, algo a lo que no estaba acostumbrada: miedo. Le daría a Anna lo que quisieran. Tenía que ser a Anna. A una comisaría no podía ir. ¿A una comisaría rusa? No, por Dios...

Uno de los policías volvió y le dijo a Anna que tendrían que subir al coche patrulla. Ya acudiría alguien de la casa a por los caballos. Anna se mostró segura de que todo seguiría los cauces habituales. Al final se arreglaría todo. Volvió a hablar en ruso con el policía, y a continuación le dijo a Sia en voz baja que éste

había accedido a que los acompañara como traductora. Sia subió al coche. El conductor puso el seguro de todas las puertas. Anna se sentó con ella en la parte de atrás. El tiempo ya no discurría a su velocidad normal. Sia no supo si tardaban un minuto o media hora. Anna le estaba dando palmadas en el muslo con la mano rígida. Sia supuso que lo hacía para tranquilizarla, pero la sensación era fría, siniestra. Tap, tap, tap... «Tú haz lo que te diga.» Tap, tap, tap... Sia sopesó posibles vías de escape: un buen soborno, o que Anna convenciera al policía de que la soltara. En todas estaba a merced de Anna.

Lo cual, como entendió de golpe, ya era para tener miedo.

28

RusFarm

Pararon en un edificio de dos plantas hecho con bloques de hormigón. No había luz en las ventanas, ni letrero, ni coches en el aparcamiento de grava. ¿Era ésa la comisaría? El policía las llevó a un despacho donde había una mesa, un ordenador y varias sillas de metal, todas distintas. Le hizo una foto a Sia y, con Anna en funciones de traductora, anotó sus datos biográficos en un formulario rosado. Después le pidió a Anna que le hiciera llegar los documentos y pertenencias de Sia desde la granja: pasaporte, visado, permiso de conducir del Reino Unido, móvil y ordenador. Tomó las huellas dactilares de Sia y puso por escrito su versión de los hechos, entre frecuentes salidas del despacho para hablar por teléfono en voz baja.

Tras una de ellas las llevó a otra sala, fría y mohosa, con paredes de bloques de hormigón que supuraban humedad. La mesa y las sillas eran de metal y estaban muy rayadas. Sia supo que era una sala de interrogatorios. Se respiraba el mismo ambiente que en el falso trullo del TOTT en Madison, Virginia.

¿Dónde estaba el resto de los policías? Parecía todo muy poco oficial, pero ¿servía de algo esa constatación? Probablemente. Quizá. A saber. Estaba en Rusia. Oficialmente o no, podían hacerle lo que quisieran. Tuvo la sensación de que el frío de la sala se le metía en los huesos.

Después de otra llamada en el pasillo, más estentórea que las otras, el policía se reunió con ellas en la mesa pasándose las manos por el pelo con el frenesí

característico de un hombre al que sus superiores presionan para que obtenga resultados, y le pidió a Sia que repitiera su declaración. Después volvió a hablar y subrayó la última frase pulsando un botón en la parte trasera del teléfono móvil apoyado en la mesa. Le hizo señas a Anna de que tradujese.

No hubo tiempo, porque justo entonces llamaron a la puerta y el policía salió al pasillo. Sia oyó murmullos, pasos y puertas invisibles cerrándose.

Entró otro hombre, alto, de mirada inexpresiva, con un elegante traje oscuro y el pelo rubio muy pegado al cráneo. Llevaba la camisa bien planchada y el nudo de la corbata muy bien hecho. Habló un poco con Anna y la invitó a traducir con un gesto.

—Éste es el capitán Ivánov, del Servicio Federal de Seguridad, el FSB —empezó a decir ella.

Esas tres letras dejaron a Sia sin respiración.

Anna continuó:

—Dice que es consciente de que estás en RusFarm como invitada especial nuestra, y de que ha sido un accidente, pero le gustaría hablar contigo de algo que surgió durante las comprobaciones hechas por la policía sobre tu empresa. Le gustaría hablar contigo aquí esta noche.

Se abrió la puerta y entró el segundo policía con el bolso y la maleta de Anna, llevados desde la granja. Dejó en la mesa su portátil y su móvil. El agente del FSB le dijo que podía irse, luego le dijo algo a Anna y le hizo el gesto de que tradujera.

—El capitán Ivánov se ha enterado de algo importante —empezó a decir ella —. Dice que si puedes ayudarle a encontrarlo mantendremos tu caso al margen de los tribunales. Podemos arreglarlo de manera informal, pagando a la mujer, etcétera.

Sia se quedó mirando el portátil. Si el ordenador estaba en Rusia, era exactamente para ese momento: gracias a él, tenía algo que ofrecer. Ya podía llenarse otra vez de aire los pulmones. Su mano entumecida se enrojeció y se

calentó un poco. Una idea se coló en su cabeza: no le contaría todo a Procter. Aquélla era la clase de debacle que hacía que en Estados Unidos te metieran en la nevera con dos visitas semanales a psicólogos, polígrafos y tíos de seguridad con ojos de cemento emperrados en llegar hasta el final. El final de una carrera que prometía.

Acto seguido hizo una pregunta cuya respuesta sabía de antemano, pero que habría sido raro no hacer:

—¿Qué quiere de mi ordenador? —dijo mirando a Anna.

Anna se la tradujo al capitán Iványov, que se lo explicó entre gestos cortantes.

—Acceso a documentos y correspondencia de Hynes Dawson —dijo Anna—. Cree que en tus archivos podría haber información reveladora sobre actividades financieras ilícitas por parte de altos cargos del gobierno ruso y varios empresarios de relieve. Es consciente de que lo que pide es muy insólito, pero te ruega que desbloquees el ordenador y le ayudes a navegar por los archivos de interés.

—Tú trabajas con ellos, ¿verdad? —susurró Sia en inglés—. Dime qué está pasando, Anna, por favor. ¿Qué es esto? No entiendo nada.

El agente del FSB le dijo algo con dureza a Anna, que asintió levantando la mano.

—Sia, por favor —dijo—, nada de apartes en inglés. Díselo al capitán Iványov.

—Y si no colaboro ¿qué pasa?

Anna se lo comentó a Iványov. La conversación acabó con un largo intercambio de gritos que a Sia no le cuadró del todo.

—Dice —contestó Anna entre dientes— que, si no colaboras, el FSB animará a la policía a iniciar una investigación penal. Te meterán en la cárcel de Kírishi esta noche y luego en Píter. Te confiscarán el pasaporte y lo dejarán todo en manos del sistema.

—Seguro que puedes hacer algo, Anna —dijo Sia.

Tras hablar de nuevo con Iványov, Anna negó con la cabeza.

—Conforme avance el caso quizá pueda ayudarte —respondió—, pero de momento la oferta del capitán es la que es. Lo siento.

El primer policía abrió el portátil y lo encendió. El segundo llevó té en vasos de poliestireno. Sia vio arrancar el portátil y se quedó mirando la pantalla, donde le pedían la contraseña. No se movió.

Ivánov les indicó a los policías que se fueran.

—Adelante —dijo en inglés.

Sia esperó.

Ivánov le dijo algo en ruso a Anna, y al final señaló a Sia con el dedo. Anna acercó su silla. Sus ojos, fríamente azules, no se apartaban ni un momento de los de Sia.

Sia estuvo segura de estar viendo a la Anna de verdad, la que había atisbado antes, durante el paseo a caballo. Su versión más auténtica. Era fría y daba miedo, pero hablaba en tono tranquilizador, prometiendo hacer lo necesario para ayudarla a salir de ese lío con el FSB.

Se le ocurrió que lo de traducir era ficticio. ¿O no? ¿Cuál de los dos mandaba?

Su mano izquierda se había puesto a temblar. No podía entrar en calor. Empezaron a pitarle los oídos hasta el punto de que a duras penas oía las preguntas.

Anna empezó diciendo que el FSB creía que Hynes Dawson había ayudado a varios empresarios rusos a abrir cuentas en el extranjero saltándose el control de capitales del Kremlin. Luego, arqueó la ceja como si ésta fuese un signo de interrogación.

—Sí, es verdad —se oyó decir Sia.

A continuación Anna afirmó que al FSB le interesaban especialmente las actividades y los colaboradores de un tal Vasili Platónovich Gúsev, conocido como el Ganso.

—Hablamos brevemente de él en México. Conoces al Ganso, ¿verdad, Sia?

—Sí, sí —contestó ella—. Os diré lo que queráis de él.

Luego vio los labios de Anna moverse, pero le zumbaban los oídos y no entendió nada. Se puso a mirar la mesa sin enfocar la vista.

—¿Y a Mijaíl Liádov? —oyó a Anna preguntar de repente.

Su tono era de irritación, como si ya hubiera repetido varias veces el nombre.

—¿Qué?

—Que si conoces a Mijaíl Liádov. Nos han dicho que en Londres se hace llamar Mickey.

—Sí, sí que lo conozco. Micks. Es un cliente.

Su mano izquierda volvía a temblar. Se la apretó contra la pierna para ver si se quedaba quieta, pero el movimiento se transmitió al muslo, dándole el aspecto de una marioneta.

—El Ganso robó una cantidad muy grande de oro —dijo Anna—, demasiado para que se lo pasen por alto.

—Ya.

«Mi mano», pensó Sia. «No consigo que deje de temblar.» De golpe se dio cuenta de que estaba parpadeando todo el rato. Respiraba trabajosamente, como si su cuello, de tan tenso, fuera una paja por donde le costaba expulsar el aire.

—Aunque eso ya lo sabes, claro —siguió Anna—. Mickey Liádov ayuda al Ganso a trasladar su dinero a otros países y luego se lo blanquea. Hynes Dawson aporta la estructura jurídica. ¿Tienes los documentos? ¿Los artículos de organización y de constitución? ¿Un diagrama de todo el sistema? ¿Las cuentas bancarias, con sus ubicaciones y balances, y la información para las transferencias? ¿Los datos de acceso de algunos usuarios? ¿Las listas de personas autorizadas para manejar las cuentas? El capitán Ivánov dice que lo quiere todo. Si se lo das esta noche podrás salir de Rusia.

—Anna, por favor, que me inhabilitarán...

Se le desgranaron, traducidas, una serie de opciones menos agradables: investigaciones a cargo del FSB, Lefórtovo, un campo de trabajo en Siberia...

Anna usaba mucho la expresión «documentos oficiales», y aseguró más de una vez, como quien no quiere la cosa, que a partir de un momento las conversaciones las llevarían agentes del FSB que no serían «amigos de mi familia». Cada vez se sostenía menos la ficción de que era Ivánov quien llevaba la voz cantante. Sia tenía la impresión de que mandaba Anna, aunque del todo segura no podía estar, y esa incerteza provocaba incursiones mentales en zonas muy oscuras. Anna no se había andado con contemplaciones. La instrucción no estaba reportando a Sia ningún tipo de consuelo, ni tampoco el atisbo de algún plan. Sus perspectivas mentales no eran de victoria, sino de fracaso. El martillo en el pecho, su eterno compañero, mantenía un silencio preocupante. Trató de ceñirse el abrigo, pero no conseguía entrar en calor por mucho que tiritase o se restregara los hombros y los brazos.

Al final tecleó la contraseña y dijo que haría lo que le pidieran.

No se guardó nada, ni uno solo de los escondites para el dinero procedente del oro de Andréi Agápov: un gran imperio financiero repartido por los cuatro puntos cardinales por Sia Fox, Hynes Dawson y los banqueros suizos.

Les enseñó las pocas cuentas en las que tenía poderes y en las que existía alguna posibilidad de que hiciera gestiones sin necesidad de que la autorizasen. Para emergencias, había dicho Micks, por si tenemos que hacer algo rápido.

«Nunca había tenido tanto frío», se dijo. A veces le temblaban los dedos al señalar la pantalla. Pidió un abrigo más grueso, o una manta, y le pareció que Anna transmitía su petición al primer policía, pero no le llevaron ninguna de ambas cosas. «Nunca volveré a entrar en calor», pensó. «Se me ha metido el invierno en el pecho.»

Su mano izquierda tembló toda la noche sin que pudiera detenerla. Anna empezó a impacientarse, porque con los dedos temblando era difícil escribir. Una cosa en la que se fijó Sia fue en que Anna estaba siempre muy erguida en la silla. No le pasaba nada en la espalda, a la muy zorra. Se había tirado del caballo, no caído.

Con cada dólar, euro y rublo destapado quedaba más en evidencia que la idea de convencer a esa rusa psicótica de que colaborase con la CIA era una fantasía absurda. «Pero qué imbécil eres, Hortensia, joder», pensó. «Mira que haberte creído que se podía...»

Los ojos de Anna se velaban a menudo, y Sia tuvo la vaga sensación de que estaba decepcionada, a menos que, conseguidos ya sus fines, no supiese qué hacer.

Mientras se lo entregaba todo a Anna e Ivánov, sin embargo, Sia pensó que aunque las manos de la rusa hubieran estado pulcramente cruzadas en la mesa de principio a fin de la velada era como si le hubieran estrujado a ella la tráquea, estrangulándola hasta dejarla sin vida.

29

RusFarm

Concluido ya todo, y llevada Sia de vuelta a la casa principal, donde subió a trompicones a la planta de arriba, Anna salió del antiguo edificio de administración. En el aparcamiento había una ambulancia con el motor en marcha. Encontró a Dasha sentada al volante con una gran sonrisa y el abrigo manchado de sangre.

—¿Qué, cómo lo he hecho? —preguntó la gimnasta.

—Un lanzamiento perfecto —dijo Anna—, diez sobre diez.

—¿Hemos usado demasiada sangre? —preguntó Dasha—. ¿Demasiados globos, quizá?

—Los que se necesitaban —contestó Anna—. Ha ido todo perfecto.

Lo de los globos había sido bastante repugnante. Después de rellenarlos, Dasha había formado un collar para esconderlo debajo del abrigo del difunto Kiril. Se le borró la sonrisa. De repente parecía un poco mareada. Seguro que el olor a sangre de cerdo podrida no la ayudaba.

En el despacho de la planta baja de RusFarm, Anna dejó vagar su mirada por los libros hasta que llegó al gran armario donde su padre guardaba algunas de sus armas más interesantes. Nunca estaba cerrado con llave. ¿Para qué, si no había niños cerca?, le había explicado su padre una vez. Y luego la puntilla, como

siempre: «Aunque la verdad es que agradecería tener alguna excusa para no tenerlo abierto. O dos.» Anna pasó la mano por el estuche del pintalabios, acordándose de la sesión de tiro de la noche en que su padre la había metido en todo ese follón. Luego cerró el armario de las pistolas y orientó su silla hacia la ventana para contemplar la noche.

Sia. Justo después del falso accidente había tenido miedo, pero aparte del temblor de la mano había tardado poco en recuperar su aplomo. A ella le había dado la impresión de que actuaba, y no en el sentido en que un abogado actúa delante del juez.

Sino en el de alguien entrenado para resistir ese tipo de presión.

Como ella misma.

La puerta del despacho se abrió y ella, pensando en que sería Vadim, hizo el gesto maquinal de poner los ojos en blanco.

Pero era su padre.

—¿Qué tenemos, Ania? —preguntó.

—Hola, papá.

Se sentó y frunció el ceño: a ella debía de notársele lo que estaba pensando.

—¿Qué pasa, Ania? Dímelo.

Apuntó con el mentón a la ventana antes de que su hija hubiera podido abrir la boca. La fuente de la rotonda recibía la luz de varios faros. Anna contó seis coches con sirenas azules encendidas: el FSB.

—¿Esperas a alguien? —preguntó su padre.

Cuando Sia entró en el dormitorio, Max dejó patente, por el tono forzado de su voz, que ya sabía que había pasado algo grave.

Ella se limitó a decir, refiriéndose a su noche con Anna:

—Nos lo hemos pasado genial. Hemos estado muy a gusto.

(«Le he dado la información sobre el Ganso.»)

Max no podía preguntarle por qué, ni a qué se debía el temblor incontrolable de su mano izquierda, si tan a gusto habían estado. La clave era muy tosca, pero además, ella le había jurado una y mil veces al supuesto agente del FSB, a través de Anna, que no le contaría a Max lo sucedido, y donde menos podía hacerlo era dentro de la Ródina, expuestos a las innumerables cámaras de RusFarm.

Cerró los ojos para demostrarles a estas últimas que estaba durmiendo como una invitada juiciosa (aunque derrengada), pero su cerebro no paraba de pensar. La operación se había ido al carajo. Había follado para las cámaras y luego se había quedado bien jodida, pero por Anna. Ahora que lo pensaba, ¿quién era el muerto? Se acostó junto a Max —también despierto— sin poder decirle una sola palabra de lo que acababa de ocurrir por culpa de las cámaras, esos ojos viscosos que se le pegaban a la piel. La sensación de hormigueo se extendía a toda la habitación, como si las paredes de madera oscura se acercasen poco a poco al lecho. Se imaginó que el jinete mongol que sufría una muerte bastante penosa en el cuadro de encima del tocador torcía el cuello para sonreírle.

Abrió los ojos al notar que Max la tocaba. Faros en la rotonda. Fueron a mirar por la ventana. Ella parpadeó un momento, confusa. Seis coches. Luces azules: las sirenas que los delataban como del gobierno, probablemente del FSB. ¿Qué sentido tenía que volvieran?

Un furgón. Santo Dios...

—Estamos muertos —le susurró a Max sin acordarse de los micrófonos.

Muertos. Ése era el tipo de lugar donde se moría la gente.

De pronto estaba fuera de su cuerpo, encaramada al dosel de la cama y viéndose dar tumbos hasta la mesita de noche y su teléfono. Empezó a preparar con Max señales de emergencia para Procter y a rebuscar entre los números mientras se preguntaba si no era preferible forzar las ventanas y saltar. No estaban tan altos: sólo se romperían las piernas. Hizo el esfuerzo de concentrarse en los números, pero se le iba la vista por la habitación en busca de un buen sitio por el que pasar las sábanas y usarlas para ahorcarse.

Los faros del coche de Chernov iluminaron una estatua gigante de un caballo antes de girar por la rotonda y detenerse en un hombre que, tras exponerse con cautela a la luz, tapándose la cara, hizo señas al primer coche de la comitiva de que se acercara. Los neumáticos derraparon en la nieve. El hombre se agachó hacia la ventanilla del conductor. Chernov enseñó su acreditación.

—Necesito hablar con Andréi Borísovich. Tengo entendido que está aquí —dijo.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—El teniente coronel Konstantín Konstantínovich Chernov, del Directorio de Seguridad Interna. ¿Es usted Vadim Yúrivich Kovalchuk?

—Sí.

—Dígame dónde está Andréi Borísovich.

—¿A qué ha venido?

—Asuntos de Estado —dijo Chernov—, de Dios. ¿Dónde está?

Sus botas se hundían en la nieve fresca. Pasó al lado de Vadim, rozándolo, y levantó la vista hacia la casa a oscuras. En el tejado había un brillo de nieve y cintas de humo saliendo por cinco o seis chimeneas.

—¿Dónde está?

Vadim señaló una habitación de la planta baja que tenía la luz encendida.

—En el despacho.

Chernov aspiró un poco de aire gélido y lo lanzó hacia arriba, al cielo.

30

RusFarm

Transcurrido exactamente un cuarto de hora, los coches del gobierno se marcharon y Sia dejó otra vez el móvil en la mesita de noche.

De repente se oyó un ruido de muebles tirados al suelo en una de las habitaciones de la planta baja.

Cristales rotos.

Impactos sordos de más muebles.

Gritos, primero de Anna y luego de Vadim.

Al apagarse la pelea, y volver el silencio, Sia supuso que se habían limitado a trasladar el combate a su dormitorio del primer piso, en la otra punta de la casa, desde donde poco podía oírse, y menos con otro laberinto de pasillos de por medio.

Le mandó un mensaje de texto a Anna. Max y ella estaban despiertos en la cama, pero sin poder decir en voz alta una sola palabra que valiera la pena. Al cabo de un rato, en vista de que Anna no respondía al mensaje, se puso boca abajo con la cara en la almohada.

Anna eligió con cuidado dónde se ponía, evitando los trozos de cristal y cerámica y el caótico desparrame de libros decorativos que había tirado al suelo. Se fijó en uno, disfrazado de primera edición del *Vida y destino* de Vasili

Grossman, prohibido por el régimen soviético, y le pareció muy adecuado que el ejemplar de RusFarm fuera una caja hueca y pintada, puro adorno.

Lo tiró a una de las estanterías volcadas.

Habían detenido a su padre.

Justo la noche en que ella le había sonsacado a Sia pruebas de que el Ganso había robado. Ya tenía a su disposición cuentas y sumas, y no creía que el *joziáin* estuviera al corriente de nada, pero ¿qué importancia tenía, si su padre no podía transmitirle el mensaje al presidente, y si saltaba a la vista que el Ganso tenía controlado el FSB?

Un sinfín de partidas de ajedrez perdidas la habían acostumbrado a ese vuelco en el estómago de cuando te das cuenta de que la derrota es inevitable.

La diferencia era que en el ajedrez se puede abandonar.

No sabía qué hacer.

¿Tenía Vadim algo que ver? ¿Era quien les había dicho que su padre estaba en la casa? «Seguro que sí», pensó. Sin saberlo lo sabía.

«No debería subir al dormitorio», se dijo, pero ya estaba en la escalera. «Debería dormir un poco y consultarlo con la almohada», pero ya tenía la mano en el pomo. «Debería dar media vuelta», pero lo hizo girar y abrió.

Por la ventana entraba un resplandor de luna. Al cerrar la puerta, invadieron su olfato los vapores del vodka, seguidos por una mezcla de sudor masculino y la lavanda de los ambientadores que en vano trataban de disimular la peste a moho. Vadim estaba sentado al borde de la cama. Los ojos de ella se acostumbraron a la oscuridad. Aún estaba vestido. Se llevó una botella a los labios con la mirada perdida. Ella se quedó junto a la puerta sin moverse.

—Has señalado el despacho —dijo—. Me has señalado a mí, tu mujer.

Vadim apretó los labios e hizo ruido al tragar.

—¿Y qué iba a hacer, Ania, enfrentarme yo solo al FSB? Venga ya.

Dio un trago de vodka.

—En esta casa hay cosas que al Ganso le gustaría ver. Se la has abierto y luego te has quedado en la escalera cruzado de brazos. ¿Los has traído tú? ¿Los has ayudado?

—Pero ¿qué me estás diciendo, Ania?

Vadim esbozó una extraña sonrisa, enseñando los dientes, antes de levantarse y dar un paso inestable hacia ella.

Anna fue a su encuentro con una sonrisa lúgubre. Olía muchísimo a alcohol.

—¿Qué me estás diciendo, Ania? —repitió Vadim.

Ella lo miró de hito en hito.

—Te estoy diciendo que eres un cobarde y un traidor a nuestra familia.

Él se le echó encima, pero ella lo esquivó y le dio un puñetazo en la nariz, luego otro en una oreja, sin poder controlarse. Vadim se llevó una mano a la oreja dolorida y la otra a la nariz, para contener la hemorragia.

Volvió a echarse encima de ella, que se apartó, pero no a tiempo para evitar que la agarrase por el jersey y la empujase contra la pared. Le dio una patada en la espinilla, un rodillazo en los testículos y un mordisco en el cuello. Él gritó y se batió en retirada. Se palpó las marcas de los dientes. Anna buscó un arma: el reloj de la mesita de noche. Lo desenchufó de un estirón e intentó tirárselo a la cabeza, pero falló y le dio en un hombro. Él se cayó en la cama.

—Para —dijo con voz sibilante—. Para, ¿estás loca?

Anna tenía los puños en alto como una boxeadora. Se miraron un momento a los ojos. A ella no le gustó lo que veía en los de él.

«Vete.»

Fue hacia la puerta, pero, cuando ya tenía el pomo bien sujeto, sintió un fuerte golpe en la coronilla que la proyectó hacia delante. Oyó el impacto de su frente con la esquina de la puerta y, en el siguiente fotograma, vio fibras de moqueta. Estaba boca arriba, pero sólo oía por un lado porque una mano le apretaba la otra oreja contra el suelo. Le bastó para escuchar la fría promesa de Vadim de que no se preocupara porque no le tocaría la cara.

Sintió un intenso dolor en la barriga.

Después en las costillas.

Y en los muslos.

Ella chillaba, gruñía, insultaba... Intentó girar la cabeza para hacerse una idea de la situación. Vadim estaba a horcajadas encima de ella y le asestaba puñetazos rítmicos. Trató de levantar un brazo, pero él lo apartó. Entonces intentó volverse como una tortuga que se metiera en su caparazón, pero él le clavó los hombros contra el suelo, dejándola desprotegida. Con el techo dorado ante sus ojos, se preguntó si estaba a punto de morir. El dolor estallaba aquí y allá en su piel y se clavaba en lo más hondo de los músculos y huesos. Pensó en Luka, en su madre y en *Penelope*, la yegua, y de pronto iba montada en ella con el pelo al viento.

Se internó a todo galope en las tinieblas.

31

RusFarm

A los diez años, caminando por una de las carreteras que rodeaban el rancho, a Sia la había atropellado un coche. Iba escuchando música en el cedé de su hermana y no lo oyó ni vio llegar. De un momento a otro pasó de estar de pie a encontrarse boca abajo en una zanja, sin poder abrir los ojos.

El miedo se había ido diluyendo. Hasta esa noche.

Sólo con cerrar los ojos veía el parabrisas manchado de sangre, y a Anna dándole palmadas en el muslo en la parte trasera del coche patrulla. «Esta zorra es del SVR. Es uno de ellos. Ya estoy segura.» Anna se la había estado camelando desde el primer momento. Era una versión rusa de la propia Sia.

Se levantó para ir al baño, llena de ansiedad. Justo cuando se metía otra vez en la cama llamaron a la puerta.

Cuando Anna volvió en sí Vadim no estaba. Tenía toda la barriga inflamada, con un mosaico de manchas muy rojas y otras blancas. Los brazos y las piernas podía moverlos, pero cada vez que intentaba incorporarse sentía un dolor brutal en el abdomen y se desplomaba. Parpadeó mirando el baile de leones, querubines y alces de la moldura del techo cubierto de pan de oro.

¿Y ahora qué?

Buscó en lo más profundo de sí misma algún refugio del dolor. Buscó sabiduría, o cualquier referencia que pudiera guiarla hasta su hogar. Se imaginó que iba a caballo con su madre. Era verano, y estaban en el campo. La hierba era muy verde, y en algunas partes llegaba hasta las ancas de la yegua. No se decían nada. Una vez consumida su rabia, Anna, finalmente, fue capaz de hablar. Le explicó a su madre el arresto de su padre. Le habló de Vadim, Luka y Sia, la extraña sudafricana cuya reacción al falso accidente había suscitado todo tipo de preguntas en un cerebro tan dado a las conspiraciones como el de Anna.

—¿Puedes seguir viviendo así, Ania? —preguntó su madre.

—No, no quiero.

—¿No quieres o no puedes?

—Las dos cosas.

—¿Pues entonces...?

Anna dijo que no lo sabía.

Su madre le ofreció una respuesta.

—No tienes buenas cartas, Ania, pero eso ya lo sabes. Con tu padre detenido, ¿qué te queda? Te han dejado con las manos vacías, ¿verdad?

Señaló el principio del bosque de abedules. Se acumulaban nubes de tormenta mientras arreciaba el viento. La yegua, que empezaba a preocuparse, relinchó.

—¿Y Sia? —preguntó su madre—. ¿Crees que no es sólo una abogada?

Anna se subió el cuello para protegérselo del viento, dio unas palmadas al caballo, cogió las riendas y juntó los brazos encima de las piernas.

—La verdad es que no sé quién es, mamá.

Su madre negó con la cabeza, sonriendo.

—Sí que lo sabes. Sabes perfectamente qué es. Lo que pasa es que no quieres decirlo en voz alta, ni siquiera a ti misma. No pasa nada. Pero ¿qué crees que quiere?

Su caballo volvió a relinchar. Anna acarició su crin, reflexionando.

—Información —dijo—. Puede que sobre el dinero, sobre el banco, sobre el SVR... Podría querer muchas cosas. No lo sé.

—Por algo se empieza, Ania —dijo su madre—. No es mal punto de partida. Supongo que también podría querer saber más del Ganso, ¿no crees? A los suyos, si es lo que crees que es... en fin, que el Ganso no les gusta, ¿verdad? Los suyos quieren unas cosas y nosotros otras. Me pregunto si no podríamos tener un enemigo en común. Te lo vuelvo a preguntar: ¿en qué puede ayudarte?

Anna se lo pensó mientras seguía a su madre por el oro pálido de un campo.

Apartó la vista del techo dorado, parpadeando, e hizo el esfuerzo de ponerse en pie. Al llegar al marco de la puerta se paró a respirar profundamente. Dolía mucho, como si tuviera una costilla atravesada en el pulmón. Quizá fuera así. Atontada de dolor, se puso el abrigo, el gorro, las manoplas y una bufanda y fue por los pasillos cojeando. De vez en cuando se apoyaba en la pared o se apretaba la barriga.

En la puerta de Sia se llenó los pulmones con dificultad y dio unos golpes suaves.

Por la ventana penetraba la primera y tenue luz del alba. Volvieron a llamar.

Y otra vez.

Sia abrió la puerta.

Anna estaba encorvada, sujetándose el pecho con el brazo izquierdo. Entró cojeando y miró a Max, que estaba incorporándose en la cama.

—¡Anna! ¿Qué ha pasado? —dijo Sia.

—Ponte el abrigo, que vamos a montar.

—¿Qué ha pasado, Anna? —preguntó Sia por segunda vez.

—Que cojas tus cosas, Sia.

Sia se enfundó unas mallas, unos tejanos, dos jerséis y su abrigo. Al salir, su mirada se encontró con la de Max, preguntándose si mandaría la señal de

emergencia. No había tiempo de hacer planes.

Fueron caminando a los establos. Anna se paró dos veces para palparse la barriga, gemir o respirar. Con ella en cabeza fueron a la cuadra de *Penelope*. Su llegada había despertado a la yegua del profundo sueño de los caballos acostados. Se levantó y pasó la cabeza por la abertura de la puerta. Anna le puso una mano en el hocico, y después en la cara.

—No puedo montar sola —dijo—. Creo que somos lo bastante menudas para montar juntas. Es una yegua grande, y yo no llego a los cincuenta kilos. ¿Has montado alguna vez a pelo?

Sia asintió.

—Mejor —dijo Anna—. Entraremos en el bosque.

—Fuera se debe de estar como a diez grados bajo cero. No sé si...

—Al bosque —dijo Anna—. No era una pregunta.

Sia le imprimió a *Penelope* un trote lento, porque a duras penas despuntaba el alba, y a veces los movimientos de la yegua hacían que Anna gritase de dolor. ¿Eran gritos de verdad o teatro, como antes? Con Anna marcando el camino, cruzaron pastos nevados y carreteras por donde había pasado el quitanieves. La rusa iba sentada delante, sobre los fuertes hombros de la yegua. Hacía más de veinte años que Sia no montaba sin silla, y la hizo sentirse más cerca de *Penelope*, con el calor de su lomo y de su piel contra las piernas. El pelo de Anna tenía un olor salado. Le estaba saliendo una mancha muy roja en el cuello. Aunque se negase a contestar a las preguntas de Sia, viendo el morado se adivinaba fácilmente lo ocurrido.

Sia frenó a *Penelope*. Para lo que iba a decir tenía que verle los ojos a Anna, pero no podían desmontar, y tampoco estaba segura de que Anna pudiera subirse otra vez a la yegua. Se habían parado donde empezaba el bosque, al pie de los altos abedules. Cerró los ojos, aspirando el aire frío.

—Anna, ¿me dejas ver el morado que tienes en el cuello? —dijo.

—Métete más entre los árboles —contestó Anna.

Se internaron por los abedules, pisando una capa de nieve tan gruesa que casi les llegaba hasta los pies.

—Lejos de las carreteras, que hay cámaras —dijo Anna finalmente.

—¿Cámaras? —preguntó Sia haciéndose la tonta.

Una risita.

—Sia, por amor de Dios... ¿Qué has traído del establo?

—Una brida y unas riendas.

—¿Nada más? ¿Alforjas no?

—No. Anna, ¿qué...?

Anna chilló de dolor al echar hacia atrás la mano derecha para tocar a Sia. Le palpó los tejanos, metió los dedos por su abrigo y los deslizó por el jersey.

—¿Dónde está tu móvil?

—Lo he dejado en mi cuarto.

—¿Llevas algo en los bolsillos?

—¿Qué pasa, Anna?

—Que si llevas algo en los bolsillos —repitió.

—No, nada.

Anna se inclinó hacia atrás. La yegua se paró.

—Necesito verte los ojos, Sia.

Sia la agarró con suavidad y la hizo volverse hasta que la espalda de Anna quedó apoyada en la crin de la yegua. Anna sólo gritó una vez. A continuación Sia la incorporó hasta que quedaron sentadas frente a frente sobre el lomo del caballo, a pelo y con las rodillas en contacto. Fueron buscando la mejor postura. A Anna el dolor la hacía soltar palabrotas.

Se desabrochó el abrigo.

—Levántame un poco el jersey —dijo.

Su piel lechosa había desaparecido. Lo que cubría su barriga era un mosaico de cardenales intensamente rojos. Sia bajó el jersey con suavidad. Anna hizo una mueca de dolor.

—Desgraciado... —dijo Sia—. ¿Puedes ir a la policía?

Anna la miró con lástima.

—En Rusia hay policías —dijo—, pero no seguridad, y menos de alguien como Vadim.

El bosque de abedules empezaba a llenarse de luz. Sia notó que el guión, el plan, se le iba de las manos. Parecía todo tan lejos... ¿Se lo estaba inventando Anna?

—Quiero que hablemos con sinceridad, Sia —dijo la rusa—. Empiezo yo. El accidente de coche estaba preparado. Creo que eso ya lo sabes. El agente del FSB que habló contigo... trabaja para mí, para mi familia.

—¿Es del FSB O del SVR? —preguntó ella en susurros.

Anna hizo una mueca, pero no contestó.

—Mi familia está en guerra con el Ganso, que es un hombre poderoso, antiguo dirigente del FSB y actualmente al frente del Consejo de Seguridad, pero eso ya lo sabes. He estado intentando encontrar el dinero que nos robó y escondió con la ayuda de tu empresa. Esta noche ha mandado detener a mi padre. ¿Has visto los coches? ¿Has oído algo? Sí, por supuesto.

—Sí.

—Pues siento decirte que estamos perdiendo la guerra. Nos han robado y no nos dejan ver al presidente. Se han llevado a mi padre y a mí mi propio marido me ha dado una paliza. Hasta es posible que trabaje para ellos: quizá haya hecho un pacto con el Ganso y haya vendido a mi familia.

—¿Por qué me lo cuentas, Anna?

—Porque sé quién eres.

—¿Ah, sí? ¿Quién soy?

Anna le dio unas palmadas al caballo.

—En cierto modo somos lo mismo, ¿verdad?

Sia arqueó una ceja.

—Pero bueno, por favor... —dijo Anna—. Ya llevamos un buen rato con el paripé. Supongo que podríamos seguir, pero estoy demasiado enfadada. Y cansada. Y sin opciones. De lo que me he dado cuenta esta noche, durante nuestra conversación con mi actor-agente del FSB, es de que no eres abogada. Ni por asomo. O, para ser más exactos, no sólo eres abogada. Lo eres tanto como yo banquera, o sea, parcialmente. O ni siquiera eso, según como se mire. Lo que no entendía era por qué Langley te había mandado a Rusia. Me desconcertaba, hasta que al final he caído en la cuenta: como cebo. Sabías lo que quería y estabas dispuesta a dármelo con tal de pescarme. Lo que pasa es que al final me he zampado el anzuelo. ¿Voy bien encaminada a grandes rasgos?

Una de las consignas que te daban durante la instrucción era no desvelar jamás la tapadera sin el visto bueno oficial de Langley. Había que mantener la ficción sin darse nunca a conocer. Anna, sin embargo, ya sabía quién era Sia, y viceversa. Mintiendo se corría el riesgo de que se zafara del sedal. Por otra parte era muy lista, la cabrona, y Sia no se fiaba de ella.

—Déjame ver otra vez los morados —dijo.

Anna la miró con frialdad.

—Has tirado un cadáver contra el parabrisas de un coche y has intentado sobornarme —dijo Sia—. Quiero asegurarme de que no es maquillaje ni pintura. ¿O prefieres que te pregunte cómo te encuentras de la espalda después de la caidita de ayer, cuando no podías conducir?

Anna se desabrochó el abrigo y se subió otra vez el jersey. Sia pasó un dedo por la piel, muy roja, casi en carne viva. Anna dio un respingo. Sia clavó el dedo en una costilla. Anna gritó y la insultó en ruso, con un brillo de rabia en los ojos. Sia buscó mentalmente algún motivo para una farsa tan enrevesada. Pensó que si la gente de Anna sospechaba de ella como agente de la CIA les habría bastado con raptarla. La presencia de Anna, el hecho de haberse llevado a Sia al bosque, lejos de las cámaras y los micrófonos, parecían apuntar a una posible y milagrosa victoria de Sia ante las fauces de la intriga rusa.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Hablar con alguien de tu servicio —dijo Anna abrochándose el abrigo—. Alguien de alto rango. Yo creo que tenemos un enemigo en común, sobre el que podría dar información.

—Supongamos que tengo un contacto —dijo Sia midiendo con cuidado sus palabras—. ¿Qué le diría sobre tus posibilidades de viajar?

—Suponiendo que tuvieras un contacto —señaló Anna—, yo le diría que durante las próximas semanas estaré en situación de viajar. Tengo operaciones que lo justifican. Lo malo es que los que han detenido a mi padre están estrechando el cerco. Tendría que ser algo rápido y eficaz.

—¿Esquías? —preguntó Sia sin creerse del todo que hubieran llegado a ese punto.

—Sí, aunque ahora mismo es posible que me cueste.

Anna sonrió con acritud mientras se refería con un gesto de la mano a su barriga magullada.

—¿Podrías crear una razón para viajar a Suiza? —quiso saber Sia—. No sé... unos días de trabajo, por algo del banco, y unas minivacaciones al final.

A Anna se le fue la vista hacia un pájaro que revoloteaba entre los árboles.

—Podría ser.

—En el Jungfrau —dijo Sia— hay un pueblecito que se llama Gimmelwald. ¿Lo conoces?

Anna sonrió un poco.

—Sí.

Sia volvió a su cuarto y apoyó la cabeza en la almohada. «Vendrán en cualquier momento», se dijo hundiendo más la cara en el plumón. No llegó a dormirse. Al volverse hacia Max vio que tenía los ojos muy abiertos.

Por la mañana se duchó, hizo el equipaje e intercambió con Max una señal escueta sobre su éxito. («Ayer por la noche tuvimos una conversación estupenda

sobre la excursión. Realmente estupenda.») Todas las células de su cuerpo anhelaban huir de esa casa, de la granja y de Rusia, pero al retorcido teatro de RusFarm le faltaba una última escena: un desayuno de despedida. Con la mano en el pomo de la puerta, pulcro, sonriente y preparado para el mundo, Max le pasó un brazo por los hombros y la estrechó. Luego le dio un beso en la frente. El abrazo dio una sensación de ligereza a Sia, que durante un momento de tranquilidad no pensó en su detención, ni en Anna, ni en lo que habían hecho.

El chef y el personal de cocina de RusFarm se habían pasado toda la noche trabajando mientras se sucedían la trampa, el arresto y la paliza. Al llegar al espacioso comedor, Sia descubrió huevos escalfados, salmón seco, trufas blancas (llevadas esa misma mañana desde Italia, se jactó uno de los mayordomos) y un pastel de queso con pasas, entre otras fuentes cuyo contenido no llegó a averiguar, porque cuando Max y ella preguntaron por Anna y Vadim el mayordomo les explicó que por desgracia los Kovalchuk habían tenido que ir a Píter por trabajo y esa mañana no podrían acompañarlos. Les dijo que el avión chárter estaba preparado, aguardando su llegada en Púlkovo. Sia miró a su alrededor por si veía emerger de las paredes tipos duros con porras, expresiones graves y una convocatoria urgente a Lefórtovo.

—Pues entonces nos saltaremos el desayuno —dijo Max. El Rolls que encontraron en la rotonda de entrada no llevaba enganchado el remolque de los caballos. Se quedaron mirándose al principio de la fría escalinata de mármol, sin saber si protestar. A fin de cuentas, *Penelope* seguía en el establo. El chófer ya estaba bajando el equipaje. Max miró su teléfono. Ya había dado media vuelta hacia la casa cuando Sia le puso una mano en el hombro, negando con la cabeza. «Escucha, escucha, por favor», decían sus ojos.

—Pinche ruso —dijo Max en español, y, después de escupir, se metió el teléfono en el bolsillo y miró la casa por última vez.

Subieron al coche. Sia se concedió un vistazo por el cristal trasero: el semental encabritado, con su fina capa de nieve, y la casa, con sus ventanas todavía alertas y su fachada que se cernía sobre el coche como si pudiera aplastarlo en su huida.

Una vez en el bosque cerró los ojos, y en el momento en que cruzaron la colosal verja notó que en lo más hondo de su ser quedaba algo libre, como si hubiera estado varios días bajo el agua y acabara de volver a la superficie para las primeras bocanadas de aire. Estaba pendiente en todo momento de las luces azules. «Lo harán en el último momento», se dijo. Estarían al acecho hasta el final para alargar el sufrimiento. El trayecto al aeropuerto transcurrió con angustia pero sin novedad.

En Púlkovo, en la pista, los motores se pusieron en marcha, y Sia oyó desde su asiento que los pilotos del vuelo chárter equino comentaban perplejos que sería su primera ruta sin caballos. Max hizo dos llamadas a Vadim. Sia le suplicó ambas veces que lo dejara correr, y en ambas ocasiones salió el contestador directamente. Sia se miró la mano izquierda, oscuramente fascinada por el hecho de que no dejara de temblar. Nunca le había pasado, nunca, pero ahí estaba, palpitando. Tensó los dedos y volvió a soltarlos: aún temblaban. Cuando las ruedas se despegaron de la pista buscó con la mirada coches que los persiguieran, apretándose otra vez los dedos. Las vibraciones saltaron a un párpado.

Al inclinarse el avión sobre el mar, Sia buscó cazas rusos por el cielo. Como no veía ninguno, se quedó sentada durante una eternidad, con el maldito párpado temblando como una cortina enrollable. Se había puesto una mano en el pecho, como si la presión pudiera hacer que le latiera más despacio el corazón. Una vez que supo que ya estaban en el espacio aéreo finlandés, fue al baño pasando entre los compartimentos vacíos y se llevó las manos a la cabeza.

«Dios mío, Dios mío», susurró para sus adentros.

32

St. Ives

La noche misma de su regreso a St. Ives pillaron una borrachera monumental, pero no de las festivas, sino de esas tristes de quienes beben en el mismo bar pero completamente a solas. La alegría, la juerga, brillaban por su ausencia. Había que hacerlo, así de simple. Al día siguiente, el reloj informó a Sia de que sus ojos se habían abierto por primera vez, resecos y rojos, a las 12.17 h. Una hora más y logró incorporarse. Otra y desapareció el fantasma del vómito. La casa estaba en silencio. La puerta del cuarto de Max seguía cerrada. La abrió cuando el sol ya daba de lleno en las cortinas, al igual que las olas en las rocas, y se encontró a Max con los ojos cerrados, dirigiendo al techo una sonrisa lúgubre.

—Buenos días —dijo sin abrirlos.

—Mejor dicho buenas tardes —contestó ella—. Nos hemos quedado dormidos.

—Hemos dormido lo que teníamos que dormir —dijo él—. ¿Ya está aquí Artemis?

—No. Mejor, porque tenemos que hablar.

Salieron a correr para desintoxicarse del alcohol a base de sudor y despejarse la cabeza. Cruzaron el pueblo y bajaron a Harbour Beach. Con marea baja quedaba al descubierto una franja de arena y rocas que creaba un puente a Portminster, y que les permitía recorrer casi dos kilómetros de playa antes de dar media vuelta. Iban despacio, resoplando, pero Sia insistió en que siguieran hasta

haber completado cinco vueltas y quedarse cubierta de sudor alcohólico. Luego se ataron las cazadoras en la cintura y caminaron por el frío de la playa mientras la tarde seguía su lánguido curso. Encontraron un sitio donde sentarse en la arena. De una de las casas victorianas de la cuesta arbolada salía música clásica. Las chimeneas expulsaban columnas de humo.

Estuvieron contemplando las gaviotas y los zarapitos hasta que un hombre mayor con una chaqueta de lona sucia y un bastón de madera nudosa les preguntó si estaban bien. ¿Qué energía estarían desprendiendo para merecer una pregunta así?

—Sí, muy bien —dijo Sia.

Max asintió con la cabeza.

El hombre siguió caminando hasta quedar reducido a un punto en la distancia.

—Cuéntamelo —dijo Max finalmente.

Sia lo hizo. Le contó hasta el último detalle y la última conversación, todo lo que había hecho y le habían hecho en Rusia. No había sido su intención ser tan sincera. Estaba claro que no tenía sentido explicarle a Max cosas que no le explicaría a Procter, pero no pudo contenerse. Al final, el único detalle que pasó por alto fue el de la mano, que incluso en St. Ives seguía temblando. Cuando Sia acabó de referir su conversación con Anna en el bosque, Max silbó y le dio una palmada en el hombro.

—¡Sí señora! ¡Pues claro que sí! —dijo estrechándole la mano.

Ella aceptó la felicitación con una mueca y una mirada furtiva a su mano, que se apresuró a poner debajo de la pierna. Anna le había salido cara.

Max, que también trabajaba en solitario, la entendió instintivamente. Fijó su mirada en las olas.

—¿Qué quieres decirle a Procter? —preguntó—. ¿Cómo lo redactamos?

Ciudad del Cabo. Hortensia Rose Fox, de catorce años, se pegó a una zanja polvorienta hasta que pasaran de largo los faros. Llevaba dos semanas en

Sudáfrica, en su peregrinación anual, y, como decía su abuelo, aún estaba en fase de adaptación. El ritmo de la ciudad era tranquilo, demasiado parecido al del Big Bend. También se le resistía el idioma, como cada verano: no cagarla en los pronombres, hacer rodar un poco las erres, alternar bien los tiempos verbales... La manera de hablar se le hacía lenta, como la ciudad. Al practicar con su abuelo o su abuela se precipitaba, acumulando errores. Estaba cansada, aunque sabía que en pocas semanas volvería a soñar en el afrikáans de su madre. Sabía también que sonaba extranjera y tonta, lo cual la hacía estar susceptible e irritada, lo cual, a su vez, la hacía ser impulsiva. Lo cual explicaba que estuviera sola en esa zanja, en la granja de un desconocido, en plena noche.

Tras iluminar las parras, los faros dieron brincos por la carretera, cada vez más lejos de la casa. Primero Sia se arrastró por las vides. A partir de un momento se incorporó, pero agachando la cabeza para que no sobresaliera demasiado. Hacía una noche despejada. El camino estaba muy iluminado por la luna. Se preguntó si la vería alguien. Henchida de orgullo, atravesó la viña. No se notaba nerviosa. Tampoco sudaba, y su respiración era regular. Nunca había vivido un momento tan vibrante, ni se había sentido tan viva. No se preguntó ni una sola vez por qué estaba haciendo esa locura; ya lo sabía, y era consciente de que no lo entendería nadie. En cuanto a las consecuencias, no es que no las tuviera claras, al contrario, pero eran irrelevantes, una posibilidad imprecisa al final de un túnel que no recorrería. El aire estaba cargado del olor de pimienta típico del monte bajo de esa zona. Tras el tejado de paja a dos aguas de la granja se asomaban las oscuras cumbres de las montañas. Una suave brisa mecía los zarcillos que rascaban los brazos de Sia. En algunas de las ventanas de la granja había luz, pero en vez de provocarle dudas, como habría sido lógico, reforzaba el desafío y potenciaba aún más la adrenalina que parecía espesarse en sus venas y formar una bola al fondo de su boca.

Delante de la casa, la viña dejaba su lugar a un césped ondulado, el primer sitio donde la cosa podía ponerse peliaguda. Se dijo que de todas formas le era bastante indiferente. Sabía que en esa zona había sensores y luces. Los había

visto al reconocer el terreno. Por suerte no había cerca externa. Eran obstáculos menores, que superaría.

Contó: uno, dos, tres...

De repente estaba corriendo por el césped hacia un grupo de árboles, alternando miradas al suelo, la arboleda y la casa. En la granja se encendió una luz que la cubrió de blanco. Apartó la vista. Clac: otro foco, esta vez en el césped. Corrió más deprisa hasta lanzarse entre los árboles, y al esconderse detrás de uno se dio cuenta de que sonreía. Aguantó la respiración y se quedó escuchando el silencio de la noche hasta que las luces se apagaron. Entonces se echó al suelo y se arrastró hasta poder ver la puerta delantera de la granja, que se estaba abriendo con un leve crujido. Salió un hombre que escrutó la noche, moviendo la cabeza hacia ambos lados. Después de un rato de inmovilidad entró, y las luces volvieron a encenderse.

Sia estaba justo fuera del alcance de los dedos de luz, protegida por la oscuridad de los árboles. La persona de antes reapareció en la puerta y se puso a silbar. A Sia le dio un salto el corazón. ¿Un perro? No se le había ocurrido que pudiera haber uno. «Me destrozará», pensó. «¿Qué hago?» Apoyó la cabeza en el suelo y volvió a darse cuenta de que a pesar de que su corazón latiera más deprisa sus pensamientos eran lúcidos, y de que no estaba sudando. «Estoy a oscuras», pensó. «Estoy escondida.» De todas formas, el hombre debía de silbar por pura distracción, porque no apareció ningún perro. Las luces se apagaron. El hombre entró y cerró la puerta. «Debería estar aliviada», pensó Sia, «pero me noto igual; me noto serena».

Se limpió de tierra y bajó por una cuesta, agachada entre los árboles. Los establos estaban en la base de una colina que se cernía sobre el granero como una ola a punto de romper. Desde la casa principal no se veía la puerta, pero había quedado claro que alguien estaba despierto, y que cualquier luz le llamaría la atención. Sia reflexionó sobre el problema mientras se espaciaban los árboles y aparecían los establos. Seis compartimentos de madera vieja. Dos bonitos

caballos. «Pasando de las luces», pensó yendo hacia la piedra que había visto tres días antes al reconocer la zona. La recogió.

Corrió hacia los establos por la cuesta con la piedra en la mano. La luz de arriba se encendió. Sia ni siquiera la miró. Se limitó a dar un golpe con la piedra en el endeble candado, y siguió aporreándolo y machacándolo hasta que el pasador cedió, los tornillos se soltaron de la madera y el candado se cayó ruidosamente al suelo. Descorrió la puerta y caminó con paso firme hacia el compartimento de la yegua que había montado una semana antes, a la luz del día, con la aprobación sin reservas de la granja. Se fiaba de ella. El caballo, recién salido de un profundo sueño, observó los gestos rápidos con los que Sia le ponía los aperos. Sia la sacó del establo con suavidad y aplomo y se subió a la silla en una postura, y con una certidumbre, que le indicaron al caballo que sabía lo que estaba haciendo. Subió por el camino hacia un cruce desde el que se alejaría de la casa. Su intención era montar a sus anchas por un campo del extremo norte del viñedo, pero en la casa se había encendido un motor y estaban prendiéndose más luces.

Sia puso la yegua a trabajar, con firmeza pero amablemente, sin maltratarla. Mantenía el contacto desde las riendas hasta el bocado, sin excesos, con la presión justa para controlar al animal. Le apretó las costillas con las piernas. El caballo salió al galope hacia el cruce. Iban deprisa, desviándose hacia la izquierda sin que de momento apareciesen faros, ni los pensamientos de Sia perdieran nitidez. La noche era perfecta, porque Sia iba a salirse con la suya. Al mirar hacia atrás vio un coche que salía de la casa, pero la luz de los faros no llegaba tan lejos. «No me ven», pensó. Giró la cabeza para ver si el coche bajaba a los establos o la seguía por la carretera.

El coche optó por los establos.

Sia se metió al galope por el prado.

Durante unos minutos fastuosos se dejó bañar por la luz de la luna saboreando la victoria del delincuente que no necesita indultos ni amnistías, porque nunca lo pillarán.

De repente se oyó ruido debajo de una cerca. El caballo, asustado, se puso a correr sin ton ni son, escapándose al control de Sia. Era la primera vez que pasaba miedo en toda la noche. Más adelante, de regreso en el Big Bend, practicaría cómo tirar de las riendas de un caballo asustado, pero esa noche, en Ciudad del Cabo, aún le faltaba práctica, y su cerebro y sus músculos no pudieron funcionar al alimón para contener a la yegua.

Cuando debería haber tirado de la rienda izquierda, acercándola a la rodilla para que el animal diera vueltas más despacio y ella pudiera recuperar el control, lo que hizo Sia fue estirar las dos en balde, sin fuerza suficiente para calmar a la yegua que, enloquecida, corría por el campo abierto a una velocidad que daba miedo. A los pocos segundos la yegua corcoveó y se quitó de encima a su jinete con tal fuerza que a Sia le pareció oír el crujido de un hueso al aterrizar en el prado.

La yegua se fue hacia la casa. Sia estaba despatarrada en el suelo, sin saber si podría andar. Tenía todo el lado izquierdo magullado. Contusión o fractura de costillas, aún no lo sabía. Por lo visto sus brazos y sus piernas respondían, pero le pareció imposible caminar cinco kilómetros hasta la granja de su abuelo. Estuvo un rato esperando a que el granjero la encontrase. Al pensarlo mejor se dio cuenta de que el problema era aún más grave. Se había internado mucho por el prado. El trayecto hacia la granja de su abuelo sería unos cuantos kilómetros más largo que al ir a pie. Encima, al levantarse comprendió que iría despacio. Quizá llegara a su casa antes del amanecer, pero su hermana estaría despierta, escribiendo en la casita que compartían durante el verano. ¿Se chivaría Daisy? La vez pasada no se había chivado. La anterior tampoco.

Volvió a casa cojeando por prados y viñas, aprovechando siempre que podía la protección de los árboles. «Qué raro que me encuentre tan bien, aunque esté hecha polvo», pensó. Los últimos dos kilómetros los recorrió casi sin aliento pero con todos los sentidos alertas, sabiendo que si el granjero se acercaba en coche hasta ahí se pararía a hacerle preguntas, y probablemente llamaría a la

policía. Enfiló el largo y frondoso camino de la granja del abuelo, desviándose a la izquierda para cruzar el pequeño puente que salvaba un riachuelo.

Detrás de una cortina de árboles apareció la casita de invitados con las luces encendidas y la plasta de su hermana despierta, alerta y sensible, qué duda cabía, a la gravedad moral de los hechos. Como no tenía sentido entrar con sigilo, Sia abrió la puerta de golpe. Daisy estaba en la sala común, sentada frente al escritorio. La hermana de Sia no levantó la vista ni dijo nada. Estaba escribiendo a toda prisa en su cuaderno. Sia entró en el baño y se miró los moratones, rojos, como en carne viva, pero no le pareció que tuviera nada roto. Se duchó, se puso ropa limpia y al entrar en el cuarto donde dormía con su hermana la encontró sentada en su cama, bañada por la luz matinal.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó su hermana en inglés—. ¿Otro coche con las llaves dentro?

—No te preocupes, Daze —contestó Sia en afrikáans—, que no he cogido nada.

Los ojos de Daisy se convirtieron en dos ranuras.

—Claro, claro —dijo.

—Va en serio.

—¿No te parece raro?

—Puede que sí.

—¿Te lo has llegado a plantear?

—No demasiado.

Daisy se dejó caer riéndose en la cama.

—Hablas como una psicópata. Lo sabes, ¿no?

—Cuando venimos aquí me pasa algo, Daze.

—Qué chorrada —dijo Daisy—. Me consta que te trajiste a casa algunas cosas de Porter’s. Tonterías. Chicles, frutos secos, agua mineral...

—Casa también es aquí —dijo Sia pasándose al inglés sin darse cuenta—. Tenemos dos casas, que es lo mismo que no tener ninguna.

Miró a su hermana con hostilidad, pero sin negar que hubiera robado en

Porter’s. ¿Qué más daba?

—Que sí, Horty, que sí —contestó Daisy—, lo que tú digas.

—Daze, ¿se lo dirás a mamá y papá? —preguntó Sia en afrikáans—. ¿Y al abuelo?

Daisy estaba escribiendo otra vez en su cuaderno.

—No se lo diré a nadie.

—Pues entonces ¿qué escribes? —le preguntó Sia.

—Nada.

Daisy cerró el cuaderno y lo metió en el cajón. Luego fue al cuarto de baño y se duchó.

Sia oyó correr el agua mientras miraba el escritorio y pensaba que quizá tuviera que robar el cuaderno.

Sia dio la espalda a las olas para mirar a Max.

—Yo creo que la mejor manera de explicar lo de RusFarm por escrito es la siguiente.

Dijo que algunos elementos de la visita era mejor dejarlos al margen de la comunicación por cables. Lo primero que se le ocurría, en ese sentido, era la tentativa de chantaje de Anna y el encuentro sexual fingido entre ellos dos. Dijo que si querían seguir en el terreno no servía de nada explicar lo uno ni lo otro. De todas formas, tampoco podían asignarles otra misión de la noche a la mañana. No eran como los drones de Langley, que cambiaban de destino como si tal cosa. Además, si era verdad, como creían, que Anna estaba a punto de dar un vuelco, de aportar algo útil, no había nada que ganar. El equilibrio al que aspiraban era muy delicado: contar la verdad, pero no toda. No es que quisieran mentir, pero algunos detalles superfluos era mejor dejarlos fuera del montaje final por el bien de todos. De todas formas, ¿cómo iba a entender nadie lo que habían vivido, las presiones a las que se habían enfrentado? Sia dijo que habían ido tomando decisiones sobre la marcha, basándose en la información de la que

disponían en cada momento. Además, las probabilidades de que Langley recibiera inteligencia de los rusos que contradijese la versión de ellos dos era prácticamente nula, porque Anna lo estaba haciendo todo de manera extraoficial, y por teléfono no soltaría prenda. No habría interferencias que pusieran en duda sus explicaciones.

Pese a no saber cómo se lo tomaría Max, mientras hablaba estuvo muy atenta a su mirada y su postura y llegó a la conclusión de que tampoco eran personas tan distintas: en el pecho de Max, como en el suyo, palpitaba —tal vez no con la misma exuberancia— algo que lo hacía seguir adelante a causa de los riesgos, no a pesar de ellos.

Max la escuchó sin decir nada.

—Si Procter se enterase alguna vez —le dijo al final— las consecuencias serían muy graves, sobre todo para ti.

—¿Cómo quieres que se entere si sólo lo sabemos nosotros? Si se lo dijéramos, todo se frenaría de golpe.

—Y tú quieres que siga —dijo Max.

—Yo creo que podemos ganar —contestó Sia—, pero bueno, dime cómo lo ves tú.

—No, si ganar podemos, de eso no me cabe duda, pero ¿vale la pena arriesgarse? —Max se encogió de hombros, recogiendo una rama del suelo—. No lo sé.

Hizo garabatos en la arena. «¿Sabe lo que quiere?», se preguntó Sia. Podía volver tranquilamente a su rancho, pero había algo que lo retenía, y ese algo no era sólo su atracción por Sia, aunque ella la notase claramente. Se le ocurrió que quizá no tenía ganas de volver.

Otra cosa que notaba Sia era la confianza entre los dos. Se le hacía raro, muy raro pensarlo. Quizá para su cuerpo no fuera nada nuevo, pero era la primera vez que su cabeza podía expresarlo con palabras. De haber sido otra mujer, con otra profesión, en otro lugar y otro país, con otro hombre, quizá lo hubiera dicho, pero recordando la cama de RusFarm seguía sin saber en qué compartimento

poner las sensaciones que se iban fraguando en su interior, unas sensaciones que con el transcurso de los días habían ido pasando de la vergüenza a la negación, y por último a una aceptación estoica de un deseo persistente que reiniciaba el ciclo.

Max se levantó, se quitó la arena de los pantalones y tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Quiero recuperar mi yegua. Redactémoslo como propones tú.

Sia levantó la mano que no le temblaba.

—Gracias —dijo.

Max la ayudó a ponerse de pie.

De camino se pidieron dos cafés aguados en un bar muy expuesto al viento. Superada la colina apareció la casa, con un Prius azul en la entrada. Había llegado Procter.

33

St. Ives

La jefa había hecho la compra, casi todo comida preparada, por suerte. La encontraron en la cocina, sacando una fuente del horno con las manos desnudas pero sin expresiones de dolor; sobre lo que sí se expresó, y no a petición de nadie, ni con preámbulos de ningún tipo, fue sobre el tendero indiscreto de St. Ives, cuya tendencia a meterse en las vidas ajenas hacía de él (en palabras de la propia jefa) poco menos que un pervertido sexual. Desde un punto de vista culinario, sin embargo, el individuo en cuestión había orientado bien a Procter: había envases de bucatini frescos, salsa de tomate espesa, albóndigas fritas y crujientes y una ensalada de calabaza, zanahoria, garbanzos y almendras tostadas.

El tendero pervertido le había aconsejado regarlo todo con un par de botellas de Chianti, pero Procter dijo que cuando se hacía la elegante era de las de vino blanco, y se sirvió una copa de un blanco dulce comprado en la misma tienda. El nefasto maridaje con la pasta la preocupaba tan poco, al parecer, como el precio del vino (tres libras, según el adhesivo todavía visible en la botella) o la familia de peces en caricatura que presidía la etiqueta en tecnicolor. Sia se fijó en que Max miraba fijamente la botella mientras Procter llenaba su copa.

Ya sentados en el comedor, lo primero que hizo la jefa fue pinchar mal una albóndiga, que rodó por el suelo dejando un rastro de salsa. La recogió y se la comió.

—Bueno, venga, contádmelo todo —dijo con la boca llena.

—Claro, claro —dijo Sia—. ¿Por dónde empiezo?

Lo hizo por la «ligera presión» ejercida por Anna, y de ahí pasó directamente a la detención del padre de ésta, la paliza y el número final a caballo, del que había salido victoriosa. Si Procter estaba entusiasmada no se le notó: se mantuvo concentrada todo el rato en las albóndigas, de las que de vez en cuando se quitaba trozos de entre los dientes. Cuando Sia terminó de hablar, la jefa se quedó moviendo un resto de albóndiga por el cuenco con el tenedor.

—¿Al final qué les contaste? —preguntó levantando la vista del cuenco para observar el lenguaje corporal de Sia con sus ojos verdes y brillantes.

—Les di el ordenador y les expliqué la estructura financiera del Ganso. Les enseñé cómo habían cambiado el oro en efectivo, y les dije dónde está.

—¿Te apretaron mucho?

—No demasiado —mintió Sia—. La jugada conmigo, Anna se la plantea, o se planteaba, a largo plazo. Yo creo que también quería información sobre Lyric, Harry Hamilton y todo eso. La primera tarde dimos un paseo a caballo y me contó que el Ganso y los suyos le estaban haciendo la vida imposible a su familia. Yo le pregunté si podía ayudarla, pero claro, sin infringir la ley.

—No, claro —dijo Procter—. Obviamente que no.

—Entonces Anna me insinuó que si no la ayudaba podían detenerme. No usó el verbo «detener», pero se sobreentendía. Total, que colaboré y le conté cosas.

—Luego arrestan al papaíto, al marido le da por zurrarla y empieza otro partido —dijo Procter—. Me cago en la leche... —Se metió toda una albóndiga en la boca—. ¿Y en ningún momento dijo que fuera del SVR, o del FSB? —preguntó después de conseguir tragársela.

—De manera explícita no. Por lo que dijo se entendía que del SVR, pero no lo confirmó.

—¿Y tú no le dijiste nada de la CIA?

—No, pero lo sabe. Ya te he dicho que pidió reunirse con alguien de mi servicio, de más alto rango que yo.

La respuesta de Sia provocó un gruñido de Procter, que se volvió hacia Max enrollando pasta con el tenedor.

—¿A ti qué te hizo hacer Vadim?

—Bebida, sauna y vuelta a empezar —repuso Max—, aunque el ambiente estaba tenso: lo cabrea haber pagado demasiado por el semental y la última mañana se las piró a San Petersburgo. Se fue de RusFarm con instrucciones de que se quedasen a mi yegua.

—Supongo que lo habrás llamado —dijo Procter.

—Supones bien. La mañana en que nos fuimos de Rusia no había manera de que se pusiera. Luego, cuando ya estábamos aquí, hablé con él y me dijo que pensaba que la yegua estaba incluida en el trato. Mentira, pero así tiene una excusa para no llamarlo robo. Vadim Kovalchuk es un mierda. Tolera todo este numerito porque la operación es de Anna, y fijo que alguien del otro lado le pidió que se portara bien, pero de alguna manera tenía que vengarse por lo mal que se lo hice pasar en México. Con él no podría ser de otra manera.

—¿Cómo se llama la yegua? —preguntó Procter.

—*Penelope* —contestó Max—. Era de mi madre.

—Lo siento —dijo la jefa—. Se lo comentaremos a Anna en Suiza, a ver si puede ayudar a remediarlo.

—Con el gilipollas ese viene a tener la misma influencia que yo —dijo Max.

—Bueno, la cuestión es probarlo. —Procter, tan brusca como siempre, marcó el cambio de tema con un golpe en la mesa—. Habladme del rancho de mierda ese y de la vigilancia. Me interesan todos los detalles, hasta los más pequeños.

Los estuvo sondeando un rato sobre el tema. Luego, en plena explicación de Max sobre la cena con Vadim y Anna, se sirvió una copa enorme del vino blanco, asquerosamente dulce, e hizo un gesto insinuante hacia el dormitorio.

—¿Alguna sospecha erótica más por parte de Vadim?

Sia le dejó el marrón a Max, como habían acordado en la playa.

—Esta vez nuestra interpretación fue más convincente —dijo él.

Procter asintió.

—Ya —replicó—. Vale. —Los miró a los dos—. ¿Estáis a gusto?

Max contestó que sí.

—¿Hortensia? —preguntó Procter.

—Yo estoy bien —contestó Sia mirando su cuenco—. Vadim no sospecha. Ni él ni nadie.

—Bueno —dijo Procter en español, sin insistir más en el tema.

En la cocina, Sia explicó el rudimentario plan de comunicaciones que habían elaborado Anna y ella durante su paseo a caballo por el bosque. El encuentro sería en Suiza. La jefa dijo que tenía ganas de echarle un vistazo a la gélida alma rusa de Anna y comprobar personalmente si la cosa iba por buen camino. El brillo de sus ojos verdes parecía indicar que sus expectativas iban más allá de aprovechar las redes financieras de Vadim Kovalchuk para fines de inteligencia. Sia adivinó que había más en juego, y que la jefa no soltaba prenda.

A lo largo de su carrera, Sia había aprendido que en muchas ocasiones era preferible no saberlo todo. Los de la central querían toda la información posible porque el arma preferida del combate burocrático era el conocimiento, cuanto más secreto mejor, pero, para el NOC que trabajaba solo en el terreno, más conocimiento equivalía a más secretos que soltar borracho, flipado o en una sala de interrogatorio rusa. En el acuario de la central se podía nadar sin peligro; los NOC navegaban en mar abierto, y las aguas que Sia Fox veía ante sus ojos estaban muy revueltas. No obstante, como ya había vertido su sangre por el caso se metió con cautela entre las olas.

—¿Qué queremos que nos cuente? —Pregunta a la que siguió otra aún más importante—: ¿Qué queremos que haga por nosotros?

—Bueno —dijo la jefa lentamente—, depende un poco de cómo interpretéis las motivaciones de Anna. ¿En el fondo qué quiere?

Sia pensó un poco.

—Ahora mismo muy bien no es que lo tenga. Su marido es un maltratador, su padre está en la cárcel y hay otro clan con pretensiones de quedarse su imperio familiar, poniendo en peligro su estatus social. Debajo de todo hay una mujer tozuda que no entiende que se pueda abandonar el campo de batalla sin haber derrotado al adversario o haber sido derrotada. Quiere ganar, y yo creo que le importa el cómo. No le es indiferente.

—O sea, que no se conformará con divorciarse y darse el piro, porque ella lo que quiere es ganar a su marido, y luego al Ganso, y luego a quien se tercie —dijo Procter.

No era una pregunta.

—Yo creo que sí —dijo Sia—. Irse de Rusia le parecería una derrota, y divorciarse de Vadim también, porque le quitaría peso político y le dificultaría ayudar a su padre. Lo que pasa es que no es tonta. Prefiere ganar jugando sucio que perder, y si no hace nada perderá.

—Bueno, pues ya están las cartas encima de la mesa —dijo Procter—. Anna Agápova no quiere dinero. Perfecto. Quiere controlar su entorno. Mejor, porque igual se nos ocurren unas cuantas maneras de reorganizarlo para que vaya más en la línea de los intereses de nuestra gran república. Le gustaría ver el cráneo de su marido en formol. Bueno, pues siempre podemos quedarnos con dinero de Putin y que le echen la culpa al maridito. Tiene ganas de cargarse a unos cuantos enemigos de su padre. Pues a nosotros nos gustaría que hubiera un golpe de Estado en Moscú, aunque no fuera real. Que cunda la paranoia y corra un poco la sangre. Total, si vamos de cabeza al estalinismo, ¿por qué no nos divertimos un poco, ya puestos? ¿Componente ideológico hay alguno, maja? ¿Por casualidad odia el sistema y tiene ganas de socavarlo desde dentro y ayudar al bueno del tío Sam a meter palos en las ruedas porque... pues porque es un tío que mola, y un faro de esperanza, y todo el rollo ese?

—Es una patriota rusa —intervino Max.

Procter hizo un gesto displicente con la mano.

—Patriotas siempre son, siempre. Yo he tenido trato con patriotas sirios,

rusos, saudíes, franceses... Amor a su país siempre lo tienen. La cuestión es saber si quieren cambiarlo.

—Yo no creo que Anna sueñe con otra Rusia —dijo Sia—. No creo que le importen Putin ni el sistema. No le gusta lo que ha pasado en Ucrania, pero tampoco moverá un dedo por cambiarlo. No cree que Rusia tenga que ser una democracia. Dudo hasta de que lo vea posible. Para Anna, Rusia existe y punto. La corrupción no la preocupa lo más mínimo. Yo creo que ni siquiera la llamaría así. Son los negocios. Es como funciona el país. De hecho, se considera al margen de todo eso. Sobre el papel es rica, pero no le interesa el dinero. Ella trabaja. Es una abeja obrera, como yo.

Lo último le había salido sin pensar. Procter arqueó una ceja.

—A ver, Hortensia... —Ignoró su mirada de rabia, o no se fijó en ella—. No has contestado a mi pregunta, y eso que era muy sencilla: ¿en el fondo qué quiere Anna Andréyevna Agápova?

Sia juntó las manos a la altura de la cintura. La izquierda aún le temblaba, la muy jodida, aunque no con la misma fuerza que en el avión o la playa.

—Lo que quiere es arrasar con todo y jugar con sus reglas.

Procter dio un grito de alegría.

—Con mujeres así puedo tratar.

Por la noche Procter despachó un cable a los trolls de contrainteligencia, y al poco tiempo recibió un criptónimo. De ahí en adelante, y por los siglos de los siglos (amén), todas las comunicaciones oficiales que se produjeran dentro del compartimento de Gestión Restringida se referirían a Anna Andréyevna Agápova, banquera, esposa maltratada, hija agobiada, jinete, probable agente del SVR sin cobertura oficial, futura conspiradora, espía y traidora, como GT/PERSÉFONE.

PERSÉFONE.

La jefa —cuya fascinación por la mitología griega alimentaba las sospechas de Sia de que los nombres en clave no se generaban aleatoriamente— se rió al oírlo, diciendo que era perfecto, perfecto de la hostia.

Luego, en su cuarto, encima de la cama, Sia se informó sobre el mito.

PERSÉFONE. Reina del inframundo. Diosa de los muertos, la vida, los cereales y la destrucción. Había dado lugar a muchas historias e interpretaciones. La que más le gustó fue que era una diosa que mandaba sobre la naturaleza, dentro de la cual creaba y destruía. Muy indicado, pensó al deslizarse del mundo de las cavilaciones al del sueño. Lo que estaba claro era que ella se haría un nombre con el caso PERSÉFONE. Y, como no se anduviera con cuidado, el caso la destruiría.

34

Washington

A Procter, que no creía en la autoridad de los títulos, le importaba un comino la supuesta pompa de una reunión al máximo nivel con el subdirector Bradley y el asesor de Seguridad Nacional (NSA), James Piper, pero Bradley había insistido en que acudiera, diciendo que la inteligencia era de Procter —lo cual era verdad—, y que quería estar acompañado por si Piper se iba por las ramas durante la conversación, como solía hacer.

Entraron los dos, con Bradley en cabeza, en el Ala Oeste, y bajaron por la escalera. El plato del día anunciado en la carta no sonaba nada mal: crema de cangrejo. La escalera daba a un laberinto de salas de reuniones de techo bajo que recibían el nombre colectivo de Sala de Crisis. Una secretaria entrada en años y en carnes los llevó a la Sala de Crisis principal, un espacio que hasta a Procter, no muy exigente en esos menesteres, siempre le había parecido un poco exiguo y agobiante. El techo era bajo, y las sillas tan robustas que dejaban poco espacio para las piernas.

Bradley se sentó con Piper en la mesa principal. Procter lo hizo al fondo, dejando su cartera negra debajo de la silla. Dentro no había documentos, sino rollos de galletitas saladas para evitar los típicos dolores de cabeza del final de la tarde. Piper la miró como a un marciano, un bicho raro.

—Artemis, por Dios, que sólo somos tres —le dijo Bradley.

Procter puso los ojos en blanco y apartó de la mesa una de las sillas gigantes de cuero. Era demasiado grande para ella. La hacía sentirse diminuta. Desconectó de los cumplidos que se intercambiaban Piper y Bradley.

Piper era un veterano de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado, o INR, experto en asuntos europeos, que en su época de director para Europa había coincidido algunas veces con Procter. Ésta se acordó de que era raro de cojones. Viendo que tenía delante un paquete de toallitas, le vino a la memoria el tic.

Justo entonces Piper sacó de un bolsillo de sus pantalones de sport un frasco de gel higiénico que aplicó en abundancia a sus manos. De milagro no había desaparecido de tanto restregarse durante la pandemia. Era un hombre bajo, enjuto, con el pelo muy corto, gafas gruesas de hípster y una cara de niño que a Procter la irritaba, al igual que su manera de mover la boca, rarísima, por cierto. Después de estar toda la vida en el INR, trabajando sobre temas europeos, había abandonado la comunidad de inteligencia para dedicarse a la política: un fracasado de manual, a ojos de Procter.

—El parte presidencial de esta mañana sobre Rusia ha llamado bastante la atención —dijo—, y quería que comentáramos algunas de las preguntas del presidente sobre nuestras opciones.

Debman había intentado convencerla de que se leyera el boletín, más que nada porque se basaba en algunos datos de inteligencia aportados por Anna durante su visita a RusFarm, pero Procter se había negado, no sólo porque la pillaba meditando, sino porque los analistas usaban un lenguaje tan penoso que nunca acababa de entender lo que pretendían decir. Piper tenía el informe delante. Procter echó un vistazo al encabezado del artículo del resumen diario del presidente: RUSIA: SEÑALES DE DIVISIÓN EN EL CÍRCULO INTERNO DE PUTIN. «Ah, pues por una vez no está mal», pensó.

—La orden firmada después de la invasión de Ucrania nos da bastante libertad para todo lo que son acciones secretas —dijo Piper—. Como os podréis suponer,

dejamos bastantes «¿mamá, puedo?» para que los de Langley no os echarais como bestias sobre Putin. —Sonrió a Procter de manera rara—. Pero bueno, lo dicho —continuó—: esta mañana, al leer el informe, POTUS ha empezado a salirse del guión. Al final de la reunión me ha llamado y me ha pedido que os hiciera una pregunta.

—¿Cuál? —intervino Procter.

Le dolía la cabeza. Pensó en las galletitas, pero las descartó por demasiado ruidosas. Lástima.

Piper alineó su libreta con la mesa y colocó equidistantemente tres bolígrafos.

—POTUS quería saber si alguna de las fuentes del informe de esta mañana podría ayudarnos a agravar aún más la situación interna de Putin. Soy consciente de que ya nos planteamos lo mismo después de lo de Ucrania, y que pusisteis algunas ideas por escrito, pero que al final no hicimos básicamente nada.

Procter se dijo que «nada» era una interpretación generosa. Moscú X había presentado toda una panoplia de opciones, a cuál mejor, pero no les habían hecho el menor caso.

—¿Alguna novedad en la predisposición a correr riesgos? —preguntó Bradley.

—Podría ser —dijo Piper—. Los indicios de fisuras en el régimen de Putin han dado ánimos al presidente, que quiere ensancharlas con operaciones de verdad. Es como lo ha dicho él. Mi pregunta es si tenéis el acceso necesario. La fuente del informe de esta mañana era interesante, y me ha hecho pensar que igual por ahí podríamos entrar.

Bradley se frotó la mandíbula.

—Artemis y yo tenemos algunas ideas, cosas que podríamos plantearnos en caso de querer joder de verdad a Vladímir Vladímirovich.

Puso una mano sobre el informe del PDB y miró a Procter, de quien había salido el concepto, a fin de cuentas.

—Consideración preliminar —dijo Procter—: aquí no se trata de que Rusia se convierta en un país amigo, ni una democracia, ni nada por el estilo. Eso no se contempla. Si ya era imposible en los noventa, imaginaos ahora. ¡Joder, ni por asomo! A lo que tenemos que aspirar es a una Rusia dividida, débil y que mire hacia dentro. ¿Que quieren atacar a sus vecinos? ¿Que quieren dividirnos? Pues lo que propongo es pagarles con la misma moneda. De lo que se trata es de sembrar el caos, qué carajo.

Explicó con pelos y señales el concepto y las operaciones en las que se sustentaría, sembrando su intervención de analogías históricas y criminales cuya función era ilustrar sus precedentes lógicos. Era una de esas ideas que parecen inteligentes cuando estás borracho, y luego, una vez sobrio, siguen pareciéndolo: un acierto antes de que los rusos te droguen y llenen internet con fotos de tus partes, y a los pocos meses igual de oportuna; una idea acojonante, creativa, pero no constructiva, sino todo lo contrario. Explicó que PERSÉFONE podía ser el eje. Explicó los motivos de la rusa para ponerse al servicio de la CIA, y el perfecto encaje de esos motivos con el caos que Moscú X esperaba sembrar en la Madre Rusia.

Piper daba golpes con el bolígrafo en su libreta mientras observaba a Procter con una mezcla de curiosidad y cautela, como si la hubieran llevado a la Sala de Crisis desde un zoo, o tal vez desde un manicomio.

—Pongamos que Putin sobrevive —dijo.

—Lo cual sería lo más probable —terció Bradley, lanzándole a Procter una de las miradas de reproche a las que la tenía acostumbrada cuando ella estaba en racha.

—Pues eso, que sobrevive pero renqueando —añadió Piper—, y dedicando más tiempo que antes a tapar las vías de agua internas. ¿Sospecharía de nosotros? ¿Habríamos disimulado bien?

—Por supuesto que sospecharía —dijo Procter.

—¡Coño —soltó Bradley—, pero si Putin ya se cree que estamos haciendo operaciones de ese tipo! Lo tiene grabado en su psicología de paranoico.

—Pero ¿cómo reaccionaría si lo hiciéramos de verdad? —preguntó Piper.

—Yo diría que de todas las maneras imaginables menos con armas nucleares y otra guerra terrestre a gran escala —dijo Procter.

—Pues entonces ¿por qué carajo lo hacemos? —observó Piper con las manos en alto—. Intercambiando golpes no acabaremos nunca, como no sea yéndonos los dos países al garete.

—Bueno, supongo que podríamos continuar dejando que piense que damos pena —dijo Procter—, que no tenemos huevos y que seguiremos permitiendo que hagan lo que les dé la gana: destrozar Ucrania, freírnos el cerebro con microondas...

En ese punto la interrumpió Bradley.

—Gracias, Artemis. La cuestión es la siguiente, James: la mentalidad rusa consiste en ir pinchando y provocando hasta obtener una reacción. Irán todo lo lejos que les permitamos. Me perdonarás, pero aquí lo que hace falta es poner límites, devolver los golpes y obligarlos a que se replanteen su enfoque. Una manera de hacerlo podría ser ésta.

También Procter tenía una comparación que hacer.

—Yo lo veo así: estamos jugando a un juego con los rusos en que los dos bandos se ponen uno enfrente del otro. Cada pocos minutos, el ruso nos pega. En un hombro, en las costillas, en el paquete, en la cara... donde sea.

Piper arrugó la nariz, se aguantó un estornudo y volvió a limpiarse las manos.

—¿Y si no les pegamos?

—Siguen pegándonos ellos a nosotros —dijo Procter—. Es lo que no entendemos, que siguen dándonos puñetazos, los jodidos, y con ganas, apuntando a las partes más blandas porque se salen con la suya y les excita.

—¿Y si les devolvemos los golpes? —preguntó Piper.

—Pues ellos igual. Con más o menos fuerza, eso ya no lo sé. Puede que ya no apunten a la entrepierna, ni a la cara... Un par de puñetazos en el hombro. Eso

podemos aguantarlo.

—O sea, señora Procter —dijo Piper—, ¿que la mejor comparación que se le ocurre sobre las relaciones entre Estados Unidos y Rusia son dos personas enzarzadas en una pelea interminable?

—Es exactamente como lo veo.

Procter se levantó para coger un caramelo del tarro de encima de la mesa y volver a su asiento. La cara de Bradley estaba más tensa, y su puño se estaba cerrando.

Piper tamborileó en la mesa, pensativo.

—Ed —dijo—, vamos a poner a trabajar al grupo de abogados en el redactado de un informe de notificación que os dé la autoridad para poner todo esto en marcha y proteger a los vuestros. La orden existente no llega tan lejos. Notificación a la Banda de los Ocho, por supuesto, pero cuando el Capitolio empiece a ponerse nervioso me avisas y haré unas llamadas para evitar que el personal más joven se entere de las partes más polémicas.

Se levantó para dar fin a la reunión.

Durante el camino de vuelta a Langley, Bradley, por suerte, estuvo ocupado con el parte de la noche. Mientras seguían a gran velocidad el curso del Potomac, Procter se acabó todo un paquete de galletas saladas, y aprovechó que al otro lado de las ventanillas se hacía de noche para fantasear con una escena pintoresca al compás de la suntuosa música de Chaikovski para *El lago de los cisnes*. Eran, una vez más, imágenes de caos en Moscú: manifestaciones, incendios, megáfonos, tanques por las avenidas estalinistas... Cuando el coche penetró en el recinto de la central, Procter se quedó fugazmente dormida viendo la voluptuosa imagen de una multitud que asaltaba el Kremlin para prenderle fuego.

35

Moscú

A los seis días de la detención, Anna le hizo una visita a su padre en Butirka, una cárcel-fortaleza de ladrillo rojo cuyos orígenes se remontaban al reinado de Catalina la Grande, y en la que había estado preso Dzerzhinski (el fundador de la Cheka, semilla del futuro KGB) hasta su fuga en pleno caos revolucionario. Como buen bolchevique, una vez en el poder el espía supremo había inspirado su servicio en el de los zares, y había empezado a llenar Butirka de enemigos del nuevo Estado: a distinto adversario, mismos métodos.

Apartando sus ojos de los de Dzerzhinski, cuyo retrato colgaba torcido encima de la puerta, Anna trató de no pensar en los gritos y gemidos que llegaban de la habitación contigua. A los detenidos por el FSB por delitos políticos, como su padre, solían encerrarlos en Lefórtovo, pero Anna sabía que el Ganso había elegido Butirka con una intención muy clara: formaba parte del sistema penitenciario general, ajeno al control del FSB, lo cual se traducía en constantes asesinatos, violaciones, drogas y bandas de presos que sobornaban a los celadores. Siendo su padre un hombre rico, y los vigilantes unos corruptos, seguro que le habían asignado una celda privada con televisión y ducha, pero el Ganso había querido que Butirka le dejase algo muy claro: que en cualquier momento podrían castigar su insolencia dándole —literalmente— por el culo.

Se oyó el crujido de la puerta al abrirse, dejando entrar los gritos de la habitación de al lado. Un vigilante acompañó hasta la mesa al padre de Anna,

que apoyó las manos esposadas en el frío metal, sonriendo.

El vigilante se marchó, dejándolos a solas, aunque rodeados de cámaras y micrófonos. El padre de Anna tenía la piel más blanca, las arrugas más marcadas y la mirada más inexpresiva. Aún se le veía torcida la nariz por el golpe de Chernov.

—Te veo bien, papá —dijo ella esforzándose por sonreír.

Él se rió.

—Pero qué alegría verte, Ania, por Dios.

Anna le tocó la mano. Qué frías estaban las esposas...

—Lo siento —susurró—. No sabes cuánto.

Su padre hizo una mueca aguantándose las ganas de decir algo a gritos. Luego miró hacia una cámara colocada en un rincón y empezó a dar golpecitos en el suelo de cemento con un pie de forma compulsiva.

—No me puedo creer que lo haya hecho.

Habría querido hablar de estrategia y verificar lo que su intuición le indicaba sobre los pasos a seguir, pero con las cámaras no se podía. Además, estaba segura de que su padre nunca habría dado el visto bueno a sus planes. No se daría cuenta de que era una situación de jaque mate, sin alternativa posible. Se limitaría a decirle tonterías como que siempre la hay, lo cual era falso: a veces, la única opción es volcar el tablero. ¿Estás a punto de perder? Pues todo al suelo, a ver qué pasa. Imaginándose un tablero de ajedrez volando por los aires, pensó en Luka y se preguntó si habría sido capaz de fugarse con él. Irse juntos de Rusia, llevándose un poco de dinero. ¿Pero adónde? ¿Qué país aceptaría a una rusa importante cuyo padre acababa de ser detenido por presunta corrupción?

No sabía qué decirle a su padre. Se quedaron mirándose a los ojos en silencio, o fijándose en algún detalle de la sala, o escuchando alaridos de vecinos invisibles. Su padre miró la pared sabiendo muy bien lo que había detrás. Ya había estado en salas así, tanto de uno como de otro lado. Entendía bien ese tipo de sitios. Al parar el ruido se fijó en su hija. Anna llevaba un grueso jersey de

cuello de cisne para taparse los morados, convertidos en un repulsivo mosaico de azules, negros y amarillos. Pese a no verlos, su padre adivinó algo.

—¿Te hicieron daño?

Anna negó con la cabeza, aunque tenía ganas de llorar. Rezó porque su padre no se diera cuenta. Después de mirarla atentamente, él sacudió las esposas y las hizo chocar con la mesa metálica.

—No sé por qué —dijo—, pero me he estado acordando de una fiesta de hace mucho en Londres. Yo creo que era el día de la Independencia, porque hacía un calor asfixiante. Tendrías nueve o diez años. ¿Sabes a qué me refiero?

—Me parece que no —dijo Anna.

Su padre siguió mirándola sin dejarse distraer por los gritos que volvían a oírse en la habitación de al lado.

—Es una anécdota sencilla pero divertida. Al menos a mí me lo parece. Habían llevado varias neveras con helados y polos para la celebración. Había cola, de esas colas soviéticas de toda la vida para el pan, pero para los dulces. Tú estabas sola, esperando. Había otro niño, hijo de alguien de la *rezidentura* o la embajada. Francamente, no me acuerdo. Fue y se coló justo delante de ti.

Una leve sonrisa separó los labios de Anna.

—Vi que dabas un pasito hacia la izquierda —continuó su padre— y le clavabas un gancho tremendo en las costillas. —Hizo sonar las cadenas con una imitación del golpe—. No habías dicho ni mú. Ni lo avisaste. Él estuvo a punto de caerse, y al dar media vuelta vio que habías sido tú. ¿Ya te acuerdas?

—Después del puñetazo me dijo que lo dejara en paz, y que podía hacer lo que quisiera —contestó Anna al cabo de un rato.

Su padre descargó los puños en la mesa, entusiasmado.

—¡Pues sí, sí que se acuerda! ¿Y luego qué dijiste para que se fuera con el rabo entre las piernas?

—No le dije nada.

Sonrió.

—Sólo le partí la nariz.

Volvió a dar golpes en la mesa, soltando carcajadas de alegría.

—Y no sabes lo orgulloso que me puse, Ania. Bueno, pues allá va un consejo de parte de un viejo que se acuerda de haber visto a su hija peleándose hace mucho con un sinvergüenza. —Hizo una pausa, sonriendo hacia la cámara—. Al que te falte al respeto le das un puñetazo. En ésas estamos, Ania. De pequeña jugabas a juegos de niños, y de mayor sigues jugando con los hombres. Has insistido en ello, ¿no? Pues si quieres seguir jugando, planta cara. No hay otra manera.

Estaba mirando a la cámara. No podía evitarlo. Sonrió y miró otra vez a su hija.

—Les pediré a los abogados que redacten los documentos para darte poderes sobre Rossiya Industrial y sobre mis acciones en el banco —continuó—. Sobre todo en general. Así no nos dividirán, y las decisiones quedarán en familia. Quiero que tengas tú el control. No serás quien gestione los negocios, propiamente hablando, pero me aseguraré de que no puedan comprarse ni venderse sin tu beneplácito. Al menos mientras esté yo aquí dentro.

—¿Y sobre la oferta qué quieres que les diga, papá?

—*Ot tiurmi i ot sumi ne zerekaisia* —dijo apartando la vista de Ania para transmitir directamente el mensaje a través de la cámara de encima de la puerta: «Lo que venga vendrá. Aceptamos la cárcel y la pobreza»—. La respuesta es que no.

En Yásenevo, en el despacho del subdirector tercero Maxímov, viejo amigo de su padre, Anna miró por encima de los pinos, hacia Moscú, y sintió en su cuerpo todo el peso paralizador de la ciudad en invierno. La sensación la devolvió al nefasto invierno de la muerte de su madre, en febrero. Maxímov se apoyó en el respaldo, con una mano sobre el barrigón, y empezó a quitarse algo de los dientes con la otra. Estaba leyendo el informe de Anna sobre la operación contra Sia. Anna no había vuelto al despacho desde los preparativos.

Al acabar, Maxímov se limpió en la pernera algo sacado de su boca y se sentó a la mesa con Anna.

—Aquí dentro podemos hablar tranquilamente —dijo—. ¿Cómo lo lleva?

—Muy bien.

A Anna no le apetecía hablar de su padre.

Maxímov se alisó la corbata roja sobre la barriga.

—He trabajado más de dos décadas con él y no lo he visto rendirse ni una vez.

—Es un hombre orgulloso.

—Y tozudo. —Maxímov se inclinó sobre la mesa—. Te conozco, Ania. Lo tienes todo previsto al milímetro. ¿Crees que debería llevar este informe al *joziáin*?

—No.

—¿Por qué?

—Para empezar, ¿podrías reunirte con él?

Maxímov sonrió.

—Bueno, depende... ¿Sin el Ganso?

—Sin el Ganso.

—No —dijo—, no podría. Antes tu padre podía conseguir alguna que otra reunión a solas, pero tal como están las cosas...

Entró un asistente con el servicio de té en un carrito. Maxímov llenó su taza de azúcar hasta el borde y lo impregnó de té negro.

Anna llenó la suya y bebió un poco. En las tazas, de color blanco hueso, estaba grabado el símbolo del Estado ruso, un águila dorada de dos cabezas; un pájaro estrambótico que miraba a la vez hacia el este y el oeste y volaba en contra de sí mismo. «Este pájaro soy yo», pensó Anna. «Soy todos los rusos.»

Mientras Maxímov echaba aún más azúcar, Anna empezó a dar pasos por la cuerda floja.

—Me estoy trabajando a alguien en Ginebra, un banquero. Desde que papá me metió en esto ya he tenido que posponer dos visitas.

Señaló el informe.

Maxímov sopló para apartar el vapor de la taza.

—Sí, estoy al corriente. ¿Y qué pasa?

—Que debería ir a verlo a Ginebra.

—Ya.

Lo dijo como si no quisiera saber el porqué de la mentira.

—Me encontraré con él, pero tengo miedo de despertar las sospechas del Ganso con el viaje.

—¿Qué me estás pidiendo, Ania?

—Rastro documental en canales que sepas que el FSB verá sin duda, cables que informen al Quinto Departamento de las fechas y la finalidad de mi viaje a Suiza.

Maxímov dio un sorbo haciendo ruido con los labios y luego dejó la taza en la mesa también ruidosamente. Limpió unas gotas con una servilleta y miró a Anna.

—Redacta tú los cables —se limitó a decir, pese a las muchas preguntas que Anna veía brillar en sus ojos—, y ya me encargo yo de que circulen.

36

Falls City, Oregón; Palo Alto

En el helipuerto del campus de Lyric en Palo Alto, Artemis Procter caminaba contra el chorro de aire que lanzaban las palas de un helicóptero cromado. Iba a reunirse, dentro de la cabina de maderas nobles y luz suave, con una de las asistentes ejecutivas de Harry Hamilton en su papel de «asesora de seguridad» del magnate.

—Este trasto es la hostia —comentó nada más entrar.

—Lamento decirle que el señor Hamilton no está en las oficinas centrales —le explicó la asistente mientras el piloto cerraba la puerta—, pero le gustaría que se reuniera usted con él y cenaran juntos.

—¿Dónde?

—En un bosque maderero de Oregón.

Procter soltó un grito de entusiasmo.

—A mí a donde me lleven.

Durante el ascenso se quedó dormida y no se despertó hasta que su compañera de cabina le dio unas palmaditas en el hombro. Se habían posado en un claro.

Había una tienda blanca con las paredes de tela agitándose contra la maquinaria maderera aparcada y, dentro, una mesa con tal cantidad de comida que parecía a punto de venirse abajo. Varias botellas de vodka Tito’s se enfriaban en una papelera reconvertida en cubitera. Procter fijó la vista en una bandeja de aluminio llena de *corn dogs* (unas salchichas insertadas en un palito y rebozadas

con masa de harina de maíz). En su vida había rechazado un *corn dog*. Cogió varios, llenó un vaso de plástico transparente con vodka y empezó a comérselos.

Casi se había acabado el tercero cuando llegó Harry, que encendió tres calefactores portátiles (el sol de la tarde iba perdiendo fuerza) y empezó a servirse comida. Luego le ofreció un vodka a Procter, que le tendió su vaso vacío. Frunció las cejas al ver el tamaño (enorme) del vaso, pero acto seguido abrió mucho los ojos, cuando descubrió nada menos que tres palos de *corn dog* completamente limpios en su plato.

—Los vasos grandes son para Coca-Cola —le dijo.

—Ya, ya sé para qué son —contestó ella.

Llenó el vaso de Tito's y se lo dio. Luego se sentó a comer.

—Acabo de estar en Hong Kong —contó ella—. He hecho una breve visita a una correduría de criptomonedas sospechosa que responde al nombre de Polycoin Investments.

Acompañó la amenaza velada con un guiño y el gesto de disparar con la mano. Polycoin era una empresa privada de criptodivisas tras la que estaba precisamente Hamilton, quien creía que era un secreto.

Miró a Procter con frialdad.

—¿Y qué tal?

—Muy agradable, Harry, la verdad. Ahí tienes una buena manera de comprar y vender grandes cantidades de criptomonedas sin que sepa nadie a lo que te dedicas. Es curioso, pero llevo un tiempo interesándome por esas cosas.

Harry hizo una mueca burlona sin dejar de masticar. Luego se limpió los dedos con una servilleta y se tomó un buen trago de vodka.

—Lo que siempre he respetado de ti, Artemis, es que no te andas con rodeos.

—Eso es verdad —dijo Procter—. Andadora de rodeos no soy. De eso nunca me ha acusado nadie.

—Bueno, vamos a ver —dijo Harry—. En los últimos meses, mis buenos amigos Artemis y Ed me han pedido que compre caballos de carreras a una

cuadra mexicana, y ahora me entero de que has estado en Hong Kong metiendo las narices en mi chiringuito de criptomonedas favorito.

—¿Te da que pensar, Harry?

—Lo que me da son ganas de saber qué coño pasa.

Procter dejó el vodka.

—Te lo resumo —dijo—. Estamos montando una trama la mar de interesante. Vamos a hacérselas pasar canutas a unos rusos malos y a joderlos un poco, el tipo de jodienda que te deja caminando varios días con las piernas abiertas.

—¿Y el irritado quién es, siguiendo con la comparación? —preguntó Harry—. No, espera, no contestes, que voy a por otra.

Se bajó de la silla con el vaso vacío en la mano. Procter le acercó el suyo, que Harry rellenó otra vez hasta el borde mientras ella pensaba en lo frita que se quedaría durante el vuelo de vuelta a San Francisco.

—¿Y el ruso ese tiene los servicios de inteligencia a su disposición? —preguntó Harry al volver con la bebida.

«Vuelve a probar», decía el ceño fruncido de Procter.

Harry puso los ojos en blanco y se sentó.

—Tú eres imprescindible, Harry, imprescindible de cojones —afirmó Procter —. Sé que lo sabes. Bueno, ¿estás preparado para oír lo que quiero?

—Sí, por Dios —pidió Harry.

Procter se lo quedó mirando inexpresivamente.

—Quiero que compres criptomonedas a Polycoin. En bloques grandes.

—¿Cuánto?

—Aún no lo sé, pero mucho, puede que cientos de millones.

—Joder, Artemis —dijo Harry limpiándose las manos de grasa.

Procter se fijó en que estaba dando golpecitos en el suelo con los pies, además de frotarse los labios con los nudillos como cuando una idea lo ponía nervioso.

—Supongo que tarde o temprano los rusos encontrarán la pista de Polycoin.

No era una pregunta. Procter pasó un dedo por el borde de su vaso sin abrir la boca.

Harry sonrió.

—¿Cuánto puedo prever que recuperaré?

—Suponiendo que los mercados de criptomonedas no se hundan del todo en unos meses, en principio casi todo. ¡Coño, si hasta puede que te saques un dinero! De todos modos, si al final sale rana ya buscaremos la manera de compensar una parte de tus pérdidas. Los presupuestos en negro van bien, a veces. ¡Vaya si van bien! Mira, lo de las criptomonedas es una estafa del copón, lo sabes tan bien como yo. En el fondo es un esquema Ponzi, ¿no? Valor subyacente no hay. Si tú haces negocios con Polycoin, Harry, es porque... pues porque se puede ganar dinero antes de que se hunda. Pero como para eso aún falta un poco, tenemos tiempo de salirnos con la nuestra, llevar a buen puerto nuestra operación y hacer que recibas el dinero por el otro lado. Yo no es que lo financie así porque me hagan tilín en el chocho las criptomonedas. Sólo necesito una manera de evaporar un montón de dinero y sacarlo a gran velocidad de los mercados de divisas. Lo que valga al final no es que me importe mucho. Lo único que me importa es poder moverlo y esconderlo.

Harry miró el techo de la tienda, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Ah, otra cosa —dijo Procter—: si aceptas te puedo prometer una carta amable de POTUS y una ceremonia en Langley para agradecerte el favor. Medalla, placas y chorradas de esas que no se pueden sacar del edificio. No te llevarás ninguna gloria, claro, pero sabrás lo que has hecho, y yo creo que es lo que te importa, Harry. Podrías ser un multimillonario del montón, que disfruta comprando bosques y bebiéndose botellas de un millón de dólares en su yate mientras sale de fiesta con mujeres mucho más atractivas que él, pero no eres así. Eres Harold Hepburn Hamilton. No eres un patriota de cartón piedra, ni un soldado de pega. Esto es tu razón de vivir. Y estás tan harto como yo de que los rusos se cisquen en los Estados Unidos de América.

Se miraron un momento. A lo lejos arrancó un tractor. Las botellas de vodka crujieron, asentándose en los cubos a medida que se derretía el hielo.

Harry respiró profundamente y negó con la cabeza como si fuera consciente de que estaba haciendo el primo. Tendió el vaso por encima de la mesa. Procter lo hizo chocar con el suyo. Después de otra ronda de Tito's, durante la que se pusieron de acuerdo sobre la logística, Procter dio tumbos hacia el helicóptero y despegó para volver a Palo Alto.

Por la mañana Procter salió de su hotel en Palo Alto para ir caminando a un parque de oficinas lleno de vegetación donde había un edificio abandonado de WeWork. Según los carteles estaba en alquiler, pero ya no era verdad. Su inquilino era HLK Solutions, una empresa fantasma de la CIA. El edificio reunía todas las características de una unidad de información sensible compartimentada comercial, o SCIF: construcción exenta, buenas conexiones por fibra y espacio de sobra para el hardware.

Con todo, las instalaciones también tenían pegas. Habían encontrado heces, y al cabo de un tiempo a sus responsables: mapaches. En el tejado había goteras. Descubrieron jeringuillas dentro de una cafetera exprés del tamaño de un horno comercial. En una de las paredes de cemento visto, Procter vio algo que pensó que eran pintadas hechas por vándalos, pero luego se dio cuenta de que formaban un lema: JUNTOS SIEMPRE PARA MEJORAR. Propaganda de WeWork. Hizo que sus hombres lo taparan con pintura negra. Para colmo, la piscina vacía de detrás del edificio parecía uno de esos sitios usados por los talibanes para matar a gente.

Marcó la contraseña y entró. Un pasillo la llevó a otra sala, también con su teclado para entrar. En tiempos de WeWork había sido un espacio de trabajo abierto, lleno de escritorios baratos destinados en su día (si no erraban sus suposiciones) a una nutrida horda de cerebritos de tres al cuarto. Tiró su bolso a una mesa y se quedó mirando el trajín de los técnicos. Había un tío con shorts,

sandalias y gorra de Mickey Mouse escudriñando con un solo ojo abierto el interior de una tostadora, en la que hurgaba sin parar con un cuchillo.

Aparte de a George, no conocía a ninguno por su nombre. No había hecho una sola pregunta sobre sus antecedentes, que intuía estrafalarios. George tenía un don para los frikis, y los había elegido él uno por uno. Ahora, que qué blancos estaban... Tenían la piel casi traslúcida, de camarón, pensó. Le entraron ganas de instalar un par de lámparas de bronceado para que no se murieran antes de haber acabado su trabajo.

Abrió una lata de Jolt Cola y cruzó la sala sin prisa hasta el rincón donde se habían juntado los de la división financiera, el FINO. Eran tres, todos antiguos empleados de banca y versados en la jerga bancaria. Procter recordaba por los cables que uno había sido NOC, responsable de un banco fulero en las Caimán. Iban vestidos como banqueros idiotas. Hasta había uno con traje de raya diplomática.

Dio unos golpes en la puerta cerrada de un despacho.

—Que estoy ocupado, joder —dijo alguien.

—Por ordinarieces así te mandaron al banquillo, Snake.

Empujó la puerta, que al chocar con la pared provocó una mueca en un hombre bajo y musculoso con un polo rojo muy ceñido. Su mote en los cables era Gerald B. Snakerson, aunque todos lo llamaban Snake. Procter desconocía su verdadero nombre. Era un agente de alto rango, con un historial de captación extraordinario y un talento para la gestión inversamente proporcional, es decir, pésimo. Al igual que Procter, estaba en observación. Como jefe de la Estación de Estocolmo había dirigido un equipo de agentes que había reclutado a una cantidad apabullante de iraníes. El problema era que Snake también se acostaba con algunas de ellas; una, en concreto, casada.

—Pasaba por aquí —dijo Procter antes de acabarse la Jolt Cola y tomar asiento—. Estaba por el barrio, trabajando en lo de las criptomonedas, y se me ha ocurrido venir a ver cómo va la mudanza.

—Va bien, va bien —dijo Snake recuperando la compostura, aunque se le notaba molesto por la aparición de Procter—. Recursos humanos ya tenemos prácticamente todos los que necesitamos.

Repasó la lista. Procter prometió mandar a Debman, su analista de Moscú X.

Después dejó la lata vacía de Jolt sobre la mesa y le pidió que abriera la herramienta WINKELVOSS.

—Hazme una demo.

Diez meses antes, una operación conjunta de la CIA y la NSA había implantado un gusano en un dispositivo usado por el FSB para vigilar las telecomunicaciones en Rusia. Gracias a esa herramienta, la CIA podía hacer que el FSB viera, en los datos, cosas que no habían sucedido. ¿Se quería hacer que pareciera que un agente en plena ruta de detección de vigilancia se había pasado dos horas sentado en un bar, o que un grupo de altos funcionarios próximos a Putin viajaban juntos a la misma dacha en plena noche, por ejemplo? La respuesta era WINKELVOSS. Hasta entonces, su uso se había dosificado mucho por el miedo de Langley a que el FSB juntara cabos y descubriera la existencia del malware.

Cruzaron la sala principal esquivando mesas hasta llegar a la de George, en un rincón del fondo, y de paso recogieron al de la gorra de Mickey Mouse.

—Enséñamelo, Georgie —dijo Procter.

—Bueno —empezó George mientras se encendían sus seis monitores—, pongamos que queremos tenderles una trampa a cinco conspiradores. Tenemos tres maneras de rociarlos con polvo digital. Transacciones financieras sospechosas. Comunicaciones sospechosas. Viajes por Rusia sospechosos. Si conseguimos entrar en el portátil de Vadim, nos ayudará con el dinero. En el caso de las comunicaciones y los viajes, la respuesta es WINKELVOSS.

—¿Qué queremos que crea Putin, exactamente? —preguntó el de la gorra de Mickey Mouse—. ¿Hasta qué punto queremos que se tome en serio el desafío?

Procter se volvió hacia él. Parecía conmocionada, como si hubiera dado por supuesto que no sabía hablar y hubiera preferido que así fuera. Sus labios se

abrieron en una sonrisa de cocodrilo que dejaba casi todos sus dientes a la vista.

—La idea —dijo— es hacer que Putin se crea que hay una conspiración en marcha para arrebatarle la corona, y que algunos de sus boyardos se proponen clavar su cabeza en una pica y exhibirla en las murallas del Kremlin. Queremos que vea que los conspiradores se están reuniendo, haciendo planes y repartiendo sobornos. El objetivo, Brian... —Lo dijo por decir, no porque tuviera alguna idea de cómo se llamaba—. El objetivo no es un poco de humo, sino un puto incendio de alarma cinco que indique la inminencia de un golpe de Estado, una señal de que a Putin le conviene buscar traidores hasta debajo de las piedras. Serán imaginarios, claro, pero en el marasmo de su mente, enfebrecida por los esteroides y la quimio, serán reales a más no poder.

—O sea, que es verdad que tiene cáncer —murmuró Brian, o como se llamara.

Procter le puso una mano en el hombro y se lo apretó hasta arrancarle un sonido.

—Muy buenas, Brian, tus preguntas —dijo—. Este juego —concluyó— va de rusos ricos y poderosos que se matan entre ellos como gilipollas.

Brian, cuyo auténtico nombre era Chris, asintió con gesto incómodo y se apartó de Procter lentamente, como quien no quiere la cosa. George bebió un trago de Jolt antes de seguir con sus explicaciones.

—Total, que habrá que organizarle al grupo algunas reuniones: sitios y horas en que estén todos juntos, y así, cuando el FSB empiece a escarbar, verá algo raro.

—Enséñamelo —dijo Procter.

George abrió un mapa de Moscú. Procter señaló un punto de Rubliovka.

—Aquí —dijo—. La finca del Ganso. —George hizo clic en el punto señalado —. Y pongamos que llega desde su oficina.

George dibujó varios itinerarios desde el Kremlin hasta la mansión del Ganso. Luego introdujo las horas de salida y de llegada, el número de teléfono y una fecha y pulsó <ENTER>. Apareció otro mapa con puntos azules correspondientes

a las antenas de telefonía móvil que usaba el teléfono al seguir la falsa ruta. George dio unos golpecitos en la pantalla.

—Está todo muy simplificado, porque no hemos generado todos los datos falsos, pero a cualquier unidad del FSB que lo investigue le saldrá que este móvil viajó de noche desde el centro de Moscú hasta Rubliovka el 20 de diciembre.

—¡Pero qué friki tan majo! —exclamó Procter dándole una palmada tan fuerte en la espalda que lo hizo gritar—. Asegúrate de incluir en el cable todo lo que necesites sobre ella —añadió con entusiasmo: la cosa empezaba a tener buena pinta—. Sólo tendremos una oportunidad en Suiza antes de que se vaya.

37

Moscú; Ginebra; Gimmelwald

Anna durmió profundamente y se despertó temprano sin alarma en su piso de Ostozhenka. Desayunó a solas, en pijama de seda —pan tostado de centeno y café solo—, mientras veía distraídamente las noticias en el móvil. Luego fue descalza al baño y se levantó con suavidad la parte de arriba del pijama para examinar las nauseabundas manchas verdes y amarillas de las costillas. Al rozarse la barriga notó que le dolían menos los músculos que el día anterior. Acompañó cuatro ibuprofenos con un vaso de agua.

Abrió la caja fuerte del armario y sacó el pasaporte de turista que usaría en Ginebra. Durante la operación en Ucrania muchos rusos se habían marchado para no volver: artistas, escritores, bailarinas, periodistas, profesores universitarios... Aun así, quedaba mucha gente que habría estado dispuesta a matar a cambio de los pasaportes de Anna y de la posibilidad de salir de la Ródina con el visto bueno de las autoridades. Ella, sin embargo, nunca se había planteado huir. ¿Cómo, si en Rusia estaba Luka?

No tuvo fuerzas de coger el teléfono que usaba con él, también guardado al otro lado de la puerta cerrada de la caja fuerte.

Durante el vuelo a Ginebra durmió, y después comió en el Beau Rivage con el banquero suizo, un hombre aburridísimo que estuvo hablando de sus tratos con

las autoridades financieras norteamericanas y de cómo se veían las sanciones contra Rusia desde Washington, además de largarle toda una perorata sobre los yates rusos repartidos por puertos del Mediterráneo que, según sus previsiones, serían confiscados. Anna pensó que sus informes tendrían cierto interés para el SVR, pero lo principal era que reducirían el riesgo de que alguien le pidiera explicaciones sobre los dos días de estancia añadidos al final del viaje. A finales de la tarde se hizo las uñas y se quedó dormida en su habitación con dos copas de vino encima. Por la mañana estuvo deambulando por el centro y la orilla del lago. Era un alivio salir un poco de las garras del invierno moscovita. Vio elevarse y caer desde gran altura, contra el cielo encapotado, el surtidor central del lago. Se había puesto falda larga, botas, un jersey de cachemir y una chaqueta blanca que en Moscú no llevaba desde el mes de septiembre. Se compró unos Louboutin en la rue du Rhône y, después de una pausa para un café largo, volvió con paso cansado al Beau Rivage, siguiendo un itinerario en zigzag con algunos cambios de sentido que a cualquier persona versada en el espionaje callejero le habrían parecido de lo más provocadores. Desde la entrada de una boutique de la rue du Marché vio a un hombre en Vespa que le sonaba haber visto cerca de la fuente. Dio por supuesto que formaba parte del equipo de contravigilancia, pero ¿y si era del SVR o del FSB? Unos y otros tenían motivos para vigilarla. De momento, archivó el perfil. Tiempo tendría de confirmarlo.

Ya en su habitación de hotel, hizo la maleta y se sentó en el borde de la cama, planteándose la posibilidad de adelantar su regreso a Moscú. Se preguntó una vez más si había otra manera. No se le ocurrió ninguna, como siempre.

Se había dicho que no iría al viejo barrio, pero a los cinco minutos ya estaba llamando a recepción para preguntar por los horarios de autobús.

—*Mademoiselle* Agápova —le dijo el hombre en francés—, permítanos llevarla en coche, se lo ruego.

En el francés entrecortado que había practicado en Ginebra durante los primeros cuatro años de su matrimonio, primeros también como empleada de la

sucursal ginebrina del Bank Rossiya (que ya no existía), Anna explicó que prefería el autobús. Siempre lo había cogido. La línea telefónica hizo llegar a sus oídos un largo y metálico suspiro.

En el autobús soñó despierta. Estaba con Luka, tomando café sobre las sábanas revueltas, bajo la sesgada luz de la mañana. Vadim no existía, ni tampoco el SVR. La vida eran campos al sol y viento cálido. Un chirrido de frenos cortó de golpe el sueño.

En las calles del pueblo se respiraba el bullicio de la pausa del almuerzo. Se compró un bocadillo caliente de salami y mantequilla en una panadería de la que en otros tiempos había sido clienta diaria. Hacían un pan que entonces le encantaba. Había esperado, tonta de ella, que la alegrara su sabor, pero lo que hizo fue retrotraerla a esa época espantosa, y secarse en su boca. Tiró el bocadillo a un cubo de basura y siguió hacia la mansión. Diez dormitorios y vistas impresionantes del lago y el macizo del Jura. La había elegido Vadim. Entonces eran rusos ricos, jóvenes y ambiciosos. «Aquí podremos arreglarlo todo —había pensado Anna—. Aquí podremos encontrar el camino del amor.»

Fuera, desde la verja, se veían las ventanas de su antigua habitación de matrimonio, y también las del cuarto donde poco después se había instalado ella sola. En Ginebra había decidido que no valía la pena proteger un lecho conyugal compartido con todo un elenco de golfas. A partir de un momento casi ya no hacían el amor, y Anna empezó a tomar la píldora en secreto para proteger su útero de las posibles intentonas de Vadim. Fue en Ginebra donde Maxímov le ofreció trabajar para el SVR, y donde Anna le dijo que no, por su padre, por Vadim y por la voz (todavía poderosa) de la Buena Hija y Esposa cuyo principal anhelo era contentar a los muchachos, aunque en su interior ya empezaran a arder los altos hornos de la resistencia. Había tenido la esperanza de que esa nueva visita le diera una sensación de rectitud, de haber acertado en sus decisiones, pero la sensación que estaba dándole era la de espiar la vida de una muerta. Volvió de su antigua casa más enfadada consigo misma que con ellos.

Regresó al pueblo y cogió el autobús, que salió puntualmente hacia el centro de Ginebra a las 15.07 h. Bajó las maletas y pasó por la recepción del Beau Rivage.

—¿Siguiente destino, *mademoiselle* Agápova? —dijo el recepcionista.

—Unos días de esquí.

Los viernes, en Hynes Dawson, era típico salir muy tarde. Decenas de llamadas de clientes, algunas entrevistas con candidatos a serlo, revisión de documentos... exprimir, en suma, a quienes componían la base de la pirámide. En vez de dar un toque de alegría, el árbol de Navidad que ya parpadeaba en noviembre, antes de tiempo, era un recordatorio de que quizá el resto del mundo soñara felizmente con las vacaciones en vez de quemarse las pestañas en lo que no dejaba de ser un claro ejemplo de explotación laboral con pretensiones. Un abogado junior asignado a uno de los equipos de Sia se fijó en que la jefa distaba mucho de estar tan serena como de costumbre. Se pasaba las reuniones chateando por el móvil, tenía algún mechón de pelo fuera de su sitio y parecía que le temblara una mano. «Igual es que se echa unas rayas», pensó el abogado junior. De energía nadie iba sobrado.

A las dos y media de la madrugada llamó a la puerta del despacho de Sia para explicar que ya había mandado todo lo que le había pedido y que se iba a su casa. La jefa estaba sentada delante del ordenador. Miraba la pantalla de manera rara, como si estuviera en la luna. El abogado junior dio otro golpe. Sia se puso derecha.

—¿Qué pasa? —masculló.

—Te he mandado lo de Sandalwood. ¿Estás bien?

—Sí, sí; cansada, pero bueno, como todos.

No había movido la cabeza ni para mirarlo.

—Claro, claro —dijo él—. Buenas noches, jefa.

Entre Londres y Ginebra había vuelos directos a docenas, pero la forma de viajar de Sia se basaba en borrar huellas: fragmentación en varios tramos y modos de transporte, y pago en efectivo siempre que fuera posible. Por la mañana puso ropa de invierno en la maleta y cogió el Eurostar a París, desde donde un TGV Lyria la llevó a Ginebra. En su siguiente destino, Interlaken, pasó la noche, y a la mañana siguiente subió a un tren azul y dorado que emprendió un arduo ascenso por el Jungfrau. Mientras el tren se internaba por las montañas, traqueteando, Sia se aguantó las ganas de dormir. Ya no le temblaba la mano izquierda, pero arrastraba un cansancio difícil de vencer.

El tren iba dejando atrás a gran velocidad iglesias alpinas y chalés de madera con postigos y ventanas pintados de rojo y verde. Tras plantarse con su maleta a rastras en el hotel Staubbach de Lauterbrunnen, Sia fue a su habitación, deshizo el equipaje de cualquier manera y metió el móvil y el portátil en la caja fuerte, porque no podría llevárselos a la reunión.

Era el primer día del mercadillo navideño de Lauterbrunnen. Pidió un vaso de chocolate caliente y, sentada en un banco, hizo el esfuerzo de concentrarse en la reunión. Una vez, Jon, su antiguo instructor, le había preguntado en cuántas operaciones importantes calculaba que participaba un agente a lo largo de su vida, y ella había dicho que cinco. Una, la había corregido él; determinante de verdad sólo una. Pues ahí estaba la suya. Lo sabía. El campanario cónico de la iglesia de debajo de la cascada emitió cuatro armoniosos toques. Pronto llegaría el autobús.

Era la única pasajera. A pesar de que el trayecto sólo duraba un cuarto de hora, sus primeras palabras al conductor fueron: «Despiérteme al llegar a Stechelberg.» Él se la quedó mirando con frialdad, como si no entendiera su francés, más que pasable. Sia se sentó, y la puerta se cerró con un susurro.

El conductor la despertó tocándole el hombro y murmurando algo acerca del horario. Parecía disgustado, como si no fuera el primer intento.

Bajó del autobús medio atontada y cogió el teleférico para subir al Schilthorn. La cabina acristalada inició su ascenso. El trayecto en autobús y teleférico estaba siendo una especie de mecanismo de canalización de lo que se había convertido en una ruta de detección de vigilancia de varios días. Estaba sola en la cabina, como en el autobús, y antes en los trenes. Aunque su cuerpo pidiera a gritos un descanso, eterno, a poder ser, llegaría a la reunión sin que la hubiera seguido nadie del bando contrario. No fallaría a Anna.

Gimmelwald era una pequeña población agrícola situada muy por encima del nivel del valle, en un desfiladero, y compuesta por casas de madera alineadas a lo largo de una sola y sinuosa calle a la que se podía llegar únicamente con el teleférico. Se veía mucha leña, y muy bien apilada, en previsión del invierno. El pueblo respiraba una serenidad muy arraigada, que a Sia le resultó inquietante. No había coches, ni ruido de motores, sólo un rumor lejano de cencerros que anunciaba la caída de la noche. Pasó al lado de un pequeño rebaño que pastaba. Sobre el pueblo flotaban cintas de niebla.

Al rato la niebla era tan densa que Sia estuvo a punto de chocar con el cartel. Se paró a medio metro y vio que ponía ALBERGUE DE MONTAÑA, pero hacía años que lo gestionaba Airbnb. Un usuario residente en Alemania y pagado por la CIA para hacer reservas en Europa había pagado por dos noches. La casa, de dos pisos y madera oscura, estaba justo al borde de un precipicio. De la chimenea salía humo, y en las ventanas se movía una luz cálida y dorada. Después de pisotear la alfombrilla con sus botas de montaña, para quitarse la nieve, Sia empujó la puerta.

Procter, en cuclillas, atizaba el fuego. Llevaba unos tejanos blancos, unas botas peludas, también blancas y con borlas, y un jersey blanco muy holgado, con unas bolas raras y lanosas cosidas a las mangas. También había otro hombre, supuso Sia que el polígrafo, mirando nervioso cómo avivaba Procter las llamas.

—Pero, chica —dijo la jefa dándole un repaso—, qué dejada te veo.

38

Gimmelwald

Habían planificado la ruta con un gran objetivo: reducir las posibilidades de que Anna fuera detenida y fusilada al volver a la Ródina. A partir de Ginebra la había ido siguiendo un equipo de diez expertos en contravigilancia de la CIA para cerciorarse de que no estuviera vigilada por sus compatriotas. A la luz de la lumbre, Procter le dijo a Sia que el equipo estaba convencido de que nadie le pisaba los talones a la rusa. Esa misma mañana, un activo de apoyo de la CIA había dejado instrucciones y la dirección de la casa franca en la habitación de hotel de Anna en Ginebra, y desde entonces la CIA no la había dejado ni un minuto a sol ni a sombra para asegurarse de que no se descarriara. La seguirían hasta Lauterbrunnen.

Las instrucciones incluían peticiones específicas, como «al llegar a Lauterbrunnen coja el autobús de las 7.08 h al teleférico de Stechelberg, el Schilthornbahn». A veces las personas en proceso de captación ponían en duda la autoridad del captador haciendo caso omiso de sus indicaciones, como manera fácil —y molesta— de fingir que eran ellas quienes tenían la sartén por el mango. Desde lo de RusFarm, los analistas de Moscú X habían confirmado varios de los informes de Anna. De momento estaba siendo productiva, pero ¿mantendría el mismo ritmo? No es que nadie esperase controlarla del todo, pero puestos a mandarla de regreso a Rusia como eje de una operación con unos riesgos tan exorbitantes, la CIA quería todas las pruebas posibles —por exiguas

que fuesen— de que cumpliría instrucciones sencillas. De que podía estar a la altura.

Anna cogió el autobús amarillo sucio en Lauterbrunnen exactamente a las 7.08 h y estuvo dando tumbos por el valle hasta llegar a Stechelberg. «¿Qué estás haciendo?», se decía una y otra vez, mirando las paredes de roca por la ventanilla. Quizá fuera más fácil arrojarse por una de ellas que lo que tenía por delante. Al detenerse el teleférico con un crujido en Gimmelwald, se apeó y respiró un aire fresco con olor de paja y barro, más el toque metálico de la nieve reciente. Sólo se oían los cencerros de las vacas, y murmullos llegados de un hotel que quedaba a unos cientos de metros cuesta arriba. El antiguo albergue estaba envuelto en niebla. Anna sabía que estaba al borde del desfiladero, pero no veía el fondo, y mucho menos las cimas y los precipicios del otro lado del valle. A duras penas veía el letrero. Un repique de campanas anunció su traición.

—No —dijo en voz alta—, no es eso; es mi respuesta a Ellos.

Abrió la puerta y entró, seguida por un remolino de nieve.

Sia estaba en el sofá, tomándose un café. Tenía a su lado a una mujer musculosa con el pelo negro y rizado. A juzgar por el lenguaje corporal, la que mandaba era la segunda. La mujer del pelo rizado se levantó para saludar a Anna. Era bastante baja, con unos ojos verde eléctrico.

—Hola, Anna —dijo con voz ronca, en un ruso impecable—. Me llamo Lulu y trabajo mucho en Rusia. Sia me ha estado hablando de ti sin parar. ¿De cuánto tiempo dispones?

—De esta noche y mañana hasta la hora de comer —dijo Anna—. Tengo el móvil en mi habitación del hotel.

—Muy bien —dijo la mujer que se había presentado como Lulu—, pues entonces igual pasamos la noche aquí. Así tendremos más tiempo. Hay mucho que hacer, mucho que hacer. ¿Te ha costado llegar? —preguntó pasándose al

inglés—. Sabemos que eres una profesional, pero tenemos que preguntártelo. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—El viaje ha ido muy bien —dijo Anna—, más allá de vuestro equipo vigilándome. —Se sirvió de la cafetera que había en la cocina y tomó asiento en el sofá—. ¿Qué quieres decir con «profesional»?

Apareció en sus labios una mueca irónica.

Lulu dio la impresión de querer sonreír.

—Que para ser banquera parece que te orientas —dijo pronunciando «banquera» con asco.

Anna asintió con la cabeza. No estaba mal.

—¿Cómo has venido? —preguntó Sia.

Anna explicó su ruta, aunque ya la supiesen. Estaba segura de que le habían asignado contravigilancia a partir de Ginebra.

—¿Y vosotras? —preguntó.

Las mujeres de la CIA describieron su ruta a Gimmelwald, que a Anna le gustó. Cuidadosa y conservadora. No eran unas payasas. Mejor.

Lulu retomó la palabra.

—Sia me ha contado lo de la granja, lo que hizo tu marido. Lo siento. Queremos encontrar la manera de ayudarte, y creemos compartir contigo ciertos intereses. También quería decirte que nos cautivó la información que le pasaste a Sia sobre el entorno de tu padre y Putin. Es el tipo de cosa que les parece fascinante a nuestros «clientes».

Lulu se inclinó hacia delante y empezó a tocarse una cutícula, mirándola mientras hablaba.

—Lo que pasa es que ahora mismo nuestra organización funciona a un nivel que se podría definir como de déficit de confianza con tu gente. La verdad es que ya no queda ningún límite. Sé que si hablas con nosotros es porque tienes tus motivos y tus intenciones. Nosotros también tenemos unas cuantas ideas que podrían tener efectos perturbadores sobre nuestros enemigos en común. Y nos

gustaría movernos deprisa. Quisiera que te sometieses a un polígrafo, para que podamos darle un acelerón a nuestro sustrato de confianza. No es obligatorio. Puedes irte, pero si te las piras... pues nada, cruz y raya.

Anna hizo crujir la silla de madera al inclinarse para coger unas almendras de una lata que había en la mesa de centro.

—Antes quiero saber lo que tenéis pensado. Os aviso a las dos, y de rebote a vuestra organización, que no me interesa la caída de Putin, ni un cambio en el gobierno ruso.

Dijo «organización» con asco. Sia y la tal Lulu asintieron, comprensivas, pero a Anna le pareció un gesto hueco. ¿Cómo iban a entenderlo de verdad? ¿Cómo iban a saber lo que significaba para ella?

—La guerra en Ucrania se ha llevado mal —siguió diciendo—, pero a mí no me apetece para nada ver a Rusia de rodillas. No me interesa cambiar el sistema, porque la verdad es que no creo que sea posible ningún otro. Habría caras nuevas, y se les cambiaría el nombre a las instituciones, pero cambiar de verdad no cambiaría nada. Tampoco os voy a contar nada sobre mi organización. Mejor que lo sepáis de buenas a primeras. Eso no se toca. ¿Queréis el organigrama? ¿Queréis que meta algo en un ordenador de mi oficina? ¿Queréis averiguar qué operaciones hacemos en América? Pues yo no os lo diré. Ni soy una traidora a Rusia, ni me dejaré convertir en tal cosa.

La tal Lulu contrajo la cara, pensativa.

—¿Y si nos dices qué quieres, Anna? —intervino Sia.

—Quiero que me ayudéis a eliminar a mis enemigos; al Ganso y quizá a mi marido.

—Queda claro —dijo Lulu—. Y a mí se me ocurre una manera de conseguirlo, pero tengo que hacerte una pregunta: ¿te prestarías a ayudarnos a entrar en el ordenador de tu marido?

—¿Con qué finalidad?

—Quiero ver dónde está el dinero, y es posible que quiera mover una parte.

—¿El dinero de quién?

Sonrió.

—Venga ya.

—Gran parte de ese banco es de mi padre —dijo Anna—, desde que falleció el de Vadim, y no pienso dejar que lo hundáis. Para que os ayude tendréis que explicarme lo que haréis.

—Una parte considerable del Bank Rossiya es de tu padre, ¿verdad? —preguntó Lulu.

—Ya lo sabes.

—Y al final de la extorsión del Ganso ¿cuánto le quedará?

Anna se cruzó de brazos. Lulu se inclinó más hacia ella y le tocó suavemente la muñeca.

—Nosotros tenemos nuestro precio, Anna. Para que funcione nuestra idea necesitamos dinero, y yo creo que debería proceder del banco. Ahora bien, te puedo prometer una cosa: no se podrá seguir la pista ni hasta ti ni hasta tu padre. Se lo endosaremos a nuestros comunes enemigos.

Anna apartó el brazo.

—Quizá me estéis tendiendo una trampa.

Lulu se rió, tachándola de paranoica.

Anna arremetió contra ella, pasando del inglés al ruso.

—Paranoica, ¿eh? ¡Pues fijaos en el efecto que han tenido vuestras sanciones en Rusia! —Dio una palmada en la mesa de centro—. La gente normal vuelve a vivir de las patatas de su huerto, como después de la caída de la Unión Soviética. Tenemos restricciones a la hora de viajar. En Europa somos unos parias. En lo que respecta a vuestras intenciones, Lulu, a los buenos rusos les conviene ser paranoicos, porque mentís tanto como nosotros.

Sia levantó la mano.

—¿Y si nos ahorramos mutuamente los discursos? Y de paso podríamos ceñirnos al inglés. ¿No os parece contraproducente discutir? Aquí queremos todos lo mismo.

Anna negó con la cabeza haciendo chasquear la lengua.

—No, Sia, eso en el fondo no es verdad. Yo podría preguntarte por qué quieres ayudarme a ajustar algunas cuentas. ¿Quieres que te lo pregunte? No creo que lo haga, porque no quiero saber la verdad. O sí, quizá hiciera bien en preguntártelo, porque lo único que harías sería mentirme, ¿no? Me soltarías cualquier chorrada para reclutarme. ¿Y si también te conecto yo a ti al polígrafo esta noche?

Bebió un buen trago de café y, enseguida, hizo un gesto y sacó la lengua.

—Está malísimo. Voy a hacer té. —Fue a la cocina y se puso a buscar un hervidor—. ¿Estáis grabando la reunión?

Se agachó y lo encontró en un armario bajo.

—No —contestó Lulu desde la sala de estar—, te doy mi palabra.

Anna gruñó y, después de llenar el hervidor con agua del fregadero, lo puso en el fogón. La palabra de Lulu carecía de cualquier valor.

Volvió a la sala de estar.

—¿En vuestra organización hay mucha gente que sepa mi nombre?

—Unas cinco personas —dijo Lulu—. Está todo muy compartimentado.

El hervidor empezó a silbar. Anna, que aún estaba de pie, se aferró al respaldo del sofá.

—Yo soy una patriota. No creo que os deis cuenta del todo. Puede que como estadounidenses seáis incapaces de entenderlo. Me da igual que sea Putin quien gobierne nuestro país. El sistema ruso ha sido siempre así: una sola persona en lo más alto y los demás arramblando con lo que puedan. Me importan un pito los activistas y los manifestantes, soy una patriota rusa...

Lulu levantó la mano.

—Ya te he dicho que no pretendo disfrazarte de *cheerleader* estadounidense. Te aseguro que sé perfectamente que no nos estás ayudando a implantar la democracia en la Ródina. Propongo lo siguiente: tú me escuchas hasta el final y yo te explico nuestra idea, que a nivel conceptual tiene luz verde a los máximos niveles de mi organización. Lo comentamos, y si te gusta lo que digo haces el poli y entramos en detalles con unos coñacs y unos Swiss Miss.

Anna encontró una bolsa de té negro, que primero flotó, luego se llenó de agua y acabó por hundirse. Volvió a la sala de estar.

—Contadme qué tenéis pensado.

Lo hizo Lulu, con un discurso tan agresivo, febril y audaz que a Anna le extrañó que surgiera de un cerebro estadounidense. Pensó que le recordaba una conspiración rusa de las de toda la vida. Prestó atención. De vez en cuando asentía, y a ratos contraía los párpados con cara de preocupación. No interrumpió a Lulu ni una sola vez con preguntas o comentarios. Concluidas las explicaciones apartó su taza de té vacía.

—Hacedme el polígrafo ahora mismo —dijo.

39

Gimmelwald

Al ser avisado por Lulu, el polígrafo, que esperaba en el piso de arriba, bajó tranquilamente y se presentó como Morris. Era un hombre fortachón, con greñas de color castaño, que tendió una mano pegajosa mientras sonreía con cara de vergüenza.

—Señora Agápova —dijo—, esto nos lo ventilamos en un pispás, a tiempo para el *schnapps*. Por aquí.

El dormitorio de arriba daba al desfiladero, aunque por la ventana Anna sólo veía niebla. Morris señaló una silla de madera en medio de la habitación, entre dos camas. Anna se sentó. Él se dejó caer en una de las camas y empezó a pulsar teclas en su ordenador portátil. Le puso dos neumógrafos en el pecho, un tensiómetro en el brazo izquierdo y dos pinzas en la mano izquierda, una en el índice y otra en el anular, para medir su respuesta galvánica (el sudor que se filtraría por su piel durante el viaje emocional).

Le pidió que estuviera relajada. Lo curioso fue que Anna lo estaba. Una vez había entablado conversación con un operativo del SVR con experiencia en la captación de estadounidenses, entre ellos un agente de apoyo de bajo rango de la CIA que robaba documentos para la Ródina. El colega de Anna le explicó que había dos razones por las que era difícil someter al polígrafo a los agentes de inteligencia: una era que sabían a qué atenerse; la otra, su mayor experiencia en el engaño, porque fingían saber más de lo que sabían para recibir mayores

salarios y mayor remuneración por resultados. Era un juego, y Anna había ganado más de una partida.

Tras repasar las normas básicas, establecer los parámetros iniciales y avanzar las preguntas, Morris empezó.

P: *¿Se llama usted Anna Andréyevna Agápova?*

R: *Sí.*

P: *¿Es usted directora ejecutiva del Bank Rossiya?*

R: *Sí.*

P: *¿Trabaja usted en algún servicio de inteligencia ruso?*

R: *Sí.*

P: *¿Hay alguien entre sus superiores, o en Rusia en general, al corriente de esta reunión?*

R: *No.*

P: *¿Ha acudido a este encuentro a petición de algún servicio de inteligencia ruso?*

R: *No.*

P: *¿Puede usted acceder al ordenador de su marido?*

R: *Sí.*

P: *¿Tiene usted la intención de proporcionar información veraz a nuestra organización?*

R: *Sí.*

[Fin del polígrafo a las 20.47 h CET]

Anna se quitó las pinzas de los dedos sudados, y luego retiró el tensiómetro, que le rascaba el brazo. Morris había ido a hablar con Lulu y Sia. ¿Había dicho Anna alguna mentira? Le preocupaba no saberlo.

Al volver, Morris dijo que tenían que repetirlo.

—¿En qué pregunta está el problema? —preguntó ella.

—En todas —dijo él.

Lo repitieron. Esta vez, la ausencia de Morris fue más larga. Anna se empezó a cansar. Sabía que de eso se trataba.

Morris volvió con una de las sillas de la cocina y la colocó al revés, un poco demasiado cerca, apoyando la barriga en el respaldo. Después se cruzó de brazos y miró la masa gris de la ventana. Le apestaba el aliento como un bar al alba.

—Señora Agápova, ¿le ha explicado a alguien que venía a esta reunión?

—No.

—¿A nadie?

—A nadie.

—¿A ningún familiar? ¿Padre, marido, perro?

—No tengo perro.

—¿A alguien del banco?

—No.

—¿Algún novio?

—No.

—¿Alguna novia?

—¿Qué, Morris, nos ponemos picarones?

Morris frunció el ceño.

—¿Alguna novia?

—No.

—¿Alguien del SVR?

Anna arrugó la nariz.

—No.

—¿Del GRU?

—No.

—¿Del FSB?

—No.

Volvieron a hacerle la prueba del polígrafo.

Al final, Morris le pidió paciencia y se fue con el portátil. Anna desconectó los tubos, se quitó las pinzas de los dedos y se desabrochó el tensiómetro para acostarse en una de las camas y cerrar los ojos. ¿Tenía motivos para preocuparse? Ni siquiera estaba segura de si había mentido.

Procter y Sia estaban fumando en una de las mesas de pícnic de delante de la casa. Sia había adoptado conscientemente una postura que impidiera a la jefa ver el temblor de su mano. Ya se había fumado dos cigarrillos para entrar en calor, e iba por el tercero. Apareció Morris. Procter dio la última calada al suyo y lo apagó en la nieve con el pie.

—¿Qué, Mo? Venga, suéltalo.

Morris se sentó a la mesa, subiéndose la capucha.

—Yo creo que en lo de no haber hablado con nadie de la reunión, en lo de haberla mantenido en secreto, dice la verdad.

—Mejor —dijo Sia—. Nos da ventaja.

—¿Y en lo otro sigue con las trolas? —preguntó Procter.

Encendió otro cigarrillo y se puso la capucha de su parka verde plátano. Luego metió las manos en los bolsillos y aspiró y sacó el humo con el cigarrillo entre los dientes.

—Sí —dijo Morris—. La pregunta sobre si dice la verdad la incomoda sistemáticamente.

—Gajes del oficio —dijo Sia.

Procter gruñó.

—Pero ¿tú no crees que Moscú sepa que está aquí?

—Seguro no puedo estar, claro, porque estas cosas hay que...

—Con legalismos no me vengas, Morris. Hace unas semanas tuve que modificar una puta orden operativa de asesinato y se me han subido un millón de

abogados a la chepa como crías de escorpión a lomos de su madre. No me interesa. Sólo quiero que me digas si crees que Moscú sabe que está aquí.

—La pregunta ya no provoca ninguna reacción fisiológica.

Procter puso los ojos en blanco.

—¿Tú qué dices, Sia?

Sia tiró el cigarrillo y estiró las piernas.

—Yo creo que con lo que tenemos da para seguir. La inteligencia está confirmada, y las motivaciones validadas. Hay base razonable para ratificar el activo. El polígrafo ha salido bastante correcto. No es que esté todo impoluto, pero vale la pena arriesgarse.

—Son como unas bragas que has llevado un día —dijo Procter—: limpias del todo no es que estén, pero cumplen su función. Además, bien mirado no hay alternativa. —La jefa tiró el cigarrillo a la oscuridad—. Venga, a trabajar.

40

Gimmelwald

Morris subió a acostarse y, mientras Sia ponía unos cuantos troncos más en la chimenea, Procter sirvió cafés y tés. Se sentaron en la sala de estar, luchando contra el sueño y tratando de exprimir al máximo cada minuto y cada dato de Anna Agápova: PERSÉFONE. Los analistas de Moscú X tenían una larga lista de preguntas que hacer sobre el SVR: operaciones en marcha, prioridades, organigrama... Procter se las leyó ceremoniosamente a Anna antes de tirar los papeles al fuego.

—Sobre tu organización, nada —dijo—. Mejor para nosotros.

En el transcurso de la noche, Anna explicó cómo veía al Ganso y a sus aliados. Hablaron de los amigos y enemigos del padre de Anna y de los de Vadim.

Apurando su tercera taza de café, Sia preguntó refiriéndose a Vadim:

—¿Cuánto dinero gestiona?

—No sé, cientos de millones, puede que más...

—¿Y de quién es exactamente ese dinero? —preguntó Sia.

—¿Conocéis el concepto de *obshchak*?

Procter asintió, pero Sia negó con la cabeza.

—Es una caja común que usan las bandas criminales —explicó Anna—: no hay un céntimo a nombre de nadie, pero los cabecillas saben perfectamente cuánto tienen. Vadim administra una caja parecida, en este caso propiedad

colectiva de Putin y otros peces gordos del régimen, que van llenándola con dinero proveniente del banco y de la industria. Estoy segura de que hay muchas *obshchak*, pero Vadim lleva ésa.

—¿Y lo hace desde el banco? —preguntó Procter.

Anna negó con la cabeza.

—El dinero procede del banco, pero una vez que lo desvían prefieren mantenerlo bien alejado de allí: el banco tiene sistemas, procesos, informáticos, antiguos agentes del FSB... Siendo dinero del presidente, la verdad es que nadie diría ni mú, pero es mejor gestionarlo de tapadillo. Por eso, Vadim usa, para todo lo referente al *obshchak*, un ordenador portátil que guarda en una caja fuerte en el armario de nuestro dormitorio del piso de San Petersburgo. Podríamos acceder a él.

—¿Y cómo lo haríamos? —preguntó Procter.

Anna se lo explicó y a Sia le pareció que no era imposible que, en el proceso, le pegaran un tiro, o ella se lo pegara a Vadim por esas cosas de la vida. Procter, que había empezado a echarse coñac en el café, escuchaba mientras daba golpecitos en el suelo con el pie como si lo pasara en grande.

—¿Qué necesitaréis que haga cuando haya entrado en el ordenador? —preguntó Anna.

Sia se lo explicó. Hablaron de qué producto sería mejor que usaran los técnicos de la CIA para el pop-up, de la necesidad de que Anna no dejara ningún rastro digital en el ordenador de Vadim y de qué tendría que hacer con las huellas dactilares.

Procter se acercó con el coñac y Anna tapó su taza con la mano.

—Una rusa rechazando alcohol, vaya, vaya —comentó Procter apartando la botella.

Anna le hizo un gesto insultante al que ella reaccionó riéndose y negando con la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Bueno, pues más para mí —dijo.

—Nos gustaría ofrecerte alguna compensación por el riesgo —dijo Sia tosiendo.

—No quiero nada —contestó Anna—. Además, si pretendéis compensarme con dinero, que sepáis que estoy por encima de vuestras posibilidades.

—Algo te mereces por el riesgo que corres —insistió Sia.

Era muy poco convincente, pero quería indicarle de alguna manera a Langley que algún vestigio de control tenían.

Anna negó con la cabeza.

—Dinero, no, ni siquiera una cuenta en las Bahamas. ¿Queda claro? Quiero que en el cable pongáis que he rechazado el dinero. Lo único que quiero es pararle los pies al Ganso e implicar a mi marido.

—Vale, vale, maja, ningún problema —dijo Procter—. Vamos a empezar con los deberes.

Le acercó un papel que llevaba: una lista con el detalle de lo que la CIA buscaba sobre el Ganso y los hombres de su entorno: direcciones postales y de correo electrónico, socios, números de teléfono... Anna se la aprendió de memoria y luego la quemaron.

—Pasemos a las comunicaciones —dijo Procter.

Sia bostezó mirando su reloj: las tres y ocho minutos de la madrugada. Procter sacó un portátil de su mochila, un Asus idéntico al que se había llevado Anna a México. No faltaba ni la mancha negra de roce en la parte superior.

Anna lo miró como si fuera una bomba.

—Supongo —dijo Procter— que se parece mucho al ordenador de viaje que te llevaste a México. ¿Tengo razón?

Anna se había puesto a tocarlo.

—Sí.

—Lleva lo que llamamos un sistema clandestino de comunicaciones, o clancom —dijo Procter—. ¿También es correcta mi suposición de que tu ordenador de viaje no tiene comunicaciones?

—Sí, también.

—¿Es un portátil del SVR o personal?

—Personal.

—Muy bien —dijo Procter—. ¿Y el ordenador personal en cuestión lo tienes en tu resort de esquí, dentro de una bolsa?

—Sí.

—¿Dentro hay algo importante?

—No, pero bueno, ya lo sabéis.

Procter hizo una mueca burlona.

—Muy bien. Tíralo a un contenedor, o entiérralo por las montañas, me da igual, pero asegúrate de que esa versión no vuelva nunca a la Madre Rusia.

Hizo una señal con la cabeza en dirección a Sia.

—Voy a enseñarte a usarlo —dijo ésta.

Practicaron muy serias, con el empecinamiento de saber que todo era cuestión de memoria muscular, y que si Anna se olvidaba un solo paso estaría ciega una vez dentro de Rusia. Una secuencia de veintitrés teclas, entre letras, números y símbolos. Puramente aleatoria, sin ninguna lógica. Difícil de memorizar. Anna se pasó una hora aprendiéndosela.

—Como se te olvide esta parte —dijo Procter, que en previsión del alba había vuelto al café— te quedarás incomunicada del todo. No podremos ver las cosas tan bonitas que nos escribas.

—Cuando ya estés dentro de la partición —continuó Sia— abres un documento Word en blanco e introduces otra secuencia, esta vez de diez teclas.

Le dedicaron cierto tiempo. Así se generaba un botón oculto, en el que Sia hizo clic como demostración.

—*Voilà* —dijo Procter—, ya estás dentro. Los mensajes nos llegan por blobs encriptados.

A Anna le crujía la mandíbula.

—Lo nuestro es parecido, aunque un poco menos complicado.

—Un último detalle sobre las comunicaciones —dijo Procter sacando una cajita de su bolsa para dársela a Anna, que al abrirla encontró una estatua de un caballo.

—¿Qué es?

—Un transmisor —dijo Procter—. Ponlo en tu despacho del banco, delante de una ventana, en el alféizar, por ejemplo. En San Petersburgo tienes despacho, ¿no? ¿Con ventanas? Preferimos San Petersburgo a Moscú.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué es?

—Un transmisor —repitió Sia.

Anna no estaba convencida. Se puso a dar vueltas a la estatua, frotando el reborde de la base.

Procter la miró a los ojos con la cara muy tensa. Era raro el miedo que daba a veces la jefa.

—Como ha dicho Hortensia, es un transmisor. Ponlo en tu despacho de San Petersburgo, enfrente de la ventana, y no lo toques a menos que quieras que se fastidie todo y al Ganso no lo joda nuestra organización, con lo frustrante que sería. ¿Lo has entendido?

Anna la miró muy fijamente, como si sopesara la opción de plantar cara, pero al final metió la estatua en su bolsa.

Salieron con coñacs al porche nevado con vistas al desfiladero. La niebla se había levantado, y el cielo, justo antes del amanecer, estaba despejado, con un mosaico de estrellas luminosas. Las escarpadas cumbres y nevadas laderas del otro lado del valle brillaban bajo la luna. De vez en cuando, en la distancia, se oían cencerros y balidos de ovejas. Estuvieron bebiendo coñac y contemplando las estrellas. El abuelo de Sia siempre había dicho que el firmamento nocturno nos hace darnos cuenta de lo pequeños que somos. En ese momento, lo único que le inspiraba a ella era cansancio. Con los párpados a punto de caerse oyó la voz de Procter.

—Voy a planchar la oreja. Ya seguiremos después del desayuno.

Se oyó el crujido de sus pasos entrando en la casa, seguido por el chirrido metálico de las bisagras de la puerta.

—Durante el polígrafo he notado olor de cigarrillo —dijo Anna justo antes de que Sia se durmiera—. ¿Os habéis pulido el paquete o queda alguno?

Sia abrió un ojo. A juzgar por su cara, la rusa tenía ganas de hablar. Sia fue a la sala de estar y volvió con los cigarrillos que quedaban y el mechero de Procter. Se encendieron uno cada una en el porche.

El humo la despertó de golpe. Tiró una colilla al desfiladero y encendió otro.

La rusa iba soltando largas cintas de humo que el viento se llevaba por el valle.

—Os fuisteis tan deprisa de la granja que os dejasteis un caballo —dijo—, una yegua que me gusta bastante.

—¿Podrías convencer a Vadim de que nos la devuelva? —preguntó Sia.

—No sé si quiero. Además, tenemos cosas más importantes entre dedos.

—Entre manos.

Anna hizo un gesto hacia el desfiladero, como diciendo que no tenía importancia, y aspiró con fuerza el cigarrillo.

—Voy a repetir los pasos. Si me equivoco en algo me lo dices —anunció.

Sia se apoyó en la baranda.

—Vale.

—Yo os doy acceso al ordenador de Vadim y vosotros os lleváis una parte del dinero.

—Exacto —dijo.

—Pasáis el dinero a otras cuentas y una parte desaparece.

—Sigues yendo bien.

—¿Y entonces?

—¿Qué quieres decir?

—Explícame cómo se desencadena el caos.

Sia tiró su cigarrillo al desfiladero. Tenía otro medio sacado del paquete, pero

lo metió de nuevo al notarse rasposa la garganta. Anna le tendió la mano y ella le entregó el paquete y el mechero, tras lo cual, la otra se encendió un nuevo cigarrillo dando una larga calada.

—El detonante —insistió.

—Eso aún no lo sabemos —dijo Sia—. Depende de lo que encontremos en el ordenador de Vadim.

—¿O sea?

—De quién observa sus transacciones. De quién verá moverse el dinero y dará la voz de alarma.

—¿Y si no lo observa nadie?

—Parece poco probable, ¿no?

Anna se encogió de hombros.

—Si yo fuera el presidente no sé si me interesaría mucho que a uno de mis intermediarios lo vigilaran agentes de medio pelo del FSB. Se me acaba de ocurrir que si a mi querido esposo, por casualidades de la vida, no lo vigila nadie, quizá le toque dar la voz de alarma a su pobre mujer. Y ya sabes que en Rusia me estoy quedando con muy pocos amigos. Puede que no me escuchen.

—Cada cosa a su tiempo. Lo primero es ver qué hay en el ordenador.

—No es que me guste mucho la respuesta, Sia. —Anna tiró el cigarrillo y se dispuso a entrar—. Hasta dentro de unas horas.

Al despertarse, Sia olió a grasa quemada. Desde la cocina llegaba una mezcla de humo y palabrotas en la voz de Procter. Se puso unos pantalones de chándal y, al bajar, vio a la jefa rascando de la sartén unas tiras negras que habían sido lonchas de beicon. Procter llevaba una camiseta negra de tirantes y, como estaba de espaldas, inclinada sobre los fogones, ella pudo ver el tatuaje que llevaba en la espalda: nueve estrellas alineadas bajo un letrero que decía: EN TRIBUTO. Un muro de la memoria personal dibujado en la piel. Ya había entrevisto parte del tatuaje,

pero nunca lo había visto completo, ni mucho menos se había atrevido a preguntar qué era. Esa mañana tampoco lo haría. Según el microondas eran las 9.46 h. Quedaban unas dos horas.

Vio a Anna sentada en el porche, bajo un cielo invernal sin nubes. Se puso una chaqueta, se llenó un tazón de café solo y salió a reunirse con ella. Estuvieron tranquilamente sentadas, sin hablar, hasta que Procter las llamó a la casa. El desayuno no tenía muy buena pinta: tortitas preparadas con harina de una caja casi prehistórica, beicon quemado y café aguado.

—Nada, joder, que no hay jarabe de arce. Lo siento —murmuró Procter.

Sia se comió a la fuerza unos trozos de beicon que se habían salvado parcialmente de las llamas, Anna dejó el plato intacto. Mientras tomaban café, esta última se dirigió a Procter mientras señalaba a Sia con la taza:

—Hace unas horas hemos estado hablando del detonante y se me ha ocurrido una idea.

—¿Qué idea? —preguntó Procter.

—Maxímov, el subdirector tercero del SVR, es un aliado de mi familia —contestó ella—, y con la información adecuada podría interceder ante el presidente. Él mismo podría obligar al FSB a que investigue números de teléfono y transferencias bancarias, por ejemplo, y nosotros tendríamos que asegurarnos de que reciba la información.

—Por nosotros perfecto —dijo Procter—. De momento, adjudicado.

Anna se volvió para mirar el reloj del microondas.

—Ya casi me tengo que ir.

Procter le puso una mano en el hombro.

—Vale, pero antes lo repasaremos todo para ir sobre seguro.

Anna se duchó, se cambió y bajó su bolsa. Se sentaron en la sala de estar. El pueblo se había cubierto otra vez de una niebla que tapaba el sol.

Anna accedió a la partición clancom del nuevo portátil y repitió el proceso varias veces.

Describió el plan para el ordenador de Vadim y la web en la que entraría cuando tuviera acceso.

Repitió la información que sacaría sobre la lista de altos cargos que le habían dado Procter y Sia.

Enseñó la estatuilla del caballo y explicó que la pondría en la sede del Bank Rossiya en Píter. Su despacho tenía ventanas grandes.

Tras meter el portátil y la figura en su bolsa, le dio a Procter la mano y a Sia un abrazo. Acto seguido, dio media vuelta y se alejó por el camino cubierto de nieve hacia la única calle del pueblo.

—Fría como el hielo, la tía —comentó Procter.

—Quiere ganar —repuso Sia—, eso es lo único que le interesa.

Un balido de ovejas bajó por la ladera. Las dos mujeres entraron en la casa.

—Y tengo la extraña sensación de que la matarán —murmuró Sia.

41

Moscú

Luka ya estaba en su mesa del Jean Martel con el tablero a punto. Había cortado el limón en rodajas, y estaba picando pan negro con una mezcla de arenque en aceite, cebolla y patatas hervidas. Sonrió de oreja a oreja, pero ella no se dio cuenta. Se limitó a sentarse, reorientar el tablero para jugar con blancas y mover el primer peón. Con la barbilla apoyada en las dos manos, el mundo, para ella, se reducía al tablero y el coñac. De lo que tenía ganas esa noche era de coñac, ajedrez y Luka, tal vez en ese orden. Tal como estaban las cosas eran lo único capaz de darle bienestar. Y no tenía ningún otro objetivo que ése: el bienestar.

A lo largo de dos partidas dio buena cuenta tanto de Luka como de gran parte de la botella. Jugaron otra y ganó ella, sin darle un respiro al coñac.

—Come algo, Ania —dijo él, nervioso—, que te marearás.

Ella le dijo que no le cortara el rollo. Volvieron a jugar: una masacre. ¿Seguro que Luka se esforzaba? Se lo dijo en voz alta, gritando. Los tres hombres de la mesa de detrás la miraron con mala cara.

—No os metáis donde no os llaman —les soltó ella con un gesto ofensivo.

Había empezado a hablar de una segunda botella, pero Luka ya estaba guardando el tablero. Anna se levantó y se tambaleó hacia él para exigir otra partida. Las botellas de detrás de la barra daban vueltas, desenfocadas. Se apoyó en una mesa, y en el hombro de Luka, pero el mundo seguía en rotación.

Del camino a rastras entre el Jean Martel y su piso le quedaron sólo recuerdos fragmentarios: el tablero cayéndose al suelo y Luka buscando las piezas por la nieve; resbalones y caídas por la acera helada; peste a cloaca asaltando su nariz. La noche moscovita era humo. Ni estrellas ni luna: humo.

Amaneció revuelta entre las sábanas, con mallas y sujetador. El piso olía a café. ¿Dónde estaba su jersey? ¿Y su camisa? Dios... Luka había visto los malditos morados de su barriga. Mierda. Se incorporó con las manos en la cabeza, que le dolía, y estuvo un rato así. Sólo podía abrir un ojo. ¿Dónde estaba el resto de su ropa? Entró de puntillas en el baño y encontró su jersey y su camiseta puestos a secar en el toallero.

—Vomitaste encima —dijo Luka en la puerta con una taza de café solo.

Anna se puso el jersey para taparse los morados. Mientras tomaban el café en la sala de estar, despacio y en silencio, Anna buscó algún recuerdo de la noche anterior. Estaba furiosa consigo misma por haber ido a ver a Luka. Se había prometido esperar a que se le curaran los morados.

—¿Me vas a explicar lo que pasó, Ania? —preguntó Luka.

Anna miró por la ventana, dándole la espalda.

—Nada —dijo.

—Ania, por favor... Ya sé que tenemos nuestras reglas, pero por favor... Te quiero. Explícame lo que pasó, aunque sólo sea esta vez.

Un sorbo desafiante de café.

—Ania, sé que te lo han hecho ellos. Mejor dicho, él. Al menos dime algo, por favor. Aquí no hay peligro. Yo te quiero.

Lo miró a los ojos: azules, como los de ella, pero cálidos. Se odió a sí misma.

—Me caí de un caballo —dijo.

Cerró los ojos porque se le hacía insoportable ver la cara de Luka. Si seguía viéndola lloraría, y se negaba a llorar por él.

Oyó ruido y una puerta. Al abrir los ojos Luka ya no estaba.

Aunque Luka Fédorov hubiera sido un agente del SVR o del FSB con formación operativa, al principio no habría notado nada raro mientras caminaba apresuradamente (mucho más deprisa de lo normal incluso para un moscovita con prisas y enfrentado a un viento gélido) por la calle Ulitsa Vsekhsviatskaya sin apartar la vista del suelo. Había salido enfadado del piso de Anna, eso era evidente hasta para el más novato de quienes lo vigilaban, pero ni siquiera en otras circunstancias, a menos de que hubiese sido otro hombre, con otra formación, habría reparado en los seis hombres que seguían sus pasos hasta su apartamento, cada uno de ellos con una cámara subminiatura escondida en un botón o una solapa del abrigo (o quien sabe: quizá si se hubiese pasado varias horas haciendo paradas y cambios de sentido, pero no fue el caso).

Bien mirado, desde el punto de vista de la vigilancia el vídeo no era estrictamente necesario: ya tenían su cara en varias fotos hechas la noche anterior, tanto a la salida del Jean Martel como desde uno de los observatorios fijos, un piso vacío situado justo enfrente del nidito de amor de la hija de Agápov. Habían cotejado esa cara con las bases de datos del FSB y sabían dónde vivía, dónde trabajaba y qué llamadas había hecho y recibido. Si el equipo lo siguió y lo videograbó, fue porque el jefe quería alternativas, y la gente suele asustarse bastante cuando se le enseñan vídeos suyos hechos clandestinamente.

«Representamos el terror organizado», habían dicho una vez los chekistas. Había que ser francos y reconocerlo.

Como llevaban haciendo dos semanas, entregaron las grabaciones y un escueto informe por escrito en las oficinas del Directorio de Seguridad Interna, en la Lubianka, donde un secretario se las llevó a Chernov. Les había costado bastante encontrar el piso de Anna porque no estaba a su nombre, ni al de su padre, ni al de nadie que hiciera negocios con la familia, al menos hasta donde sabían. Tenían constancia, eso sí, del piso de Ostozhenka, y tenían su teléfono, cuyo rastro podían seguir por los repetidores y por los cientos de sensores invisibles que había repartidos por Moscú: eso les permitía averiguar sus

costumbres. Y si lo anterior fuera poco, gracias al registro telefónico masivo del FSB Tenían sus llamadas y mensajes.

Vigilándola, habían descubierto que de vez en cuando —casi siempre durante una noche y la mañana siguiente— dejaba su móvil en el piso de Ostozhenka para recorrer la ciudad siguiendo un enrevesado *obnaruzhit hvost*, una ruta de detección de vigilancia que delataba un conocimiento pormenorizado de las calles, los parques y las cámaras de vigilancia dentro de Sadovoye Koltso, el Anillo de los Jardines. Pero se movía con tal habilidad y paciencia por las calles que muchas veces terminaban perdiéndola en la noche moscovita. «¿Adónde vas sin tu teléfono, Ania?», se preguntaba Chernov, pero no tenían hombres suficientes. Una noche, regresó antes de lo previsto al piso de Ostozhenka y él llegó a la conclusión de que había anulado el encuentro previsto porque se había dado cuenta de que la vigilaban, pero la verdad era que Anna había cometido un error.

Al tener acceso a su teléfono, los técnicos del FSB repasaron su historial de llamadas en busca de alguna anomalía y encontraron un número al que había llamado una sola vez desde su piso en Ostozhenka. ¿De quién era? Tras cotejarlo con varias bases de datos de telecomunicaciones descubrieron que, en el momento de la llamada, el móvil al que llamaba también estaba en su piso: Anna se había llamado a sí misma. Chernov entendió que probablemente estaba intentando localizar el misterioso segundo teléfono haciéndolo sonar. Quizá se le había quedado debajo de un cojín del sofá o algo así. Se preguntó si no habría bebido.

Un solo error, no necesitaban más.

El análisis del historial de llamadas del segundo móvil les permitió descubrir que casi siempre estaba en el piso y que, en las raras veces en que la señal se apartaba de ahí, era el teléfono principal el que no se movía de allí. En cuanto al segundo aparato, permanecía durante toda la noche cerca de Novokuznétskaya, en uno de los edificios de viviendas de un antiguo y laberíntico barrio residencial

que había sobrevivido a Lenin, Stalin, Brézhnev, Putin y el *blagoustroistvo* que había arrasado gran parte del viejo Moscú para sustituirlo por rascacielos y tiendas de lujo. Según el registro impositivo, el titular de la vivienda era una extraña empresa fantasma con sede en las Seychelles. Se envió a un equipo del Diecisiete, el Directorio de Búsqueda de Operaciones del FSB, a entrar en el piso y esconder cámaras y micrófonos.

Chernov repitió té negro. Llamaron a la puerta distrayéndolo de los informes.

—Adelante —dijo.

Daniil, uno de sus ayudantes, dejó caer un fajo de papeles en la mesa y se sentó cerca de la ventana, manejando con dedos largos y finos un palillo mediante el que iba escarbándose los dientes. Era mayor, aunque con un aspecto juvenil que a lo sumo le hacía aparentar veinte años.

—Informes de uno de nuestros hombres en Yásenevo —señaló—. Dice que ha podido acceder a los cables. Era un viaje autorizado. Fue a Ginebra porque lleva un asunto económico allí. Se ve que está volviendo a trabajar.

Chernov emitió un gruñido y Daniil señaló con un gesto los informes de vigilancia que estaban sobre la mesa.

—¿Ya ha visto el vídeo?

—¿El del novio caminando? Sí.

—No, no, el que hicieron los chicos después de que se fuera, dentro del piso.

—Aún no. —Chernov arqueó una ceja—. ¿Por qué?

Daniil enchufó una de las memorias USB al ordenador de Chernov y clicó en reproducir explicando que la hija de Agápov se había pasado buena parte de la noche vomitando y su novio intentando aliviarla.

En el vídeo salía el novio de pie y Anna tirada en el sofá. No parecía que pasara nada.

—Necesitamos el sonido, jefe —pidió Daniil.

Chernov desactivó el modo silencio.

El novio estaba preguntándole a Anna qué le había pasado. Chernov se acordó de que el informe de la noche anterior dejaba constancia de la sorpresa audible de Luka Fédorov al ver algo en el pecho de Anna. Luego, ella iba al baño porque tenía arcadas. Allí, la perspectiva de las cámaras era bastante mala, pero se oía a Anna decir que se había caído de un caballo y él se levantaba y se iba. Entonces el piso se quedaba un momento en silencio, sin otro ruido que los golpes secos de un partido de hockey en el patio de abajo, y a continuación Anna Andréyevna Agápova rompía a llorar.

Chernov se quedó desconcertado: sorprendía ver llorar así a una mujer tan dura, una espía, aunque estuviera al servicio de los blandengues del SVR. ¡Era la hija y heredera de Andréi Agápov!

Seguía llorando durante dos minutos y treinta y un segundos, y después se levantaba para ir de nuevo al baño.

Daniil apagó el vídeo.

—Dios mío —le dijo Chernov—. Está enamorada de él. Puede que ni lo sepa, pero está enamorada.

Daniil sonreía efusivamente. Chernov se levantó para asomarse a la plaza. Sobre Dzerzhinski empezaba a cuajar algo de nieve.

—Y, por amor, la gente hace cosas, jefe.

Chernov reflexionó sobre esas palabras.

—Sí, ¿verdad? Cosas tontas, valientes, violentas... pero algo siempre hace. No lo puede remediar.

CUARTA PARTE

Tiazhelyi («Duro, difícil»)

42

Moscú; San Petersburgo

A los cuatro días de haber vuelto de Suiza, Anna fue en coche a Yásenevo para informar: al Quinto Departamento sobre la inteligencia aportada por su activo en Ginebra y el plan operativo de la acción en curso, a Maxímov sobre su padre y a Grigori y los técnicos SO del anexo donde había empezado todo sobre la cancelación oficial de la operación extraoficial contra Sia Fox. Pasaron documentos por los destructores de ácido, limpiaron ordenadores y teléfonos y empaquetaron equipos. Entrada ya la noche, Anna se despidió de Grigori diciéndole que lo apagaría todo ella. Se preparó té y se quedó sentada en su despacho. Iba por la tercera taza cuando tuvo la certeza de que al fin estaba sola.

Grigori había llevado el equipo de vigilancia de RusFarm en maletines de plástico negro y envases de cartón para bebidas alcohólicas. Casi todo estaba guardado en su despacho, en espera de pasar de nuevo por el inventario. ¿Se escandalizaría Grigori si faltaba algo? A Anna le parecía que no. Los dispositivos estropeados o perdidos estaban a la orden del día. Abrió un poco la puerta del despacho. Los bultos estaban en un rincón.

Hasta entonces no se había fijado mucho en el equipo, porque se fiaba de Grigori, y porque la parte de vigilancia de la operación era sencilla. A fin de cuentas, todo se hacía sin salir de la Ródina, en la granja familiar. Esta vez, en cambio, leyó atentamente las etiquetas y las descripciones pegadas a los envoltorios y los maletines. Apartó varias cajas de cámaras que requerían

instalación eléctrica. No tendría tiempo de echar cables ni de hacer agujeros. Siguiente paso. Encontró una con etiquetas más prometedoras, en las que constaban los modelos y las cantidades.

XRV-22-A — (15)

Cámaras de cabeza de alfiler con un adhesivo adecuado para casi todas las superficies (madera, mármol, piedra, plástico, aluminio, acero, etcétera). Duración de la batería: entre veinticuatro y treinta y seis horas.

PLM-1700 — (6)

Pequeñas memorias conectadas a un lío de cables que les daban el aspecto de medusas. Las 1700 se podían conectar a móviles y portátiles para recibir datos de las cámaras. Ella ya las había usado.

Le servía. Siguiente paso.

Trabajaba gracias a la claridad de la barra de luz que se filtraba por la puerta. Se metió en el bolso cuatro cámaras de cabeza de alfiler y una de las memorias medusa. Siguiente paso. Pisar suelos gastados y descascarillados. Salir a un frío polar y seguir los caminos hasta el aparcamiento. El viento hacía crujir los pinos. La central eléctrica zumbaba y eructaba gases. «Si me lo preguntan les diré la verdad.» Siguiente paso. Caminando, por alguna razón, fantaseó con irse de Rusia con Luka. ¿Qué contestaría él a la propuesta? Que sí, estaba segura. De lo que no era capaz era de pensar por qué, y mucho menos decirlo. Se lo volvió a guardar en su interior para centrarse en su diálogo, en el teatro. «Estoy vigilando a mi marido», se dijo mientras caminaba trabajosamente por la nieve sucia hacia una de las últimas hileras del aparcamiento sureste de Yásenevo. Siguiente paso.

Anna se quedó mirando la caja fuerte de su piso de Ostozhenka. El móvil y el

portátil sostuvieron su mirada. Seis llamadas perdidas de Luka, con dos mensajes en el buzón de voz. Tenía ganas de llamarlo, pero sabía que si lo veía le contaría sus planes, y entonces se iría todo al traste. Por otra parte, se sentía autodestructiva y mezquina, y pensó en sofocar un poco la sintonía que tenía con él, precisamente por ser tan bonita. A ver si sobrevivía. Volvió a dejar el móvil en la caja fuerte.

El portátil. Con gran velocidad de movimientos, y un solo error en la secuencia de teclas, abrió la partición clancom y mandó a Sia y la tal Lulu una serie de números de teléfono y direcciones memorizados. Los había sacado de un directorio del Kremlin facilitado sin muchas preguntas por Maxímov. «Son las dos de la CIA», dijo una voz. «Cállate, por Dios, que necesito silencio», contestó ella.

Se pintó los labios y los hizo sonar, muy rojos, mirándose al espejo. Luego abrió la cremallera de su neceser de maquillaje para asegurarse de que aún estuviera dentro la píldora, imprescindible. Tras comprobar de nuevo que los aparatos de Grigori estuvieran bien guardados en su maleta, cogió la caja de la estatuilla del caballo que le había dado Lulu preguntándose qué diablos era. Su cerebro de lagarto le pedía romperla. Lo que hizo fue meterla en la bolsa.

Pasó al salón y telefoneó con calma a Vadim, como si dos semanas antes no la hubiera machacado a golpes. No estaba pensando en esa noche. Estaba haciendo el esfuerzo de acordarse de algunas cosas buenas. Las vacaciones de recién casados en París y el mar Negro, cuando aún eran tan tontos como para creer que el tiempo suavizaría las aristas de su matrimonio. Mientras sonaba el teléfono se recordó disfrutando algunas veces de hacer el amor con Vadim. París: cortinas movidas por el viento en una habitación de hotel cerca del Panteón, y la brisa en su piel cubierta de sudor. Fijó su pensamiento en ese recuerdo.

—Ania —dijo él, sorprendido—. ¿Cómo estás?

—Bien. Te llamo porque he estado pensando en varias cosas. Bueno, la verdad es que en todo. Y no tengo ganas de hablar de lo que pasó. Ni una palabra.

Estaba enfadada por papá, y el enfado me hizo decir cosas hirientes. Hoy iré a Píter. Estaré un rato en la oficina, y he pensado que después podríamos cenar. ¿En Palkin, por ejemplo? Sólo para hablar.

Hacía un día muy frío, pero luminoso. El cielo de Píter estaba azul y despejado, así que Anna fue caminando al Bank Rossiya desde la estación de tren de Moskovski. Al llegar al banco pasó de largo para dar un paseo de unas pocas manzanas hacia el sur siguiendo la orilla del Nevá, con su manto de nieve y sus grecas de hielo. Se paró a ver cómo subía el puente levadizo del palacio, elevando hacia el cielo la gran zeta blanca, azul y roja pintada en su parte inferior. Al parecer la guerra había reclutado hasta las partes inferiores de los puentes. Arrugó la nariz y, con las manos embutidas en su abrigo, volvió al este, hacia el banco, una mole neoclásica que daba a la plaza Rastrelli. Al llegar dio vueltas por la plaza con su maletín, armándose de valor. Levantó la vista hacia las torres blancas y azules de la catedral antes de bajarla hacia los pocos y desordenados puestos de fruta y revistas. Antes de la guerra la plaza había sido un hormiguero de turistas, a veces incluso en invierno. Desde entonces habían aparecido quioscos cutres adornados con retratos de soldados caídos, pasarelas sin sal y manadas de mendigos y borrachos que dormían en cajas, arrimados a la catedral para protegerse del viento marino.

Entró en el banco pisando fuerte y llegó a su despacho entre cabezas asomadas. Prescindiendo con un gesto de su secretaria, una chica menuda y aniñada, entró y cerró la puerta.

Limpió el teclado de polvo y, mientras se iniciaba el ordenador, puso una mesa al pie de la ventana que daba a Rastrelli. Encima acumuló dos velas viejas de su escritorio, un cuadro de patinadores sobre hielo en el Nevá —que no tenía ni idea de quién había puesto donde estaba; podía llevar perfectamente micrófonos— y la siniestra figura de caballo de Lulu, erguida en sus patas traseras. Orientó hacia la plaza las patas delanteras levantadas. Luego la cogió

para pasar los dedos por el reborde de la base antes de dejarla otra vez en la mesa y recostarse en su silla, tamborileando despacio en el escritorio.

Por la noche, en el piso del muelle de Kutúzov, Anna se sirvió una copa de vino y deambuló tristemente por las habitaciones como si estuviera familiarizándose con una nueva casa, mientras comparaba la ubicación de las cámaras de seguridad con su distribución original. ¿Había instalado Vadim un juego nuevo o se había conformado con llenar las lagunas? Anna había visto los planos. En ese piso, por lo visto, Vadim no había optado por esconder cámaras encima de las camas. En el dormitorio principal no habría margen de maniobra.

Empezó por el vestidor. Uno de los zapateros de Anna quedaba a la misma altura que la caja fuerte donde guardaba Vadim el portátil. Encontró unos Jimmy Choo negros a juego con el color de la cámara y los puso en el zapatero de enfrente de la caja fuerte. Al izquierdo le pegó una de las cámaras de cabeza de alfiler. Luego acercó una silla y se subió de puntillas para enganchar otra cámara en un foco orientado hacia el escritorio de la habitación. Pegó una más en una lámpara que iluminaba el cuadro abstracto colgado encima de la cama de matrimonio (mejor dicho, la de Vadim). Era chillón y violento, una escena pictórica del crimen salpicada de rojos crudos. Volvió a ponerse de puntillas encima de la silla y apartó la cabeza varios palmos del foco. No se veía la cámara.

—Estoy vigilando a mi marido —susurró en voz alta—. Soy una esposa con celos, y él se acuesta con otras.

Una vez enchufada la memoria medusa, justo cuando abría su portátil para ver si funcionaban las cámaras, oyó algo. ¿La puerta? ¿Vadim, volviendo temprano a casa? O nada. Se metió el portátil en el bolso y entró en la sala de estar. Cruzó la cocina y los dormitorios y bajó por la escalera. Hasta miró en el armario de la entrada. «Se me está yendo la cabeza», pensó. «Aquí no hay nadie.»

Las cámaras ya habían enviado los archivos a la memoria medusa conectada a

su portátil. Al abrir uno pudo disfrutar de una visión muy clara de la cama. Dejó el portátil en el escritorio y empezó a redactar un correo de prueba dirigido a sí misma. Vadim escribía deprisa. Anna fue aumentando la velocidad a la que tecleaba hasta que el mensaje dejó de tener ningún sentido. Clicó en Enviar y vio que entraba. Luego se acercó a la puerta y se quedó escuchando por si llegaba Vadim. Silencio. Al volver al dormitorio vio que en la memoria medusa se había cargado un nuevo archivo, un vídeo de ella tecleando en el ordenador. Hizo un zoom y vio sus manos en las teclas. Practicó varias veces la secuencia de parar el vídeo cuando sus dedos tocaban el teclado y hacer un zoom para identificar con precisión los números y letras presionados. Cuando se dio por satisfecha guardó el ordenador en su bolso.

Se puso un vestido blanco de raso y unas botas negras hasta la rodilla y fue al salón, desde donde se gozaba de una amplia panorámica del Nevá helado. No había visto la cara de Vadim desde la paliza. ¿Sería capaz de controlarse? «Por supuesto que sí», se dijo.

Comprobó que llevara en el *clutch* el frasco de aspirinas cuyo contenido, una sola pastilla, no era una aspirina, ni tampoco su anticonceptivo, sino flunitrazepam, la droga de los violadores. Cerró la cremallera. Justo cuando entraba en el salón oyó la cerradura. Esperó enfrente del bar como una buena esposa y saludó a Vadim con una gran sonrisa. Vadim llevaba un ramo gigante de rosas. A ella no le gustaban. Su maletín chocó con el parqué. Anna hizo el esfuerzo de no juntar los labios, exhibiendo toda la blancura de sus dientes para su amado esposo.

—Lo siento mucho, Ania —dijo él.

Anna se acercó y le puso un dedo en los labios, gesto seguido por un beso en la mejilla.

—Son preciosas —dijo—. Voy a ponerlas en agua mientras te preparas.

En la cocina recortó el tallo de las flores y las puso en un jarrón de cristal. Vadim se había metido en el dormitorio después de darle un beso en la mejilla.

Anna miró el río por el ventanal. Se oyó el pitido de la caja fuerte y un ruido de teclas.

El sol, que caía con fuerza en el cristal, reflejó un malévolo esbozo de sonrisa.

En Palkin tomaron martinis y estuvieron riéndose en la luz dorada de la barra. Después acompañaron los entrantes —burrata con rábano en rodajas y cangrejo con carpaccio de remolacha y caviar beluga— con un champán Boerl & Kroff exquisito, seguido por unas albóndigas de jabalí que se comieron hablando de sus viajes, y de un estofado de buey y un filete chateaubriand durante el que Anna le explicó a Vadim todas las novedades del caso y dijo que lo sentía todo mucho. Él le cogió la mano. Estuvieron hablando de hacer un viaje juntos. ¿Otra escapada a las orillas del mar Negro, por ejemplo?

Aprovechando que Vadim estaba en el baño, Anna le echó el flunitrazem en la copa de vino. Después sacó el tema de la pregunta.

—La última vez que estuvimos aquí —dijo— querías hacerme una. ¿Cuál era? Dímelo, por favor.

A esas alturas Vadim ya estaba borracho, y su respuesta al recordatorio fue poner cara de rabia. Se acabó el vino de golpe y se quedó mirando a Anna durante un momento que a ella se le hizo muy largo. Anna pensó que la droga tardaría media hora, como mucho, en hacer efecto.

—Quería saber por qué no quieres tener hijos conmigo —dijo.

Anna le tocó la mano mientras negaba con la cabeza.

—Me he portado como una zorra —dijo—. Estaba enfadada y en vez de luchar a tu lado lo hacía contra ti, pero siempre podríamos cambiar de enfoque. ¿Y si empezamos esta noche?

—Pero si estás...

—No la he tomado desde México —mintió.

—¿Qué ha pasado, Ania?

—Vámonos a casa —dijo—. Vamos a pasar la noche como un matrimonio,

para variar.

Vadim se quedó inconsciente en el suelo del dormitorio. Anna lo subió a la cama, lo desnudó y amontonó su ropa en una silla. Su móvil lo dejó en la mesita de noche.

Fue rápido: abrir el portátil, encontrar los archivos y abrirlos para apuntarse las contraseñas, entre miradas constantes para asegurarse de que Vadim dormía. La respiración de Anna era rápida y superficial. Cada aspiración era un acto consciente. Primero la contraseña de la caja fuerte: cuatro números. El cumpleaños de Vadim. Fácil. Luego la del portátil, más ardua: una secuencia aleatoria de letras, números y símbolos. Tuvo que ver el vídeo varias veces y anotarse la clave en un papel, porque era demasiado larga para aprendérsela de memoria en tan poco tiempo. Por suerte Vadim no usaba biometría.

Quitó las cámaras del armario y los focos. La del cuadro costaría más. Se subió a la cama con mucho cuidado, para no mover a su marido drogado, y despegó la cámara del marco.

Lo guardó todo en el bolso. Luego se puso unos guantes de nitrilo y se quedó un momento quieta, pensativa. ¿Y si lo metía todo otra vez en la caja? Pensó en Luka, y en fugarse. Luego se acordó de la paliza de Vadim, y del puñetazo de Chernov en la nariz de su padre durante el arresto, en el furgón. Siguiente paso. Entró en el vestidor con el papel donde había escrito la contraseña.

Abrió la caja fuerte, sacó el ordenador y se equivocó al introducirla.

—Mierda —dijo—. Mierda, mierda, mierda.

Probó otra vez y funcionó. Le sudaban los dedos por dentro de los guantes. Se fijó en que tragaba saliva. Tenía la garganta como papel de lija. No podía pensar en otra cosa. «Pero traga de una vez, por Dios.» Tenía los dedos empapados. ¿Se le caería sudor al teclado? Siguiendo lo acordado con Sia y Lulu en Suiza, abrió el navegador y escribió «Maktoum», «Godolphin» y «GQ». Le salió el artículo

del que había hablado Sia. Lo abrió y fue bajando hasta que encontró una banner que le provocó un nudo en el pecho. Un perfume de Clive Christian hecho con cilantro de Rusia. «¿Tú a Vadim qué le compras?», había preguntado Sia en la casa de la montaña, al lado de la chimenea, y al final Anna había dicho que perfume; un frasco cada Navidad, por pura rutina.

Ya estaba el cursor sobre el anuncio. Clicó. Le sonó como un disparo.

«Pues ya está», había dicho Lulu, «así de fácil».

El navegador la llevó a la página de Clive Christian. Se quedó mirando unos segundos la pantalla. «Lo has conseguido», pensó. «¡Que lo has conseguido, joder!» Borró el historial de la última hora, cerró el navegador y guardó otra vez el portátil en la caja fuerte.

«Pero ¿qué has hecho, Dios mío?» Se mordió el labio y se quitó la idea de la cabeza.

Se quedó escuchando un rato los ronquidos de Vadim, y observando su cuerpo desnudo. ¿Y si lo dejaba ahí? Normalmente se conformaba con estar lejos de él, pero a distancia no podía hacerle daño.

Apagó la luz y se quedó en la puerta mientras se le acostumbraban los ojos a la oscuridad. Después entró en el baño, cogió una toalla de manos, se quitó los zapatos, el vestido y la ropa interior, subió a la cama, tomó entre sus manos a Vadim y empezó a manipularlo con la toalla. Estaba muy lejos de la habitación, en el cielo, a un mundo de distancia. «Este brazo y esta mano no son míos», pensó. «Son de otra.»

Al acabar se pasó la toalla entre las piernas. «Ahora es cuando se te va la pinza», pensó al notar que le subía la bilis por el cuello, pero se la tragó. La toalla la dejó en el lavamanos, para que la encontrase él por la mañana. Se tumbó desnuda al lado de Vadim y se tapó con la sábana, pensando que no se dormiría nunca. Al principio, el olor como a barro de la piel de Vadim, y su tacto viscoso, provocaron un amago de arcadas, pero acabó durmiéndose antes de lo previsto. Su último pensamiento consciente fue que no sentía el miedo ni la culpa que había previsto, sino paz.

43

San Petersburgo; RusFarm

La puerta del apartamento se cerró con un suspiro. Anna estaba sola en la cama, sobre la mancha pegajosa que le daba náuseas. Hizo té. De Vadim había un solo mensaje, enviado diez minutos antes: un emoticono sonriente que guiñaba el ojo. Se le tensó la mandíbula y lo borró. Luego, en el portátil que se había llevado de Suiza, entró en la partición clancom y notificó que el transmisor estaba en su sitio, que había clicado en el anuncio y que esperaba nuevas instrucciones.

Iba por la segunda taza de té cuando sonó el teléfono. Un número desconocido. Ignorándolo, se echó boca arriba en la cama de una de las habitaciones de invitados y se preguntó cómo y cuándo se reintegraría a su auténtico trabajo, el del SVR. ¿Sería capaz? ¿Y si se limitaba a eso, a cumplir con su trabajo y punto? Tenía casos abiertos en Suiza, Grecia y Francia. «¿Y dejar que se pudra tu padre?», preguntó una voz en su cabeza. Volvieron a llamar del mismo número desconocido. Esta vez se tomó un sorbo de té y contestó.

—Anna Andréyevna —dijo una voz—, ¿te acuerdas de mí?

Se le hizo un nudo en el estómago, junto con una bola de té en la boca.

—Sí, teniente coronel —dijo cuando pudo tragar.

—Me gustaría hablar contigo, Ania. ¿Me permites que te llame Ania?

—Ya estamos hablando.

—Así no. ¿Quedamos en tu granja?

—Estamos hablando —repitió.

Él hizo chasquear la lengua, suave pero amenazadoramente.

—No, no, ven a vernos a tu granja, que ya estamos aquí. ¿Por qué no vienes ahora?

—No podré hasta última hora de la tarde.

—Ya.

Una pausa, un ruido por la nariz y el crujido del teléfono cambiando de oídos.

—Voy a explicarle cómo están las cosas, capitana Kovalchuk. —«Él. Maldición», pensó Anna—. En este momento se encuentra usted en San Petersburgo. A RusFarm se llega en dos horas de coche. Como soy generoso le doy tres. Por cada hora que pase le corto una pierna a este caballo mexicano del que sé que se ha encariñado. ¿Cómo se llama? ¿*Penelope*?

La llamada se cortó.

Después de una discusión absurda con el gordo del chófer de Vadim por el puto Mercedes con las luces azules de emergencia, tiró su bolso al coche, subió y, una vez comprobado que estuvieran encendidas las luces en cuestión, salió disparada del aparcamiento subterráneo haciendo aullar y bramar el motor. Salpicando barro por los charcos con los neumáticos de invierno, medio derrapando por el hielo y por la nieve, volaba hacia el sur junto al Nevá, entre fábricas y bloques sórdidos de pisos que resquebrajaban el plomizo cielo de ese sitio de mierda, de esa cosa helada e interminable que los devoraba a todos. En la 105 condujo con las rodillas mientras encendía un Dunhill y bajaba un poco la ventanilla para lanzar humo a un viento huracanado. Abriéndose paso entre los coches a golpe de bocina, a palabrota limpia, vio diluirse los cubos de cemento, los bloques de pisos marrones y las humeantes chimeneas en el gran bosque ruso de abedules y pinos, en la eterna sucesión de lomas pardas y nevadas que empezaba detrás del parabrisas. «Podrías matarlo», pensó mientras tiraba la colilla por el resquicio de la ventanilla y esquivaba (¡coño, otra vez de milagro!) un coche que iba como una tortuga, a sólo unos kilómetros por encima del límite de velocidad. ¡Pero

bueno, por Dios! Pasó al lado aporreando la bocina. No, quería más de una muerte, y tenía miedo de que sola no pudiera pasar de una.

En la garita de RusFarm, un vigilante alterado le indicó que fuera a la cuadra. Dentro, Chernov observaba a un mozo de actitud precavida cepillar a *Penelope*. La yegua relinchó al ver a Anna, que justo después vio al Ganso. Llevaba un *ushanka* y un plumífero de Loro Piana. Vadim tenía el mismo, y Ana se acordó de que costaba más de diez mil dólares. La cabeza del viejo estaba cubierta por la interpretación de Prada del tradicional gorro ruso de invierno. Ninguno de los dos parecía un demonio. Solía ser así entre los de su calaña. Por debajo del abrigo, Chernov llevaba un traje azul oscuro y una camisa blanca bien planchada. Su perfume olía a cítricos. El nudo de su corbata era un Windsor completo irreprochable. Anna pensó que a quien se parecían era a su padre. Hombres de negocios.

Chernov sonrió y le tendió la mano, pero ella no se la estrechó. El Ganso siguió dándole la espalda, atento al mozo y a *Penelope*.

—Sé muy poco de caballos —dijo—, pero son animales muy bonitos, nobles. —Miró a Anna—. Para ser la primera semana de diciembre no hace mucho frío, y nos hemos traído las botas. Vamos a dar un paseo, ¿vale?

Todos se pusieron botas, quitándose los zapatos o los mocasines, y salieron de la cuadra por la pista sinuosa y enfangada de la casa principal. Anna iba al lado del Ganso, con Chernov detrás, a pocos pasos. Abrió la verja de un prado, diciendo que así, con la nieve y la hierba, se evitarían pisar barro. Entraron los tres. Chernov cerró la verja. Se había levantado un viento que al soplar contra la nieve compactada levantaba trozos de hielo, algunos de los cuales se le metían a Anna en los ojos.

—Desde que estoy al frente del Consejo de Seguridad ya no voy tanto a Píter

como me gustaría —dijo el Ganso al cabo de un rato—, y el caso es que lo echo de menos. De pequeño vivía a pocas manzanas del palacio Yusupov, en un viejo bloque colectivo de esos sin luz en los pasillos y con los buzones verdes, como todo el mundo. Tu padre y yo íbamos al mismo colegio, el dos siete. Jugábamos juntos al hockey, nos peleábamos, íbamos detrás de las mismas chicas... Acabamos los dos en la escuela superior del KGB de Moscú, y al volver a Leningrado trabajamos juntos. Vaya, que los Agápov siempre han estado presentes en mi vida. —Se paró—. ¿Tu padre te ha contado muchas cosas de mí, niña?

—Sospecho que suficientes.

Se volvió hacia el horizonte con una mueca burlona.

—Yo a tu madre la quería, Ania, y al robármela Andréi me quedé destrozado, pero ya no le guardo rencor. Todo esto no tiene nada que ver con Galina. Son negocios. Tú, niña, eres banquera, entre otras cosas, y tienes que entenderlo: son negocios. Negocios importantes, porque ¿qué es Rusia en este momento sino una fortaleza sitiada? Tenemos una misión especial en el mundo, y si se hunde Rusia, o si le arrancan trozos, no podremos cumplirla. Tengo que reconocer que el abrazo de la Ródina puede ser asfixiante. Chechenia, Bielorrusia, Abjasia, Osetia del Sur, Ucrania... no es fácil. No, la verdad es que no es nada fácil mantener unido el mundo ruso, y la única manera de lograrlo, niña, es a base de fuerza y purificación. Y para eso los boyardos tienen que ser fieles. En estos momentos complicados, el centro, nuestro Estado, exige recursos. Tenemos que crecer y salir vencedores. Te das cuenta, ¿verdad? ¡Por amor de Dios! Necesitamos las líneas de producción de tu padre, sus fábricas de electrónica, robótica y armamento, para defender el mundo ruso. Hace veinte años tu padre ayudó a consolidar los flujos financieros. Él lo sabe. ¡Vaya si lo sabe! Justo antes de su detención estuvo conmigo en el Kremlin y vi que lo sabía. Lo que ocurre es que es tozudo. En tus ojos lo veo a él. Sois igual de tozudos. Tu madre también lo era; guapa e inteligente, pero tozuda. El gobierno, niña, necesitaba el oro, pero tu

padre está ciego. ¿Sabes qué me dijo cuando fui a verlo a Butirka? Que era suyo. ¡Suyo, Ania, por amor de Dios! No es suyo. Todo esto... —Se refirió con un gesto a los prados ondulantes—. Todo esto es de Rusia. Es...

Anna lo interrumpió.

—Vasili Platónovich —dijo—, ¿quién se está aprovechando de los bienes y las empresas de mi padre, Rusia o usted?

Al Ganso le brillaron los ojos. Negó con la cabeza mirando el suelo.

—Pero si no hay diferencia, hija mía, no hay ninguna diferencia, ¿no lo ves?

Siguieron caminando varios minutos durante los que el único que habló fue el viento. Anna se detuvo en la misma loma donde años atrás se había caído Vadim del caballo.

—¿Qué quiere?

El Ganso se volvió enseguida hacia ella y, sacando del bolsillo derecho una mano huesuda, le enseñó dos dedos.

—Lo mismo que quería de tu padre —dijo—: que me vendas Rossiya Industrial y la participación de tu padre en el banco a muy bajo precio.

Dobló uno.

—Y que me vendas vuestras propiedades: Moscú, Píter y esta granja.

Otro dedo doblado.

Una ráfaga de viento lanzó nieve a la cara de Anna, que se limpió los ojos.

—Yo ya no paseo más, que soy viejo —dijo el Ganso dándole la espalda.

—¿Es lo que quiere el *joziáin*? —le preguntó Anna.

El Ganso se volvió sonriendo. Detrás, Chernov también sonreía.

—Deberías preguntárselo tú misma —dijo el primero.

Anna miró fijamente cómo crujían y se balanceaban los primeros abedules del bosque por el viento. La temperatura estaba bajando muy deprisa, como el sol.

—¿Qué contestas, niña? —preguntó el Ganso.

—Deme el resto del paseo para pensármelo —dijo Anna.

El Ganso levantó las manos y se fue hacia la casa. Al llegar dejó atrás su Maybach blindado y subió directamente a la mansión por la escalinata de

mármol. Anna lo siguió por el recibidor, donde el Ganso se puso su *ushanka* bajo el brazo. Entraron en el salón con Chernov a la zaga como un perro fiel. El Ganso se acercó a la chimenea para entrar en calor.

—Tengo la circulación fatal —les dijo frotándose las manos.

Chernov y él habían entrado con las botas llenas de barro. «Este cuervo viejo y huesudo y su perro de ataque deambulando por aquí como animales... es peor que la extorsión», pensó Anna. «Es una falta de respeto. Yo soy una mujer comprensiva, pero esto es pasarse, incluso para las reglas de este juego macabro al que jugamos.» El Ganso se quitó un poco de barro en la reja de la chimenea.

Se puso delante del fuego para limpiarse la otra bota.

—Me han dicho que esto a ti no te gusta. Que derribaron la casa que había antes para construir este castillo. La mayoría de los veteranos preferimos destruir nuestros edificios. No nos gustaban los recuerdos. Suerte tienes de guardarlos buenos de algún sitio. —Miró la sala, pensativo—. Tu respuesta, niña.

—Si accedo, ¿qué le pasará a mi padre?

El Ganso bajó la cabeza e hizo chasquear la lengua.

—El fiscal general presentará las pruebas, y el juez emitirá un dictamen. Está en manos de la justicia.

Anna se rió. La justicia, por amor de Dios...

—Pues qué decepcionante, Vasili Platónovich —dijo—, porque la justicia la hace usted.

—Me parece que no te das cuenta de lo que pasará si te niegas, niña.

—Pero sí que sé qué pasará si accedo.

El Ganso parpadeó y lanzó una mirada a Chernov antes de volver a enfocar sus ojos en Anna.

—¿Seguro? Sé que tu padre te ha pedido que me digas que no, y soy consciente de que tu situación es difícil, pero te ha dado permiso para ser su portavoz mientras esté en la cárcel, y es el momento de ejercerlo. Hazlo con sensatez, porque a partir de este momento ya no habrá peticiones ni

negociaciones. Por no haber, no habrá ni presiones. Lo único que habrá es castigo. ¿Lo entiendes, niña?

Anna ya no escuchaba. Estaba mirando el rastro de barro. Los estaba llevando sin contemplaciones al recibidor, acompañándolos a la salida. Abrió la puerta principal. Entró una ráfaga de invierno, que ella ni notó. El Ganso se puso el *ushanka* sin dejar de pontificar sobre Rusia, su padre y la sensatez, pero ella no oía, sólo miraba las malditas huellas. Después, se fijó en ellos. Estaban al principio de la escalera: Chernov hablando por teléfono y diciendo algo de la cuadra y de un regalo, y el Ganso murmurando: «Te estás equivocando, niña, no seas tonta.» Sin embargo, era más fuerte que ella. Pensó en hacérselo al propio Ganso, pero tenía miedo de estropearlo todo con su muerte, su muerte literal.

Se echó a un lado y le dio a Chernov una patada brusca y rápida en la base de la espalda, haciendo que rodara como un tronco por la escalinata, con uno o dos gruñidos al chocar su cabeza con el mármol. Chernov se detuvo al final de la escalera, en un montón de nieve sucia, justo al lado del Ganso, que lo miró primero a él y luego a Anna, extrañado. Chernov se levantó y se palpó un corte en la frente. Al ver sangre en sus dedos se rió. «Qué ojos», pensó Anna. «Brillan de alegría.»

—Para que haya una guerra se necesitan armas y soldados —dijo el Ganso—, y tú no tienes ni lo uno ni lo otro, niña, pero bueno, si es lo que quieres qué se le va a hacer. Toca el castigo.

El chófer, con los ojos fuera de las órbitas, había abierto una de las puertas traseras del Maybach. El Ganso entró en el coche.

Chernov lo rodeó cojeando para subir al otro lado, pero antes le sonrió a Anna de oreja a oreja, con un entusiasmo infantil. El acto violento le había llenado de euforia.

—Tienes un regalo —dijo—. En la cuadra.

Anna echó a correr. La puerta de la cuadra estaba abierta al invierno. Al entrar

llamó a gritos, pero no oyó contestar a ningún mozo. Cerró la puerta corredera. Los caballos armaban un barullo horrible de relinchos, alaridos y unos bufidos angustiosos, como de trompetas, a la vez que daban golpes con las ancas en las puertas. Pánico. Algo habían visto; tal vez el regalo, o simplemente la presencia de Chernov y sus hombres. Algo raro pasaba.

Fue asomándose a todos los compartimentos hasta que llegó al de *Penelope*. Estaba vacío. De repente vio algo por la abertura de la puerta.

En el suelo había una caja larga envuelta en papel de regalo. La longitud correspondía más o menos a la de una pata de caballo. «No, Dios mío, por favor», pensó.

Abrió la puerta del compartimento. Estremecida por el brusco trompeteo de otro de los caballos, se cayó de rodillas al lado de la caja, muy bien envuelta en un grueso papel crema, con un lazo muy rojo. Debajo de la cinta había una pequeña nota. Otro bufido. Le castañetearon los dientes al abrirla.

Estaba en blanco.

Dio vueltas a la cartulina. Quizá tuviera la visión demasiado borrosa para ver el texto. No, no había nada. La dejó sobre la paja para deshacer el lazo y empezar a desenvolver el paquete. Vio que iba dejando un pequeño rastro de sangre. ¿De dónde salía? De uno de sus dedos. Se chupó el corte y sintió temblar el dedo en contacto con la lengua.

Retiró el papel de la caja de madera y, mientras la miraba fijamente, se dio cuenta por primera vez de lo que había hecho. ¿Y si lo retiraba todo? ¿Y si pedía perdón? ¿Y si se iba, dejando que ganaran?

La tapa estaba clavada con clavos. Fue a buscar una caja de herramientas de herrador en uno de los armarios. Temblaba tanto que se le cayó. El ruido de las herramientas rebotando por el suelo hizo relinchar a los caballos. Encontró un cuchillo y se lo llevó al compartimento. Deslizó la cuchilla en la ranura e hizo palanca hasta que la tapa cedió con un chasquido. Casi no podía respirar. Hizo palanca por segunda vez.

La tapa saltó.

Miró dentro de la caja.

Estaba vacía.

Se le cayó el cuchillo en la paja. Luego fue ella quien se desplomó.

44

Palo Alto; Purcellville, Virginia

La inteligencia de PERSÉFONE y el botín del ordenador de Vadim estructuraron los delirios de Procter, dando forma a lo que hasta entonces había sido una conspiración amorfa. Ya tenía cuentas, nombres y direcciones. También tenía ideas que a partir de ese momento podrían aceptar o rechazar los picapleitos con cara de rata y el hipocondríaco del asesor de seguridad nacional. Fue a hacerle una visita al equipo en Palo Alto, volando en clase turista (asiento central, a metro y medio del baño).

La primera noche quiso levantarles un poco la moral invitándolos al buffet libre de pizza de Cicis. George, el primer técnico, aprovechó la ausencia de Snake para presionar a favor del criptónimo del equipo. Después de mirarlos a todos a los ojos, asintió solemnemente en dirección a Procter.

—Queremos llamarnos los TROJAN.

Procter estuvo a punto de escupir un *marshmallow* de su pizza de postre.

—¿Por los condones? —dijo.

—No —contestó George poniéndose rojo—, por el caballo de Troya.

—Porque todo es un gran engaño —dijo una de las chicas del equipo técnico, Nora, o como se llamase.

—¿Lo decís en serio, tíos? —contestó Procter—. ¡Pero si al final a los troyanos se los follan los griegos!

Los TROJAN. Tanto insistieron que Procter cedió, aunque sin poder quitarse de la cabeza los preservativos. Al enterarse, Snake estuvo a punto de tener un ataque. Dijo que los muy frikis le habían estado dando la matraca desde hacía semanas. ¿Por qué coño se metía Procter? Pero de eso se trataba, justamente: Procter sabía que había que tener en ascuas a los subordinados. De vez en cuando había que marcar músculo, darse el capricho de un buffet de pizza y dejar claro quién mandaba. Si no, acababan pidiendo tu cabeza como la de un rey de Francia.

Como cualquier vigilante de carne y hueso que se preciara, el código malicioso introducido en el ordenador de Vadim había estado espiando a su objetivo para averiguar sus costumbres, sus puntos débiles y su lado más oscuro. Cada mañana, un registro de teclado enviaba archivos comprimidos a los TROJAN, que así veían lo que había escrito Vadim en determinados sectores de su disco duro. Ya disponían de contraseñas e historiales de búsqueda. Los TROJAN accedieron a cientos de documentos jurídicos, artículos de organización y de constitución, esquemas de las empresas fantasma y datos de las cuentas correspondientes, así como hojas y más hojas de correspondencia con despachos de abogados. Procter le dijo a Bradley que ese vértigo de datos era precisamente lo que les interesaba. El nombre de Putin no salía en ninguna cuenta o documento. Eso ya habría sido una locura.

En una sola tarde, mientras se pulía un pack entero de Jolt, Nora —posiblemente la más lista de la panda de frikis— dio forma al principal engaño de la operación. Los TROJAN tenían un doble objetivo: por un lado, que Vadim no descubriera sus actividades; por el otro, dejar cabos de los que pudieran tirar más adelante los investigadores. Nora construyó una imagen del ordenador de Vadim tal como era antes de ser hackeado por la CIA. Ya tenían dos ordenadores con los mismos datos: el portátil de San Petersburgo y la imagen del de Nora, en Palo

Alto. Acto seguido Nora construyó una capa que a Vadim le resultara impenetrable. Las actividades del ruso serían visibles para los TROJAN, pero gracias a la capa las de Nora no lo serían para Vadim. Cuando acabaran, Nora destruiría la imagen contenida en el ordenador de Vadim y la sustituiría por la suya.

Una vez establecido el acceso, los TROJAN empezaron a vincular una versión falsa de Vadim con el mundo real de las criptomonedas. Vadim (Nora) creó una cuenta de ProtonMail para comunicarse con corredores privados e investigar las distintas denominaciones: Bitcoin, Dogecoin, Ethereum... Al principio Nora protestó.

—Pero si todo esto ya lo sabe todo el mundo —dijo.

—Vadim es un tío convencional —contestó Procter—. De criptomonedas no tiene ni pajolera idea. Es de buena familia. Lo más seguro es que vista como el pavo de allá.

Señaló a uno moreno del FINO, enfundado en un traje marrón.

Remitió a Nora a una empresa privada de compraventa de criptomonedas de Hong Kong, Polycoin Investments.

—Haz con ellos las operaciones —dijo—. Tienen contactos con las grandes empresas mineras, y hacen corretaje para los pesos pesados del mundo de los bitcoins: grandes instituciones, despachos familiares, tiburones... Es la mejor elección.

De rastrear el dinero se ocupaban los banqueros del FINO. Como le habían dejado claro cien veces los letrados a Procter, meterse en temas de cuentas bancarias era muy jodido, más que nada porque todas las operaciones financieras del mundo occidental se validaban de la noche a la mañana en Nueva York. Durante las reuniones iniciales entre organismos, los del Tesoro se habían puesto como motos, quejándose de que las ocurrencias de Procter dejarían por los suelos la credibilidad mundial del dólar y el sistema bancario estadounidense. Al final habían llegado a una solución de compromiso: Procter no podría robar tanto

como le habría gustado y la CIA tendría que estar muy segura de a quién se lo robaba.

A los banqueros se les asignó a Debman y dos lingüistas de Moscú X. Por la mañana Procter llevaba dónuts, y por la tarde Pop-Tarts de sandía. Los del FINO representaron la red financiera de Putin en una pizarra blanca, con líneas de colores y grosores diversos formando una especie de telaraña entre los nodos. A la derecha, Snake pegó con celo una foto de Putin cayéndose al hielo durante un partido de hockey; encima, Procter garabateó la palabra de PERSÉFONE: *obshchak*, «fondo común», la caja colectiva que usaba la banda criminal del presidente ruso.

Durante una sesión a horas intempestivas, Debman anunció que ya tenían lo que quería Procter: creían haber descubierto 684 millones de dólares de Putin gestionados por Vadim. Disponían de números de cuentas y de información de acceso vinculada a ellas en más de una docena de bancos. Casi la mitad estaba dentro de Rusia, en el propio Bank Rossiya, un lugar de difícil acceso. Nora programó la automatización de los correos electrónicos y las transacciones que pondrían en marcha el Día V (por Vadim), el apocalipsis final en que los TROJAN introducirían su caballo de Troya en el flujo sanguíneo digital de la Ródina.

Había tanto personal del Capitolio y tantos paniaguados de la Casa Blanca al corriente del programa que Procter, cada vez más paranoica sobre el tema de las filtraciones, escribió su exposición final a mano, en papel amarillo, con una letra ilegible. Después guardó el papel en un maletín cerrado con llave y fue a buscar su maleta al antiguo despacho de WeWork donde había estado durmiendo. Tras reunir a los TROJAN, y decirles lo orgullosa que estaba de ellos, tomó un avión a Virginia para ver a Bradley.

Procter aterrizó en Dulles, pero se había olvidado de que era sábado, así que Bradley le pidió que fuera a su granja de Purcellville. Al final del camino de

entrada había un cuatro por cuatro negro con dos agentes de seguridad y protección a bordo, seguro que muertos de aburrimiento y tomándose un café espantoso. Procter los saludó con la mano al pasar al volante de su Prius. Angela Bradley le abrió la puerta. Estaba un poco distante, a pesar de su manera tan sexy de arrastrar las palabras. Viéndola con botas de montar, y cabreada, Procter supuso que su visita había echado al garete una agradable mañana a caballo. Teniendo en cuenta que la operación estaba a punto de invadir las vacaciones navideñas, supuso también que pronto no se acordaría nadie de una nimiedad así. Saliendo del sótano, Bradley le hizo un gesto muy serio con la cabeza a Angela, como si acabara de atropellar al perro de la casa, y, tras servir dos tazas de café, bajó otra vez con Procter a su SCIF, que él llamaba la Caja. El tazón que le dio a Procter llevaba el logotipo de la embajada de Damasco, su primer trabajo como jefa, hacía unos doscientos años, perdido en las brumas del recuerdo. Luego saludaron al agente apostado en el sótano y Bradley marcó la contraseña de la Caja.

Era la mitad del antiguo sótano de Ed, fruto de la reconversión de una sala de estar donde sus hijas habían visto películas y se habían magreado con sus novios del instituto. A consecuencia de la división, la mitad que aún desempeñaba funciones de sala de estar contaba con un solo sillón reclinable. La mitad SCIF contenía un escritorio, dos sillas, un ordenador, monitores del circuito cerrado de seguridad de la casa y un teléfono seguro. Se sentaron frente a frente, con las rodillas casi en contacto.

—Sintetizando: tenemos controlados casi setecientos millones de dólares de Putin en circulación —dijo Procter—. PERSÉFONE nos ha dado la información que necesitamos para tenderle una encerrona a un grupo de conspiradores. A los analistas de Moscú X les cuadra, y creen que encaja con todos los informes a nuestra disposición, no sólo con la inteligencia de PERSÉFONE.

Le dio a Bradley un trozo de papel amarillo con los nombres. Bradley entornó los ojos y forzó la vista, pero al final declaró que no entendía ni papa. Procter le

arrancó el papel de las manos y leyó los nombres en voz alta. Salían, dijo, el Ganso y un par de sus secuaces; Vadim; unos cuantos coroneles con unidades en la zona de Moscú y algunos altos cargos del FSB.

Bradley repitió los nombres despacio y en voz baja, como si le diera miedo gafar la operación, y tomó un poco de café.

—¿Quién es Chernov? —preguntó—. No me suena de nada.

—Konstantín Konstantínovich Chernov —dijo Procter—, teniente coronel del Directorio de Seguridad Interna; un antiguo agente del Vympel que le hace el trabajo sucio al Ganso. Según PERSÉFONE es malo de solemnidad, uno de esos neofascistas de la Tercera Roma que te arman un potingue delirante mezclando a Rusia con Dios y consigo mismos. Los letrados deberían estar contentos.

Bradley asintió.

—Cuéntame lo del complot.

Combinando nombres, falsos viajes por cortesía de la herramienta WINKELVOSS, transacciones financieras y un intercambio ficticio de mensajes por obra de la CIA, Procter hilvanó una maravillosa concatenación de circunstancias que sólo podía apuntar en un sentido: el de un complot contra Vladímir Putin a cargo de un pequeño grupo de integrantes de las élites rusas. Los conspiradores que caerían en la trampa de la CIA tenían dinero, así como las relaciones indicadas dentro de la guardia pretoriana, el ejército y los servicios de seguridad. Casi todos habían crecido juntos en Píter. Putin ordenaría arrestos, y lo convencerían —o mejor dicho obligarían— a pegar, concluyó Procter, unos cuantos tiros en la nuca.

Bradley pensó un momento, formando un triángulo con las dos manos.

—Necesitaremos carta blanca para cargarnos al resto —dijo—. No podemos ir de listos, porque si ponemos esto en marcha lo más seguro es que acaben todos muertos.

—Coño, de eso se trata, ¿no? —dijo Procter.

Bradley se rascó la barba incipiente. Debía de tener previsto un fin de semana de puro relax, sin afeitarse y montando a caballo con su esposa.

—¿Lo del blanqueo cómo va? —dijo cambiando de tema.

También él había aceptado los términos exactos, delictivos, de lo que iban a hacer, no como los abogados del Departamento de Justicia que habían dado el visto bueno a las nuevas órdenes, profesionales tan capacitados como aprensivos que describían el robo como «retiro involuntario» y la parte de las criptomonedas como una serie de «captaciones financieras», escurridiza fórmula con la que referirse a dónde escondería el dinero la CIA después de haberlo robado.

—¿El blanqueo? De perlas —dijo Procter—. Harry venía dedicándose desde hace tiempo a lo de los bitcoins a través de una empresa de correduría, Polycoin Investments, a la que apoya en secreto. Vadim... bueno, nuestra marioneta, no el Vadim de verdad, está negociando la compra de algunos bloques grandes con la empresa en cuestión, y Harry está emitiendo las señales oportunas de que podría estar dispuesto a vender una parte de su cartera. Los hilos, tanto en uno como en otro lado, los movemos nosotros, pero los intermediarios no se enteran de nada. Ellos se conforman con cobrar un pastón.

—¿Harry cuánto ha puesto, de momento? —preguntó Bradley.

—Unos doscientos millones, y aún queda camino por delante.

Silbó.

—Es un patriota.

—Ni que lo digas —contestó Procter—. Pero bueno, tranquilo, que lo recuperará. A menos que en los próximos meses se venga abajo todo el esquema Ponzi...

—¿Y podemos contar con que los rusos no irán a por él cuando se haya acabado todo?

—Sí. Ahora mismo tenemos a los cerebrines preparando nuestro mezclador. Los rusos nunca sabrán que al otro lado estaba Harry.

Con los mezcladores, las criptomonedas no dejaban rastro al pasar de una cartera a otra. Procter explicó que el falso Vadim compraría bitcoins a la correduría de Hong Kong, y que, después de mandarlos a través de los mezcladores, los técnicos los fracturarían en decenas de carteras distintas, todas desconectadas de internet. ¡Tachín! Ni rastro. La investigación rusa no iría más allá de Hong Kong.

—Y la Tumba ¿cómo la llevamos? —preguntó Bradley.

Era el nombre que le habían puesto a la «captación» final, la última morada del dinero de Putin.

Procter enseñó una caja negra y plana, del tamaño de un móvil: era una cartera de criptomonedas de almacenamiento en frío con espacio de aire. Los labios de Bradley fueron dibujando una sonrisa.

—¿Y qué narices haremos con esto cuando hayamos terminado?

—¿Los letrados qué opinan? —dijo Procter.

—Aún lo están debatiendo.

—Pues yo voto por que me lo quede yo. Cobro menos de lo que me correspondería como funcionario.

Angela llamó a la puerta del SCIF para decir que se iba, y que quizá volviera tarde.

—Te quiero, cielo —dijo Bradley. No hubo respuesta. Negó con la cabeza y dijo algo en voz baja. Después, tomó otro sorbo de café y miró su reloj—. ¿Qué más?

—Tío, que Angela no está. Tienes todo el día por delante con tu vieja amiga Artemis.

Procter probó a sonreír. Bradley se levantó, desperezándose, y le aconsejó que se fuera de una puta vez.

—¿Sabes —dijo en la escalera, mientras subían— que estás empezando a pensar como los rusos? En treinta años nunca había trabajado ni de lejos en nada tan conspirativo. Es impresionante.

—Gracias, Ed —contestó ella—. Viniendo de ti es mucho.

45

Moscú

Anna esperaba en el semáforo. Llevaba una *dubilonka* de Balenciaga forrada de armiño, y ropa interior de encaje negro comprada pensando en él. En la misma esquina aguardaba una mujer madura y corpulenta que le sonrió un poco mientras el nítido sol invernal se reflejaba en la zeta del pin de su solapa. El semáforo se puso en verde. Anna cruzó con paso firme, dejando rezagada a la mujer. Desde la avenida se metió por el antiguo y sinuoso laberinto que llevaba a la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya. Se acercaba al final de su ruta, y estaba convencida de que no la seguían.

Dobló una esquina —de manera bastante provocadora, parándose muy fugazmente a mirar si había alguien detrás— y entró en un parque acogedor, a pocas manzanas de su apartamento. De repente lo tenía delante.

Se paró y miró hacia arriba, a sus ojos azules.

Sobre un fondo intensamente azul se erguía hasta una altura de tres pisos el presidente Vladímir V. Putin, saludando en segundo plano a tres soldados que plantaban la bandera rusa en la ciudad de Mariúpol, o mejor dicho en sus ruinas, ya que, como tan convincentemente se les explicaba a los rusos, los neonazis la habían destruido durante su retirada. Apretó los dientes. Había oído hablar de la campaña del Ministerio de Cultura, pero hacía meses que no entraba en el barrio por ahí, y no sabía que hubieran pintado uno tan cerca de su apartamento. Anna y Putin se miraron. No volvería a seguir ese camino. Cortó por el parque,

pisando tierra removida a paletadas y escuchando los juegos y las risas de los niños, que no entendían el mundo.

Al entrar dejó sobre la mesa de su apartamento el tablero de ajedrez con papel de regalo. Había empezado a sospechar que Chernov y los suyos habían puesto cámaras o micrófonos en su apartamento de Ostozhenka. Se quedaba más tranquila encendiendo el portátil ahí, casi siempre en el vestidor. Cerró la puerta, encendió la luz y se sentó en el suelo para introducir la secuencia de teclas y descargarse un mensaje de Sia.

1. NUESTROS CLIENTES ME PIDEN QUE TE DÉ LAS GRACIAS POR LAS DIRECCIONES, LOS SELECTORES Y LA INFORMACIÓN PERSONAL QUE HAS APORTADO.
2. NUESTROS ANALISTAS DESEAN CONOCER TU REACCIÓN Y COMENTARIOS AL INTERCAMBIO DE MENSAJES Y LAS UBICACIONES ELEGIDAS PARA LOS ENCUENTROS.
3. POR LO QUE SE REFIERE A TU PREGUNTA SOBRE LAS MEDIDAS DE SEGURIDAD DESPLEGADAS EN EL ORDENADOR PORTÁTIL DE TU MARIDO, NUESTROS ANALISTAS SON DEL PARECER DE QUE CONTIENE UN SPYWARE —PROBABLEMENTE IMPLANTADO POR EL FSB— QUE FACILITA DATOS SOBRE TRANSACCIONES, ETCÉTERA. PREVEMOS QUE, TRAS EL INICIO DE LA OPERACIÓN, EL FSB INFORMARÁ DE LAS DISCREPANCIAS Y SE TOMARÁN MEDIDAS.
4. NOS GUSTARÍA PLANIFICAR UNA SERIE DE PASOS PARA CUANDO LA OPERACIÓN LLEGUE A SU FIN, ALGUNO DE ELLOS REFERENTE A TU INTEGRIDAD FÍSICA. ¿PODRÍAS VOLVER A VIAJAR DURANTE LAS PRÓXIMAS SEMANAS? EN CASO AFIRMATIVO, TE RUEGO QUE PROPONGAS FECHAS Y UBICACIÓN Y LO PONDREMOS EN MARCHA.

El mensaje adjunto contenía una conversación ficticia entre un grupo de conspiradores. Según la información de contexto, estaban organizando una reunión en una villa propiedad de un amigo de infancia del Ganso, un pintor muy famoso que por alguna razón desconocida se había enriquecido fabulosamente. Anna leyó la conversación, que le pareció bastante bien

elaborada. Se notaba que la había escrito un rusohablante. Propuso unas cuantas correcciones, y luego empezó a plantearse lo del viaje. Estaba muy nerviosa por el enfrentamiento con el Ganso y Chernov. ¿Le revocarían el pasaporte si salía del país, impidiendo que volviera? Le pareció dudoso, máxime si el viaje era por cuenta del SVR, pero a saber... Escribió su respuesta, indicando que pronto mandaría un mensaje con las fechas y las ubicaciones. El cable se acababa con una pregunta: «¿cuándo pondréis en marcha la operación?». Metió el ordenador en un cajón del armario, se cambió y se tumbó en la cama.

Desde que le había dado a Chernov la patada en la escalera, desde que había encontrado la caja vacía en los establos de RusFarm (minutos antes de ver a *Penelope* trotando por un prado cubierto de nieve), se pasaba las noches en vela, sin acordarse casi de lo que era dormir, y se ponía a analizar los movimientos y contramovimientos como si estuviera inmersa en una gran partida de ajedrez. A los cinco movimientos, más o menos, se le disolvía todo en meras especulaciones. ¿Cómo derrotar al Ganso y Chernov sin perder la dignidad, la vida y el futuro que pudiera quedarle? ¿Cómo ganar? Porque había que ganar. En los juegos, la victoria era un solo desenlace. En la vida era lo que decidiera cada cual que era ganar.

Por suerte, su visión mental le había concedido una imagen de victoria, y la belleza de esa imagen le infundía confianza pese a los graves riesgos en que había incurrido para llegar hasta ahí. Era consciente de que la partida llegaba a su parte central; había que tomar decisiones en las que no habría vuelta atrás, pero siempre había elección y alternativas. En los peores momentos dudaba entre matarlos ella misma o subir con Luka a un coche y salir de la Ródina, alejándose de todo menos de él; pero en esos momentos, retorciendo las sábanas de nerviosismo y pensando sin parar en movimientos y contramovimientos, ambas opciones siempre desembocaban en algo aún peor. Una muerte rápida y atroz dentro de Rusia. Una muerte lenta y atroz fuera de Rusia. Su padre moría en un campo de prisioneros, y a Luka siempre lo perdía. A veces le pegaban un tiro, y

otras desaparecía. Eran pensamientos dolorosos. Estaba enfadada con Luka por estar enamorada de él y complicar aún más los juegos.

De pronto, en su precioso apartamento, abierta de piernas y de brazos en la cama, sintió una desazón que cortó de cuajo sus ensoñaciones. Por su columna vertebral subían y bajaban pequeñas volutas de energía.

Era una sensación que conocía desde la Academia: su mundo reducido al polvo que giraba al sol oblicuo de la tarde, y su lengua puliendo la piel de sus dientes. Fue a la cocina, a hervir agua para el té, y aprovechó las perspectivas para examinar las ventanas de algunos de los pisos del otro lado del patio. Parecían vacíos, pero seguro que no eran tan tontos como para dejarse pillar así. Pasó al salón y dejó la bolsa de té en remojo mientras se paseaba por la alfombra peluda de enfrente de la chimenea. La sensación de pisarla le trajo recuerdos de sudor, de oleadas crecientes de placer, de cervezas bebidas después, mientras se relajaban, y del leve rubor dejado en la cara de Luka por sus ardores. Mirándose los dedos de sus pies, que se movían por la alfombra, bebió un poco de té. Los pelos de su nuca y de sus brazos estaban erguidos como soldados. Se permitió pensar en la horrible posibilidad de que conocieran la existencia de ese sitio.

Y de Luka.

Su cabeza daba vueltas, incapaz de concentrarse o procesar gran cosa. Sin embargo, era consciente de que tenía que darles una imagen de normalidad. Cuando los equipos de vigilancia sabían que lo sabías pasaban cosas malas. Miró su reloj e intentó visualizar una ruta al Jean Martel que le permitiera comprobar si la seguían, pero no había distancia ni tiempo suficientes para averiguarlo con certeza. Sus comunicaciones las tenían controladas, eso estaba claro, pero ¿y el segundo móvil? ¿Y el portátil? Se preguntó quiénes eran Sia y Lulu, y si trabajaban para el Ganso. La paranoia desatada puso su cerebro fuera de órbita. Se enfundó el abrigo, cogió su bolso, con el tablero envuelto para regalo, y salió del apartamento.

Le pediría perdón esa misma noche y, después de darle el tablero en el Jean Martel («Lo he comprado en GUM, en el mismo mostrador donde nos conocimos», tenía pensado decir), volverían al apartamento, donde dejaría que Luka la fuera despojando de la lencería y se sentaría sobre él junto a la chimenea hasta que ya no pudieran estar más cerca el uno del otro. Después, desnuda y placenteramente sudorosa, con cerveza en los labios, se echaría encima de esa misma piel y le pediría que la llevara a conocer su apartamento y le presentara a algunas de sus amistades. Él ya se lo había propuesto varias veces, claro, pero ella siempre decía que no («¡Luka, por Dios, las reglas son las reglas!») y él se reía con dulzura, pero con tristeza; se reía y no insistía más.

En ese momento, ella tenía miedo.

Apretó el paso por aceras ingratas de *plitki* cubiertas de nieve. Había losas rotas, levantadas y caídas en un caos que el presupuesto del Ayuntamiento ya no permitía reparar en primavera. Estuvo a punto de tropezar dos veces. Su cabeza miraba hacia delante, pero sus ojos se volvían hacia todas partes por si captaban movimientos periféricos, ruido de frenos, coches aparcados con las ruedas saliendo por alguna esquina... El camino no era largo. No vio ni oyó nada raro, lo cual no quería decir nada... y lo quería decir todo. En su espalda, sin embargo, persistía el hormigueo, corriendo de arriba abajo: la biología frotándose con algo que pronto sabrá tu cerebro.

Al entrar en el Jean Martel miró enseguida al barman, tratando de adoptar una sonrisa amable.

—¿Lo de siempre? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. Y perdón por lo de la otra vez.

Él levantó una mano y se volvió para coger una botella de la estantería. Luego sacó un plato de un armario bajo, sopló para quitarle el polvo y arrastró los pies en dirección a la nevera. Puso un limón en el plato, le clavó un cuchillo y, tras deslizarlo hacia Anna, se aferró a la barra con dos manos rollizas, bajando la cabeza.

—Gracias —dijo Anna—, gracias.

Distribuyó en la mesa el coñac, el limón y los dos vasos, y colgó el abrigo de una silla. Tras dejar el regalo en la mesa se sentó, sudada, retorciéndose de nerviosismo un mechón rubio. Miró su reloj. Acarició la botella hasta apartar la mano bruscamente. El barman le llevó pan negro. Probó a dar un mordisco, pero le costaba tragar. Apartó el pan y volvió a mirar su reloj. Luka llegaba tarde. Se dijo que no era raro. De vez en cuando lo hacía. La última, sin ir más lejos.

Esperó. Dos borrachos cruzaron la puerta y se instalaron en la barra. La siguiente vez que Anna los miró, uno tenía la cabeza apoyada en la barra y el otro discutía con el barman. ¿Los había visto antes?

Llamó a Luka. No se puso.

Casi no podía pensar en nada más que en lo sudorosa que estaba. Era una mezcla de sudor y frío. Estaba tiritando. Se puso el abrigo, y al mirar el reloj la asaltó de golpe una oleada de desesperación tan profunda y oscura que tuvo la sensación de que era lo único que quedaba de ella.

Volvió a llamar a Luka. Nada. Esta vez dejó el mensaje de que la llamara, por favor.

Los borrachos habían intercambiado sus puestos en la barra. El que antes dormía se había puesto a discutir con el barman, mientras que su compañero se había desplomado.

Un cigarrillo para despejarse la cabeza.

Se sentó fuera, en un banco, y encendió un Dunhill con los dedos ateridos. El patio estaba en silencio. Con la caída de la noche moscovita se iban encendiendo luces. Vio en una ventana el brillo de un árbol de Año Nuevo. Se fumó tres cigarrillos muy seguidos, sin disfrutarlos, por puro nerviosismo. Se oían sirenas lejanas.

Volvió a su mesa. Los dos borrachos se habían puesto a discutir los dos a la vez con el barman. En una de las mesas del rincón había una pareja picando arenque y pan negro. Le pareció que el hombre la miraba raro. Quizá. Al pasarse

un dedo por el labio superior se fijó en que le quedaba brillante de sudor y se lo secó en el abrigo.

Volvió a llamar a Luka. No contestaba. Miró su reloj.

Metió el regalo y el coñac en su bolso y fue a pagar, abriéndose paso entre los borrachos.

—Si viene, dígale que estoy en el apartamento —pidió al barman.

—De acuerdo —dijo él mirándola con cara de preocupación—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien.

—¿Le ha dado plantón?

—No lo sé.

Salió a la noche invernal, donde aún ululaban las sirenas, cada vez más fuertes cuanto menos faltaba para el apartamento. Tropezó con un montículo de *plitki* rotos y atenuó la caída con las manos antes de rodar por un montón de nieve negra. El contenido de su bolso resbaló por el barro congelado. Examinó el tablero. El envoltorio se había roto, y el lazo tenía toda una mitad manchada de barro. Quiso limpiarlo con la manga, pero lo único que consiguió fue ensuciar el papel. Soltó otra palabrota. Más sirenas. Un transeúnte la miró, frunció el ceño y siguió caminando. Anna metió el tablero a medias en su bolso, sacó la botella de coñac de la nieve y la puso derecha encima de una losa, entre sus piernas. Así, sentada, sacó el móvil del bolso y volvió a llamar a Luka.

No contestaba.

Se levantó, soltando tacos, y tiró la botella de coñac a la calle, pero no se rompió. Se metió en la calzada y levantó la mano para detener el coche que llegaba, pero el conductor tocó la bocina y le hizo luces. Anna se apartó en el último momento, gritando mientras el coche se alejaba a gran velocidad. Recogió el coñac y rompió a conciencia la botella. En la acera, una mujer mayor negó con la cabeza como diciendo: «Malditos críos borrachos...» Anna la adelantó triturando cristal con los zapatos y con el bolso pegado al cuerpo.

Justo antes de meterse por la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya se dio cuenta de

que olía a humo. Un parpadeo de luces azules y rojas se reflejaba en una placa de hielo de la calle, en el parabrisas de un coche aparcado y en las ventanas oscuras del edificio de la esquina.

Vio camiones de bomberos a la vuelta de la esquina, mientras su nariz era invadida por un humo punzante. No era de leña. Era un humo químico, maligno. De las ventanas salían llamas.

«Mis ventanas.»

Una densa columna de humo se elevaba sobre su edificio.

Corrió hacia los camiones.

Los chorros de las mangueras se metían en los otros pisos. Era posible que hubiera perdido un momento la conciencia, porque cuando recuperó la lucidez estaba discutiendo con uno de los bomberos, rodeada por dos más. Tuvo la insidiosa sensación de haber pegado a uno, porque se estaba frotando la mandíbula mientras la trataba en voz baja de loca.

—Era un incendio demasiado grande. Hacía demasiado calor, y hemos llegado demasiado tarde —repetía el bombero—. Dentro no hay nadie. No podemos salvar su apartamento. Tenemos que impedir que se propaguen las llamas.

Seguro que pensaban que estaba borracha. Tenía los zapatos y los pantalones manchados de coñac, y los ojos fuera de las órbitas. De su bolso sucio despuntaba un regalo maltrecho, con un lazo manchado de barro. La dejaron sola. Todo era un ir y venir de bomberos y camiones. Se formó una pequeña multitud, que al cabo de un rato empezó a dispersarse.

Su apartamento estuvo ardiendo mucho tiempo.

Cuando las llamas ya eran ascuas, y la mansión un cascarón ennegrecido, Anna se volvió y vio a su lado a un hombre mayor y encorvado, muy atento a la casa muerta. Llevaba un gabán negro, un *ushanka* raído y unas gafas redondas con montura de alambre. Parecía que se hubiera escapado de una foto de Stalingrado. Tenía un paquete largo apretado con fuerza bajo el brazo.

—¿Era suya, la casa? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

Al hombre le brillaron los ojos tras las gruesas lentes, mientras se pasaba la lengua por los labios.

Anna pensó que el paquete tenía más o menos la misma longitud que la caja que le habían dejado en la cuadra de RusFarm; quizá un poco menos, aunque en la oscuridad era difícil verlo. La intensidad del viejo le dio ganas de salir corriendo. Se sentía como los pobres caballos atrapados en la cuadra de RusFarm.

De una esquina del paquete goteaba algo. Se cayó otra gota al suelo. Plip, plip, plip... salpicaduras rojas en la nieve. ¿De dónde había llegado el hombre? ¿De la cuadra de Anna?

El viejo le puso el paquete en las manos, manchándole de sangre las manoplas. Hasta entonces Anna no se había dado cuenta de lo bajo que era. No llegaba ni a la estatura de ella, porque tuvo que levantar el paquete para ponerlo al nivel de sus brazos. Le apretó el paquete contra el cuerpo, con la punta de la lengua fuera y los ojos brillantes de concentración. Anna retrocedió con el paquete húmedo en la mano.

—Me manda Chernov —dijo él— para decirle lo siguiente: ha habido un sacrificio. Y ha salido mal, Ania. Ha salido mal porque usted no escuchó. Los sacrificios a veces son dulces; a veces Rusia es misericordiosa, pero no siempre. No siempre, pobrecitos míos. Y a veces en el sacrificio hay un mensaje, pero esta vez no: en este sacrificio, el único mensaje es el castigo.

Se caló las gafas, dio media vuelta y se marchó.

Anna no contó las veces que se caía durante el camino de vuelta a Ostozhenka, pero en algún momento se partió el labio y se hizo un morado en la mejilla al chocar con el hielo. Abrió la puerta de su apartamento pensando que quizá se encontraría al mismo demonio pequeño y viejo de antes. Cerró la puerta y miró a todas partes: unos cuantos cuadrados de luz entrando por los ventanales en el

pozo de sombras de su sala de estar. Finalmente lo notó vacío. Respiraba entrecortadamente.

Se dejó caer al suelo y empezó a desenvolver el paquete. ¿Habían matado a *Penelope*, los muy animales? «Debo de estar en estado de shock, porque no puedo procesar nada de lo que pasa.» Lo único que hacía era flotar. No podía pensar. A duras penas sabía dónde estaba. Estiró el papel.

La piel de este caballo es blanca.

Esto es piel humana.

Un brazo humano.

El brazo de Luka.

Después de vomitar, y llorar, y tirar todos los libros de las estanterías, y hacer pedazos la mesa de centro, y arrancar los cuadros asépticos de la pared y agujerear el yeso a patadas, Anna fue al dormitorio y pasó el resto de la noche sentada en una silla con un brillo de odio en sus gélidos ojos azules.

46

Moscú; Carretera de RusFarm

Al hacerse de día sepultó el brazo de Luka en papel film y lo metió en la bañera con hielo. Luego tapó la bañera, también con papel film, cerró la puerta del baño y encajó varios guantes de nitrilo en la rendija, para que no salieran malos olores. No sabía muy bien qué más hacer. Pensó que quizá los hombres de Chernov hubieran puesto cámaras o escuchas en el piso. Ya se ocuparían ellos. Limpió la baldosa de la entrada donde había dejado el paquete la noche anterior. No quería dejar sangre de Luka en el suelo.

Fue a ducharse al baño de invitados, quitándose la sangre de las manos y del labio partido. Después se maquilló, tapando bien el morado de la mejilla, y se puso ropa limpia.

Sacó un sobre lleno de euros de la caja fuerte de su armario. Después de cambiarse de bolso, salió y fue en metro a la Universidad Estatal de Moscú. Estuvo caminando varias horas por el campus y los barrios adyacentes hasta convencerse de que no se habían molestado en asignarle vigilancia física. Su móvil lo tenían controlado, por supuesto, como el piso. Probablemente también le hubieran puesto una baliza en el coche. ¿Para qué seguirla, si ya sabían dónde estaba?

Se internó en la multitud en busca del perfil adecuado: un estudiante sin signos externos de riqueza, inteligente, pero tímido e impresionable. En la entrada de un aula, se acercó a una joven de no más de veinte años que llevaba

uno de esos típicos abrigos rusos de lana de oveja, una *dublionka*, en este caso blanca. Sonrió efusivamente y la saludó:

—Hola, ¿tienes clase?

—Sí, pero faltan unos minutos —contestó la chica sorprendida—. ¿Nos conocemos?

Anna negó con la cabeza.

—Es que me he dejado el móvil en mi piso. ¿Podrías ayudarme?

—Sí, claro.

La chica hurgó en su bolso.

Anna le puso una mano en el brazo, suavemente pero con autoridad.

—¿Podrías comprarme uno?

La chica se asustó. Se quedó inmóvil con la mano aún metida en el bolso.

Anna trasladó hábilmente el sobre de dinero desde su bolsillo al bolso abierto de la chica mientras le decía con los ojos: «Mira lo que hay dentro.»

La joven abrió un poco el bolso y puso unos ojos como platos al ver los billetes: eran algo más de dos mil euros. Se la veía asustada y entusiasmada a partes iguales.

—¿Me comprarías un móvil? —le pidió Anna—. No un iPhone, que de cobertura es fatal, ya sabes; ni siquiera un smartphone. Mejor un Nokia viejo, por ejemplo, de los que se abren. Y te quedas el cambio.

—¿Me quedo el cambio? —repitió la chica mordiéndose el labio.

—Sí, aunque para eso vas a tener que hacerme otro favor —siguió diciendo Anna—: cuando lo hayas comprado lo abres y le quitas la batería y la SIM, me lo pones todo en una bolsa y me lo traes. ¿Te ha quedado claro?

—Sí.

—¿Te suena alguna tienda de electrónica por esta zona?

—Cerca de Léninski hay una. A pie se tarda poco.

—¿Y aún tendrás tiempo de llegar a clase?

Miró la hora en su móvil y asintió.

—¿Y entonces? —dijo Anna.

Casi se había clavado los dientes en el labio inferior, la pobre chica.

—¿Te lo traigo aquí?

Anna negó con la cabeza.

—No. Hay una callejuela detrás del edificio al otro lado de la plaza. —Señaló con la cabeza—. Llévalo allí. Ah, y una cosa más: al salir de la tienda comprueba que haya batería como mínimo para unos cuantos minutos.

Estuvo dando vueltas por el campus durante varios minutos, atenta a posibles vigilantes físicos, y, al no encontrar ninguno, se reunió en el callejón con la chica, que le entregó la bolsa con el móvil medio desarmado, tal como le había pedido.

Volvió al garaje de debajo de su piso y salió de Moscú hacia el norte al volante de su Range Rover. Una hora después, ya inmersa en la extensión sin fin del bosque ruso, paró el coche en el arcén, metió su iPhone en la guantera y, una vez segura de que no había nadie cerca, cogió la bolsa con los componentes del Nokia y se metió en el bosque. En diez minutos llegó a un pequeño claro donde ensambló el teléfono y marcó un número memorizado en Suiza con Sia. No era una solución permanente, pero el portátil se había perdido en el incendio.

No se puso nadie. Era lo que había previsto. Una voz dijo en ruso que KLP Shipping Solutions sentía no haber podido atender su llamada, pero que dejara un mensaje, por favor, y alguien se pondría en contacto con ella cuanto antes. En su mensaje explicó que había tenido problemas con los envíos, que no podría viajar para abordar personalmente esos problemas con los clientes y que le habría gustado tener otra manera mejor de comunicarse con el apreciado personal de KLP Shipping Solutions, pero que por desgracia se había producido un accidente. De momento no podía decir más. Explicó que para resolver el problema de comunicación podía ser útil recibir una visita de sus amigos, y que no dispondría mucho tiempo de ese número, quizá no más de media hora. Colgó, quitó nieve de un tronco y se sentó con la mirada perdida entre los árboles.

Un cuarto de hora después llamó un hombre que se identificó como Anatoli y preguntó si ése sería su número en adelante, a lo que ella contestó que no.

—¿Podemos usar su correo electrónico del banco? —preguntó el hombre.

—No creo —respondió ella—. Hay problemas técnicos.

—Ya —dijo Anatoli, y luego hizo una pausa—. ¿Adónde se dirige exactamente?

—A la granja.

—Ya.

—Quiero verla —dijo Anna—. ¿Me entiende? Dígame que lo entiende, Anatoli.

—Lo entiendo.

—Deberían venir lo antes posible —dijo Anna—. Que traigan material, pero sobre todo que la traigan a ella. Quiero hacerle unas preguntas mirándola a los ojos. Si aterrizan en Púlkovo, yo creo que de alguna manera lo podré arreglar. Mejor que venga con él, porque sola quedaría raro. Que vengan con buenas noticias sobre un caballo, una venta. Algo se les ocurrirá.

—¿Y no podría venir usted? —propuso Anatoli.

—No —contestó ella con voz sibilante—. ¡Ya se lo he dicho, joder! Ahora mismo es imposible. Dígame que lo entiende.

—Lo entiendo.

Colgó, desmontó el móvil, metió los componentes en la bolsa y volvió al coche.

Al llegar a las afueras de Kírishi paró en una gasolinera y se llevó el Nokia al baño. Después de comprobar que no hubiera nadie más en los compartimentos, machacó el teléfono a conciencia y no paró hasta arrojar los trozos al váter y estirar la cadena.

Después reanudó su viaje. Iba a RusFarm.

47

Langley

La señal de emergencia de PERSÉFONE desencadenó un hambre voraz en la Séptima Planta de la CIA: todos querían un bocado. Procter se había esforzado por que no se formaran aglomeraciones, pero al director se le había abierto el apetito, con todo lo que comportaba: reuniones de esas en las que aparecen toda clase de chupópteros y de machacas que empiezan a tomar apuntes y enviárselos a sus correspondientes organizaciones en listas de correo electrónico tan amplias que probablemente incluyeran a los contratistas de chaqueta verde que supervisaban los equipos externos encargados del mantenimiento de los baños.

—¡Es lo que va a pasar, Ed! —había dicho a grito pelado por teléfono al ver la lista del parte actualizado sobre Rusia del director—. Que la inteligencia la recibirán hasta los putos encargados de los váteres; y que, para cuando acabe yo de vomitar después de la reunión, el verdadero nombre de PERSÉFONE habrá salido en todos los periódicos. Y será de asco, Ed. Vomitaré de asco, y con toda la razón del mundo. Esta reunión es una puta orgía. Hay que recortar la lista hasta que quedemos sólo tú, yo y como máximo el director. Tenemos que hacer como en las operaciones de las pelis de espías, que las llevan a lo sumo tres.

Bradley la había colgado.

Procter estaba en el pasillo de la Séptima Planta, delante de la sala de reuniones del director. Había unas veinte personas esperando en manada a que se

abriera la puerta. El parte sobre contraterrorismo de las tardes se estaba alargando.

Fue Bradley quien abrió finalmente la puerta.

—El director no puede venir —dijo—. Ya me encargo yo de la reunión. Que pase todo el mundo.

Procter se agenció un asiento a su lado. La horda del pasillo se distribuyó por la sala, que no tenía ventanas, ocupando todas las sillas, tanto las enormes de cuero de la mesa larga como las desparejadas de las paredes. Un analista —desde la mesa: ¡menuda jeta, el tío!— sacó un orden del día de una carpeta, como si alguien hubiera pedido una mierda de parte sobre Rusia. La pared de detrás del asiento de Bradley estaba repleta de relojes, pero con los números rojos sincronizados a la perfección, no como la mayoría de los de la central.

Antes de que Bradley pudiera abrir la boca, Artemis Aphrodite Procter se embarcó en un discurso que no le habían pedido. No habría, anunció, actas ni transcripción. Un analista de Moscú X al que, por estar en un rincón, la jefa no veía se atrevió a garabatear un par de notas, pero no tardó en asustarse demasiado para repartirlas luego. Si lo hubiera hecho, sus compañeros de equipo se habrían visto obsequiados con un discurso en que se prometían daños físicos, profesionales, emocionales, psicológicos y espirituales a quien se atreviera a repetir una sola palabra del debate. Luego Bradley dio por iniciada la reunión y le pidió a Procter que expusiera los antecedentes.

Procter empezó por la señal de emergencia de PERSÉFONE a través del mediador.

—¿Y sabéis qué? Que me lo creo —dijo—. De momento rinde, la chica; ha cruzado muchos límites, el polígrafo salió bastante limpio, y encima hasta nos hace caso: un activo de apoyo que no sabe nada de la operación se hizo pasar por turista en la plaza Rastrelli para hacer una foto de la estatuilla del caballo del despacho de PERSÉFONE en el banco. No hace falta que os diga que la estatua no sirve de nada; está hueca por dentro, pero era una prueba, y ella la ha pasado.

Hizo lo que le pedí yo en Suiza. Los técnicos han confirmado que su clancom no está activo, o sea, que lo de la señal de emergencia cuadra.

Reconoció que siempre cabía la posibilidad de que la hubieran descubierto, claro, y detrás del mensaje se escondiera la mano de los trogloditas barrigones y sudados del FSB.

—Pero entonces ¿qué sentido tiene romper el clancom y recurrir al mediador? —se preguntó en voz alta—. Parece innecesario. Además, tenemos una grabación de PERSÉFONE pidiendo ayuda por teléfono, y nuestro especialista en entonación dice que el tono es más de rabia que de miedo, lo cual, a mi entender, es un punto en contra de la hipótesis de que la está controlando el enemigo.

—Vale, Artemis —intervino Bradley—, pongamos que nos creemos a PERSÉFONE, pero ¿qué ganamos mandando ahora mismo a Rusia a uno o dos de los nuestros? Tenemos mucho que perder, igual que la primera vez, pero ¿qué prisa hay, si la rusa está cumpliendo? Meter un ordenador en Rusia tampoco es que sea pan comido, pero tarde o temprano podríamos conseguirle un nuevo portátil a PERSÉFONE sin que tus agentes tengan que volver a jugársela.

Procter dijo que el planteamiento de esperar a ver qué pasaba tenía algunos problemas, empezando por el hecho de que PERSÉFONE era un engranaje necesario de la operación; el principal, de hecho, añadió. Su inteligencia la hacía posible, y no podían empezar sin comunicarse con ella en tiempo real, porque necesitaban saber cómo avanzaba o si había que hacer algún ajuste. El segundo problema de la opción de esperar, el más grave, de hecho, era que dejaba a PERSÉFONE con el culo al aire.

—No se puede negar que aquí hay un componente emocional —insistió—. Tenemos un activo en Rusia que ha estado cumpliendo, y quiere saber si nuestros movimientos le destrozarán la vida. Luego tenemos a gente que puede ir a Rusia. De hecho, tenemos plataformas diseñadas justamente para viajes así. Le debemos a PERSÉFONE intentarlo.

Hizo un movimiento con la cabeza a Bradley en señal de que había terminado.

Bradley pensó un momento, con las manos juntas y la cara hacia el techo.

—Hoy no diré ni que sí ni que no. Quiero hablar con los NOC —dijo volviéndose hacia Procter—. Encárgate tú.

48

San Cristóbal

Max vio defecar en la arena a un potro nervioso de un año. Lo rodeaban varios agentes y asesores equinos estadounidenses repartidos por la pista de San Cristóbal para examinar los ejemplares que había decidido reservarse Max en la subasta de Kentucky de cara a esa venta privada. Un mozo sacó a la pista un potro castaño, también de un año. Max abrió el libro de ventas, y su adiestrador empezó con la oferta. Primero el pedigrí, y luego la conformación: patas, definición muscular, estructura ósea, longitud del cuello en relación con la cabeza... A Max le gustó la simetría de las piernas. Los agentes escribían en sus libretas como posesos.

Entró al trote un potro alazán que ya tenía nombre: *Mr. Octopus*.

Max llamó por señas a uno de sus adiestradores para que hablara con algunos agentes.

Dio una patada a la tierra, mojada por la poca lluvia caída durante la mañana. Estaba inquieto por lo que veía: sus empleados, los potros, la niebla que cubría las tierras de sus antepasados... Desde su regreso a San Cristóbal no había recuperado la serenidad. Dormía a rachas y tenía una presión constante en el pecho. La vida parecía más frágil, como si se hubiera fraguado poco a poco una tormenta encima de su mundo, y él atisbara al fin con una claridad aterradora la pared de nubes negras que soplaba hacia su finca. Entró otro potro de zancada larga y elegante. Le pareció bonito, noble.

Desde la revelación del secreto familiar le habían enseñado a ver San Cristóbal y la CIA como socios: lo que era bueno para los unos también lo era para los otros. Los pequeños chutazos de adrenalina que sentía al guiar a la CIA hacia un trofeo, o al enchufar una memoria trucada en el ordenador de un objetivo, eran recompensas por sus servicios no sólo a Langley, sino al propio San Cristóbal.

Sin embargo, el trato a Sia en RusFarm le había dado un anticipo de lo que eran capaces de hacer los rusos decididos cuando los arrinconabas, y lo había llevado a preguntarse si la operación, en vez de un pago en adrenalina por los servicios a la CIA y su granja, no se había convertido en una invitación al cadalso. Salir era muy fácil, lo sabía de sobra: bastaba con decir que no, que no quería seguir, y la CIA le abriría las puertas.

Durante la cena escuchó anécdotas de los agentes sobre yates, coches, mansiones, armas de fuego, pieles, relojes, prostitutas, paracaidismo, cocaína y heroína. Chistes que caían con la misma sutileza que un cadáver en el asfalto. En medio de un intrincado relato sobre la caza en estado de ebriedad de un oso grizzli en Alaska, enseñó su móvil, que vibraba, y se disculpó con sus invitados, anunciando que le reclamaban los negocios, y despidiéndose hasta la mañana siguiente.

Entre sorbos de mezcal, Max miró si había mensajes nuevos de Procter. Había sólo uno, un cable urgente para Sia y él:

1. EL 13 DE DICIEMBRE RECIBIMOS UNA SEÑAL DE EMERGENCIA DE PERSÉFONE, QUE AL HABLAR CON NOSOTROS A TRAVÉS DE UN MEDIADOR PIDIÓ URGENTEMENTE UN ENCUENTRO PRESENCIAL EN RUSFARM, INDICANDO QUE NO PUEDE SALIR DE RUSIA.
2. SE SOLICITA SESIÓN DE PLANIFICACIÓN EN CENTRO DE PREPARACIÓN DE OPERACIONES EL 18 DE DICIEMBRE POR LA TARDE/NOCHE. CONFIRMAR CUANTO ANTES. SALUDOS.

Dio vueltas sin rumbo por la biblioteca con el vaso en la mano. Hojeó el libro encuadernado en piel donde se consignaban todos los caballos y estirpes desde la fundación de San Cristóbal, reflexionando sobre lo que pensarían de él su padre y su abuelo. «Qué tontería darles voz y voto en un momento así a los antepasados», pensó. Ellos ya habían vivido, ya habían tomado sus propias decisiones. La tierra había pasado a Max. De hecho, ¿qué habría podido decir su padre? Tras pensar en ello, apagó las luces de la biblioteca y se puso la chaqueta para ir a la capilla, la tumba en vida de su padre.

Conversó unos minutos con un empleado, Benito, un hombre de cara redonda que montaba guardia desde el arrebato del padre de Max durante la visita de los rusos. Benito se encendió un Marlboro y le ofreció otro a Max. ¿Por qué no? Era de esas noches. Fumaron en la silenciosa oscuridad hasta que se encendió una luz en el dormitorio del padre de Max, en el piso de arriba. Era tarde, y Max tenía el cerebro embotado por el mezcal, pero aun así subió.

El mobiliario de la vieja capilla era reciente —sólo hacía dos años que lo había renovado Max para su padre—, pero conservaba el olor de naftalina, polvo y pipí rancio que arrastran quienes van por el último trecho de la vida. La decoración de la casa hablaba toda ella del pasado: figurillas, fotos de familia, recuerdos de las glorias del viejo hacendado... Max se resistía a mirarla. Subió medio corriendo. Desde la habitación se proyectaba una barra de luz en el suelo del pasillo. Había un grifo encendido. Su padre estaba cantando.

De esos caballos
que vende usted
ninguno me gusta
como el que se fue

Palabras que estiraron un hilo cosido en lo más hondo del pasado. Max volvió a tener cuatro años, y a fingir que se afeitaba al lado de su padre mientras le oía vociferar canciones infantiles de caballos.

Hágase pa’cá
hágase pa’llá
que mi caballito
te derribará

Pisó la luz. De pequeño, su padre le había parecido inaccesible, un hombre distante y reservado, de enfados fáciles y sonrisas lentas. De mayor lamentaba que no hubieran tenido más tiempo juntos, ni más ocasiones.

—Papá... —lo llamó—. Papá, soy yo, Maximiliano.

Dio unos golpes en la puerta y la abrió un poco. Por el baño se asomó la cara a medio afeitar del anciano, que sonrió mientras se le caían al suelo cuajarones de espuma de afeitar.

—Hijo mío. Siéntate, siéntate.

Desde el borde de la cama, Max se quedó mirando cómo se afeitaba.

—Hoy he visto unos hombres que iban contigo por la finca —dijo su padre—. ¿Quiénes son?

Hacía meses que no le hacía una pregunta tan acorde con la realidad. A Max le resultó chocante.

—Agentes y asesores —dijo—, de Kentucky.

—¿Te lo ha encargado la Agencia?

Pero ¿de qué hablaba?

—No, no, es lo de cada día. Una venta privada. Con la Agencia tengo otra cosa en marcha.

Un choque de maquinilla y loza, y el chorro de agua limpiando la cuchilla.

—¿Y de qué va lo de la Agencia?

Su padre se secó la cara y se dio unas palmadas de Aqua Velva. A juzgar por lo descolorida que estaba la botella, debía de estar fabricada antes de que se le hubiera ido la cabeza. ¿Cuánto iba a durar? ¿Qué convenía que dijera Max? No lo sabía. Se limitó a intentar que la conversación no decayera.

—Mi objetivo es un hombre que dirige una yeguada para el presidente de Rusia. También lo ayuda a esconder dinero. Lo estábamos tanteando para tener acceso a una parte del dinero.

Su padre silbó.

—¿«Estábamos»? —repitió—. ¿En pasado?

—Su mujer era mejor candidata que él.

Se secó las manos y encogió los hombros para ponerse un albornoz con unas iniciales. Luego cogió de su mesita de noche su primera edición de *El complot mongol*, una novela negra ambientada en Ciudad de México, de sus favoritas. Tras dejarse caer con todo su peso en una silla de lectura de cuero agrietado que había estado en el estudio del abuelo, se puso las gafas, abrió el libro como al azar y se puso a leer, silbando la última estrofa de la vieja canción.

Hágase pa'cá
hágase pa'llá
que mi caballito
te derribará

¿Ya estaba otra vez en su mundo? ¿Así, tan de golpe?

—¿Papá?

Su mirada parecía algo menos vidriosa que unos segundos antes. Levantó la vista, haciendo que se le bajaran las gafas por la nariz.

—Ah, sí —dijo parpadeando y metiéndose un dedo en la oreja—, el ruso. ¿Qué piensas hacer?

—Creemos que tenemos una buena manera de pillarlo.

—Muy bien, muy bien. —Una pausa—. Pero ¿a quién te refieres con «nosotros»? ¿No trabajas solo?

—Es complicado.

Soltó una carcajada que hizo sonreír a Max. Ya no se acordaba de haber oído reír así a su padre.

—Yo soy viejo. Cuéntamelo, que de aquí no me muevo.

Max le habló de Procter, Sia, Anna y Vadim. Se lo explicó todo, desde el principio hasta ese momento que esperaba que pudiera ser el último. Le expuso a su padre sus temores por la granja y su futuro personal.

—Mira —dijo su padre—, a mediados de los ochenta, en un momento dado, tuvimos miedo de haberla jodido en algunas de nuestras operaciones en Arabia Saudí. Tu abuelo y yo habíamos entrado en contacto con algunos miembros de la realeza, y la CIA veía posible que nos hubieran descubierto. Hablamos de lo que pasaría. ¿Irían a investigar a Ciudad de México? ¿Pagarían a alguien por incendiar la granja? ¿Lo dejarían correr? Al final no pasó nada, pero tuvimos que pensar en el día en que saliera a la luz nuestra pequeña colaboración.

—¿Y qué decidisteis?

Otra vez la carcajada de barítono.

—Pues... ahí estaba el problema, en que ninguna respuesta era la buena. Estaba claro que la Agencia siempre podría reubicarnos en Estados Unidos, pero eso no lo queríamos en ningún caso. Nuestro hogar está aquí. No había escapatoria. Decidí que si alguna vez nos localizaba alguien, lo que haría sería sentarme en el porche con una escopeta y esperar. No hay nada más que hacer, Maximiliano. Hemos tomado decisiones.

—Bueno, pero yo siempre puedo retirarme —dijo Max.

Su padre acarició la sobrecubierta de la novela.

—Sí, Maximiliano, poder supongo que podrías. ¿Por qué no lo haces, entonces?

—No lo descarto.

—¿Y qué te lo impide?

«¿Cuál es la respuesta?», se preguntó Max. Al quedar claro que su hijo no encontraba las palabras, su padre sonrió.

—Cuando tu abuelo me contó lo de la CIA me di cuenta de que acababan de invitarme a un mundo secreto que yo no sabía ni que existiera. Después de haber

estado siempre al margen, de repente... ¡bum! De un día al otro estaba en el círculo interno, viendo con los ojos muy abiertos todos los colores de este mundo gris. Fue la misma cara que pusiste tú hace tanto tiempo, cuando nos fuimos de Langley después de nuestra primera visita. En eso nos parecemos, Maximiliano: crees que si te niegas quedarás al margen, como un jinete mexicano anónimo, un civil.

—Aunque a veces sean chorradas, imaginaciones mías —dijo Max asintiendo —, me gusta la idea de que a veces el mundo se mueve porque yo tiro en secreto de los hilos.

—A mí también, hijo. —Su padre le hizo un guiño—. El cosquilleo en los huevos: era eso lo que me hacía volver siempre, correr riesgos y decir que sí a Langley.

—No quiero ser el civil que se apartó para dejar que Sia y Langley terminaran el trabajo.

—¿Con la tal Sia hay algo más?

—No lo sé. Es una persona complicada, difícil de interpretar.

—Como Alejandra Garza Sada. —La sonrisa de su padre era la de un hombre que lo sabía todo del pasado de la relación, pero no su historia más reciente, la más triste—. Siempre rompiendo, reconciliándose, rompiendo... primero en el instituto, luego en la universidad, y luego después de volver tú a casa. Te quería, jugaba contigo, te dejaba, volvía corriendo, o te hacía volver... siempre igual. Y te acuerdas de lo que dijo tu madre, ¿no? «Búscate a una chica sencilla y cariñosa que te cuide, Maximiliano.» Pero nada, tú siempre detrás de Alejandra Garza Sada, la de las piernas largas y bonitas y la mirada pícara. Parece que disfrutes con las complicadas.

—¿Crees que debería buscarme a una chica sencilla y cariñosa, papá?

—No fue mi caso.

—Encontraste a mamá.

—¿Y cómo describirías tú a tu madre, hijo mío?

Max sonrió y se secó una lágrima. Estuvieron sentados mucho rato en

silencio, sonriéndose, mientras la barbilla de su padre palpitaba al mismo ritmo que la piel de alrededor de sus ojos.

—Tú a Sia la respetas —dijo al final su padre—. ¿Como compañera? ¿Como profesional?

—Me gusta jugar con ella al juego.

Dio una palmada con los ojos brillantes, antes de subirse las gafas de lectura.

—Pues a jugar, hijo mío, a jugar.

Abrió el libro por otra página y siguió silbando. La melodía no hizo pensar a Max en una infancia feliz que ya no existía, y que en el fondo nunca había sido suya, sino en los días incoloros de antes de que se decidiera su camino, cuando aún desconocía las decisiones que se habían tomado, y las horas se iban volando mientras el viejo se afeitaba.

Cuando se acabaron los silbidos, Max pronunció el nombre de su padre, pero la mirada del viejo hacendado volvía a ser vidriosa. Le gruñó a Benito que se marchara.

—Soy viejo —dijo—. Tengo que descansar, Benito, tengo que descansar.

Antes de irse, Max le dio un beso en la frente y bajó por la escalera tarareando a cada paso la antigua canción que hablaba de caballos.

49

Valle de Napa

No podía haber nada que relacionase entre ellos a Max, Sia, Procter y Bradley: ni polvo digital, ni itinerarios de viaje, ni matrículas de aviones. Max y Sia necesitaban una tapadera para desplazarse hasta el punto de encuentro. Sia, por ejemplo, no tenía ningún motivo para viajar a Washington. Como se descubriera, los rusos se extrañarían de un vuelo entre Heathrow y Dulles, y acto seguido indagarían. Para lo que sí tenían tapadera los agentes de la CIA era para un viaje al norte del valle de Napa, a una pequeña granja propiedad de un tal Harry Hamilton donde en ese momento había tres caballos comprados durante una visita reciente a San Cristóbal. Bradley y Procter volarían en un Bombardier de una aerolínea fantasma aún no disuelta de la CIA. Max usó el avión de San Cristóbal, mientras que Sia tomó un vuelo comercial desde Heathrow, no sin concertar previamente un par de reuniones en Lyric para que Benny Hynes no se extrañara del viaje. Su equipo de Londres tomaría unos días a su cargo el resto de su agotador volumen de trabajo.

Llegó a la granja a media mañana, luchando contra el *jet lag*. Max lo hizo a la hora de comer. Después de una cabezadita en un sofá de una antigua oficina, Sia encendió su portátil y consultó sus cables.

Había uno. Asunto: «¡Enhorabuena!»

La habían ascendido a GS-14.

Su 14. No era moco de pavo. Dos años antes de lo previsto, además. Según el cable, su comité de evaluación había sido puesto al corriente de los puntos fuertes de su captación de PERSÉFONE, y había resuelto ascenderla con efectos inmediatos. Lo importante eran los trofeos, y ella había conseguido uno ruso, rubio, importante. Hasta entonces todos los ascensos la habían llenado de entusiasmo, no por el dinero —daba risa lo mal que pagaba el gobierno—, sino porque eran peldaños de una escalera por la que estaba subiendo. Ser ascendida significaba estar ganando, y la victoria le daba un subidón. ¿Por qué no sentía lo mismo con ese nuevo ascenso?

Encontró a Max fuera, en el pozo para hacer fuego.

—Aún falta bastante para que lleguen —dijo—. ¿Vamos a algún sitio?

Fueron a tomar una copa a un restaurante cerca de Calistoga, el Steve's Social Club. La sala principal era alargada y de techo alto, con sillones de piel y paredes de madera amarilla. Parecía una cabaña de un campamento de verano. Una vez sentados en un rincón tranquilo, pidieron dos copas de vino y estuvieron bebiendo sin hablar, como una pareja comiendo con *jet lag*.

—Me han ascendido —dijo ella—. Acabo de enterarme.

—¡Qué bien! Enhorabuena. Te lo merecías. —Max levantó la copa. La de Sia se quedó en la mesa. Max dejó la suya—. ¿Qué pasa, no te alegras?

—¿Se me ve contenta?

—No, no se te ve contenta. ¿Eres consciente de que no?

—No sabía si se me veía contenta o no.

—¿Y por dentro tampoco estás contenta? ¿Por qué, qué han dicho?

—Que PERSÉFONE es una presa de las gordas. Me han dado a mí el mérito.

—¿Y cuál es el problema?

—No estoy segura.

Una camarera se acercó a preguntar si querían algo más. Max le hizo señas de que se marchara.

—Voy a hablar yo un rato —dijo Sia—, y tú sólo me escuchas, ¿vale?

—No tengo nada más que hacer.

—Ya, de aquí no puedes moverte.

—Ninguno de los dos —dijo él—. Además, ¿de qué otro tema íbamos a hablar?

—Eso. Exactamente. ¿Del caso? No, gracias. Total, que ya hablo yo. —La sonrisa reticente de los labios de Sia parecía decir: «Bueno, venga, vamos allá»—. ¿Tú has robado algo alguna vez? —preguntó.

—Creía que sólo tenía que escuchar.

—¿Eso es que sí?

Max se puso tenso en la silla.

—Bueno —contestó—, supongo que depende.

—A ver —dijo ella—, que no estoy hablando de robar información. Estoy hablando de cosas: coches, vino, caballos...

—¿Caballos? —preguntó él.

—Caballos —respondió ella—. Una vez, durante un verano en Ciudad del Cabo. No, mentira, dos veces: una en Ciudad del Cabo y otra en Texas. Tenía trece o catorce años. Lo raro es que nunca me quedaba nada, no se trataba de eso. Voy a contarte algo. El dueño del rancho de al lado del nuestro, Masterson, se llamaba, tenía una camioneta grande, una King Ranch negra que, al contrario que el típico vehículo de cualquier ranchero, estaba siempre limpísima. No dejaba que nadie metiera neveras portátiles, ni escopetas ni mucho menos basura. Y la lavaba mucho más de lo que era lógico. Por si eso fuera poco, no dejaba que la condujese nadie más: si la veías por la carretera del condado, sabías que era Masterson quien iba conduciendo. El caso es que, en el Big Bend, todo el mundo dejaba puestas las llaves en los coches porque, la verdad, casi no había delitos. Total, que me dio por pensar que sería divertido dar una vuelta con la camioneta, pero tenía que ser muy lista porque, si no, Masterson se enteraría.

Me pasé unas cuantas noches en la cama sin pensar en otra cosa que en cómo coger la dichosa camioneta sin dejar huellas.

—¿Y el cuentakilómetros? —preguntó Max.

Sia se puso un dedo en la nariz.

—Eso sólo podía resolverlo conduciendo en marcha atrás varios kilómetros, como Ferris Bueller, el protagonista de *Todo en un día*, y no me daba para tanto. Además, ¿sabes lo que pensaba sobre ese detalle del cuentakilómetros?

—Que te gustaba que quedara ese pequeño cabo suelto.

—Exacto. Podía quedarme casi con la seguridad de que no se enteraría, pero no del todo. Me gustaba esa sensación: la disfrutaba como una loca.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Max.

—Durante un par de kilómetros, nada más —dijo ella—. Luego puse el asiento y los retrovisores como antes, le quité el polvo con unas cuantas botellas de agua y un trapo que había llevado, aparqué en el sitio exacto donde la había encontrado y me fui a casa. Mi hermana me pilló, eso sí.

—¿Se lo dijiste alguna vez a Masterson?

Sia se rió.

—¿Sabes cuando juegas al escondite y estás dentro de un armario, y el que busca entra en la habitación y se dedica a mirar aquí y allá, y tú lo ves, pero él a ti no? Pues fue así: yo estaba en la penumbra guardando el secreto más grande del mundo: jugando a lo único que vale la pena jugar. Y estaba ganando. En las operaciones he tenido la misma sensación, y cuando me han concedido algún ascenso. Ahora, en cambio... nada, y no sé por qué. —Se acabó el vino—. En fin. —Miró su reloj—. Aún nos quedan unas horas. ¿Otra copa?

Max pidió la cuenta y se percató de que Sia había estado todo el rato con la mano izquierda en el bolsillo o escondida debajo de la mesa.

Sia le acercó su copa de vino vacía.

—Todavía tengo sed.

Llegó la camarera con la cuenta. Max puso unos billetes en la solapa de cuero y se levantó.

—¿Vienes? —preguntó mientras se ponía la chaqueta.

Ella no se movió.

—¿Adónde? ¿Otra vez a la casa? No, ya te he dicho que necesito otra.

—Venga —dijo él—, que tengo una idea.

Los viernes, a la hora de cenar, momento de máxima afluencia en el Steve's Social Club, la clientela propendía a lo geriátrico, con la consiguiente y temprana saturación —no más tarde de las cinco y cuarto, de costumbre— del servicio de aparcacoches. Entre el aparcamiento y la calle había toda una fila de coches en punto muerto, de la que salía algún que otro bocinazo. Cuando el aparcacoches entregaba el resguardo a los clientes era recibido con gestos de mal humor y miradas hostiles. Normalmente, cuanto más trabajo había más sustanciosas eran las propinas, pero esa noche no daban abasto y les faltaba gente. Después de una espera tan larga, los clientes no daban propina. Miró la cola de comensales pendientes de que se les entregara el coche. La encabezaba una mujer alta, de pelo oscuro, seguida por un hombre latino que hablaba en voz alta por teléfono, paseándose por la terraza. Detrás de él había unas seis personas. Oyó que estaba hablando con la empresa encargada del servicio, para pedir más personal. ¿Sería uno de los encargados? El aparcacoches no estaba seguro. En el Steve's había mucha rotación de personal.

—¿Ya la atienden, señora? —le preguntó a la del pelo oscuro.

Tenía unos ojos grises y lánguidos la mar de interesantes. El aparcacoches abrió la puerta de un G Wagen. El siguiente era un Bentley Flying Spur rojo, el coche del señor Henderson, un cliente habitual; daba poca propina, pero un coche así daba ganas de aparcarlo gratis.

—Sí, ya estoy —dijo la mujer—. Sólo estaba esperando.

¿Qué acento tenía? El aparcacoches nunca lo había oído. Le dio un resguardo al dueño del G Wagen, subió y lo dejó en el aparcamiento de al lado. Luego

volvió corriendo al Steve’s y se encontró con que el otro aparcacoches estaba montándose en un Porsche Panamera. El Bentley ya no estaba.

—¿Del coche del señor Henderson ya te has encargado? —le preguntó al otro aparcacoches, que levantó las manos como diciendo «a mí no me preguntes» antes de subirse al Porsche: así estaba la noche.

El encargado latino había entrado. La mujer del acento bonito se había ido. El conductor de un McLaren 720S bajó la ventanilla.

—Eh, jefe, que llevo esperando un cuarto de hora. ¿Me aparcáis el coche o qué?

El aparcacoches rodeó rápidamente el vehículo para abrir la puerta del conductor. El cliente le quitó el resguardo de las manos con mala cara. «La cosa está mal», pensó el aparcacoches arrancando. Iba a ser una noche de propinas roñosas.

Procter y Bradley llegaron a la granja en la parte trasera de la camioneta negra sin ventanillas que los había trasladado desde el hangar del aeropuerto del condado de Napa, y se apresuraron a entrar justo cuando el sol disparaba sus últimos rayos sobre el horizonte. Desde la mesa de la cocina, Max y Sia levantaron la vista con sonrisas que a Procter se le antojaron falsas, vanas tentativas de disimular su agitación por la intrusión prematura. El cable enviado desde la oficina de Ed pronosticaba su llegada para mucho más tarde.

Se notaba algo raro. Procter habría dicho que acababan de pasar por el catre, pero no era eso del todo. Había aprendido a interpretar las señales después de haberlas pasado fugazmente por alto en otra vida muy remota, cuando estaba en Siria trabajando con un buen agente que había tomado algunas malas decisiones. En comparación con entonces, su percepción era aún más rara porque ya tenía constancia de que Sia y Max follaban, al menos en líneas generales. Lo que no había pensado era que lo hiciesen justamente ese día. Desconcertante. Pero algo escondían, estaba segura.

Bradley les dio la mano y se sentó.

—Mi mujer, Angela, es la que lleva el criadero de caballos que tenemos por hobby en el norte de Virginia —fueron sus primeras palabras—. Puede que, de todos los secretos que no le he revelado, el que peores consecuencias tendría si saliera a la luz sería la colaboración entre la CIA y San Cristóbal. Es admiradora tuya, Max, y creo que si supiera que he estado contigo me asesinaría. O me obligaría a comprar un caballo.

—Nuestros precios son muy razonables —dijo Max—. Cuando ella quiera.

—No sé si Vadim Kovalchuk estaría muy de acuerdo —contestó Bradley con una gran exhibición de dentadura, acompañando su sonrisa de reclutador con una inyección de energía en el tono que anunciaba un discurso. Procter lo vio enfocarse de lleno en los dos agentes—. Enhorabuena por la perfección con que lo habéis llevado todo. No me cabe duda de que dentro de un año lo usarán como ejemplo en la Granja. Estoy orgulloso de vosotros. El director me ha pedido que os dé las gracias. Me lo ha pedido él mismo esta mañana, mirándome a los ojos. En serio. Sé por experiencia lo que es hablar en plan colegas con algún alto cargo y que te haga la pelota, y os aseguro que no ha sido el caso. El presidente se lee hasta la última coma de la inteligencia que aportáis. Lo que pasa es que hemos llegado a una encrucijada, y quiero que me expliquéis cómo lo enfocaríais.

Estuvieron hablando una hora sobre PERSÉFONE y la operación. Procter casi no dijo nada. Ya había hablado en la Séptima Planta y, aunque le gustara tanto atropellar a los subordinados como a cualquier directivo de la CIA, en ese momento le pareció importante no interrumpir a su superior y dejar que se llevaran ellos dos el mérito. Sabía que Sia y Max tendrían reparos sobre la operación, y que el bueno de Bradley —sin que lo obligara nadie— querría saberlos, pero las respuestas no serían sinceras, porque Bradley era el director adjunto, y en este mundo hay muchas cosas que a un superior no se le dicen, por

muy importantes que sean. «Nos estamos acostando», por ejemplo. O «preferiría que me amputaran el pie a volver a pisar suelo ruso».

—Nos gustaría dar el visto bueno —acabó diciendo Bradley— basándonos en las recomendaciones de Procter y mi conversación de esta noche con vosotros dos. La Casa Blanca está informada y comparte mis temores sobre el riesgo, pero le parece que pesa más lo que se puede ganar. Quiero saber cómo lo veis vosotros, porque cabe la posibilidad de que nos limitemos a dejar esperando a PERSÉFONE.

En ese momento intervino Sia sin pausas ni vacilaciones.

—No, es mejor que vayamos y pongamos a tono a PERSÉFONE.

Procter vio que Bradley levantaba una ceja de manera casi imperceptible antes de mirar a Max.

—Estoy de acuerdo —dijo este último—. Es mejor que lo hagamos.

Bradley los miró a los dos en un silencio embarazoso, por si añadían algún tipo de matiz o corrección, pero no.

Dio un golpe en la mesa.

—Los detalles ya iréis viéndolos dentro de unos días con Procter en St. Ives, cuando hayamos decidido la tapadera y los aspectos técnicos en Langley.

Se levantó y les dio otra vez la mano.

—Operaciones como ésta sólo hay una en la vida —dijo—. Lo único que puedo deciros es gracias, gracias otra vez por lo que estáis haciendo y por el sacrificio. Es un orgullo poder llamaros colegas y amigos.

Procter le dio un abrazo a Sia y un apretón de manos a Max. Luego salieron de la granja.

Entonces lo vio.

Aparcado en el camino de grava, al otro lado de la camioneta, en la parte que no se veía al llegar.

Un Bentley rojo.

—Espera un momento, Ed —le dijo volviendo hacia la granja.

Max y Sia seguían al lado de la mesa.

—Fuera hay un coche obscenamente caro —dijo Procter—. ¿Lo sabíais?

—Es el que he alquilado yo —dijo Max por iniciativa propia.

Los ojos verdes de Procter se tiñeron de recelo. Las debilidades de Hortensia ya las conocía, por supuesto; por algo era su superior inmediato y había leído los informes psicológicos, pero justo en un momento así... ¡qué inoportuno, caramba!

—Si salgo ¿encontraré documentos de alquiler en la guantera? —preguntó—. ¿O tirados de cualquier manera por el suelo del asiento del copiloto? O qué sé yo... ¿metidos en el portavasos? ¿Os parece que vaya a mirar?

—Artemis...

La refutación de Sia se vio frenada en seco nada menos que por los gestos de chitón de la jefa, cuya cabeza se proyectaba hacia delante con cada soplo contra el dedo que se había puesto delante de los labios.

—Chist, chist, chist. Ni una puta palabra. Gracias. Lo devuelves y punto, Hortensia. Y que sea ya. ¿Vale, maja?

Sia asintió.

Procter se volvió hacia Max.

—Ya has usado la única mentira gratis que tenías, amigo mío. Hay cosas que prefiero no saber, y soy consciente de que eres un caso especial, Maximiliano, en el sentido de que puedes irte cuando quieras, no como nuestra amiga Hortensia, aquí presente. ¡Coño, como si me das ahora mismo calabazas! Poca cosa podría hacer yo. Pero eso no quiere decir que puedas mentirme. Si te hago una pregunta espero que me contestes la verdad. Por ejemplo, sé que estáis follando, pero no hago preguntas. No hace falta que me lo digáis. Basta con que tengáis sentido común. Si os pagamos es para que atinéis, joder. Al final, yo de vosotros lo único que tengo es sentido común, honor y fervor patriótico. Nada más. Como vuelvas a mentirme mando que un grupo de salteadores te incendie San Cristóbal. *Capito?*

—*Capito.*

Miró a los ojos a los dos agentes hasta incomodarlos.

—Nos vemos en St. Ives —dijo después.

Al momento siguiente estaba fuera, cerrando la puerta corredera de la camioneta. Bradley estaba preparando el parte de las tardes. El chófer empezó a salir hacia la carretera del condado por el camino de grava.

—¿Todo bien? —preguntó Bradley.

—Todo bien —dijo Procter mientras se ponía el cinturón—. De perlas.

—¿Qué coño hace aquí aparcado un Bentley? —murmuró Bradley, concentrado en el parte.

—Lo ha alquilado Castillo —dijo Procter—. Ya sabes cómo son los putos ricos, Ed.

50

Moscú; San Petersburgo

La caseta de baño de la finca del Ganso en Rubliovka estaba protegida por una pantalla de árboles, cerca de las perreras donde tenía sus pastores belgas malinois. Los perros ladraron cuando pasó Chernov junto al Ganso, atravesando el aire gélido. Parecía que le ladrasen siempre todos. Cortaron por la sala de té hacia los cambiadores, donde descolgaron de la pared gorros de fieltro, toallas y albornoces.

Una vez enfundados en los albornoces volvieron a la sala de té con los gorros y las toallas. Un mayordomo había dejado una bandeja con té de menta. Se metieron en la sauna, quitándose los albornoces, y después de unos minutos en silencio, desnudos a excepción de los gorros de fieltro, pasaron a una sala adyacente provista de duchas y una piscina de agua fría. El Ganso hizo una mueca al meterse en ella. Ya del todo sumergido, a excepción de la cabeza, dio un golpe en el agua.

—Yo no quería una guerra abierta —dijo—. Andréi y su hija... son los dos unos tozudos, unos tontos.

Chernov se metió más a fondo en la bañera. Entendía que el agua estaba fría, pero no experimentaba la sensación igual que los demás.

El Ganso siguió hablando.

—¿Y las grabaciones de Butirka? Madre de Dios... Andréi se burla de nosotros. Le pide a su hija única que nos diga que no. Venga, cariño, suicídate;

échate tú misma a los perros, que papá te quiere. Siempre ha sido así. —Se salpicó un poco de agua en la cara, como si intentara despertarse—. Y la hija es igual. Es su padre, sin polla pero con los mismos huevos. ¿Te acuerdas de cómo miraba la noche en que nos ocupamos del novio? Locura en estado puro.

Se rascó el cuello con el pulgar maldiciendo a los Agápov. Después, salió bamboleándose de la piscina para ir a la sauna seguido por Chernov. Se quedaron un rato con la cabeza gacha.

—Me estoy haciendo viejo, amigo mío —dijo el Ganso—. Se me ha metido el invierno en las articulaciones.

Por su cabeza calva rodaba el sudor como canicas. Volvieron a la piscina. Chernov se abrió de brazos en un lado, esperando a que el Ganso continuara. Se había acostumbrado a esperar al jefe durante los años compartidos de la guerra santa. Se le daba bien esperar.

El Ganso lo miró a los ojos.

—Para una venta limpia de los negocios de Agápov necesitamos a Anna, y ella se niega. Si queremos mandarla a Siberia con su padre necesitaremos documentos que la inculpen, y para eso podríamos usar a alguien de su círculo; alguien que nos dé lo que necesitamos de manera limpia y rápida, para que el arresto, el juicio y la sentencia no desaten una estampida entre los boyardos. *Neofitsialnie meri*, medidas no oficiales, aunque vengan directamente de arriba.

Chernov asintió.

—¿Cuáles son las reglas?

—Nada de sangre —dijo el Ganso—, al menos de Anna.

Fue hacia el vestuario con Chernov detrás.

El jefe sacó un papel del bolsillo de su albornoz, sin descolgarlo, y se lo puso a Chernov en la mano. Unos cuantos renglones en una sola hoja húmeda de papel amarillo. Notas al margen. Firmas no, sólo la letra del Ganso y las anotaciones del *joziáin*.

Chernov leyó el mensaje.

Fue al cuarto de baño, rompió el papel en varios trozos y los tiró al váter.

Como recompensa por haber servido en las unidades del Vympel que habían liberado a cientos de rehenes de las garras de los terroristas chechenos en la Escuela Número Uno de Beslán, a Chernov le habían concedido la Orden del Valor. Durante la correspondiente ceremonia en la Lubianka, el presidente no hizo alusión a la incómoda estadística de que en el caos de la operación de rescate habían muerto trescientas treinta y tres personas, ciento ochenta y seis de ellas niños.

Transcurridas más de dos décadas, Chernov seguía disfrutando de las ventajas residuales de la distinción, que le permitían vivir por encima de las posibilidades de la mayoría de los agentes de inteligencia rusos. No pagaba el alquiler de su piso de Moscú, conducía un Mercedes blindado del gobierno y podía ir de vacaciones a complejos exclusivos del FSB. Y todo porque el FSB era lo que el antiguo KGB: un Estado dentro del Estado, la nobleza de la Rusia del *joziáin*.

Ahora bien, pese a vivir y trabajar en lo más ostentoso de Moscú, hasta él se quedó pasmado con el piso de Vadim Kovalchuk en el muelle Kutúzov de Píter. Desde la calle parecía que ocupara casi toda la anchura de la manzana, con vistas espectaculares del Nevá y la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Pensó que era como debían de haberse sentido los Románov.

Si bien los agentes del FSB no llevan distintivos, a Chernov le bastó con su falsa placa policial para abrirse paso entre los gorilas que montaban guardia en la entrada. Los responsables de las cámaras de seguridad las apagaron en respuesta a la orden del fiscal general, y la puerta se abrió gracias a las buenas artes de un técnico experto en esas lides. Chernov entró y respiró profundamente. Lo seguían dos de sus adláteres, Arkadi y Daniil.

Olía a perfumes femeninos chabacanos y a almizcle masculino. «Más bien a sexo», pensó. Dio una vuelta rápida por todas las estancias. El apartamento se extendía por tres plantas, con balcones en los dormitorios de la segunda y la

tercera. Hurgó en el mueble bar, del que sacó una botella de vodka con el tapón en forma de bulbo, lleno de adornos dorados.

—Éste es famoso, jefe —dijo Arkadi—. La receta del zar. Filtrado por diamantes, oro y probablemente coños de Románov.

Se rió.

—Vamos a comprobarlo —dijo Chernov.

Sirvió el Vodka del Zar en dos *stopki*, aunque aún no fuera mediodía, y los puso en la mesa de la sala de estar.

Justo cuando iba a sentarse en un sofá vio que tenía una mancha; de grasa, probablemente, aunque nunca se sabía. Se cambió a una silla de ratán, en una zona de estar con vistas al Nevá helado. Hacía una mañana despejada y luminosa. El río estaba salpicado de patinadores. A Daniil le sonó su teléfono.

—Está viniendo del banco.

Pasó el tiempo en un silencio que se volvió a romper por el móvil de Daniil.

—Ya está abajo.

Arkadi abrió la puerta principal.

Al entrar, los ojos del banquero se pusieron opacos de perplejidad, y luego brillantes de rabia. En esos momentos miraban todos igual y ponían la misma cara. «Han entrado sin permiso —decían los ojos del dueño de la casa—. Su presencia es ilegal.» Tiró un maletín de cuero contra la pared y exigió saber quién mandaba, hasta que su vista se posó en Chernov.

—Ah —masculló.

Sus miradas se encontraron fugazmente. Chernov señaló el vodka.

—Siéntese y beba conmigo, Vadim Yúrivich.

—Mi propio vodka. Cuánta consideración.

—Siéntese, por favor.

—¿Qué quiere?

—Que se siente y beba conmigo.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Vadim.

—No va a llamar a nadie, Vadim Yúrivich.

Vadim empezó a sacar el móvil del bolsillo.

—Coño, pues voy a hacer una, a menos que tenga más papeles para detenerme.

Empezó a pulsar teclas en el teléfono, pero Arkadi le hizo una llave de cabeza antes de que acabara de marcar. Vadim forcejeó hasta que Daniil lo agarró por las piernas y Arkadi le dio un puñetazo en la cara. Debía de haber sido bastante fuerte, porque hizo saltar sangre por la nariz, salpicando una alfombra con rayas de cebra. Los nobles siempre armaban follón, amenazaban con llamar a alguien y usaban palabras malsonantes. Malditos boyardos...

Daniil subió al piso de arriba con Vadim a rastras, que aún se debatía, y se lo llevó al balcón de un dormitorio vacío de la segunda planta. Arkadi abrió un poco la puerta, dejando pasar un viento gélido que hizo gritar de nuevo a Vadim. Chernov saboreó una bola de saliva deliciosamente salada que se paseaba por el fondo de su boca.

Arkadi se limpió un poco de sangre debajo de la nariz.

—Los ricos nunca se conforman con beber —rezongó—. Siempre nos lo ponen difícil.

Vadim lloriqueó al ser agarrado de los tobillos por Chernov, que lo dejó colgando del balcón con la cara hacia el río. Se retorció para aferrarse a las piernas de Chernov, pero lo que se llevó fue una patada que lo dejó colgando sin fuerzas.

—No, por favor... —repetía en voz baja.

—Le he ofrecido una copa, Vadim Yúrivich, y ahora...

—¡No lo haga! —bramó Vadim—. Hablaré. Haré lo que quiera, pero levánteme. No lo haga.

Chernov lo bajó un poco más para balancearlo hacia la ventana de abajo como una bola de demolición. Vadim soltaba palabrotas y gritos, implorando piedad. Después de otro golpe contra la ventana de abajo, Chernov lo levantó hasta dejar colgando su cabeza a la altura de sus tobillos.

—Siempre me ha parecido precioso el río en invierno —dijo a pleno pulmón

contra el viento huracanado—, pero ¿quiere que sea lo último que vea? Por supuesto que no. Usted lo que quiere es morirse de viejo en la cama. Se lo voy a pedir otra vez, la última, y si se equivoca de respuesta lo suelto y que sea lo que Dios quiera. He dicho. No ganará gran cosa resistiéndose. Hablo en serio, en nombre de Dios y de Rusia, y usted va a contestarme. ¿Le apetece una copa, Vadim Yúrivich?

Chernov sirvió otros dos vasos de Vodka del Zar y los llevó a un despacho interior. No quería que a Vadim se le pasara por la cabeza tirarse por una ventana. Había quien no quería que lo soltaras y, al cabo de unos minutos de conversación, saltaba solo. Chernov se sentó detrás del escritorio, como en un trono, dejándole a Vadim la silla del suplicante. Lo único que ponía un poco de color en la cara de Vadim eran las escamas de sangre seca alrededor de la nariz.

Vadim contempló el vodka sin tocarlo, tiritando. Chernov miró a su alrededor. No había medallas, ni fotos de su mujer o su familia. Un hombre rico que no tenía nada.

Se tomó el vodka y le rogó a Vadim que hiciera lo mismo. Después de un débil sorbo, Vadim dejó caer el *stopka* en la mesa.

—Mi jefe le formuló a su esposa una propuesta relativa a la venta de las empresas de los Agápov y de su participación en el banco —empezó a decir Chernov—. Ante su negativa, al final tuvimos que castigarla. Tenía un novio y, aunque me sepa mal decirlo, lo sacrificó.

Chernov observó que el blanco fantasmal del rostro de Vadim se volvía rojo, mientras su vista bajaba como si le interesara el suelo. Se frotó la cabeza y se apoyó en el respaldo.

—¿Lo del novio no lo sabía? Vaya... —Se tomó unos centímetros de vodka—. Tiene usted malas cartas. —Pasó los dedos contra el grano de la mesa: ni una mota de polvo—. ¿A usted también se lo parece?

Vadim se estaba pasando la lengua por los dientes. Se mordió el labio.

—Le voy a explicar mi punto de vista —continuó Chernov—. Lo que estamos haciendo con Andréi Agápov es dar ejemplo. Se trata de un sacrificio religioso para el pueblo ruso. Su hija, esa mujer tan terca que ha estado retozando con otro hombre a espaldas de su esposo, es decir, usted, se niega a ceder. Las estructuras en las que reposa este gobierno están siendo reformuladas por obra de fuerzas muy profundas, y Andréi Agápov no se ha sometido. Es un mal noble. Los boyardos moscovitas pagaban a los mongoles. Los terratenientes pagaban a los zares Románov. Andréi Agápov paga al Kremlin. Y el Ganso habla en nombre del Kremlin. Pero Andréi no escucha. ¿Y qué aporta Andréi a este combate? A su hija. Santo Dios... Aporta a su única hija, a la mujer de usted. No puede ganar. Está en la cárcel, acabado. Usted, Vadim Yúrivich, ha visto recompensada su lealtad inquebrantable a los Agápov con una mujer infiel, y no está dicho que no acabe cayéndose por la ventana de su propia casa, triste fin para un joven tan prometedor y ambicioso.

—¿Qué quiere de mí? —dijo Vadim.

Sorbió un trago de vodka y se desentumeció la mandíbula.

—Quiero que su mujer diga que sí. El Ganso ha hecho la mejor oferta que podía. Tiene usted que convencerla y hacer que entre en razón.

Vadim esbozó una sonrisa siniestra.

—Usted la convencería antes que yo. Aunque es probable que, para doblegar a mi mujer, tengan que matarla.

—Es dura de pelar, ¿verdad? —dijo Chernov—. ¿Por eso su padre la ha metido en este lío?

Vadim cambió de postura y se llevó a la boca el vaso de vodka.

—Quería que encontrara el dinero robado por el Ganso.

Chernov dio un puñetazo en la mesa sobresaltando a Vadim, que soltó el vaso.

—¡No! —vociferó señalándolo con el dedo—. La palabra «robado» sólo sería la adecuada si el dinero hubiera sido de ustedes. Vuelva a probar.

—Estamos... Anna está buscando el oro, el dinero sacado del Bank Rossiya.

Lo dijo balbuceando mientras ponía derecho el *stopka* encima de la mesa y

secaba con la mano el vodka derramado.

—¿Y cómo lo estaba buscando?

—Identificó a alguien en el extranjero que sabía dónde estaba el dinero y cómo lo habían escondido.

—¿Quién?

—Hortensia Fox, una abogada que trabaja en Londres, en el despacho de abogados que contrató Mijaíl Liadov, el intermediario del Ganso, para crear las cuentas y las empresas fantasma. Mi mujer la está tanteando.

—¿Es decir...?

Chernov se enteró de todo por Vadim: del cebo, del viaje a México, de la visita a RusFarm, de la información aportada por Hortensia Fox sobre las finanzas del Ganso... Vadim hablaba sobándose con suavidad la nariz hinchada.

Chernov escuchaba atentamente con las manos en el regazo.

—¿Y su mujer tiene esa información?

—Sí.

—¿Cuál era el plan de Andréi?

Vadim cerró los ojos y respiró profundamente.

—Andréi creía que la única manera de demostrar que el Ganso había robado... esto... había cogido el oro y lo había escondido del presidente era encontrándolo. Más que el oro, para ser exactos, el dinero en que se había convertido. Entonces le enseñaría las pruebas al *joziáin*. Andréi fue del SVR, y Anna sigue siéndolo. Tienen contactos e influencia fuera del país. Andréi estaba convencido de que les sería más fácil demostrar que el dinero está fuera de Rusia que demostrar que no está dentro. Es lo que pretendía.

—¿Y teniendo su mujer todo eso en sus manos —dijo Chernov—, no lo ha usado?

—Exacto. Se lo está reservando.

—¿Por qué?

—No era tan concluyente como se pensaba. Luego detuvieron a su padre, y a ella no le pareció posible llevárselo al presidente sin que se enterara Ganso. Pensó que no cumpliría su objetivo.

—¿Cuál?

—Que se retire el Ganso.

Vadim se estaba mordiendo el labio, pensativo. Algo recuperado ya de lo más duro, se incorporó para cruzar las piernas y quitarse la pelusa de los pantalones como si estuviera reunido con algún consejo de administración y todos empezaran a ponerse muy pesados. Los únicos indicios de que no era así eran la sangre seca en su nariz y el vodka derramado. Desde lo de la ventana había sido todo bastante profesional. A Chernov le incomodaba verlo cada vez más cómodo.

—Me va usted a dar lo que tiene su esposa —dijo—, la información que le ha sacado a la abogada.

—Yo no la tengo.

Chernov se levantó de golpe y se lanzó por encima de la mesa para agarrar a Vadim por los hombros y estamparle la cabeza en el escritorio. Vadim rodó inconsciente al suelo. Chernov tamborileó en la mesa y estuvo silbando un momento hasta que, como Vadim no se movía, fue a la sala de estar y eligió otra botella de vodka. Se sirvió un vaso. Al volver al despacho se encontró a Vadim encogido y gimiendo. Chernov se sentó en la silla y juntó las puntas de los dedos para retomar la conversación donde la había dejado.

—No tiene la información —dijo—. ¿Podría conseguirla?

—No sé ni dónde está —contestó Vadim con voz ahogada—. Ella tiene su vida. Es agente de inteligencia, y no vive aquí, aunque me imagino que ustedes ya lo saben.

—Mi jefe no quiere conflictos con usted, Vadim Yúrivich —dijo Chernov—. Sólo vamos a por los Agápov. Queremos borrarlos de la historia y que hagan botas en una curtiduría siberiana, o que trabajen en alguna mina de uranio de los Urales. Vuelva a la silla, por favor, que quiero verle.

Vadim se levantó con gran dificultad, aguantándose la cabeza con las manos. Seguro que le daba vueltas de tanto preguntarse si el desenlace de la traición podía ser la destrucción de su mujer. Cosa a la que, si eran ciertas las sospechas de Chernov, no dejaría de ver cierto atractivo.

Chernov esperó a que se hubiera sentado para continuar con calma.

—Su mujer está supervisando a la abogada de Londres, ¿no es cierto?

Vadim asintió.

—Pues entonces convénzala de que la traiga otra vez a Rusia. Usted será mi pequeño canario en la jaula, que cuando llegue la abogada cantará.

51

RusFarm

Anna estaba arrellanada en el sofá de terciopelo de uno de los muchos salones de RusFarm, con una botella de brandy armenio y demasiado borracha para reconocer con claridad la canción de Queen que sonaba por el tocadiscos. Desde el incendio llevaba toda una semana dedicándose a beber en RusFarm. No podía ir a ninguna otra parte, ni tenía nada más que hacer. Además, esperaba a Sia.

En el marasmo del brandy, sus pensamientos nadaron hacia Luka. ¿Qué le habían hecho primero? Sofocó un grito en un cojín de terciopelo. No pensaba recordarlo así, desmembrado por Rusia, por sus enemigos. Por ella misma. Prefirió encauzar sus últimos y vacilantes restos de energía hacia la construcción de una única y dulce imagen de la alegre sonrisa de Luka, recién coronado ganador a la luz de las lámparas del Jean Martel. Intentó reconstruirlo en el antiguo piso de ella, mientras el mundo empezaba a fragmentarse. La música se había parado, aunque el tocadiscos seguía girando, y se oía el chisporroteo de la aguja por la cera muerta. También Anna daba vueltas cada vez más deprisa, temiendo que su cerebro no pudiera pintar nunca más la cara de Luka. Desistió, y el mundo siguió dando vueltas hasta que ya no quedó nada.

Al abrir los ojos vio a Vadim acariciando a uno de los alsacianos. Anna tenía la cabeza como un globo demasiado inflado. El alsaciano ladeó la cabeza hacia

ella. ¿Cómo se llamaba? Vadim apartó la mano y empezó a comer de un plato de huevos. Anna se mareó de ver y oler la comida. Cerró los ojos y escondió la cara en los cojines. No había visto a Vadim desde la cena en Píter. ¿Qué hacía en la granja? ¿Y por qué tenía un morado en la cabeza?

—¿No hay ningún otro invitado en esta fiesta? —dijo él con una risita dubitativa, acompañada por el chirrido del tenedor en el plato.

Anna tuvo una pequeña arcada y se hundió más en los cojines.

—No puedo ver cómo comes —declaró.

Un suspiro, el ruido de un plato y el roce de un papel. Cuando Anna abrió los ojos, los huevos estaban censurados debajo de un periódico. El perro se había sentado cerca de la chimenea.

—He estado pensando —dijo Vadim— en asociarnos con San Cristóbal; un acuerdo más amplio que no se quede en la compra del semental, *Smokey Joe*.

Anna trató de incorporarse. Su cerebro se movía como si estuviera rodeado de pega: a pesar de sus ímprobos esfuerzos, los pensamientos no se desplazaban de su sitio.

—¿Una asociación? —preguntó—. ¿Por qué?

—Por las estirpes de Max —dijo Vadim—; para tener preferencia sobre los estadounidenses, los ingleses o quien sea. Así tendríamos ventaja. Se me ha ocurrido volver a invitar unos días a Max y Sia y hablarlo de tú a tú. Así también podría llevarse la yegua que se dejaron, la que has estado cuidando.

Su sonrisa era afable. Había algo raro, que Anna no acababa de identificar. Los estadounidenses se estaban preparando para cumplir, o como mínimo tomar en cuenta, su petición de que Sia volviera a Rusia. ¿Cuánto había de casualidad en que Vadim se lo facilitara? Se acordó de cuando habían detenido a su padre, dejándola con la imborrable sensación de que Vadim había tenido algún papel en la traición del Ganso. ¿A instancias de quién lo hacía?

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Vadim se tocó con suavidad la frente, sonriendo como si ya no se acordara del verdugón.

—Choqué con una puerta. Anna, ya sé que estás con resaca, pero céntrate un momento. ¿Qué te parece la idea de invitarlos otra vez?

Vadim la había puesto en jaque. Anna no se lo esperaba. Aunque no estuviera muy lúcida, se dio cuenta de que ya no podía ver el desarrollo de la partida. No estaba segura de poder planear su siguiente movimiento.

—No tengo muy claro que Sia esté dispuesta a volver —objetó—. Entre la mala suerte del accidente, el chantaje... le habrá quedado mal cuerpo.

—¿Tú quieres verla? —preguntó Vadim.

—Supongo que sí —dijo Anna con cautela—. Quizá pueda ayudarnos en algunas cosas. Tiene un acceso interesante a Lyric, la compañía tecnológica.

—¿Tú crees que se lo contó a Max? —preguntó Vadim—. Me refiero al accidente.

—No lo sé —dijo ella—. Yo la amenacé con que si se lo decía a alguien les daríamos pruebas concluyentes a los jueces de que puso en peligro documentación de sus clientes, pero ha vuelto a Londres, y él a fin de cuentas es su novio.

Vadim se encogió de hombros.

—Pues debiste de pegarle un susto de cojones, porque me parece que ha cumplido su palabra. Esta mañana he hablado por teléfono con Max sobre la colaboración y le he notado muchas ganas de hablar. Ha estado la mar de campechano.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Anna.

—Me gustaría que viniera aquí para hablar de negocios. Como mínimo podría tentarle la idea de recuperar su caballo... ¿Cómo se llama el bicho ese?

—*Penelope*, y no tengo la menor intención de devolverla.

El tono de Anna era estridente. A ella misma le sonaba ajeno. El nombre de *Penelope* había despertado el recuerdo de la caja del establo... y luego la del piso, manchada de sangre. Tuvo ganas de llorar, pero habría sido darle a Vadim una satisfacción, y nada la habría repugnado más. Se lo tragó todo: abajo, abajo, más abajo.

Él hizo un gesto despectivo con la mano.

—Vale, pues el caballo no, sólo negocios. Podríamos pedir que Sia también venga, aprovechando que tenemos... que tienes cierto control sobre ella.

Anna cerró los ojos mientras su cerebro buscaba un asidero. ¿Eran Sia y Lulu las responsables de que Max se hubiera puesto en contacto con Vadim, generando de ese modo una excusa para el viaje? Quizá fuera su manera de organizar inteligentemente una visita.

—¿Este fin de semana, por ejemplo? —preguntó.

52

St. Ives

Se reunieron otra vez en la casa de St. Ives. Frente a las dosis de entusiasmo por las que se habían distinguido las primeras sesiones de planificación, los tintes de ésta fueron fúnebres. Hacía una noche nublada, con un aire húmedo y frío. Pese a todos sus esfuerzos, Procter no logró que las luces navideñas del patio parpadeasen adecuadamente. El hecho —casual, naturalmente— de que todos vistieran de negro no ayudó a levantar los ánimos. Se sentaron alrededor de una mesa de hierro colonizada por el óxido, arrebujándose bien en sus abrigos contra las ráfagas esporádicas de viento llegado del mar. Quien no parecía afectada por el clima era la jefa, que ni siquiera se subió la cremallera de su chaqueta de cuero negro. Tras calentarse las manos con su aliento, Sia se metió la izquierda, que temblaba, en el bolsillo.

El primer punto en el orden del día era la llamada que le había hecho Vadim a Max dos días antes para invitarlos a él y Sia a otra visita a RusFarm. Max explicó que el tono había sido extraño, obsequioso, con disculpas por la confusión de la otra vez con *Penelope*. Vadim proponía que volvieran para recoger la yegua y hablar de negocios. Max dijo que se le había hecho raro tener una conversación completa con el ruso sin llevarse la impresión de que era un gilipollas.

—Y lo más raro de todo fue que se brindara a devolver mi caballo.

—¿No lo habrá hecho a petición de Anna? —dijo Sia—. Está claro que es una manera limpia de hacernos volver después de la señal de emergencia que mandó ella.

Max arqueó una ceja.

—La verdad es que no me lo imagino haciéndole caso a nadie.

—Igual esta vez le ha pegado ella una paliza —intervino Procter—. Razones no le faltan.

Sopló una ráfaga de viento por el patio. Era mejor, dijo la jefa, que entraran para seguir hablando de las comunicaciones. Fue entonces cuando a Max se le pasó por la cabeza algo inquietante: la posibilidad de contarle a Procter la operación de Anna contra Sia en su última visita, concretamente el lanzamiento de un cadáver contra el parabrisas de un coche en movimiento con los objetivos de asustar, chantajear y controlar. No obstante, Sia estaba convencida de que Anna iba de frente, y Max, en líneas generales, la creía. Por otra parte, aunque le quedaran ciertas reservas, supuso que en Suiza le habían hecho un polígrafo a la rusa, de modo que probablemente fuera de fiar.

Durante los preparativos de la segunda visita a la Ródina se le habían repetido sin parar en la cabeza las palabras de su padre: «En eso nos parecemos, Maximiliano: crees que si te niegas quedarás al margen, como un jinete mexicano anónimo, un civil.»

Pues bien, estaba —o mejor dicho estaban— escondiéndole información a Procter, y a la CIA. Era un paso trascendental. Sólo se podía dar marcha atrás con una confesión, la cual exigiría un castigo; y ese castigo, sospechaba Max, sería cortar sus relaciones con la organización.

Convertirse en un civil.

Viejo temor que chocaba de pronto con una nueva idea: por una vez, Max le veía un extraño atractivo a la vida de civil. Eran como cantos de sirena. Quizá así pudiera pasar más tiempo en el club de Monterrey, enseñarle la hacienda a alguna buena chica, montar juntos a caballo, participar en las carreras... y, a la

larga, demostrar que su padre no estaba en un error legándole San Cristóbal a un hijo que trabajara y se aprendiera las genealogías de los caballos, como él. ¿Le ayudaría retirarse de la CIA a honrar a su padre y su abuelo o sería fallarles? No lo sabía, pero de algo estaba seguro: de que echarse hacia atrás sería fallarle a Sia.

La idea de la retirada y de la confesión lo carcomía por dentro, cosa de lo más inoportuna durante los días previos a otro viaje a RusFarm.

En las películas, la tecnología de espionaje siempre funciona, pero el portátil con clancom que Procter había llevado desde Langley no. Estuvo varios minutos intentando acceder a la partición y hacer las comprobaciones.

—Frikis de mierda —dijo a la tercera, pero no vencida, mientras Sia leía la secuencia en voz alta para confirmársela y Procter aporreaba las teclas cada vez más enfadada.

Mandaron un cable urgente a Langley. La respuesta fue rápida: «Dadnos unas horas.»

—¡¿Horas?! —gritó Procter con incredulidad—. Pero ¿qué coño dicen? «La mejor tecnología de espionaje del mundo.» ¡Y un carajo! Anda que...

Siguiente paso: la ocultación. Procter sacó una alforja de su coche de alquiler y la depositó ruidosamente en la mesa de centro de la sala de estar, explicando que la silla en sí estaba de camino a Londres desde Langley. La sección de accesorios del departamento técnico había grabado el logo de RusFarm en el cuero rojo teja de la silla: dos caballos encabritados en direcciones opuestas, con tres coronas sobre las cabezas, como homenaje a la doble águila rusa. El cuero era de una tenería de Monterrey. Procter enseñó cómo se abría el compartimento escondido en una de las bolsas: tirando de una hebilla se activaba una polea oculta que soltaba una barra. Luego se apretaban con los dedos tres cierres metálicos ocultos: un ligero chasquido y, tirando de una pestaña de cuero,

aparecía un compartimento hecho especialmente para el miniportátil Asus de repuesto.

Al practicar un poco, Sia temió que las manos de Anna fueran demasiado pequeñas para presionar los cierres, pero Procter lo hizo tres veces con las suyas, muy menudas. De todas formas, como no se podía dejar nada al azar, Sia despachó otro cable a Langley, esta vez para pedir una medición exacta de la mano de Anna a partir del vídeo de contravigilancia de Suiza. Así podrían compararla con la de Procter.

En espera de las respuestas, Procter cogió una carpeta y propuso salir al porche a respirar aire fresco.

—Exfiltración —dijo Procter. Había cogido una piedra suelta de la base del muro para usarla de pisapapeles en una foto por satélite de RusFarm—. Lo estamos preparando desde hace semanas, y ya disponéis los tres, Anna incluida, de las rutas de escape siete, ocho y nueve. Ha habido que hacer una limpieza, por la barbaridad de vigilancia que había en vuestra última visita.

Señaló un adhesivo azul pegado en el extremo norte de la finca.

—Esto es lo mejor que podemos hacer sin arriesgarnos a que estalle la Tercera Guerra Mundial. Con lo grande que es el sitio ese, cuesta situar activos de apoyo, pero aquí... —Dio un puñetazo al mapa—. Aquí podemos tener algo preparado durante vuestra estancia. Por si acaso.

—¿Y qué hay aquí? —preguntó Sia señalando donde se había estampado el puño de Procter—. Pasé cerca con Anna, a caballo, y no vi edificios ni caminos, sólo bosque.

—Una línea de alta tensión —contestó Procter deslizando un dedo por el mapa—. Va en paralelo al borde norte de la finca. Será donde se pongan los SCORPION, los activos de apoyo. Tienen una furgoneta que vendría a ser de Rosseti Lenenergo, la compañía eléctrica de la zona.

—¿Cómo que «vendría a ser»? —preguntó Max.

—Pues que tienen una furgoneta —repuso Procter—, y que ésta no le llamará la atención a nadie. Los SCORPION son finlandeses, más concretamente carelios. Carelia, su patria (o lo que sea), está dividida entre Rusia y Finlandia y queda a unas diez horas en coche de RusFarm, hacia el norte. Pueden entrar y salir de Rusia y odian a los putos rusos. Genial, vaya. —Volvió a mirar el mapa—. Aparcarán en esta vía de servicio. No sabrán cómo os llamáis ni qué cara tenéis, pero sabrán que, si se les acerca alguien diciéndoles que necesita ir hacia el norte tienen que llevárselo. Y también pueden cortar el suministro eléctrico en caso de necesidad.

Estudiaron los mapas debatiendo itinerarios en coche, a pie y a caballo. La nieve podría ser un problema. Meterían botas y parkas gruesas en el equipaje.

Acordaron una clave: para cualquier señal a Langley usarían la palabra «melancolía».

—Si tuviéramos problemas —dijo Sia—, no podríamos llegar hasta la línea eléctrica.

El viento que soplaba en el patio la había despeinado. Se apartó los rizos negros de la cara.

—Ya —respondió Procter alternando miradas a sus dos agentes; el borde del mapa temblaba por el viento—. Pues no los tengáis.

Mientras seguían esperando a que Langley les mandara la secuencia de teclas abrieron una botella de riesling y comieron pollo tikka masala en cajas de cartón. Entre sorbos generosos de vino, Sia decidió hacer la pregunta que la corroía desde Suiza.

—Jefa, ¿usted qué cree que le pasará a PERSÉFONE cuando se acabe todo?

Procter apartó la comida y se quedó con las manos en los bolsillos, viendo balancearse las palmeras con el viento. La brisa volcó un envase vacío de pollo

tikka masala.

—Nada bueno —dijo—. A diferencia del caso de Vadim, en principio los rusos no deberían tener pruebas concluyentes contra ella, pero bueno, tengo clarísimo que les dará igual. Querrán hablar de muchas cosas, y muy agradable no será. Ella es consciente, claro; aunque esté mal de la cabeza, en algún rinconcito del cerebro tiene claras las consecuencias, pero bueno, no estará de más que se lo recalquéis al verla. Llegado el momento sería de sentido común la exfiltración.

Se quedaron escuchando el rumor lejano de las olas. Procter los miró un momento, y Sia se extrañó de ver un brillo de incertidumbre en sus ojos verdes.

El brillo desapareció de golpe.

—En todo caso —dijo la jefa—, la investigación del FSB se centrará en vosotros dos. En este caso tampoco tendrán pruebas tangibles, pero sospecharán. ¡Coño, si vuestra relación con Vadim y Anna empezó cuando faltaban pocos meses para que se armara la gorda! Puede acabar de muchas maneras, pero yo creo que habrá que ser muy cuidadosos con las repercusiones. Lo de esta operación no es un polvo, es un embarazo en toda regla. Y los responsables sois vosotros dos.

Max iba picando restos de pollo sin apartar la vista del fondo del envase. Viéndolo así, con la mirada baja, Sia tuvo la impresión de que se estaba concentrando al máximo, como si reducir todo el mundo al envase fuera la única manera de no ser engullido por él. Miró el cielo nocturno pensando en lo mucho que había disfrutado de St. Ives antes de la operación, y en que si salía indemne ya no volvería.

En el terminal de Sia había dos cables esperando. El primero contenía las medidas de la mano de Anna, con una regla borrosa que confirmaba que las de Procter eran más pequeñas, dato que, a la vez que de vital importancia para la

misión, fue causa de desasosiego en la jefa, haciéndola murmurar que a las suyas no les pasaba nada malo. En el segundo cable se disculpaban por la cagada de la secuencia de teclas y facilitaban otra, que funcionó.

—Buf —dijo Procter—. Me cago en la leche.

Hizo falta una hora entera, agotadora, para memorizarla. Una pausa para otra copa de riesling y siguieron: treinta y una veces más hasta sabérsela. Sia le repitió la secuencia a Procter en voz alta otras seis veces, mientras la jefa se acababa la segunda caja de pollo y se zampaba cuatro galletas.

Las dos de la madrugada, Procter estaba satisfecha, además de electrizada y sin gota de sueño, a pesar del vino y de la perspectiva de cinco horas en coche hasta Heathrow para el vuelo de vuelta a Estados Unidos. Bajó por la escalera, haciendo chocar la maleta con los peldaños, y entró en la cocina, donde Sia y Max estaban recogiendo.

—La operación ya tiene vida propia —dijo Procter—.Cuando en Moscú se arme la de Dios es Cristo estaremos todos implicados, y lo más duro es que en el fondo da igual lo que hagamos a partir de este momento. Si decidiéramos retirarnos todos a la vez y dedicarnos al circo, nuestras huellas dactilares seguirían estando por todas partes. Vosotros dos habéis estado en Rusia, y en México con Anna y Vadim. Mi nombre sale en todos los cables de Langley. Queramos o no, estamos todos metidos hasta las cejas. Hemos ido dando nuestros pasitos, y ya no hay vuelta atrás.

—Podría pararlo la Casa Blanca —señaló Sia—. Sólo tendrían que suspenderlo.

—¿Tú se lo aconsejarías? —preguntó Procter.

Sia metió un plato en el lavavajillas, cogió una copa de vino, la puso en el fregadero y se volvió hacia la jefa.

—No —contestó.

—¿Y tú? —dijo Procter mirando a Max, que negó con la cabeza—. Yo tampoco.

Repartió apretones de manos y abrazos. Ánimo, que ya casi está. Luego la jefa

sacó la maleta por la puerta y desapareció en la noche.

La partida de la jefa desató una lluvia torrencial. Un trueno despertó a Max, que se quedó escuchando la tormenta sin apartar la mirada del techo. No pensaba en nada y a la vez pensaba en todo, sin que su cerebro pudiera detenerse más de unos segundos en una misma idea.

Casi no había llegado a sus oídos el crujido cuando ya se incorporó, apoyando la espalda en el precario cabezal. Un relámpago iluminó la silueta de Sia en la puerta. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta. Carraspeó, cruzada de brazos.

—¿Te apetece? —preguntó.

Estaban bien compenetrados, y no sólo en lo profesional. Max se adelantaba a sus deseos: dónde querría las manos, cómo acompañar sus movimientos... En cuanto la tuvo a su lado en la cama adivinó que no quería quitarse la camiseta, ni llegaba con ganas de besos, aunque correspondiese a su primera y única tentativa.

—¿Qué quieres? —preguntó Max.

La respuesta de Sia fue montarse encima de él. Max sabía que le gustaba que la aferrase de las manos, y que a veces le aguantara los hombros para poder subirse a la ola del placer con un balanceo de caderas. No era nada forzado, ni mecánico, pero tampoco apasionado. Hasta subida en él, piel contra piel, mezclados los sudores, estaba demasiado lejos. Mientras Sia echaba la cabeza para atrás, con un vaivén de caderas y un rebote de rodillas al compás de los crujidos de la cama, Max tuvo la curiosa idea de estar desempeñando el papel de aplicador de crema solar, rascador de espalda y subidor de cremalleras de vestidos. Si te gustaba la chica, como a él, tenía su gracia, pero era ante todo práctico. Una mujer con cosas que resolver.

Luego se quedaron pegados en la cama, escuchando la tormenta. El aire tenía un olor dulce.

Fue Sia quien rompió el silencio.

—Alucino de lo que estamos haciendo —dijo medio susurrando, sin despejar la duda de si lo decía en un contexto carnal u operativo.

—Yo igual —fue la respuesta de él, válida para ambos.

Vio en la penumbra que los ojos de Sia lo invitaban a entrar en casa, en la caótica morada de su mente, cuyo estado daba un carácter aún más íntimo al gesto. «Mira», decían. Max contempló el suelo gastado, la pintura desconchada y los platos amontonados junto al fregadero. Estudió la presencia femenina en la sala de estar, con los brazos en jarras, una mujer que se encogía de hombros como si dijera: «Esto es lo que hay. ¿Te quedas o te vas?» Se le ocurrían varias cosas que decir, pero lo único que hizo fue cogerle la mano y seguir sus líneas con el dedo. Se pusieron de cara a la ventana, acribillada por la lluvia, y luego, sin palabras, enlazaron sus cuerpos encima de la sábana en espera de que la tormenta dejara de bramar, diluyéndose en el sueño.

QUINTA PARTE

Predátel («Traidor»)

53

San Petersburgo; RusFarm

El descenso del avión hacia la pista de aterrizaje de Púlkovo puso fin al paréntesis de inmovilidad del que había gozado la mano izquierda de Sia durante las primeras horas del vuelo. Iban en un Dassault Falcon x7, cortesía de Vadim, que lo había mandado a Londres para recogerlos. Una ofrenda de paz. Sia miró de reojo el compartimento superior donde estaba la maleta que contenía la alforja que a su vez contenía el portátil que haría que acabaran en la cárcel, torturados y con una bala en el cuerpo si al agente de aduanas de Púlkovo le daba por pensar que el dinero de Agápov ya no valía o, bien mirado, no era suficiente.

La azafata abrió la puerta al invierno. El piloto canturreó algo inaudible por el altavoz, sin duda una versión de «bienvenidos a San Petersburgo». Se pusieron los abrigos. Max sacó la caja de la alforja mientras las azafatas juntaban el resto del equipaje, incluida la silla de montar. Emergieron del avión por la escalera con el entusiasmo con que ingresan en la cárcel los recién condenados. Un agente de aduanas totalmente inexpresivo cogió sus documentos en la pista. Sia abrió su boca en una gran sonrisa, tratando de ignorar la sensación de pánico de estar siendo enterrada viva. Tras un vistazo rápido a los papeles de los dos, y una mirada larga y penetrante, el agente hizo un gesto seco con la cabeza y devolvió los pasaportes a Max, porque Sia tenía las manos dentro de los bolsillos de su abrigo.

En el área de estacionamiento había un Mercedes negro escupiendo gases, con Vadim y Anna al lado. No se veía ningún chófer. El toque personal. Raro, por no decir desconcertante. Las azafatas tiraron las bolsas y la silla empaquetada en la parte trasera. Al ver a los rusos, Sia tuvo ganas de salir corriendo, pero sonrió efusivamente, como una invitada agradecida y expectante. A partir de ahí todo fue un intercambio de mentiras.

—Qué bien teneros otra vez aquí —le dijo Vadim a Max con una palmada brusca en el hombro.

—Igualmente, Vadim, igualmente —dijo Max, que estrechó su mano exangüe antes de besar a Anna en las mejillas.

—Dios mío, Anna, pero qué guapa estás —dijo Sia aguantándose el miedo—. Guapísima.

Besos a los dos rusos.

Sin embargo, la mayor mentira de todas fue la de Anna.

—Bienvenidos a San Petersburgo —dijo.

Bienvenidos a Rusia.

Cuando el Mercedes cruzó la verja de púas, metiéndose a gran velocidad por el camino oscuro y bordeado de árboles que llevaba a la casa principal, Sia captó vagos efluvios de humo y petróleo que flotaban amenazadores en el aire.

Fuera ya del bosque, con la casa a la vista, fue asaltada por un miedo atávico que nunca había sentido. No fue una sensación emocionante ni vertiginosa. No era la euforia del adicto a la adrenalina, sino el negro terror del prisionero al que lanzan atado y vendado al sótano de un loco.

Aparecieron en la escalinata varios mozos que bajaron raudos a llevarse el equipaje. Max les indicó que dejaran la silla empaquetada en el compartimento de *Penelope*. Al salir del coche, Sia se sorprendió de que su cuerpo se prestara a caminar. Más tarde, sentada en un gran sofá redondo de uno de los salones, oyó brindar a Vadim con champán y dio conversación entre vanos esfuerzos por no

sentir las náuseas que parecían deslizarse por su cuerpo. Había perdido la noción del tiempo. Era como si el mundo sólo diera vueltas alrededor de la casa. Anna, que estaba mirando su reloj, le dio un codazo que la devolvió a la realidad.

—Sia, si queremos montar hoy tendríamos que salir ya. El cielo está despejado y quedan pocas horas de luz.

—He traído algo —dijo Sia, quizá un poco demasiado fuerte, mientras se apoyaba en una silla para no perder el equilibrio.

Subió tambaleándose al primer piso, donde se negó a mirar nada oscuro: el jinete mongol del cuadro, la cama gigantesca donde habían actuado para las cámaras... Había llevado un lazo rojo para la alforja, pero al aplicar el adhesivo con dedos sudorosos no se le quedó enganchado, así que desistió y volvió al salón con la alforja sin decorar. Le dijo a Anna que la silla en sí estaba en la cuadra, pero que no había podido esperar a darle la alforja. Sentía un nudo tan grande en la garganta que estuvo segura de que se le veía.

—Qué bonito —dijo Anna, acariciando el logo de RusFarm antes de probar el tamaño del bolsillo con una botella de agua de acero inoxidable que le llevó un mayordomo de la cocina—. Perfecto —dijo.

En el establo, Sia aparejó su yegua y le pusieron a *Penelope* la nueva silla. Sia tuvo un momento de pánico al ver que Anna empuñaba con fuerza un cuchillo de herrador para aplicarlo al logo de RusFarm grabado en relieve en el cuero de la alforja. Se dijo que no estaba conectado de ninguna manera con el dispositivo de ocultación, y que seguro que no le pasaría nada. «Por favor, Dios mío, que no le pase nada...» Anna fue pasando la cuchilla por el cuero grabado hasta que consiguió soltar algunos trozos, desfigurando el logo. Los tiró a un montón de estiércol, que arrojó al fango con una patada, y luego escupió encima. Un mozo se acercó, pero Anna le hizo señas de que se marchara y salió de la cuadra con *Penelope*, seguida por Sia con su yegua.

Ensillaron y trotaron hacia el norte, hacia el bosque de abedules y la línea de alta tensión en la que Sia prefería no pensar. A sus espaldas, la mansión y los cobertizos dejaron paso a campos alfombrados de nieve y hielo bajo el viento. El

débil sol de invierno había salido pocas horas antes, y no tardaría muchas más en volver a ponerse. Espolearon a las yeguas colina abajo, hacia el principio del bosque, y recorrieron en silencio varios trechos de tierra negra helada, bajo troncos cortados de abedul y pino. Encontraron un arroyo de agua cuajada en hielo verde. Pese a no ser el mismo recorrido que el último (y nefasto) que había hecho Sia por RusFarm, reavivó el recuerdo con todo detalle. ¿Podía fiarse de Anna? ¿Los estaban vigilando? Llevaban una hora de paseo y empezaba a preguntárselo.

Chernov observaba a las dos jinetes por la cámara de un dron de vigilancia del FSB, un Orbiter UAV comprado una década antes a los israelíes. Sin ser nuevo, tenía capacidad para las cámaras y transmisores necesarios, su motor eléctrico era silencioso y podía alcanzar casi tres mil metros de altura, manteniéndose en su sitio bastante más de tres horas, tiempo de sobra para filmar el extraño paseo a caballo.

Chernov había llevado a varios agentes a la granja: los operadores del dron, un pequeño equipo de vigilancia y Daniil y Arkadi, por si hacía falta ayuda en trabajos pesados. Se habían apropiado de unas antiguas dependencias administrativas, un bloque de hormigón cerca de donde se acababa la finca, a buena distancia de la casa principal. Chernov, que había barajado detenerlos a todos en Púlkovo, se planteó la posibilidad de bajar de sus caballos a las dos mujeres.

El desagradable episodio del novio, sin embargo, había cambiado su opinión sobre Anna Agápova. Era una mujer dura, de las que no confiesan ni aunque lo requieran sus pecados. Chernov podía encerrarla, y hasta arrancarle dedos y uñas, pero en última instancia sería inútil. Hay gente que no se somete, y Anna era de ésas. Si la llevaban a Butirka y la obligaban a presenciar el descuartizamiento de su padre, los mandaría a la mierda sin pestañear. Chernov

había mirado muchas veces las grabaciones de seguridad del piso de Ostozhenka la noche del descubrimiento del brazo de su amante. Cuánto odio en sus ojos... Ya lo había visto antes, en Chechenia, Beslán y Siria. Un odio así, tan puro, era difícil de doblegar. Prefería esperar a ver en qué estaba trabajando con la abogada. Entonces movería ficha.

Las dos mujeres se pararon al principio del bosque de abedules. Mientras el dron daba vueltas, Chernov examinó el mapa. Su dedo se paró en la carretera más cercana a los caballos: mucha distancia para los micros parabólicos. Encendió la radio y llamó al equipo de vigilancia para darles las coordenadas.

—Id por la carretera del norte —les dijo—, la que pasa al pie de las colinas. Arriba hay una línea de alta tensión.

Anna detuvo a *Penelope*. Sia le dio alcance. Anna no apartaba la vista del claro de enfrente, donde había un estanque cubierto de hielo y rodeado de paja muerta, aplastada contra el suelo por el viento.

—¿Dónde queda la carretera más cercana?

Anna señaló con la mandíbula hacia el norte, donde estaban las colinas.

—Vamos a meternos más en el bosque.

Trotaron unos minutos entre los abedules, cada vez más densos, hasta que Anna se paró.

—Te hemos traído comunicaciones nuevas —dijo Sia bajando de la yegua y haciendo crujir la nieve con los pies.

Al ver que iba hacia *Penelope,* Anna puso cara de curiosidad.

Sia levantó la vista hacia ella.

—Deberías desmontar.

Anna obedeció con un esbozo de sonrisa. Sia abrió uno de los bolsillos de la alforja, sacó los vasos telescópicos de acero inoxidable y presionó los tres cierres. Luego le hizo señas a Anna de que mirara dentro. Movió la solapa de

cuero que aún estaba dentro del bolsillo. Finalmente la sacó, dejando el portátil a la vista.

—Es igual que el otro —dijo.

—¿Cómo se abre el compartimento? —preguntó Anna.

Sia se lo enseñó. Anna se quedó mirando el portátil hasta que se mordió el labio y cerró el compartimento.

—Lo que es diferente es la secuencia de teclas —dijo Sia—. Por problemas técnicos. Tenemos que practicar.

—¿Se puede ver mejor? —le preguntó Chernov al operador del dron.

—Lo intentaré. Se han metido mucho entre los árboles.

Chernov llamó por radio al equipo de vigilancia.

—El audio es una mierda —dijo el jefe—. Están muy lejos.

—Bueno, da igual, tú mándalo —dijo Chernov.

Clicó en la señal de audio que entraba en el ordenador. Era Anna quien hablaba:

—Espacio... control... —Una pausa, y luego—: Otra vez. Jota... enter...

Y así un buen rato, entre chisporroteos de estática y ruidos ininteligibles. Chernov se rascó la calva. «Qué raro.»

Miró la señal de vídeo en la pantalla del operador del dron.

—¿Qué hacen?

—No lo sé. Están al lado de los caballos. Igual se han parado a beber.

—Espacio... control...

Rarísimo.

Después de quince veces, a Anna le pareció que ya se lo sabía. Abrió y cerró el compartimento una vez más para asegurarse. Luego acarició las costillas y el hombro de *Penelope* mirando las colinas del norte.

Le daban una sensación eléctrica en la columna vertebral, como de pequeñas chispas. Hizo crujir la mandíbula antes de montar y quedarse mirando el pálido sol de aluminio a lomos de *Penelope*. Sia ya iba hacia el norte, hacia el final del bosque, donde empezaban los pastos.

—Vamos por aquí —le dijo Anna mientras espoleaba a *Penelope* hacia el sur —. Por dentro es muy bonito.

Se internaron aún más en el bosque, rodeando el estanque hacia una elevación cubierta de árboles y rocas. En la base había un saliente abrupto. Desmontaron. Anna creyó advertir un temblor en la mano con que Sia le daba unas palmadas al caballo. ¿También había notado algo? Anna echó brandy en los vasos. Se sentaron en las rocas de debajo del saliente y se miraron un momento. Anna sintió un atisbo de camaradería con esa mujer a quien la unía el siniestro mecanismo que habían puesto en marcha entre las dos.

—¿Por aquí tenéis a alguien? —preguntó Sia en voz baja.

—No —dijo Anna.

Se quedaron otra vez calladas. Se oyó el ruido lejano de una rama rota. Acto seguido Anna creyó distinguir un zumbido casi imperceptible, que quizá llegara del cielo.

—Aquí no creo que nos oiga nadie —dijo—, pero no deberíamos quedarnos mucho.

Las facciones de Sia se tensaron.

—Si alguien te ha visto practicando...

Anna se acabó el brandy de un solo trago, quemándose la garganta.

—Si me han visto ya estamos las dos muertas.

—¿Usted qué dice, jefe? —preguntó Daniil.

El equipo del FSB miraba fijamente las imágenes mientras el dron seguía dando vueltas. Las dos mujeres se habían metido entre las rocas.

Los micros parabólicos sólo transmitían estática.

—Igual están liadas —dijo Daniil arrugando pensativo la nariz—. Una escapada entre las rocas y la nieve. Su marido la odia, y ella a él también. Nunca se sabe.

Chernov pensó que se había encontrado por casualidad con algo mucho más interesante que una abogada corrupta vendiéndole secretos de su jefe a un rival. A menos que estuvieran las dos liadas —cosa que descartaba de antemano—, no se le ocurría ningún motivo para desviarse por el bosque. No, la excursión no tenía sentido. Ahí había algo más que Agápov y su hija buscando el dinero perdido. Olía a maldad, a pecado. A traición.

54

RusFarm

Anna daba vueltas a una piedra lisa entre los dedos. La dejó caer.

—¿Cuándo empezará? —preguntó.

—En dos o tres semanas.

—Demasiado tiempo. ¿Qué esperáis?

—Más información. Cuando inicies sesión en el ordenador te encontrarás un mensaje con algunas otras cosas que necesitamos: direcciones, números de teléfono... Hemos estado discutiendo con nuestros abogados qué podemos hacer y qué no. Y a quién. Tenemos unos cuantos objetivos nuevos.

Anna asintió, aunque se le veía el nerviosismo en la cara.

—Mírame —le dijo ésta—. Mírame bien.

Sia la miró a los ojos.

—Yo esto lo hago porque quiero al Ganso muerto o lisiado —dijo Anna—. Quiero ver a mi padre en libertad, y que desaparezca Vadim de la circulación. Así de simple. ¿Puedes darme garantías de que la operación tendrá ese resultado?

—Puedo darte garantías de que se pondrá información comprometedora en manos de las autoridades rusas. Ahora bien, lo demás... Anna, por favor, sabes tan bien como yo que garantías no hay.

Anna ponía cara de tener preguntas, pero no las hizo. Por los árboles se movían pájaros negros. ¿Había alguien o algo cerca?

—Quiero que repasemos juntas la ruta de exfiltración —susurró Sia.

—Ya te dije que no en Suiza —replicó Anna—. No me vengas otra vez con el puto tema este, Sia.

Sia había estado tan volcada en la conversación que hasta entonces no se había dado cuenta de que su mano temblaba con más fuerza. La apretó. Qué irritable, la rusa... Se hizo un silencio incómodo, durante el que Anna se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. Con la luz, Sia vio en su pelo rubio algunas hebras grises en las que no había reparado antes. Anna parecía exhausta, con profundas ojeras.

—Anna —dijo Sia con suavidad—, ¿te ha pasado algo?

A la rusa se le encendieron los ojos. Estuvo un buen rato sin hablar.

—Me quitaron algo —dijo finalmente.

—Cuéntame qué —susurró Sia—, o quién. Por favor. Tenemos tan poco tiempo...

—Tenía un amante —dijo Anna—, y Ganso lo mató. Lo mató su perro, Chernov. Lo mataron entre todos.

El viento se llevaba sus palabras. Sia pensó en irse directa al avión. Subir al coche y salir pitando hacia Púlkovo.

Anna se levantó.

—Seguro que te estás preguntando si mi información es válida. ¿No será que tengo un trauma emocional? ¿No seré una niña trastocada? —Dio una patada a una piedra—. Pues diles a vuestros psicólogos que no me toquen las narices, ¿vale? Nunca había estado tan segura de nada. Tenemos el camino despejado.

«Vuelvo a la casa», pensó Sia. «Recojo a Max y decimos que ha salido algo urgente. Que se ha muerto su padre. Cualquier cosa con tal de poder ir al aeropuerto.»

—Lo siento mucho, Anna —dijo midiendo sus palabras con escrupulosidad de abogada—. Espero que nuestra colaboración pueda ayudarte a encontrar algo de paz.

Anna hizo una mueca.

—He conocido el amor dos veces en mi vida: con mi madre y con él. Ahora ya no tengo a ninguno de los dos. Me los han quitado. Tengo cuentas que saldar. Estoy buscando varias cosas, Sia, pero lo que es la paz... pues no es una de ellas, no. La paz querría decir que ganan ellos, y quiero ser yo la que gane.

Pusieron rumbo al norte por el prado que llevaba a la cuadra. Atardecía, y las colinas proyectaban sombras opacas en los campos. En el cielo brilló algo, un fantasma que se deslizaba por la urdimbre gris de las nubes.

Y Sia, finalmente, lo supo.

Tuvo frío y calor a la vez. Olía el sudor que le corría costillas abajo.

Cuando colgaron los aperos ya era casi de noche. Varios caballos asomaban la cabeza por las aberturas de las puertas. Sia arrastró a Anna hacia el compartimento de *Penelope,* que las miró con cara de extrañeza mientras masticaba el pienso de la noche. Sia acercó su boca a la oreja de Anna.

—Nos tienen vigiladas —susurró—. Necesitamos un plan ahora mismo, Anna.

Flotando en las alturas, el dron captó la imagen de las dos mujeres saliendo de la cuadra y yendo hacia la casa. Chernov activó las cámaras de la mansión. La abogada subió a su cuarto y encendió la ducha mientras Anna iba a un despacho del piso de arriba que no estaba cubierto por las cámaras. *Bliad.* Mierda. Chernov volvió a poner a la abogada. En una mano tenía el móvil, y con la otra probaba la temperatura de la ducha.

—Hola, Rhonda, soy Sia. Sí, sí, todo bien; el tiempo un poco tristón, pero la compañía buenísima, genial. Te llamaba para saber cómo han ido esta mañana las reuniones de lo de Acton. ¿Me podrías hacer un breve resumen, si eres tan amable?

Escuchó e hizo un par de preguntas. Luego se desnudó y entró en la ducha.

Chernov activó las cámaras del pasillo, en la entrada del despacho. La puerta estaba cerrada, y Anna dentro. ¿Qué hacía?

55

Palo Alto

En Palo Alto había llovido un poco, pero sin que se enterase nadie, porque los TROJAN habían tapado las ventanas del centro de mando de WeWork. En la papelera había un bote vacío de regaliz Red Vines. En una mesa se exhibía con orgullo su relevo, junto con un vaso gigante de café con sabor a cereza y unas cuantas bolsas de Twizzlers. En un rincón donde no daba la luz se entreveía el bate de béisbol firmado de Procter, que lo cogió y se acercó con él al brillo azul de una pantalla delante de la cual Snake, sentado y con las manos en forma de triángulo frente a la boca, pulsó solemnemente el botón de reproducir.

> *Hola, Rhonda, soy Sia. Sí, sí, todo bien; el tiempo un poco tristón, pero la compañía buenísima, genial. Te llamaba para saber cómo han ido esta mañana las reuniones de lo de Acton. ¿Me podrías hacer un breve resumen, si eres tan amable?*

A partir de ahí, durante dos minutos y veinticinco segundos de conversación, Sia usaba su torpe clave para hacerles saber que había vigilancia hostil y activar la exfiltración. Procter notó que su tono era tenso y crispado y sus manos de gnomo apretaron con fuerza la madera de fresno del bate.

Pensó en llamar a Bradley, pero de momento lo descartó. Se bebió de golpe medio vaso de café de cereza y se limpió la boca. No tenía sentido.

—Que los SCORPION corten la luz —le dijo a Snake—. Y diles a los puñeteros finlandeses que estén preparados para tres personas.

56

RusFarm

Anna cerró de un portazo el despacho del piso de arriba de RusFarm. No se oía nada en toda la casa, clara señal de que Max y Vadim aún no habían vuelto de la caseta de baño. Se movió deprisa, sin saber de cuántos efectivos podía componerse el grupo ni qué intenciones albergaba. Los vigilantes sólo podían ser hombres de Chernov. «Están trabajando con Vadim», pensó. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Tenían las cámaras. En el despacho había una segunda puerta que daba a otro pasillo, conectado con el aparcamiento de grava para el personal. Normalmente dejaban las llaves en los coches. Llamó a Vadim y le salió directamente el contestador. Cabrón...

Abrió de golpe el armario de las armas. Después de comprobar que estuviera puesto el seguro, metió un cargador en el MP-443 y se lo guardó en el bolsillo de su *dublionka*. También se llevó otro cargador, por si acaso. Luego encontró un cartucho suelto de ocho milímetros en una caja y cargó la pistola pintalabios, antes de esconderla en el bolsillo interior del pecho de su abrigo. No tenía seguro. La orientó hacia abajo, lejos de la cabeza.

Salió rápidamente del despacho y recorrió el pasillo hasta el aparcamiento, donde encontró un Land Cruiser: cerrado. Otro: también. Un BMW negro mate con el logo dorado de RusFarm en las puertas delanteras: abierto y con las llaves en el portavasos. Había peligros en todas partes. De momento, sin embargo, sólo vigilaban, esperando. ¿Qué esperaban? La respuesta llegaría moviéndose.

Pisó a fondo el acelerador, haciendo derrapar el BMW por el hielo del camino de acceso. Primero averiguaría si la vigilaban. Si no era así, o si lograba generar algún paréntesis, volvería a buscar a Sia y Max. Fue hacia la carretera del norte. No la seguía nadie. No había luces ni controles. En cuestión de minutos se quedó sola en la oscuridad de la carretera, sobre la que se cernían como acantilados las hileras de pinos y abedules. Llamó otra vez a Vadim: buzón de voz. Los faros del coche iluminaron dos ciervos cruzando la carretera. Lanzó miradas hacia la cuneta por si había más.

Había empezado a neviscar. Dejó el móvil y se aferró al volante durante unos kilómetros mientras pensaba en el problema. Era todo muy confuso. No veía el desenlace. Nevaba mucho y deprisa. No se veía ni la carretera.

Justo en un cambio de rasante los faros inundaron de luz unos ojos dorados. Anna pisó el freno a la vez que aporreaba la bocina. Dos ciervos salieron disparados. El tercero no. El coche chocó con el animal, que cayó al suelo, deslumbrado.

—Mierda, mierda —murmuró Anna.

Puso marcha atrás y se apartó de la carretera vacía sin airbags ni luces de advertencia. El motor seguía encendido, y la calefacción en marcha. El ciervo, que era hembra, intentó levantarse y se cayó. Lo intentó otra vez, pero tenía destrozada una pata trasera, y al no encontrar apoyo se volvió a derrumbar. Anna miró hacia los árboles.

Sabía que no habría claridad.

En adelante habría que fiarlo todo a la intuición y el instinto.

Metió la mano en el abrigo y sopesó la pistola con sus manos menudas. El día del entierro de su madre, su padre había dicho que la muerte era una liberación. Ya entonces, viendo la vehemencia con que se aferraba su padre al dolor de esta vida, a Anna le había parecido una chorrada. La cabeza de la cierva se inclinó hacia el coche. «La muerte es una liberación», oyó que le decía su padre a una niña a la que Anna ya no conocía.

—*Peezdetz* —le susurró al volante: «A la mierda con todo.»

Abrió la puerta y salió con la pistola en la mano. Su abrigo se cubrió rápidamente de esponjosos copos. Yendo hacia el animal estuvo atenta a si se percibía el ruido de un motor acercándose, pero sólo oyó la respiración entrecortada y laboriosa del animal y el crujido de sus propios pasos en la nieve.

Al bajar flotando por la capa de nubes para tener una visión sin obstáculos, el dron de vigilancia captó la imagen de Anna examinando las heridas de un ciervo en apuros. Anna le apoyó una mano en la cabeza y se puso en cuclillas para susurrarle algo en las orejas levantadas. De no haber nevado tanto, quizá el dron hubiera recogido la imagen de sus ojos brevemente cerrados como si rezaran.

Anna miró los ojos asustados de la cierva, que brillaban húmedos bajo la nieve. Después pasó los dedos suavemente por su nariz, su hocico y su cabeza.

Acto seguido, como si hubiera visto el tablero desde una nueva perspectiva, o hubiera avanzado en el tiempo, se formaron en su mente sus siguientes pasos: tierra asomando a duras penas en el horizonte, el desenlace. Acarició la cabeza del animal.

—Perdona que haya tardado tanto en decidirme —dijo.

Quizá la muerte, a fin de cuentas, sí fuera una liberación, aunque de esa clemencia ella no disfrutaría. Ella iba a ganar, a vivir.

Retrocedió, quitó el seguro y le pegó tres tiros a la cierva en la cabeza. El eco de los disparos se perdió entre los abedules. El pecho de la cierva dejó de moverse. Bajo su cabeza, la nieve se tiñó de rojo al ir perdiendo el animal la vida.

En la nieve, muy por detrás de la cierva, apareció una bruma roja con parpadeos azules. Justo cuando Anna daba media vuelta oyó flotar a través de la tormenta el murmullo de un motor, poco antes de que despuntara un coche negro

en el cambio de rasante. El coche frenó al lado del ciervo. Salieron dos hombres, ambos armados. Anna elevó lentamente la pistola por encima de la cabeza. Luego la dejó en la nieve y levantó las manos.

57

RusFarm; Palo Alto

La caseta de baño de RusFarm era tan poco acogedora como el resto de la propiedad. Max había pedido ver a *Penelope* y quizá a *Smokey Joe*, pero Vadim había insistido en que empezaran con una sauna, diciendo que sería relajante y que les daría sosiego mental para luego hablar de negocios. Sin embargo, dentro hacía tanto calor que Max sólo pudo soportar unos minutos. La piscina de agua fría le sacó todo el aire de los pulmones y le dejó los testículos como dos higos secos. A ratos, Vadim parecía concentrado, tecleando y deslizando el dedo por el móvil sin apartar la vista de la pantalla, y a ratos como en babia, dejándolo sonar. Desde que habían entrado en la caseta no se habían dicho una sola palabra. Durante el tercer paso de los dos por la sauna Max echó agua con el cucharón sobre el montón de piedras de encima de la estufa de hierro colado. Tras asomarse a la piscina, muy desangelada, se sentó en la banqueta, haciéndola crujir bajo su peso, y chasqueó la lengua.

—¿Dónde están las chicas, Vadim? —dijo rompiendo el silencio.

—Ania ha insistido en que me comportara, sospecho que por ti.

—Muy detallista, tu mujer.

—Conmigo no.

El tono de la respuesta tuvo la frialdad inexpresiva de alguien describiendo la avería de un electrodoméstico.

—¿Por qué me has invitado, Vadim?

—Para hablar de negocios.

—No hemos hablado mucho.

—Hablemos, pues.

—La yegua *Penelope* vuelve a San Cristóbal. Es de lo primero y de lo único que tenemos que hablar.

Apoyando la barbilla en las bases de las manos, Vadim miró a Max por el aire caliente con una mezcla de pesadumbre y regocijo.

—De eso que se encarguen los abogados. Nosotros podemos ser sensatos, ¿no? Y hasta dignos, que por algo las carreras de caballos son un deporte de reyes. Pelearnos sería rebajarnos, Max.

Max sonreía, pero el humor no se extendía hasta sus ojos.

—Yo creo que es lo único que nos queda, pelear.

El comentario le valió una gran sonrisa, antes de que una nube de vapor ocultara a Vadim como un velo. Cuando se despejó, la cabeza del ruso se había vuelto hacia el suelo.

—¿Te puedo contar algo que me parece interesante?

Max escupió y se lo quedó mirando.

—De niño no vivía en esta granja —dijo Vadim—, pero hasta yo sé cuándo se avecina una tormenta. Lo noto antes de que la aviste el radar. No me he criado en estas tierras, como tú en San Cristóbal, pero entre ellas y yo hay una conexión, y me hablan. Sé, por ejemplo, que viene una tormenta de nieve. Llegará esta noche. Y te juro que no le he hecho ni puto caso al pronóstico del tiempo. La presión está cambiando. Hay cada vez más humedad, y una especie de olor metálico. ¿Lo notas? ¿Lo hueles? Dímelo, Max.

—Coño, Vadim, que estamos en una sauna... Tanta sensibilidad no tengo.

Vadim se rió sin ganas, mirándose las rodillas.

—Hoy quieres montar a *Penelope*, ¿no? Antes has dicho que querías ir a la cuadra.

—Con una tormenta de camino quizá no.

Vadim se ajustó la toalla en la cintura, cruzó la sauna y arrancó un crujido a la

banqueta al sentarse junto a Max.

—Con mal tiempo es prudente no montar. —Le apretó el hombro y le estampó una palma húmeda en la base de la espalda—. Y como tú eres prudente, Max, no entiendo que hayas vuelto.

—Me invitaste tú.

Las manos del ruso se movieron agitadamente.

—Sí, sí, claro, pero sabes tan bien como yo que debajo de la superficie flotan cosas más profundas que una simple invitación. Que tampoco es que haya sido tan simple, no hace falta decirlo. Fuerzas invisibles pero muy reales. Y poderosas. Más que nosotros, que somos peones, Max, actores secundarios de la trama. Al menos ahora. Quizá no empezáramos así, pero me temo que es como hemos acabado.

Miraba hacia delante, como enzarzado en una pelea visual con la madera nudosa de la pared.

—Habla claro, Vadim.

—Sé una anécdota muy buena sobre Napoleón. ¿Tienes ganas de oírla?

—No.

—Puede que sea apócrifa, pero a mí me gusta. Una vez le preguntaron qué rasgos valoraba más en sus generales, y ¿sabes qué dijo?

En la sala de la piscina se oyó un ruido metálico, seguido por murmullos.

—¿Lo sabes? ¿Lo habías oído? —repitió Vadim.

Pasos y voces.

Vadim tiró más agua a las piedras utilizando el cucharón. El chisporroteo del vapor se sobrepuso a cualquier otro sonido.

—Que no, Vadim, joder, que no lo he oído.

—Napoleón dijo que a sus generales los prefería con suerte. —Vadim se pasó las manos por el pelo húmedo mientras sus labios dibujaban una sonrisa siniestra —. Yo tuve la suerte de ser beneficiario de tu hospitalidad en México antes de que vinierais vosotros a RusFarm. En nuestra nochecita de lluvia se podría decir que te anotaste el primer tanto, pero sin saber a qué jugábamos ni hasta dónde

podía llegar yo para ganar. Te equivocaste, pero claro, no podías saberlo. Y ahora has vuelto. ¿Por un caballo? Qué va, ni por asomo. Me odias por haberme quedado la yegua de tu madre, pero estás aquí por esos motivos más profundos, por las cosas invisibles que tu amiga Sia cree que no veo, que no vemos. Es mala chica, Max; muy mala. Y una abogada corrupta jugando a un doble juego bastante peligroso, ¿no te parece? Primero les esconde dinero a los rivales de nuestras familias y luego intenta hacer lo mismo con nosotros. Quiere jugar a muchas bandas, pero ¿a qué juega, en realidad? Sobre eso tengo mis ideas, mis teorías, pero bueno, el caso es que habéis vuelto a caer en mi telaraña... —Empezó a dar pasos con los dedos hacia la pierna de Max—. Igual que yo caí en la vuestra, en San Cristóbal. Estas mujeres... ¡hay que ver en qué malas compañías andamos! A veces pienso que hice mal en casarme, que debería haber ido yendo de puta en puta. El costo habría sido menor que el que he pagado con mi mujer, un demonio con un corazón sin formar, el tipo de mujer que, como siempre lucha en el lado de los buenos, no tiene más remedio que matar por su causa. Matar a todos los que quiera. Si tuviera que matarnos a todos lo haría. Y puede que lo haga, amigo mío, puede que lo haga...

Los dedos se detuvieron, convirtiéndose en colmillos que se agitaban en el aire. Después, se retiraron para colaborar en la expulsión de mocos de Vadim.

Cuando una oleada de murmullos chocó con la puerta cerrada, miró a Max, que sostuvo su mirada sin pestañear, frunciendo el ceño.

—Devuélveme el puto caballo.

—No se puede aguantar el calor que hace aquí dentro —dijo Vadim.

Se levantó y abrió la puerta, por la que irrumpieron voces, un chapoteo de botas y un olor a cemento frío. Luego, la puerta se cerró. Vadim había desaparecido. Sólo quedaban los latidos en la sien de Max.

Estuvo un momento sin moverse, con un nudo de aprensión en la garganta.

—Dios mío —susurró—, Dios mío...

Se cogió la cabeza con las manos y, después de llenarse los pulmones de aire sofocante, y de ceñirse bien la toalla en la cintura, se levantó y salió de la sauna

muy erguido, estremeciéndose; pero no hubo golpes, ni bolsa en la cabeza, ni disparos, ni el fuego de un cuchillo clavándose en su cuerpo.

Sólo había dos hombres al lado de Vadim.

Llevaban parkas con forro de piel, y botas. Su mirada dura e inerte podría haber sido la de dos matarifes de un matadero industrial. Era su trabajo. Un día de trabajo como cualquier otro.

Max se quedó donde estaba. Vadim se anudó la toalla en la cintura y estiró para comprobar que estuviera bien atada.

—Yo no estoy acostumbrado a la violencia, Max. Más allá de un par de escaramuzas en el colegio sólo he matado a una persona, un peatón en Píter. La atropellé sin querer.

—Mi caballo —dijo Max—: quiero mi puto caballo.

—Cuando acaben contigo sacrificaré tu yegua; mejor dicho, mi yegua. Y tú estarás delante, si sigues vivo. Luego haré que mis cocineros congelen la carne y me la iré comiendo una vez por semana; o a diario, qué diablos. No es que la carne de caballo me guste mucho, pero ésta la disfrutaré. Me...

Sonó un fuerte suspiro metálico y se apagó la luz.

Por unos instantes, el mundo se quedó quieto.

«Si dais la señal de emergencia», había dicho Procter en St. Ives, «haremos que los SCORPION corten la electricidad para que no se vea nada por las cámaras».

Se oyeron palabrotas en ruso y pasos.

Un roce de parkas, gruñidos.

Había que moverse.

Un clic.

El haz de una linterna atravesó la sala.

Mientras Max se lanzaba hacia la puerta, se oyó otro clic, más siniestro que el primero. Anunciaba un dolor inenarrable. Sentía los músculos rígidos, le quemaban. Se desplomó en el suelo de cemento poco antes de que a su alrededor se agolpasen varias sombras. La sala estaba oscura. Veía borroso. Todos sus

tendones y músculos lanzaban destellos de dolor. Bajo la luz cruda de la linterna pudo ver unos cables que le salían del pecho.

Vadim lo llamó desde arriba: oyó su voz en medio de la oscuridad. A partir de ahí, se sucedieron explosiones de dolor en sus costillas y su pecho. Olió a sudor: era el de un ruso cuya cara sentía justo encima. Dos hombres se llevaron a Vadim, que desapareció en las profundidades de la sala.

—¡Es bistec! —oyó bramar a Vadim en las tinieblas—. *Penelope* es bistec, amigo.

Sonó un portazo.

Percibió un aliento caliente en la cara. Luego, palabras roncas y violentas en ruso, y...

A Sia la cogieron cuando no había pasado ni un minuto desde el apagón. Dos hombres. Reventaron a patadas la puerta de su dormitorio. Ella consiguió tirarle una mesita auxiliar a uno de los dos antes de que sonara el clic de la pistola eléctrica. Luego la parálisis, el aturdimiento y la pérdida de la conciencia.

Ya estaba despierta, flotando. Dentro de la capucha estaba todo negro, el mismo negro de antes en la casa, y en las cavernas de su mente inconsciente. La llevaban en andas. ¿Podía mandar una señal de auxilio a Anna, o a Langley? Su cerebro se aferró a ese problema para aislarse del miedo mientras era trasladada por varios pasillos, chocando con las paredes. No tenía ideas. La depositaron en un suelo duro. Se oyó un interruptor, pero no se encendió ninguna luz. Más palabrotas. Oscuridad. Silencio. Se preguntó qué le habían hecho a Max. Luego se puso de lado y esperó la muerte.

Procter aplastó la lata vacía de Jolt e intentó arrojarla a la basura, pero falló estrepitosamente. Snake estaba llamando a Bradley por el SVTC, el dispositivo de

videoconferencia segura, quejándose de cortes en la conexión. Procter apoyó el bate en la mesa y se abrió otra Jolt. Luego dio un golpe en la mesa y le preguntó a Georgie si ya estaba.

—Venga, tío, joder, que hay prisa.

Si alguien le hubiera puesto un tensiómetro en ese momento, no habría sido absurdo que ese alguien saliera corriendo al pasillo en busca de un desfibrilador. Ella misma (que, como los animales salvajes, sintonizaba con sus ritmos corporales sin ser consciente ni de que existían) se preguntaba si el puto corazón no estaba a punto de explotarle como una uva pisada.

Mientras los técnicos terminaban de poner a punto el dispositivo telefónico, se arreó toda la Jolt de un solo trago.

—Listos —masculló George—. Con esto parecerá que llaman desde el restaurante para confirmar sus reservas de la semana que viene. Es... —hojeó un documento— el Saint Bethany.

Con la mandíbula tensa, Procter ensayó en silencio sus frases como *maître* del Saint Bethany y, una vez satisfecha, marcó el número. Cuando saltó el buzón de voz, estampó el auricular en su base.

—¡Mierda! —Luego se dirigió al técnico a grito pelado—: ¡Prepara respaldo para Castillo, el mexicano!

Estaba desquiciada. Aunque (en teoría) hubiera varias explicaciones razonables de que sus agentes no respondieran a tres peticiones de señales de vida, ninguna le parecía verosímil, y menos después de la llamada de Sia. Sopesó las opciones echándose unos cuantos Twizzlers a la boca. El bate de béisbol había revivido recuerdos entrañables de su estilo de gestión más cinético sobre el terreno. Echaba de menos la escopeta Mossberg que le habían requisado. ¡Tener que quedarse en Estados Unidos con una pandilla de frikis mientras los rusos les tocaban las pelotas a sus agentes! Era la maldición del banquillo. Su bate estaba en Palo Alto, mojado de sudor, y no de sangre rusa.

Snake seguía soltando tacos delante del SVTC. La conexión con Langley, mientras tanto, parada, como antes.

Se acabó. Dejó suavemente la bolsa de Twizzlers en la mesa para quitar un trozo de barro seco de la cara sonriente del jefe Wahoo, la mascota de los Cleveland Indians. Luego se acercó a las pizarras con el bate al hombro.

Contempló la foto de Vladímir Putin cayéndose en el hielo durante un partido de hockey.

Con los pies bien plantados en el suelo, estampó el bate en la foto. La cara inflada del jodido Putin desapareció. El suelo se había llenado de papeles y trozos de pizarra. Acto seguido se ensañó con una de las pantallas, hasta que se agrietó como una telaraña y se cayó de la pared. Al ver enganchada con celo en una mesa la foto de Putin dándole un beso en la barriga a un niño, se acercó y también se la cargó. De paso, hizo saltar trozos de mesa y de ordenador, pero fue sin querer. Los técnicos y los hombres del FINO estaban poniéndose a cubierto entre gritos, pero ella no oía nada. Se volvió hacia Snake con el bate apoyado en el hombro.

—Cuando te pasen al jefe me avisas —dijo—: estaré en mi despacho meditando.

Sia oyó el crujido de la puerta, pero sólo veía la oscuridad de la capucha. Notó que unas manos la hacían levantarse sin contemplaciones. Luego la sacaron a oscuras de la habitación sin que nadie dijera nada. Recorrieron un laberinto de pasillos. El movimiento podía crear oportunidades: de mandar señales, plantar cara o negociar. Ellos querían algo. A fin de cuentas seguía con vida. Cosa que la preocupaba.

Quizá fueran hombres de Vadim. Quizá la entregasen al FSB... a menos que ellos mismos fueran del FSB. Parecía lo más probable. La sentaron en una silla y le quitaron la capucha. Parpadeó y se puso tensa en espera del dolor.

Tenía a Max delante, atado a una silla. Intercambiaron miradas de confusión y miedo. Ella hizo el esfuerzo de orientarse. Una chimenea a su derecha con una cabeza de oso encima, la silueta de un piano en la penumbra. Por las ventanas, con gruesas cortinas a ambos lados, entraba la luz de la luna. Movió los dedos de los pies: piedra fría.

Vadim estaba mirando a dos hombres que arrugaban hojas de periódico. Se restregaba febrilmente los nudillos, se rascaba los ojos y se alisaba el pelo sin parar como si tuviera un rizo rebelde. No era la energía de un hombre que mandase.

—¿Dónde está Anna? —inquirió Sia.

Vadim la miró fugazmente.

—¿Dónde está? —repitió ella—. Es tu mujer, Vadim.

Vadim puso cara de querer pegarla, pero se volvió bruscamente hacia la chimenea cuando Sia ya se preparaba para el golpe.

Los dos hombres se fueron. Al volver llevaban troncos y un bidón de gasolina. Amontonaron los troncos, cruzándolos, y metieron papel por los huecos. El más corpulento echó gasolina y tiró una cerilla. Sia se apartó de las llamas. El más menudo de los dos hombres avivó el fuego con un atizador. El musculoso tiró unos cuantos troncos más mientras Vadim hablaba solo en el sofá.

Pero ¿dónde estaba Anna, por Dios?, se preguntó Sia. Max la miró y luego se fijó en algo detrás. En su cara mojada de sudor se veía el movimiento de las llamas.

Sia notó unas manos en los hombros y una palmada cordial en el derecho.

Un hombre muy alto, con la luz de las llamas reflejada en la calva, arrastró un sillón de al lado del sofá para formar un círculo de asientos enfrente de la chimenea. Llevaba un elegante traje negro, sin corbata, y unos mocasines que a Sia le parecieron de Brunello Cucinelli. Benny Hynes tenía los mismos.

—Hortensia Fox —dijo en inglés—. Y Maximiliano Castillo. Bienvenidos a Rusia.

Sia reconoció la cara: era uno de los altos cargos del FSB a los que Anna había propuesto incluir en la trampa del Ganso. Chernov, el teniente coronel Konstantín Chernov, del Directorio de Seguridad Interna. En uno de los cables de después de Suiza Anna había dicho que era un friki; un auténtico fanático, había escrito. Se consideraba un sacerdote, y su dios era Rusia.

58

RusFarm

Uno de los agentes recogió la pistola de Anna de la nieve.

—Chernov quiere hablar con usted —dijo el otro—. En la casa.

La cachearon: piernas, brazos e interior del abrigo. No encontraron la pistola pintalabios. Ni en los establos ni en la pista había luz. ¿Había cortado Chernov la electricidad? De la perrera de los alsacianos salían ladridos nerviosos.

—¿Por qué está apagada la luz? —preguntó.

No contestaron.

Llegaron a la rotonda y rodearon la fuente. Anna vislumbró una luz naranja, como de chimenea encendida, en las ventanas de una sala de estar. El resto de la casa estaba a oscuras. Uno de los hombres del FSB la sacó del coche por el codo. Los copos de nieve se pegaban a la cara de Anna antes de derretirse y bajar por sus mejillas hasta entrar en su boca. El otro hombre subió al coche hablando por una radio. El del FSB estuvo a punto de resbalar en la escalinata de mármol y se apoyó en el codo de Anna para no perder del todo el equilibrio. En el momento de cruzar la puerta, Anna examinó la cámara de seguridad de encima preguntándose si saldría algo bien.

—Usted es abogada, ¿verdad? —fue lo primero que preguntó Chernov en un inglés con fuerte acento.

—Sí —se oyó decir Sia.

—Pues explíqueme qué le ha dado a Anna Agápova —indicó él.

Sia lo hizo. Los hombres de Chernov subieron y sacaron los teléfonos y los ordenadores de sus estuches. Bajaron con ellos y se los hicieron abrir a Sia, que explicó a Chernov lo que hacía en Londres con Mickey Liádov y cómo escondía el dinero. Entonces Chernov le preguntó por su excursión de esa tarde con Anna.

—Números y letras —dijo—. En el bosque he oído cosas raras, y quiero que me las explique. Han estado mucho tiempo de paseo. ¿De qué han hablado? —preguntó.

—De la información que le di sobre el dinero del Ganso —contestó ella.

—¿Concretamente? —quiso saber él—. Deme un ejemplo.

Pese a creer fervientemente en el poder de la violencia, Chernov no era ningún sádico. Lo emocionaba muy poco la visión de la sangre, y no necesitaba infligir dolor para regodearse en su poder sobre los demás. Siempre se había sentido así. No obstante, había ejercido la violencia con tal celo, matando a cientos de personas en distintos lugares y épocas, y de múltiples maneras, que su fe había madurado. Conocía las ventajas y los límites de la violencia, e interrogar a agentes instruidos en los usos de la inteligencia tenía, en efecto, sus límites. Podía torturar a la abogada hasta que confesase, pero seguro que ella omitiría información valiosa y confesaría falsedades. Quedarían cabos sueltos, y pecaminosos compañeros de conspiración por castigar, exasperantemente.

Ahora bien, la violencia podía acelerar las confesiones, y con la perspectiva del espionaje de por medio Chernov estaba llegando a una justificación gris y funcionarial para acelerar una en concreto: una serie de arrestos por espionaje sería un cebo irresistible que, en las aguas de la Lubianka y Yásenevo, pondría en alerta a todos los depredadores, atrayendo la atención del *joziáin*. Y Chernov no quería que éste nadara hacia un caso de espionaje a gran escala relacionado, entre otras cosas, con un montón de oro sacado a escondidas de la Ródina sin

saberlo Putin del todo ni haber participado plenamente en ello. Una confesión rápida en esa misma sala, junto a esa chimenea, podaría gran parte de las zarzas burocráticas cuando Chernov volviera a Moscú.

—He preguntado —dijo— de qué ha hablado en concreto con Anna Andréyevna durante la excursión de hoy.

La abogada empezó a irse por las ramas, diciendo tonterías acerca de las cuentas. Chernov se puso un dedo en los labios.

—Sé que Anna archivó esta operación hace unas semanas —dijo—. Si ha desistido de ella no hacía falta hablar de todo eso, ¿no? Voy a ponérselo más fácil: usted me dice al servicio de qué agencia de inteligencia está. Si no, a su novio, aquí presente, se le pondrán las cosas crudas.

Puso una mano en la cabeza del mexicano y, tras alborotarle un poco el pelo, lo agarró con fuerza y le dio un puñetazo en la mandíbula, sujetándolo por la cabeza para que no se desplomara. Luego otro golpe, y otro. La abogada se había puesto a gritar. Esa parte siempre provocaba gritos.

Los chillidos de Sia no le servían para oír menos los crujidos del puño contra la mandíbula de Max, la cual se dedicaba a insultar a la madre de Chernov en un español torrencial. Sia tenía la blusa empapada de sudor. Su pelo era como una mopa húmeda colgada ante sus ojos. Al cabo de un rato se le apagó la voz y ya no hizo otra cosa que mirar.

Al principio de la formación de Sia, hacía siglos, sus instructores le habían explicado cómo gestionar los interrogatorios. Para un NOC, le habían dicho, todo era diferente. No había pasaportes diplomáticos ni inmunidad. Si te pillan, despídete de salir. ¿Por qué iban a soltarte? Compartiendo unas cervezas, sin que los oyeran los demás, un instructor había sembrado ideas creativas sobre el suicidio en cautividad. ¿Tienes sábanas y una viga? Ahórcate. ¿Que te dejan sola

unos segundos con algo afilado? Córtate las venas. En ese momento, la mejor idea de Sia era tirarse al fuego.

Chernov dejó de golpear a Max y se sentó otra vez delante de ella. Le bajaban gotas de sudor por la cabeza.

—Dígame qué es, Hortensia.

«No lo sé», pensó ella. «La respuesta de eso no la sé ni siquiera yo.»

Chernov acercó su silla.

—¿De la CIA? ¿Del SIS? ¿Del BND? Yo apuesto por la CIA. Venga, Hortensia, que en el bosque he oído cosas raras. Está usted supervisando a Anna, ¿verdad? Estoy impaciente por oírselo decir.

—Soy una abogada —dijo Sia—, una abogada con clientes rusos. Nada más.

Chernov se secó el sudor de la cabeza al mismo tiempo que la movía de un lado a otro.

—Hortensia, por favor, sea inteligente. Esta noche los detendré a usted, su novio y Anna. Irán todos a Lefórtovo, donde los someterán y los desgastarán hasta que salga la verdad. Acelerando las cosas de esta manera un poco brusca lo que les hago es un favor. ¿Qué le parece si acabamos de una vez?

—Soy una abogada —dijo ella—. No soy ninguna espía.

—O me dice la verdad o vuelvo a hacerle daño a él. ¿Me ha entendido? Y no es lo que quiero. Soy un investigador. No disfruto con esto. No me deja más alternativa. ¿Qué es usted, Hortensia?

«Max, por Dios, perdóname», pensó Sia. «Perdóname, por favor.»

—Soy abogada y nada más —dijo inexpresivamente—. Por favor. No le haga daño, por favor.

Chernov hizo chasquear los dedos y habló en ruso con uno de sus hombres, que salió. Estuvieron varios minutos como alrededor de una fogata, oyendo crepitar la leña. El hombre volvió con un estuche de cuero que abrió sobre la mesa de centro de madera noble. Era un juego de cuchillos de caza. El padre de

Sia había tenido uno en el rancho. Lo guardaba en la parte trasera de su camioneta. Chernov fijó la mirada en el fuego.

—Yo he sido militar muchos años —dijo—. Estaba en una unidad especial del FSB llamada Vympel. No estoy seguro de cuál sería el equivalente para los estadounidenses. ¿Delta Force, quizá? En 2015 nos desplegaron en Siria, más puntualmente en Alepo. No llevaba ni dos semanas cuando caí prisionero en una incursión terrorista con tres de mis hombres. Nos asaltaron mientras dormíamos en un edificio que olía a sangre, polvo y mierda. No eran... ¿cómo lo dirían ustedes? Unos carniceros. No les interesaban los vídeos de torturas y muertes reales. Nos metieron en un agujero mientras intentaban negociar un intercambio por algunos de sus compañeros, y no salí hasta tres meses después, cuando nos rescató nuestra unidad.

Atizó el fuego mientras se secaba el abundante sudor de la cabeza con la otra mano.

—En la oscuridad pensaba muchas veces en mi abuelo, que de niño vivía en un pueblo de las afueras de Stalingrado. Al llegar los nazis, su familia huyó y se pasó varios días caminando con otros refugiados por la estepa, sin nada de comer y muy poca agua. Los stukas nazis no paraban de echárseles encima con sus bombas, mientras sonaban las sirenas para avisar de su llegada y de la inminencia de la muerte. Se refugiaron con unos cuantos supervivientes en las marismas. Mi abuelo tenía tres hermanas. La pequeña no paraba de llorar. Como las familias tenían miedo de que las descubrieran y mataran a causa del ruido, su madre se la llevó a la ciénaga, mientras la hermana de mi abuelo le suplicaba que no la ahogase, que no volvería a pedir comida nunca más. No volvió. Cuando me lo contaron por primera vez yo era muy joven, supongo que demasiado, pero en el agujero sirio lo entendí. Dios es distante. El mundo no tiene sentido, porque el acto mismo de la creación fue pecado.

Saliendo de sus cavilaciones, cogió un cuchillo de punta roma en forma de gancho y se arrodilló a los pies de Max.

—Pasado aproximadamente un mes, supongo que porque la negociación estaba en punto muerto, a nuestros carceleros les pareció que tenían que hacer una demostración, algo para que se viera que eran hombres duros, serios. Para cuando llegó la ayuda ya hacía tiempo que habían muerto mis hombres. A mí me habían partido la espalda y me habían cortado algunas partes del cuerpo. —Dio unos golpecitos en el dedo pequeño del pie derecho de Max—. Empezaron por aquí.

Miró a Sia.

—Dígame qué es, Hortensia.

—Soy abogada —dijo ella con los dientes castañeteando.

Chernov negó con la cabeza.

Los dos hombres sujetaron a Max por los hombros. Chernov aplicó la punta en forma de gancho al dedo. Max se agitó en la silla.

—¡Para! —murmuró en español—. ¡Para! ¡Para! ¡Para!

Su pierna atada intentaba soltarse. Su pie se agitaba por el suelo. Chernov lo sujetó y volvió a poner el cuchillo en el mismo sitio.

«Estoy aquí, estoy aquí», decían los ojos de Sia, pero Max no la miraba.

Chernov clavó el cuchillo en el dedo sacando la lengua en un gesto de concentración.

—¡Para, pinche culero! —dijo Max en español.

Las delicadas venas de su cuello se hincharon levantando la piel. La cuchilla curva se deslizó tres veces por el dedo hasta separarlo del pie con un leve y húmedo crujido.

—¡Pinche ruso hijo de tu reputísima madre!

Luego, una fuerte hemorragia y otra ristra de palabrotas en español, aunque tan mezcladas con gruñidos y gemidos que a Sia no le parecieron palabras. Chernov recogió el dedo y lo examinó antes de tirarlo al fuego. Max, inconsciente, dejó caer la cabeza hacia delante. Por la chimenea de piedra corrió un fino reguero de sangre.

—¡Max, despierta! —gritó Sia—. ¿Me oyes? Despierta.

Chernov le dio un golpe en la cabeza como a un perro que se porta mal. Sia trató de escupirle a la cara, pero tenía la boca seca. Le zumbaban un poco los oídos. Chernov habló en ruso como desde muy lejos. El más bajo de sus hombres le echó un vaso de agua a Max en la cara y luego le dio una bofetada, gruñéndole en un inglés rudimentario que se despertara. Luego, Sia oyó una voz de mujer en sordina.

59

RusFarm

Anna buscó alguna lógica a lo que veía: un fuego muy vivo en una chimenea, Max y Sia atados en sillas (el mexicano estaba fatal, con la cabeza caída hacia un lado y la cara embadurnada de sangre), Chernov con un cuchillo en la mano, Vadim despatarrado en el sofá entre dos hombres de Chernov, agentes del FSB (su marido también parecía prisionero, ¿cuál sería su papel?).

El acompañante de Anna, también del FSB, entró en la sala y se paró a los pocos pasos para anunciar su presencia a Chernov, que dejó el cuchillo ensangrentado encima de la mesa. Enseguida la hizo avanzar un poco más. Los dos del sofá se levantaron y se pusieron a hablar con él con un intercambio de susurros, murmullos y gruñidos al que se sumó también Chernov, y que acabó cuando el acompañante de Anna se marchó, después de haber llegado a algún acuerdo. En la rotonda de entrada se encendió un motor que se alejó hasta que ya no se oyó nada.

Vadim, Chernov y dos de sus hombres. Seguían siendo demasiados, pensó.

—Anna Andréyevna —dijo Chernov, que se había sentado para limpiarse unas gotas de sangre de los mocasines, tarea que no interrumpió mientras hablaba—. Le estaba preguntando a Hortensia por el servicio de inteligencia para el que trabaja.

La mirada de Anna se posó detrás de Chernov, en la chimenea.

—He venido en busca de respuestas sobre el dinero de Rusia —siguió diciendo Chernov—, pero lo que me he encontrado ha sido una conspiración mucho mayor. Como comprenderá, su extraña conducta de hoy bastará para que la encierren, pero si confesara se lo agradecería. —Levantó la vista de los mocasines, suspirando—. Por desgracia no es una mujer acostumbrada al camino más fácil. Con usted es todo siempre tan difícil...

Por unos instantes casi imperceptibles, Anna cerró los ojos y entrevió a Luka. Luego los abrió. Nada de debilidades. Seguir siempre en sus trece. Sería la única manera de salir de Lefórtovo.

—Comete usted un grave error —dijo—. Me embarqué hace meses en una operación contra estos dos agentes de la CIA, y he averiguado que colaboraban con mi marido y un pequeño grupo de altos cargos rusos para saquear las arcas del estado. La CIA ya ha puesto en marcha la operación. Ahora mismo, mientras hablamos, todo está preparado para que salga el dinero de las cuentas. Tenían planeado huir esta noche de Rusia.

Chernov ladeó la cabeza de manera casi compasiva, como si Anna se hubiera vuelto loca. Al ruso le brillaban los ojos con la certidumbre de los tontos o los dementes.

—¿Qué? —oyó Anna que exclamaba Vadim.

Se volvió hacia su marido, que fruncía el ceño de perplejidad.

—Lo sé porque me lo ha dicho Vadim —siguió Anna—. Me ha insistido en que me marche con él.

Uno de los hombres del sofá se rió entre dientes.

Anna siguió hablando.

—Lo que pasa es que ha habido una discusión sobre el dinero.

—Basta, Anna Andréyevna —dijo Chernov levantándose—. Sé que trabaja para Hortensia. Ella es de la CIA, ¿verdad? ¿La conoció en Suiza?

Anna dio un paso lento hacia él, aguantándose las ganas de correr. Faltaba un metro. «Lo necesito más cerca.» Otro paso. Ya olía a sangre, y al cuero del

zapato de Chernov, pero lo seguía teniendo demasiado lejos.

Le escupió a los ojos.

Él parpadeó dos veces y se pasó la manga por la cara sin dejar de sonreír. Acto seguido, con un paso largo, levantó la mano para darle una bofetada, pero los dedos de Anna ya estaban dentro del bolsillo, apretando el tubo metálico. La palma de Chernov hizo un ruido seco al impactar con su mejilla. Anna lo tenía muy cerca, casi encima, pero consiguió sacar el tubo y aplicárselo contra el corazón mientras completaba el giro con la palma. Primero el clic, y luego la detonación. De pronto a Anna le quemaban los dedos, a la vez que se le mojaban de sangre. El cuerpo sin vida de Chernov se desmoronó, atrapándola contra el sofá.

Anna buscó a tientas un arma por el cinturón de Chernov y, al encontrar una pistola, la sacó limpiamente de la funda, la apretó contra la sien del agente del FSB que tenía más cerca y presionó el gatillo. La pantalla de la lámpara se pintó de sangre y sesos. El más bajo de los dos agentes, que se había levantado para desenfundar su arma, la hizo soltar de un golpe la pistola, que rebotó en el sofá y resbaló por el suelo hasta la oscuridad.

Anna vio de reojo que Sia se acercaba a él, arrastrando la silla. Mientras pugnaba por quitarse de encima el cadáver de Chernov oyó un golpe sordo: era Sia, que se había arrojado contra las piernas del único superviviente del FSB, haciéndolo tropezar y caerse de espaldas en el sofá. Libre ya de Chernov, Anna se lanzó hacia el cuchillo de la mesa. El agente del FSB disparó, pero había apuntado demasiado alto e hizo saltar trozos de piedra de la chimenea. Sin darle tiempo de apuntar de nuevo, Anna se abalanzó sobre él y le clavó en el pecho la cuchilla en forma de gancho, empujándola y retorciéndola hasta que sólo quedó fuera el mango. El agente permaneció muy quieto, rígido, azorado. Anna sacó la cuchilla y se la hundió en el corazón. De los ojos del hombre fueron desapareciendo los últimos rastros de vida, mientras se le formaban burbujas de

sangre entre los labios. Anna rodó por el sofá con el corazón desbocado, el mismo sofá donde estaba sentado Vadim, parpadeando impertérrito.

«Es la cierva», pensó Anna, «paralizada por los faros». Se levantó, recogió la pistola del agente del FSB y agarró a Vadim por el pelo para tirarlo al suelo y clavarle en las costillas la punta de una bota. Luego le dio otra patada, seguida por otra más fuerte, por el gusto que le daba. Sólo paró porque no formaba parte de la representación.

Vadim se fue escurriendo hasta que se encogió contra el sofá, levantando las manos en señal de rendición.

—Ania... —resolló—. Pero ¿qué coño haces, Ania?

Anna lo miró de hito en hito. Tantas cosas que decir, media vida de la que vengarse, y lo único que sentía en el silencio era paz. Su recompensa era la culpa de Vadim. Le daba igual que sufriera.

Lo miró y lo apuntó con la pistola a la cabeza.

Vadim escrutó los ojos de Anna, al otro lado del cañón de la pistola, y los ojos le hablaron.

—Tú ganas —dijo.

Anna le pegó un tiro en la frente a su marido.

Soltó la pistola, que chocó con el suelo. Al fijarse notó que no le respondían los oídos. Las bocas de Sia y Max estaban moviéndose, pero sólo eran anillos palpitantes. Miró el cuerpo sin vida de Vadim. Tenía un agujerito manchado de sangre en la cabeza. Fin. A moverse. ¿Cuál era el siguiente paso?

Cuando el volumen volvió a subir se oyó a sí misma repitiendo a la perfección su papel.

—Vadim, por favor, no lo hagas... Vadim...

Soltó hacia la chimenea un grito salido de lo más profundo hasta que se quedó sin aire, le fallaron las piernas y cayó de rodillas en el suelo. Volvió a gritar hasta acabar de convencerse de que Vadim la había dejado a merced de las llamas.

—Ha habido una pelea —dijo recitando su papel—, y Vadim me ha dominado.

—¡Pero ¿qué coño pasa, Anna?! —chilló Sia.

—Vadim ha intentado convencerme otra vez de que me fuera, y yo me he negado. Entonces ha habido una pelea. Vadim me ha pegado una paliza tremenda. Estaba furioso, borracho. Vosotros dos habéis dicho que teníamos que irnos antes de que se dieran cuenta de que faltaba dinero. Vadim estaba bebiendo. Bebía mucho. Y ha habido una pelea.

Anna cogió un cuchillo del juego de caza y cortó las cuerdas de las piernas y las muñecas de Sia.

—Ha habido una pelea —repitió.

También desató a Max, que tuvo dificultades para levantarse. Lo ayudó. Acto seguido, desmarcándose de su papel, procedió a explicarles la escena.

—Os voy a dar ventaja —dijo— y una manera de seguir con la operación, pero escuchadme: tenéis que hacer exactamente lo que os diga. Si no, os mato a los dos. Seguiréis la ruta de la que hemos hablado en la cuadra, Sia. Lo intentaréis. Os llevaréis a Vadim. Su cadáver es la clave. Os lo llevaréis cueste lo que cueste. A los vuestros les diréis que empiecen a sacar dinero desde ya y pongan la operación en marcha. Os llevaréis vuestros teléfonos y mandaréis señales inmediatamente. Os moveréis lo más deprisa que podáis.

—Tú también puedes venir, Anna —dijo Sia—. Podemos irnos juntos.

—De eso nada. —Anna hizo un gesto en dirección a los cadáveres, aunque sin ser capaz de mirar a Vadim—. Os iréis con Vadim. Al volver a Estados Unidos encontraréis la manera de convencer a Moscú de que era agente vuestro y lo han reubicado. Es la única manera. Así habrá alguna posibilidad de que la operación llegue a buen puerto.

—¿Y tú qué consigues? —preguntó Max—. Te matarán. ¿No te das cuenta?

Te vas a morir.

Anna se permitió mirar a su marido muerto.

—Consigo ganar. Llevaos el cadáver. Tenéis que llevaros el cadáver. Sólo moriré si no cumplís vuestra parte.

Sia y Max intercambiaron miradas llenas de angustia y frenesí. Sia subió corriendo a por los móviles.

—En el aparcamiento de fuera del despacho hay coches aparcados —le dijo Sia a Max—. Buscad uno que tenga las llaves puestas.

Sia volvió con los teléfonos y una maleta con la ropa de invierno de los dos. Se pusieron parkas, gorros y manoplas. Max vomitó al meter el pie destrozado en la bota. Anna apartó la vista.

60

RusFarm

Sia y Max subieron los cadáveres al sofá manchado de sangre. Anna se fabricó una antorcha con la camisa del agente muerto y el atizador de la chimenea. Luego amontonó abrigos y cojines alrededor de los cadáveres. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que sudaba, pero el sabor a sal que estaba percibiendo era el de las gotas que caían de sus labios. El sudor le ponía los dedos resbaladizos y se le metía en los ojos. Cogió una pistola de uno de los agentes muertos del FSB. No reconoció el modelo, que era lo importante. «Una de las de Vadim», se dijo. «Esta pistola es de Vadim.» Se la guardó en el bolsillo del abrigo.

Arrancó unas cortinas y lo empapó todo con la gasolina que quedaba. También la echó en las estanterías y el piano, antes de sacar todas las mantas de un armario para dejarlas en otro sofá de otra sala de estar en el extremo opuesto de la misma planta. Llevaron más bidones de gasolina de los garajes y la echaron en las escaleras, las estanterías y las cortinas. Anna derramó gasolina por los dormitorios hechos para niños que no habían llegado a existir, así como en la biblioteca y los despachos mohosos del piso de arriba. Abrieron ventanas para que circulase al aire, avivando las llamas. En total levantaron cuatro piras por la casa. No había tiempo para más.

Mientras Anna prendía fuego a la del salón, Max y Sia se llevaron el cadáver de Vadim. Las llamas se extendieron al montón de cadáveres. Anna no dio media

vuelta hasta ver que se estaba quemando la ropa de Chernov.

La luz de la luna daba un brillo espectral a la nieve. «Qué bonito», pensó. Aplicó la antorcha a la base de las cortinas. Tras devorar el terciopelo, el fuego empezó a correr por el techo, comiéndose la gruesa capa de pintura y las molduras.

Chernov no se ponía al teléfono. El operador del dron del FSB probó con Arkadi: tampoco. Quienes sí se pusieron fueron los de vigilancia, apostados fuera del edificio de hormigón en una camioneta. Les dijo que acababan de salir dos personas de la casa.

—Sale humo por las ventanas. ¿Avisamos a los bomberos?

El jefe de los vigilantes, superior en rango al operador del dron, dijo que no, un no enfático. Dijo que había que evitar la presencia de civiles haciendo el idiota por la casa. Ya irían él y su equipo y pedirían refuerzos de Kírishi. El operador del dron oyó el motor de la camioneta, que se alejó del bloque de administración para ir a la mansión, incendiada, sin la menor duda, como estaba viendo por la cámara del dron.

Las llamas corrían mucho, más de lo que se podría haber imaginado Anna. Tenía la garganta y la nariz llenas de humo. Pensó que estaba loca por haber acabado al fondo de uno de los salones, lejos de la puerta. Le daba vueltas la cabeza en un mundo sin aire. «Voy a morirme aquí», pensó. El calor se había vuelto inconcebible. Tuvo la impresión de que le salía humo de la piel y el pelo. Se preguntó si también había entrado en combustión. Se tiró al suelo. Así estaba más fresca. Al menos podía respirar, y toser, y expulsar el humo que la sofocaba. Se arrastró hacia la puerta. Reinaba una calma inquietante, con chisporroteos y

silbidos, pero sin golpes ni explosiones. «Me moriré en silencio», pensó. «Ni siquiera chillo.»

De pronto oyó que Sia la llamaba a gritos. Ruido de cristales rotos: una lámpara de araña sucumbiendo a la quema. Una bombilla reventada. Anna estaba boca abajo, reptando por el suelo en busca de aire puro, pero el humo empezaba a asentarse, encerrándola en un túnel. Más cristales rotos. El techo crujía, cediendo. Se arrastró más deprisa. Aire. No había aire. Ya no podía deslizarse. Apretó la cara contra el suelo, intentando absorber aire a través de la madera medio chamuscada.

—Me estoy muriendo, Luka —dijo—. Estoy a punto de morirme.

Sia vio que Anna dejaba de moverse.

—¡Sia, que tenemos que irnos! —gritó Max en el recibidor—. Venga, Sia, venga, muévete.

Sia dio un paso hacia el vestíbulo, pensando en abandonar a Anna a las llamas, pero justo cuando lo pensaba se tiró de golpe al puto suelo y empezó a arrastrarse. Sólo había humo. Sus pulmones anhelaban aire. Buscó a tientas a Anna. Su mano tocó una superficie abrasadora de metal. La retiró y siguió tanteando. Suelo, sólo suelo abrasándose. De pronto tocó una mano. Pelo. Un hombro. Agarró la mano y empezó a retroceder, arrastrando a Anna hasta un pasillo de aire medio opaco. Seguía haciendo calor, pero al menos veía algo. Se llenó los pulmones de aire. Estuvieron un minuto atragantándose en el suelo. Oyendo que Anna tenía arcadas se rió, sin que su cerebro falto de aire supiera por qué.

—Necesitamos tiempo —dijo—. Danos tiempo.

Anna se limpió un hilillo de vómito con la manga y asintió con la cabeza.

Sia se levantó y le tendió la mano. Anna la cogió. Sia estiró.

—Ahora —dijo Anna—. La catástrofe.

Anna tenía los ojos llorosos. El humo químico seguía en su interior, prácticamente en el estómago. Notó un cosquilleo como de ir a vomitar, pero sólo podía toser, atragantarse y escupir.

—¡Corre, Sia! —exclamó con voz ronca—. ¡Corre, corre, corre!

Una parte del techo de la sala de estar se vino abajo.

«Pero qué bonita es esta casa quemándose, por Dios», pensó.

Al mirar hacia atrás ya no vio a Sia.

Se quedó mirando las cabriolas de las llamas. En la osamenta del techo se arremolinaban nubes de fuego que emitían un resplandor naranja, o intensamente blanco. Nunca había visto un blanco tan puro. El incendio borraría la casa. Dejaría sin honor a su marido y Chernov. Devoraría el agonizante mundo de Anna. Pero qué calor, por Dios... Nunca había sentido nada igual. Y en lo más crudo del invierno ruso... Retrocedió a trompicones por el vestíbulo, donde el humo no era tan denso, y sacó de su abrigo la pistola del agente muerto.

—Vadim me ha pegado un tiro durante la pelea —recitó ante las llamas—. Me ha dejado morir en el incendio.

Se aplicó el cañón al hombro, evitando los huesos y los ligamentos, y presionó el gatillo con los ojos apretados.

61

RusFarm

Conscientes como eran de que en menos de una hora el coche estaría infestado de equipos del FSB, Max puso a Vadim en el asiento trasero con la cabeza destrozada envuelta en una manta. No quería llenarlo todo de sangre y que se notara que estaba muerto. Sia bajó a toda prisa por la escalinata de mármol. Tenía la cara llena de ceniza y el pelo quemado, acalambrado. Por unos instantes el mundo de Max quedó reducido a los detalles: el brillo del hielo en el parabrisas, los papeles embutidos en el portavasos y la pintura de uñas descascarillada de Sia al subir al asiento derecho y torcer el cuello para examinar el cadáver de Vadim.

El coche dio coletazos en el hielo al pasar como una exhalación junto a los cobertizos, la caseta del veterinario y la pista. Max pensó que había perdido definitivamente el caballo de su madre. Malditos rusos... Por suerte la electricidad seguía cortada. No había luz, salvo algunas motas esporádicas de luna, el resplandor de la nieve y el baile de llamas en el tejado de la mansión que iban dejando atrás. Los baches hacían columpiarse las piernas sin vida de Vadim en el asiento trasero.

Al llegar a la bifurcación, Max intentó visualizar las imágenes aéreas, con sus gruesas líneas rojas señalando la ruta de escape. Pisar el freno le produjo un pinchazo de dolor en el pie y por la pierna. A la izquierda. Estaba casi seguro de que tenía que ir a la izquierda. ¿O no?

—A la izquierda —dijo Sia.

Dobló en esa dirección y aceleró por una recta que llevaba hacia el bosque, las colinas del norte de la granja y la línea de alta tensión. Después tomó despacio una subida, para no derrapar, pero al otro lado de la loma el hielo los hizo deslizarse hasta un barranco poco profundo. Las ruedas daban vueltas y más vueltas.

—Estamos demasiado lejos para hacer el resto a pie —observó Sia.

—Tenemos que escarbar —contestó Max dejándose caer al suelo desde el coche.

Empezaron a sacar nieve de debajo de las ruedas, grandes masas heladas que dejaban insensibles las manos de Max a través de las manoplas. Siguió quitando nieve hasta que los neumáticos entraron en contacto con una tierra marrón y congelada. Sus dedos quemaban de frío. Subieron otra vez al coche. Max lo hizo avanzar centímetro a centímetro hasta la carretera. Volvieron a resbalar, pero esta vez evitó que se cayera a otra zanja. Se aferró al volante con las manos rojas, como en carne viva. Nevaba mucho y muy deprisa, demasiado para evitar que el coche derrapara. Max y Sia intentaron dirimir si el plan de Anna podía salir bien, pero entre los coletazos del coche, el bamboleo del muerto en la parte trasera, el dolor de mandíbula de Max y el puto pie no era fácil hablar.

—No podemos dejar que nos cojan —dijo Sia, apretando los dedos muy blancos en el agarradero al pasar por un bache.

—¿Vadim lleva una pistola encima? —preguntó Max.

Sia se echó hacia atrás para hurgar en los bolsillos del ruso.

—No —dijo—. Mierda, mierda y mierda.

—Pues tendremos que hacer que nos maten.

La carretera se acababa al pie de una colina, en una frágil valla de madera. Max seguía sin avistar la silueta de la línea de alta tensión. Seguro que tarde o temprano oiría un helicóptero, ladridos de alsacianos y los gritos y pisadas de un equipo de búsqueda.

—Ya llevo yo a Vadim —dijo. Levantó la vista hacia la cresta recortada en la

oscuridad—. Válgame Dios.

62

RusFarm

Asomada a una ventana del establo a oscuras, Anna vio faros rodeando la estatua de la entrada de la casa: dos coches, furgonetas. Se apearon ocho hombres. Vio que uno hablaba por una radio mientras otro hacía una llamada con su móvil. Probaron al menos tres puertas, pero el fuego estaba tan desatado que no había manera de entrar en la casa, así que se quedaron mirándolo. Eran demasiados para matarlos a todos. Además, no habría podido encubrirlo. Corrió la puerta lo justo para que cupiera un caballo.

Penelope relinchó al notar su presencia y sacó la cabeza por la abertura de su puerta. Anna le acarició el hocico e intentó ensillarla, pero tenía el brazo izquierdo inservible. Acercó un taburete y ajustó con torpeza la silla y la brida a la yegua. Luego sujetó su mano izquierda con la derecha y la puso en la brida con los dedos cerrados. Le dolía horrores el hombro. Veía puntos blancos. Cogiendo bien la brida consiguió ponerse con la cara contra el lomo de *Penelope*. Luego, hundiendo la nariz en la crin de la yegua, pudo incorporarse. Se palpó el abrigo para comprobar que aún llevaba el móvil y la pistola. Sí, por suerte. Salió al trote, internándose en la noche a lomos de *Penelope*.

El fuego ya invadía las ventanas de la primera planta. Algunas llamas habían llegado hasta el tejado.

Llamó a Maxímov y, aunque no lo encontró, dejó un mensaje atropellado para explicarle la situación y avisarlo del peligro que se avecinaba.

Acto seguido hizo trotar a *Penelope* hacia el norte.

—Estás muerta —dijo hacia la casa moribunda—. Estás muerta.

Apretó con la mano el reconfortante perfil de la pistola. Luego, armándose de valor contra el dolor del hombro, dirigió a *Penelope* hacia la cresta, siguiendo las huellas de neumático en la nieve reciente. Pensó en cómo hacerles creer que había intentado matar a Sia. Un vago ronroneo de helicópteros insinuó que quizá lo hicieran otros por ella.

Lo primero que oyó Sia fue un leve zumbido en medio de la ventisca, pero pronto lo silenciaron los gemidos y las palabrotas de ella y Max y el roce de las botas en la nieve fresca. Subieron en zigzag, dificultosamente, hacia lo alto de la cresta, que se veía igual de lejos que antes. El viento racheado que soplaba contra la ladera le tiraba nieve en polvo a la cara, impidiéndole ver bien. Max iba delante, con Vadim en la espalda. Cuando el viento se calló, el zumbido había dejado paso a la cadencia de unas palas invisibles. A Sia se le había metido el frío hasta los huesos. No se sentía los pies ni los dedos. No le quedaba adrenalina. Tenía ganas de tumbarse en el suelo. Max la llamó desde delante, casi invisible entre los remolinos de nieve. Sia arrastró los pies entre la nieve acumulada. La única luz en todo el vasto cielo blanco eran los lejanos rescoldos de la mansión.

Al dar alcance a Max se lo encontró de rodillas al lado del cadáver de Vadim. Estaban al borde de un precipicio. Max señaló hacia abajo. Al principio Sia lo veía todo blanco, hasta que los torbellinos se despejaron un poco y vio el BMW abandonado. También un caballo, con alguien en la silla. Anna levantó la mano hacia ella. Lo siguiente que se oyó fue una detonación que subió por el cielo. Sia puso cuerpo a tierra y se arrastró por la nieve hasta Max.

—¿Por qué nos dispara? —preguntó—. ¿Sigue haciendo teatro? ¿De qué coño va?

Max no respondió. Los dos habían estado esa noche en la casa y eran muy conscientes de lo inútil que era tratar de predecir la conducta de Anna. Sia pensó que debería haberla dejado morirse en el incendio. Debería haberse ido corriendo. Se apartaron del borde y se pusieron de pie. Luego Max volvió a cargar con el cadáver de Vadim y reemprendieron la escalada.

63

Palo Alto

Hola, Rhonda, soy Sia. Sólo quería decirte que volveremos un poco antes de lo previsto. De hecho estamos saliendo, mierda, Max. [Gritos y gruñidos ininteligibles.] Perdona, Rhonda, es que estamos caminando y he tropezado. ¡Vaya por Dios! Hemos quedado con unos amigos. Creo que en pocos minutos llegaremos. Somos tres y... pues que me interesa mucho que se lo digas ya, para que esté todo a punto. Me... [Nueve segundos de palabras malsonantes y gritos ininteligibles.] ¡Perdona, Rhon! Pues eso, que te asegures de que estén preparados, por favor, porque tenemos decidido irnos inmediatamente, y los amigos con nosotros. Tendré que hablar cuanto antes con Lulu; tengo mensajes importantes, o sea, que pídele que llame ahora mismo a los amigos para que pueda hablar yo un ratito con ella cuando los vea. Ahora mismo, ¿vale? ¡Gracias!

[S. Fox pone fin a la llamada a las 2.47 h, hora de Moscú.]

Procter le hizo señas a George, que paró el audio. Snake estaba encendiendo un cigarrillo en el centro de mando sin que nadie se quejara ni diera muestras de haberse fijado.

—¿De cuándo es este corte? —preguntó Procter.

—De hace seis minutos —dijo George—, la demora estándar.

—Están vivos —dijo Procter—. Madre del amor hermoso... ¡Están vivos! —Procter sacudió a George por los hombros hasta que se le cayeron las gafas—. Ponme con los putos SCORPION, pero ya.

64

RusFarm; Palo Alto

Pekka Juhani nunca había oído hablar a su hermano pequeño, Arvo, pero no le hacían falta palabras para entender que estuviera tan nervioso por los estadounidenses. Tenían encima la línea de alta tensión, y cien metros por delante la subestación saboteada por ellos esa misma noche. PJ encendió el limpiaparabrisas, dando la espalda a su hermano, cada vez más descontento. En cada barrido podía ver el vago resplandor del fuego y las manchas azules y rojas de las sirenas que parpadeaban a su alrededor. Langley les había pedido que cortaran la luz, y la habían cortado. Luego había empezado a quemarse la casa.

Arvo seguía hablando por señas.

—A mí no te me quejes —dijo PJ.

Por el programa covcom incrustado en el móvil de Arvo llegó un mensaje. Arvo puso la pantalla en las narices de su hermano.

> *«Lulu: No os mováis, que van tres bultos para allá. En cuanto lleguen me llamáis.»*

Daba un número de Helsinki.

—Los estadounidenses siempre tan vaqueros —murmuró PJ.

Esperaron. Arvo se comió tres manzanas a tal velocidad que a PJ le dio miedo que se atragantara. Luego se oyeron las palas. Al mirar por el parabrisas no vio

nada. Dos helicópteros, o tres, no habría sabido decirlo. Se habían quedado quietos cerca de la casa. «Como tengan cámaras de infrarrojos a bordo, de ésta no salimos», pensó PJ.

Arvo tiró al suelo un corazón de manzana y le hizo señas.

—No creo ni que llegue a tanto el tiempo que tenemos —contestó su hermano.

Después de asentir con la cabeza, Arvo le envió un mensaje a la mujer por el covcom. Al menos PJ daba por hecho que era una mujer. Por alguna razón se imaginaba a Lulu como una surfera californiana rubia y de piernas infinitas. Él nunca había estado en América, pero la imagen encajaba con los mensajes que recibían de ella, volubles, pizpiretos y a veces insinuantes. Arvo estampó su enorme puño en el salpicadero. PJ estuvo seguro de que Lulu había vuelto a insistir en que esperasen.

—Dile que entonces tendrán que pagarnos un plus, y de los gordos —dijo PJ, señalando hacia el fondo de la camioneta con un gesto del pulgar—. Aquí atrás va a haber tres personas. Como nos paren los rusos y nos desmonten la camioneta ya podemos despedirnos, Arv.

Arvo se puso a teclear como un poseso en el móvil.

En esos momentos, la sensual rubia californiana imaginada por PJ se había liado a puñetazos con un antiguo escritorio de WeWork. Los Twizzlers y los Red Vines se salvaron de milagro. Según los dígitos rojos luminosos del reloj, en San Petersburgo eran las tres y dos minutos de la madrugada. Procter se asomó al hombro de Snake para leer el mensaje de los SCORPION.

—Nos están exprimiendo, los finlandeses de los huevos —dijo Snake.

—Sobre lo del dinero diles que vale —le pidió Procter—. Y quinientos mil más cuando vuelvan a estar tan panchos en sus putas saunas.

Sonó un disparo, uno solo, en el aire.

Los hermanos se miraron. PJ salió y, enfrentándose a la ventisca, abrió uno de los compartimentos laterales de la camioneta para sacar el viejo rifle M/28-30 y echárselo al hombro. Había sido de su abuelo. Arvo y él lo usaban para cazar animales. Su abuelo lo había usado para cazar soviéticos durante la Guerra de Invierno. Se metió dos Makarov en los bolsillos y abrió la puerta de la cabina para darle uno a Arvo. PJ odiaba a los rusos. A su abuelo lo había matado un proyectil ruso en Kollaa. Mucho más tarde, un grupo de agentes del FSB se había presentado en una de las lavanderías que tenían PJ y Arvo del lado ruso de la frontera y se había quedado con la mitad de sus beneficios anuales. Lo atraía la posibilidad de matar a agentes del FSB.

—Voy a echar un vistazo —dijo.

Con el rifle del abuelo al hombro llegó al punto más alto del camino y se apostó entre unos abetos. Desde el principio del camino lo único que vio fue nieve blanca y las siluetas esporádicas y fantasmales de algunos abedules y pinos. El viento aullaba, pero entre ráfagas oyó sirenas cerca de la casa. A los pocos minutos se oyeron voces al pie del camino. Apoyó el rifle en una rama e hizo una inspección visual por los pequeños dientes metálicos de la mira. Primero apareció una mujer. El motor se puso en marcha, y se encendieron los faros. Arvo también la había visto.

Arvo la inundó con la luz de los faros, pero PJ seguía sin verle bien la cara. En todo caso no le parecía rusa, y menos de la policía, o del FSB. Agitaba los brazos y gritaba. El viento se llevaba sus palabras.

Alineó la mira del rifle con su cabeza.

65

RusFarm

Subiendo al trote por las vueltas y revueltas del camino, Anna hablaba en voz baja con *Penelope* mientras se le acumulaba nieve en el abrigo. Ya había seguido antes esa ruta, y se acordaba de que los metros finales eran estrechos y empinados, con muchos árboles. Decidió acabarla a pie. Hundió un poco los talones en las costillas de la yegua, que apretó el paso. Ya no nevaba tanto. «Mejor», pensó Anna, «así los investigadores del FSB verán mis huellas y encontrarán las balas de mi pistola». A la siguiente curva distinguió fugazmente el resplandor de la mansión. Una más y vio el punto en que acababa el camino propiamente dicho.

Un soplo de nieve le impidió ver nada durante unos segundos.

Reanudó su caminata, empecinada pero cada vez con menos fuerzas. Su brazo izquierdo era una manga de viento a merced de la brisa. No se notaba la carne. Estaba fría, sin dolor, y ya no formaba parte de ella. Se sacó el móvil del bolsillo del abrigo con la mano derecha y abrió el historial de llamadas. Los copos de nieve la hicieron parpadear mientras miraba fijamente el número de Maxímov.

Otra ráfaga.

Paró el caballo y miró hacia abajo. «Si me tiro ni me enteraré», pensó. Intentó pasar la pierna derecha por la grupa de *Penelope*, pero no la levantó bastante y chocó con la yegua. Aterrizó en la nieve prensada, sin aliento. Se quedó quieta y, cuando pudo ensanchar los pulmones, se levantó despacio.

Marcó el número privado de Maxímov y lo dejó sonar tres veces. Luego colgó y soltó el teléfono.

Justo entonces se espació un poco la nieve y vio a Max en la base de la cuesta. Llevaba a Vadim en la espalda. Le estaba costando trepar.

Apuntó hacia él con la pistola y la desplazó ligeramente a la derecha antes de apretar el gatillo.

Max tenía los pies helados, pero le quemaba el dedo a cada paso. Oyó el silbido de otra bala a su lado. Estaba fallando por poco, y eso que disparaba en plena ventisca... ¡Pinche rusa culera! Se le hundió el pie en la nieve y se cayó, quedándose debajo del cadáver de Vadim. Se lo quitó de encima y se quedó sentado, aturdido, hasta que oyó gritar a Sia desde la colina. Luego otra detonación, y un cambio de presión fugaz en los oídos. Por muy poco. Cogió el brazo de Vadim para llevárselo a rastras. Después de tres fuertes estirones se volvió a caer, hundiéndose más en el polvo.

Plantó bien los pies.

Fue dando empujones a Vadim hasta que a partir de un momento notó que lo movían otras manos. El cadáver subió por la cresta. Max volvió a resbalar. Sonó otro disparo. Sia estaba bajando hacia él mientras decía algo sobre un billete para el norte. Sus gritos alternaban entre el inglés y el afrikáans. Max se levantó como pudo. Sia lo agarró por el abrigo y lo estiró hacia arriba, hasta que Max entrevió sus ojos exhaustos y se cayeron uno encima del otro al final del camino.

66

RusFarm

PJ vio que Arvo metía a los dos agentes de la CIA en la camioneta bajo una nueva ráfaga de nieve. La mujer se desgañitaba en una mezcla de inglés exaltado y otro idioma que ninguno de los dos finlandeses era capaz de reconocer, y menos de entender. El hombre se había desmayado. Fue el primero al que subieron a la camioneta, seguido por el cadáver, que a PJ le pareció ruso. Debía de ser el activo. Pobre desgraciado, aun siendo ruso... PJ se preguntó si lo había matado el tirador que estaba disparando más abajo, en el camino. Contactaron con Lulu por teléfono y se lo pasaron a la mujer del pelo negro. PJ oyó otro disparo desde debajo de la cresta. «Una pistola», pensó.

Volvió a su observatorio, entre los árboles, y miró por el cañón hacia donde le parecía que había estado el principio del camino. El mundo era blanco, iluminado sólo por los faros de la camioneta. En el momento en que se abrió la pared blanca vio a una mujer de poca estatura encima de la cresta. Centró la mira en su pecho y sacó todo el aire de los pulmones, preparándose para el disparo. La mujer miraba hacia la camioneta. El viento dejó de soplar. La cresta estaba en calma, y los dedos de PJ firmes en el gatillo. La mujer llevaba una pistola al cinto. Fuera quien fuese estaba siguiendo a los agentes de la CIA. PJ centró la mira en su cabeza. Desde esa distancia no había manera de fallar.

Anna sonrió al ver la camioneta de la compañía de electricidad. Muy inteligente. Un hombre corpulento estaba arrastrando a Max al otro lado del vehículo. Sia se desgañitaba, pero en un idioma desconocido para Anna, y el viento se llevaba sus palabras.

«Hasta aquí llega el olor del fuego», pensó Anna. «El dulce olor de la casa muerta.»

Se oyó la detonación de un rifle. ¿Le habían dado?

De repente estaba boca abajo.

Se le empezó a llenar el cuerpo de calor. «Estoy demasiado caliente para morirme en la nieve», pensó.

67

Palo Alto; Washington

Una pantalla de doscientas noventa y dos pulgadas, pagada (y no a bajo precio) con los impuestos de los estadounidenses, pero lamentablemente borrosa y pixelada, cobró vida en la pared del centro de mando de WeWork, recogiendo una toma de la Sala de Crisis de la Casa Blanca. Piper y Bradley flanqueaban a POTUS, cuya tensión era visible hasta por la pantalla. Al parecer había tenido que interrumpir una comida familiar en su residencia. Lo que tenía delante, en un plato, parecía pollo frito. Bradley dio el parte de lo que había pasado durante la noche. El presidente apartó el plato con una cara donde se mezclaban el asco y la preocupación.

Acto seguido Bradley puso la grabación de la llamada telefónica entre Sia y Procter. Estaba describiendo la ruta de exfiltración cuando fue interrumpido por POTUS.

—¿Cuánto tardarán en cruzar la frontera?

—Semanas —dijo Bradley—. Sería demasiado peligroso intentar cruzar oficialmente, sobre todo si PERSÉFONE cumple su amenaza. Se esconderán durante un tiempo.

—Esto es una cagada de las que hacen época —dijo POTUS—. ¿De qué carajo va la tal PERSÉFONE?

La respuesta no la sabía nadie, ni siquiera Procter, que no abrió la boca.

Piper se echó gel higiénico en las manos.

—Bueno, a ver si lo entiendo: en la granja les ponen a los nuestros vigilancia hostil. La tal Sia le da un ordenador a PERSÉFONE y vuelven a la casa. Entonces capturan a los nuestros, los interrogan...

Procter lo interrumpió.

—Y a uno de los nuestros le cortan un dedo del pie.

POTUS miró el pollo con una mueca.

—Vale —continuó Piper con un tono aséptico—, pues torturan a uno de los nuestros. Y mientras tanto ¿dónde está PERSÉFONE?

—Una vez confirmada la vigilancia —dijo Procter perdiendo la puta paciencia —, Sia y PERSÉFONE prepararon una estrategia para la exfiltración. El plan... bueno, a ver, que vaya por delante que lo que me ha dicho Sia no es el colmo de la coherencia, porque acaba de hablar conmigo por teléfono desde un compartimento de una camioneta de servicios que va pegando saltos en plena tormenta de nieve por pistas sin asfaltar, y está encajada entre un cadáver y el agente con el dedo amputado, y acaba de presenciar varios asesinatos en la casa, y los persigue el FSB. Lo digo para que se hagan una idea del contexto. Total, que parece que el plan consistía en que PERSÉFONE fuera a una habitación de la casa donde les parecía que no había cámaras, cogiera un coche, intentara confirmar o descartar la vigilancia y usara el mismo coche para llevárselos a los tres al punto de exfiltración. Era lo que pretendía PERSÉFONE.

—Bueno, da igual, es evidente que esto hay que pararlo —dijo Piper—. ¿Qué se ha fumado PERSÉFONE para pensar que lo pondremos en marcha esta noche? Es una locura.

El presidente se comió un poco de piel de un muslo de pollo. Procter no había llegado tan lejos para permitir que por culpa del politiqueo y de la incuria se fuera al garete una operación totalmente factible, y aún permitiría menos que no hubiera servido de nada el sacrificio de sus agentes. Le pasaron por la cabeza imágenes de una explosión en la base de Jost, un tiroteo en la embajada de Damasco y una botella rota en la cabeza de un matón en Dusambé. Cada

recuerdo era como una burbuja reventando en su cerebro. Al final se levantó, se subió por la espalda su blusa rosa fosforito y se dio la vuelta para que los de la Sala de Crisis vieran las nueve estrellas tatuadas en fila en sus músculos dorsales. Oyó el ruido del tenedor de POTUS cayéndose en la mesa.

—Artemis, por Dios...

Bradley no acabó la frase.

—Siete son de Jost —explicó Procter—, y dos de cuando fui jefa en Damasco y Amán. Van aumentando conforme vengo a los nuestros. Si no ponemos esto en marcha, señores... nos cagaremos en la inteligencia que tanto les ha costado conseguir a nuestros agentes. Será como tirar al váter sus esfuerzos. Porque ya sabemos todos que a estos dos no les espera la gloria. Lo que les espera quizá sean dos estrellas anónimas en una pared, y luego en mi espalda. Después de eso nada, el vacío. ¿Y sabe qué le digo, señor presidente? Coño, pues que a mí eso no me va. A mí sólo me importan dos reglas: conseguir la inteligencia y proteger al agente. En lo segundo, en este caso, la hemos cagado pero bien cagada. Lo primero aún podemos hacerlo. La única manera de vengarlos es acabando lo que han empezado ellos: llevarnos el puto dinero y poner en marcha nuestra pequeña conspiración, a ver qué pasa en Moscú. Es lo mínimo que les debemos a los dos.

Se volvió hacia la pantalla. POTUS se había puesto una mano en la boca. Miró primero a Bradley, luego a Piper y por último a Procter mientras asentía.

—Que se prepare el equipo. Y usted bájese la blusa, señora Procter, por el amor de Dios.

Como no estaban todos despiertos, Procter irrumpió en los dormitorios pegando gritos, encendiendo las luces y estirando las sábanas como si fuera el toque de diana de un campamento de prisioneros. Se reunieron ante la pantalla de videoconferencias.

—Cuando lo pongamos todo en marcha —empezó a explicar— nuestro programa se hará pasar por Vadim Kovalchuk para solicitar la compra de trescientos cuarenta y cinco millones de dólares en bitcoins a través de una correduría de Hong Kong. El dinero tiene su origen en decenas de cuentas de jurisdicciones de todo el mundo. Aparte de eso, desde las cuentas que gestiona Vadim se transferirán por separado cantidades de entre varios centenares de miles y decenas de millones de dólares a las cuentas privadas de siete residentes en la Federación Rusa, a todos los cuales ha visto usted, señor presidente, y ha dado su visto bueno. Se trata de Vasili Gúsev, conocido como *el Ganso*; de uno de sus ayudantes, de apellido Chernov; del director del FSB; del jefe adjunto de la Rosgvardia y de tres coroneles que, si no nos equivocamos, encabezarían las unidades que desplegaría el ejército en Moscú en caso de insurgencia. Nuestra plataforma WINKELVOSS, de la que también está informado, dispersará gran parte del polvo digital necesario para convencer a los investigadores de que había un complot en marcha. —Hizo una pausa—. Y a partir de ahí esperaremos a que empiecen a matarse entre ellos.

—¿Cuánto dinero calcula usted que se moverá? —preguntó POTUS.

—No lo sé —dijo Procter—. Menos de lo que nos pensábamos al empezar. El FSB llegará en cuestión de horas al apartamento de Vadim y alguien entrará en el portátil y accederá a las cuentas que conocen para intentar deshacer la maraña.

—Pues adelante —dijo POTUS.

Procter oyó mascullar a alguien: «Ay, Dios mío; ay, Dios mío; ay, Dios mío», respirar profundamente y teclear.

El caos empezó en Washington y fue rebotando entre Palo Alto y Hong Kong hasta explotar finalmente en Moscú.

Procter se pasó toda la noche en vela con los técnicos y los del FINO, todos en tensión. Al despuntar el alba, los espacios de trabajo olían a Pop-Tarts

requemadas y a colonia superada por olores corporales. Varias de las transacciones se frenaron; las reservas de efectivo del Bank Rossiya, por ejemplo, no viajaron en ningún caso a Hong Kong para comprar criptomonedas, pero muchas de las otras transferencias bancarias recibieron luz verde. Los TROJAN se habían metido tan a fondo en la vida de Vadim que al FSB le estaba costando una barbaridad erradicarlos.

A finales de la tarde Procter encendió la tele y accedió a los canales por satélite para sintonizar Rossiya-1, la televisión pública rusa.

Salían cuatro bailarinas con tutús blancos girando al compás de la suntuosa música que acompañaba los delirios más febriles de Procter.

Los rusos estaban poniendo la misma programación que al morir varios líderes soviéticos: Brézhnev, Andrópov y Chernenko.

Era el mismo ballet que se había repetido en bucle tres días seguidos durante la tentativa de golpe de Estado contra Gorbachov de 1991.

El lago de los cisnes, de Chaikovski.

Sonrió.

68

Langley

Artemis Aphrodite Procter siempre se acordaría de esos cuatro días gloriosos y caóticos de diciembre, y los guardaría con cariño dentro de su corazón.

Vio por Telegram vídeos caseros con tanques y vehículos acorazados alrededor de la central del FSB, en la Lubianka. La estatua de Félix de Hierro, devuelta años atrás a su lugar, contemplaba con lo que interpretó Procter como nerviosismo —y ciertas dosis reticentes de respeto— el enrevesado complot que tenía lugar en torno a ella. Las cámaras de los móviles captaban imágenes movidas de tanques aparcados en la Plaza Roja y agentes de uniforme negro patrullando el Kremlin. En un vídeo se veían helicópteros vinculados a las unidades de contrainteligencia militar del FSB volando hacia bases aéreas de la región de Moscú. La CIA recibió informes pendientes de confirmación según los cuales habían sido frenadas de golpe varias unidades militares, y se las habían llevado al este en tren. Las imágenes por satélite y las intercepciones corroboraron que el caos en Moscú había dejado en suspenso los movimientos de las tropas rusas en Ucrania.

El Kremlin guardaba silencio.

Los tertulianos especulaban con que Putin se había refugiado en su finca de Idokopás, o en uno de los búnkeres presidenciales de los Urales. A decir verdad, la CIA no tenía ni idea de su paradero.

Las manifestaciones contrarias al gobierno en Moscú y San Petersburgo, que desde el principio de la guerra en Ucrania prácticamente habían dejado de existir, se calentaron a medida que los rusos percibían signos de debilidad en medio de la incertidumbre, y fueron aumentando —hasta congregar en más de un caso unas diez mil personas, como revelaron las fotos por satélite— hasta que los antidisturbios de gorras negras sofocaron una en Bolótnaya con munición real. El cuarto día, los tiroteos y un diciembre especialmente gélido habían hecho desistir a casi todos los manifestantes, a excepción de los más fervorosos.

A pesar de todo, el Kremlin guardaba silencio.

El rublo ruso llegó a cotas aún más bajas, mientras el precio mundial de los bitcoins se disparaba a lo largo de las cuatro sesiones bursátiles. Fueron muy pocos los comentaristas que vincularon ambas cosas, y cuando lo hicieron fue sólo para formular la hipótesis de que los inversores podían estar lanzándose en masa a las criptomonedas —cosa extraña— para protegerse del claro y creciente riesgo de inestabilidad global.

Finalmente, el día de Navidad por la mañana, la CIA recibió confirmación por parte del SIGINT de lo que llevaban diciendo uno o dos días la oposición y la sociedad civil rusas: que Vasili Platónovich Gúsev, el mismísimo Ganso, viejo aliado de Putin y secretario del poderoso Consejo de Seguridad, había sido detenido y encerrado en Lefórtovo.

La noche de Navidad, Putin pronunció un discurso.

Estaba pálido y con la cara aún más inflada que de costumbre. Como suelen hacer los hombres fuertes cuando miran desde las alturas a una población levantisca, hizo un llamamiento a la calma y culpó a «actores extranjeros» de incitar un complot contra Rusia y sus legítimos representantes. No sonrió. Apenas parpadeó. Llevaba un reloj Richard Mille Tourbillon (precio de venta al público: 583.000 dólares) cuya esfera, con una calavera de oro, daba como fecha la del día anterior, el 24 de diciembre. Vinculó el ataque a Rusia con Estados Unidos, el nacionalismo ucraniano (sin pronunciar ni una sola vez la palabra

«Ucrania») y el nazismo, fusionados en una gran cábala contraria a la existencia de Rusia y su misión especial en el mundo. Aludió a nuevas purificaciones por venir en la nación, y a las glorias sin especificar que la aguardaban.

A las ocho en punto, hora de Moscú, justo cuando Putin despotricaba contra los manifestantes (a los que se refería sólo como «colaboradores»), se cortó su monólogo. Como podía deducirse del reloj, el discurso estaba pregrabado para encajar en la programación nocturna del Canal 1, y Putin se había alargado demasiado. Más tarde, la CIA averiguó que el original duraba setenta y dos minutos, doce por encima de la franja asignada. Después del discurso Putin desapareció, sin que la CIA supiese si se había refugiado en los laberintos del Kremlin, en su residencia de Moscú o en su finca del mar Negro.

Procter se leyó hasta la última coma de la inteligencia procedente de la docena aproximada de centros mundiales de información sobre Rusia, y comprobó con gran placer que el cuadro que se dibujaba era de caos generalizado. La investigación del FSB sobre las transferencias bancarias y el historial de llamadas telefónicas de Vadim Kovalchuk había desencadenado una oleada de arrestos. La cárcel de Lefórtovo había sido vaciada de sus anteriores inquilinos para albergar a los presuntos autores del complot, varios de los cuales perdieron la vida resistiéndose a la detención, entre ellos un coronel de la policía militar que murió de un tiro en su propia casa, frente al árbol de Año Nuevo. Sin embargo, al quedar claro que muchos no tenían la menor relación con la intentona, el FSB inició un goteo de excarcelaciones. Con todo, una fuente relativamente nueva daba una interpretación del estado mental del presidente ruso que a la jefa le pareció muy acertada: Putin estaba convencido de que el Ganso, Vadim Kovalchuk y un grupo de colaboradores de alto rango habían intentado derrocarlo.

«Rusia volviéndose contra sí misma», le escribió Procter a Bradley en una nota adjunta al informe. «El oso comiéndose su propia cabeza.»

¿Y Vadim Kovalchuk? El misterioso banquero que estaba en el origen del golpe imaginario no mereció titulares en la prensa, pero su nombre sí apareció en diversos informes de inteligencia procedentes de una fuente rusa gestionada desde la Estación de París. Dicha fuente aseguraba que lo habían sacado de Rusia. El FSB había registrado hasta el último centímetro cuadrado del país. El SVR había encargado en todo el mundo a sus *rezidenturi* que indagasen acerca de su paradero. Según la fuente nadie sabía nada, pero todos se hacían la misma pregunta: ¿dónde estaba Vadim Kovalchuk?

Una gélida tarde de enero, Procter fue a ver a Bradley a su despacho para que diera el visto bueno a la respuesta de la CIA a la pregunta.

Para los que fichaban era la hora de salir del trabajo. El tráfico peatonal de la Séptima Planta corría como el agua en torno a Procter mientras acudía a la reunión. Sólo llevaba una caja negra plana, con una pequeña etiqueta que indicaba que su portadora estaba autorizada para llevar el aparato electrónico en el interior del edificio. Bradley le hizo señas de que entrase. Tras frotar los lanzadores Stinger y Javelin para que le dieran buena suerte, Procter se sentó a la mesa.

Deslizó hacia Bradley la cartera de almacenamiento en frío, la Tumba.

Bradley sonrió.

—Bueno, ¿qué quieres hacer con ella?

—Quiero una lancha motora. ¿Y qué tal si le compras a Angela el caballo de San Cristóbal antes de que se hunda el mercado de las criptomonedas?

Bradley se rió.

—¿Algo que entre en lo que puedan autorizar los letrados?

—La verdad es que no.

—Seguro que algo se te ocurrirá.

Volvió a empujar la cartera hacia Procter, que se la guardó en el bolsillo.

—¿Vadim? —dijo Bradley.

—Sí.

—He leído tu nota, Artemis, y no sé si estoy de acuerdo.

—Coño, y ¿por qué no?

Sonrió.

—A ver... Para empezar, ¿por qué íbamos a implicarnos formalmente en la locura de Moscú?

—Habrás leído los informes, Ed: ya creen que tienen inteligencia en firme. Putin nos ha echado la culpa en público. Ya oíste su discurso.

—¿Y qué ganamos exactamente dándole más credibilidad a la idea dentro del Kremlin?

—Una oportunidad de que PERSÉFONE pase al otro lado.

Bradley se alisó la corbata y se rascó la cabeza.

—Después de lo que pasó —dijo— dudo que haya muchas ganas de eso. De todas formas, lo más probable es que esté muerta.

—Dos cosas y me callo, Ed —dijo Procter—. Una: lo que lo puso todo en marcha fue la operación de PERSÉFONE. Sin ella habría sido literalmente imposible. Estamos en deuda con ella.

—No me vengas con chorradas, Artemis —dijo Bradley—. No le debemos nada. Reventó la operación, y puede que intentara matar a nuestros oficiales.

—Puede ser —reconoció Procter—, pero antes los salvó. Sin su intervención estarían muertos, enterrados sin lápida en esa granja del demonio. Además, Castillo estaba casi seguro de que al dispararle durante la exfiltración apuntó mal adrede.

Bradley no contestó.

—¿Y la segunda cosa?

—La segunda —dijo Procter— es que el clancom que le dimos aún funciona. PERSÉFONE no lo destruyó, a pesar de que le habría sido fácil. ¡Joder, si se pateó media finca a caballo en busca de Castillo y Fox! Yo lo primero que habría tirado al fuego habría sido la alforja, pero ella no lo hizo.

—Está muerta —dijo Bradley—. Al menos parece que es lo que creen los finlandeses. Le pegaron un tiro.

—Ya, ya lo sé —dijo Procter—. Justamente por eso no perdemos nada por intentarlo. En el peor de los casos llegaremos a donde estamos: con PERSÉFONE fuera de circulación y los rusos culpándonos de haberles jodido la marrana.

—En el centro nadie se cree ni por asomo que PERSÉFONE pueda volver a entrar en juego. Ni Piper, ni POTUS y puede que ni yo.

—Vale. —Procter se encogió de hombros como diciendo que le importaba un carajo—. Aunque seamos justos, Ed: has dicho «puede». ¿Qué hace falta para que des el sí?

Bradley frunció mucho las cejas al leer la tarjeta donde tenía impresa su agenda del día. Suspiró.

—¿Qué propones?

En la oscuridad de su despacho de Moscú X, Procter apoyó el bate de béisbol en la mesa para que cupiera la caja fuerte. La pintura estaba levemente descascarillada, y se había borrado un poco la preciada firma de Jim Thome, pero no eran destrozos comparables a los de la endeble tabla de conglomerado de WeWork. Entraron dos técnicos con la nueva caja fuerte y le enseñaron a cambiar la combinación entre miradas desconfiadas al bate. Procter rellenó un pequeño fajo de papeles, que los dos hombres se llevaron.

Abrió la caja fuerte y cambió la combinación de seis dígitos por la fecha del cumpleaños de Vladímir Putin: 100752. Al fondo, en la pared interna, enganchó con celo la foto del presidente ruso cayéndose al hielo durante un partido de hockey. Había vuelto a imprimirla después de lo del bate en Palo Alto. El suelo de la caja fuerte lo tapizó con una impresión de la foto de ella desnuda que le había metido a Antón en los pantalones antes de irse del hotel en Dusambé, la que exponía su áspera feminidad. Su fuerza callada, qué coño.

Se sacó la cartera del bolsillo y se la puso en la palma de la mano.

—Doscientos veinticinco millones trescientos veintidós mil cuatrocientos diecisiete dólares con sesenta y un centavos —dijo como si fuera un conjuro.

Una parte insignificante del dinero de Putin, pero decisiva al ser utilizada contra él.

Le dio un beso. Luego dejó la cartera en un lado de la caja fuerte, atenta a no censurar su propia foto, y la cerró con suavidad.

69

Carelia

La aurora boreal pintaba franjas de luz verde en el cielo. Horas antes del alba salieron de la cabaña dos personas calzadas con raquetas para dirigirse al prado del otro lado del lago. Carelia era una bola de nieve silenciosa en lo alto del mundo, una tierra de agua helada: lagos, estanques y ríos. En verano, dijo PJ, los campos y los prados eran de un verde esmeralda, y el agua cristalina y azulada. En esos momentos todo estaba cubierto por un manto blanco impenetrable. Sia nunca había estado en un lugar tan limpio. El aire era tan frío y puro que el primer día casi le había dolido respirar. Ya no. Deslizándose con las raquetas por el hielo notó una fuerza que llevaba semanas sin sentir. Se fijó en Max, que iba delante, y vio que en pocos días sus pasos se habían vuelto más largos y vigorosos.

Los primeros días, pasados en un frío sótano con colchones cutres y un lavamanos oxidado, se habían caracterizado por la espera impotente y agobiante típica de los bombardeos de artillería. Por las paredes de hormigón se filtraba la humedad. Sólo había dos bombillas colgadas del techo con cadenitas. El finlandés mudo llevó agua, pan negro, salchichas y un cubo de plástico con vendas y ungüentos para el pie de Max. Se enteraron de que el menos corpulento de los dos hermanos, el mayor, se llamaba PJ, y el mudo Arvo.

Durante la primera noche en el sótano, desnudos debajo de las mantas para entrar en calor, estuvieron pendientes de si el FSB reventaba la puerta. Sia volvió la cabeza hacia el techo, convencida de oír ruido de aspas. Sólo los números verdes de un reloj digital marcaban el paso del tiempo. En el transcurso de esas largas horas, taparse los oídos con una almohada sucia no le sirvió para aislarse del ruido de unos helicópteros inexistentes, ni hundir la nariz en ella la salvaba del olor del humo de RusFarm, pese a los muchos días transcurridos, ni cerrar los ojos borraba la imagen de Chernov cortándole el dedo del pie a Max.

Tres días más tarde, casi de noche según el reloj, Arvo bajó con ropa de abrigo y pañales para adulto y se señaló insistentemente la zona de la muñeca donde se suelen llevar los relojes. Sia miró la caja de pañales. Fue la única vez que lo vio sonreír.

Lo único de su talla eran los pañales. Con un abrigo enorme, un jersey apretado, un sombrero gigante en la cabeza y unos guantes de niño en las manos, subió por la escalera y se encontró en un garaje. Hacía un frío que pelaba. PJ estaba al volante de un todoterreno. Al ver lo que salía por el tubo de escape, Sia se acordó del incendio de RusFarm y le latió más deprisa el corazón. Arvo les enseñó el compartimento de debajo del maletero. Dentro había botellas de agua, tubos de oxígeno y paquetes de galletas. Se puso un dedo en los labios, solemnemente. Sia y Max entraron.

El trayecto duró varias horas. Sia tenía el pelo apelmazado de sudor y los dedos de los pies dormidos. Orinó en el pañal. La oscuridad la iba oprimiendo, tanto que al final cedió y se dio unos chutes de oxígeno para despejarse. Max juntó su frente con la de ella. Sia buscó su mano. Tenía hambre, pero le preocupaba vomitar si comía. El pavimento dejó paso a grava y piedra.

Finalmente el coche se detuvo. El clic de un tirador. Sia levantó la vista. El aire viciado del compartimento se llenó de una luz cegadora y un aire glacial.

Unos cuantos parpadeos. Sobre ellos se cernía una forma. Detrás había copas de árboles nevadas y un cielo intensamente azul. La forma era Arvo. El mundo estaba en silencio. El finlandés arrugó la nariz a causa del olor que salía del maletero. Se apartó, tendiendo una gran mano para levantar a Sia.

—Lo siento —dijo ella.

La cabaña estaba en una península que se internaba por un lago helado. Había una cocina diminuta, con una estufa de leña, y un solo dormitorio. Las vigas eran tan bajas que tenían que agacharse para no chocar con la cabeza. Sia descorrió de golpe las cortinas, colgadas de una cuerda, y no vio ninguna otra cabaña en todo el lago. Ni en los árboles ni en el hielo se movía nada. Arvo y PJ llevaron cajas de provisiones y suministros: comida, agua, cerillas, dos kits de primeros auxilios, líquido inflamable, periódicos, dos rifles, munición y libros (todos en finlandés o ruso). PJ desenrolló una lona detrás de la cabaña. Dentro había leña. Encendieron fuego y se sentaron alrededor de la estufa en precarios taburetes, calentándose las manos.

—Carelia —dijo PJ señalando por la ventana.

—¿Rusia o Finlandia? —preguntó Sia.

Arvo hizo una mueca.

—Rusia —dijo PJ rascándose la barba de varios días—. Puede que unas cuantas semanas más. Mucha presión. Lulu explicó que ahora mismo no hay buenas opciones en la frontera. Demasiado peligroso para coche. O submarino. O avión. Lulu está en ello. Vosotros esperad aquí. Muy muy al norte. Solos. Volveremos. Cuatro o cinco días. Para otra entrega.

Sia no pudo dormir profundamente hasta la cuarta noche. Soñó que salía a caballo de RusFarm mientras la finca se quemaba. Ponía el caballo a galopar

para ir más deprisa que las llamas. Sentía retorcerse el calor en su espalda. Luego RusFarm se convertía en el rancho de los Fox, en el Big Bend, y soñó que estaba pisoteando los jarales, los arbustos de creosota y los nopales de su antiguo hogar. En lo alto de una loma esperaba un caballo, iluminado por la luna del desierto. Fue hacia él.

Al despertarse vio que Max estaba preparando café.

—¿Te apuntas a un paseo? —dijo él.

Se pusieron la ropa de invierno y las raquetas y rodearon el lago. Aparte del crujido de la nieve comprimida por sus pasos el silencio era absoluto. Sia iba deprisa, disfrutando del calor de sus músculos y de la sed de aire puro de sus pulmones. Al cabo de una hora llegaron a un punto de la orilla opuesta desde donde se veía la cabaña. Quitaron la nieve de dos rocas y se sentaron a comer las barritas de cereales que se habían llevado.

Sia arrastró un guante por la nieve para dibujar una ese, una i y una a, que borró con su bota. «Igual es mejor no decir nada», pensó, pero al poco rato se había puesto a hablar.

—Si salimos de aquí nos apretarán las tuercas durante meses: polígrafos, exámenes psicológicos, reuniones interminables... una pesadilla. Será imposible pensar. Por eso estoy pensando ahora.

—¿En qué? —preguntó Max.

Sia tosió.

—En que ya no trabajo bien. En que igual ya no sé quién soy.

Se rió. Era una locura oírlo en voz alta. Empezó a hacer una bola de nieve.

—Cuando llegamos a RusFarm —continuó— tuve una sensación que no había tenido en mi vida. De repente merodear por las sombras ya no era emocionante, sino que daba un miedo atroz. Me pregunté si había algo más al acecho, algo que me persiguiera. Todavía lo noto.

Vio que Max se inclinaba hacia ella con la boca abierta, como si pensara en

decir algo, pero en vez de decirlo se quedó a la espera.

Sia se quitó el guante de la mano izquierda y lo enseñó.

—Esto, por ejemplo, es nuevo.

Miró un momento sus dedos, que temblaban, y luego los metió otra vez en el guante, con el que siguió dando forma a la bola de nieve.

—Y me pregunto —continuó— si no me temblará la mano porque mi cuerpo sabe algo que no sabe mi cerebro: que no sé quién soy. ¿Soy abogada o NOC? Las dos cosas. ¿Soy americana, sudafricana o británica? Sí a todo. ¿Esta operación ha sido un fracaso o un éxito espectacular? Las dos cosas. ¿Jugamos con Anna o ella con nosotros? Sí y sí. ¿Soy una farsante o una patriota con honor? Lo uno y lo otro. Y así sin parar. Sinceramente, ya no veo nada claro. Sé que estoy huyendo de algo, pero no sé de qué.

Tiró la bola contra un árbol.

—Ya está —dijo—. No está limpio ni lo estará nunca.

Max la vio hacer bolas de nieve.

«No está limpio.» Desde el apocalipsis de RusFarm había fantaseado con situaciones descabelladas en las que volvía victorioso a San Cristóbal como si no hubiera pasado nada. Un sueño absurdo.

Había puesto en peligro San Cristóbal. Lo había puesto en el degolladero.

Pero ¿había sido suya la decisión? «Quizá si le hubiera dicho que no a Hoyt y la CIA no estaríamos aquí», pensó. «Si le hubiera dicho a Procter que de la primera visita a RusFarm no pasaba... Si hubiera estado dispuesto a salirme del círculo y tomarme un descanso, disfrutando de la vida de civil... Que Sia, la CIA y los habitantes del mundo secreto dieran vueltas a sus anchas. Entonces, tal vez...» Lo que estaba claro, sin tal vez que valiera, era que daba igual, porque lo hecho, hecho estaba. Se lo había guardado todo tan adentro que se sorprendió a sí mismo al empezar a hablar.

Sia estaba tirando una bola de nieve a otro árbol, indolentemente.

—He dedicado toda mi vida a construir San Cristóbal —dijo Max—. Es donde lo tengo todo: mi familia, mi sustento... Me conozco uno por uno a todos los caballos de la yeguada. Mi intención era honrar a San Cristóbal. Me... —Se le tensó tanto la mandíbula que tuvo miedo de que se le rompieran los dientes. Perdió la mirada en el lago. Sia se sentó en una roca y le puso una mano en la espalda—. Que se vaya todo a la chingada —dijo él en voz baja después de un momento, en español.

—¿Eres consciente de que propondrán reubicarnos a los dos en Estados Unidos? —dijo Sia—. En mi caso no será una propuesta. Tú en cambio sí tendrás elección.

—No tanto —dijo él—. Sólo puedo hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Irme a mi casa.

Max cogió una rama del suelo, la partió en su rodilla y tiró los trozos a los árboles. Mientras veían deslizarse la nieve por los abetos, Max oyó el ruido de una rama rota y pisadas en la nieve.

70

Carelia

Algo se movía por la orilla, haciendo crujir el manto de nieve del sotobosque. ¿Raquetas? Se agazaparon a mirar desde detrás de una roca. Más ruido de ramas. Se agacharon tanto que casi se metieron en la nieve.

Max ya no respiraba. A Sia le temblaba la mano izquierda, haciendo vibrar la roca con los dedos como un diapasón. Había cerrado los ojos.

Las pisadas cobraron más fuerza.

Apareció un animal que iba saltando a cuatro patas: un gran oso pardo que levantaba la cabeza para olisquear el aire, sacando vaho por las fosas nasales. Max se preparó para la embestida. El oso olió la tierra, clavando el hocico en la nieve. Tras hurgar un poco en ella miró a Max con el hocico blanco. Se observaron durante un momento lleno de tensión.

Después el oso se marchó.

Max metió más leña en la estufa, que se estaba apagando. Sia hervía agua para hacer café. Puso un trozo de pan negro en una tabla de cortar junto con unas rebanadas de salchichón de alce y un trozo de queso finlandés que olía a suizo. A pesar de que el queso estaba congelado, se acabaron el pan y todo el salchichón en un silencio relajado. Max sirvió más café. Tenía claro que Sia no había

comido tanto desde el incendio. Una vez saciados, Max cogió uno de los libros en finlandés y se dejó caer en el sofá.

—Malditos PJ y Arvo... —dijo hojeando el libro al azar—. Ni uno en español o inglés.

Sia se rió. Estaba delante de la estantería, echando un vistazo a la incomprensible selección bibliográfica. El jersey de cuello chimenea le sentaba fatal, pero los tejanos se le ceñían bien al cuerpo. Al dar media vuelta pilló a Max mirándola, cosa que también la hizo sonreír.

Se sentó a su lado, cogiéndole la mano. Él le dio un beso. Luego apoyó la cabeza de Sia en sus manos y le hizo un masaje en las sienes y la nuca. Sabían moverse lentamente y sin hablar, a fin de que sus cuerpos exhaustos tuvieran espacio para ponerse al día. Max le besó a Sia el cuello y las orejas. Ella le pasó una mano por el pelo.

Después se levantó. Max le quitó la ropa, y ella a él también, pero con cuidado, atenta al pie. Se miraron en la luz inclemente de la tarde, sin ropa, sombras ni caretas. Max le vio los lunares, los cortes, los morados y esas magníficas y largas piernas: toda ella. Estaban otra vez en la casa de St. Ives, al principio de ese teatro, de un argumento en que se habían profesado amor de cara a los espectadores. Pero ya no estaban en el escenario, y ya hacía tiempo que el público se había marchado.

Max se fijó en cómo lo miraba Sia de los pies a la cabeza, observándolo todo. Él hacía lo mismo.

Daba la impresión de que las cosas podían ir por cualquier lado. Sia dio un paso corto hacia Max, y él igual.

Sia le cogió la mano. De pronto estaban los dos en el sofá, besándose y recorriendo sus cuerpos con las manos. Max no recordaba así la piel de Sia. Le pareció más suave, novedosa. Estuvieron un momento sentados, frente contra frente, nariz contra nariz, oyéndose respirar. ¿Era el final o el principio?

—¿Qué estás pensando? —susurró Sia al oído de Max.

La boca de él se abrió.

Ella se la cerró con un beso mientras lo abrazaba.

—Cállate y dímelo.

El horario fue el mismo durante diecisiete días. Por la mañana daban un paseo con raquetas alrededor del lago y almorzaban en la cabaña. Al principio de la tarde dormían la siesta, y a veces hacían el amor. Antes del anochecer cortaban leña. Para Sia, el sueño del rancho incendiado se convirtió en un ritual nocturno, siempre interrumpido antes de llegar al caballo iluminado por la luna.

El único paréntesis en la rutina eran las visitas de los finlandeses. El séptimo día, PJ llevó lecturas adecuadas: novelas, revistas y periódicos en inglés. Al preguntarle Max si Lulu quería hablar con ellos, Arvo hizo que no con el dedo. PJ dio más explicaciones: ¿cómo se creían que habían pillado a Bin Laden? Con teléfonos. Allá arriba no había migajas digitales. Dijo que no se irían hasta que a Lulu le pareciera seguro cruzar la frontera, y que ellos sólo se comunicaban con ella desde más al sur. No sabía cuánto tiempo tendría que pasar.

El noveno día, Sia hizo el esfuerzo de leer por encima un *New York Times* antiguo, del 27 de diciembre. En primera página, debajo de la cabecera, había un artículo titulado «¿La noche de los Cuchillos Rojos? Nuevas pistas sobre el golpe frustrado en Moscú». Lo dejó para la noche, cuando le sirvió para encender la estufa.

El decimoséptimo día, volviendo del paseo con raquetas, Max y Sia oyeron ladridos y descubrieron dos trineos aparcados junto a la camioneta de PJ. Había varios huskys descansando en la nieve amontonada. Las persianas de la cabaña estaban bajadas. Salió Arvo con cuencos de agua grandes para los perros.

Al entrar, Sia vio que habían ordenado la cabaña. Las sábanas estaban plegadas, y no quedaba nada de ropa. Al lado de la puerta había una bolsa grande de tela.

—Ya han bajado la guardia —dijo PJ—. Conocemos a unos tíos que están de guardia en la frontera. Iremos hoy.

La manera de introducir a los agentes de la CIA en Finlandia sería escondiéndolos en los compartimentos de los trineos. Arvo les dio bolsas de cereales y dos botellas de agua. PJ sacó varias cosas de la camioneta: una pistola, unos prismáticos, unas mantas, una tienda y una nevera portátil. Sia miró la cabaña por última vez. Los días pasados en ella habían sido sencillos, aburridos. Tardaría mucho en volver a tener un día aburrido, cosa que la entristeció. Los finlandeses los metieron en los compartimentos de los trineos, con el equipaje y los enseres colgados por fuera. Si se cruzaban con alguien parecería que los finlandeses iban por el bosque en trineo a cazar.

El trineo se puso en movimiento, cortando hielo y nieve. Estuvieron horas deslizándose. Sia se preguntó dónde estaba la frontera, esa frontera rusa de los mil demonios.

Finalmente se redujo la velocidad. Conversación en ruso entre PJ y dos voces desconocidas. Se pararon. El tono se hizo más severo. Sia apretó los ojos, escuchando su corazón. Alguien puso una mano en el trineo, encima de ella. La conversación se reanudó, más tensa que antes. Si abrían el compartimento se enfrentaría a ellos y los mataría, o haría que la matasen. ¿Qué tenía PJ en el trineo? Pistolas, cuchillos y palos de tienda. «Si se abre el compartimento y no reconozco los ojos, les clavaré los dedos», pensó. «Pero cómo me late el corazón, por Dios...» Más conversación.

Luego una risa. Más ruso.

El trineo aceleró. Sia se tapó la boca con la mano, que temblaba.

Después de otra hora entró luz en el compartimento. Sia miró a su alrededor parpadeando: nieve, abetos y otra cabaña, casi idéntica pero de dos plantas.

—Finlandia —dijo PJ con una gran sonrisa.

Frente a la chimenea, encorvada y considerablemente inquieta, con una parka morado fluorescente, Artemis Procter estaba acabando de preparar un café desastroso. Se le había caído café molido al suelo, y por un lado de la estufa de leña corría un café denso como melaza. La taza de Procter estaba llena de churretes. Al ver a Sia y Max la estampó en el fogón y le dio a cada uno un gran abrazo. A Sia la estrechó con fuerza, diciéndole que no podía estar más orgullosa.

Hizo señas a Arvo y PJ de que los dejaran solos un momento. Los tres agentes de la CIA se repartieron entre el sofá y las sillas. Procter explicó lo ocurrido en Moscú, lo del dinero de Putin y la mentalidad de búnker del presidente ruso.

Mientras oían crepitar el fuego, Sia y Max reflexionaron sobre la clara posibilidad de que pronto los rusos, o mejor dicho Putin, pusieran precio a su cabeza. Lo curioso fue que a Sia no le hizo sentir nada de nada.

Finalmente, Procter dio su veredicto, el que Sia esperaba y temía desde St. Ives. El lenguaje corporal de la jefa cambió, pero no se anduvo por las ramas, dicho fuera en su honor. No se refugió en ningún equívoco, ni dio falsas esperanzas.

—Hemos hecho un análisis en profundidad desde la noche en RusFarm —empezó a decir— y es imposible que sigamos manteniendo vuestras plataformas. Están quemadas. Sia, a ti te reubicaremos en Estados Unidos. Nuevo nombre y nuevo todo. Llamarás a Hynes Dawson y le dirás a Benny que lo dejas. Una crisis de nervios. Algo dramático. Mandaremos a un equipo a que limpie tu piso.

Así llegó a su fin la brillante carrera de Sia Fox como NOC joven, con la rúbrica de un gesto mudo de aquiescencia. Así descarrilaba una ristra de éxitos tan distinguidos como truculentos, tan emocionantes como aterradores. La ruptura era tan brusca que no tuvo fuerzas para traducirla en palabras, ni

tampoco para plantearse sus repercusiones. Quizá fuera el shock, o una ignorancia ciega, o confusión. Fuera lo que fuese, en ese momento Sia Fox no sintió nada. Tampoco dijo ni hizo nada.

En la chimenea un tronco se vino abajo.

Procter se volvió hacia Max.

—Hemos puesto seguridad adicional en San Cristóbal. De momento los rusos no han mostrado interés. Para ti y para tu padre está sobre la mesa el mismo trato: reubicación, nombres nuevos y una pensión. Toda la pesca, vaya. Es una propuesta que te hago. Tengo que hacerla. Forma parte de nuestro acuerdo contigo y con tu familia.

—Volveré a San Cristóbal —dijo Max—. No puedo vivir en ningún otro sitio.

—¿Y estás dispuesto a morir en San Cristóbal? —preguntó Procter—. ¿Si te localiza el ojo maligno de Vladímir?

—¿Tú qué crees, Artemis?

Se miraron a los ojos hasta que Sia tuvo la impresión de que llegaban a un entendimiento.

Procter gruñó.

—Tenía que ofrecértelo, ya te digo.

A Max se le tensó la cara. Asintió mirando a Procter. Después se levantó y se fue.

Procter y Sia contemplaron el fuego.

—Ya lo sabíais, ¿no? —preguntó Procter con un tono no exento de amabilidad.

—Sí —dijo Sia—, lo que pasa es que aún no te lo habíamos oído a ti.

Repitió café y miró por la ventana. Max estaba charlando con PJ y Arvo, ocupados en atar los perros y organizarlos en dos grupos para tirar de los trineos.

Sia soltó la cortina.

—¿Anna? —dijo, casi susurrando.

Procter negó con la cabeza.

—No lo sé. Hemos puesto sobre aviso a las fuentes rusas que nos merecen confianza. Estamos intentando conseguir la lista de presos de Lefórtovo para ver si sale ella. O registros de depósitos de cadáveres en los alrededores de RusFarm. De momento no ha habido suerte.

—PJ cree que le pegué un tiro —dijo Sia.

—Bueno, la cuestión es que no tenemos inteligencia que la mencione —dijo Procter—, ni muerta ni viva. ¿Qué te parece?

—¿En qué sentido?

—En el sentido de qué te parece, Hortensia —le repitió Procter.

Énfasis en el maldito nombre. Procter la miraba fijamente.

Sia había pensado mucho en Anna desde la noche de la granja, sin llegar nunca a nada. ¿Qué era Anna Andréyevna Agápova? ¿Activo? ¿Captadora? ¿Amiga? ¿Enemiga? Todo a la vez. Esa mujer lo era todo.

—Espero que Anna encontrara su victoria —dijo—, aunque esté muerta.

Procter no debía de pedir más, porque tomó un poco de café y asintió en silencio.

PJ siguió a Arvo a la cabaña. Detrás de ellos entró por la puerta la última luz del crepúsculo.

Arvo hablaba por señas, moviendo los dedos con urgencia.

La población más cercana, donde se encontrarían con los finlandeses y toda una batería de agentes de la CIA, quedaba a una hora de la cabaña, y se llegaba más directamente en trineo que en coche. Viajarían otra vez en los compartimentos, no para esconderse, sino por falta de espacio. Procter se metió en el trineo de PJ. El finlandés le dio una bolsa de cereales y una botella de agua. Al ser un trayecto corto no llevaban pañales.

—Pues a la mierda —dijo la jefa, y se agachó un minuto tras un árbol antes de volver a subir.

Anochecía muy deprisa. Arvo acomodó a Sia y Max en su compartimento y fue distribuyendo cosas a su alrededor hasta que desapareció la luz. Sia apoyó su cuello en el de Max. Enlazaron sus brazos y sus piernas. El trineo empezó a moverse con una sacudida. Pronto fue todo oscuridad y silencio, interrumpido sólo por los ritmos tranquilizadores de sus dos respiraciones, el roce del trineo y algún que otro suspiro de uno de los perros. Sia estaba a solas con sus pensamientos, que en el silencio hablaban con ella. Mientras se deslizaban por la noche tuvo una sensación de ingravidez, de ir ascendiendo por la oscuridad. Las franjas verdes de las auroras boreales se extendían por el espacio. Estaba en el cielo, muy arriba, mirándose a sí misma y a Max.

Se movían deprisa, entrelazados.

Como en un ataúd al final de la vida, o un útero en su inicio, eso no lo sabía.

71

Moscú

Semanas después

Los celadores de Lefórtovo abrieron la puerta de la celda de aislamiento del preso 36. Después de encapucharlo lo sacaron al pasillo. Iban tan deprisa que a veces arrastraban por el suelo las débiles piernas del preso. Una larga serie de cambios de sentido los llevó del siniestro pabellón negro mate a pasillos más claros, pintados de un azul sucio o de beis. En Lefórtovo no se permitía el contacto entre presos. No podían usar telégrafos de cuerda para pasarse notas, ni mirarse a la cara. Tampoco podían intercambiarse palabras entre presos y celadores. Como se había hecho en Lefórtovo desde los tiempos de los zares, cuando dos equipos de acompañamiento se encontraban en un pasillo estrecho la comunicación se efectuaba mediante ranitas de latón. Los clics indicaban cuál de los dos metería al preso en una de las cajas de madera que había en cada extremo del pasillo, dejando sitio al otro para que pasara.

En las últimas semanas esta ceremonia se había convertido en el pan de cada día. Todas las alas de la cárcel, en forma de ka, estaban saturadas de reclusos. El 21 de diciembre, la lista de presos de Lefórtovo ascendía a treinta. En esos momentos eran doscientos cincuenta y uno. Muchos ex altos funcionarios del gobierno ruso estaban confinados en espacios apenas mayores que un ataúd. La

cárcel no había estado tan llena desde los viejos tiempos del Terror, cuando era el centro de fusilamiento favorito de Stalin.

Los celadores que arrastraban al preso 36 hicieron chasquear sus ranas de latón a los que llevaban al 77. No había tiempo que perder. Al preso 36 lo esperaban en una de las salas del sótano. El fiscal general había firmado esa mañana misma la orden de ejecución. En Lefórtovo son muy poco frecuentes las ejecuciones, aunque se crea lo contrario. Hacía poco que se había levantado la moratoria de la pena de muerte, tras varias décadas vigente en Rusia, pero tenía más de guiño patriótico en un país en guerra que de instrumento práctico. Las eliminaciones oficiales requerían mucho más papeleo que tirar a alguien de un balcón. En cualquier caso, de lo que no cabía duda era de que en Lefórtovo no se había liquidado a nadie de tanto relieve desde la época de Brézhnev, cuando no la de Stalin. Los celadores no acababan de creerse que se hubiera llegado a ese extremo.

El equipo que acompañaba al preso 77 emitió un clic clac de acatamiento: lo meterían en la caja de su extremo del pasillo para que los presos no pudieran verse, olerse ni oírse al pasar el uno junto al otro.

Clic, clac, clic, clac.

Y así fue como dos celadores introdujeron en una fría caja de madera, encapuchada, a Anna Andréyeva Agápova, la presa 77.

El preso 36, Andréi Platónovich Gúsev, el Ganso en persona, fue conducido a un vetusto sótano donde el agente del FSB al mando le leyó el decreto del fiscal general y le requirió que se declarara inocente o culpable.

—Soy inocente de todas las acusaciones —repuso él.

Aún llevaba puestos la capucha y el holgado chándal de la prisión. No sabía que tenía delante una pared de ladrillo. No veía los imbornales practicados en la junta entre pared y suelo. Tampoco oía el chirrido del grifo, ni el ruido sordo del agua al llenar la manguera para cuando hubiera que limpiar.

Lo último que vio el Ganso fue la oscuridad de la capucha, y el último sonido que llegó a sus oídos fueron los pasos que se acercaban ligeros por detrás.

Su cadáver fue llevado al depósito. Un agua ensangrentada borboteó por los desagües mientras los celadores lanzaban agua a presión contra los ladrillos y la piedra. El chándal del Ganso, intacto, fue lavado esa misma noche, como propiedad que era del Estado, y a la mañana siguiente lo devolvieron bien plegado al inventario.

Como en el certificado de muerte de todos los activos de la CIA ejecutados en Rusia, la casilla de la causa quedó en blanco.

La oscuridad había ido royendo sin cesar el sentido del tiempo de Anna, hasta que a partir de un momento ya no podía distinguir entre minutos y horas, ni entre semanas y meses. Lo que sí sabía era que el único paréntesis en las tinieblas de su celda eran las visitas de una médico sin nombre y un grupo de celadores que apestaban a alcohol, col y colonia. A cada visita le ponían una capucha en la cabeza para arrastrarla por la atmósfera cargada de cloro del pasillo.

El viaje a Lefórtovo era una sucesión de fragmentos: un disparo en la loma desde la que se dominaba RusFarm, un breve despertar a bordo de un helicóptero y luego otra vez una luz cruda, mientras oía los pitidos y gárgaras de mal agüero de un instrumental que no veía. Había un médico con bata azul, y un gotero, antes de otro viaje a la inconsciencia a lomos de *Penelope*. En algún momento le operaron el hombro.

Durante los primeros días, o semanas, los celadores la llevaban a salas de interrogatorio del primer piso donde hombres anónimos le ofrecían té o café y le hacían preguntas. De esos días tenía pocos recuerdos, como de la operación. ¿Les había hablado de Sia y Lulu? ¿Y de Suiza? Sospechaba que le habían echado SP-117 (pentotal sódico, el suero de la verdad del FSB) en la bebida. Al margen de lo que les hubiera dicho, sin embargo, su conclusión fue que no

sabían nada. En algún momento se acabaron las sesiones de preguntas y drogas. Anna no había confesado. A partir de entonces siguieron llevándola a las mismas salas pero con otro hombre, un tal Iliá, que se quedaba sentado mientras ella escribía una y otra vez su declaración de esa noche, haciéndole preguntas y dando versiones alternativas de los hechos que siempre, siempre, partían de la premisa de que era culpable. A Iliá le gustaba decir que de lo que se trataba era de descubrir los detalles de la traición de Anna, no de si la había cometido. Eso, según él, ya estaba claro. ¿Cuántas versiones redactó Anna? Y aun así no confesó.

De ahí pasaron a los polígrafos y la electricidad.

Anna calculaba que habían sido tres veces, o no más de cinco, en cualquier caso. Los celadores, que iban rotando, la llevaban a una sala muy limpia, con baldosas de un blanco luminoso en el suelo, las paredes y el techo. En el centro había un desagüe. También había una mesa gastada con dos sillas y un ordenador. Una enfermera robusta, de pelo gris y ralo y ojos brillantes, le ponía electrodos a la altura de los riñones. La misma enfermera le acariciaba dulcemente la mejilla, pidiéndole que fuera buena chica. Luego llegaba un hombre con una mata de pelo blanco y un bigote de morsa que le ponía sensores en los dedos, un tensiómetro en el brazo y un neumógrafo en el pecho, y que a continuación se ponía a mirar y teclear en el ordenador.

Después le preguntaba a Anna si trabajaba para la CIA.

Ella insistía en que no.

Entonces él apretaba un botón, y la electricidad tensaba y chamuscaba la piel de Anna, y de golpe en la sala se hacía de noche, y otra vez de día.

El hombre tenía otras preguntas («¿Estaba usted al corriente de que su marido colaboraba con la CIA?» «¿Fue usted quien prendió fuego a RusFarm?» «¿La reclutó Hortensia Fox en México, en RusFarm, en Ginebra?»), acompañadas en algunos casos por descargas de electricidad.

O no. Las aplicaban al azar. Durante una visita, el polígrafo no apretó ni una vez el botón. Durante otra, cada *niet* venía con su calambrazo, de manera que Anna no pudo ponerse derecha en varios días (¿o semanas?). En su última visita se orinó en su chándal de presa nada más oír la voz del hombre.

A pesar de todo no confesó. «Si das un sí será peor —se decía una y otra vez —; entonces perderás y habrán muerto todos para nada.» En el febril marasmo de su mente, sabía que la auténtica tortura no era la electricidad, sino la incertidumbre y las expectativas. ¿Lo sabían ya? ¿Qué les había contado? ¿Cuánto tiempo llevaba en ese sitio? ¿Saldría alguna vez? ¿Incitaría el próximo *niet* al del bigote de morsa a apretar el botón? Preguntas sencillas, sin respuesta.

Al final se acabaron los polígrafos. Llegaban los celadores, la encapuchaban y se la llevaban a otra sala de interrogatorio para hablar con Iliá.

A su llegada, éste firmaba los papeles que dejaban constancia del traslado de la presa desde el pabellón hasta esa sala. Los celadores se iban, e Iliá, con un interruptor, encendía una luz roja al otro lado de la puerta: «Interrogatorio en marcha.» Anna se sentaba a una mesa. Siempre tenía delante un vaso de poliestireno con un té salado, de cuya superficie no salía vapor. Seguramente no hubiera llegado a estar caliente. Anna nunca lo había probado. Tampoco la había obligado nunca Iliá. En la pared beis había un codo de tubería que vibraba. Las lámparas del techo eran tan vetustas que podía haberlas usado Beria para alumbrar su locura.

En la penumbra, Anna se veía la piel amarillenta de las manos. Se le habían encogido los pechos, que le bailaban tímidos dentro del apestoso chándal azul. Siempre tenía los pies fríos. Movía los dedos por dentro de las zapatillas mugrientas para comprobar que respondieran. Las zapatillas eran de un número más que el de ella, y no tenían cordones. A los prisioneros no se les permitía tener ningún tipo de cuerda, por muy corta o fina que pudiera ser. Anna ensayaba todos los detalles de la pesadilla en RusFarm. Cuando su cerebro se atascaba en algo real (como el tiro que se había pegado ella misma en el hombro, o el haber prendido fuego a la casa), se imaginaba metiendo la idea inoportuna en un gran

saco y tirándolo desde una torre. La tubería de la calefacción zumbaba y daba golpes mientras ella practicaba las frases en silencio.

Iliá cerró la puerta y se sentó delante de ella sonriendo. Tenía un pelo oscuro y abundante que se apartaba obsesivamente de la cara. Cuando preguntaba algo tenía la costumbre de juntar las manos encima de la mesa y mirarla gravemente a los ojos. Nunca daba conversación de ningún tipo, ni se entretenía en preámbulos, ni le daba ninguna información.

—¿Por qué estaba en el coche la noche de RusFarm? —fue lo primero que dijo.

—Quería confirmar que me tenían vigilada.

—¿Y por qué se pensaba que la estaban vigilando?

—Era una sensación. Por la tarde había salido a caballo con Hortensia Fox y lo noté. Intenté confirmarlo yendo en coche, y tenía razón.

Iliá abrió las manos y empezó a arrancarse una piel.

—¿Por qué volvió a la casa?

—Se me llevaron los hombres de Chernov.

—¿Sabe —dijo Iliá sin apartar la vista de la cutícula— que varios integrantes del equipo de Chernov han dado una versión completa de esa noche? Según ellos estaban en RusFarm para vigilarlas a usted y Hortensia Fox. Dicen que después de la excursión de ustedes dos a caballo Chernov decidió entrar en la mansión para hablar con Hortensia, su novio Maximiliano y Vadim. Fue con dos hombres, los dos del FSB. Ahí está el problema: la única superviviente de la infausta reunión, que concluyó con una violencia espectacular, es usted. Total, que volvió usted a la casa. Explíqueme lo que pasó después. Todos los detalles, y en orden.

—Se había ido la luz en toda la finca. Me...

Se abrió la puerta. Anna se puso rígida en la silla. Era una novedad. Entró otro celador, que le quitó las esposas.

—¿Quiere té? —preguntó Iliá—. Puede traérselo caliente, si quiere.

Anna negó con la cabeza.

—No lleva nada —dijo Iliá—, se lo juro.

Anna volvió a negar.

Él puso los ojos en blanco.

—El pentotal sódico ya lo hemos usado, y no volveremos a usarlo, tiene mi palabra.

No quería decir nada, pero Anna tenía tantas ganas de tomarse un té caliente, más que nada en el mundo, que asintió.

El celador llevó una taza de té negro de la que salía humo. Anna se lo bebió en tres tragos, aunque se le encogiera la lengua de lo caliente que estaba. Nunca había probado nada más delicioso.

Levantó la taza vacía. Iliá llamó al celador, que llevó otra. Esta vez Anna lo saboreó: sorbos lentos, manteniendo la cara expuesta al vapor y agarrando la taza como si fuera un hijo suyo.

Iliá hizo un gesto con la mano: «siga».

—Entré en la casa —dijo Anna—. Aún no había vuelto la corriente. En la sala de estar había gente hablando. Estaba encendida la chimenea, y se oía discutir. Muchas cosas no las he entendido hasta más tarde. El Ganso y Chernov iban a por mi familia desde hacía meses. Nos amenazaron y metieron a mi padre en la cárcel. De lo que me enteré esa noche fue de que había una conexión con la CIA: un plan para sacar fondos y sufragar un golpe de Estado. Lo que pasa es que hubo una pelea por dinero, como siempre. Vadim quería una cantidad mucho mayor que la que habían pactado, por lo visto. Su intención era huir con Castillo, que era su supervisor, y llevarse todo el dinero que pudiera. Me imagino que Chernov llevaba un tiempo sospechándolo. Estuvieron discutiendo sin parar hasta que Vadim y Max mataron a tiros a Chernov y sus hombres. Vadim me dijo que me iría con ellos, y no les gustó que me negara.

—¿Y usted entonces qué hizo?

—Detenerlos.

El celador llevó más té negro, una delicia, y Anna lo contó otra vez de cabo a rabo, describiendo su desagradable enfrentamiento verbal con Vadim, la pelea a puñetazos en la que se habían enzarzado al tratar ella de huir y su arresto mientras Max y Vadim estaban en paradero desconocido, seguramente organizando la exfiltración.

—Siempre he supuesto —dijo— que salieron, pero sé que usted no me lo va a decir.

La sonrisa de Iliá era tan vaga como siempre. A esas alturas del relato lo que acostumbraba a hacer era interrumpirla y acusarla de mentir. Decía que Anna le había pegado un tiro a alguien, casi siempre Vadim, o que había conspirado con Sia. A veces recapitulaba la versión de Anna, pero tergiversándola con detalles de cosecha propia, o refundiéndola en un relato completamente nuevo que corroboraba su culpabilidad. Luego intentaba convencerla de que diera su consentimiento a esa versión.

Esta vez, en cambio, dijo otra cosa.

—Es raro, el papel de Hortensia, ¿verdad?

—Sí.

—Maxímov dice que a usted le encargaron captarla, que el SVR tenía sospechas de que su despacho, Hynes Dawson, ayudaba a Vasili Gúsev, o *el Ganso*, como lo llama usted, a sacar del país dinero público. Después de todo lo que pasó, se hace uno la pregunta de quién trabajaba para quién...

Era la primera vez que pronunciaba el nombre de Maxímov.

—Yo no sé qué es Sia Fox —dijo Anna—, pero tengo claro que a mi marido lo captó Max Castillo. Tampoco sé si Sia es una agente de la CIA de verdad o una cómplice voluntaria. Supongo que da igual. Lo que sé es que a mí me dio información sobre el destino del dinero público, una pieza del puzle que rodeaba los planes del Ganso, aunque no bastante para denunciarlo, por desgracia.

—¿Y después qué pasó? —dijo Iliá.

—Cuando me negué a irme con ellos, Vadim pasó del enfado a la locura y se puso a murmurar disparates sobre los cadáveres. Max mandó un mensaje con el móvil. Sia me estaba suplicando que me fuera con ellos. Vadim empezó a amontonar cosas encima del sofá para preparar un incendio. Max y Sia lo ayudaban. Vadim fue prendiendo fuego por toda la casa. Luego volvió a donde estaba yo, en el salón, y no pudo llegar del todo hasta mí por el humo. Entonces se puso a disparar sin ton ni son, que fue cuando me dio en el hombro. Para entonces yo estaba tirada en el suelo, en la silla, y ya no oía sus voces. Ellos huyeron de las llamas, y yo conseguí soltarme.

—Explíqueme cómo.

—No habían hecho planes para atarme. Usaron cinta americana, pero no bastante ni en los sitios adecuados.

—Muy conveniente para su versión.

Anna bebió un poco más de té y dijo la frase que solía usar en esa parte de la conversación.

—Es la verdad.

Iliá correspondió a su insistencia con su encogimiento de hombros habitual.

Anna continuó.

—Una vez libre me escapé de la casa y llamé a Maxímov, en el SVR. Tendrán las grabaciones, claro.

—Una cosa que no acabo de entender —dijo Iliá— es que Vadim quisiera llevárselos a todos. Tengo entendido que no eran ustedes felices en su matrimonio.

—Yo era de su propiedad —dijo Anna—, y tenía que compartir su desarraigo, como cuando enterraban a los faraones con sus gatos, o cuando echaban a las esclavas a las piras fúnebres de los reyes muertos. Tenía que ir a donde fuera él.

—Pues esta vez no —dijo Iliá dando un golpe en la mesa.

Anna se duchó con agua muy caliente. Tenía la piel tan tirante en las costillas que parecían los palos de una tienda de campaña. Se enjabonó cuatro veces, pero seguía notándose grasienta. Una pelirroja delgada, con el pelo rizado recogido en un moño, llevó una caja de cartón con un kit de maquillaje, ropa interior como de papel, una falda, unos zapatos planos y una blusa. Dijo que lo que llevaba Anna al llegar a la cárcel se había extraviado. En dos o tres meses recibiría un reembolso del Estado. Luego fueron a un despacho sin ningún tipo de identificación y la mujer dejó a Anna en manos de un médico que sin mediar palabra le acercó una bandeja de pan negro y sopa y otra taza de té. Tras verla comer y beber, el médico le dio una botella de agua con un líquido color de orina oscura. Anna lo olió, un olor dulzón, y se bebió media botella. El médico la llevó por un laberinto de pasillos, con más luz a cada cambio de dirección. Llegaron a una sala de espera con sofás rojos aterciopelados. En uno había un abrigo negro. El médico la ayudó a ponérselo.

—¿Cuánto falta para Año Nuevo? —preguntó Anna.

Él frunció el ceño.

—Hoy es 19 de febrero —respondió.

Al ponerse el abrigo, que le iba grande, Anna descubrió que su cerebro podía hacer el cálculo: sesenta y un días. Sesenta y un días desde el incendio.

Salió. Hacía un frío polar. Cruzó una alta verja de metal. Al otro lado esperaba en punto muerto un Mercedes negro con matrícula del gobierno. El humo del tubo de escape se posaba en la nieve manchada de barro. Anna se apoyó en el hombro del médico para no resbalar con el hielo. Se oyó el clic de la puerta trasera del Mercedes al abrirse.

Anna se asomó y Maxímov le hizo señas con la mano.

—Suba, capitana Agápova, que hace un frío tremendo.

72

Moscú

Maxímov no habló en todo el trayecto hasta Yásenevo. Desde la última vez que se habían visto parecía que se le hubiese encogido la calva. Tal vez se hubiera hecho un implante. Al llegar a la MKAD se identificaron en la garita y pararon en la entrada de los altos cargos. Maxímov se dio cuenta de la inquietud con que Anna miraba la puerta.

—Esto no puede esperar —dijo—. Lo siento.

Fueron lentamente a su despacho, sin que Maxímov le ofreciera la mano. Anna se alegró, porque la habría rechazado. Maxímov le sacó una silla de debajo de la mesa de pino brillante. Un ayudante llevó té.

—Seré breve —aseguró Maxímov—, para que puedas irte a casa y descansar.

«A casa», pensó Anna. «¿Eso ahora dónde está?»

Maxímov le puso delante una carpeta en la que dio unos golpes con los nudillos un momento antes de situarse junto a las ventanas.

—¿Cuánto sabes de lo que ha pasado en el país?

—Estaba en Lefórtovo —explicó Anna.

—Claro, claro —dijo él—. Bueno, ya tendrás tiempo de ponerte al día. Te vamos a dar seis meses de baja administrativa para que te recuperes.

—Vale —dijo ella, atontada.

—Esa noche, cuando me llamaste —dijo Maxímov—, fue la primera indicación que recibíamos de que tu marido, el Ganso, Chernov y unos cuantos

más estaban tramando un complot con la ayuda de la CIA. A partir de ese aviso lo hemos podido sofocar, aunque las investigaciones siguen en marcha.

Maxímov se dirigía a su reflejo en los ventanales.

—Lo que ocurre es que los hechos de esa noche eran confusos, y siguen siéndolo. Si quieres que te diga la verdad, en el fondo no hay nada que encaje. Agentes del FSB asesinados, tu marido huyendo... Las autopsias, como supondrás, fueron complicadas de narices. El fuego lo consumió casi todo. Y de Vadim sigue sin haber ni rastro, ni tampoco de vuestros dos misteriosos visitantes.

Anna se preguntó si Maxímov la había llevado para confesar. ¿Sería lo mismo de siempre?

—Ya te imaginarás lo enrevesada que se volvió toda la situación —siguió Maxímov—. Hasta ayer, los del FSB se morían de ganas de ponerte contra la pared y pegarte un tiro. Ya sabes que los primos no son muy de ambigüedades. Era más limpio quitársete de encima, y yo lo entendía, pero tenía mis dudas. Esa noche, por ejemplo, me llamaste a mí para informarme del complot. ¿Qué sentido tenía si estabas implicada? Claro que, por otro lado, ¿es realmente posible que no estuvieras al corriente de la traición de tu marido? ¿Puede ser cierto que Maximiliano Castillo captó a Vadim sin tú saberlo? ¿Y qué era, o es, la tal Hortensia Fox?

Pese a no tener aún la certeza de que la soltarían, Anna ya hacía tiempo que había decidido, en las brumas de Lefórtovo, que no le importaba.

—Habrás leído los informes de mi interrogatorio, ¿no? —Vio que Maxímov asentía—. Pues entonces ya has oído mis respuestas a esas preguntas. ¿Quieres que te las repita?

Maxímov señaló con un gesto la carpeta de la mesa.

—No, lo que quiero es que mires esto por encima.

Dentro había un fajo de hojas grapadas. La primera contenía una copia del permiso de conducción de Vadim, así como un cable de la CIA. Anna había visto

unos cuantos procedentes de fuentes del SVR. Éste estaba marcado como de acceso reservado y, además de las típicas marcas clasificatorias, llevaba seis letras que Anna reconoció: significaban que el documento formaba parte de un compartimento de acciones encubiertas de la CIA. Empezó a leerlo.

15 DE ENERO. ASUNTO: REUBICACIÓN DE VADIM KOVALCHUK

1. DOCUMENTACIÓN: CAMBIO LEGAL DE NOMBRE, NÚMERO DE AFILIACIÓN A LA SEGURIDAD SOCIAL, PERMISO DE CONDUCCIÓN Y CERTIFICADO DE RESIDENCIA. EN COORDINACIÓN CON LA DELEGACIÓN DEL FBI EN MINEÁPOLIS PARA TRAMITAR LA RESIDENCIA PERMANENTE EN EL UPPER MIDWEST.
2. LA EVALUACIÓN PSICOLÓGICA OMS/CIA REALIZADA DESPUÉS DE UNA VISITA DE SEIS HORAS EN LA ZONA DE WASHINGTON INDICA LA PERSISTENCIA DE TRAUMA EMOCIONAL POSDESERCIÓN. EL SUJETO SIGUE ALBERGANDO SENTIMIENTOS DE CULPA Y RABIA RESPECTO A LA NEGATIVA DE SU ESPOSA DE DESERTAR. HA MENCIONADO IDEAS SUICIDAS.
3. EL SUJETO SIGUE ALBERGANDO FANTASÍAS SOBRE SU REGRESO A RUSIA. LA ALTA PROBABILIDAD DE HUIDA LLEVA AL ASESOR OMS A MANTENER SU RECOMENDACIÓN DE UN CONTROL 24/7 HASTA QUE LA SITUACIÓN DEL SUJETO MEJORE.
4. EL EQUIPO DE REUBICACIÓN CONJUNTO NROC/MOSCÚ SIGUE EN CONTACTO CON FUENTES DE TODO EL MUNDO PARA OBTENER INFORMACIÓN SOBRE LA SUERTE Y EL PARADERO DE LA MUJER DEL SUJETO.
5. EL EQUIPO DE SUPERVISIÓN DARÁ EL SIGUIENTE PARTE ACTUALIZADO MAÑANA A LAS 15.00 H, AL TÉRMINO DE LA SESIÓN INFORMATIVA PROGRAMADA. SALUDOS.

Dejó el fajo grapado después de hojearlo un poco más. «Dios mío», pensó, «¿quién ha escrito esto?». Podía ser dos cosas: una trampa muy sofisticada o la

libertad. La victoria. Maxímov fijó en ella una mirada pensativa, como si no supiera qué pensar. Ya eran dos.

—En el FBI tenemos una fuente a la que de vez en cuando le llega información sobre desertores —dijo Maxímov—. En su último envío salía esto. ¿A usted qué le parece, capitana Agápova?

Sia deslizó la carpeta por la mesa.

—¿Que qué me parece? Me he pasado dos meses en Lefórtovo explicándoos qué me parece.

Maxímov señaló la silla de delante del samovar, con su águila imperial gastada.

—Mientras estabas en Lefórtovo pasó por aquí para informar el coronel del FSB al frente de la investigación. Se sentó en esta silla y lo resumió todo muy bien. Dijo que eras una traidora o una heroína, y que quizá nunca pudiéramos demostrarlo; que en cualquier caso quizá tuviéramos que liquidarte, pero que sólo podías ser una de las dos cosas.

Se encogió de hombros y cogió la carpeta para tirarla otra vez a su escritorio.

Anna se alisó su triste falda. Una traidora y una heroína. «Soy las dos cosas», pensó. «Como todos los buenos rusos.»

73

Moscú; Sochi; Cabo Idokopás; Granja de Anna

Anna no sabía adónde ir. Pasó unos días en el Ritz, en espera de que la enviaran a uno de los resorts exclusivos del SVR en Sochi: una antigua villa olímpica para esquiadores con casas amarillo girasol y paseos cubiertos donde había habido restaurantes y tiendas, y caminos de losas rojas a la orilla del río, y una torre con un reloj que no funcionaba.

Estaba empezando el deshielo y, por los paseos y caminos, bajaba agua de las montañas.

Durante una semana estuvo durmiendo hasta primera hora de la tarde. Luego, después de un almuerzo tardío a base de té y pan negro, iba a ver a un fisioterapeuta para que le mirase el hombro, cuya articulación seguía sintiendo arenosa cuando la movía.

Aún le costaba levantar cualquier cosa más pesada que un vaso de agua y en algunas ocasiones, al caminar, de pronto sentía un dolor agudísimo, como si tuviera el brazo izquierdo colgado con ganchos.

De vez en cuando llamaba a Maxímov para hablar sobre su padre. «Olvídate, Ania», le respondía él. «Lo hemos intentado, pero el Ganso puso los engranajes en marcha y es difícil detener el curso de la ley.» Agápov seguía en Butirka, y Maxímov le había pedido a ella que se quedara en Sochi y se tomara un tiempo, y no era un consejo.

En los atardeceres tranquilos, y en la cama, pensaba en Luka.

Se dedicó a repasar su recuerdo mentalmente para no perderlo. Empezó con cosas fáciles: su sonrisa, su risa, el contacto de su mano... A la segunda semana ya podía repasar partidas jugadas en el Jean Martel, y caminar por la calle de Ulitsa Vsekhsviatskaya y llevarlo a su piso y hacer el amor con él. Sin embargo, cuando el sueño empezaba a vencerla la imagen de Luka también comenzaba a diluirse, y le pedía perdón y, a veces, Luka la tranquilizaba, asegurándole que había hecho lo correcto, pero lo decía ella, no él, y se sentía como una ladrona. «Ya le robaste su futuro», pensaba, «¿ahora también vas a robarle sus palabras?».

En cambio, nunca pensaba en Sia, Max o Vadim, y si su mente se deslizaba por esos derroteros, se limitaba a desconectar aprovechando lo aprendido en Lefórtovo.

Al principio de la séptima semana, cuando los caminos ya estaban inundados de nieve derretida, llegó un mensajero del Kremlin con una carta del jefe de la Administración Presidencial. La leyó tres veces mientras el mensajero esperaba en la puerta de su habitación.

—¿Qué pongo en la maleta? —le preguntó ella.

—Nada —contestó él.

Un Mercedes del gobierno la trasladó a una manzana de edificios de oficinas en Sochi, donde, en un cuarto sin ventanas, dos mujeres la desnudaron y registraron. Luego le tomaron radiografías —para asegurarse de que no escondiera una bomba en su cuerpo— y la obligaron a dar muestras de sangre, orina y heces para descartar toda una serie de enfermedades infecciosas y le hicieron un PCR.

En sustitución de la ropa que le habían quitado —y que guardaron bajo llave en un armario, junto con su bolso y su móvil, en bolsas de plástico con cremallera— le dieron una falda negra nueva, una blusa blanca gastada y unos

zapatones sin gracia que hacían un ruido molesto en el suelo de cemento. Luego, esperó durante dos horas a que los análisis arrojaran resultados.

Las dos mujeres volvieron a desnudarla y a registrarla y la llevaron a otra sala, donde seis miembros del destacamento de seguridad del presidente mataban el tiempo leyendo revistas en largos sillones de cuero. Después de darle una *dublionka* la sacaron del edificio y la llevaron —con la cabeza bien agachada y en medio de una fuerte corriente de aire— hasta un helicóptero que estaba esperando. Se sentó entre dos agentes de seguridad que la miraban sin parpadear, hablar ni sonreír, pero al cabo de unos momentos ya le parecía normal. Pensaba que, después de Lefórtovo, ya nada se le haría incómodo. Procuró mirar a lo lejos mientras se frotaba el tejido cicatrizado del hombro, pero lo que más hizo fue cerrar los ojos.

El helicóptero se posó dentro de la finca del presidente en Idokopás, a orillas del mar Negro. Los helipuertos estaban al pie de una colina muy verde donde, por lo que le había oído decir a su padre, se ocultaba el campo personal de hockey sobre hielo del presidente, enterrado a una profundidad equivalente a casi cinco plantas. Los de seguridad la hicieron bajar del helicóptero y avanzar por un ancho camino de piedra que descendía hacia una villa de estilo italiano con vistas al mar. Era la mayor vivienda privada de Rusia. Una vez su padre, encogiéndose de hombros, le había dicho que al más poderoso de los hombres le correspondía la casa más grande. El camino iba dibujando curvas cuesta abajo, pasando al lado de una capilla ortodoxa de tejado verde y cruzando frondosos jardines llenos de altos cipreses, setos bien mantenidos y pinos. Se oía ruido de herramientas de jardinería, murmullo y borboteo de agua y chisporroteos de radios.

Los de seguridad la hicieron entrar en la casa principal por una verja rematada por la doble águila imperial rusa. Atravesaron un patio techado con una gran fuente donde canturreaba el agua y penetraron en una sala enorme con dos hileras de pilares cuadrados de color crema, luego venía un pasillo y una sala de techo bajo que parecía inundada de una neblina violácea —Anna vio, al fondo,

un escenario con una barra americana— y finalmente llegaron a una habitación alargada con una mesa marrón, sofás de piel también marrones y ventanas de madera oscura por las que se veía lo único que no era marrón: el mar. Le llevaron bocadillos y té y la vieron comer con la vista perdida en las verdes colinas que bajaban hasta el agua.

Al cabo de una hora se sentó frente a ella un hombre bajo y regordete de mirada inerte y manos vivarachas. No la saludó dándole la mano; en vez de eso, toqueteó la mesa, se frotó los hombros, se rascó la cabeza.

—¿Tiene algo que preguntar? —preguntó el hombre.

—Creo que no.

—¿Es consciente de la generosidad de esta reunión?

—Sí.

—¿Y es consciente de que no puede acercarse ni mucho menos tocarlo?

—Sí.

Se levantó y le hizo señas de que lo siguiese. Él iba dos pasos por delante, en medio de un despliegue de seguridad. La guió a otra sala, más larga que la anterior y con ventanas todavía mayores que se proyectaban hacia el mar, suelo de parqué, frisos y yeserías dorados en el techo, cortinas doradas, columnas... La alfombra, también dorada, era tan gruesa que se tragaba sus zapatos. «Parece RusFarm», pensó ella. «Odio este sitio.» En la mesa, de un blanco brillante y de no menos de cinco metros de largo, había sólo dos sillas, una en cada extremo. El reflejo del sol hería la vista. Las manos inquietas del hombre la condujeron a una punta, a una silla demasiado baja para la altura del tablero.

—No tardará —le aseguró—. ¿Tiene que ir al baño?

Ella negó con la cabeza.

—Mejor. No se pasee: quédese allí, sentada, ¿me ha entendido?

—Sí.

Se sentó con las manos en el regazo como una buena chica, mirando cómo las olas se convertían en triángulos blancos antes de romper. Al lado de la ventana pasaban aves marinas, pero la sala estaba bien insonorizada y no se oían sus

graznidos. «Esto es un compartimento estanco», pensó, «un sitio donde se unen dos mundos».

Sintió como si pasara media hora, aunque desde Lefórtovo había perdido la percepción del tiempo. Entonces se abrió la puerta y entró tranquilamente Vladímir Vladímirovich Putin, el *joziáin*, presidente y señor de toda Rusia.

Llevaba un traje negro, una camisa blanca y una corbata azul. La última vez que se habían visto, años antes, era un hombre dinámico, pero los esteroides le habían hinchado la cara y el cuello. No se acercó a darle la mano, ni siquiera le sonrió desde lejos. Se arrellanó en su silla, casi encorvado, e hizo una mueca como si le doliera la espalda. Se aferró a la mesa y empezó a hablar apretando los labios.

—Capitana Agápova —dijo—, aún no estoy seguro de cómo interpretar gran parte de su caso. Con el Ganso estaba todo más claro, había tantas pruebas... He estado a punto de mandarla fusilar a usted también. Dígame si me he equivocado.

—¿Conmigo o con el Ganso?

A Putin le temblaron los labios, como si el comentario le hubiese hecho gracia.

—Con usted.

—No, yo no soy una traidora.

El *joziáin* se encorvó aún más y una ráfaga de aire impulsada por el potente sistema de ventilación transportó su olor hasta ella. Se había esperado que oliera a naftalina... o a muerte, pero olía a ropa limpia.

—Leí los informes de Lefórtovo —afirmó él—. Los investigadores no se aclaraban sobre usted. No sabían si dejarla encerrada, eliminarla o soltarla. Está libre porque al final opté por mantenerla con vida.

—Era lo lógico, porque soy inocente —dijo ella.

El *joziáin* se encogió de hombros y se volvió hacia las ventanas. Fuera, en la tarde color hueso, una gaviota daba vueltas perezosamente. La luz que se

reflejaba en la mesa hacía brillar la cara del presidente: un objeto brillante más en esa habitación repleta de oro.

Se la quedó mirando y ella se estremeció. «Aún eres fuerte», pensó, «pero has ido a menos, *joziáin*». Los ojos azules de ella brillaban de certeza; los de él, en cambio, sólo de sospecha. «Yo sé», pensó Anna, «y tú no».

«Le robé a un ladrón.

»Y voy a salirme con la mía.»

Una semana después de Idokopás, Anna estaba en la verja de Butirka con una botella de su brandy favorito de Daguestán. La última vez que lo habían bebido había sido conspirando en el campo de tiro de RusFarm, cuando el mundo era joven. Al abrirse la verja, las bisagras chirriaron en son de protesta.

Su padre salió solo, desorientado. La verja se cerró ruidosamente a sus espaldas. Tenía en la mano una bolsa de plástico. Llevaba puesta una chaqueta azul descolorida y unos pantalones de sport tan largos que le tapaban los zapatos. Se abrazaron. En la cárcel había perdido una docena de kilos, como mínimo, y parte de su pelo. No olía como antes.

«Qué caro nos ha salido esto», pensó ella.

—Dios mío, Ania —dijo él—. Dios mío.

La estrechó con fuerza entre sus brazos dándole besos en la frente, el pelo y las mejillas y mojándole la cara con sus lágrimas.

—Estamos a salvo, papá —repuso ella—. Hemos ganado.

En abril empezaron las obras de la nueva dacha y Anna comenzó a ir cada fin de semana para supervisar la construcción y pasear montando a *Penélope.* El deshielo había tardado más de lo normal ese año, de modo que las obras avanzaban poco a poco, pero a ella no le importaba: no tenía ninguna prisa. Le gustaba trotar alrededor de la pista y galopar por los prados cerca del bosque.

Pese a que empezaba a hacer calor, se estaba dejando crecer el pelo para sentir cómo el viento lo agitaba cuando iba a todo galope.

Ese día ensilló a *Penelope* y le puso una alforja que llevaba cierto tiempo en desuso, esa en la que no le gustaba pensar y que su sentido común la había exhortado a destruir meses atrás. Pero Maxímov había metido dentro algo que no debería haber metido y ella había resuelto no ignorarlo. Fue por el mismo camino por donde había dado caza a Max y Sia. En uno de los bolsillos de la alforja había una cantimplora rectangular y unos trozos de pan negro; en la otra, una batería portátil. Recorrió el borde de la cresta durante una hora comprobando que no hubiera nadie cerca.

Se sentía tranquila, a pesar de que era ahí donde había estado a punto de morir. Le gustaba el zumbido de la línea de alta tensión, el canto de los pájaros, el susurro de los árboles y el vasto panorama de prados y establos. Al llegar al principio del camino desmontó y le quitó la alforja a *Penelope*. Lo hizo con movimientos rápidos, probando tres veces la correa y los cierres. Habían pasado meses desde que se lo había enseñado Sia. Al fallar por cuarta vez, soltó una ristra de palabrotas y miró a su alrededor. «Estás sola», se dijo. «Tienes tiempo.» Al décimo intento se abrió el panel. Sacó el portátil, lo enchufó a la batería y esperó a que se encendiera. Para la secuencia de teclas hicieron falta decenas de intentos. Estaba tan frustrada que sopesó desistir por completo; sin embargo, continuó y, tras conseguirlo por fin tecleó un mensaje corto tan rápido como se lo permitieron sus dedos:

> LOS EQUIPOS MECÁNICOS CONJUNTOS SVR/FSB ESTÁN AVANZANDO EN LA PERSECUCIÓN DE FOX Y CASTILLO. SIGUEN PISTAS EN TEXAS Y MÉXICO. TENED CUIDADO.

Cerró el portátil y los ojos. Había hecho bien, no se arrepentiría.

Pasó una mano por el ordenador.

Luego lo colocó sobre una roca grande, cogió una piedra y empezó a

romperlo.

Destrozó la pantalla, la carcasa y los circuitos impresos y metió los trozos en la alforja. Luego montó en *Penelope* para bajar de la colina. Trotó durante horas junto al riachuelo y los estanques, con algunas paradas para desmontar y dispersar en el agua trozos del aparato.

Al poner rumbo a casa recuperó el ritmo cardíaco normal. Pensaba con claridad. Miró los pastos desde el borde del prado y el denso bosque del fondo. Se soltó el pelo y dio unas palmadas en los hombros de *Penelope*.

Luego se inclinó para salir al galope. El sol brillaba con intensidad, dando calor. El viento convirtió su pelo en una capa rubia. Ella y *Penélope* se movían elegantemente por la hierba, cerrando paso a paso la distancia que las separaba de la loma baja del final del prado. Anna se inclinó hacia el oído de la yegua.

—Corre, chica, corre —le dijo—. Corre.

Agradecimientos

Yo creía que la segunda novela sería más fácil que la primera, ¡qué equivocado estaba! Este libro se resistió a su creación con muchos arranques en falso, callejones sin salida, carriles equivocados... y la invasión rusa de Ucrania —que tuvo lugar justo cuando estaba yo acabando el primer borrador— así que su mera existencia es ya un homenaje a las muchas personas que fueron ayudándome sobre la marcha, los amigos y parientes que convirtieron el solitario trabajo de escribir en el deporte de equipo que tiene que ser, al menos para mí.

Una vez más, le estoy enormemente agradecido a mi editor en Norton, Star Lawrence, por haber apoyado esta novela durante su nacimiento y haber ayudado en varias ocasiones a salvarla de una muerte segura. Gracias por seguir apostando por mí y por pulir mis frases para mejorarlas.

El equipo de Norton, ICM/CAA y Curtis Brown hizo piña en torno al libro y convirtió todo el proceso en algo mucho menos solitario. Mi agente, Rafe Sagalyn, me acompañó paso a paso durante todo el proceso. Gracias. Nneoma Amadi-obi lo mantuvo todo en marcha, Dave Cole me salvó de muchos errores vergonzosos; Kyle Radler y Steve Colca llamaron a muchas puertas y se aseguraron de que se corriera la voz; Emily Sacks me dio consejos sabios y ayuda generosa; Helen Manders y Peppa Mignone lo defendieron por todo el mundo y Alicia Gordon y Brooke Ehrlich ejercieron de guías de confianza por el laberinto bizantino de Hollywood. Estas ayudas a la navegación han sido determinantes, nada menos.

A Mark Richards, la indómita Lisa Shakespeare y Rachel Nobilo, de Swift Press: gracias por llevar mis novelas al Reino Unido.

Jan Neumann, ex agente del FSB, me proporcionó información inapreciable sobre la mentalidad, las operaciones y la jerga de los servicios secretos rusos. Estoy en deuda con él por haberme permitido aproximarme a ese mundo secreto y a menudo incomprendido del que tantas cosas dependen. Tengo suerte de ser tu compatriota, Jan.

Bill Witman me dio una clase magistral sobre todo lo relativo al universo equino, incluida una introducción al mundo de las carreras y la cría de purasangres. Le estoy enormemente agradecido por haberme permitido acompañarle (libreta en mano y con muchas preguntas) durante un largo día por su rancho y también por enseñarme a valorar aún más esos nobles animales.

Varios antiguos compañeros de la CIA tuvieron la bondad de contribuir a la novela con su tiempo y sus conocimientos. Glenn Chafetz, John Sipher y Marc Polymeropoulos me asesoraron sobre las operaciones de Moscú X en Rusia y ayudaron a Procter, Sia y Max a evitar varias meteduras de pata operativas. Charles Finfrock me hizo beneficiario de su clarividencia sobre el aspecto humano y técnico de las actividades de la CIA muchas veces aportando puros y sugiriendo paseos alrededor de la manzana. Steve Slick me ayudó a elaborar la operación (ficticia) protagonizada por el equipo de Procter en Moscú X y probó a obtener el visto bueno de los abogados (también ficticios). Christina Hillsberg, ex agente de la CIA y autora de un libro de próxima publicación sobre la aportación de las mujeres a la organización y sus vivencias, tuvo la gentileza de leer el manuscrito y darme muchos consejos útiles. Don Hepburn volvió a hacer las veces de asesor sobre el funcionamiento de la CIA, sometiéndose a decenas de preguntas de este escritor impenitente sobre los pormenores de las operaciones. Como siempre, todos los lapsus en lo referente al desempeño del oficio son de mi exclusiva responsabilidad.

Mi padre, también escritor, volvió a leer la novela y a dar consejos útiles y sabios. Papá, gracias por haber creído en mí y en lo que escribo.

Dave Michael de nuevo sometió el texto a un severísimo escrutinio del que ha salido beneficiado. Gracias, Dave, por seguir enseñándome a escribir bien, por mucho que duela.

Mi viejo amigo Kent Woodyard (siempre afecto al justo medio) me volvió a decir qué estaba fatal y qué no tanto. Gracias por no habértelo callado, Kent.

Michael Wasiura tuvo la bondad de compartir conmigo sus conocimientos sobre Putin y la Rusia actual. Gracias por expresar tus pensamientos con franqueza, por ser tan perspicaz en tus apreciaciones sobre el manuscrito y por tus noticias desde Ucrania.

Griffin Foster, abogado de bien, asesoró sin cobrar sobre asuntos jurídicos a los corruptos letrados del ficticio despacho Hynes Dawson, lo cual no quita que sea yo el culpable de cualquier error en la jerga legal.

Alex Holstein sigue siendo un *consigliere* literario, orientador y compañero excepcional.

Jack Stewart, también autor de thrillers —excepcionales, por cierto—, me dio varios consejos útiles sobre mi tratamiento del tránsito aéreo y se aseguró de que no me confundiera con las rutas. Huelga decir que los errores del libro relativos al ámbito de la aviación son todos míos.

Al abarcar varios continentes y países, la novela ha puesto a prueba la memoria del autor sobre sus viajes de larga distancia y sus misiones, y en algunos casos ha superado las fronteras de mi diario de viaje mental. Por lo que respecta a Rusia, y a la mentalidad rusa, no podría haber tenido mejores guías de viaje que Michael Weiss, Kevin Rothrock, Molly McKew y Andrei Soldatov. Varios antiguos residentes de Moscú y Píter tuvieron la amabilidad de darme consejos sobre restaurantes, barrios, comida, recorridos, tráfico, indumentaria, bebidas alcohólicas y costumbres locales. Josie Linaker verificó mis recuerdos sobre Ginebra y el Jungfrau y me ayudó a dar vida en estas páginas a esa espectacular región. Por su parte, Gordon Corera, escritor de relieve y experto en

las operaciones de la inteligencia rusa, me recordó que en las casas de St. Ives es muy poco probable que haya ventiladores de techo. Chantal Whiteley me instruyó sobre Sudáfrica y la sonoridad del afrikáans. Diego Chávez leyó las escenas ambientadas en San Cristóbal, me salvó de más de un desliz y me ayudó a pulir las esporádicas incursiones de Maximiliano Castillo en el español menos pulido. Se lo agradezco mucho.

Mike Green, médico de cabecera de este libro, me asesoró con buen humor sobre todo tipo de calamidades, a cuál más horrenda, como dedos de pie cortados, traumatismos por impacto de botellas de leche, colgamiento de balcones y disparos en el hombro. El autor (y los personajes) le dan las gracias por haber estado de guardia.

Gracias también a Jeff B., cuyos conocimientos sobre incendios ayudaron a Anna Agápova a quemar RusFarm con rapidez y eficacia.

Son muchos los buenos amigos que fueron leyendo las sucesivas versiones de la novela y ayudándome sobre la marcha. Erin Yerger, Becky Friedman, Anna Connolly, Hunter Allen, John Wilson y Jenny Green buscaron tiempo para la lectura y me ayudaron con sus comentarios y sus palabras de ánimo.

Terry Barrington me paseó durante todo un día por un rancho de Texas y, tras una cena deliciosa a base de carne a cargo de él y su mujer, Angela, me permitió pasar la noche en su casa, todo ello al servicio de una investigación que sucumbió a la sala de montaje de la novela. Lo mucho que lo lamento sólo puede compararse con la gratitud que siento por su increíble hospitalidad. Hago votos por que pueda aprovechar lo aprendido en otro libro.

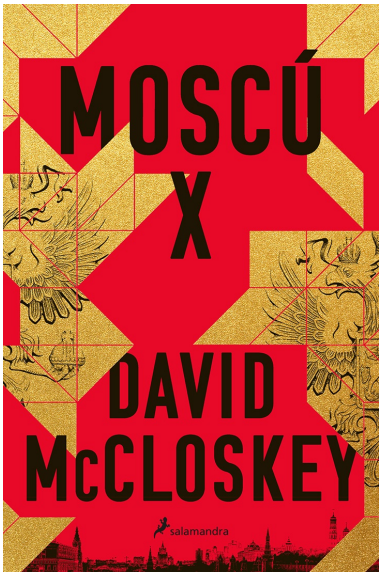
Muchas otras personas anónimas me prestaron su tiempo y sus conocimientos sobre temas tan diversos como las operaciones comerciales de la CIA, las armas de fuego, el blanqueo de dinero, el refinado de oro y los caprichos de los mercados de las criptomonedas. Estoy en deuda con todos ellos por su tiempo y sus conocimientos.

También debo dar las gracias a mis hijos, Miles, Leo y Mabel, cuyo coro de jovial locura me recuerda a diario en qué consiste, a fin de cuentas, escribir. Os quiero a todos más de lo que os podáis imaginar y espero que algún día disfrutéis de esta novela (dentro de muchos, muchos años, a poder ser).

Y por último lo más importante: la destinataria de todo mi amor y mis elogios no puede ser otra que mi esposa, Abby, que ha vuelto a ser la primera lectora de esta novela, su más esforzado paladín y, siempre que ha hecho falta, la más dura (aunque también la más afectuosa) de sus críticos. Fue ella quien me ayudó a desenterrar el argumento trozo a trozo, paletada a paletada, empujándome en todo momento a seguir, incluso cuando todo estaba en un estado lamentable y el camino por delante era oscuro y pedregoso. Sin ella, este libro no existiría, así de sencillo.

Una audaz operación de la CIA siembra el caos en el Kremlin

Vuelve David McCloskey con un *thriller* tan sorprendente y adictivo como *Estación Damasco*



Sia Fox, agente, y Max Castillo, colaborador de la CIA, se unen para emprender una peligrosa operación de espionaje que involucra a oligarcas, políticos y mafiosos rusos. Ella está infiltrada en un bufete de abogados londinense que se dedica a ocultar grandes fortunas; él es un próspero terrateniente mexicano, dueño de un criadero de purasangres y heredero de una familia vinculada con la Agencia desde los sesenta. Fingiendo ser pareja, ponen en su punto de mira a Vadim, banquero de Putin, y a su esposa Anna, que trabaja para la inteligencia rusa en el banco de su padre. Pero Anna es también un espíritu rebelde, una mujer que lucha, odia y ama. A medida que Sia y Max se adentran en un círculo

rebosante de lujo, intrigas y delitos, su única esperanza puede ser ella, quien está jugando su propia partida.

Antiguo analista de la CIA y autor de la elogiada *Estación Damasco*, David McCloskey retoma el hilo de la geopolítica internacional y nos sumerge en el angustioso mundo del espionaje y contraespionaje, la opacidad de las grandes fortunas y el ejercicio ilimitado del poder. Ambientada en un soleado rancho en México, los penumbrosos pasillos de la Agencia en Langley y la oscura opulencia de la Rusia de Putin, *Moscú X* es un absorbente *thriller* de espionaje y una reflexión sobre la verdad, la lealtad y la venganza en medio de la batalla soterrada entre Estados Unidos y Rusia.

La crítica ha dicho:

«Una lectura estupenda, que consolida a McCloskey como el mejor escritor de ficción de espionaje desde John le Carré.» *The New York Times*

«Una historia que combina espías, caballos y lingotes de oro, [...] y en la que salen ganando los amantes del thriller.» *Kirkus Reviews*

«Una novela apasionante.» *Los Angeles Review of Books*

«Tan vibrante como su predecesora. [...] Una descripción inquietante y verosímil de la lucha por el poder dentro de un régimen corrupto.» *The Times*

«Una narración llena de traiciones dobles y triples enriquecidas con detalles internos perfectos, con la habilidad de John le Carré con el brillo de Sidney Sheldon. [...] Una obra brillante.» *Publishers Weekly*

«El escritor de novelas de espionaje más sólido de la última década.» *Mail on Sunday*

«Emocionante, propulsiva y aterradora.» Simon Sebag Montefiore

«Inteligente, elegante y cautivadora. [...] David McCloskey es el nuevo John le Carré.» Brad Thor

«Un relato atractivo y magistral, escrito por un autor que conoce a la perfección el mundo de los espías.» *The Real Book Spy*

David McCloskey, máster en política energética y Oriente Medio por la Johns Hopkins School for Advanced Studies, trabajó como consultor de McKinsey & Company y analista de la CIA, donde escribió regularmente para el President's Daily Brief, prestó testimonio clasificado ante comités de supervisión del Congreso e informó a altos funcionarios de la Casa Blanca, embajadores, oficiales militares y miembros de la realeza árabe. En la agencia, trabajó en estaciones de campo de la CIA en todo Oriente Medio. Es autor de las novelas *Estación Damasco* (Salamandra, 2024), *Moscú X* (Salamandra, 2025) y *The Seventh Floor*. En la actualidad, vive en Texas con su mujer y sus tres hijos.



Título original: *Moscow X*

Primera edición: marzo de 2025

© 2023, David McCloskey
All rights reserved
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o están usados de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos, escenarios o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño original de Pete Garceau
Imagen de la cubierta: urf/iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1034018-3

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros
TikTok: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Moscú X

Primera parte. Zágovor («Complot»)

1. Dusambé, Tayikistán
2. Langley
3. San Petersburgo
4. RusFarm, en las afueras de San Petersburgo
5. Londres
6. Moscú
7. San Petersburgo
8. Répino; San Petersburgo; Londres
9. San Cristóbal, México
10. Langley
11. Palo Alto

Segunda parte. Razrabotka («Planificación»)

12. San Cristóbal
13. Moscú
14. Moscú
15. San Cristóbal
16. San Cristóbal
17. San Cristóbal
18. San Cristóbal
19. San Cristóbal; Langley
20. RusFarm; Moscú
21. St. Ives, Cornualles
22. St. Ives
23. Moscú
24. RusFarm

Tercera parte. Zajvat («Captura»)

25. RusFarm
26. RusFarm
27. RusFarm
28. RusFarm
29. RusFarm
30. RusFarm
31. RusFarm

32. St. Ives
33. St. Ives
34. Washington
35. Moscú
36. Falls City, Oregón; Palo Alto
37. Moscú; Ginebra; Gimmelwald
38. Gimmelwald
39. Gimmelwald
40. Gimmelwald
41. Moscú

Cuarta parte. Tiazhelyi («Duro, difícil»)

42. Moscú; San Petersburgo
43. San Petersburgo; RusFarm
44. Palo Alto; Purcellville, Virginia
45. Moscú
46. Moscú; Carretera de RusFarm
47. Langley
48. San Cristóbal
49. Valle de Napa
50. Moscú; San Petersburgo
51. RusFarm
52. St. Ives

Quinta parte. Predátel («Traidor»)

53. San Petersburgo; RusFarm
54. RusFarm
55. Palo Alto
56. RusFarm
57. RusFarm; Palo Alto
58. RusFarm
59. RusFarm
60. RusFarm
61. RusFarm
62. RusFarm
63. Palo Alto
64. RusFarm; Palo Alto
65. RusFarm
66. RusFarm
67. Palo Alto; Washington
68. Langley

69. Carelia
70. Carelia
71. Moscú
72. Moscú
73. Moscú; Sochi; Cabo Idokopás; Granja de Anna
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre David McCloskey
Créditos